D. Félix Sardá y Salvany

PROPAGANDA CATOLICA

TOMO III

Contiene un Año Sacro,
o lecturas y ejercicios para
las principales festividades
del calendario cristiano

PROPAGANDA CATÓLICA,

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY,

PRESBÍTERO,

DIRECTOR DE LA REVISTA POPULAR.

TOMO III.

CONTIENE UN AÑO SACRO
ó lecturas y ejercicios para las principales festividades del calendario cristiano.

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA.

BARCELONA.
LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5.
1884.

PROPAGANDA CATÓLICA.

AÑO SACRO

ó

LECTURAS Y EJERCICIOS PARA LAS PRINCIPALES FESTIVIDADES DEL CALENDARIO CRISTIANO.

ÍNDICE.

Págs.

DISCURSO PRELIMINAR SOBRE LAS FIESTAS CRISTIANAS. —Orígen de las Fiestas cristianas.—Su belleza.—Su objeto.—Su eficacia como catecismo de instruccion práctica y popular. — Su importancia como elemento moralizador.—Cómo se hace guerra á las Fiestas.—Codicia y sensualidad unidas para su profanacion. — Empeño de los Gobiernos sectarios en reducirlas.—Empeño masónico en secularizarlas.—Las Fiestas para el Propagandista católico. . . . 7

LA CIRCUNCISION.—AÑO NUEVO.—Misterio de sangre. — El Niño-Dios Salvador. — El santo Nombre de Jesús.—El año nuevo y la eternidad. — El tren á toda máquina. — Album en blanco.—Juicio del año para todos los años. . . 21

LA ADORACION LOS SANTOS REYES. — El misterio del dia. — La nueva era y el nuevo pueblo de Dios. — Cristo Rey y su soberanía.— El Liberalismo es pecado. — La estrella de nuestro viaje. 31

LA CONVERSION DE SAN PABLO. — El perseguidor y el apóstol.—Saulo y Pablo. 37

LA PURIFICACION DE MARÍA.— Este misterio último de los de Navidad.—El blanco de la contradiccion. 39

AGRAVIOS Y DESAGRAVIOS DE CARNAVAL. — Cuaresma del diablo y buen agosto del infierno. — El Carnaval cristiano.—Triduo de desagravios para estos dias. 41

LA SANTA CUARESMA.— Balance del alma.—Verdadero positivismo. — La ceniza. — La campana cuaresmal. — La ley del ayuno.—El ayuno y sus falsas dispensas.—La Confesion y Comunion cuaresmal. — La limosna como obra de Cuaresma.—La Cuaresma y las diversiones.— La Cuaresma y el sermon.—Lo que dicen las violetas. 57

LA FIESTA DE SAN JOSÉ.— El santo Protector del Niño y de su Madre. — Breve ejercicio para cada dia del mes de Marzo en honor de san José: Dia 1, San José, gloria del sacerdocio cristiano. Dia 2, San José, gloria de la autoridad cristiana. Dia 3, San José, gloria del matrimonio cristiano. Dia 4, San José, gloria de la virginidad cristiana. Dia 5, San José, gloria de la paternidad cristiana. Dia 6, San José, gloria del magisterio cristiano. Dia 7, San José, gloria del trabajo cristiano. Dia 8, San José, gloria de la pobreza cristiana. Dia 9, San José, ejemplar de altísima oracion. Dia 10, San José, ejemplar de retiro y silencio. Dia 11, San José, ejemplar de ardiente celo. Dia 12, San José, ejemplar de paciencia. Dia 13, San José, ejemplar de firme confianza en Dios. Dia 14, San José, ejemplar de paz interior. Dia 15, San José, ejemplar de suavidad y mansedumbre. Dia 16, San José, ejemplar de generoso desinterés. Dia 17, San José, consuelo de necesitados. Dia 18, San José, consuelo de perseguidos. Dia 19, San José, consuelo de tentados. Dia 20, San José, consuelo de despreciados. Dia 21, San José, consuelo de enfermos. Dia 22, San José, consuelo de moribundos. Dia 23, San José, consuelo de huérfanos y desamparados. Dia 24, San José, consuelo de las almas del purgatorio. Dia 25, Nuestra devocion á san José ha de ser afectuosa. Dia 26, Nuestra devocion á san José ha de ser agradecida. Dia 27, Nuestra devocion á san José ha de ser práctica. Dia 28, Nuestra devocion á san José ha de ser celosa. Dia 29, Nuestra devocion á san José ha de ser continua. Dia 30, Nuestra devocion á san José ha de ser confiada. Dia 31, Nuestra devocion á san José ha de ser perseverante. 81

LA ANUNCIACION.— La embajada del Angel y la Encarnacion del Verbo.—El *Angelus Domini*. 129

LA FIESTA DE LOS DOLORES. — María dolorosa. — La Madre y los hijos ingratos.. 133

SEMANA SANTA.—Domingo de Ramos.—*Passio* y elevacion de la Vera Cruz.— Diario de la Pasion.— Procesiones y su importancia. — Falsas excusas para no asistir á ellas.—Su especial oportunidad hoy dia.—Jueves Santo.— Viernes Santo.—La Cruz, emblema principal del cristiano. —Los *mementos* del primer sacerdote. — La Iglesia crucificada. 139

PASCUA DE RESURRECCION. — El Sábado Santo y sus ceremonias.—El aleluya pascual.—Las *camarellas*.—Arriba los corazones.—La Pascua del cielo.—Las victorias de la Iglesia. — El tiempo pascual. — De los que no resucitan con el Salvador resucitado.—Octavario para pedir su espiritual resurreccion. 165

LA PRIMERA COMUNION. — Dos tendencias opuestas á propósito de este acto. 197

LA ASCENSION DEL SEÑOR. — Historia del misterio. — La más hermosa puesta de sol.—Anhelos del cielo. . . . 203

EL MES DE MARÍA.—Mayo y sus galas.—Mayos falsificados.—El mes de Mayo de los ojos.— El mes de Mayo de los oidos.—El mes de Mayo del sentimentalismo.—El verdadero mes de Mayo.—El mes de Mayo para todos.— Breve ejercicio del mes de Mayo: Dia 1, María en su Concepcion. Estima de la divina gracia. Dia 2, María en su Nacimiento. Buen uso de la vida para la santificacion. Dia 3, María en su infancia. Compensacion por los años perdidos. Dia 4, María en su Presentacion. Don de sí mismo á Dios. Dia 5, María en sus Desposorios. Perfeccion en el respectivo estado. Dia 6, María en la Anunciacion. Docilidad á las inspiraciones divinas. Dia 7, María en la Visitacion. Caridad con los prójimos. Dia 8, María en su expectacion. Presencia continua de Dios. Dia 9, María en su viaje á Belen. Resignacion y sacrificio. Dia 10, María en el nacimiento de Jesús. Espíritu de pobreza. Dia 11, María en su Purificacion. Celo del buen ejemplo. Dia 12, María en su huida á Egipto. Total desprendimiento. Dia 13, María en su vida de destierro. Vida de peregrino en el mundo. Dia 14, María en Nazaret. Amor á la vida oscura. Dia 15, María en el primer milagro de Jesús. Importunidad en la oracion. Dia 16, María en la vida pública de Jesús. Para Dios toda gloria. Dia 17, María en la calle de Amargura. Amor de la Cruz. Dia 18, María en el Calvario. Valor y constancia. Dia 19, María junto al sepulcro. Unica confianza en Dios. Dia 20, María esperando la resurreccion. Confianza en las divinas promesas. Dia 21, María en el primer abrazo de su Hijo resucitado. Preludios del gozo del cielo. Dia 22, María en la Ascension del Señor. Anhelos del cielo. Dia 23, María esperando la Venida del Espíritu Santo. Celo por la perfeccion del prójimo. Dia 24, María en el dia de Pentecostes. Alegría por los bienes ajenos. Dia 25, María en la naciente Iglesia. Ayudar á los principiantes en la virtud. Dia 26, María en las primeras persecuciones. No temer la persecucion. Dia 27, María en su ancianidad. Preparacion para la muerte. Dia 28, María en su tránsito glorioso. Perfecta union con Dios. Dia 29, María en su resurreccion. Nuestra carne glorificada. Dia 30, María en su Asuncion á los cielos. La dichosa eternidad. Dia 31, María en su trono de gloria. Intercesion poderosa. — Flores espirituales. — Recuerdo de Mayo ó último legado de la Madre de Dios. . 209

PENTECOSTES. — Historia de este gran misterio. — La inauguracisn oficial del Cristianismo. — Alzamiento contra la legalidad. — Soldados cobardes y maestros sin letras.— Las obras del Espíritu Santo.—La creacion propia del Espíritu Santo.— La vida del Espíritu Santo en la Iglesia. — Señales de esta vida en los actuales momentos. 259

LA SANTÍSIMA TRINIDAD. — La razon y el misterio. Oscuridad luminosa. 275

SS. CORPUS CHRISTI.—La santa Eucaristía.—Este dogma y la mala fe protestante.—Misterio de fe y triunfo de la fe.—La miés divina.—La salida triunfal de Cristo Rey.— ¡Católicos, á la procesion!—Deberes del católico en la procesion.—La adoracion nocturna.—La visita diaria al santísimo Sacramento. 281

EL SAGRADO CORAZON.—Cosecha de Junio.—Un culto y un apostolado.—Ejercicios para el Mes del sagrado Corazon: Deprecaciones al sagrado Corazon de Jesús. Dia 1, El sagrado Corazon, modelo de amor. Dia 2, El sagrado Corazon, modelo de humildad. Dia 3, el sagrado Corazon, modelo de obediencia. Dia 4, El sagrado Corazon, modelo de paciencia. Dia 5, El sagrado Corazon, modelo de generosidad. Dia 6, El sagrado Corazon, modelo de mansedumbre. Dia 7, El sagrado Corazon, modelo de celo. Dia 8, El sagrado Corazon, modelo de recogimiento y modestia. Dia 9, El sagrado Corazon, modelo de desprendimiento. Dia 10, En el sagrado Corazon hallarémos el mejor consuelo. Dia 11, En el sagrado Corazon hallarémos el más fiel amigo. Dia 12, En el sagrado Corazon hallarémos el más seguro maestro. Dia 13, En el sagrado Corazon hallarémos el más precioso tesoro. Dia 14, En el sagrado Corazon hallarémos la más firme esperanza. Dia 15, En el sagrado Corazon hallarémos la más poderosa fortaleza. Dia 16, En el sagrado Corazon hallarémos la fuente de la alegría. Dia 17, En el sagrado Corazon hallarémos la más eficaz proteccion. Dia 18, En el sagrado Corazon hallarémos la mayor honra. Dia 19, Pidamos al sagrado Corazon por nuestro santísimo Padre el Papa. Dia 20, Pidamos en este dia al sagrado Cora-

en conformidad con estas reflexiones. Más nuevas y más halagüeñas las puede haber, pero no más verdaderas y que más de cerca nos interesen.

¡Un año más que va á hundirse como tantos otros en los insondables abismos de la eternidad! ¡otra ruina del tiempo inexorable! ¡otro cadáver para el cual se ha abierto la sepultura!

¿Quién le va á hacer caso alguno á cosa que tan presto empieza como acaba? ¿A flor en tan breves horas marchita? ¿A fugaz ave de paso que tan poco rastro deja?

¡Y no obstante son muchos, muchísimos los que se creen echados al mundo únicamente para *hacer años*, como ellos dicen, cuando no debieran decir *hacer años* sino más bien *deshacerlos!* Y se quedan tan guapos y satisfechos y, como dijo un poeta:

Ven cual cosa corriente
que siga un año al año antecedente.

Y sin temblar, ni estremecerse siquiera, van añadiendo números y más números á esta suma fatal, sin advertir que á la postre esos al parecer inofensivos sumandos son los que los van á devorar!

Son, pues, poca cosa los años, son nada; y sin embargo, gran cosa son, son mucho, ¡válganos Dios! son todo.

Y nadie se ria de la aparente contradiccion, que ahí á la mano está un ejemplito para dejarla justificada.

¿Qué es la moneda para la vida del hombre? Nada, en verdad; porque dénle Vds. á cualquier hambriento un saco de moneda á condicion de que se alimente no más que de ella, y ya verán como aquel oro y plata y billetes de banco no le impiden morirse de hambre.

Pero dénsela con permiso de emplearla y gastarla bien en pan y vino y demás sustancias alimenticias, y entonces saca la tripa de mal año el infeliz.

zon por el clero y las Ordenes religiosas. Dia 21, Pidamos hoy al sagrado Corazon por la restauracion de la familia cristiana. Dia 22, Pidamos hoy al sagrado Corazon por la cristiana educacion de los niños y niñas. Dia 23, Pidamos hoy al sagrado Corazon por los pobres incrédulos y malos cristianos. Dia 24, Pidamos hoy al sagrado Corazon por las obras de Propaganda católica. Dia 25, Pidamos hoy al sagado Corazon por los pobres agonizantes. Dia 26, Pidamos hoy al sagrado Corazon por nuestros hermanos del purgatorio. Dia 27, Pidamos hoy al sagrado Corazon de Jesús por el aumento de esta devocion en nosotros y en todo el mundo. Dia 28, Demos hoy gracias al sagrado Corazon por los beneficios recibidos en el órden de la naturaleza. Dia 29, Demos hoy gracias al sagrado Corazon por los beneficios recibidos en el órden de la gracia. Dia 30, Demos hoy gracias al sagrado Corazon por los beneficios que esperamos recibir en la gloria. 313

LA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA.—El Niño Precursor.—Regocijos de esta fiesta.. 375

SAN PEDRO Y SAN PABLO, APÓSTOLES.—La Roma gentil y la Roma pagana.—La cárcel Mamertina.—Sueños hay que verdades son.—La Barca y el Barquero. 381

LA VISITACION.—Explicacion de este misterio.. . . . 391

EL SANTO ESCAPULARIO.—Su fundamento histórico.—Sus privilegios.—Tapabocas á la impiedad.. 393

SANTIAGO PATRON DE ESPAÑA.—Maestro, Patron y Símbolo.—Lúgubres recuerdo de un dia de sangre.—La fiesta nacional.. 401

SAN IGNACIO DE LOYOLA.—Ignacio y la ciudad ignaciana. —¡Viva la Compañía! 409

LAS CADENAS DE SAN PEDRO.—El drama de siempre.—La vieja consigna. . . . . , ... 421

LA TRANSFIGURACION DEL SEÑOR.—Las glorias del Tabor.—Nuestra esperanza. 429

LA ASUNCION DE MARÍA.—El sueño de la Vírgen.—Dos aspectos de la muerte para el cristiano.—¡Al cielo ojos y corazon!—La patria y el destierro.—Novenario á María en el misterio de su Asuncion.—Devota Coronilla para el dia 15 de cada mes. 431

LA NATIVIDAD DE LA VÍRGEN.—Este misterio.—La fiesta de los Santuarios de María.—Piadosa novena para pedir la salud de un enfermo por intercesion de la Vírgen santísima en cualquiera de los santuarios de su advocacion. . . 459

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES.—El Descenso á Barcelona.—Gobierno, clero y pueblo.—Estadística de los esclavos redimidos.—Recuerdos de gloria y vergüenzas presentes. 477

EL SANTO ANGEL DE LA GUARDA.—Celestial compañero.—Respeto á su presencia.—Confianza en su proteccion.—Gratitud por sus beneficios.. 485

SAN FRANCISCO DE ASIS Y SU ORDEN TERCERA.—La fiel imágen de Cristo.—La Orden Tercera de Penitencia. . 489

EL SANTO ROSARIO.—Guirnalda de meditaciones, súplicas y alabanzas.—El Rosario en familia.—Recuerdos de Lepanto y los sarracenos de hoy.—El Rosario de la Aurora.. 495

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR DE ZARAGOZA.—La dedicacion de la Iglesia española.—El relato de Tajon.. . . . 509

SANTA TERESA DE JESÚS.—El siglo de oro de España.—Gran fondo para un gran cuadro.—Armas, letras y santidad.—Santa Teresa como ella fué.—Rasgos de su infancia.—Varonil magnanimidad.—Firme intransigencia.—Libertad de espíritu.—Hermosísima cita.—El lego y el retrato.—Lo que va de ayer á hoy.. 513

LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.—Los bienaventurados del siglo y los bienaventurados del cielo.—Ojeada al paraíso.—La gran cosecha de Dios.—Noche estrellada.—Suspiros de Fr. Luis de Leon. 529

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.—Asunto de esta solemnidad.—La visita al cementerio.—Dos aspectos de la muerte, el escéptico y el cristiano.—¡Rogad por ellos!—La cruz del Campo santo.—Los que pasaron.—El Purgatorio, doble aspecto de una cuestion muy personal.—El mes de las ánimas.. 541

LA PRESENTACION DE NUESTRA SEÑORA.—El retiro de María.—María y la vida religiosa.—La fiesta de las educandas. 561

LOS DESPOSORIOS DE MARÍA CON SAN JOSÉ.—María y la vida conyugal.—La casa del carpintero.—La vida íntima de la sagrada Familia.—Loreto. 563

EL SANTO ADVIENTO.—La Cuaresma de Navidad.—El primer grito de anhelo de la Iglesia.—El aderezo espiritual para recibir al Huésped.—Limpieza de dentro y de fuera.—Las últimas impaciencias del amor. 565

LA INMACULADA CONCEPCION DE MARÍA.—Explicacion del Misterio.—Realidad y símbolo.—Tres negaciones revolucionarias y tres afirmaciones católicas.—María Inmaculada, capitana de nuestras luchas contra la Revolucion.—La generacion de la serpiente en el mundo y la generacion de María.—España, pueblo de María Inmaculada.—El culto de María Inmaculada desde los primeros siglos.—Lo que debe pedir un español á María en el dia de su Concepcion.—Oraciones y Letanía. 573

LA EXPECTACION DEL PARTO DE MARÍA SANTÍSIMA.—Consideraciones sobre este misterio.—El viaje á Belen y las almas desoladas. 599

LA VÍSPERA DE NAVIDAD.—Razon de las vigilias.—*La Calenda* de este dia, su texto y traduccion.—Los Maitines de Noche Buena.—El Niño esperado.—¡Ya viene!—El incrédulo sin respuesta. 601

NAVIDAD.—El dia grande del Cristianismo.—Dios-Niño.—Las alegrías de Navidad.—La cuna y el cadalso.—Junto al pesebre.—Ahora como entonces.—Los que aman, los que odian y los que olvidan.—Sollozos del Niño Jesús.—Octavario al dulce Niño de Belen. 609

FIN DE AÑO.—Nota austera entre los regocijos de Navidad.—Balance del año.—Meditacion para este último dia de él.—Mar y tierra firme.—Acabar el año á lo mundano y á lo cristiano.—Un año más y un año menos.—Nada y mucho, ó la liquidacion final. 643

LAS FIESTAS CRISTIANAS.

DISCURSO PRELIMINAR.

CIERTAMENTE, si bien lo miramos, es una de las bellezas más admirables de nuestra santa Religion católica, apostólica, romana, la institucion de sus augustas solemnidades. Todos los hechos de su magnífica historia, todos los recuerdos más interesantes de ella, todos los dogmas de su fe, todas las máximas de su moral, las ha pintado y esculpido, por decirlo así, la mano de la Iglesia en sus Fiestas como en otros tantos cuadros ó mejor grupos de alto relieve, convirtiendo para sus fieles hijos los doce meses del año en una espléndida galería, la más propia para traer de contínuo suspenso y embebecido y elevado el ánimo en la consideracion de los más grandiosos asuntos. Desde la fiesta de *Año nuevo* con que se abre esta série, hasta la poética octava de *Navidad* con que termina, ¡qué interesante variedad de escenas! ¡qué suave armonía de colores y matices! ¡qué simpática novedad de puntos de vista! ¡qué delicada sucesion de sentimientos, ora de austera gravedad, ora de lúgubre tristeza, ora de alborozo y pompa, ora de sencillo y popular y casi infantil regocijo! No embellece más al año astronómico y natural el sucederse de las estaciones, engalanada cada cual con distinto ropaje de flores ó de frutos, y agradable por su especial característica fisonomía, sucesion con que va él como de contínuo remozándose y haciéndose nuevo con variadas impresiones, cuanto hermosea al año religioso, cristianamente observado, esa no interrumpida sucesion de gratas emociones con que al regocijado periodo de *Navidad* y *Epifanía* siguen los melancólicos dias de la *Cuaresma* y los sublimes de la *Semana Santa*, y á ésta la triunfal pompa de la *Pascua de Resurreccion*, y á ésta los no menos majestuosos de la *Ascension* y *Pentecostes* y *Corpus*, y despues tras las místicas *flores de Mayo* las espirituales cosechas de *Junio*, y luego *San Juan* y *San Pedro*, y más tarde la magnífica *Asuncion de Nuestra Señora*, y sucesivamente *Todos los Santos* y el dia lúgubre de *Difuntos*, para entrar inmediatamente en la ansiosa expectacion del *Adviento*, y pasando por la gran fiesta nacional de *La Inmaculada Concepcion*, otra vez concluir el año por donde empezó, esto es, por las inefables y siempre viejas y siempre nuevas alegrias del portal de Belen. Monótono y cansado por demás resultaria el año físico sin el contraste de sus diversas estaciones, aunque se ajustasen sus doce meses al tipo de la más hermosa semana primaveral; otro tanto resultaria en el órden moral la vida cristiana, si la mano amorosamente artística de la Iglesia no hubiese procurado ofrecérnosla de este modo constantemente rejuvenecida. Necesitábalo así el corazon del cristiano, que hombre es al fin el cristiano, aunque elevado por la fe y por la gracia á superior condicion. Necesitábalo así, y no podia menos la Religion de acudir solícita á esta imperiosa exigencia de nuestros pobres corazones.

* * *

Es el primer objeto de las Fiestas cristianas rendir á Dios, á la Vírgen santísima y á los Santos el homenaje debido de amor, veneracion y respeto, segun su distinto órden y categoría. No es el hombre sér meramente espiritual, que sólo en su interior deba prestar á tales objetos el culto que se les debe. Aquello de «adorar á Dios en espíritu y en verdad» que dijo el Salvador á la Samaritana, y que tan groseramente aplican contra toda manifestacion externa de piedad los infelices protestantes, no significa sino una circunstancia esencial de todo acto religioso, cual es, la de que venga animado por viva fe del alma y por entrañable afecto del corazon, sin lo cual todo exterior aparato de ceremonias resultaria farsa é hipocresía. Con el alma ante todo se debe adorar á Dios y venerar y honrar á sus héroes, es verdad: mas puesto que el sér racional tiene un cuerpo al servicio de su alma, con dicho cuerpo debe tambien acompañar tales actos de ella, para que sea más perfecto y más humano por decirlo así, el homenaje de *todo el hombre*. Lo cual se necesita además para que en el obsequio á Dios se unan todos los hombres ya de una familia, ya de una localidad, ya de una nacion, ya de todo el mundo por medio de ese poderoso vínculo de la manifestacion pública y colectiva, que es evidente no puede ser pública ni colectiva sino por estos actos exteriores. Así la institucion de las Fiestas obedece á esta doble idea altamente racional y filosófica: la de que *todo el hombre,* es decir, su cuerpo y su alma á la vez, rindan el culto debido á la Religion; y la de que sean posibles los actos colectivos de toda una familia, pueblo ó raza, mediante esa que llamarémos exteriorizacion de sus más íntimos y profundos sentimientos. Muy lógico es que, pues tiene el hombre una voz, cante y ore con esta voz ante el Señor que se la dió, y convide con ella y excite á todos los demás hombres sus hermanos á cantar y orar con él. Y pues tiene manos, erija con ellas templos y labre imágenes y escriba libros para el mismo soberano objeto. Y pues tiene ojos, álcelos á contemplar las obras ya de la naturaleza, ya del arte, que en su mudo lenguaje le están recordando las grandezas de su Criador y de su fe. Y pues tiene oidos, reciba por ellos estímulos al fervor y al entusiasmo con los primores de la elocuencia, con el hechizo de la música, con el alegre repicar ó el grave doblar de las campanas, ó con el trueno majestuoso de la artillería. Así las Fiestas podrian muy bien definirse: «ideas espirituales sensibilizadas, para uso del hombre, que es á la vez espiritual y sensible, y para culto de Dios, que sensible y espiritualmente debe ser venerado.» Y quien así no lo comprenda, no comprende al hombre, ni comprende á la Religion, que procede de Dios, para uso del hombre, y que por tanto debe ser y es profundamente humana en este sentido, sin perjuicio de ser y precisamente porque es esencialmente divina.

La Iglesia, que hace reflejar la verdad de sus dogmas en la santidad de su disciplina, ha basado sobre este concepto esencial de Dios y del hombre su hermosísimo culto. Todo lo ha puesto en él á contribucion para este objeto: naturaleza, artes plásticas, literatura, música, indumentaria, mímica, la alegoría, el símbolo; todo cuanto tiene voz ó expresion, de cualquier clase que sea en el mundo material, todo lo ha puesto al servicio del órden moral y supra-sensible, de todo se ha servido para componer este singular *catecismo plástico* que se llama la sagrada Liturgia. Catecismo la volvemos á llamar á la sagrada Liturgia ó Ceremonial de la Iglesia, y catecismo plástico, ó sea, enseñanza por medio de formas materiales, instruccion por los sentidos, que en el pueblo suele ser el camino más corto y menos escabroso para llegar á la inteligencia y al corazon. Eso que pregona hoy como sutíl invento suyo la moderna pedagogia, sabíalo siglos há la Iglesia de Dios, gran pedagoga de la humanidad, y siglos há lo practicaba. Con este sistema ha adoctrinado al mundo desde las catacumbas, en cuyas toscas paredes grabó las primeras imágenes y entre cuyas sombras practicó las primeras ceremonias.

Si, bajo este concepto las Fiestas cristianas son otras tantas páginas del catecismo más práctico y popular que se ha dictado jamás para instruccion de los fieles. Y celebrar como es debido las Fiestas cristianas es la mejor escuela de Propaganda católica. A Dios Padre, al Hijo Unigénito, al Espíritu Santo, á María santísima y á los Angeles y Santos llega á conocer como de vista el pueblo cristiano, cuando desde su niñez los ha contemplado repetidas veces ante sus ojos en los diferentes cuadros ó grupos que le va presentando el calendario. De vista llega á conocerlos y á tratarlos familiarmente, y á entrañablemente quererlos, más, muchísimo más que si los hubiese estudiado en las escuelas de Historia ó de Teología y en los libros de los más renombrados autores. Celebrando las Fiestas, hojea sin cesar el pueblo este álbum divinamente iluminado, y aprende en él no sólo el conocimiento histórico de sus santas figuras, sino los dogmas y preceptos que en ellas están como personificados. Así leen en tal catecismo los que ni el más vulgar alfabeto saben leer; así comprenden y acaban por formar conceptos los más exactos y acabados los que sin este sistema educativo no acertarian á tener de la Religion y de sus misterios la más rudimentaria idea. Así se formaron en todas partes (y en nuestro país sobre todo, más dado que otro alguno á esa representacion sensible) las antiguas generaciones cristianas, más cultas y más teológicas en su misma rudeza, que muchísimos sabios de hoy de los que leen gruesos libros y áun de los que los escriben. Dénsele á un pueblo cualquiera las Fiestas católicas, digna y espléndidamente celebradas y convenientemente explicadas por quien tiene para eso debida autoridad, y aquel pueblo no necesitará apenas otra instruccion para ser á su manera un pueblo de teólogos, y más aún (y lo que es mucho mejor) un pueblo de buenos cristianos.

Mas no pára aún ahí la eficacia y divina virtud de las Fiestas cristianas. Como elemento de instruccion del pueblo son adecuadísimas, empero lo son más todavía como elemento de elevacion de sus sentimientos y por tanto de regeneracion de sus costumbres. Las Fiestas cristianas son para el hombre, viajero de la tierra en direccion á la patria, puntos de parada en que se le invita á descansar un momento de sus habituales ocupaciones terrenas para dedicar su atencion á las sublimes esperanzas de su destino inmortal. Hay que trabajar mientras en este mundo se vive; mas el fin del hombre no es este su trabajo, bien sea el de su cuerpo, bien el de su inteligencia. Como el viajero ha de caminar, mas no es el caminar fin de su viaje, sino solamente medio para llegar al término de él; así no ha nacido el hombre para el trabajo, como quiere la filosofía materialista, sino para alcanzarse por medio del trabajo y por otros medios otro muy superior fin. Es por tanto indispensable que alguna vez y muy á menudo suspenda el hombre sus trabajos de acá, para enderezar exclusivamente, á aquel más allá á que se dirige, todos sus pensamientos. Que deje de vez en cuando de ser rueda y de ser arado y de ser martillo y de ser pluma, para ser únicamente alma hija de Dios y heredera, como tal, de celestial patrimonio. De no hacerlo así, de no levantar nunca ó rara vez los ojos al cielo, clavados siempre miserablemente ó en el terruño ó en la manufactura, ó en el problema científico, ha de resultar volverse el hombre ó tierra ó máquina ó árido libro, sin jugo espiritual en el corazon, sin alteza de miras en su inteligencia, cerrado del todo su porvenir por los limitados horizontes de lo que se come ó de lo que se goza ó de lo que proporciona pasajero aplauso. ¡Ah! las Fiestas llaman al órden á esos pobres extraviados del verdadero camino real: las Fiestas entreabren el cielo y dejan derramarse de allá un rayo de luz sobre tales frentes cansadas por la congojosa lucha de la vida; las Fiestas, como ecos de otra region, despiertan á tales corazones dormidos ó aletargados, y por desgracia muy bien hallados tal vez con estos sus groseros sueños y letargos. Pues ¿qué será si la espina de la tribulacion, ó por reveses de fortuna ó por persecucion de poderosos ó por dolorosa enfermedad ó por pérdida de séres queridos, le hace al hombre doblemente enojosa la vida de este su miserable destierro? ¿Qué le consolará en él si no tiene siempre á la vista en medio de su oscuridad esos puntos luminosos, únicos que pueden guiarle en ella y anticiparle por la esperanza las dulzuras de la patria feliz? ¿Qué le dirá el mundo si perdió ya de una vez toda la ilusion que tenia en sus mentirosas promesas? Aunque por otro concepto no fuese, debieran por este solo serle muy queridas á todo cristiano reflexivo y pensador las santas festividades cristianas, árboles de fresca sombra, arroyuelos de limpia corriente, oasis de inmarcesible verdor, que á los bordes del triste camino de su vida ha plantado solícita la mano de la Religion, para convidarle al descanso y hacerle así menos fatigosa y acongojada esta breve peregrinacion. ¡Santas Fiestas de la Iglesia de Dios! ¡Benditas sean ellas, que más almas han consolado, más pasos vacilantes han sostenido, más corazones marchitos han rejuvenecido, más frentes rugosas han serenado, que todas las sentencias de los filósofos, todos los elevados conceptos de los poetas, todos los consejos de los humanos moralistas!

Nace de ahí sin duda la guerra preferente que á las Fiestas cristianas y á su debida y conforme celebracion parece tener declarada el enemigo de Dios y del género humano. Guerra que es antigua como el hombre, pero que recrudece hoy en manos de la Revolucion de un modo sobre el que no podemos menos de discurrir aquí extensamente.

Contra la debida celebracion de las Fiestas ha tenido siempre el hombre dos principales enemigos. La codicia, impulsándole á profanarlas por el trabajo que en ellas le ha estado siempre prohibido; y la disipacion, convidándole á emplearlas en diversiones y pasatiempos, ó por su naturaleza misma ó por su exceso, contrarios á su santificacion. Esta fué siempre la doble carcoma de los dias festivos. Frecuentemente olvida el hombre que de tales dias no tiene el uso libre y humano que de los demás se le ha concedido, y que son ellos como cotos cerrados en que quiere reinar solo su Dueño y Señor y que con Él solo se ocupe y entretenga su criatura. Así en la antigua Ley como en la nueva, el precepto es formal y severísimo: «Acuérdate, se le dice al hombre, de santificar el dia del Señor.» Mas no queremos al presente hacer especial hincapié sobre las infracciones, que podríamos llamar comunes, de este mandamiento. Queremos, sí, hacer resaltar el otro aspecto de la guerra sistemática, calculada y verdaderamente satánica que lleva años há emprendida la moderna Revolucion contra las Fiestas cristianas.

Aquel grito feroz de los impíos en el Viejo Testamento: «Hagamos cesar sobre la tierra las Fiestas de Dios:» *Quiescere faciamus dies festos Dei a terra,* parece ser el lema constante de la Revolucion en el presente siglo. ¡Bien conocen el infierno y la masonería que el medio más seguro de borrar del corazon de los pueblos la idea de Dios es que dejen de ser celebradas y caigan en vilipendio sus solemnidades! Por lo cual procura primeramente la Revolucion fomentar aquellas dos groseras tendencias del hombre, la de su codicia y la de su sensualidad, que antes hemos indicado, para que por una ú otra ó por ambas á la vez se distraiga de la debida celebracion de los dias festivos, aboliendo, en todas partes donde puede influir, las saludables leyes que prohibian el trabajo y el comercio en tales dias, procurando se instalen hasta en las más pequeñas localidades dorados garitos con el nombre de casinos, bailes y teatros, donde olvide el hombre lo que en tal dia debe á su Dios, y gaste las horas ó en perezosa ociosidad ó en funestos y corruptores devaneos. ¡Oh! ¡qué capítulo tan triste podria escribirse sobre la influencia de estos centros de perversion popular, que muchos creen de honesto solaz y pasatiempo, y en cuyo desarrollo anda, más de lo que se figuran los cándidos, la mano infernal de las sectas secretas!

En segundo lugar ha mostrado, ó por lo menos disimulado muy poco, el odio satánico que tiene la Revolucion á las Fiestas cristianas, en el empeño con que ha procurado en todos los paises influidos por ella su reduccion. Reduccion que, áun cuando haya sido otorgada por la Iglesia en atencion á poderosísimos motivos que se han alegado para que la concediese, lo ha ha sido siempre á condicion de que se mandase por los Gobiernos la exacta observancia de las Fiestas que quedaban subsistentes, condicion que en todas partes ha quedado desatendida; por lo cual podemos bien asegurar que la maternal condescendencia de la Iglesia ha sido en este punto traidoramente engañada. Con lo cual ha logrado la secta, de una parte desautorizar á los ojos del pueblo la institucion general de las Fiestas, despojándolas del carácter de inmovilidad tradicional con que siempre éste las habia mirado; y de otra disminuir el culto de Dios, que es lo que se buscaba con la supresion referida; no el pretendido fomento de intereses agrícolas, industriales ó mercantiles, que no por esto han quedado más beneficiados. Véase sino lo que ha pasado en España, donde esta reforma fué la consigna de los partidos más hostiles á la Iglesia durante largos años, así como lo es hoy la reduccion de diócesis por análoga razon.

En tercer lugar combate la Revolucion las Fiestas cristianas, procurando oponer á ellas el deslumbrador aparato de ciertas otras fiestas laicas ó civiles, con que poco á poco se quiere ir como secularizando esta parte importantísima de las públicas costumbres. Cuando la Convencion francesa quiso abolir en aquel infortunado país todos los recuerdos de la tradicion cristiana, declaró guerra á muerte antes que todo á su calendario religioso, y en odio á él llegó hasta reformar la antigua semana, sustituyendo á ella el periodo de diez dias llamado *década*. Y en lugar de las Fiestas religiosas instituyó las fiestas llamadas cívicas, una de las cuales fué la tan renombrada de la diosa *Razon*, simbolizada muy al caso en una infame ramera de los barrios bajos de París. La Convencion no pudo lograr echase raíces su nuevo culto, pero logró quedase huella de él en la propaganda revolucionaria de todos los demás países, que se han informado en su espíritu. De ahí el empeño por celebrar centenarios del nacimiento ó muerte de héroes de perversa ó dudosa reputacion, ó de personajes que, si bien fueron cristianos y hasta excelentes cristianos como nuestro Calderon, se ofrecen por la secta únicamente como glorias nacionales, tal vez del modo más lastimoso oscurecidas y falsificadas. En lo cual trabaja con mano muy artera y sagaz la masonería, como igualmente en la celebracion de fiestas filantrópicas ó de caridad civil cuando se presenta el caso de grandes calamidades á que acudir, bien que esto no entre directamente en el asunto que aquí estamos tratando. Y son tan ciegos muchos católicos de hoy, y tan allá llevan su malhadado espíritu de conciliacion y condescendencia, que con todo y verse tan clara en eso la maniobra de Satanás, préstanse bonachonamente á ella, sirviéndole de comparsas cuando no de eficaces y positivos auxiliares.

En cuarto lugar combate la Revolucion las Fiestas cristianas, donde no puede de otra manera, falsificándolas y desnaturalizándolas, á fin de que, conservando su propio nombre y exterior apariencia, vengan á perder su genuino carácter y verdadera significacion, y por consiguiente su intrínseca virtud y eficacia. Tal efecto nos han hecho siempre las famosas y tan ponderadas *Ferias y fiestas populares,* con que en muchos puntos se ha pretendido al parecer rodear de más importancia y brillo ciertas fechas religiosas, cuando en realidad no se quiso sino que el objeto religioso viniese á ser mero reclamo (alguna vez confesado) de industrial y mercantil granjería. Es destruir el esencial concepto de una Fiesta cristiana quitarle su carácter exclusivamente religioso y sobrenatural. En tales casos el pintarrajeado cartel de dos metros, podrá atraer forasteros á millares á la codiciosa ciudad, realizarán buen agosto ferrocarriles, fondas y teatros, se harán lenguas de lo brillante de las fiestas los necios *(infinitus est numerus)* que sólo miran el fausto material; pero la Fiesta propiamente dicha no se ha celebrado en obsequio del Señor, ni de la Vírgen, ni de sus Santos, sino sencillamente del becerro de oro y de los tres enemigos del alma. Y los pueblos por arte del diablo han visto sustituida su antigua solemnidad cristiana por un jolgorio racionalista ó naturalista ó masónico, del cual sólo la bolsa de los mercaderes ha salido gananciosa. Tambien es ésta una de las ceguedades en que más frecuentemente incurren ciertos católicos de hoy.

Finalmente, de mil otras maneras procura la Revolucion, cuanto está de su parte, contrariar esta institucion de las Fiestas, y por acabar de una vez citarémos tan sólo aquí algunos de los actos principales con que se les declara esta guerra inicua. Recuérdense para eso las dificultades que en muchas partes ha creado la ley para todo acto de culto que salga á la vía pública, como acontece en Italia, y como á temporadas ha acontecido en algunos puntos de España; el satánico afan con que en el hervor de cualquier algarada revolucionaria, y áun en épocas de relativo sosiego, ataca la piqueta demoledora nuestros templos, por mero mal encubierto interés particular á veces, por pretexto de rectificacion ó apertura de calles, ó bajo excusa de estado ruinoso, ó simplemente por un decreto gubernamental cuyas apariencias de atropello no hay siquiera el pudor de justificar; la persecucion igualmente decretada contra las cruces de los caminos públicos, las imágenes de las fachadas, la rotulacion cristiana de nuestras calles, y las campanas de nuestras torres, muchas de las cuales desde Mendizabal acá han enmudecido rotas y malvendidas por oficiales bandolerismos.

Todo esto ¿qué son sino tiros más ó menos descaradamente asestados contra la influencia poderosísima que sobre el pueblo ejerce por medio de su culto y de las Fiestas de él nuestra divina Religion?

Debiera esto solo bastar para que en la cristiana observancia de las Fiestas y en el mayor esplendor y grandiosidad de ellas pusiese todo su empeño el Propagandista católico de nuestros dias. A aquella parte del muro debe acudirse con el refuerzo, donde es más récio y desaforado el embate del ejército sitiador. Gran obra de Propaganda católica es acudir, pues, hoy en auxilio del culto y de sus manifestaciones con todos los medios que puedan sugerirle á un buen católico su celo y piedad. Y ante todo es gran obra de apostolado el que se celebren, como se debe, todas las Fiestas del calendario cristiano. Hágase un deber el buen soldado de Dios de honrarlas siempre con su persona, asistiendo á los actos oficiales de ellas; de auxiliarlas con su dinero, ofreciéndolo á su párroco y á las pias asociaciones para su mayor esplendor; de ayudar además con su influencia para que sean muchos los que como él las observen y celebren. Procúrese ante todo la mayor escrupulosidad en los ritos y ceremonias que prescribe la sagrada Liturgia para cada festividad. Todo es grande en ellas, nada insignificante: todo es expresivo y de altísima representacion y de sin igual belleza. En eso se ha mostrado artista la Iglesia, como el que más. Y luego añádanse á esas prescripciones oficiales del rito, las prácticas piadosas de carácter popular que él no repruebe; que la Religion á pesar de su austeridad ama adornarse y embellecerse con esas flores del suelo, cuando sobre sus altares las coloca una firme y encendida devocion. Desentiérrense del museo de nuestras añejas tradiciones tantas bellas costumbres hoy desdichadamente puestas en olvido, y con las que el buen pueblo en todas partes, pero muy particularmente en nuestro pais, añadió á la Liturgia eclesiástica y oficial de que hemos hablado, otra como liturgia popular y llena de encantos, que nunca ha condenado la Iglesia, antes ha mirado y bendecido con amor, como con amor recibe siempre una madre los obsequios que le ofrecen sus hijos. Hablamos de esas poéticas cuanto ingénuas manifestaciones de la piedad que tanto amaron nuestros padres y que hoy afectan desdeñar con no sabemos qué árido y jansenístico espíritu de formalismo ciertas almas adustas en demasía; de los Rosarios de la Aurora; de las fiestas patronales de ermitas y santuarios; de las callejeras enramadas y fogatas y luminarias en determinadas festividades; de los cánticos é himnos con que en el templo y en la calle desahoga su pecho el pueblo fiel; de las devotas procesiones, que en Cuaresma y Adviento recorren las calles dirigiendo saetillas al pecador, ó de las regocijadas y festivas que en la alborada del dia de Pascua despiertan al vecindario con las enhorabuenas de la Resurreccion. ¿Por qué ha de mirar con malos ojos el Propagandista de la verdad esas bellas expansiones del alma creyente, que traduce en cantos, danzas, luces y flores los más íntimos sentimientos de su alma, y que tanto ayudan para sostenerlos y perpetuarlos y transmitirlos?

A todo eso tira el presente libro, y tal fué su intencion primaria y principal. Que las Fiestas tengan en la Propaganda católica, como uno de los recursos más poderosos de ella, el lugar que de derecho les corresponde. Que por medio de las reflexiones que sobre cada una de ellas acertemos, bien ó mal, á presentar, las comprenda más y más el pueblo sencillo, al cual siempre con preferencia nos dirigimos, y con los ejercicios que para las principales ponemos se ayude á debidamente celebrarlas. Que tenga el padre de familias algo que leer á la suya en cada festividad de las principales; que asimismo el director de colegio tenga algo que poner en manos de sus educandos ó educandas cuando para celebracion de tales dias quiera disponer sus tiernos corazones. Que, en una palabra, nos ayude á todos á amar más y más nuestra santa fe, al amor y culto de sus festividades, preparacion de aquella otra sin fin que nos tiene reservada la divina Bondad en el cielo.

Se han puesto en esta série todas las Fiestas en que se celebran Misterios de la vida de Jesucristo y de su Madre santísima, y además las de algunos Santos de más especial devocion y culto en todo el pueblo cristiano. Para la vida de los demás, conforme vienen señalados en el calendario, hay otros libros de uso más vulgar y conocido, pero no de menos valer, á que puede acudir el lector que desee tener un completo *Santoral*. No ha sido este nuestro propósito en el que al presente le ofrecemos.

¡Bendiga estos nuestros propósitos el sagrado Corazon de Jesús, en cuyo Mes bendito escribimos estas líneas y á cuya gloria lo tenemos todo consagrado y consagramos especialmente este Tomo III de nuestra humilde y popular *Propaganda!*

Sabadell, Junio de 1884.

LA CIRCUNCISION.—AÑO NUEVO.

Con misterio de sangre empieza la vida del Niño Dios, y con misterio de sangre empieza el año para el fiel cristiano. Entre los cantares de los Angeles y de los Pastores de Belen, óyese el vagido del divino Infante, que á los ocho dias pasa por esta ceremonia, infamante á la vez y dolorosísima. Con un cuchillo se cortan sus carnes, sello de expiacion por el pecado, que mandaba la ley de Moisés recibiese en su cuerpo todo hijo de aquel pueblo, para distinguirse del que no habia pactado alianza con el verdadero Dios. Este sello no lo debia recibir en el suyo el Hijo de Maria, que no habia contraido, como los demás, la mancha original; quisolo, no obstante, para que se viese su espíritu de conformidad á la ley, por más que fuese ésta cruel é ignominiosa. Pecador quiso parecer áun en esto el Niño recien nacido; pecador con marca de tal, oficialmente impresa en su cuerpo y oficialmente aceptada. Así convenia se empezase á presentar como uno de nosotros, hasta en esa exterior apariencia, el que habia de ser nuestro Mediador, nuestro Redentor y nuestro Restaurador. Para estos oficios, al paso que debia ostentar ante los hombres su carácter completo de Hijo verdadero de

Dios con todo su poder, debia igualmente ostentar ante Dios su completo carácter de verdadero Hijo del hombre con todas sus miserias. ¿Cómo de otro modo hubiera reconocido en Él su eterno Padre la delegacion y representacion, y consiguiente solidaridad y responsabilidad del humano linaje, cuyo primogénito ó hermano mayor venia á hacerse, y cuya expiacion íntegra y superabundante venia á cargar sobre sí?

Esto mismo lo indica el que fuese en este acto de la Circuncision cuando recibió el divino Niño su nombre característico de Jesús. Tal nombre le habia sido revelado á José por un Angel del cielo, cuando le fué comunicado en sueños el misterio de la preñez maravillosa de su virginal Consorte. Mas hasta hoy no se le impuso al tierno Infante, porque hasta hoy no empezó á ejercer declaradamente su cargo de Salvador, que es lo que aquel Nombre significa. El vocablo Jesús resume, pues, como en cifra toda la divina mision del Verbo encarnado, para la redencion del mundo por medio de su preciosísima Sangre, que en tal dia y con la Circuncision empezó á derramar como pecador por todos sus hermanos pecadores.

* * *

¡Jesús! Desde que en tal dia se le impuso al tierno Niño este nombre celestial, en su honor se han como condensado todos los amores y bendiciones y loores de los buenos, así como en su odio se han, por decirlo así, condensado todos los rencores infernales. ¡Jesús! Porque es este el Nombre de nuestro Salvador, no hay otro nombre en que podamos ser salvados. ¡Jesús! De tal suerte ha querido el eterno Padre serlo todo para nosotros en Jesús, que en éste tenemos todo cuanto necesitamos para honrarle, para desagraviarle, para ser perdonados, para obtener toda clase de beneficios. Amando á Jesús, se ama cuanto Dios quiere que sea amado; siguiendo á Jesús, se sigue todo lo que Dios quiere sea seguido; ofreciendo á Jesús, se ofrece á Dios lo mejor que á su soberana majestad puede ser ofrecido; rogando por mediacion de Jesús, se alcanza cuanto de Dios puede ser alcanzado;

uniéndose á las expiaciones de Jesús, no hay crimen espantoso en el mundo que no pueda ser superabundantemente expiado. Todo lo tenemos en Jesús, y todo lo es Jesús para nuestras almas. Loor, obsequio, intercesion, guia, expiacion, prenda de agradecimiento, fianza de eterna gloria, perpétua posesion de ella.

Como igualmente en Jesús nos ve el eterno Padre personificados á todos nosotros, por análoga manera con que nosotros vemos personificadas en Jesús todas las cosas de Aquel. Sí, en Jesús nos ama el Padre; en Jesús nos oye; en Jesús nos perdona; en Jesús nos consuela; en Jesús nos ayuda; en Jesús nos corona y glorifica. Viendo en nosotros el rasgo fisionómico de su dulce Jesús, reconoce el eterno Juez á sus elegidos. Todos nosotros, viviendo en Jesús, no somos para Él otra cosa que su muy dulce y amado Jesús, en quien tiene desde la eternidad todas sus complacencias. Que por esto le decia aquel Profeta para moverlo ó mejor obligarlo á piedad: *Respice in faciem Christi tui:* «Mirad, Señor, en nosotros el rostro de vuestro Cristo Jesús.»

Gran tesoro tenemos todos los cristianos en Jesús, y gran blason en este su Nombre adorabilísimo. ¡Amemos á Jesús y loemos á Jesús, tanto como le aman y ensalzan su eterno Padre y su benditísima Madre y sus Angeles y Santos en el cielo! ¡Amemos á Jesús y loemos á Jesús, tanto como le han amado y loado sus amigos y escogidos en toda la redondez de la tierra! ¡Amemos á Jesús y loemos á Jesús, tanto como le odian y le blasfeman todos sus enemigos y de su santo Nombre en la tierra y en el infierno!

Coincide con esta gloriosa solemnidad la entrada del año, que vulgarmente se conoce con el nombre de *Año nuevo*. Año verdaderamente cristiano, en el dintel de cuya puerta aparece de esta suerte como esculpido el adorable Nombre de Jesús. Año nuevo, con motivo del cual es ocasion de que traiga á la memoria el hombre para su bien ciertas verdades muy viejas que en todo su decurso no debe olvidar. Ya no existe más que en la historia aquel año á quien saludámos sonriente y halagüeño hace apenas doce meses con el dictado de *año nuevo*. Ahora es *año nuevo* su sucesor, condenado como todos á dejar de serlo tambien dentro brevísimo plazo para ceder su puesto á otro de tan fugaz existencia como él.

Hace la friolera de sesenta siglos dura para el mundo ese tejer y destejer, que áun á los más frívolos y ligeros obliga á exclamar filosóficamente: ¡Cómo pasan los años! Y sin embargo... hé aquí una ilusion como cualquiera otra. Es mentira: no pasan los años. Muy quedos y firmes se están; quienes pasamos, y cierto á paso redoblado, somos los hombres.

Despues de cavilar y cavilar los metafísicos para ponerse de acuerdo en dar una explicacion de lo que es el tiempo, han convenido en que lo que se llama tal, no es más que la sucesion de las cosas. Vean, pues, ahora si podemos achacarle al tiempo su rápido andar y sus infinitas mudanzas, cuando en rigor no es él sino nosotros quienes no acertamos á estarnos quietos.

Vuelo en ferrocarril, y, si no me engañan los ojos, veo pasar delante de mí en desatentada carrera los postes del telégrafo, el guarda de planton con su banderola, y hasta los montes y caseríos véolos correrse y desaparecer velozmente como cristales de linterna mágica. Y, vuelvo á repetir, ó me engañan mis ojos, ó se mueve todo eso en vertiginoso torbellino, mientras me estoy yo quietecito en mi wagon que por cierto no parece moverse de su lugar.

Pero, sí, señor; me engañan los ojos, y no son los postes telegráficos, ni el guarda, ni su casilla, ni los montes, ni los árboles quienes pasan por delante de mí: soy yo quien pasa delante de ellos; es mi wagon quien me arrastra impetuoso al través de túneles y terraplenes hasta dar conmigo en la estacion, término de mi viaje.

¡Válgame Dios! ¡Hé aquí la vida, hé aquí nuestra constante ilusion, hé aquí lo que ha de ser nuestro postrer desengaño!

No pasan los dias, ni vuela el tiempo, ni hay año nuevo, ni año viejo, ni cosa tal. Hay, sí, una porcion de viajeros que se hacen la eterna ilusion de verlo desfilar todo delante de sus ojos, cuando son ellos y sus vidas los que á tropel desfilan sin cesar por la rápida pendiente de la vida, cuyo término final es sencillamente la eternidad.

¡Eternidad! Majestuosa palabra; es decir, lo que no pasa, lo que no muda, lo que para siempre permanece, lo siempre viejo y siempre nuevo. ¿Qué es la vida más larga si con ella se compara? ¿Qué la juventud más fogosa? ¿Qué la ambicion más satisfecha? ¿Qué la fortuna más propicia? ¿Qué la ciencia más encumbrada?

Andamos, pues, amigos mios, ó mejor, volamos sin descanso: muchos que aún no somos viejos no somos ya jóvenes, tenemos ya un pasado, es decir, no un tiempo que pasó, sino un tiempo por el que hemos pasado nosotros. Llevamos recorrido de la vida un trecho regular. Otros vendrán en pos de nosotros recorriéndolo con análogas vicisitudes. A todos aguarda igual paradero. Las fiestas con tan dulce emocion suspiradas y celebradas; los proyectos primero acariciados, y despues frustrados ó realizados; los ensueños que halagaron nuestra mocedad; los sentimientos mil que hicieron, ora apacible, ora borrascosa la vida de nuestro corazon; llantos y alegrías, temores y esperanzas... todo pasó en gran parte, ó mejor, á todo hemos pasado ya, á todo estamos muriendo á cada hora que da el reloj, á cada dia que amanece, á cada año que llamamos *nuevo*, para seguir engañándonos con la infantil ilusion de que no somos nosotros los que envejecemos.

El tren anda á toda máquina. El paisaje allá atrás se queda, áspero ó hermoso, para que lo contemplen otros ojos. Y mientras esto escribo, y mientras eso leeis y comentais, no pára un punto el rapidísimo viaje. ¿A dónde vamos? Infaliblemente á la estacion, que por añadidura ignoramos si está muy próxima ó muy lejana. El estridente silbido que anuncia el paro, sonará de repente á cualquier hora, siempre á la menos pensada, dándoles un susto al corazon á los dormidos y descuidados. ¡Alerta, pues!

Basta ya de alegorías. *Pasa la apariencia de este mundo*, ha dicho el Apóstol. Y en otro lugar: *Obremos el bien mientras tenemos tiempo*. No busquen mis amigos otra filosofía que ésta, ni otra practiquen... y no les pesará en el dia postrero. Procuren dejar en este mundo, en el cual es tan rápido su paso, una leve huella siquiera de bien. La eternidad es el estado definitivo del hombre, y lo que acá creemos tal, no es más que su prólogo. Si corona queremos allá, acá han de tejerla nuestras manos, siquiera las saquemos ensangrentadas de la tarea; porque si ella ha de ser un dia de flores, conviene sea por de pronto de crueles espinas. Un año ha pasado, otro nuevo se nos ofrece á la vista. Del primero haga cada cual su balance interior, y vea cómo le salen las cuentas. Para el segundo, formule cada uno clara y distintamente sus propósitos, siempre con la idea de que es el último que se le concede quizá, y que aún no se le asegura entero. Soldados somos, en lucha andamos todos los instantes con nuestras pasiones, con los enemigos de la fe, con el ejército del mal que por todos lados nos agobia. Combatiendo hemos de vivir, y combatiendo nos acercamos á la muerte, sin saber cuál de nuestros combates ha de tener para nuestra suerte final el carácter de decisivo. Vele cada cual por el palmo de terreno que se le ha encargado defender, y bátase con brio y recuerde que no le pierde de vista un punto el ojo del Jefe que le ha de recompensar como valiente, ó abochornar como perezoso.

Activo comerciante que no hallais horas más que para vuestros negocios mercantiles; descansado propietario que no sabeis más que de vuestras tierras; sabio profundo que sólo vivís para vuestras teorías; pobre trabajador que no ves otro más allá que el jornal de la semana; señora vanidosa, para quien son únicamente árduos problemas el color de la cinta ó la elevacion de los tacones; disipado mancebo, ó muchacha distraida, que habeis reducido todo vuestro ideal á esa sola palabra tan pequeña, *placer;* encopetado político que no ves á Dios ni á los hombres más que bajo el prisma de tus ambiciosos proyectos... oidlo bien, y grabadlo en vuestro corazon. Tras los años fugaces, cuya denominacion numérica cambia cada doce meses, están aguardándonos *los años eternos,* como los llama la Escritura; y sólo es sólido y durable lo que para ellos se trabaja. Vivid para el bien, trabajad para el bien, emplead en fomentarlo vuestro dinero, talento, poder, juventud ó influencia. Dios y su santa Iglesia y la salvacion de las almas empezando por la vuestra propia, hé aquí un programa digno él solo de llamaros la atencion y de que le consagreis vuestros esfuerzos.

Demos otra forma de más novedad, á estos severos pensamientos.

¿Qué es el año que delante tenemos? Un *album* de trescientas sesenta y cinco hojas que dia por dia hemos de ir desdoblando y escribiendo, mientras nos los conceda de vida el Señor, bien entendido que no todos hemos de llegar á la última de ellas, sino que muchos de nosotros se quedarán á la mitad, y alguno tal vez á eso no llegue.

Así es el mundo, así es la vida, y quiera ó no quiera el hombre, así lo ha de tomar.

¿Qué hemos escrito en el *album* del año anterior? ¡Impertinente pregunta! ¡A cuántos avergonzaria ver por junto lo que han ido escribiendo allí en los últimos trescientos sesenta y cinco dias que han terminado con la última campanada de media noche del treinta y uno de Diciembre que acaba de espirar! ¡Cuántos apartarian sonrojado el rostro de las sucias páginas que para su ignominia dejan allí archivadas! Y no obstante, fuerza será que un dia las vean, y que con el dedo se las vaya repasando y haciendo deletrear una por una un terrible Inspector.

Nosotros mismos, que tal vez presumimos de no ser tan malos, tan malos como de otros se pudiera decir, ¿qué no diéramos por borrar de este *album* ya cerrado y ya archivado, algunas líneas y tal vez páginas enteras que no nos hacen favor? Con oro de nuestras arcas ó con sangre de nuestras venas compraríamos buenamente hacerlas desaparecer.

¡Imposible! ¡imposible! Lo escrito, escrito queda sin remision; su archivo es la eternidad.

No cabe sino pedir que no se nos tome en cuenta lo mal escrito, es decir lo mal obrado, y ganarse esta gracia por medio del arrepentimiento, y luego... escribir más limpias las páginas que todavía en esta vida nos restare escribir.

Escribamos, amigos mios, en el *album* de este año, hoy todavía casi en blanco, páginas que nos honren y de las que no tengamos que apartar con vergüenza los ojos allá á principios del que le va á seguir si nos lo concede la divina misericordia. Escribamos cosas que leamos con gusto en el dia del supremo juicio.

Obras de Propaganda católica, amigos mios; obras de Propaganda católica sobre todo, que esas son principalmente hoy las grandes obras de piedad. El combate contra la Iglesia es cada dia más formidable; tal vez nunca fué tan espantosa la guerra contra ella en nuestra patria. ¡Oh! ¡Que por mucho que haya sido un cristiano hombre de bien á su modo, no hallará en el dia del juicio haber cumplido con todo su deber, si no acude hoy en una forma ú otra á esa brecha de la Propaganda católica, á que llama la acongojada verdad á todos sus hijos!

De esta suerte lograrémos hacer del *album* de que veniamos hablando poco há, nuestra hoja militar de servicios, que no quedará sin inmenso preciosísimo galardon.

Si fuese moda poner *juicio del año* á libros como el presente, de la misma suerte que es moda siglos há ponérselo al frente de nuestros almanaques, paréceme no habria yo de apurarme por tan poca cosa como escribir un juicio de éstos, que diese no poco que discurrir.

¡Juicio del año! ¿Y qué es lo que primero ocurre sobre tal tema, sino que este año va á ser, segun todas las señas, como sus últimos antecesores, un año poco juicioso?

No porque empiece en martes ó en viernes, que no creo en el mentiroso refran:

En viernes ó en martes
No te embarques ni te cases.

Pues no doy importancia alguna, como se la daria un clásico almanaquista, á que sea Marte ó Venus quien lleve la presidencia de estos doce meses ó nos influya desde su respectivo planeta ó constelacion.

Nada de eso; que la humanidad está ya muy curada de espantos para que la preocupen tales tonterías, y no hay martes ni viernes que influyan poco ni nada en los acontecimientos humanos; pues sólo Dios con su providencia en el cielo, y el hombre con su libre albedrío en la tierra, son los que juegan en ese teclado.

¡Dios sobre todo! Esta es la única base firme que en tales juicios del año se suele hallar. Aténganse á ella y no se muevan de ahí mis buenos lectores.

Mas si al fin juicio del año desean, no me arredro por tan poco, y allá van mis profecías, que libre, muy libre es cada cual de admitir ó desechar, como mejor le viniere á cuento: profecías, no de los astros aprendidas, sino de quien mucho mejor que ellos las sabe dar al género humano para su gobierno.

Digo, pues, que será año éste de grandes calamidades, que gran calamidad es y fuente de otras mil vivir los hombres, en su mayoría, no sólo apartados de Dios, sino en lucha con Él; guerreando contra Él las leyes; guerreando contra Él los Gobiernos; guerreando contra Él los pueblos; guerreando contra Él las artes y ciencias, siendo el estado social presente, por más que otra cosa se llame, puro estado de guerra fierísima contra Dios.

Añado que no tendrán paz los ricos ni la tendrán los pobres, porque ambas clases se desentienden del único regulador suyo, que es la santa y divina Religion; buscando aquellos la defensa social sólo en la fuerza bruta de arriba, por otros nombres cesarismo y despotismo; y buscando éstos lo que llaman la reivindicacion social sólo en la fuerza bruta de abajo, por otros nombres demagogia y socialismo.

Puedo asegurar que serán perseguidos como siempre los buenos, y más perseguidos que todos los mejores, pues no puede mentir quien aseguró desde el principio que «todos los que quieran bien vivir segun Cristo Jesús, padecerán persecucion.»

Opino que, como siempre, triunfarán los más perversos, y tendrán más dinero ó más honores los que tengan menos vergüenza en el rostro y menos aprensiones en la conciencia, y se divertirán (al parecer) y reirán y alborotarán más los amigos del diablo que los buenos hijos de Dios nuestro Señor, y vivirá vida muy oscura y humillada y encogida la virtud, y paseará muy ostentoso y con grandes alardes el vicio; que esos suelen ser achaques ya muy antiguos, tan antiguos como que datan en el mundo desde el pecado de Adan.

Afirmo sin miedo de equivocarme que serán más, muchísimos más, los que sigan al diablo que los que sigan á Dios, aunque tanto para el cuerpo como para el alma valga más seguir á Su Divina Majestad; así que (y nadie se asuste) habrá más concurrencia en los bailoteos y espectáculos impúdicos que en las iglesias; tendrá más periódicos y más suscritores la secta anticatólica en todos sus matices que el puro Catolicismo; adularán más millones de millones al César con palo ó sable, que al Papa con la plegaria y la bendicion en los labios; aclamarán las turbas con más brios y entusiasmo á Barrabás que á Cristo, cuando entre ambos les dé á escoger cualquier Poncio Pilatos; extrañezas que muchos de los nuestros no acaban ¡bobos! de comprender, cuando tan fáciles son de ser comprendidas.

Termino diciendo que á pesar de todo esto, y precisamente por esto, no dejará de tener amigos fidelísimos Cristo nuestro Rey, é hijos leales nuestra santa Iglesia, y serán éstos muchos, ¡rabie quien rabie! y serán fuertes como labrados en el yunque de la fe y bajo el martillo de la Revolucion, y tendrán á gran honra ser maltratados por ella, y á gran gloria ser deshonrados con los motes más infames, y sentirán profundo consuelo en verse afligidos y mortificados: sublimes contradicciones que el mundo no puede comprender, ¡qué ha de comprender el muy necio! pero que perfectamente comprende y siente y ve y palpa realizadas en sí cualquier alma fiel, que de veras ha resuelto servir á Dios y á su santa Iglesia.

Tal es el juicio del presente año, y de todos, ó no sé donde lo tengo yo. Si no les sabe á miel á los católicos de conveniencia, que tantos hay, busquen quien les dé otro más ajustado á su goloso y grosero paladar.

LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES.

CÁMBIASE de repente la decoracion. El humilde grupo del portal, con sus pastores y zagalas en torno del Niño recien nacido, tórnase brillante cortejo de príncipes y reyes que vienen á ocupar su lugar. Púrpuras y armiños en vez de pellicos y zamarras: ronco son de trompas y bocinas en vez del caramillo pastoril y del balido de las ovejas: pajes y palafreneros, camellos y caballos, ricas preseas de oro, incienso y mirra, coronas y diademas que ruedan humilladas por suelo á los piés del divino Infante, la majestad real acompañada del prestigio de la ciencia rindiendo pleito homenaje al que á boca llena apellidan su Rey... Hé aquí la espléndida escena de este dia, hé aquí el grandioso asunto de esta fiesta. María y José, sin vanidad de ricos y sin embarazo de pobres, aceptan con noble sencillez en nombre del Niño Dios el vasallaje de aquellas testas coronadas: hasta los Angeles parecen suspender su regocijado *Gloria in excelsis* para atender solícitos á aquella nueva adoracion, para la cual, no ellos, sino una estrella al efecto creada, ha servido de especial mensajero y embajador. Los tres Reyes, Gaspar, Melchor y Baltasar, negro y atezado el uno como el ébano, blancos los otros dos, con la llama de la fe que arde en su corazon y se refleja centelleante en sus ojos, de rodillas sobre el humilde suelo, besan al Niño divino el diminuto pié, que mal encubren toscos pero limpios pañales. Cielos y tierra presencian mudos de admiracion ese ósculo, que por medio de tan augustos representantes suyos ofrecen en este dia las razas gentiles al comun Redentor, que se ha dignado llamarlas á su fe y á su gracia. ¡Gran dia y gran acto y gran inauguracion de todos los misterios que han de dar por resultado hacer de todo el humano linaje, el nuevo pueblo escogido, numeroso inmenso rebaño de todas las ovejas fieles en un solo redil y bajo el cayado de un solo Pastor! Abrese la nueva era con desusada pompa y majestad. Por su mano se escoge el Niño Rey estos sus primeros misioneros en la gentilidad para que le anuncien los albores de la buena nueva, que más tarde sellarán con su sangre esos anticipados apóstoles de ella. Ya no es el Dios humanado, el Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob en el sentido que dió á esta palabra el exclusivismo nacional del pueblo hebreo. Hijos de Abrahan van á ser por la fe, no por la circuncision, todos los pueblos, y ha llegado la hora en que hasta de las piedras saque el dedo de Dios nuevos hijos á aquel viejo padre de los creyentes, con mayor maravilla que cuando con su poder logró dárselos del seno estéril de Sara su anciana mujer. Va á sonar, en efecto, en el reloj de los siglos la hora feliz en que toda alma podrá alzar su grito llamándole á Dios *Abba, Pater*. *¡Padre nuestro que estás en los cielos!* Confundido se han las fronteras, llenado las zanjas, abatido los muros de division: ya no hay diversidad de israelita ó gentil, de bárbaro ó romano: sino un solo pueblo en la tierra como un solo Dios en el cielo, como un solo Bautismo y una sola ley para toda la familia de Adan, vuelta á su primitiva unidad por su primogénito Jesucristo, que la va á reengendrar con su Sangre y á honrar con su apellido de cristiana.

Razon tiene en celebrar este recuerdo con gran fiesta la Iglesia de Dios y en repetirla ocho dias seguidos con privilegiada octava. Razon tiene en aplicar á ella y aplicar á sí aquellas épicas palabras del más elocuente de sus Profetas, soberbio tapiz oriental que ante nuestros ojos despliega cada año la Iglesia en esta grandiosa solemnidad:

«Levántate (dice), oh Jerusalen, recibe la luz; porque ha venido tu Lumbrera y ha aparecido sobre tí la gloria del Señor. Porque hé aquí que la tierra estará cubierta de tinieblas, y de oscuridad las naciones; mas sobre ti brillará el Señor y en tí se dejará ver su gloria. Y á tu luz caminarán las gentes, y los Reyes al resplandor de tu nacimiento. Tiende la vista al rededor tuyo y mira: todos esos se han congregado para venir á tí; vendránte de lejos hijos tuyos, é hijas tuyas te acudirán de todas partes. Entonces te verás en la abundancia, se asombrará y se ensanchará de gozo tu corazon, cuando tal muchedumbre vendrá á unirse contigo desde la otra parte del mar; cuando á tí acudirán poderosos pueblos. Inundada te verás de muchedumbre de camellos, de dromedarios de Madian y de Efa: de Sabá vendrán todos trayéndote oro é incienso y publicando las alabanzas del Señor.»

Jesucristo es Rey, hé aquí la idea que más resalta entre el conjunto de las muy elevadas y gloriosas que ofrece esta solemnidad. Sí, Jesucristo es Rey, y el eterno Padre es quien á los pocos dias de nacido, manda le sean tributados esos honores Reales, por personas Reales, y en presencia y á despecho de otra persona Real, para que con esta contradiccion aparezca aún más calificado el caso. Los Magos entrando en Jerusalen, corte de Herodes, no recatan que van á ofrecer homenaje á otro Rey. Así es que se les oye repetir con el mayor desembarazo estas textuales palabras: «¿Dónde está el Rey de los judíos que acaba de nacer? Porque hemos visto en Oriente su estrella, y venimos á adorarle.» Y sorpréndese Herodes y dase por entendido, y comprende que se habla del Mesías, y tiembla por la seguridad de su usurpado trono; y manda consultar los libros de los Profetas, para que se le diga dónde debia nacer este Rey. Prueba esto que todos sabian de qué Rey y de qué reinado se estaba tratando. Y cuando le dicen los doctores que el lugar de su nacimiento debia ser, segun los vaticinios, Belen, va y refiere á los Magos esta respuesta; pero les encarga vuelvan á darle cuenta del resultado de su viaje, para ir, dice, él tambien despues á adorarle; escondiendo el perverso con estas palabras su negra intencion de hacerle desaparecer. Sí, Jesucristo es Rey: nadie vacila aquí sobre este su carácter de realeza; confiésanla así amigos como enemigos; así los que van á visitarle con presentes para reconocer su Real soberanía, como los que se proponen destruirla por medio del asesinato. Con este carácter Real se anuncia el Salvador al género humano desde Belen; con el mismo se presenta y no lo niega ni lo encubre ante Pilatos; con el mismo muere en la cruz, bajo el rótulo que como postrer certificado escribe allí la mano del propio juez que sustanció y falló el proceso. *Jesus Nazarenus Rex judæorum:* «Jesús Nazareno, Rey de los judíos.»

Significa esto que Jesucristo tiene la plenitud de la autoridad en el pueblo cristiano, no sólo para poner su ley á los indivíduos, si que para dictarla á las colectividades ó naciones. Jesucristo tiene sobre el mundo dos clases de soberanía: la individual, de que exigirá en la hora del juicio estrecha cuenta á cada uno de los hombres por lo que mira á su conducta particular; y la social, de que han de responder los gobernantes de pueblos tocante al régimen y gobernacion cristiana de ellos, y aun los mismos más oscuros ciudadanos en la parte más ó menos significada que les toque desempeñar en esta gobernacion. Cristiana, es decir, sujeta á Jesucristo debe ser toda racional criatura, y cristianas, es decir, marcadas con el sello de Jesucristo deben ser todas sus cosas, sus letras, sus ciencias, sus artes, su hogar, sus leyes, sus instituciones todas. Cristiana, es decir, organizada segun Jesucristo, debe ser, en una palabra, toda funcion social, toda justicia que se administre, toda legislacion que se dé, como que todos en la sociedad, desde el magistrado supremo que da su última sancion á las leyes hasta el postrero de los vasallos que las ha de cumplir, deben el uno dictarlas y el otro cumplirlas únicamente segun Cristo y para servir á Cristo. Luego el *Liberalismo*, ó sea el sistema que en mayor ó menor grado predica ó procura ó autoriza la emancipacion del Estado de la autoridad de Jesucristo, es radicalmente impío y anticristiano; grave pecado del entendimiento y de la voluntad, que para un cristiano equivale á la formal apostasía.

De lo cual se deriva que sólo es sana la filosofía que enseña á gobernar los Estados segun esos principios, y que no es sana la que se opone á ellos ó se les muestra indiferente, aunque no les quiera parecer hostil. Sí, porque en este punto no cabe neutralidad. Se reniega de la soberanía divina con el mero hecho de no profesarla y abiertamente defenderla. Hay, pues, en el fondo sólo dos políticas en el mundo despues de la venida de Cristo Dios: la que defiende el reino de Cristo, y la que le combate, la de los Magos y la de Herodes. La primera noble, leal, religiosa, guiada por la Iglesia católica, que es su estrella, conduce á los pueblos al conocimiento de Cristo y á su adoracion acá en la tierra, para facilitarles en la otra vida su eterna posesion. La segunda solapada, maquiavélica, cifrando únicamente en el bienestar y en el orgullo terrenos su ideal, no tiene otro norte para llegar á él que sus groseras concupiscencias. Ved cuán desde lejos empieza la cruda batalla que trae dividido y enconado en irreconciliables bandos al mundo actual.

Hemos nombrado la estrella, y bien merece este punto algunas particulares reflexiones.

Nuestra vida no es más que un breve viaje que hacemos desde la cuna á la eternidad. El objeto de este viaje es análogo al de los Magos: conocer y adorar á Cristo Rey acá en la tierra para poseerle despues en el cielo. Análogo viaje, y que hacemos por análoga manera. Atravesando alguna vez solitarios desiertos, y otras cruzando populosas ciudades, entre amigos que favorecen nuestras miras, y entre enemigos que procuran apartarnos de ellas. Brillando siempre, empero, ante nuestros ojos dia y noche la estrella de la Religion. Por ella sabemos de dónde salimos, y á dónde vamos, y por dónde hemos de pasar para llegar allá, y cuáles medios han de ayudarnos, y cuáles dificultades han de entorpecernos. Se anda bien, mirando siempre fijo á la estrella y no apartándose un punto de su infalible direccion. Dedo es de Dios, que nos señala, sin que quepa engaño en ella, los seguros derroteros de nuestro eterno porvenir. Medio eficaz de no errar es dejarse conducir en todo por ella, no escuchar lo que á derecha é izquierda nos digan las voces del mundo, que pueden muy bien ser de astutos y pérfidos Herodes, que nos quieran extraviar. Es ella la *luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo,* en frase del apóstol san Juan. Sólo dejan de percibirla los que cerrando de propósito los ojos, se sumen á sí mismos en voluntaria ceguedad. Adelante, pues, fijo y sin pestañear el ojo del alma en esta lumbrera celestial que ha encendido la mano de Dios en medio de los oscuros horizontes de la vida, para que en todos los casos dudosos de ella tuviese el hombre á quien consultar. La estrella fué la revelacion de Cristo para los Magos; despues de ellos la Revelacion evangélica es la estrella de Cristo para todos nosotros. Y la Revelacion evangélica es la Iglesia católica, y la Iglesia católica es el Papa. El Papa es, pues, hoy y siempre la estrella segura de nuestra peregrinacion, y con ella por norte se llega sin falta á la definitiva adoracion y posesion del Niño Dios.

Mas no basta seguir la estrella y dejarse guiar por ella, porque no basta al fiel creyente el acto de fe. Los Magos fuéron á Belen, pero fuéron allá con ricos presentes. Fe es el principio y raíz de la vida cristiana: obras deben ser su complemento indispensable; pues fe sin obras, ha dicho un Apóstol, muerta es. No creais, pues, al error protestante, que os dice que basta creer; ni al error naturalista, que os dice que basta bien obrar. Ni basta bien obrar, ni basta bien creer; porque ni sirven las obras humanamente honradas sin el principio sobrenatural de la fe, ni basta el principio sobrenatural de la fe sin el fruto de las buenas obras. Id, pues, á adorar á Jesús guiados por la estrella; pero id con los presentes más ricos de vuestro corazon: oro, incienso y mirra. Oro, que significa la encendida virtud de la caridad; incienso, que simboliza la constante plegaria y oracion; mirra, que representa la abnegacion, la mortificacion de los culpables apetitos, la sujecion de todas nuestras pasiones al freno y yugo de la divina ley. Así y sólo así es completo el homenaje cristiano á Jesús; así y sólo así reconoce Este por verdaderos servidores suyos á los que se presentan á adorarle.

LA CONVERSION DE SAN PABLO.

La conversion de san Pablo fué uno de los primeros prodigios de la gracia con que plugo á la divina Providencia acreditar la fundacion del Cristianismo. Era Saulo (que asi se llamaba Pablo antes de su conversion) uno de los más acérrimos enemigos de nuestra Religion. Educado en la escuela de Gamaliel, su celo por la ley de Moisés era igual á su aversion y encono contra cualquiera novedad que tendiese á desautorizarla. Ya en su juventud habia sido de los que contribuyeron á la muerte del diácono Estéban, primera víctima inmolada en defensa de la fe. Más tarde, respirando sólo odio y persecucion contra los cristianos, obtuvo de los príncipes de su nacion documentos que le autorizaban para prender á aquellos, de cualquier linaje que fuesen, y conducirlos á Jerusalen. Con este propósito caminaba hácia Damasco, seguido de sus satélites, cuando al acercarse á esta ciudad vióse rodeado de repente de una luz del cielo, que le derribó de su caballo, y habiendo caido en tierra asombrado como de un rayo, oyó una voz misteriosa que le decia: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* A lo que él contestó temblando: *¿Quién eres tú, Señor?* Y se le respondió: *Yo soy Jesús á quien tú persigues.* Sintióse entonces trocado el corazon del perseguidor, y preguntó mansamente: *Señor, ¿qué quieres que haga?* Respondióle el Señor: *Levántate y entra en la ciu-*

dad, donde se te dirá lo que debes hacer. Ejecutólo así en efecto Saulo con los que le acompañaban, y ciego como estaba, pues á tal punto le habia reducido el resplandor celestial, fué á presentarse á Ananías, el cual advertido por el Espíritu Santo le impuso las manos, le restituyó la vista y le bautizó.

El recien convertido fué en adelante el más fervoroso de los Apóstoles. Su voz resonó por todos los ángulos de la Judea, sin que pudiesen contenerle en el ardor de su predicacion las persecuciones de los judíos. Él mismo lo dice en una de sus cartas: *Tres veces he sido azotado con varas, una he sido apedreado, y tres naufragios he sufrido por la causa de Cristo*. Su celo se extendió á las más remotas provincias. El título que llevan sus epístolas indican lo vasto y colosal de sus trabajos apostólicos. *A los hebreos, á los romanos, á los de Filipos, á los de Éfeso, á los de Galacia, á los de Corinto, á los de Colosas, á los de Tesalónica*, hé aquí los títulos que descubren la prodigiosa actividad de aquel hombre, cuyo programa era, como nos dice él mismo, *hacerse todo para todos, para ganarlos á todos para Cristo*. El ardor de su celo no reconocia otros límites que los del universo. A pesar de la inmensidad de estos trabajos, el convertido de Damasco se tenia por indigno del título de apóstol, *porque*, decia con ingénua sencillez, *he perseguido á la Iglesia de Dios*. Empero esta misma Iglesia ha hecho justicia á los méritos del que fuera su mayor enemigo y despues su primera columna, dándole el título de *Apóstol de las gentes*.

Hé aquí lo que debe ocurrirnos cuando vemos al servicio de la iniquidad hombres cuyo talento, poder ó superiores cualidades debieran sólo estar al servicio de la verdad. Dios quiso para nuestra enseñanza hacer uno de sus principales apóstoles de uno de sus más enconados perseguidores. Sin cesar de combatir sus errores, oremos por los que nos persiguen. Hoy son nuestro tormento, mañana quizá serán nuestro consuelo. La historia de Saulo convertido en Pablo se ha repetido más de cien veces en la Iglesia de Dios. Nunca resalta más el poder de la verdad que cuando alcanza tales victorias hasta sobre sus propios verdugos.

LA PURIFICACION DE MARÍA.

Es esta fiesta una de las más bellas del año, y viene á ser la que cierra el período de las de Navidad, como que es la postrera en que se venera á Jesús Niño. Diríase que Navidad derrama sobre ella los últimos reflejos de su poética alegría.

Mandaba la ley de Moisés que toda mujer presentase despues de cuarenta dias de su alumbramiento su primogénito al templo, y lo ofreciese allí al Señor, rescatándolo por medio de la ofrenda de un cordero, ó de dos tortolitas ó pichones, si para tanto no tuviese caudal.

Hizolo así María, presentándose con su bendito esposo en la casa del Señor, cumpliendo minuciosamente cada una de dichas ceremonias, y dando, como pobre artesana, la ofrenda de las mujeres pobres en rescate del Niño Jesús.

Un santo anciano se encontraba allí, llamado Simeon, hombre justo y de grandes méritos ante el Señor, del cual habia recibido la promesa de que no moriria sin ver antes al Mesías, esperanza de Israel.

Vió á la modestísima Doncella con su Niño en brazos al lado de san José, y por divina luz reconoció en aquel Niño al Mesías prometido, y tomándoselo exclamó: «Ahora, oh Señor, moriré ya en paz, porque mis ojos han visto á tu Salvador, preparado á la faz de todos los pueblos para ser luz de las gentes y gloria de tu pueblo.» Y vuelto á la jóven Madre, dijola con profético acento: «Mira, este Niño está destinado para ruina y para resurreccion de muchos en Israel, y para ser blanco de contradiccion. Lo que será para tí una espada que traspasará tu alma.»

Esta es la historia en sus principales detalles. El Oficio de este dia, bellísimo sobre toda ponderacion, la comenta y desmenuza y desentraña, ofreciendo siempre como en primer término los suaves contornos de la Vírgen Madre, que viene á ser su personaje principal. La Iglesia ha puesto además en él como ceremonia simbólica la bendicion y distribucion de las candelas, que se verifica antes de la Misa mayor, llevándolas luego en procesion encendidas, y teniéndolas asimismo encendidas durante el Evangelio. La candela encendida representa á Cristo, luz para la enseñanza del mundo, como le saludó en tal dia el anciano Simeon, y así lo exponen hermosamente las oraciones que canta el sacerdote en el acto de la solemne bendicion y las antífonas que durante la procesion canta el clero.

¡Ay! El divino Niño apenas nacido y con santo júbilo celebrado y adorado por Angeles, pastores y reyes, se nos anuncia ya como blanco de contradiccion, y por lo mismo espada de crueles dolores para su Madre, y ruina para muchos de su mismo pueblo. ¿Habrá quien despues de esto encuentre extrañas y sin justificada explicacion las persecuciones que sufre la Iglesia santa, y el odio que hace pesar el mundo sobre todos los amigos de la verdad? No fuera, no, el Catolicismo la religion verdadera de Jesús; no fueran, no, los buenos católicos dignos de este nombre, si no fuesen, como Cristo, blanco de contradiccion; si no les fuese la fe de Cristo, como para su propia Madre lo fué Cristo, espada de fieros dolores; si no fuese para los impíos esta misma fe de Cristo escollo donde encuentran su propia ruina. ¡Ah! Consolémonos con esta reflexion, que es de suma oportunidad. El mismo mundo le está poniendo á nuestra fe el sello de verdadera. Para su ruina y de los suyos ha encendido Cristo su luz; razon tienen en aborrecerla, pues les da en los ojos. Razon tienen en perseguirla, ya que no la pueden oscurecer. Seamos nosotros, lectores mios, del grupo más reducido de aquellos para quienes, si hoy es blanco de persecucion y cuchillo de dolor, ha de ser en cambio esta combatida fe resurreccion, es decir, eterna victoria.

AGRAVIOS Y DESAGRAVIOS DE CARNAVAL.

ANTES de la Cuaresma de Cristo nuestro Señor, y como para disputarle la entrada de los cristianos en ella, ha puesto el diablo otra que podríamos llamar cuaresma suya, y es la que se llama temporada de Carnaval. Temporada que suele durar sus seis ó siete semanas cabales como aquella otra temporada cristiana, y concluir con cuatro dias de mayores y más reprensibles excesos, así como aquella concluye con los de más severo recogimiento y mortificacion, que apellidamos *Semana Santa*.

—¡Oiga! ¿Con qué tiene tambien el señor Satanás su cuaresma?

—La tiene, sí señor, y muy famosa, y con gran concurrencia de *fieles* que la observan sin faltar coma; su cuaresma en oposicion á la de Cristo se llama, como deciamos, Carnaval.

—Efectivamente, suele ser el Carnaval tiempo favorito para toda clase de diabluras. Mas ¿cómo le dísteis aquel nombre tomado de cosa tan opuesta?

—Porque, amigo mio, es el que más le cuadra; ó sino escuchadme unos momentos, y veréis que no me falta razon.

—Al avio, pues.

—Sí, señor. Satanás, segun ha dicho un santo Padre, viene á ser como la mona de Dios, que se entretiene en remedarle y parodiarle, procurando contrahacer á su modo para el mal lo que Aquel hace para el bien. Así el diablo tiene su religion, sus revelaciones, sus ministros, sus sacrificios, una verdadera iglesia satánica de error, tan bien montada y organizada á su modo como lo está al suyo la Iglesia de la verdad. Preguntadlo á la historia, y os dirá sobre esto cosas maravillosas. Pero vamos al caso presente. Jesucristo instituyó en su Iglesia un tiempo especial de santificacion y de austeridades que llamó Cuaresma; ¿por qué no habia de instituir el diablo otro tiempo especial de corrupcion y de licenciosos desahogos que viniese á ser como su cuaresma, aunque no se llamase así, sino Carnaval?

—Efectivamente.

—Pues bien; observe V. las singulares analogías que en órden inverso se hallan entre una y otra cuaresma. La de Cristo tiene por base la mortificacion de la carne, que es virtud durante todo el año, pero que en dicho santo tiempo es obligacion. La de Satanás se funda en la satisfaccion de ella, á la cual convida todo el año, pero que la fomenta y estimula y enciende en este tiempo de un modo particular. Cristo en su Cuaresma nos llama al recogimiento del templo con el atractivo de las divinas verdades que desde él se nos predican. Satanás nos abre de par en par mil focos de corrupcion, donde la sensualidad groseramente excitada ofrece incentivo á todas las pasiones. Cristo desde el primer dia nos convida á mejorar la vida con el recuerdo tremendo de la muerte. El diablo durante el Carnaval se esfuerza en hacernos olvidar la sabiduría de la muerte con las más insensatas locuras de la vida. Dice el uno: Privaos hasta de lo lícito, para asegurar la posesion de los bienes eternos. Clama el otro: Gozad sin freno hasta de lo vedado, siquiera nos trague luego la eternidad, si es que existe tal espantajo. Cuarenta dias dura la una: poco más ó menos dura la otra, segun lo que se apresuran los mundanos á anticiparla. Concluye la primera con una semana mística enteramente consagrada á sublimes recuerdos religiosos, coronada con las inefables y dulcísimas alegrías de Pascua. Concluye la otra con una semana báquica en que el escándalo se lleva hasta el frenesí, manchada con el inmundo recuerdo de las saturnales paganas, sellada con la asquerosa profanacion de un dia santo convertido en dia de borracheras.

—Tuvisteis razon en llamar á eso cuaresma de Satanás.

—Atended ahora á sus espantosos resultados.

La policía no lleva registro más que de las inmoralidades que ocasionan perturbacion del órden público, sobre todo desde que en leyes y en costumbres se ha introducido y está en vigor el perverso principio revolucionario de que el hombre es libre para todo, con tal que no atente á la tranquilidad material de la sociedad. Pero Dios, que lleva registros algo más minuciosos que los de la policía, y la Religion, que tiene la moral algo más ajustada de mangas que las leyes humanas, deploran en esta época del año una horrible estadística de crímenes que no son la causa menos influyente del malestar social que nos corroe. Cada cartel-anuncio de un baile de máscaras, áun de los conocidos por más pulcros y remilgados, debiera causar estremecimientos á todo hombre honrado. Preguntádselo á la madre de familias que olvida allí la dignidad de su severo estado, la fe conyugal, las consideraciones sociales, permitiéndose ostentar desnudas todas las miserias, sólo porque medio palmo de raso le cubre la cara, ó creyendo que queda suprimida la conciencia, sólo porque se suprime con la máscara la vergüenza. Preguntádselo al otro, maduro en los años, verde aún en los vicios; todo lo arroja en el altar de ese inmundo dios, carácter, salud, fortuna, sosiego del alma. Preguntádselo á aquella niña que durante diez meses del año afecta ofenderse del aire que agita un cabello de su cabeza, ¡tan delicada es su modestia! Miradla en el agitado torbellino de estos dias; ved si la distinguís, por su traje, por sus maneras, por su lenguaje, ó por su descoco, de aquella otra de más allá, pública ramera que vive del escándalo y de la corrupcion. ¡Triste período para la sociedad cristiana el que media desde las dulces alegrías de Navidad hasta el grave *Memento* del dia de Ceniza! Contad si podeis las honras perdidas, las inocencias ajadas, los tesoros de pudor para siempre marchitos, las desazones domésticas que son su indispensable cortejo, los lazos conyugales relajados, la autoridad paterna menospreciada, los escándalos públicos materia de toda conversacion, el olvido de la fe, las costumbres minadas, la paz robada quizá para siempre á muchas almas por el remordimiento y la desesperacion, las vidas ateas y las muertes de réprobo, que si se buscase su secreta filiacion se encontraria toda tal vez en una noche de Carnaval! Contad todo eso, si podeis, y habréis sacado la cuenta de la horrible cosecha que obtiene el infierno de esta su satánica cuaresma! ¡Y estas almas son hermanas nuestras! todas cuestan la Sangre al Hijo de Dios; muchas participan de nuestra comun fe y de nuestras comunes esperanzas; algunas hasta de nuestros Sacramentos; varias no se avergonzarán de concurrir á la Mesa de Cristo y á su santa Cuaresma despues de haberse deshonrado con los festines de Satanás! ¡Monstruosidad sin igual! ¡Peor mil veces que la impiedad y licencia desenfrenadas!

A las almas de fe convido, á los corazones amantes de Dios, á los jóvenes honrados, á las esposas cristianas, á los padres de familia dignos de este augusto nombre, á las doncellas celosas de su decoro, á todos invito á que no presten su cooperacion á esta obra nefanda de perversion que con aplauso hasta de personas sérias y de periódicos *sensatos* se reproduce todos los años. ¡Que ninguno de los católicos la favorezca ni con un acto de su persona, ni con un céntimo de su bolsillo! ¡Que nadie se deje engañar por vanos pretextos de beneficencia! Tanto debe sernos más odioso el mal cuanto es más bella la máscara con que intenta cubrirse. Instituciones católicas de caridad hay á donde puede acudirse con la limosna; harto las conoce todo el mundo, especialmente los pobres. ¡Reparacion sobre todo! ¡Desagravio á Dios por tanto ultraje! ¡Oracion fervorosa por los extraviados! ¡Que al menos la santa Cuaresma de Cristo sea más tarde puerto de refugio y de salvacion para alguno de los que hayan naufragado en esta horrible cuaresma de Satanás!

El Carnaval con ser cosa tan mala y de Satanás, puede llegar á hacerse por los buenos cosa muy aceptable, si de él se valen para más rendidamente honrar en tales dias á Dios Nuestro Señor.

Más claro. Hasta buen cristiano puede llegar á hacerse ese abominable Carnaval.

¿Cómo? ¿Cómo? os oigo exclamar. ¿Cristiano el Carnaval? ¿cristiano ese enemigo de Dios y de las almas, que tantas roba cada año al cielo y tantas hunde en el abismo del pecado y de la condenacion? ¿cristiano ese hijo del paganismo, peor mil veces que su padre, porque aquel á lo menos podia hallar alguna excusa en las tinieblas de error que cubrian entonces el mundo? ¿cristiano el Carnaval?

Sí, amigos mios; sí, almas piadosas; cristiano puede ser el Carnaval, y escuchadme unos breves momentos y acabaréis por darme la razon.

Solian allá los primeros hijos de la Iglesia en los primitivos tiempos de ella, dedicar en obsequio de Jesucristo aquellos mismos objetos que antes habian empleado en honra de los falsos dioses. Así muchos templos, que fueron construidos para Satanás, sirven hoy para Dios, la Vírgen y sus Santos, desde el momento en que, arrojados de ellos los ídolos que los ocupaban, los santificó la Iglesia y los hizo templos de la verdad. Y muchos mármoles y piedras preciosas adornan hoy los altares de Cristo, que en un principio sirvieron para sus enemigos. Y esta es precisamente la más bella hazaña del Salvador; haber logrado que sirviese para su gloria aquello mismo que servia para hacerle guerra.

Escuchad ahora. El Carnaval ha sido traido al mundo por el enemigo de Dios y de las almas para hacerle guerra á Él, y corromperlas á ellas y causar su eterna desventura. El demonio se ha conservado en medio de las sociedades cristianas ese ignominioso recuerdo del paganismo. Es como su templo. Aquí recibe él las adoraciones de los suyos. Aquí los engaña y seduce con falsos halagos. Aquí reina el maldito sobre una porcion innumerable de corazones que ha robado á Dios y pretende conquistar para el infierno. ¿No ha de ser, pues, obra de gran empeño para los hijos buenos de la Iglesia volver por la honra de su Rey Jesucristo, y procurar que sea en cierto modo fiesta suya y estímulo mayor de piedad y buenas obras ese mismo tiempo que Satanás ha instituido para sí? ¿Y no será en cierto modo cristianizar el Carnaval, y hacerle cristiano, si se logra que este tiempo de disipacion y de escándalos sea para muchas almas tiempo de mayor fervor para ellas y de mayor gloria para su Dios ultrajado?

Hé aquí, pues, lo que me atreví á llamar *El Carnaval cristiano,* juntando dos palabras que á primera vista podian parecer contradictorias, y que ahora comprendeis pueden emparejarse muy bien. Lo que importa ahora es que las junteis en la práctica, al modo que las habeis oido juntar en la explicacion. ¿Cómo?

De muchas maneras. Haciendo al entrar en este tiempo un propósito firme de vivir más cristianamente en él que en lo restante del año, cometiendo menos faltas, practicando más buenas obras, llevando más recogimiento interior, siendo más constantes en la oracion, dando más limosna á los pobrecitos y más buenos ejemplos á nuestros prójimos.

Así que veais en las esquinas y en los diarios los primeros anuncios del Carnaval, y sobre todo de los detestables y perversísimos bailes llamados de máscaras, considerad que ha llegado vuestro tiempo especial de fervor. Haced servir aquel reclamo del diablo como aviso de Dios que os llama á obras más sérias de vida espiritual. Empezad por imponeros alguna mortificacion ó privacion fuera de costumbre, ofreciendo á Dios en expiacion de los goces ilícitos de los pecadores aquellas cosas de que os privais. Suprimid de vuestro adorno alguna friolera, guardad algun mayor silencio, quitaos algo del regalo de la mesa, absteneos de una visita ó distraccion, doblad vuestros rezos y visitas al santísimo Sacramento, y tomad por vuestra cuenta la asistencia más especial de alguna familia necesitada.

Orad sobre todo con fervor por las infelices almas que Satanás arrastra consigo por los caminos de perdicion en estos miserables dias; por los jóvenes y doncellas que en ellos cometerán quizá el primer pecado mortal despues de su primera

Comunion; por los que cometerán el último tal vez de su vida; por aquel amigo ó amiga que sabeis hallarse en ocasion próxima; por aquella madre vanidosa ó criminalmente complaciente que autoriza en su familia tal ó cual exceso; por aquel matrimonio que en estos dias se concede á sí propio una libertad indigna de su estado; por aquel viejo que deshonra sus canas con su liviandad; por los organizadores de tales mercados del infierno, que tales son los bailes del Carnaval, por las Autoridades que los consienten.

La Iglesia ha destinado los tres dias últimos de Carnaval á la adoracion solemne del Santísimo Sacramento. Cuanto es más bullicioso y frenético el culto que tributan los mundanos á su falso dios, tanto debe ser más amoroso y rendido el desagravio que ofrezcan nuestros corazones á nuestro dulcísimo Amor Sacramentado. Acudid, pues, al templo donde se halla en pública exposicion, dad limosna para que sean espléndidas las funciones de aquellos dias, lucida la iluminacion, ricos los adornos, majestuoso el canto, elocuente el sermon y numerosa la concurrencia. Trabajad, trabajad, para que no sea menos honrado el verdadero Dios entre los suyos, de lo que lo es Satanás por sus infelices seguidores. Pasaos allí muchas horas, llevad con vosotros vuestra familia, organizad vela con vuestros amigos. ¡Qué bien se está en aquel recogimiento y quietud del templo, mientras fuera de él se entregan los pobres mundanos á sus ruidosas locuras y excesos! ¡Con qué abundantes consuelos sabe recompensar allí el Señor las horas de compañía que le ofrecen los suyos!

¿No es verdad que un Carnaval así aprovechado podria y deberia llamarse santo, cristiano y bendito Carnaval? Acabemos, pues. De tí, lector, de tí, lectora, depende que sea así para vuestra alma. Obrad, despues de leido este capítulo, como os aconseje vuestro buen corazon.

DEVOTO EJERCICIO DE DESAGRAVIOS PARA LOS TRES DIAS DE CARNAVAL.

Por la señal, etc.

¡Soberano Señor sacramentado! acércome contrito y fervoroso á vuestros augustos piés para ofreceros mis pobres homenajes de reparacion, hoy que os veo por tantos de mis hermanos desconocido y ultrajado, y para juntamente pediros para sus almas luz, misericordia y perdon. ¡Acompañadme Vos, Madre mia y de todos los pecadores, María! para que á pesar de mis faltas sean bien acogidas estas preces ante el trono de Su Divina Majestad. Glorioso san José, santos Patronos y abogados mios y de esta poblacion, Angeles que á millares estais rodeando en estos momentos el solitario Tabernáculo, vosotros en particular Custodios fieles de mi alma y de las de mis prójimos por quien voy á rogar, interceded por ellos y por mí. Y haced todos que sea para mayor gloria divina y para bien mio y de todos los pobrecitos pecadores este acto de desagravio que me propongo practicar. Amen.

DIA PRIMERO.

MEDITACION.

Cuán gravemente es ofendido nuestro soberano Señor en estos dias.

I.

Atiende bien y considera, alma mia, si hay ó no justísimos motivos para que te presentes á ofrecer tu homenaje de desagravios al divino esposo Jesús en estos diabólicos dias de Carnaval. Son dias en que realmente parece haber vuelto á tomar completa posesion del mundo Satanás, segun son muchos los que se apresuran á mostrarse vasallos suyos. Aquello del divino Salvador: *Nunc princeps hujus mundi ejicietur foras*, parece en verdad desmentido por el espectáculo que ofrece en tales dias nuestra cristiana sociedad. Un nuevo código parece haberse proclamado en vez del Evangelio, una nueva moral, un nuevo dios, un nuevo culto. Todo se encuentra tolerable, todo se dispensa fácilmente, como si Dios y la Iglesia hubiesen abdicado en tales dias su soberana autoridad sobre las costumbres y las conciencias. Ataques á la Religion en groseras parodias de ella hasta de sus más augustos misterios; ataques al pudor y á la honestidad hasta en las calles y plazas más concurridas. Cristo Dios puede asomarse á ese inmundo espectáculo, y exclamar congojoso y angustiado: «¿Esos, esos son los hijos que Yo redimí con mi sangre, llamé con mi gracia y sellé con mi Bautismo?» Sí, Dios mio y Jesús mio y amado Esposo mio! Esos son, pero no como los quereis Vos á vuestra imágen y semejanza, sino como á imágen y semejanza suya las ha transformado y disfrazado vuestro enemigo Luzbel. Esos son, pero ya no cristianos, sino de nuevo paganos, como si por ellos no hubiéseis padecido y muerto Vos. ¡Oh Bien mio despreciado! ¡Oh Sangre pisoteada! ¡Oh santa Cruz renegada y desconocida! ¡Oh espantosa ingratitud!

II.

Reflexiona, alma mia, cómo por estos motivos, aunque en todos los dias del año se vea ofendido Dios nuestro Señor; en éstos es cuando más fiero y repetido se le dirige el agravio á su honra divina. Esta, ésta, más que la última de Cuaresma, es su verdadera semana de Pasion. Razon tiene la Iglesia santa en haber puesto por Evangelio de la Misa de Quincuagésima aquel tristísimo: *Ecce ascendimus Jerosolymam*, que parece escrito para estos dias. Sí, volvemos á Jerusalen, volvemos al Calvario, repítese la sangrienta tragedia de que fué autor el pueblo judío. Sólo que ahora lo es con mucha mayor crueldad el mismo pueblo cristiano. Sí, Cristo es de nuevo escupido, abofeteado, puesto en cruz, mofado y silbado en ella. Desde aquí oigo los aullidos de un pueblo brutal que prefiere seguir más que á Cristo al infame Barrabás. Desde aquí se percibe el rumor de las masas seducidas que se burlan de Él y le blasfeman y zahieren. ¡Oh pobre Jesús mio! ¡Y Vos solo aquí soportando la vergüenza de esos escarnios! ¡Vos solo aquí con un reducido grupo de amigos fieles, pocos, muy pocos en comparacion de los innumerables que reniegan de Vos ó por lo menos os vuelven indiferentes el rostro! ¡Ah! Consolaos, dulcísimo Jesús mio, con mis pobres obsequios, y perdonad. Seguid teniendo extendidas las manos para recibir amoroso á tanto ingrato, si por acaso vuelve más tarde á Vos. Mi corazon os ofrezco, pedid de él algun sacrificio que sea en desagravio de vuestro vilipendiado honor. ¡Ojalá pudiera yo ofrecerme víctima sobre este altar por Vos y por mis infelices hermanos!

Aquí con mucho fervor se ofrecerá cada cual al sagrado Corazon de Cristo sacramentado en expiacion por los pecados del Carnaval, aceptando por ellos cualquier tribulacion y angustia á que dispusiere sujetarle Su Divina Majestad.

En seguida se rezará la Estacion mayor, y despues los siguientes

OFRECIMIENTOS Y DEPRECACIONES.

¡Señor mio Jesucristo! Por mis hermanos los pobres pecadores acudo solícito á vuestros soberanos piés, para que les concedais saludable arrepentimiento y filial retorno á Vos.

Perdonadlos, Señor.

Por la pureza sin mancha de vuestra Madre y por la virginal limpieza de su santa maternidad, perdonad á tantos infelices las deshonestidades y lascivias con que embrutecen su alma.

Perdonadlos, Señor.

Por la pobreza de vuestro Nacimiento y oscuridad de vuestros primeros años, perdonadles á tantos infelices los excesos del lujo, con que rinden tributo al mundo y á Satanás.

Perdonadlos, Señor.

Por la modestia de vuestros dulces ojos, que nunca miraron mal, y por la prudencia de vuestras palabras, que siempre fueron de edificacion y buen ejemplo, perdonadles á tantos infelices las miradas impúdicas que dirigen ú ocasionan, y las conversaciones escandalosas, ruina del pudor y de la vergüenza cristiana.

Perdonadlos, Señor.

Por vuestros pasos y fatigas en busca de los pecadores, por vuestras congojas y sed en la predicacion evangélica, perdonadles á tantos infelices los sacrificios mil de su salud con que sirven al mundo y á su carne, en vez de sacrificarse por Vos.

Perdonadlos, Señor.

Por aquel amor con que instituísteis el santísimo Sacramento en la última Cena, á pesar de que sabíais cómo este vuestro misterio de infinita caridad habia de ser vilmente escarnecido por tantos infelices en Carnaval.

Perdonadlos, Señor.

Por la amarga tristeza que en Getsemaní os dieron los excesos de estos dias, que claramente veíais, y por aquella traicion de Judas que tantos infelices os repiten hoy.

Perdonadlos, Señor.

Por aquella bofetada, por aquellos azotes y espinas, por aquella ignominiosa cruz que pidió para Vos el ingrato pueblo judío, menos culpable que los infelices cristianos que en estos dias renuevan vuestra Pasion.

Perdonadlos, Señor.

Por las tres negaciones con que os afligió aquel Apóstol cobarde á la voz de una criada, que no os afligieron más que las repetidas negaciones con que en estos dias abjuran su nombre y carácter de cristianos tantos infelices hijos vuestros.

Perdonadlos, Señor.

Por las siete palabras que en la cruz dijísteis, por el vinagre y hiel que allí se os ofreció, por las lágrimas que visteis derramar á vuestra dulce Madre, por vuestras agonías y último suspiro, por vuestra sepultura y Resurreccion, que tantos infelices desconocen y olvidan en estos dias, como si por ellos no hubiéseis padecido muerte y resucitado.

Perdonadlos, Señor.

ORACION.

¡Señor mio Jesucristo! Dignaos aceptar en reparacion de vuestra divina gloria ofendida y por mis pobres hermanos extraviados estas súplicas y ofrecimientos que os dirijo, seguro de la benignidad con que los acogerá vuestro misericordioso Corazon. Compadeceos, Jesús mio, de esos hijos vuestros que habeis redimido con vuestra Sangre, y admitidlos un dia al dulce abrazo de vuestra reconciliacion. Amen.

DIA SEGUNDO.

Por la señal, etc., *y oracion como el primer dia.*

MEDITACION.

Cuán cierta es la perdicion de muchas almas en estos dias de Carnaval.

I.

Si no conmueve, oh cristiano, tu corazon el continuo ultraje que en estos dias recibe la honra divina, muévale al menos el gran número de hermanos que por los excesos de estos dias se lanzan á la perdicion. Si vieses caer á derecha é izquierda de tí miles de hombres víctimas de una cruel epidemia, no seria espectáculo tan doloroso como lo es hoy ver á tantos desdichados precipitarse, víctimas de esa pestilencia del vicio, por los caminos de su eterna desventura. ¿Y dices amar al prójimo como á tí mismo y no te horroriza ese estrago de almas tan general? ¿Y nada harás para disminuirlo, si sabes que en tu mano está librar alguna de esas desventuradas víctimas? Sí, en tu mano está por medio de la fervorosa oracion á Cristo sacramentado. Ha querido Dios nuestro Señor que cada uno pudiese ser de este modo brazo de salvacion para su hermano. Resuélvete, pues, á serlo de los que puedas en esos dias infelicísimos del Carnaval. ¡Señor mio Jesucristo! Conceded á mis ruegos, aunque indignos, lo que tanto necesitan esas pobrecitas almas apartadas de Vos. Un rayo de vuestra luz que las haga ver lo peligroso de su estado, un toque de vuestra gracia que las ayude á salir de él. Señor, mirad que se alegra con esa infernal cosecha el demonio vuestro enemigo! No sea inútil el precio de vuestra Sangre en tantos desventurados por quienes como por mí la habeis derramado. Que vean, Señor, que vean esos ciegos de la más peligrosa ceguera, que vean y os bendigan despues por toda la eternidad.

II.

Observa bien, alma mia, cuántos lazos especiales tienden en estos dias el mundo, demonio y carne para hacer suyas las almas, y con qué horrible facilidad se dejan coger éstas en tales redes de perdicion. La más vergonzosa licencia se encubre bajo las apariencias de gracejo y buen humor; la orgía más desenfrenada se llama sencillamente desahogo propio de la temporada. La vil lujuria que arruina tantas almas y prostituye tantas honras toma el color de sencillo pasatiempo y distraccion; la impiedad volteriana que rie y hace reir á costa de lo más sagrado, no parece sino chiste urbano y rasgo de ingeniosa y amena conversacion. Infinidad de corazones pagan tributo á esa atmósfera de pecado que parece lanzar envenenada sobre la tierra por todos sus respiraderos el mismo infierno. ¡Cuántos contraen en estos dias la espantosa gangrena que ha de hacer miserable y criminal toda su vida, hasta dar con ellos en los abismos de la eterna condenacion! ¡Cuántas muertes de réprobo no tendrán otro orígen que esos infames desórdenes con que se torció para siempre el curso de una vida tal vez cristianamente empezada, para no parar sino en las inmundicias de una corrompida ancianidad! ¡Oh Dios mio y Señor mio! A Vos acudo en demanda de gracia y misericordia por tantas almas que aún pueden quizá ser dignas de Vos por un sincero arrepentimiento. Compadeceos de ellas, de la inexperiencia de su edad, de la locura de sus pasiones, de los ardides mil con que las rodea el enemigo de las falsas máximas con que las seduce un mundo traidor. Dad, Señor, una mirada compasiva á esos extraviados: un rayo de vuestra soberana luz hará de ellas tal vez las ovejas más fieles de vuestro redil. Escuchad por ellas estas mis oraciones, recibid por ellas mi Comunion y mis escasos sacrificios; mi salud, mi honra, mi vida, tomadlas en pago de sus deudas, si con aquellas puedo retornar una alma siquiera de las extraviadas á vuestros divinos piés. Amen.

Lo demás como en el dia primero.

DIA TERCERO.

Por la señal, etc., *y oracion como el primer dia.*

MEDITACION.

Lo que agradece Dios nuestro Señor el desagravio que se hace á su honra, y la súplica que se le dirige por los pecadores.

I.

Muchos más serian los corazones consagrados á la dulce tarea de desagraviar á Dios nuestro Señor, si conociesen cuánto agradece y estima Éste tal muestra de amor de sus fieles amigos. Sabido es que tanto solemos más apreciar un obsequio, cuanto es más singular y menos acostumbrado. Allí brilla más la acendrada amistad y se echa de ver más firme y animoso el verdadero afecto. Considera, pues, con cuán buenos ojos verá el dulce Jesús las horas que has pasado estos dias en su devota compañía, mientras los del mundo se entregaban con tan loco afan á sus culpables ó siquiera frívolos y peligrosos devaneos. Paréceme ver al Corazon de nuestro dulce Señor inclinarse más amoroso que nunca á esos fieles amigos suyos desde su escondido tabernáculo, para agradecerles y recompensarles con nuevos dones de su caridad esas muestras que se apresuran á darle de reparacion y desagravio. ¡Oh cómo las consolará el divino Esposo en sus aflicciones á tales almas que no le han dejado en su soledad! ¡Oh cómo les hará en sus tristezas amorosa y delicada compañía! Sí, que muy agradecido es el Corazon de nuestro buen Dios, y no sufre que le aventaje nadie en finezas de correspondencia. ¡Alma mia! Esfuérzate en ser fiel á tu dulce Jesús, cuando son tantos los ingratos que le ofenden y los distraidos que le olvidan. Redobla tu celo, duplica tu fervor, reenciende más y más tu cariñoso anhelo, para suplir con tus adoraciones las que el mundo, demonio y carne roban en estos dias á tu adorable Salvador. Házlo con más ahinco en este último dia, y no te pesará en tu última hora haber así permanecido constante y fiel á tu ofendido y menospreciado Jesús.

II.

Ni merecerás menos, alma mia, por el celo que hayas mostrado en rogar é interceder en tales dias, y especialmente en este postrero, por los infelices pecadores, que trae ciegos y locos tras sus banderas el infernal caudillo Satanás. Dios nuestro Señor, despues de su propia honra y gloria, que es lo más digno de ser enaltecido y glorificado, ama muy especialmente las almas de esas criaturas que para el cielo formó y por quienes dió toda su Sangre. Y duélele infinitamente á su Corazon amante verlas precipitarse por caminos de perdicion, y que por su severísima justicia hayan de ser condenadas á eterno castigo. Insta, pues, suplica, apremia, para que salga quien se interponga entre ellas y el infierno, quien las aparte de sus pésimos senderos, quien las vuelva á sus brazos arrepentidas y reconciliadas. Y para eso quiere que haya quien ore mucho por ellas, quien por ellas se ofrezca, quien por ellas satisfaga y expie, para facilitarle así á su misericordia, sin perjuicio de su eterna justicia, la grata obra de perdonar. Así que, bien podemos asegurar que nada agradecerá tanto el divino Señor y nada recompensará con tan subidas mercedes como la intercesion de los buenos en favor de sus hermanos pecadores. Se asocia á su obra de Redentor y hácese como redentor con Él, quien trabaja y ora, y sufre y expia, para hacer eficaces en las almas de sus hermanos los frutos de la Redencion. ¡Oh suavísimo Redentor mio, y que lo sois tambien de todos mis hermanos pecadores! A ese lauro aspiro yo, y ese espero merecer por vuestra infinita misericordia. Logre yo devolveros alguna de esas almas perdidas que os robó Satanás, logre yo haber alcanzado con mis pobres oraciones y expiaciones algun toque interior de gracia para alguna de ellas en estos dias de Carnaval! ¡Poneos de mi parte, Vos, Señora, Reina y Madre de pecadores, Angeles y Santos, Patronos de esta poblacion, Custodios de los infelices hermanos mios apartados de Dios! Presentad vosotros estas mis últimas súplicas al Altísimo, y alcancen ellas por vuestra recomendacion lo que por mis escasos méritos no pudieran tal vez lograr. Amen.

Lo demás como en el dia primero.

LA SANTA CUARESMA.

Como el comerciante destina tiempo especial del año para el exámen ó balance de sus negocios; como el hombre delicado de salud escoge una temporada para robustecer sus fuerzas con el uso de aires más puros ó de aguas medicinales; así dispuso la Iglesia, sábia siempre, siempre conocedora de las necesidades del hombre, que hubiese época de un modo particular destinada para los negocios del alma. Esta época es la que empezamos ahora, amigo mio; es la *santa Cuaresma*.

A todos y para todos se dirige hoy su voz, porque todos tenemos alma, para todos hay Dios, á todos aguarda una eternidad.

Dios, el alma y la eternidad son tres palabras en que está compendiado el orígen, el sér y el destino del hombre. Y el hombre que aprecia en lo que vale la dignidad de su espíritu racional, los deberes que le impone su fe, y la suerte que en dia no lejano le está reservada, es más que un necio, es un pobre loco, si mira con indiferencia tan importantes asuntos. Hombres del siglo, atareados comerciantes, activos industriales, desvanecidos sabios, damas encopetadas, distraidos obreros, ¿hay Dios ó no le hay? ¿teneis ó no teneis alma? ¿existe ó no existe *algo* despues de lo actual? Pensadlo sériamente, porque el tiempo anda que vuela; y si existe ese *algo* despues de lo actual, si es cierta esa alma de que os habla la Religion, si es una verdad ese Dios que se os ha enseñado, ese algo, ese Dios y esa alma son negocios que deben reinar sobre todos vuestros negocios; intereses que deben preocuparos más que todos vuestros intereses; ideas que deben sobreponerse á todas las ideas.

Supongo que me lees tú, pobre incrédulo amigo mio, á quien precisamente por ser incrédulo miro con particular aficion; supongo que me lees con cierta compasion, y sonries, y me dices luego:

—Alto ahí, señor mio; ¿y está bien averiguada, que digamos, la existencia de estas tres cosas con las cuales os proponeis meterme el miedo en el cuerpo?

—Sí, amigo mio, tiénenlas por verdades muy averiguadas y muy ciertas, ¿sabes quiénes? todos los que no tienen interés en que salgan falsas. Afectan dudar de ellas, ¿sabes quiénes? aquellos únicamente á los cuales pudiera convenir que no fuesen verdaderas. ¿Entiendes, amigo mió? Pero dado caso que estas verdades no fuesen dogmas sacrosantos de nuestra verdadera Religion, y de toda religion, áun de las falsas y fingidas; dado caso que no fuesen dogmas constantes é inalterables de todo el género humano menos de unas cuantas docenas de ateos, de conveniencia más que de conviccion; áun cuando fuesen puntos cuestionables, sujetos á la discusion y á la duda, te lo digo con el corazon en la mano, sin ánimo de meterte miedo, con toda la sinceridad de que soy capaz... todavía serian cosa aterradora. Y es necedad sobre toda necedad que camines así adelante, adelante siempre, con los ojos vendados por la pasion, precipitándote hácia un porvenir tremendo, jugando á ese azar tu suerte definitiva. Óyeme: ¿eres por ventura *positivista?*

—Lo soy, y glorióme de ello.

—Pues bien; si eres positivista como dices, supongo que querrás proceder en todos tus negocios con seguridad y sentar siempre firme el pié, que ese es el verdadero positivismo.

—Cabal.

—Escucha, pues; cree en Dios, guarda tu alma, prepárate para la eternidad. Porque estas tres cosas te acechan á vuelta de unos pocos, pocos años para pegarte tal vez un desengaño cruel. Si tan *positivista* fueses, debieras obrar conforme á ellas, aunque fuesen dudosas. ¡Cuánto más siendo de infalible certeza! Dentro unos pocos años nada existirá de lo que te rodea, porque tú no estarás ya aquí. Otras personas habitarán tu casa, y gozarán de tus bienes, y contemplarán ese sol que ahora te alumbra, y que á tantos miles de miles antes que á tí ha alumbrado un momento para verlos desaparecer en seguida. Tu vida pende de un hilo que puede ser cortado mañana, hoy, en el momento mismo en que recorren tus ojos estas líneas. Un paso es, y no más, tu existencia sobre la tierra, y despues de este paso... el abismo para los desprevenidos... sí, porque el solo hecho de hallarte desprevenido te hará criminal, aunque otra culpa no tuvieses, que otras mil seguramente tendrás. Porque hay mucho, muchísimo cieno, ¿no es verdad? hay quizá, amigo mio, mucho, muchísimo cieno, en tu descuidado corazon.

—Con que, segun eso, sois de parecer que tome otro camino... ¿la Trapa tal vez? el lúgubre *Morir habemos?*

—Llenos están los asilos de la penitencia de almas extraviadas á quienes han conducido allá tan sérias reflexiones. Mas no, amigo mio, no se te exige tanto. No es indispensable la Trapa; basta... ¿sabes qué? La *Cuaresma*. Obsérvala bien.

Díme, amigo mio, y no seas bobo. Si ahora, en este momento, se te intimase sentencia de muerte, ¿no pedirias un plazo para ella? Mira, pues. Decretada te está, y el plazo concedido... es tal vez muy breve. El plazo es por de pronto la *Cuaresma* del presente año... tal vez no entera. Con que, piénsalo bien y resuélvete despues. Pero pronto, por Dios, porque van á ejecutarte sobre la marcha!!!

Dios, el alma, la eternidad, díme, amigo mio, ¿son prendas esas para jugadas á cara ó cruz?

La imposicion de la Ceniza con que da principio la Iglesia al santo tiempo de Cuaresma, es una de las ceremonias más importantes de ella, una de aquellas cuyo significado debiéramos traer más hondamente impreso en nuestra memoria. Siempre se ha reconocido como altamente provechoso para el hombre el recuerdo de la muerte. Allá en la más remota antigüedad, un monarca gentil hacia ya que se le repitiese todos los dias al despertar esta fúnebre advertencia: *¡Acuérdate de que eres mortal!* Los egipcios no celebraban banquete que no fuese presidido por la muerte, representada en un esqueleto que se colocaba en la sala del festin. Hasta aquí la razon sola. La Revelacion, empero, al aparecer sobre la tierra para completar aquella y robustecerla, no hizo más en este punto que confirmar sus dictámenes. De ahí la meditacion de la muerte tan recomendada en todos los siglos por los maestros de perfeccion cristiana, y que ha llenado de penitentes los desiertos y los monasterios de edificantes cenobitas. El cráneo descarnado era en la gruta de los antiguos ermitaños, como en la celda de los religiosos de nuestros tiempos, el libro más elocuente en que estudiaban á todas horas la ciencia de la salvacion; asi como el deseo de perpetuar la memoria de la muerte en los entendimientos de los hombres, distraidos con el bullicio de los negocios y de los placeres, fué el que inspiró á la Iglesia el señalar la agonía y defuncion de cada uno de los fieles con esos fúnebres dobles de campana, con los cuales tan mal avenidos se muestran algunos hijos de nuestra civilizacion moderna.

Idéntico objeto tiene, pues, la ceremonia de que nos ocupamos. Cierto que la imposicion de la Ceniza sobre la frente del cristiano despues de tres dias de agitacion y de locuras, en los que con el nombre de Carnaval parece legitimarse toda suerte de excesos, convida á sérias meditaciones. Aquella Ceniza negruzca y despreciable nos está diciendo el término á que han de venir á reducirse al fin todas nuestras vanidades. Contémplense en este espejo los que no consideran el mundo más que como un delicioso lugar de pasatiempo, donde sólo es licito gozar y reir. Los encantos de la juventud y de la hermosura, el prestigio que dan las riquezas y el poder, el orgullo de la sabiduría, el vano sentimentalismo de unos y la grosera sensualidad de otros, no han de dar por resultado más que un puñado de miserable Ceniza! Fin ignominioso que haria de nuestra existencia *una broma harto pesada,* segun la expresion de un famoso incrédulo, si no llevásemos dentro de nuestro cuerpo de barro el alma que no muere, y que ha de salir responsable hasta del más recóndito de sus pensamientos.

¿Habeis oido la campana cuaresmal? Al filo de la media noche se ha oido hace poco resonar desde las torres de nuestras iglesias su severo tañido, como despertador de la eternidad que llama á los hombres á sérias cuentas sobre sí mismos.

Sus pausados dobles se han confundido con las últimas risotadas y báquica gritería del moribundo Carnaval. Más de un alma embrutecida en la orgía se ha estremecido tal vez al escuchar este lúgubre són, como si oyese el grito de sus propios remordimientos.

¿Qué dijo esta campana? ¿Qué advirtió? ¿Qué formal precepto vino á traernos á la memoria?

Puédese compendiar todo en una sola palabra.

Penitencia.

¡Cuán de mal gusto la encuentra nuestro siglo, siempre risueño y retozon! «¡Penitencia! oigo gritar con mofa á mi derredor; ¿y qué significa penitencia? ¿á qué este vocablo de la Edad media, que nadie apenas comprende ya?»

Penitencia significa, en primer lugar, conocimiento de nosotros y de nuestros deberes, y de lo que á ellos ha faltado cada cual; y verdadero dolerse, como Dios manda, de haber á ellos faltado.

Penitencia significa, en segundo lugar, firme propósito de corregir las sendas que hasta hoy hubiéremos traido extraviadas, siguiendo en adelante las únicas rectas y verdaderas, siempre de frente á nuestro último fin.

Penitencia significa, terceramente, expiacion y castigo por los excesos cometidos, pago temporal de deudas atrasadas, saludable preventivo para contrapesar las aviesas inclinaciones, que por poca precaucion nuestra tantas veces nos han hecho caer.

A lo primero se endereza el estudio de la divina ley y el exámen de nosotros mismos; todo lo cual se logra con atentamente acudir á la predicacion de la divina palabra.

A la segunda se dirigen los santos sacramentos de Confesion y Comunion, que por riguroso precepto nos manda la Iglesia en estos dias recibir.

A lo tercero se cumple con los ayunos y abstinencias que debe practicar todo fiel que no tenga suficiente motivo para creerse dispensado de ellos.

Hé aqui en breves palabras explicada la Cuaresma. Esto es y nada más.

Ayuno, y verdadero, que aflija la carne, que desconsuele el estómago, que moleste con la privacion, que enfrene los brios naturales, que le cueste al cuerpo algo de verdadero sacrificio. Quien se cree dispensado del ayuno por la sola razon de que le ocasiona sufrimiento, ¿no comete con esto la más supina necedad? Pues ¿para qué se han puesto las mortificaciones sino para mortificar?

Confesion y Comunion, fervorosas, recogidas; sério balance de la conciencia, no fútil ceremonia para obtener la cédula de cumplimiento parroquial. A quien con este solo deseo fuése allá, nosotros le daríamos gustosos, sin que se confesase, cien cédulas parroquiales y dinero encima, con tal de evitarle un espantoso sacrilegio.

Asistencia al sermon; constante, atenta, reflexiva; no oyendo al hombre pecador que predica, y que es tan pecador él como el que escucha ó tal vez más; sinó atendiendo á la autoridad con que habla, que es la de Dios; á lo que dice, que no lo saca de sí, sino de la divina ley; á lo que amenaza y promete, que son cosas que no él sino el mismo Dios se encargará de hacer salir en su dia muy verdaderas.

Esto, esto debe ser la Cuaresma cristiana: y para auxiliar al buen resultado de todo esto prescríbese recogimiento interior, abstencion completa de profanas diversiones, limosna á los pobres, que es la gran recomendacion para el tribunal divino; luto en el alma, como lo trae la Iglesia en sus ornamentos, gráves pensamientos de Dios, del alma y de la eternidad.

Así, así se portan los buenos católicos, y los que asi no se portan, llámense como se quiera, no lo son.

No; no lo son, y se lo avisamos para su formal desengaño. Apellidarse podrán cristianos; pero como gentiles, no como cristianos, viven; y como gentiles, no como cristianos, van á morir.

¿Querrá todavía alguno de nuestros lectores hacerse sordo á estos severos tañidos de la campana cuaresmal?

Empecemos por lo del ayuno.

Terrible es y desconsolador lo que pasa hoy dia en la sociedad cristiana con motivo de la ley del ayuno que manda la santa Cuaresma. Es ley la del ayuno como todas las demás de la Iglesia, como la de oir misa los dias festivos, como la de la Confesion y Comunion pascual, y como éstas obliga bajo pena de grave pecado. Obliga severamente á todo fiel cristiano desde los veinte y un años de edad hasta los sesenta, á no mediar falta de salud ó trabajo de tal naturaleza, que sea moralmente incompatible con su cumplimiento. Y nadie puede por sí y ante sí decretarse estas exenciones: la ley manda que nadie se considere dispensado sino con el fallo del confesor y dictámen facultativo. Teniendo en cuenta que *ayunar* no significa tan sólo abstenerse de comer carne ciertos dias, como falsamente lo entienden algunos cristianos que lastimosamente confunden el *ayuno* con la *abstinencia*. Porque claro está y nadie lo puede ignorar, que una cosa es el *ayuno* y otra la *abstinencia*. Y se puede estar dispensado del primero sin estarlo de la segunda. Por de pronto la abstinencia de carne en ciertos dias obliga á todo fiel cristiano, no desde los veinte y un años de edad, sino desde los siete, es decir, desde el uso de razon. Ayunar es otra cosa. Ayunar es hacer una sola comida formal al dia, bien sea al medio dia, como se hizo siempre en España, bien al anochecer, como usan los que comen á la francesa. De ambas maneras se puede hacer. Pero en ambos casos no se puede absolutamente tomar por la mañana más que un ligero desayuno, sin leche ó sustancia de clase análoga, y en vez de la cena española ó del almuerzo á la francesa sólo se permite una frugal colacion. La colacion suele reducirse á elementos vegetales y no exceder de unas ocho onzas en su totalidad. Entre dia no se puede absolutamente comer.

Esto desconsuela el estómago y mortifica el apetito, y por esto se llama mortificacion, y se impone como mortificacion, y como mortificacion se debe practicar. Si no fuese mortificativo y duro de hacer, ya no se impondria como castigo de nuestras culpas y como medio de satisfacer por ellas á Dios.

Obliga á todos los bautizados, á la dicha edad y dadas las condiciones referidas. Obliga sin distincion de sexo ni de posicion social. La dama debe ayunar como la obrera. La princesa como la monja. El banquero como el clérigo, sin otra excepcion que la arriba mencionada. Y si no se ayuna se falta á precepto grave de la Iglesia y se comete pecado mortal, y si se muere en él se merece y se logra la eterna condenacion.

«Pues á tenor de esto, saltará alguien, ¡serán muchos los que se habrán de condenar!»

Sí, amigo mio; muchos serán por desgracia, y óyeme á propósito de esto una observacion. Si ves á muchos que toman billete en el ferrocarril que va, por ejemplo, á Madrid, y contemplas que son muchos los que viajan tan contentos en aquel tren, y miras cómo anda el tren á toda máquina y en la dicha direccion, ¿no exclamarás naturalmente: «Pues, señor, ¿cuánto gentío va á llegar á Madrid?»

Aplica el caso, y no necesitas más reflexionar. Son muchos, muchísimos los que van al infierno, porque son muchísimos los que van embarcados en el tren *express* que lleva allá. Este tren maldito, que arrastra con todas sus fuerzas Satanás, es el desprecio de la ley de Dios y de los preceptos de su Iglesia. Con este tren no se va más que á la condenacion. Y díme aquí: ¿vas ó no vas tú ahora mismo embarcado en ese tren? ¿No ayunas debiéndolo hacer á tenor de las reglas prescritas? ¿Vives en el desprecio de alguno ó algunos de los otros mandamientos? Pues haz cuenta que tienes billete para el infierno, y que sin remedio irás allá á padecer, si á tiempo no te lanzas por otro camino.

La ley del ayuno es la que pone más á prueba quien va ó no va en estos wagones de infernal mercancía. Por la ley del ayuno, más que por otra alguna, me parece está haciendo ya hoy Dios y ha de acabar de hacer en su terrible juicio la definitiva division de los que no son suyos y de los que eternamente lo han de ser.

El ayuno de la Cuaresma, esta mortificacion corporal que manda la Iglesia en este tiempo á cuantos se hallen en las condiciones señaladas por ella, es uno de los puntos en que más se oye disparatar á las gentes del siglo.

—Tiempo es este muy pesado para Vds., me decia hace poco una señora en una visita.

—No comprendo, respondí, á qué se refiere V., señora.

—Pues es claro; ¡como hemos entrado en Cuaresma, y están Vds. obligados á ayunar!

—V. dispense, amiga mia; pero yo siempre habia creido que los preceptos de la Iglesia obligaban á todos los hijos de ella, á quienes ella no tiene debidamente dispensados.

—Con que, ¿quiere V. decir, Padre, que tambien yo estoy obligada al ayuno cuaresmal?

—Ni más ni menos que yo, hija mia, si tiene V. veinte y un años, buena salud y ocupacion que permita soportar el ayuno.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! Pues yo nunca creí que eso de ayunar fuese más que para los eclesiásticos.

—Anduvo V. muy equivocada, señora mia; es para todos los católicos. El precepto del ayuno en Cuaresma es igual al precepto de la Misa en dia festivo; obliga á todos, y sólo deja de obligar cuando no se puede cumplir. Ni más ni menos.

—Serán cosas de V. y de los de su manga, un si es no es estrecha.

—No, amiguita; son cosas de la Iglesia católica, fuera de la cual no hay salvacion.—

Y hé aquí á mi interlocutora, que es señora de pró, que visita jubileos, y oye sermones, y lee diarios, y devora novelas, y pasa por ilustrada, y áun por devota hasta cierto punto, y sin embargo... queda espantada porque acaba de saber á los cuarenta años de edad que una católica ó un católico seglares, en los dias de ayuno, están obligados á ayunar ni más ni menos que los clérigos y las monjas. ¡Cosas de nuestro siglo!

Estamos, lector, en otra casa. Hablábamos de Cuaresma, y preguntábame un caballero sobre ayunos, y contestábale yo á mi vez explicándole lo que para su observancia exige la Iglesia en su actual disciplina, y hasta qué punto puede extenderse la colacion, y qué clase de alimentos pueden usarse en ella.

—Así los practico, concluia yo, y creo observarlos como me manda la ley de Dios.

—¡Oh! ¡pues si así es, tambien yo ayunaria!

—¡Y no obstante de ser así, V., amigo mio, no ayuna!

—Tiene V. razon; pero eso que Vds. hacen no es ayunar; yo concibo el ayuno de la primitiva Iglesia, aquel sí, con una sola refeccion al dia, y ésta al caer la tarde; con privacion hasta de beber y fumar, como practican los turcos en su Ramadan. Aquello es ayunar, aquello es mortificarse, aquello tiene mérito. ¡Ayunar como ayunan Vds., repito, tambien ayunaria yo!

—¡Bien, bravo, señor mio! ¿No ayuna V. hoy en la forma actual mitigada, porque le parece demasiado suave, y ayunaria V. si se prescribiese con mayor rigidez? Admiro el rigorismo de sus teorías, pero me escandaliza algun tanto la relajacion de sus prácticas. El ayuno de hoy mortifica, sí, señor; ensáyelo V., y verá á lo que sabe el guisado. Pero más que todo, hoy ayunar es obedecer, y como Dios probó la obediencia de Adan prohibiéndole un bocado, así prueba la Iglesia la de sus hijos limitándoles su diaria manutencion. ¿Estamos? Así lo entiende el buen católico.

—Pues yo de este modo no quiero ayunar. Al fin, pudiendo comer al medio dia cuanto se quiera... no me parece gran cosa.

—¡Hombre de Dios! ¿Tiene V. más que ayunar á pan y agua como los Padres del yermo? Ni la Iglesia se lo prohibirá, ni yo tampoco; pero, entre tanto, ese deseo noble de hacer lo más, que no le obliga, no comprendo cómo puede impedir que V. haga siquiera lo menos á qué viene obligado bajo pecado mortal.—

¡Cuántos hay como este ilustrado caballero! «Si eso es ayunar, os dirán muy formalotes, tambien ayunaria yo.» Y nadie de ellos supo tomarse jamás la pena de intentar un ayuno.

—No puedo ayunar, dice otra: mi salud delicada... mis achaques...

—Está bien: pero puede V. agitarse y rebullirse hasta caer rendida de cansancio y de culpables emociones en un baile hasta las cuatro de la madrugada! ¿es ó no es verdad? Y el cuerpo soporta aquella postracion de sus fuerzas, ¡está claro! ¡como lo exigen el mundo, el demonio y la carne!... ¡Ya se ve!...

—Siento desfallecimientos, salta la de más allá; saldria muy debilitada mi salud tras tanto ayuno...

—Sin embargo, haga V. cuenta de que para esto se instituyó la práctica de ayunar, para que poco ó mucho la sintiésemos, para que algo nos debilitase; no para regalarnos, no para engordar. No haga, pues, V. un argumento contra el ayuno, de lo que es precisamente la razon y el objeto de él.

—Pero ¿quién ayuna? son tan pocos...

—Es verdad, y hé aquí una observacion que ya debió ocurrírsele á Cristo Dios, cuando dijo tan sin rodeos que *son pocos los escogidos*. ¿Quién ayuna? A esta pregunta puede responderse con esta otra: ¿Quién se salva? Échese V. á discurrirlo así, á ratos perdidos. El asunto tiene bemoles, y le toca á V. muy de cerca.

Basta, amigo lector, que fuera ese el cuento de nunca acabar. Seas católico, y no digo más. Hoy, como te he dicho antes, el cumplimiento exacto de los preceptos cuaresmales es el mejor certificado de catolicismo (de catolicismo práctico hablamos), y el mejor pasaporte y cédula de vecindad para el cielo. ¡Ay de quien no traiga en regla estos papeles!

La santa Cuaresma trae tambien consigo el precepto que se llama de la Confesion y Comunion Pascual. ¡Y tú, amigo mio que me lees, tal vez no has pensado que era tiempo ya de acercarte á cumplir con ese rigoroso precepto!

¡Y cuidado si esto es difícil! ¡Como que se trata de confesar y comulgar *á lo menos* una vez al año! ¡Cuidado si es exigente el Catolicismo!

Un fenómeno he observado. A nadie le parece tan pesada la ley de la Confesion y de la Comunion como á aquel que nunca la practica. Conozco personas que celebran, acercándose á los santos Sacramentos, todas las grandes solemnidades del año: Navidad, Purificacion, Anunciacion, Semana Santa, Corpus, Asuncion, Todos los Santos, Concepcion de María. Y lo tienen por cosa tan ligera como ir á Misa cada domingo. Y conozco otras que se han hecho de la Confesion y Comunion un verdadero precepto mensual, y les pasa lo mismo. Y otros han adquirido la santa costumbre de confesar y comulgar cada semana, y éstos encuentran tan natural este acto, como el mudarse el domingo la camisa y ponerse el traje de las fiestas. ¿Qué es, en efecto, la Confesion y la Comunion, sino el lavado y el adorno y la gala del alma? Y ¿quién no se muda en dia festivo?

—¡Beatos! ¡fanáticos! oigo que andas refunfuñando entre dientes.

Llámalo como quieras, amigo mio, pues el nombre no cambia la cosa. Sólo te responderé que acerca de esto he observado otra cosa muy particular. A nadie he visto á la hora de la muerte arrepentido de haber sido beato y fanático; en cambio á muchos he visto felizmente arrepentidos de no haberlo sido. Si Dios ha instituido los Sacramentos para uso de los fieles, ¿podrán ser tildados de fanáticos los fieles que se acerquen lo más frecuentemente que puedan á la participacion de estos Sacramentos? ¡Entonces el gran fanático será Cristo Dios, y el gran fanatismo será el Catolicismo! ¿Consientes en eso?

A bien que no es de temer seas tachado tú de fanático, beato y exagerado, si para confesar y comulgar una vez al año necesitas te recuerden el grave precepto de la Iglesia y lo terrible de sus amenazas. Podrán llamarte, á lo más, mal pagador. Porque mal pagador es quien para que pague necesita le aperciban con los rigores de una ejecucion judicial ó de la cárcel pública.

Pero ¿de veras se te hace cuesta arriba purificar tu alma y hacerla digna de la union sacramental con Jesucristo? O no lo necesitas, y entonces eres un prodigio sin igual sobre la tierra, un santo; pero un santo extraño que tiene horror á las cosas santas. O lo necesitas, y entonces eres... no sé cómo decírtelo, lector de mi ánima..., eres, te lo diré con franqueza, eres un perverso cristiano. Hay más. Atreveríame á sospechar que ya no eres cristiano y que has desertado de tu religion, si no pensase por otra parte que nunca has creido incurrir en tan horrenda apostasía.

Oye, pues, y pesa atentamente estas mis razones. Es necesario cumplir, so pena de ser dado de baja en el número de los hijos de la Iglesia. Ni más ni menos.

Vamos á ver. Y ¿por qué no te habias de arrodillar tú, como cualquier otro, á los piés del confesor? ¿Es que no tienes acaso de qué acusarte? ¿Tan inocente y sin mancha es tu vida, que no necesite de vez en cuando un regular limpion? ¿O te parece corto el plazo de un año para que no haya ya muchísimo que estorbe en tu conciencia? ¡Ah! si diese hoy para tí la hora de morir; si te fuese intimado que dentro tres horas has de presentarle al soberano Juez cuenta detallada y rigorosa de tu vida, paréceme que no se te haria tan cuesta arriba tomarte esa pequeña molestia que se te pide, cuando te dice la Iglesia que vayas á confesar. Y este día ¡infeliz! este dia llegará; llegará para tí como para todos los demás, que cierto no has de tener tú, por tu buena cara, privilegio de exencion. Y la Iglesia, que lo sabe, quiere que no vivas desprevenido; la Iglesia, que es madre y ama como tal, no puede ver en paciencia que se esté dormido su hijo, como estás tú, al borde del abismo de la eternidad. Hé aquí el motivo amorosísimo de este precepto de la Confesion y Comunion en la Pascua.

¿Es acaso que no sabes, amigo mio, por dónde empezar tan enojosa tarea? Te lo diré en dos palabras. Examina tu conducta con respecto á Dios, con respecto á tu prójimo y con respecto á tí mismo, mirando lo que has mal pensado, mal hablado y mal obrado: lo que encuentres despues del escrutinio dilo con sinceridad y llaneza al confesor, sin aumentarlo ni disminuirlo; procura dolerte ó sentirte de ello por ser ofensa de Dios y daño de tu alma, y propon, como hombre formal, no volver á cometerlo. Escucha lo que sobre esto te diga el confesor, cumple la breve penitencia que te imponga, y véte luego devotamente á recibir al Señor. Y estás aviado. La cosa cuesta más emprenderla que dejarla lista y acabada.

Empieza la primavera, y con ella el rejuvenecimiento de la naturaleza. Y en medio de esa universal resurreccion de todos los séres que el invierno tenia como aletargados; en medio de esta vigorosa florescencia, de ese alarde de vida y de juventud, se oirán en breve los gozosos *aleluyas* de la Pascua cristiana. La Iglesia ha dispuesto que al rejuvenecimiento de la naturaleza acompañe el rejuvenecimiento de los corazones, y que la primavera del campo sea tambien la primavera del alma. Los *aleluyas* de Pascua resuenan muy tristes y acusadores en el corazon de aquel que en Pascua no ha despertado todavía á nueva vida, y que sigue envuelto aún en las nieblas de la culpa. ¡A despertar! ¡A florecer! ¡A alegrarse y rejuvenecerse! ¡A limpiarse! ¿Lo quieres todo en una sola palabra? ¡A cumplir!

¿Será temeridad mia si aseguro que la práctica de la limosna cristiana es otra de las *obligaciones* de la santa Cuaresma? No parecerá nueva la idea á quien haya hojeado un momento el Breviario de la Iglesia, en cuyas páginas se respira más que en otra parte alguna el verdadero aroma del Evangelio. Por mi parte hallo que apenas se habla allí del ayuno sin que á su lado se cite como compañera inseparable la limosna, hasta el punto de indicársenos que, si algo quitamos al regalo de nuestro cuerpo, es para que ese algo lo reciba de más la mano del indigente. Y clara y sencillamente nos lo repite en varios pasajes, y particularmente en el Oficio de la primera Dominica: *Comparte con el hambriento tu pan, y tráete á tu casa para vestirlos al pobre y al desnudo. Cuando veas á un pobrecillo desnudo, vístele y no desprecies aquella carne, que es carne tuya. Deposita tu limosna en el seno del pobre, y ella rogará por tí á Dios* (¡sublime encarecimiento!) *Porque así como el agua apaga el fuego, así la limosna satisface por los pecados*. Podemos, pues, en cierto modo dejar consignado que la limosna es una de las obras de piedad especialmente prescritas á los católicos en la santa Cuaresma.

No obstante, el mundo no lo juzga así, porque el mundo tiene en todo la fatalidad de ser de distinto parecer que Jesucristo. El mundo cree que la limosna es una obra *libre*, que sin reparo puede hacerse ó dejarse de hacer, teniendo sobre esto ideas tan inexactas, que cree en todo caso sobradamente satisfecho *el deber* de la limosna con que se arroje de vez en cuando un ochavo á un mendigo que molesta, ó se consigne una cantidad en una suscricion pública trompeteada por todas las gacetillas de la ciudad. Pues bien. Digámoslo muy alto y muy claro. Dar limosna de lo sobrante es un *deber*. Y darla del modo que se debe es otro *deber*. Son, pues, dos deberes distintos que vienen á constituir un solo deber verdadero: el de la limosna cristiana.

¿Qué entendeis por limosna cristiana? Muy claro para los que entienden la lengua castellana: La limosna tal como la manda Cristo. Ejemplo al canto.

¿Es limosna cristiana la que se hace á los pobres concurriendo á una diversion pública que se organiza, se dice, con fines de beneficencia? No, mil veces no. La Religion enseña, no á divertirse para dar pan al pobre, sino á privarse y mortificarse para dárselo con el producto de esta privacion y mortificacion. La limosna que sale de una diversion, como por ejemplo de un baile de máscaras ó cosa así, es el tributo de las piernas de los danzantes, no el tributo de su corazon de cristianos. Es el precio de la corrupcion de muchos corazones, no es el medio de la santificacion de alguno. Es la moneda prostituida, bañada con las inmundicias de la sensualidad, no la moneda embalsamada con los perfumes de la virtud. Y no obstante, el mundo no sabe acudir á otro expediente cuando se trata de remediar ajenas calamidades. ¡Miserable filantropía la del que necesita divertirse para consolar á sus semejantes! Tal asquerosidad está ya juzgada en el tribunal de todos los corazones delicados.

La limosna cristiana se da, más que con la mano, con el corazon. La limosna cristiana no se contenta con remediar la necesidad del pobre; hace más, lo eleva hasta nuestro nivel, nos hace ver en él un hermano; más aún, nos hace contemplar en él la imágen de Jesucristo. Por eso los grandes héroes de la caridad cristiana no sólo no han exigido agradecimiento por sus limosnas, sino que áun han agradecido ellos al pobre el haber podido otorgárselas. Esto significa el beso que muchos Santos daban á aquellos á quienes acababan de socorrer. La limosna cristiana hace que el que la da se interese por el pobre, que le ame, le instruya, le corrija, le mejore. La limosna cristiana acerca las distancias, desconoce las divisiones de clase ó de partido, hácese superior á la delicadeza del sexo, al refinamiento de la educacion, al orgullo de la cuna. La limosna cristiana ama la oscuridad; pero allí es intrépida, celosa, activa, incansable; sube á la bohardilla del arrabal, baja al húmedo subterráneo de los calabozos; no espera la gratitud del pobre, bástale ser vista de un solo ojo, el de Dios. La limosna cristiana obra prodigios. Saca recursos de donde parece imposible sacarlos. A fuerza de abnegacion y de sacrificios y de privaciones tiene siempre algo que dar, porque quien bien quiere siempre tiene. Los grandes limosneros que hallamos en la historia no han sido por lo regular grandes ricos. No proporciona limosnas la mucha riqueza, sino el mucho desprendimiento.

Hemos recomendado como deberes cuaresmales el ayuno, el recogimiento y la oracion. Era nuestra obligacion recordar la limosna, tanto más cuanto hoy (tristísimo es decirlo) apenas hace limosna quien más debiera hacerla. Por justos respetos nos callamos muy buenas reflexiones sobre este último punto. Concluirémos sólo recordando á todos lo siguiente. La limosna en todos tiempos, y mucho más en Cuaresma, es para el católico, no un consejo, sino una rigurosa obligacion.

Si la Cuaresma es, para el católico verdadero, tiempo de mortificacion, es evidente que debe dejar de ser para dicho católico (hablo siempre del verdadero) tiempo de diversiones. No sé si serán todos mis lectores de ese parecer. Bástame á mí que sea ese el parecer de la Iglesia, y punto final. Así hablo con los católicos verdaderos.

Hay empero otra raza de católicos que no acierto á calificar y á quienes me contentaré con llamar católicos, no segun el Catolicismo, sino católicos á su modo. A los tales no basta probarles que su conducta anda reñida con la doctrina ó espíritu de la Iglesia; hay que ponerlos en apretura con otros raciocinios, y llamarlos sobre todo al sentido comun, que tan decisivo suele mostrarse contra todos los equilibristas y pasteleros.

Pues bien. No, señor; no se puede unir á un mismo tiempo la vida de penitencia y la vida de disipacion. Esta y aquella se excluyen mútuamente como lo blanco y lo negro, la luz y las tinieblas. La vida de penitencia que la Iglesia impone á los suyos en la santa Cuaresma, no se reduce solamente á ese ayuno que tal vez no guardais como debiérais por sospechosas razones de salud; ni á oir cada semana ese sermon al cual tal vez no asistís porque ya sabeis, como dicen muchos, todo lo que suele decir el predicador. La vida de penitencia es además vida de recogimiento, de concentracion y de retiro; es vida de conocimiento propio y de meditacion de las verdades eternas. Y mal se consigue este recogimiento asistiendo á las públicas diversiones que suelen tener poco de edificantes; y mal se fijan en el corazon las máximas tremendas de la fe si allí han de vivir en compañía de las frivolidades de la ópera y de la zarzuela. Mal se compaginan la austeridad de la mortificacion con las risotadas del baile; mal los ayes del arrepentimiento con los voluptuosos acordes de una orquesta alborotadora. De donde concluyo con este argumento sin réplica: ó no os negais al mundo, y entonces no observais la Cuaresma y no sois católicos; ó bien os apartais de él, y entonces dejaréis desiertos sus espectáculos en este santo tiempo. Y atiéndase que me refiero áun á aquellos espectáculos que las personas buenas no califican de ilícitos en lo restante del año.

¡Cuánto hemos degenerado de nuestros mayores! Hasta nuestras capitales más importantes adquirian por Cuaresma, en tiempos de más sanas creencias, una cierta fisonomía de austeridad católica que las hacia imponentes. Cerrábanse todos los lugares de diversion; las calles y plazas eran recorridas varias veces cada semana por devotísimas Congregaciones; toda profanidad parecia enmudecer en este sagrado período. Aun en el interior de la familia, la doncella y el trabajador olvidaban los cantares alegres con que suelen solazarse en su faena, para dedicarse solamente á los tradicionales y hermosísimos de la *Pasion*, del *Via Crucis* ó de las *Siete palabras*. Hoy han caido en desuso en muchas partes estas venerables costumbres de una fe tan sencilla como ardiente. En cambio la Cuaresma tiene, como el más disoluto Carnaval, su cancan y sus escándalos. Pero ¿qué mucho si para una gran parte de nuestra sociedad ha llegado á ser Carnaval todo el año? Lo extraño es que muchos católicos, áun de los que desean pasar por verdaderos, no vivan otra cosa que la vida de esta pagana sociedad.

Claro, claro, católicos de mi alma. Quien quisiere regocijarse un dia con Cristo, no ha de regocijarse en este mundo con sus enemigos. O con Él, ó con ellos.

* * *

Otro de los deberes más significados de la santa Cuaresma es la frecuente asistencia á la palabra de Dios. Tanto como el ayuno y la abstinencia, más que la privacion de diversiones profanas, más que obra alguna de las de mortificacion y espiritual recogimiento, caracteriza la época cuaresmal el sermon. Porque está claro. Del ayuno y de la abstinencia están dispensados algunos (aunque no tantos como se lo quieren figurar, pues sólo se dispensa ó por edad, ó por achaques, ó por fatigoso trabajo); la privacion de diversiones apenas la sienten muchísimos que viven habitualmente apartados de ellas. No así en lo del sermon. A todos comprende este deber, todas las edades abraza, todos los estados incluye, á todos los católicos obliga. Al pié del púlpito se nos llama á los cristianos sin excepcion; así al clérigo como al casado; al que mucho sabe como al que mucho ignora; al opulento millonario como al trabajador y al pordiosero. Voz de Dios la palabra del predicador, es voz para todos, como para todos es soberana la autoridad de quien procede. Institucion cuaresmal generalísima es, pues, la de la predicacion de las eternas verdades en estas siete semanas, y sólo renunciando por completo al carácter y condicion de católico, puede cualquier hombre ó mujer bautizado hacerse sordo á este imperioso llamamiento.

¿Cómo lo obedecen, sin embargo, hoy dia muchos de nuestros hermanos? A la vista está, y con esto solo podríamos darnos por excusados de entrar ahí en quejas y lamentaciones. Se predica ¡gracias á Dios! en todas las catedrales y parroquias de España, y áun en muchos templos que no son parroquia ni catedral. La santa tribuna no enmudece. Fervoroso grupo se apiña aún al rededor de ella para apacentar su espíritu con las enseñanzas sólidas del catecismo cristiano. Mas ¡ay! si consolador es este espectáculo, amargo es el contraste que con él ofrecen no pocos católicos que se creen aún con derecho á llamarse así. Bajo fútiles excusas, por frívolos pretextos se olvida por muchos, tal vez en otras materias delicados y escrupulosos, la asistencia á la palabra de Dios. No recordando aquella severa sentencia de Cristo, que ha dejado en su Evangelio, como contraseña de verdaderos hijos suyos, el amor á escuchar su palabra, á la vez que como signo de reprobacion el desprecio sistemático de ella.

«El que es de Dios, decia á los fariseos, escucha la palabra de Dios: por esto vosotros no la escuchais, porque no sois de Dios.» ¡Espantoso modo de señalar!

Frecuentemente se tratan en libros y áun en periódicos asuntos ascéticos, para desde allí hacerles oir las más importantes verdades de la fe á ciertos desdichados que no cuidan lo bastante de ir á beberlas como deben en su propia fuente. Mas andaria muy equivocado quien juzgase que con esto se ha suplido adecuadamente la eficacia del púlpito; como erraria igualmente quien juzgase que puede bastar para su instruccion y compuncion y santificacion la lectura más ó menos escogida de buenos impresos, sin cuidarse poco ni mucho de acudir á la directa predicacion sacerdotal. Nó, que no es aquel sino éste el medio especialmente dispuesto por Dios para la enseñanza de la fe y de las virtudes cristianas. *Fides ex auditu,* ha dicho el Apóstol, y no *fides ex lectione,* por más que provechosa y provechosísima sea la sana lectura. Con la predicacion oral fué adoctrinado el mundo en la fe, y no con los libros; y con la predicacion oral ha querido Jesucristo se conservase en ella; y esta predicacion oral por nada puede ser dignamente sustituida. Mucho amamos la Propaganda impresa, no tanto empero que la consideremos, ni en dignidad ni en eficacia ni en mérito, igual á la oral predicacion. Nadie presuma, pues, que por ser este siglo el siglo de la prensa, como tanto blasona, puede legítimamente dejar de ser el siglo del púlpito. Mil veces nó. Del púlpito es la primera jerarquía, como que es la cátedra oficial de Dios; el impreso en todas sus formas de libro ó folleto ó periódico pertenece simplemente á la categoría de humilde auxiliar. El púlpito es un ministerio divino; la prensa contentarse debe (y no es poca honra) con ser eco fidelísimo de él.

¡Al sermon! pues, lectores mios, ¡al sermon!

¡Al sermon! padres, con vuestros hijos; ¡al sermon! madres, con vuestras hijas.

¡Al sermon! amos, con vuestros aprendices y criados.

¡Al sermon! todos, cada dia ó por lo menos cada fiesta, como al sermon va por Cuaresma, sin perder uno, el que estas líneas os escribe. Y no se avergüenza de decir, aquí en público y todo, que muchas cosas que os escribe las saca de haber ido al sermon, y que del sermon necesita como cualquier fiel cristiano, y no se tendria por tal si no acudiese como el más sencillo de los vecinos de la parroquia á oir el sermon.

¡Al sermon!

Insistamos algo aún y por última vez sobre el deber principal de la santa Cuaresma, que es (como hemos dicho) el cumplimiento parroquial.

¡Tal vez tú, lector, no te has decidido aún á cumplir con esta sagrada obligacion! Y no obstante la Cuaresma anda ya adelantada, y florecen ya en nuestros bosques y jardines las olorosas violetas, cuyo color morado de penitencia recuerda, segun un dicho de nuestro pueblo, la época de ir á confesar. Y pronto, muy pronto, entrarémos en la semana de los grandes misterios, la Semana Santa: ¿y osarás parecer ante la presencia de Jesucristo sacramentado en el monumento en aquellos solemnes dias, con el alma sucia y aún no reconciliada? ¿Y cantarán luego cielos y tierra los hermosos aleluyas de la Pascua de Resurreccion, sin que pueda tambien repetirlos tu corazon resucitado?

Vamos á ver, amigo mio, ¿y por qué no habrias tú de confesarte? ¿crees que se rebaja el hombre por reconocer que en alguna cosa ó en muchas ha obrado mal y ha disgustado á su Dios? ¿Piensas que has de valer menos cuando despues de reconocerlo te decidas á declararlo humildemente, á dolerte de ello, á obrar mejor y á vivir en adelante con Dios en más amistosas relaciones? Pues bien, la Confesion no es más que eso.

—En alguna cosa teneis razon. Conozco que he faltado, y mucho. No siempre he sido buen hijo, buen padre ó buen esposo. Alguna vez he procedido con poca delicadeza en mis negocios, y muy á menudo me olvidé de mis deberes de hombre y de cristiano. Tal vez no me he acordado de Dios, ni he pisado en muchas semanas la puerta del templo, ni ha salido tiempo há una oracion de mis labios. He hablado en cambio un lenguaje asqueroso, he escandalizado á los mios, he tenido hábitos perversos y he cometido acciones infames. Más de una vez me pregunto asustado: ¿Quisieras morir en este instante? Y á pesar de mi aparente tranquilidad una voz aterradora me responde: ¡Nó! ¡líbreme Dios de tal desgracia! ¡Qué seria de mi alma en tal estado! En fin, conozco que un dia he de echar en ella un remiendo que valga la pena, porque mi vida de hoy es un desórden espantoso, y francamente... no quiero morir así.—

Lector, nunca tal vez le habrás hablado de este modo á hombre alguno, pero díme con lealtad: ¿No es cierto que así te has hablado muchas veces á ti mismo? ¿No es cierto que has tenido horas de remordimiento y de pavor en que has envidiado la tranquilidad de las conciencias arregladas? ¿No es cierto que mil veces has deseado que una mano amiga sondease tu corazon, y buscase y arrancase de allí la acerada espina que á cada momento te está punzando? Mira, pues; esa mano amiga es la del confesor, hombre como tú, pero representante de la autoridad de Dios, que por medio de la Iglesia le ha conferido sus poderes.

¡Cuán dulces son en la confesion los desahogos del alma atormentada por el remordimiento! Mil veces he pensado que no podia Jesucristo discurrir para nuestro consuelo un medio más eficaz que la Confesion, ni más adecuado á los sentimientos y necesidades del pobre corazon humano. La Confesion es humillacion, cierto; pero es tambien dulcísima confidencia. Nuestro Dios sabia que para cierta clase de penas no halla nuestro corazon remedio más seguro que contarlas. Referirlas es tenerlas ya medio aliviadas; lo restante haránlo las palabras de resignacion, los consejos para alentarnos en la buena senda, y sobre todo aquel suavísimo *Yo te absuelvo* que borra del libro de nuestra vida todo lo pasado, y le devuelve á nuestro sér la integridad de sus años de inocencia que se creian ya para siempre perdidos.

Deciame una vez un pobre hijo del pueblo que habia vuelto á la Religion despues de muchos años de culpables extravíos: «Yo, señor, cuando me hube confesado, movido y convencido por los sermones de cierta fervorosa Mision, experimenté en mi alma el mismo bienestar y satisfaccion que experimento en mi cuerpo los domingos al dejar la camisa sucia, grasienta y pegajosa del taller y al ponerme la limpia.» Y esta comparacion, aunque vulgar, parecióme exactísima. Sí, esto debe de sentirse. Una respiracion más libre, un aire nuevo, más holgura en los movimientos, más complacencia en mirar al cielo, más serenidad, y para decirlo con una palabra que las comprende todas, más paz. Paz, sí, esta es la palabra.

Díme, lector, si andas alejado de Dios, ¿cuántos años há que falta de tu alma la paz? Tantos por lo menos como faltas tú al cumplimiento de la parroquia. ¿Quieres paz? Resuélvete de una vez, piénsalo unos momentos, echa una ojeada sobre tu conciencia, da un paso más, y has concluido.

No sueltes jamás aquella excusa á la vez necia é impía: «Yo no me confieso más que con Dios.» Los que tan orgullosamente blasonan de confesarse sólo con Dios, es seguro que jamás se acuerdan de que Dios exista. Es tan ridículo esto, como si un criminal convidado á presentarse á indulto ante las autoridades, dijera: «Yo no me presento más que al rey. —Pero si el rey no quiere que te presentes á él, sino á los que ha elegido para representarle. —Nada, lo dicho; no entro en tratos sino con su Majestad.» ¿Sabes qué le sucederia á quien así anduviese difiriendo el presentarse á las autoridades? Cogeríale tal vez la fuerza pública, ó alcanzaríale un tiro de la Guardia civil, y pagaria muy caras sus tonterías. Aplica el caso. Dios ha declarado no querer entenderse contigo sino por la intervencion de sus sacerdotes. Tienes el indulto á tu lado. ¿Quién sabe si mientras rehusas aceptarlo bajo las condiciones con que se te ofrece, te salteará la muerte, que tiene un gusto particular en pillar á los desprevenidos?

Créeme, llegarás aún á tiempo. ¿Qué te detiene? ¿La vergüenza acaso? ¡Mal pecado! ¡Lo que no te sonrojas de cometer en público, aquello de que te alabas entre tus compinches, lo que sabe tal vez de tí toda la vecindad, eso te avergüenzas de decírselo al oido á un hombre solo, que no lo dirá ni á su padre, ni lo extrañará, porque á fuerza de oir tantas cosas está ya curado de espantos! ¡Válgame Dios! ¿Y por tan frívolos motivos renuncias á la tranquilidad de tu vida, al éxito de la muerte y á la dicha de toda la eternidad?

¡Seria cosa de ver que despues de leido este capítulo no te fuéses á confesar! ¡A ver cómo pasas ocho dias más! Óyeme bien, por última vez. Puede que estas cuatro líneas bien intencionadas que acabas de leer sean el principio de tus consuelos. Si no es así, te lo aseguro en nombre de Dios y de la experiencia, serán un dia tu remordimiento.

LA FIESTA DE SAN JOSÉ.

SUSPENDAMOS nuestras lecturas cuaresmales. El calendario eclesiástico nos invita á dedicar hoy toda nuestra atencion á la alegre fiesta que dedica al esclarecido Esposo de María santísima. Regocijadas suenan las campanas; blancos ornamentos, que no morados, visten los ministros del altar; himnos armoniosos de júbilo óyense en el templo en vez de los austeros cantares de penitencia. Hablemos, pues, de lo que pone en nuestros labios la voz de la Iglesia, que es en todo la mejor maestra: dejemos por hoy todo lo demás: hablemos de san José.

¿Cuál es la importancia de este modesto artesano ante quien doblan su cabeza los pueblos cristianos, como subyugados por el ascendiente de su misma gloriosa sencillez?

La obra de las obras, la mayor de cuantas ha dispuesto Dios para su gloria y para bien del hombre es la Encarnacion de su Hijo. La segunda Persona de la santísima Trinidad habia de venir al mundo en forma de niño delicado, y para esto necesitaba una mujer que le fuese madre, un hombre que ante el mundo le hiciese veces de padre. La tierna Doncella escogida para este sublime ministerio, y el dulcísimo Niño, hijo milagroso de ella, habian de verse en este mundo solos, pobres, despreciados, perseguidos. Dios, que no podia dejar al azar de tantos contratiempos aquel precioso tesoro en que se encerraba toda la esperanza del mundo, dióles un arrimo en que ampararse, y este arrimo fué José. Toda la mision de José en este mundo puede, pues, reducirse á esta sola palabra: proteger. Proteger á María, proteger á Jesús.

¡De qué importancia reviste á José esta sola palabra, y qué carácter tan respetable da á todos los actos de su vida! Para custodiar y proteger á varios personajes escogidos leemos en las sagradas páginas que envió Dios Angeles. Pues bien. Un Angel no pareció á propósito á Dios para la custodia y proteccion de María y de Jesús. Pareció á propósito José. Sigámosle en los principales pasos de su vida.

María se hallaba retirada en el templo; pero habia llegado ya la hora en que saliese de su soledad para ocupar en el mundo el lugar que le reservaba la Providencia. Para corresponder á los altos fines de ella, aquella Niña de quince años necesita un esposo que, más bien que esposo, sea un guardador de su virginidad. La mano de Dios se lo tiene ya preparado. Es José. Mirad á la recien desposada, miradla en el quieto hogar del pobre artesano, mirad aquel taller humilde. Las manos que ganan allí el pan para la que ha de ser Madre de Dios, son las manos de José.

¿Por qué abandona su modesto retiro la tierna Doncella antes constantemente escondida en él? ¡Ah! Una órden terminante del Emperador la obliga á pasar con su esposo á Belen, de donde ambos son originarios, para dar su nombre en el padron público. Mirad al santo carpintero que cierra tristemente su taller: no le pesa abandonar la ciudad natal y el hogar de sus abuelos; no le arredra la perspectiva de un viaje en una estacion cruda y en medio de la pobreza. ¿Qué le entristece, pues? ¿Y qué ha de entristecerle sino la vista de aquella Jóven delicada que Dios le ha confiado y que en aquella sazon tan crítica se ve obligada á partir con él? Vedla cómo anda camino de Belen la santa pareja: toda el alma de José está clavada en el rostro de María para adivinar sus menores deseos, para satisfacer sus más pequeñas necesidades. ¡Oh! ¡Qué bien sabe desempeñar José su oficio de protector! Entran en Belen caida ya la tarde; no hay para ellos posada. ¿Quién es este que, cansado de recorrer en vano calles y plazas, sale de la ciudad ingrata y busca en las afueras un mal cobertizo, un pajar, aunque sea un establo de bestias, porque la hora va adelantando, y el hielo de Diciembre, y el aire de la noche, y la soledad del campo, y la urgencia del parto exigen pronto, muy pronto, que María se halle á cubierto? Es José: miradle; ya lo halló; es un establo de animales; dos bestias lo ocupan, pero las bestias serán en aquella sazon más caritativas que los hombres, y cederán un poco de lugar á los expatriados: el sitio está asqueroso, es verdad, pero las manos de José sacarán de él todo el partido posible. Vedle con qué afan y solicitud instala allí á la cansada Esposa, con qué esmero la coloca en el lugar más abrigado, y observad con qué mirada de agradecimiento paga María los incansables desvelos de su solícito protector. Protector, sí, porque José ha comprendido el encargo que recibió del cielo, y ha de cumplirlo: proteger.

María es ya madre: en sus brazos llora Aquel que nació para enjugar nuestro llanto; la comarca entera está en movimiento: en unos rebosan el júbilo y la satisfaccion; en otros, triste es decirlo, la inquietud y los recelos. El Niño divino, cantado por los Angeles y saludado por los pobres, no ha sido bien recibido por los poderosos de Judea. ¡Qué leccion tan terrible y tan elocuente, lectores mios! Sí, el Hijo de Dios acaba de nacer, y es ya perseguido. Un rey ha visto en aquel miserable establo un peligro para su trono, y en aquella familia una amenaza contra su dinastía, y para librarse de ellos no se detendrá ni ante el asesinato. ¡Pobre Hijo y pobre Madre! Las órdenes están ya dadas; el verdugo afila ya su cuchillo; ya se averigua donde está el Niño; ya se le busca; ya se sabe de cierto que se esconde en Belen y en una cueva al pié de sus viejas murallas. De un momento á otro van á llegar los asesinos, y la santa Familia todo lo ignora, y va á verse sorprendida y anegada en lágrimas y sangre... No tembleis; no todos en ella ignoran lo que pasa; uno hay que recibe aviso celestial; es José. «Mira, José, le dice un Angel en el silencio de la noche, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto, y quédate allí hasta que yo te lo diga.» Es decir: tú has de librarlos de la persecucion; tú has de mantenerlos allí en el destierro, y cuando sea la hora de volver á la patria, no se lo diré á ellos, sino que te lo diré á tí, porque tú eres el depositario de mi confianza, el responsable de estos dos séres inocentes y su verdadera providencia visible sobre la tierra. Y dice el Evangelio que, levantándose José, tomó al Niño y á su Madre, y los puso en salvo.

¡A Dios, hermosas campiñas de Judea! ¡A Dios, lugares queridos, consagrados por el recuerdo de tantos pesares y de tantas dulzuras! ¡A Dios, cueva humilde santificada por el más grandioso misterio! ¡A Dios, pastores de Belen tantas veces obsequiosos con el hermoso Niño! ¡A Dios, pobre casita de Nazaret, abandonado taller, silencioso retiro en donde los virginales Esposos vieron transcurrir los dias más felices de su vida! ¡A Dios, parientes! ¡A Dios, patria! Las sombras de la noche empiezan á disiparse, las primeras tintas de la aurora enrojecen ya el lejano horizonte, los augustos fugitivos han perdido ya de vista los montes conocidos del país natal. José, no separándose ni un momento del precioso tesoro que le está confiado, cruza incansable valles y montañas, atraviesa desiertos, vadea rios, salta arroyos, velando siempre, atento al menor ruido, receloso... ¡Ah! el Evangelio no describe los azares de este viaje; pero ¿á quién no es fácil figurárselos? Consta que era largo: José podia suponer que los enemigos de Jesús irian en su seguimiento; largos trechos estaban en despoblado; ¡qué motivos de angustia! ¡qué ansiedad! ¡qué congojas! Pero el viaje termina, llegan por fin á la primera poblacion de Egipto. ¿Creeis que aquí no será necesaria ya la proteccion de José? Muy al contrario: el país es desconocido; sus habitantes idólatras; ellos extranjeros. ¿Quién es entonces la segunda providencia de María y de Jesús? ¿De quién depende su vida, su tranquilidad, su alimento? De José, y siempre de José. Se acaba por fin la emigracion; mueren en Jerusalen los enemigos de Jesús; un Angel da aviso de que es ocasion ya de regresar á la patria: «Mira, José, le dice, toma otra vez al Niño y á la Madre, y vuelve con ellos á la tierra de Israel, pues han muerto ya sus perseguidores.» Y José vuelve á Nazaret, y otra vez en aquella humilde casita sus sudores mantienen al Niño y á María; sus consuelos los alientan; en todas partes cumple José con ellos su mision de Protector, y mientras hay un peligro de que salvarse, ó una necesidad que satisfacer, allí está José para satisfacer aquella necesidad, ó para salvarlos de aquel peligro. Dios no ha querido proteger por sí mismo á María y á Jesús durante su paso en el mundo: Dios ha querido protegerlos por medio de José.

Notad una cosa. Mientras Jesús sufre persecuciones de las que ha de verse libre, tiene á su lado á José. Muere José cuando van á empezar las persecuciones de las que Jesús no quiere ser libertado; es decir, muere cuando no es necesario ya en la tierra su oficio de Protector; muere cuando ha concluido su mision. En efecto, á los treinta años de la vida de Jesús, segun piadosas tradiciones, espira dulcemente el santo Patriarca en brazos del Salvador y cerrándole los ojos aquella Mujer benditísima de quien mereció llamarse esposo. Muere, porque en adelante no debe haber ya más consuelos ni más seguridad para aquellas dos prendas adoradas; muere, porque en adelante el cielo quiere abandonarlas solas á los rigores de la persecucion; muere, porque Jesús y María han de apurar ya todas las amarguras, y no han de ser libertados de Pilatos, ni del Calvario, como un dia lo fueron de Herodes y de sus verdugos. Si hubiesen debido serlo, José hubiera indudablemente sido escogido tambien para esta empresa. Se habian acabado ya los tiempos de proteccion. Por esto el cielo quitaba de su lado el Protector.

Mas no se lo ha quitado, no, de su Iglesia, que es hoy Cristo viviente sobre la tierra, Cristo azotado, Cristo oprimido, Cristo crucificado. No se lo ha quitado, no, antes con nueva y más eficaz declaracion se lo ha dado en nuestros tiempos por la autoridad de su augusta Cabeza. Glorioso en el cielo, sigue José desempeñando el alto oficio que humilde desempeñó en la tierra: el de proteger. Con esta ocasion la fiesta de san José ha adquirido mayores títulos á nuestra devocion y entusiasmo.

BREVE EJERCICIO

PARA HONRAR CADA DIA DEL MES DE MARZO

AL PATRIARCA SAN JOSÉ.

Por la señal, etc.

AL DIVINO JESÚS.

Dulcísimo Jesús mio; por lo mucho que amásteis y honrásteis en la tierra al que os hizo en ella veces de padre, y por lo mucho que le glorificais en el cielo, dignaos aceptar estas súplicas y alabanzas con que nos dirigimos á él sus devotos en este su bendito Mes. Y pues es honraros á Vos honrar á quien Vos quereis honrado, recibid en honra vuestra y para vuestra mayor gloria este obsequio, y haced sea para nosotros medio de santificacion y gracia. Amen.

Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Soberana Reina de los cielos, Madre de nuestro divino Salvador y Esposa castísima del gran Patriarca, á la consideracion de cuyas grandezas y virtudes dedicamos este Mes: ayudadnos Vos, Señora, pues tan de cerca os toca lo que se refiere al honor y culto de vuestro virginal Esposo. Haced le reverenciemos con aquel amor y respetuosa familiaridad con que le tratásteis Vos en la tierra, para que por su intercesion y méritos, unidos á los vuestros y á los infinitos de vuestro Hijo y Redentor nuestro Jesús, merezcamos participar un dia de su dulce compañia en el cielo. Amen.

AL PATRIARCA SAN JOSÉ.

Poderosísimo José, esposo de María, ayo y padre legal de Jesús, protector y amparo de la Iglesia católica y de todos vuestros devotos: arrodillados á vuestros piés os pedimos humildemente nos alcanceis del Señor gracia para en este Mes estudiar con mayor perfeccion vuestros gloriosos ejemplos, y por medio de ellos reformar nuestra vida, purificar nuestra alma, prevenir nuestra muerte y asegurarnos dichosa eternidad. Vos sabeis, Santo sin igual, cuáles son las necesidades más graves de nuestra pobre alma, los estorbos y tropiezos que la detienen en el camino de la virtud, las pasiones que la combaten, los enemigos que la rodean, los pecados que la tienen tal vez en desgracia de Dios. ¿A quién podemos acudir más confiadamente que á Vos, en cuyas manos ha puesto el Eterno sus más ricos tesoros, al confiarle el mayor de todos, su unigénito Hijo? Haced, pues, Santo glorioso, brillar en nosotros la eficacia de vuestro valimiento y la bondad de vuestro misericordiosísimo Corazon. Oid nuestras súplicas y alcanzadnos por ellas, de este Niño Dios que traeis en brazos, cuanto necesitamos y muy en particular la gracia á cuya consecucion dirigimos especialmente estos devotos ejercicios. Amen.

CONSIDERACION.

Léase aquí y medítese con fervor la que sucesivamente se irá poniendo para cada dia, y despues de ella pídase con ahinco al santo Patriarca la gracia especial que de él deseamos obtener aquel dia, ó á cuyo logro dirigimos la intencion de todo el Mes.

Récense en seguida en honor y recuerdo de las siete alegrías y tristezas del Santo y de la sagrada Familia, siete Padre nuestros, Ave Marías *y* Gloria Patri.

OFRECIMIENTO.

Del fondo de nuestro corazon os ofrecemos, Jesús, María y José, estos siete *Padre nuestros, Ave Marías* y *Gloria Patri*, como humilde ramillete de súplicas y salutaciones las más gratas á vuestro bondadosísimo Corazon. En vuestras manos quedan como memorial que os recuerde nuestras necesidades y nos alcance para ellas el remedio que hemos menester. Bondadoso José, ponedlo este memorial en manos de vuestra dulce Esposa: divina Señora, ponedlo Vos en las de vuestro ternísimo Jesús: dulce Jesús, tomadlo Vos de tan poderosos valedores como os lo recomiendan y apoyan en nuestro favor. No negaréis al empeño de estos vuestros amigos á quienes tanto debeis, lo que podríais muy justamente negar á nuestra indignidad y ningunos merecimientos. Y á la gracia especial que por tan poderosa mediacion os hemos pedido dignaos añadir, Jesús dulcísimo, la del triunfo de la Iglesia sobre todos sus enemigos, libertad de nuestro Santísimo Padre el Papa, aumento de la fe, destruccion de las sectas y conversion de los pecadores, á fin de que con Vos, en union del Padre y del Espíritu Santo y de María y de José, sea muy presto colmada nuestra felicidad en la gloria por los siglos de los siglos. Amen.

CONSIDERACIONES ORDENADAS SUCESIVAMENTE PARA CADA DIA DEL MES.

I.

San José, gloria del sacerdocio cristiano.

De todos los estados es glorioso blason el insigne patriarca san José, pero muy particularmente lo es del sacerdocio cristiano. Bastará para esto considerar cual fué en este mundo la mision sublime de José. No otra que recibir en sus manos y guardar para provecho de los fieles aquella Hostia pura é inmaculada que por todos debia inmolarse un dia en el altar de la santa cruz. Podemos, pues, en algun sentido considerarle honrado con una cierta dignidad sacerdotal, que no ha tenido comparacion ni semejanza en los siglos anteriores á él, ni la tendrá despues de él en la dilatada sucesion de los tiempos. Si María fué el sagrario de Jesús, que lo tuvo encerrado en su purísimo seno; si fué Ella y fueron sus brazos el precioso ostensorio ó viril en que empezó Él á mostrarse por primera vez al mundo; José fué el ministro celoso y constante que veló dia y noche á la puerta de este Sagrario, que guardó bajo la llave de su lealtad su honor y decoro, que por fin mil veces colocó con sus manos entre los rayos de este Viril el Cuerpo de su encarnado Dios y Señor. Y si templo fué el hogar de la sagrada Familia, jefe y custodio de este templo fué el vigilantísimo José. Y si fué altar, nadie como él estuvo tan cerca de este Altar, nadie atendió con tanto celo á su ornato, nadie veló con tan continua oracion ante él.

Gloria y blason de sacerdotes santos es, pues, nuestro benditísimo José. De él deben aprender todos cuál sea el respeto, la veneracion, la fidelidad suma con que debe ser ejercido el sagrado ministerio y dispensados á los fieles los santos Sacramentos. ¡Ministros del Dios vivo, á quien familiarmente tratais como José, á quien traeis entre manos todos los dias como José, en cuya casa morais dia y noche como José, á cuyo servicio estais inmediatamente consagrados cual lo estuvo José! ¡Sed como José puros, fervorosos, diligentes, desinteresados! ¡Miraos en ese espejo de sacerdotales virtudes los que debeis llevar ante el Juez supremo, en el dia tremendo, limpia é inmaculada vuestra estola sacerdotal!

¡Benditísimo José! Por la santificacion é integridad de costumbres de nuestro clero, rogad á Dios.

II.

San José, gloria de la autoridad cristiana.

Todo poder viene de Dios. Y no es legítimo en su orígen, ni recto en sus procedimientos, ni justificado en su fin el ejercicio de la autoridad sino es de Dios, segun Dios y para Dios. Las naciones cristianas han aprendido de la Iglesia esta elevada nocion de la autoridad, que así dignifica y eleva el ejercicio de gobernar, como ennoblece y realza la obligacion de obedecer. Y de eso nos fué dado tambien un tipo gloriosísimo en san José.

San José fué elegido y enviado por Dios para ejercer en el mundo la más grande autoridad que hubo jamás: la autoridad sobre su unigénito Hijo encarnado. Más que el de los reyes y emperadores fué sublime el poder de José, que tuvo por súbdito al mismo Dios. Mandaba José, y Dios obedecia; y las menores palabras de este humilde carpintero eran decretos de inmediata ejecucion para la segunda Persona de la santísima Trinidad. ¿Quién pudo gloriarse jamás de haber mandado por tan soberana manera ó de haber tenido súbdito igual?

Mas José mandaba como debia mandar, y por eso es su autoridad glorioso modelo de lo que deben ser todos los que ejercen poder en el pueblo cristiano. No mandaba segun los antojos de su humor, ni segun los dictámenes de su sola razon, aunque tan recta y bien ordenada; sino en conformidad siempre con las disposiciones del eterno Padre que para tal cargo le eligiera. Mandaba muy acertadamente, porque era el primero en obedecer á quien tenia todos los derechos sobre él. Así debe ser el gobernante cristiano: el primer súbdito de Dios, y el primer esclavo de sus santos mandamientos, y el primer promovedor en todo de su divina gloria. No será más que un tirano de sus súbditos el que entienda poder desentenderse de toda sujecion á otro más elevado superior. Ni serán justas leyes las que no empiecen por reconocer, hasta los últimos ápices, la soberanía de la divina ley. Por eso hay muchos gobernantes en el dia de hoy: dignos empero de este nombre por Dios, segun Dios y para Dios, como José, poquísimos en todo el mundo.

¡Alcanzad de Dios, Santo glorioso, buenos y cristianos gobiernos á la sociedad cristiana, por falta de ellos hoy tan revuelta y perturbada!

III.

San José, gloria del matrimonio cristiano.

Esposo de María santísima fué nuestro José, y fué verdadero, aunque purísimo y únicamente consagrado á Dios, el lazo conyugal que unió á aquellos dos virginales corazones. Quísolo Dios para honrar en la persona de este su siervo el santo estado del matrimonio que tantos hombres corrompidos habian de extraviar despues, ya con falsas leyes, ya con perversas máximas, ya con groseras costumbres, de su propio fin sobrenatural.

Ved á aquella casta pareja en quien se transparentan todos los resplandores de la virginidad más angelical, al través de las apariencias vulgares de un estado comun y ordinario. ¡Qué majestuosa dignidad en ella! ¡Qué apacible suavidad en él! ¡Qué sello de Dios en todos sus actos! ¡Qué divina atmósfera de luz toda celestial baña y acompaña todos sus movimientos! El cielo ha querido mostrarnos en esta bella union una imágen de lo que, aunque en esfera más inferior, deben ser los verdaderos amores cristianos, los santos afectos que la Religion no condena, antes ennoblece y eleva y glorifica.

¡Cuán distinta idea ofrece del lazo conyugal, sólo á fines groseramente terrenos dirigido, la necia filosofía del mundo! En unos sucia pasion, en otros interesado cálculo, en este ostentosa vanidad, en aquel afan de ambicioso medro; hé aquí las miras bajas y mezquinas que palpitan en el fondo de ese nobilísimo contrato que la Religion para más dignificarlo ha elevado entre los cristianos á la categoría de Sacramento. Y si tales y tan ruines son los móviles, júzguese cuáles han de ser á la postre los resultados. La paz huye de los hogares que el falso amor ó el mezquino interés profanó, en vez de santificarlos el ideal cristiano; malditos de Dios, que no benditos de su augusta mano, son tales matrimonios á que no preside su ley sino la del mundo, demonio y carne, sus enemigos. Tal está hoy de cuarteada y ruinosa esta piedra angular del edificio social en que todas las demás se apoyan. Tras esto la corrupcion pública y legal añadiéndose á la corrupcion privada: Dios oficialmente desterrado del acto que nadie sino Él puede autorizar; la concubina vil igualada en el concepto público á la dignidad de la casta matrona cristiana: el divorcio como natural consecuencia del falseamiento de esta institucion; las impurezas del amor libre como su final paradero.

¡Oh bendito José! ¡Oh santo Esposo de María! ¡modelo y tipo del estado conyugal conforme á la ley de Dios! Rogad por la santa ley del matrimonio cristiano, que las pasiones del hombre y las máximas ateas de la Revolucion conspiran á envilecer.

IV.

San José, gloria de la virginidad cristiana.

Si tiene enemigos el estado conyugal segun Cristo, no los tiene menos el otro estado de mayor perfeccion, que es, no el celibato al que presiden miras mundanas, sino la santa virginidad ordenada para el mayor servicio de Dios. Aborrecen el mundo, demonio y carne los lazos severos del matrimonio que Dios estableció, pero no aborrecen menos las austeridades de la continencia virginal que á determinadas personas aconseja el Evangelio. La saña de la Revolucion, el chiste impío de sus adeptos, la maledicencia de los libros sectarios, se ha cebado muy especialmente en las clases que han adoptado para sí como camino de mayor perfeccion el de la santa virginidad.

Y no obstante, Dios nuestro Señor para realzar á los ojos de los hombres ese estado nobilísimo, del cual no tenia idea alguna más que muy vaga y oscurecida el mismo antiguo pueblo de eleccion, quiso presentarlo al mundo en la familia de su unigénito Hijo Jesús, en la persona de su Padre legal y putativo el glorioso san José. Bajo la honrosa divisa del matrimonio, escondió Dios en José y en María el tesoro de la virginidad de que habian de ser ambos en el mundo cristiano gloriosos ejemplos y caudillos. Hueste numerosísima y brillante de jóvenes y doncellas consagrados á Dios, habia de ser despues el cortejo de esos vírgenes esposos; y la casa de José y de María, además de ser el tipo comun del hogar doméstico cristiano, habia de serlo á la par de ese otro hogar ó colmena espiritual de las almas, que se llama convento ó monasterio. Así por tan maravillosa manera queria el cielo unir lo que más discorde pudiera aparecer en la tierra, haciendo que así vírgenes como desposados pudiesen mirarse sin confusion en este claro espejo, encontrando ambos en él un trasunto de sus más estrechos deberes.

Mírense siempre en él ¡oh castísimo José! de un modo particular los corazones consagrados con voto perpetuo á Dios nuestro Señor y al santo apostolado de la vida religiosa para bien de nuestros hermanos. Vos les enseñaréis cuánto deba ser exquisita su modestia, cuán delicado su pudor, cuán susceptible de empañarse el cristal de su pureza, cuán necesitado de continuas precauciones el vaso frágil en que encierran tanto bien. Vos los alentaréis en sus vacilaciones, Vos los sostendréis en sus desmayos, Vos los fortaleceréis en sus luchas, Vos los alzaréis en sus tropiezos y caídas, haciendo tengan siempre ante sus ojos el lirio florido, emblema de vuestro candor virginal y la corona de rosas siempre puras, que ha de ser su recompensa eterna en el paraíso.

¡Oh purísimo José! Por los corazones ligados con votos á Nuestro Señor, y por los que en el mundo mismo anhelan seguir en igual estado la huella de vuestra luz, interceded con Dios.

V.

San José, gloria de la paternidad cristiana.

Gran cosa es ser padre de familias y haber sido escogido por Dios para esta elevada mision de darle servidores en el mundo y almas para el cielo. Mas la paternidad, como la autoridad de cuyo carácter participa, pierde esta nobleza suya si no se considera y no se ejerce segun Dios, si no es, en una palabra, paternidad cristiana.

Modelo y gloria de padres de familia, que cristianamente lo sean ó deseen serlo, fué nuestro gloriosísimo san José. Aunque no fué padre natural de Jesús concebido por María Vírgen por obra y virtud del Espíritu Santo, tuvo, sin embargo, sobre Él, á causa de su real y verdadero desposorio con la divina Señora, todos los derechos y autoridad de verdadero padre. El mismo Hijo de María no le negó este sublime título, y con él le llamó públicamente en diversas ocasiones; y por tal tenian las gentes al divino Salvador, y no le reconocian con otro nombre que con el de «Hijo del carpintero.» Y en este concepto mandaba José á Jesús y Éste le obedecia: ganábale aquel á Éste el pan con el sudor de su rostro, y Éste le ayudaba en sus rudas tareas.

¡Oh! ¡si se mirasen ahí los padres de familia para no serlo segun les enseña el mundo, y sí sólo segun la ley de Dios! Muy otra seria la suerte de ellos y de sus hijos, así en lo temporal con lo eterno. Padre que se contenta con echar sus hijos al mundo, sin cuidar de su alma y de su último fin, ¿en qué se distingue del bruto animal que no reconoce para con sus crias otro deber que el instinto de alimentarlas? Y así son muchos padres y madres hoy dia; así son, y no quieren elevar á más elevados fines su augusta mision. Considerar debieran que son padres de almas inmortales tanto ó más que de cuerpos que han de perecer; que no debe ser el único anhelo suyo proporcionar á sus hijos por medio de la instruccion y de la carrera un bienestar pasajero en este mundo, sino que han de asegurarles en lo posible por medio de una católica educacion, y sobre todo por medio del buen ejemplo, el bienestar de la otra vida. Verdugos de los hijos son los padres que no lo entienden así: y asi como de éstos pudiera decirse, como dijo el Señor: «¡Mejor les fuera no haber nacido!» de tales padres puede muy bien exclamarse igualmente: ¡Mejor les fuera no haber jamás engendrado!

¡Oh gloriosísimo san José! Rogad á vuestro Hijo legal, el divino Jesús, por la suerte de estos padres y de estos hijos, que el demonio lleva por caminos de perdicion.

VI.

San José, gloria del magisterio cristiano.

La paternidad no es sólo una autoridad, es tambien un magisterio. Así fué san José, no solamente padre legal del divino Jesús, sino que fué tambien (en lo que exteriormente aparecia) su verdadero maestro. Jesús, sabiduría del Padre, nada tenia que aprender, es verdad; pero dispuesto á tomar del hombre pecador todas sus miserias, menos el pecado, tomó tambien exteriormente su ignorancia. Así, de Jesús-Niño nos dice el Evangelio que «crecia y adelantaba en sabiduría y gracia», esto es, que segun el progreso natural de la edad, iba desarrollándose en Él aparentemente el ejercicio de sus facultades intelectuales, así como el de sus fuerzas físicas. Asi hemos de figurarnos cómo en el seno de aquella santa familia que componian María y José, aprendió el Dios-Niño á hablar, á rezar, á leer, á trabajar, ni más ni menos que si desde la eternidad no tuviese encerrados en sí todos los tesoros de la ciencia de Dios. Y José era el maestro del Niño en estas cosas, y el Niño se humillaba hasta aprenderlas como buen discípulo de los labios de José.

Maestros naturales de sus hijos deben ser los padres, y á ellos antes que á ningun otro ha encargado el cielo esta rigorosa obligacion. Ni se descargan enteramente de ella en buscarles á sus hijos ayos ó profesores, no; ellos tienen en eso un deber principalísimo del que nadie les quitará ante el tribunal divino la primera responsabilidad. De labios del padre y de la madre debe aprender el niño los rudimentos de la fe y las primeras prácticas cristianas, hasta que con mayor extension se las amplie en el templo la voz del catequista ó del sacerdote. De aquellos mismos ha de recibir el jóven los consejos indispensables para no tropezar ó extraviarse en los difíciles senderos del mundo en que empieza á fijar sus inexpertos piés, y vanamente se lisonjearán de haber cumplido con este su deber los padres y madres que, bajo pretexto de ser ya mayores de edad sus hijos, se creen ya descargados de la obligacion de velar sobre sus pasos y acciones. El magisterio paterno empieza al nacer el niño y no se concluye hasta su muerte ó la del padre: en la misma postrera edad, al borde mismo del sepulcro, ¡cuán preciosas son las enseñanzas de un padre anciano que las dirige á sus hijos y á los hijos de sus hijos con la doble autoridad que le dan sobre ellos sus canas y su experiencia!

Y no menos tienen que aprender de san José los maestros y maestras, en cuyas manos descargan los padres parte de su obligacion de educar á la juventud. Los maestros que entienden la gravedad de su obligacion ven en aquellas tiernas criaturas encomendadas algunas horas del dia á su solicitud, otros tantos hijos suyos, de los cuales por lo que mira á aquellas horas habrán de dar estrecha cuenta á Dios como sus padres y madres naturales.

¡Oh insigne maestro san José! Grandes quiebras ha recibido tambien en nuestros dias el magisterio cristiano, así en el hogar doméstico como en la escuela privada ó comunal. Rogad á Dios para que á una como en otra reinen siempre la divina gloria y la divina ley.

VII.

San José, gloria del trabajo cristiano.

San José es el blason y la gloria del trabajo cristiano. Por el pecado original fué condenado el hombre á trabajar para comer, vestir y satisfacer sus demás necesidades. La naturaleza daba antes de balde como espléndido tributo al rey de la creacion cuanto éste habia menester: hoy no se lo da sino á costa de congojas, sudores y sacrificios. Mas Cristo Dios, que rehabilitó al hombre caido, rehabilitó tambien al trabajo del hombre, haciendo le fuese su gloria y su bienestar y su alegría eso mismo que se le impusiera como dura expiacion y castigo. Y al tomar carne humana el Verbo de Dios tomóla ¡oh maravilla! de la Esposa de un pobrecito trabajador. Y al nacer á la vida y al crecer y desarrollarse en ella, quiso que el glorioso escenario de todas esas grandezas suyas fuese el taller humilde de un trabajador. Y al presentarse al mundo para predicar su ley, consintió que no le reconociese ni llamase el pueblo de entonces más que como oscuro hijo de un oscurísimo trabajador. Y con el trabajo de sus manos comió su pan, y en el trabajo de artesano empleó treinta años de los treinta y tres de su visible existencia sobre la tierra, glorificando con esto la condicion del pueblo trabajador, las fatigas del trabajo, los enseres y herramientas del mecánico oficio... todo eso que el mundo orgulloso no sabia antes sino despreciar y aborrecer.

Reconoce, pueblo obrero, dónde está tu verdadera dignidad y la gloria de tus humildes profesiones. Desde entonces el sudor que corona tu frente cansada es tan glorioso como la diadema de los reyes; la herramienta que empuñan tus manos resplandece con más lustre que la espada de los conquistadores; el honrado cantar con que acompañas y endulzas tu fatigosa tarea sube al cielo tan grato á Dios como la salmodia del monje que dia y noche le rinde místicas alabanzas. Le es música armoniosa el rumor de tus máquinas;

le es aromoso incienso el humo de tus chimeneas; son himnos y plegarias á su gloria dirigidos los ecos de la granja y del taller. Razas enteras de Santos han ganado en esos humildes pero gloriosos combates sus palmas y sus coronas; el Juez divino desde entonces ha hecho sentar en magníficos tronos de luz á cientos y á miles los bienhadados hijos del jornal. Y al lado de María Virgen comparte uno de los más encumbrados José, el pobre carpintero de Nazareth, el príncipe de esa aristocracia popular, el tipo del oscuro trabajador enaltecido y glorificado. Mírate ahí, pueblo honrado y laborioso, que ahí están los blasones de tu nobleza. Contémplalos ahí... y aprende. Aprende, sí, á trabajar puestas las callosas manos en la máquina ó en la herramienta, pero elevado el corazon á Dios. A trabajar para ganar el pan del cuerpo, mas para ganar además la eterna bienandanza del alma. A trabajar como corresponde al que es, aunque pobre hoy, heredero mañana de gloriosos destinos. Así trabajaron Jesús, María y José. Este es el trabajo que no degrada, sino que ennoblece; trabajo que no se envilece con el polvo que levanta de la tierra, sino que se eleva y glorifica con anticipados reflejos de la gloria con que ha de ser coronado en el cielo.

¡Oh Jesús! ¡Oh María! ¡Oh José! Sagrada Familia de trabajadores; modelo, refugio y aliento del pobre pueblo trabajador! ¡Proteged á los hijos del trabajo! ¡Libradlos de la seduccion de falsos amigos y mentidos redentores! ¡En la tierra y en el cielo llenadlos de vuestros dones de bendicion y de paz!

VIII.

San José, gloria de la pobreza cristiana.

«Bienaventurados los pobres,» ha dicho el Señor; y queriendo con el ejemplo lo mismo que con la palabra realzar el amor de la santa pobreza cristiana, pobre quiso ser El, y nacer de madre pobre, y tener por padre á un pobre. En efecto, fué pobre san José, y aunque descendiente de reyes, no eran riquezas materiales las que añadian pompa y grandeza exterior á lo ilustre de su raza. La tradicion nos pinta siempre al santo Carpintero, ya que no como un mendigo, sí al menos como un menestral que necesita de su jornal diario para comer. Además de que ¿quién no recuerda las indigencias de Belen cuando á su casta Esposa no pudo dar en su alumbramiento más recogido asilo que un establo de bestias? Y en el destierro á Egipto ¿qué comodidades pudieron tener aquellos pobres desterrados lejos del país natal, en tierra desconocida, entre gentes idólatras y enemigas de su pueblo y de su Dios?

Así quiso Dios honrar la pobreza cristiana, es decir, la pobreza mansa, resignada, sumisa en todo á su voluntad; no la que sufre con ira su humilde condicion, no la rebelde á Dios y á los hombres, no la que odia con fieros rencores al rico sólo porque le ve con algunas monedas más en su arcon. A esa pobreza no la bendice Dios, ni la ennoblece la Religion, porque no es la pobreza que rodeó á la sagrada Familia y de que fué nobilísimo ejemplar el glorioso san José.

Ricos, respetad al pobre, porque pobre fué y con pobres quiso vivir en este mundo vuestro Dios y Señor. Respetad al pobre que es vuestro hermano, y que Dios ha confiado bajo severas amenazas á la providencia de vuestra caridad. No veais en él lo bajo de su estado, lo roto de sus vestidos, lo miserable de su aspecto: ved lo que ha puesto Dios en él, su imágen, para que le mireis con cierta veneracion; vuestro igual, para que le trateis como á vuestra propia carne.

Pobres, alzad los ojos, y fijadlos en la humilde casita de san José, ved nacer pobre á Cristo, vedle vivir pobre entre pobrezas y privaciones, ved morir pobre en pobrísimo lecho á las prendas á quienes más Él amó. Amad vuestra pobreza, que es don de Dios y signo de predileccion más quizá que las abundantes riquezas, y prenda de eterna ventura y camino más llano y fácil para llegar allá.

¡Oh buen san José! ¡Pobre y modelo de pobres! ¡Rogad por los ricos y pobres de hoy, á quienes hoy dia atiza el infierno con sacrílegos rencores para su comun ruina!

IX.

San José, ejemplar de altísima oracion.

La vida del cristiano debe ser ante todo vida de oracion. No se concibe un corazon entregado á Dios, sin la constante comunicacion con Él por medio de esta invisible lazada. Nadie se desprende de lo bajo y vil que le rodea, sino por medio de esa atraccion superior á lo celestial y divino á que aspira. De ahí la necesidad indispensable de orar. Oracion que será más ó menos espiritual, más ó menos perfecta, conforme se halle más ó menos depurada el alma de sucios afectos ó de terrenos lodos que impidan su libre vuelo, mas que de todos modos es preciso que en mayor ó menor grado anime y vivifique, dirija y traiga concertada toda la vida del buen cristiano. No á todos se ha dado levantarse á los altos montes en alas de la superior contemplacion y en perfecto abrazo con el Señor; nadie empero se halla impedido de enviarle desde lo hondo del valle su humilde gemido, siquiera con el rezo sencillo de una plegaria vocal, como tierno balbuciente lenguaje del infantillo que apenas ha roto aún á hablar.

San José debe ser para todos los cristianos el modelo de esta vida de oracion. El santo Patriarca, que gozó de la presencia material del Hijo de Dios la mayor parte de su vida, estúvole asimismo unido por medio de la más ardiente contemplacion interior. Y si orar es conversar con Dios, ¿cómo no llamarémos oracion continua al trato continuo de José con aquel Niño divino? Oigámosle en sus conversaciones, en la intimidad de sus secretos coloquios, en el abandono familiar de sus tiernísimos á la par que reverentes abrazos. A excepcion del Corazon de María ¿qué otro corazon hubo jamás que más á la una latiera con el Corazon del divino Jesús?

¡Santo patriarca José! Hé aquí el secreto preciosísimo, hé aquí el tesoro escondido que el mundo ignora, el de la santa oracion. Todo es en él exterior, todo liviano, todo derramado y vano y baladí. Aun muchas personas dadas al parecer á cosas de Religion descuidan esa vida interior y sobrenatural que es de ella único ser y alma.

¡Infundid con vuestro ejemplo, ¡oh gran Santo! en nuestros corazones disipados el espíritu interno de la santa oracion!

X.

San José, ejemplar de retiro y silencio.

El alma deseosa de conversar con Dios por medio de la vida de oracion, busca la soledad para ese trato íntimo con el celestial Amigo, huye el ruido de las conversaciones humanas, que no satisfacen antes son enojosas á su corazon. Por esto el recogimiento es condicion indispensable para la vida de oracion. En dos virtudes se descompone esta virtud, y son: retiro y silencio. Retiro, es decir, apartamiento de inútiles y profanas concurrencias, aunque en sí no sean malas y pecaminosas: silencio, esto es, poca comunicacion por medio de los sentidos con el mundo exterior, para más atentamente escuchar la voz de Dios, que no se deja oir sino en la quietud.

San José es modelo y ejemplar de vidas silenciosas y recogidas. Hasta en el mismo Evangelio parece haberse querido significar, con lo poco que se muestra en él la vida y hechos de José. No se le nombra allí más que unas poquísimas veces, cuando absolutamente no se puede excusar para referir pasos de Cristo en que intervino su persona. En lo demás parece haberle querido dejar el Espíritu Santo en una cierta oscuridad ó penumbra, como la de que gustó rodearse el humildísimo Patriarca en los actos todos de su vida mortal. Quieta era su casa, recogido su porte, mesurada su conversacion, parcas sus palabras, dictadas sólo por la prudencia y por la caridad. Aquel hogar, tabernáculo de que era Hostia viva el Hijo de Dios, estaba rodeado á todas horas de la augusta majestad del silencio, como un claustro, como un templo.

¿Qué voces suenan de continuo en nuestro corazon? ¿Qué rumores de fuera vienen por nuestros sentidos á perturbar su calma y á arrojar tal vez de allí, como huésped importuno, á nuestro Dios y Señor? ¿Es nuestra alma tabernáculo cerrado ó plaza pública á todos vientos abierta? ¿Y nos quejamos despues de distraccion y de disipada vida, cuando nada hacemos para apartar de ella los molestos ruidos del mundo que nos vienen á robar la paz interior y tal vez hasta la divina gracia?

¡Glorioso san José! Hacednos, como Vos, amantes del silencio y de la soledad y del dulce retiro, para más y más unirnos con nuestro Dios y Señor.

XI.

San José, ejemplar de ardiente celo.

No es egoista el corazon amante, ni busca el retiro y sosiego para únicamente gozarse él en sus sabrosisimos frutos. Su amor á Dios le obliga á desear que de todos sea Dios muy amado, y á amar juntamente á todos los hombres como ama á Su Divina Majestad. De ahí el celo ardiente, que es virtud característica de todos los grandes amadores, y sin la cual no se comprende ni es posible la fineza de un verdadero amor. Amar y permanecer indiferente y neutral, cuando arde todo el mundo en fierisima guerra contra lo que amamos; amar y no sacar á todas horas voces y clamores y llamas para encender á los demás en el fuego de este mismo amor; amar y no sentir en el pecho los anhelos del apóstol y la abnegacion del mártir, no seria todo esto verdadero amor, sino mentiroso y falsificado. Amar es arder, y no se arde entre los hielos y las tibiezas.

Porque amaba ardientemente san José al eterno Padre y á su unigénito Hijo, celaba por su honra y gloria, y á serle permitido, dadas las condiciones de su especial mision, hubiérase lanzado impetuoso á las espadas y á las hogueras para propagarle y defenderle. Mas en lo que tuvo san José como peculiar obligacion suya, ¡cuál fué su diligencia! ¡cuál su actividad para atender á las menores necesidades del Niño y de su Madre! ¡cuál su desvelo para librarlos á costa de mil fatigas de la persecucion!

¡Ah! ¡Si de este modo sirviésemos á Dios y á su Iglesia y al bien de nuestros hermanos! ¡Nada nos pareceria el cansancio, nada la fatiga, nada la persecucion, nada la deshonra, nada la muerte! Donde viésemos un alma que salvar, ó una obra buena que procurar, ó un átomo de gloria divina que promover, allá nos lanzariamos impávidos, decididos, impetuosos, como proyectil que lanza de la guerrera máquina el soplo inflamado de la pólvora. Ningun obstáculo detendria nuestro empuje, ninguna consideracion entorpeceria lo rápido de nuestro herir.

¡Oh glorioso san José! Pedid á Dios envie al mundo corazones ardientes en su santo amor, y tendrá el mundo los valerosos apóstoles y mártires que le faltan. ¡Santo Patriarca! alcanzadnos á imitacion del vuestro un celo vivo, ardiente, por la gloria de Dios nuestro Rey y Señor!

XII.

San José, ejemplar de paciencia.

Lucha y contradiccion es la vida para todo hombre, pero lo es de un modo particular para el fiel servidor de Dios. El buen cristiano, además de las aflicciones naturales y comunes á todos los hijos de Adan, sufre sobre sí al recio embate de los enemigos de su fe; de los que le maltratan y motejan por el color de la divisa de Cristo que lleva consigo; de los que no saben ni pueden perdonarle el ser, con su vida cristiana, muda reprension de la suya carnal y diabólica. Además no son pequeña causa de pena y malestar las tristezas que le causa al corazon sanamente católico ver en todo el mundo perseguida la causa de Dios, blasfemado insolentemente su nombre, aherrojada por tiránicas potestades su Iglesia, víctima de toda clase de calculadas corrupciones la incauta masa popular. ¡Cuántos de esos ocultos dolores no desgarran el alma del buen cristiano en los críticos tiempos que atraviesa el mundo de hoy? Hé aqui por que es otra de las indispensables virtudes la perfecta paciencia.

De ella fué insigne ejemplar nuestro pacientísimo José. Fuerte ante la persecucion como envejecido roble ó solidísima peña de granito; pero blando como cordero y resignado á la divina voluntad para no perder la calma en ella en medio de los más desatados furores. Enemigos tuvo de sí y de lo que más amaba, enemigos que no retrocedieron ante la amenaza de muerte, enemigos de los que sólo pudo librarle una penosa emigracion. No se sabe, empero, que contra tales enemigos soltase su labio una imprecacion; ni contra el querer divino, que tal poder les permitia, una sola queja.

Sednos abogado, oh glorioso José, para alcanzar para nuestras almas esta virtud de la paciencia, hoy más que nunca de suma necesidad. Atormentan y afligen, el mundo con el continuo espectáculo de su escándalo y desmoralizacion; la insolencia de la impiedad con el predominio que ha logrado alcanzar para vejar á la Iglesia santa; el aparente desamparo de ella y de su Pontífice y de todos los buenos; el extravío de tantos hijos seducidos por la moderna herejía. Desconsuela ver en todas partes feroces Herodes aborreciendo por falsa política al divino Rey, y con brutal atropello arrojándolo de las sociedades como usurpador é intruso, ellos los viles intrusos y usurpadores.

¡Glorioso san José! ¡Alcanzadnos paciencia en tan recia contradiccion! ¡Alcanzadla á todos los que como vos sufren y luchan y mueren por Cristo nuestro Rey y Señor!

XIII.

San José, ejemplar de firme confianza en Dios.

Base de la paciencia cristiana es la filial y firmísima confianza en Dios. Dios es Dios, y su palabra es palabra de Dios, y su promesa es promesa de Dios, la fuerza con que acorre á sus siervos afligidos es la fuerza de todo un Dios. Sobre estos fundamentos inconmovibles ha de asentar el fiel cristiano el edificio de su más firme confianza. Si el saber que la tribulacion es dispuesta ó simplemente permitida por Dios nuestro Señor, es motivo suficiente para que la suframos pacientes y resignados; el saber que esa tribulacion ó lucha lleva consigo la promesa infalible de una asistencia divina ahora, y de un divino galardon despues, ha de sernos motivo suficientísimo para sobrellevarla seguros y confiados. Y ambas promesas son infalible verdad, así la que asegura para hoy el auxilio, como la que asegura para mañana el premio. ¿Qué dudas, pues, cristiano de escasa fe? ¿Es rey de burlas tu Dios, para dejar que luchen solos y desamparados sus soldados en la batalla, ó es tan escaso de mercedes que no tenga con qué eternamente prodigarlas á sus bravos defensores?

Miremos á nuestro José, y aprendamos en él esta virtud de la más serena é impávida confianza. Todo parecia faltarle en este mundo; pero nunca dudó, porque sabia que nunca habia de faltarle Dios. En la escasez, en la persecucion, en el destierro, levantaba al cielo tranquilos y siempre esperanzados corazon y ojos, sabiendo que allí estaba su fortaleza, y allí se le guardaba inmortal recompensa. No confió en tesoros que engañan á su dueño; no en poderosos que mienten falaz proteccion; no en recursos de humana sabiduría que tantas veces tornan en humo las mejor cimentadas esperanzas: en Dios puso su corazon, y Dios acredita siempre que los que en Él esperan no serán confundidos.

¡Benditísimo Patriarca! Vacilantes y desalentados nos tiene muy á menudo la flaqueza de nuestra fe. Robusteced en nosotros esta fibra divina, para que, vigorosos con ella, vivamos firmes y tranquilos en la seguridad de la divina proteccion.

XIV.

San José, ejemplar de paz interior.

Don soberano de Dios, fruto de resignacion y de la firme confianza en Él es la paz interior. Don excelente y preciosísimo, superior á todo humano consuelo, en frase del Apóstol; anticipada fruicion de la bienandanza del paraíso; galardon con que ya en este valle de lágrimas se goza á veces el Señor en premiar los servicios de las almas que le son fieles.

De esta paz celestial era vivo ejemplar el Corazon bondadosísimo del patriarca san José. Veíasele ella pintada en el rostro, retratada en su mirar, reflejada en la calma y sosiego de sus suaves palabras. Más aún. Como sucede á todos los verdaderos poseedores de esta paz, comunicábala, como con poderoso hechizo, á cuantos con él familiarmente trataban. No se la perturbaron las más difíciles situaciones de la vida; nó el arcano y oscuridad que rodeó en los primeros momentos el estado de su virginal Esposa; nó los apuros del precipitado viaje á Belen por órden del emperador gentil; nó la miseria y ruindad del establo; nó los terrores de la persecucion; nó las penalidades del destierro.

¡Almas que servis á Dios! La paz interior será vuestro consuelo en las rudas fatigas del apostolado cristiano si á él os dedicais con el ahinco y perseverancia que exigen los intereses de Su Divina Majestad. Dios se complace en derramar, como oreo de brisa suavísima, la paz del cielo sobre las almas que trae acongojadas el contínuo batallar de la vida: sombra les da Él en los ardores del estío; apacible puerto en las deshechas borrascas de este encrespado mar. Con mano blanda como de madre enjuga Él los sudores que se derraman en su servicio, y trueca en dulce, deliciosísimo arrullo de sosegado descanso la perturbacion y fatigosa alarma de los combates que se sostienen por su honor.

Dad, Señor, á nuestros agitados corazones esa preciosa paz que el mundo no puede dar, y que es la señal más visible de vuestros escogidos. Pedídsela por nosotros al divino Niño, glorioso san José, que tan apacible la gozásteis en vida y tan serena la mostrásteis en los crepúsculos de vuestra última hora.

¡Glorioso san José! Rogad al Señor conceda á todos sus fieles servidores este celestial tesoro de la paz interior.

XV.

San José, ejemplar de suavidad y mansedumbre.

La paz interior se refleja en el rostro, maneras, acciones y palabras del fiel servidor de Dios, por medio de la exterior suavidad y mansedumbre, que es el sello característico de todos los Santos, y lo fué muy especialmente de nuestro benditísimo José. Hay algo en la fisonomía misma y en el conjunto externo de todo el hombre espiritual que revela el órden y sosiego profundo de su interior mecanismo. Como un reloj señala y da muy acompasadamente las horas, cuando anda concertada y sin alteracion alguna su complicada maquinaria, así los movimientos todos del fiel cristiano ofrecen la imágen de la regularidad más perfecta, cuando es regular y armonioso el estado de su corazon, conforme á la ley de Dios y á las disposiciones de su sábia providencia. Y este órden y armonía se ve más palpablemente en las relaciones del hombre con sus hermanos: la benevolencia con ellos, la afabilidad dulce y sencilla; el celo, sin dejar de ser ardiente y austero á veces, templado siempre por los celestiales encantos de la caridad; en todo la imágen arrobadora de Aquel que dijo de sí propio: «Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazon.» El manso posee con su mansedumbre una elocuencia particular que le asegura ascendiente, y victoria tal vez, sobre los más endurecidos corazones. Si alguna vez es lícito al celo apostólico vibrar los rayos del Sinaí sobre la frente culpable, y muy particularmente sobre los seductores de las ovejuelas de Cristo, frecuentemente son atraidas éstas más bien al amoroso redil con las dulzuras inefables de la mansedumbre y de la suavidad. No la flojedad y cobardía que condescienden con el mal so pretexto de atraerse y cautivar al malvado; sino la blandura del cordero unida con las santas energías del leon, ya que leon y cordero quiso llamarse igualmente en las Escrituras santas nuestro divino Redentor.

¡Oh mansísimo José! Alcanzadnos de Dios la celestial mansedumbre con que os conoció el mundo, y con que os contempla aún hoy en vuestras bondadosas imágenes. No conocen los mundanos esta virtud, que no es la de los espíritus pusilámines, sino antes bien la de los resueltos y valerosos, que al vencer á los enemigos de Dios han empezado por alcanzar la difícil victoria sobre sí mismos.

Alcanzadnos ¡oh gran Santo! á todos vuestros hijos el conocimiento y práctica de esta admirable virtud.

XVI.

San José, ejemplar de generoso desinterés.

El colmo de toda perfeccion es buscar en todo á Dios, y en nada buscarse, antes en todo huirse, á sí propio. No pretender en los servicios hechos al Señor gloria ni lauro mundano, eso es lo rudimentario y tosco de la vida espiritual: no desear en ello ni áun la satisfaccion de los mismos interiores consuelos, ésta es la elevada meta á que sólo llegan los más perfectos. Y á esa debe aspirar el fiel cristiano, y á esa debe anhelar y por lo menos procurar aproximarse cada dia. Esta es la sublimísima y heróica virtud del desinterés. El que bien quiere, nada querria para sí; quisiéralo todo para su amado. El mismo paraíso, con ser el goce de Dios, no le parece tan gran estímulo para amarle, como este mismo deber de darle su amor y procurarle su mayor gloria. Renunciaria al mismo cielo si con esta renuncia pudiese aumentarle al Bien sumo mayor difusion y más abundante cosecha de amigos y servidores. Entendíalo así san Pablo cuando decia haber deseado hasta «hacerse anatema por sus hermanos,» es decir, sacrificar al ardor de sus ansias por la salvacion de ellos, la misma porcion de paraíso que tenia por sus trabajos tan merecida.

¡Oh, cómo fué heróico el desinterés con que en todo procedió nuestro gloriosísimo san José! Nada quiso para sí, nada para su gloria, todo para Cristo y su Madre, de quien se consideró honrado con mostrarse publico y leal servidor. Hasta del culto y estimacion general del pueblo cristiano pareció privarse con gusto el santo Patriarca, para que lo tuviesen más puro y completo María y su Hijo divino: así no vemos extenderse su veneracion popular hasta los siglos más recientes, permaneciendo en los anteriores su nombre en una cierta oscuridad providencialmente dispuesta, para que resaltase más con ese olvido aparente y calculado del Padre legal la maternidad sobrenatural de María y la generacion toda divina de su Hijo Jesús. Hasta este punto fueron desinteresados los servicios del generoso José.

¡Oh José! ¡Oh gran Santo! Enseñadnos la práctica de esta virtud que tiene, áun entre los servidores de Cristo, tan pocos amigos. Quiérenle muchos, más por las dulzuras que alguna vez prodiga en el Tabor, que por los dolores que son siempre su patrimonio en el Calvario. ¡Así son lánguidas y flojas y desmayadas las virtudes de hoy! Alcanzadnos del cielo el amor puro y desinteresado, que busca principalmente á Dios por Dios mismo, y para el aumento de su gloria, y para el provecho de nuestros prójimos.

¡A mayor gloria de Dios! Sea esta la divisa principal de todos los soldados de Su Divina Majestad!

XVII.

San José, consuelo de necesitados.

Trabajos mil rodean al hombre durante su peregrinacion sobre la tierra, y para todos ha querido Dios tuviésemos eficaz consuelo en considerar las virtudes y en implorar la proteccion de sus Santos, pero muy especialmente de san José.

Duros son los padecimientos del pobre necesitado, á quien aquejan mil escaceses y privaciones. Doloroso es carecer tal vez áun de lo más preciso, y contemplar en torno de sí, atormentadas por la miseria, prendas queridas á quienes se quisiera siempre ver rodeadas de apacible bienestar y de medianas comodidades. Cuando falta el trabajo con que ganar el pan; cuando se presenta la enfermedad en el hogar del labriego y del obrero; cuando por azarosas circunstancias vense disminuir los recursos, sin divisarse medio humano para conjurar los horrores de la penuria ¡oh! entonces es lamentabilísima la condicion del pobre; grande y heróica virtud necesita este hermano nuestro para no sucumbir á la tentacion del odio ó de la desesperacion. Compadeced entonces á aquel padre de familias, á aquella madre desvalida, á aquella doncella abandonada. Compadecedlos, porque el demonio puede aprovechar la noche de su tristeza para tender toda clase de lazos á su salvacion. Socorredlos con limosnas, consoladlos con cariño, abridles horizontes por donde puedan vislumbrar un rayo de esperanza, pero sobre todo encomendadlos y haced que se encomienden á san José.

San José, más que nadie, es consuelo y proteccion de pobrecitos indigentes. Lo fué él, y debe de sentir por esa clase á que perteneció, especial simpatía. Comió el pan amasado con duro trabajo, recibido tal vez de limosna en el destierro, mojado quizá con lágrimas que surcaban su rostro venerable. Se le vió pidiendo de puerta en puerta un asilo en Belen, y le fué negado; se le vió dirigirse á un establo de bestias, y tan sólo allí encontró hospitalidad. Como los mendigos que acampan bajo el arco del puente ó al borde del camino, estuvo aquella santa Familia bajo ruinosa cueva, casi al sereno, la noche aquella del frio Diciembre, que fué la más grande que vieron y han de ver los siglos jamás.

¡Pobres, amad á san José! ¡Pobres, sed devotos de san José! ¡Pobres, consolaos pensando en san José! ¡Pobres, invocadle en vuestras necesidades y veréis cómo por un lado ú otro os auxilia la mano bondadosa de san José!

XVIII.

San José, consuelo de perseguidos.

Recia cosa es la persecucion, y mucho sufre el que se encuentra vejado por el poder de enconados adversarios. Nuestro siglo, que las turbulencias revolucionarias traen tan revuelto y agitado, es por esto mismo el siglo de las grandes víctimas y de los grandes perseguidores. La primera de todas es la santa Iglesia de Dios: síguenla en esa cruel prueba el Papa y las Ordenes religiosas; tras ellos experimentan casi todos los buenos las amarguras de la más fiera persecucion. Añádanse á estas persecuciones que podríamos llamar generales, las particulares con que en todos tiempos han mortificado al hombre de bien los mundanos y malvados, y se verá claramente cuán cierta es aquella sentencia del Apóstol que dice: «Todos los que quieran piamente vivir segun Cristo Jesús, padecerán persecucion.»

¿A quién mejor pueden invocar como á su consolador y abogado los perseguidos, que al glorioso José? Imágen suya fué aquel antiguo José, hijo de Jacob, perseguido por la envidia de sus hermanos, pues no tuvo menos rencorosos perseguidores nuestro bondadosísimo Patriarca de la nueva Ley. Además de la crueldad de Herodes y de sus ministros que persiguieron de muerte á la sagrada Familia, ¿cuántas lenguas viperinas no se ensañarian contra ella viéndola tan ajena del modo comun de vivir y tan edificante por sus virtudes? ¿á quién han perdonado jamás los maldicientes, si le han visto distinguirse por su piedad ó pacíficas y arregladas costumbres? ¿cuántos de esos ignorados dolores no destrozarian el alma sensible de José, viendo cebarse el rencor de ruines y bastardos corazones en las prendas que amaba él con tan delicado amor?

Alcen sus ojos los perseguidos del mundo á ese ilustre perseguido, y consuélense en él y en él aliéntense y cobren vigor y esperanza. Justo es Dios, que no dejará de juzgar su causa y de librarlos del inicuo y del opresor. Ni desmayen viendo al parecer triunfante por todas partes al aborrecido tirano, que parece preguntarles á todas horas con arrogancia: «¿Dónde está vuestro Dios?» Nuestro Dios es el que ha dicho: «Bienaventurados los que padecen persecucion por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando os maldijeren y maltrataren y aborrecieren por causa de Mí. Alegraos y regocijaos, porque grande es vuestra recompensa.»

¡Benditísimo san José! Por la Iglesia perseguida, por el Papa perseguido, por los religiosos perseguidos, por todos los buenos católicos perseguidos, sed consuelo, sed escudo, sed fortaleza y proteccion.

XIX.

San José, consuelo de tentados.

Debe reputarse como uno de los más crueles géneros de persecucion, la del espíritu maligno y la de los propios desordenados apetitos, lo cual se llama en el idioma cristiano tentacion. Tambien á los tentados llama dichosos el oráculo divino, como á los pobres y á los perseguidos, pues dice: «Bienaventurado el hombre que padece tentacion, porque habiendo sido probado, recibirá la corona de la vida que prometió el Señor á los que le temen.»

San José pasó, como todos los buenos servidores de Dios, por la dura prueba de la tentacion, lo cual no debe maravillarnos cuando el mismo Hijo de Dios permitió ser tentado tres veces en el desierto por el diablo. Tentado fué el gran Patriarca cuando, ignorando el misterio que acababa de realizar el Espíritu Santo en su virginal Esposa, sentia impulsos de abandonarla. El Angel del Señor aparecióse entonces en sueños al justísimo Patriarca, y revelóle el arcano celestial, y desvaneció con una sola palabra las dudas del afligido cuanto fidelísimo Esposo. Convirtió su pesar en regocijo, conformándole en el cargo de ayo y padre legal del

Hijo divino que traia en el seno su casta Esposa, y revelóle á él, en calidad de padre, qué nombre le habia de imponer.

Así acude Dios nuestro Señor á sus fieles amigos sometidos por secreto designio suyo á la dura prueba de la tentacion. Fiel es Dios, y no permitirá sea tentado ninguno de ellos más de lo que puedan sobrellevar sus fuerzas; antes de la misma tentacion les hará sacar provecho para mejor resistir y vencer.

¡Almas afligidas por interiores combates! ¡Corazones apesadumbrados por dudas é inquietudes! ¡No desmayeis en estas luchas, aunque son ciertamiente las más congojosas y amargas á que puede verse sometido el valor de una alma cristiana! ¡Contempla vuestros rudos combates el mismo Dios que los ha de recompensar, y es Él quien invisiblemente os presta favor y gracia para que no seais vencidos! Hay tal vez más provecho y más mérito en una hora de tentacion, que en años y años de sabrosos consuelos. Peleando gana sus grados en la jerarquía militar el soldado, no en el ocio descansado del cuartel. Así quiere tal vez adelantaros Dios en su santa milicia, y dar á vuestro espíritu temple y perfeccion que no os dieran las dulzuras de la paz.

¡Gran patriarca san José! ¡Valed desde el cielo á las almas tentadas, para que, firmes en la fe de estas verdades, sostengan á pié firme y sin vacilar el duro fuego de la tentacion.

XX.

San José, consuelo de despreciados.

Son la deshonra y el desprecio espinas que muy profundamente lastiman el corazon, y peores á veces que el mismo dolor físico, y quizá que la muerte misma. Nada nos aflige tanto como ver perdido ó siquiera menoscabado el aprecio ó estimacion de que gozábamos ante nuestros hermanos, y ser mirados por ellos con desden ó indiferencia. Y sin embargo, ¡cuán á menudo son esos los premios que da el mundo á los más finos servidores de Dios! El mismo Cristo,

¿acaso no fué pagado tambien con esta moneda de oprobio, y no se vió saciado de ellos por parte de su propio pueblo y de sus mismos ingratos favorecidos? ¿Qué fué sino un desprecio y vilipendio el mayor que cabe imaginar, el acto aquel por el cual el vil pueblo de Jerusalen le pospuso á un infame ladron público, Barrabás?

Tambien apuró José más de una vez el amargo cáliz del desprecio y de la deshonra, y por esto pueden mirarle con gran esperanza de consuelo todos los vilipendiados y despreciados. En aquella fria tarde de la víspera de Navidad, cuando de puerta en puerta iba pidiendo el santo Forastero á los de Belen, muchos de ellos parientes suyos, un rincon donde alojarse, ¿cuáles debieron ser sus amarguras viendo cerrársele todas aquellas puertas, áun las del público meson, donde á cualquier desconocido se da acogida! ¡cómo cubririan aquel noble rostro de rubor y de pena las soeces negativas de aquellos mal aconsejados vecinos, que no reconocian en su polvoriento aspecto de caminante y en su modesto traje de menestral á uno de los descendientes de la antigua Real casa de David, originaria de aquel pueblo! ¡Pobre José! Más hondo debió clavarse en su alma este aguijon del desprecio que la misma material escasez é indigencia que se lo acarreaban.

¡Bendito Patriarca! Vos sabeis lo que son amargos y dolorosos los desdenes que recaen sobre un noble y generoso corazon. Alcanzad fuerza á los amigos de Dios para que sepan recibirlos, como se debe, de la arrogancia mundanal tantas veces con ellos altanera y desdeñosa por causa de Cristo. Y á cambio del mundano honor que sus enemigos les niegan concédales el cielo ver convertidos un dia en palmas y coronas sus actuales vilipendios.

XXI.

San José, consuelo de enfermos.

«El cuerpo corruptible apesadumbra al alma;» de esta manera expresaba el Apóstol una de las aflicciones más comunes en esta vida y á la que es poco menos que imposible se sustraiga alguno de nosotros: la enfermedad. Sí, la condicion deleznable de nuestro frágil barro nos trae continuamente molestados por infinidad de achaques, y el espíritu aprisionado en esta su incómoda cárcel no puede menos de sentir sus inmundicias y corrupcion. Enfermarás un dia ú otro, tú que esto lees, y gemirás en el lecho de tu dolor, y conocerás la mano del Señor que te visita por medio del achaque y de la corporal dolencia. Necesidad tendrás entonces de consuelo espiritual, cuando tan insuficiente es el humano, ¿y á quién podrás entonces dirigirte con más segura confianza de hallarlo que al benditísimo san José? Su dulce imágen colocada en el fondo de tu triste alcoba la iluminará toda con los reflejos de su celestial paz: la bondadosa figura de aquel manso Anciano derramará sobre tus horas de tedio y melancolía tesoros de suavidad y resignacion. Nótase que todos los enfermos, áun algunos muy poco piadosos, experimentan por el santo Patriarca especial devocion, y que ninguno hay que no se sienta con ella maravillosamente consolado.

¡Glorioso Santo mio! Vos me veréis un dia en tan lamentable estado: yo os invoco para entonces, y Vos entonces no me abandonaréis. A la cabecera de mi lecho, en las enojosas noches de insomnio, en los crudos dias de afliccion y desconsuelo, cuando todo se enturbie y ennegrezca ante mi imaginacion abatida por el dolor, brillaréis Vos como lucero celestial de consoladora esperanza, enviado del cielo para iluminar la negrura de mi alma con sonrisas de bienandanza y paz. Vos me inspiraréis desapego del mundo, ansia del cielo, amor á la cruz, abandono en los brazos de Dios. Más que el consuelo de los amigos y la eficacia de los humanos remedios endulzarán mis amarguras los de vuestra poderosísima proteccion.

¡Glorioso san José! Consuelo y abogado de pobrecitos enfermos, no les olvideis, y no me olvideis en aquella hora de tribulacion.

XXII.

San José, consuelo de moribundos.

Es forzoso que la enfermedad agote un dia del todo nuestras fuerzas y que se oiga al pié de nuestro doloroso lecho aquella triste sentencia: «El enfermo se va.» La dolencia, en efecto, se habrá convertido en agonía, y el pobre enfermo no será ya más que un desahuciado moribundo. Serán aquellos mis supremos instantes; los de los más tremendos combates; los de las más fieras incertidumbres. Agonía no significa otra cosa que lucha: y es realmente espantoso este último trance por lo que en él habemos de luchar. Lucha el cuerpo acongojado, agotando sus últimas fuerzas contra las del mal que tienden á rendirle: lucha el alma con los últimos asaltos del enemigo infernal que procura perderla. Incierto el infeliz moribundo entre el mundo que va faltándole ya bajo de los piés, y la eternidad que abre para recibirle sus desconocidos abismos, necesita más que nunca quien le inspire valor y confianza y quien le dé como amigo la mano para dar apoyado en ella aquel horrible salto mortal. Allí está la Iglesia con sus Sacramentos é indulgencias, las buenas almas con sus oraciones, el buen san José con su nunca desmentida proteccion en tan espantoso trance.

Abogado especial de moribundos es, en efecto, el glorioso san José: como quien tuvo la dicha de tener junto á sí en el lecho de muerte la asistencia visible y corporal de María y del divino Jesús. ¡Cuán bien descansaria la cabeza abatida del humilde Carpintero de Nazareth en tan blanda almohada como le tenian preparada los sagrados Corazones del Hijo y de la Esposa! ¡Cuán suave seria el postrer suspiro, cuán dulce la última mirada, cuán amorosa la última palabra de aquel varon justo que en tan regalados brazos tenia la dicha inefable de espirar!

¡Ay! Sean así mis últimos momentos: sean así como los vuestros mis postreros instantes, glorioso san José. Venid Vos á mi cabecera con vuestra Esposa y el dulce Jesús para endulzarme aquellas horas de congoja y recibir mi alma, como recompensa de mi tierna devocion á Vos.

¡San José, abogado y consolador de vuestros devotos moribundos! Amparad y consolad á este humilde devoto vuestro en la hora de su más terrible necesidad.

XXIII.

San José, consuelo de huérfanos y desamparados.

Las congojas y tristezas del morir traen aún en pos de sí otras congojas y tristezas, y son las del desamparo en que suelen quedar tras de la muerte de un sér querido los que en él tenian cifrada toda su dicha y tal vez su misma modesta subsistencia. Huérfanos sin padre, viudas sin marido, hermanos sin el consuelo de otros hermanos; hé aquí lo que deja la muerte como doloroso cortejo suyo de aflicciones. Y con ello esperanzas tronchadas, recursos de subsistencia perdidos, corazones lacerados en lo presente, riesgos é incertidumbres para lo porvenir. Ante el caliente cadáver de un padre, de una madre, de un esposo, de un hijo en la flor de la edad, ¡cuánto agravan el espantoso cuadro de la muerte estas negras realidades de la vida! ¡Cuán cerrado aparece todo horizonte, cuando se nos ha apagado en lúgubre ocaso el astro con quien contábamos ¡tal vez demasiado! para dirigir nuestros pasos y alumbrar las sendas de nuestra peregrinacion!

Tambien en este desamparo y vacío de los que se quedan, como en el congojoso trance de los que se van, puedes acudir, alma mia, á la proteccion y consuelo de tu abogado san José. ¿Dónde mejor podria fijarse tu confianza y dirigirse tu oracion que en este Santo gloriosísimo? Para auxilio y compañia de débiles y desvalidos y desamparados, como en este mundo lo fueron Jesús y María, le destinó el eterno Padre, y cómo cumplió fidelísimamente con ellos el Santo su oficio de protector, asi sigue fiel en cumplirlo con los devotos suyos que, faltos de humano apoyo, se entregan confiados á su poderosísimo Patrocinio. ¿Qué otra cosa significa la fiesta especial instituida por la Iglesia bajo esta misma advocacion del Patrocinio de san José?

¡Hijos que habeis perdido un padre! aqui teneis otro padre que desde el cielo os depara la providencia amorosa de vuestro Dios. ¡Esposas que llorais en amarga viudez la pérdida de un esposo! ¡Será vuestro esposo para ampararos y consolaros el que lo fué de la propia Madre de Jesús! ¡Anciano que echas á menos en tus últimos años al hijo robusto que era la esperanza de tu vejez y que la muerte desapiadada te arrebató! Apoya en el báculo de san José tus vacilantes pasos; en José hallarás con ventajas lo que necesita tu desolado corazon.

¡Glorioso san José! A los corazones heridos por la ausencia y pérdida de lo que más aman, alcanzadles consuelo y paz del Señor.

XXIV.

San José, consuelo de las almas del purgatorio.

Si á los sobrevivientes queda el consuelo de san José para endulzarles el amargor por la pérdida de sus objetos más amados, al alma que sale de este mundo y á los que en él ruegan por ella quédales tambien otro último consuelo en la eficacia de la intercesion de san José por las pobres prisioneras del purgatorio.

Gran abogado, en efecto, debe de ser el glorioso san José de las almas del purgatorio. Su alma benditísima al salir de este mundo, dejando su cuerpo mortal en brazos de María y de Jesús, no voló inmediatamente al cielo, sino que estuvo detenida con los demás justos de la antigua Ley en el lugar llamado Seno de Abrahan, de donde fué á redimirla y á sacarla gloriosa el divino Salvador el dia de su triunfante resurreccion, tal vez uniéndola con el cuerpo glorificado, si es cierta la opinion de algunos que creen que fué san José uno de los que resucitaron con el divino Salvador. En este concepto, ¡cuán vivo interés no debe de tener el Santo por aquellas benditas cautivas que esperan como él esperó, y suspiran como él suspiró por el deseado momento de la vision clara de su Dios y Señor!

Bien harán, pues, las personas devotas del Santo, y devotas á la par de las almas del purgatorio, en fundir como en una sola pieza estas dos tan saludables devociones y en acordarse del purgatorio siempre que recen ante san José, y en acordarse de encomendarlas á san José siempre que recen por las almas del purgatorio. Este nuevo lenitivo les proporcionará á los corazones afligidos por la muerte de los suyos la devocion al santo Patriarca, y este nuevo estímulo tendrán los amigos del santo Patriarca para dirigírsele siempre con todo fervor.

¡Padres, hermanos, amigos mios! ¡todos los que ha robado á mi cariño la muerte, fieles todos los que gemís allá! mi anhelo de aliviaros y de apresurar el dichoso instante de vuestra libertad me mueve á encomendaros dia y noche al valioso patrocinio de san José.

¡Glorioso san José! Por las benditas almas del purgatorio ofreced vuestros méritos y súplicas ante la misericordia de Dios.

XXV.

Nuestra devocion á san José ha de ser fervorosa.

Con los piadosos ejercicios de este santo Mes habrás quedado persuadida, alma cristiana, de cuán gran Santo es san José, y de cuánto importa tenerle verdadera y eficaz devocion. Habrás resuelto, pues, en tu interior ser en lo sucesivo firme devota del santo Patriarca. Vamos, de consiguiente, á considerar en estos pocos dias últimos, cuáles deben ser los caracteres principales de esta devocion.

Ha de ser, en primer lugar, devocion fervorosa. Fervor es la pronta y decidida disposicion del ánimo para la obra que queremos emprender; no detenerse en ella por humanos motivos; sacrificar á ella cualquier incomodidad ú obstáculo ó respeto humano; practicarla, en una palabra, como se practican todas las obras que se quieren practicar bien. El fervor es el alma de la obra, es su espíritu interior, es su calor y su vida, es su fecundidad y mérito para la gloria. Devocion sin fervor es como obra sin fe, es cuerpo exánime y sin vida, es pura ceremonia externa, es mera ilusion de los sentidos ó de la sensualidad, es fuego fatuo de engañosa fosforescencia.

¡ Almas devotas del glorioso Patriarca! Si tales quereis ser y de tales finamente acreditaros, no lo seais solamente con los labios, sedlo ante todo y sobre todo con el corazon. Queredle de veras al amoroso Anciano, que por el cielo fué dado á Jesús por padre, y que por Jesús ha sido dado por padre á todo el pueblo cristiano y á su santa Iglesia por especial protector. Queredle como á los vuestros quereis, como lo que más amais en la tierra, como lo que más abundantemente llena los senos de vuestro corazon. Queredle como deseais ser de él queridos, con entera voluntad, con tierno afecto, con eficaz resolucion.

¡ Bendito san José! Asi os queremos hoy y así os querremos de hoy en adelante todos vuestros devotos. Alcanzádnoslo de este tierno y amante Niño que en brazos traeis, y pedidle nos enseñe á amaros como El os amó.

XXVI.

Nuestra devocion á san José ha de ser agradecida.

Lo menos que puede hacer un fino amador es mostrarse agradecido. Sin esto no solamente no se concibe un mediano afecto, pero ni siquiera un honrado corazon. Debe ser, pues, alma mia, tu devocion al gloriosísimo Patriarca, además de fervorosa, agradecida. ¿Y qué debes agradecer á san José? Debes agradecerle en primer lugar todo lo que hizo en vida por María y por Jesús. Pues amas, á fuer de buena cristiana, á la divina Madre y al dulce Hijo, agradecerás como hechos á tí y más que hechos á tí propia todos los servicios con que en vida les honró san José. El pan que les ganó, el techo y vestido que les proporcionó, la seguridad de mil peligros en que les puso, los tiernos consuelos con que endulzó sus dolores, el indecible y tiernísimo afecto que les prodigó. Todo eso agradecerás á san José, como servicios hechos á tí misma; además de que, si bien lo consideras, á tí misma fueron hechos. Porque ¿para quiénes se criaba y se alimentaba y crecía aquel divino Jesús sino para tí y para todo el género humano?

Agradecerás además á José la proteccion que dispensa á su Iglesia, por la que no puedes dudar intercede constantemente; el auxilio que presta al Papa; el celo que inspira á los Religiosos y sacerdotes; el espíritu de gracia y de oracion que derrama en todos los miembros de ese cuerpo místico de Nuestro Señor.

Agradecerle has, por fin, los particulares favores y consuelos que manda á sus devotos y que tal vez en tu propia persona has experimentado tú. La fuerza que les da en las tentaciones; la resignacion que les comunica en sus penas; la salud ó alivio ó paciencia que les envia en sus enfermedades.

Haced ¡oh glorioso Patriarca! que sea mi filial devocion á Vos tan fervorosa como agradecida. Si con tan vivas muestras de reconocimiento y gratitud suelo pagar cualquier ligera atencion ó servicio con que me favorezcan los hombres, ¿cómo puedo jamás mostrarme bastantemente reconocido á los beneficios que debo á vuestra bondad? Aceptad, pues, como homenaje de tierna gratitud todos mis actos, todos mis rezos, todos los anhelos de mi corazon, todos los suspiros de mi pecho. Sea todo como tributo de filial correspondencia por lo que debo á vuestra intercesion.

XXVII.

Nuestra devocion á san José ha de ser práctica.

Tampoco es verdadero el amor que no se traduce en obras muy sólidas y macizas, y que se contenta con huecas palabras ó á lo más con estériles deseos. Del fiel amador son los actos de abnegacion, los costosos sacrificios, la acrisolada fidelidad, el empeño de complacer en todo al que tiernamente estima. Tiene además el amor un cierto instinto de imitacion en virtud del cual nada procura tanto y nada le complace tanto como hacerse semejante, y si pudiese ser igualarse é identificarse con lo que ama. Así se ama por todos los que aman bien, y ésta es la ley invencible y necesaria del verdadero amor.

Si la devocion es amor, esa debe ser, alma cristiana, la norma invariable de tu devocion á san José. Ser devoto suyo no es precisamente rezarle muchas oraciones, adornar sus altares, colgarle ante su imágen expresivas ofrendas. Todo esto bueno es y muy recomendable, pero esto solo no constituye aún la verdadera y formal devocion. Consiste esta muy principalmente en la imitacion y, si se permite la palabra, en la identificacion. Estudia, pues, dia y noche en nuestro Santo para sacar en tí propia retrato el más parecido á él. Desmenuza una á una sus virtudes, aplícalas á tu peculiar estado ó profesion, haz de ellas criterio ó regla para las más frecuentes circunstancias de tu vida, córtala toda en lo posible sobre este patron ó modelo, y alégrate y regocíjate cuando hayas logrado en algo parecerte á esta celestial fisonomía. Mira que de nada se satisfacen tanto los padres, como de que salgan los hijos con algunos rasgos en su rostro por los que se les reconozca como sangre de su sangre y porcion de su sér. Así complacerá infinitamente al santo Patriarca hallar en tu alma algunos de los rasgos propios, y merced á esto te reconocerá por hijo suyo y por buen hermano de su ahijado Jesús.

¡Gloriosísimo Patriarca! Con obras os quiero servir de aquí en adelante, y á las vuestras tan dignas de ser imitadas quiero de hoy más ajustar ó aproximar por lo menos todas las mias. Alcanzadme del Señor gracia para llevar á buen término esta mi firme voluntad.

XXVIII.

Nuestra devocion á san José ha de ser celosa.

La devocion á san José en manos de un verdadero amigo del Santo puede ser arma de un verdadero apostolado. Esto queremos significar con el dictado de celosa con que aquí la queremos hoy recomendar.

Dos clases de celo debe tener el verdadero devoto de san José. Primeramente, celo por difundir y extender por todas partes entre sus hermanos esta tierna devocion. En segundo lugar, celo para hacer servir esta devocion á la reforma de las costumbres, conversion de los pecadores, mayor perfeccionamiento de los justos, y en particular á la buena muerte y recepcion de los santos Sacramentos por los moribundos.

A ambos fines ayudará en gran manera en primer lugar el que se tenga en la iglesia de la localidad altar é imágen propios de nuestro Santo, y el que se procure fundar en él alguna piadosa asociacion josefina. Además, el que muy á menudo se celebren cultos públicos ante dicha Imágen, como novenas, el Mes de Marzo, el diez y nueve de cada mes, ú otros análogos. Que se procure tambien introducir en las familias algun Boletin ó periódico josefino, dar á conocer estampas y medallas, popularizando cuanto se pueda su uso como adorno en las habitaciones, como premio en los colegios, como recuerdo de primera Comunion, etc. Por fin, que en casos graves y apurados, sea del alma, sea del cuerpo, se recomiende vivamente á todos la devocion á san José, un voto ó promesa en su obsequio, la práctica de los Siete Domingos, el ingreso en su Cofradía ó Asociacion, procurando sea el alma de todo esto la renovacion práctica de la vida por medio de la santa Confesion, y el uso frecuente de ella y de la sagrada Eucaristía. Por este medio han restaurado celosos sacerdotes la piedad en parroquias en que andaba muy decaida, y juntamente con admirables bendiciones espirituales han hecho llover por manos de José sobre sus feligreses toda clase de beneficios, áun en el órden temporal. Ni es preciso ser sacerdote para dedicarse con fruto á esta bella propaganda. Un seglar cualquiera, un pobre menestral, una sencilla mujer, pueden en esto obrar verdaderos prodigios, si es celosa y activa su devocion.

Así queremos sea la nuestra, ¡oh santo Patriarca! y este es uno de los más firmes propósitos que os ofrecemos desde este bendito Mes.

XXIX.

Nuestra devocion á san José ha de ser continua.

Algunas devociones son propias de una época especial del año en que la Iglesia las ha en cierta manera colocado. La devocion á san José, como la de María santísima y la del santisimo Sacramento, y algunas otras, debe ser devocion de todos los tiempos. El mes Marzo es el mes especial de san José, pero reparad que no es este solo el mes en que se le recuerda y celebra por la Iglesia católica. Otra fiesta especial suya es la de su poderoso Patrocinio. Fiesta suya es tambien la de los santos Desposorios de Maria santisima. Fiestas muy suyas son tambien todas las que se refieren al Nacimiento ó infancia del Hijo de Dios, como que en todas ellas tiene un papel muy importante la figura dulcísima de nuestro José. De suerte que del bondadoso Patriarca es fiesta casi todo el año, y todo el año debe ser duradera nuestra memoria de él. La piedad popular, además del dia 19 de cada mes, le ha consagrado el miércoles de cada semana. Y la Iglesia ha venido á declarar últimamente este dia como dedicado á san José, al señalar para los eclesiásticos y religiosos obligados al rezo del Oficio divino el Oficio votivo de san

José para llenar dia semidoble libre cuando éste acaezca en miércoles. ¿Se quiere más evidente señal de cómo quiere el mismo Papa sea constante en nosotros la memoria de san José?

Sí, lo será, ¡oh glorioso Patriarca! y no nos despedimos, no, de Vos en este bendito Mes. En nuestro corazon, y en nuestras casas, y en nuestros templos reinaréis con un género de señorío y dominacion análoga á la que tienen en ellos vuestra soberana Esposa y su divino Hijo. Semejante prerogativa de afectuoso culto tendrá así entre nosotros vuestros devotos toda la sagrada Familia.

Reinad entre nosotros, ¡bondadoso José! reinad, y no sufra tregua ni menoscabo jamás en nuestro pecho vuestra saludable devocion.

XXX.

Nuestra devocion á san José debe ser confiada.

No tendrias, alma mia, las señales todas del verdadero amor á este santo Patriarca, si no fuese más que todo tu devocion, devocion de firme confianza. Esta, esta es la nota característica del verdadero afecto filial. Acercarte debes ahora y siempre y toda la vida y á la hora de la muerte á los altares de san José con la más cierta seguridad de que serás benévolamente escuchada y atendida, y de que, si no consigues materialmente el mismo don que suplicas, no dejará de servirte en definitivo resultado para bien de tu alma el éxito, cualquiera que fuere, de tu peticion.

¿Has visto cómo se lanza en brazos de un padre un pequeñuelo que está seguro del cariño del autor de sus dias? ¿Has visto con qué seguridad se deja conducir por su mano á donde quiera que á él le plazca conducirle? ¿Has visto con qué absoluto sosiego descansa y duerme en su cuna cuando sabe que vela por él? ¿Has visto cómo y con qué firme creencia tiene por cosa hecha cada una de sus promesas? Pues, si así nos induce á obrar en lo humano el humano amor, no tenga menos eficacia para darnos la misma seguridad en lo espiritual el cariño que espiritualmente tenemos al glorioso san José.

¿De qué dudas, alma mia? ¿De su poder? Mucho puede, porque despues de María es el más allegado al trono del Unigénito de Dios. ¿De su bondad? Mucho quiere, porque á nadie como á él se le ha dado tan eficaz protectorado sobre el pueblo cristiano. Certifica santa Teresa de Jesús no haber pedido nunca gracia alguna por mediacion de san José que no le fuese concedida. Motivos de poderosa confianza son estos, y por ellos ha de ser sobre todo muy confiada tu devocion.

¡Oh buen Santo! De vos, como de vuestra dulce Esposa, empieza á decirse que nadie jamás os invocó que no fuese atendido. Renovad en mí por vuestros méritos ese espíritu de firme y decidida confianza en vuestro poder.

XXXI.

Nuestra devocion á san José ha de ser perseverante.

Hasta el postrer suspiro de nuestra vida ha de ser firme y constante nuestra devocion á san José, y sea este como el sello de perpetua fidelidad con que terminemos hoy los actos todos de este su santo Mes.

No se estima entre los hombres amistad ó amor que no se prometan indefinidamente, y nuestro anhelo en todos los afectos del alma es que sean inmortales y eternos, como ella se siente eterna é inmortal. Lo que en lo humano es á veces pura ilusion del deseo; en lo espiritual puede ser formal y decidido propósito de la voluntad. Podemos muy bien empeñar nuestra palabra de ser devotos del Santo hasta morir, y podemos y debemos religiosamente cumplirla.

Observado hemos que la devocion á san José, como la de su virginal Esposa María santísima, es una de las más acomodadas á todos los periodos ó edades de la vida. En la niñez tiene todos los caracteres de una devocion la más propia de la infancia, y no hay culto que más se adapte á la tierna edad que la de ese buen anciano que parece tener por los niños prediledccion especial y singular encanto. En la juventud y edad viril se nos presenta la devocion á san José con el atractivo de los recuerdos de su laboriosa vida de trabajador, de sus servicios en pro del Niño Jesús y de su Madre; es un tipo de robusta y varonil belleza que enamora singularmente al corazon en esta edad. En la ancianidad, en el ocaso de la vida, ¿necesitamos ponderar cuán adecuadamente se invoca como abogado de los últimos dias y de los postreros dolores al bondadoso Patriarca, que es ante todo á nuestros ojos un venerable anciano que enseña y anima á bien morir?

Sí, de todas las edades habeis sido y seréis padre y protector y modelo mio y esperanza mia, ¡oh glorioso san José! Recibidme en todas ellas, y en todas ellas ampparadme, como mejor viéreis conviene para bien de mi pobre alma y para dejar muy asegurada su eterna salvacion.

Os lo pido como última gracia de este Mes, que os acabo de consagrar. Alcanzádmela de Dios, santo Patriarca, y sea por vuestro valimiento piadosa mi vida y dichosa mi muerte y felicísima mi eternidad. Amen.

NOTA. Este ejercicio del Mes de Marzo puede descomponerse, como habrá podido observar el piadoso lector, en tres Octavarios y un Septenario, para separadamente practicarse, segun la devocion de cada cual, acompañándolos siempre con las oraciones y ofrecimiento que preceden á las meditaciones. Estas forman cuatro series: una del I al VIII inclusive; otra del IX al XVI; otra del XVII al XXIV, y otra del XXV al XXXI.

LA ANUNCIACION.

DECRETADA por la santísima Trinidad la Encarnacion de la segunda Persona de ella para remedio del género humano, cuando llegaron los tiempos señalados para la realizacion de tan augusto misterio, fué enviado un Angel á una doncella llamada María que habitaba en Nazaret, desposada con un varon de la tribu de David llamado José. Tal era la escogida desde toda la eternidad para Madre del Verbo hecho hombre. Saludóla el Angel llamándola llena de gracia y bendita entre todas las mujeres. Asustóse la Doncella en su profunda humildad, y tranquilizóla él exponiendo el objeto de la celestial embajada. Opuso todavía Ella el reparo de su voto virginal, y satisfecha tambien esta última delicadísima duda, dió al fin su consentimiento con aquellas palabras para siempre memorables: «Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí conforme has dicho.»

En aquel punto y hora aposentóse en sus castísimas entrañas el Verbo de Dios, empezando á formarse de su sangre virginal el cuerpo humano con que debia aparecer á los nueve meses entre nosotros en el portal de Belen. Desde aquel instante fué ya toda la vida de María un éxtasis de amor; desarrollábase y crecia en su seno aquel fruto precioso, y desarrollábanse y crecian á la par en Ella la gracia celestial y la santidad más elevada. Sagrario viviente, custodia animada, altar escogido del mismo Dios, cada palpitacion suya, cada aliento, eran como un homenaje tributado á la suprema Deidad que en Ella personalmente habitaba, y que la honraba ya con el suavísimo y glorioso carácter de verdadera Madre suya.

No se sabe ciertamente que es lo que más principalmente llama la atencion en este cuadro de tanta sencillez como grandiosidad: si la sublime elevacion de María, ó la profundísima humillacion del Verbo; si el carácter de Madre divina que por este misterio adquiere aquella comun hermana nuestra, ó el carácter de Hijo del hombre á que por el mismo se abate á nuestro nivel el Unigénito de Dios. Ni puede la una subir más alto, ni le fué posible al otro descender más bajo. Los extremos de la mayor dignidad y de la mayor abyeccion únense aquí para arrobar el espíritu contemplativo en las más graves consideraciones.

Y crece el asombro al reflexionar que con este hermoso misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios en las entrañas de María Vírgen, no es sólo María la que sube á tan gloriosa condicion, sino que somos nosotros tambien los engrandecidos y sublimados. Carne nuestra es y sangre nuestra la de esa pobrecita Hija de Adan honrada con los esplendores de la divina Maternidad; pero hay más aún: carne nuestra y sangre nuestra es la de la naturaleza humana estrechamente unida á la naturaleza divina, para formar el compuesto unipersonal divino-humano, ó sea, Dios-Hombre ú Hombre-Dios. ¡Quién puede llevar á su debido punto de ponderacion y encarecimiento lo glorificada que resulta de esta suerte nuestra pobre y miserable naturaleza! Casarse una hija del pueblo con un príncipe de sangre Real es bastante para que quede en alguna manera ennoblecida la parentela de ella, que contrae con el Real desposado verdadera y propia afinidad. Unida, pues, en firme é indisoluble desposorio con el Verbo de Dios la humana naturaleza por medio de la Encarnacion, quedamos con Dios afines y en cierto modo divinamente emparentados. Con María podemos cantar, pues, hoy el *Magnificat* de nuestra elevacion al consorcio de la Divinidad, que obró en nosotros tales maravillas. ¡Reconoce, oh cristiano, tu dignidad, exclama á propósito de esto san Leon papa en una elocuentísima homilía, y hecho consorte de la divina naturaleza no quieras con ruin proceder rebajarte otra vez á tu antigua vileza!

Hé aquí la principal consideracion práctica que hemos de sacar de ese que bien pudiera llamarse el misterio de los misterios, el de la Encarnacion del Hijo de Dios.

La oracion propia de esta fiesta es el *Ave María,* cuya primera parte con ocasion de tal suceso fué traida del cielo por el arcángel Gabriel. En honra de la Vírgen nuestra Señora y en memoria de la Encarnacion del Verbo en sus entrañas, al amanecer, al medio dia y al caer de la tarde, señala la campana en todas nuestras iglesias el toque del *Angelus,* que ningun buen cristiano debe dejar de rezar con toda devocion, aunque sea en mitad de la calle, ó rompiendo lo más vivo de una conversacion, ó suspendiendo el hervor del más atareado trabajo. Es el recuerdo de aquella hora solemnísima, sin igual en el decurso de los siglos, en que tomó nuestra naturaleza asociándonos á la suya el Verbo Unigénito de Dios.

LA FIESTA DE LOS DOLORES.

VAMOS á entrar de lleno en la contemplacion de los augustos misterios de la Pasion y muerte del Hombre-Dios, y de este tiempo privilegiado quiso la Iglesia escoger un dia para dedicarlo á la consideracion de los dolores y amarguras de su Madre santísima, ya que justo es, segun la expresion del Apóstol, que los que con Cristo padecieron, con Cristo sean glorificados. Este es el viernes que precede al Domingo de Ramos. Bajo el nombre de *los Dolores de María* comprendemos toda aquella série de padecimientos que afligieron el alma de la benditísima Señora desde la profecía de Simeon hasta sus horas de soledad, despues de la sepultura de su Hijo. Pero más singularmente se fija la atencion de los fieles en los que debió sufrir durante la Pasion del Redentor y en particular al pié de su cruz, como que ellos fueron la suma y el compendio de todos los dolores de su vida. Porque, en efecto, todos los sufrimientos de la Madre de Dios anteriores á los de la Pasion habian sido acompañados al mismo tiempo de singulares consuelos, que pudieron hacérselos más suaves y llevaderos. Si en Belen vió á su Hijo pobre, desnudo y tiritando de frio, pudo al menos allí abrigarle en su propio seno y reanimarle con su leche virginal; si tuvo que sacarle fugitivo y desterrado por el camino de Egipto, púdole siquiera librar por este medio de la saña de sus enemigos; y si durante los tres años de su predicacion vióle objeto de la envidia de los fariseos, la fama en cambio de sus prodigios, las bendiciones de los enfermos curados y de las madres á quienes habia devuelto los hijos, fueron sin duda gran parte para consolarla de la ruin ingratitud de aquellos malvados. No así en el Calvario. Vióle desnudo sin tener con qué cubrirle, sediento sin poder ofrecerle una gota de agua, perseguido sin que le fuera posible ponerle á cubierto de sus enemigos, ultrajado sin que nadie se atreviese á responder por Él en aquel trance doloroso. Los Evangelios no nos dicen se levantase una sola protesta en su favor de entre aquel horrible concierto de blasfemias y sarcasmos con que insultaban los fariseos su agonía. Fué necesario que la naturaleza entera diese muestras de su dolor, que las piedras se rajasen, que el sol se oscureciese, que la tierra devolviese sus muertos, para que un hombre, soldado y gentil, exclamase despues de la muerte de Cristo: *Verdaderamente, Éste era el Hijo de Dios.*

Y á tan desgarrador espectáculo tuvo que estar presente el corazon de una madre. ¡Ah! sí. Bien lo canta la Iglesia en aquel su tristísimo himno en que contempla las angustias de María junto á la cruz. *Stabat,* nos dice. Estaba de pié, no desmayada ni desfallecida, sino serena y animosa, bebiendo con su Hijo el cáliz de la Pasion, resuelta á apurar de él hasta las heces. Sabia que tales padecimientos constituian el precio de nuestra Redencion, y los sufria gustosa por nosotros, para poder así con justo título llamarse nuestra Madre y nuestra Co-redentora. Con estos dolores compró esta nueva maternidad; fuerza será que amemos y compadezcamos á quien tan á su costa nos hizo suyos.

Oigámosla, pues, á la dolorida Señora querellarse así con nosotros los ingratos hijos de su corazon:

¡Mi Hijo, mi único Hijo, el Hijo de mi alma y de mi amor, me lo han preso, escupido, azotado y crucificado! Era el más hermoso entre los nacidos de mujer, escogido entre millares, lleno de dulzura y suavidad para con los pobres y los pecadores; labios que sólo se movieron para articular palabras de misericordia y perdon; manos con que no atendió sino á derramar beneficios!

¡Vedle ahí en la cruz befado y escarnecido, sangrientas las espaldas por el látigo de sayon, descoyuntados los huesos, abiertos piés y manos con clavos crueles, manojo de espinas por corona y almohada, desgarrado el costado por la lanza, cual si desde allí como por entreabierta celosía quisiera todavía mirar y bendecir á los suyos su amantísimo Corazon!

Sí, pecadores, éste es mi Hijo y yo soy su Madre; éste el que habeis clavado vosotros en cruz, y yo la que habeis amargado con tan acerbos dolores. ¡Hé aquí vuestra obra de iniquidad! ¡Hé aquí lo que cuestan vuestros pecados!

Y sin embargo, hijos mios sois, aunque ingratos y parricidas; hijos mios por quienes volviera Él gustoso á morir y yo gustosísima á padecer, si no bastaran para redimiros y salvaros á todos tanta sangre y tantas lágrimas derramadas.

¡Hijos mios! ¡Hijos mios! Oid, pues, la voz de la Madre á quien tanto costais, á quien tanto debeis! No querais pisotear con nuevos pecados esa sangre y esas lágrimas que valen tanto; no querais sumir en eterna desventura esas almas que han costado tan caras al Hijo de Dios y á su Madre afligidísima.

¡Hijos mios! ¡Hijos mios! Esta cruz se ha alzado sobre el Calvario para salvaros, y desde la sangrienta cima extiende ella sus brazos de amor para abrazaros á todos; pero mirad que si dais en despreciarla y aborrecerla, esta cruz misma os ha de juzgar, esta cruz misma os condenará.

¡Hijos mios! ¡Hijos mios! No más pecar, no más escupir al Juez que os ha de dar la sentencia; no más insensatez y locura, no más vida de perdicion, al fin de la cual sólo os podeis prometer horrible muerte y espantoso infierno.

¡Hijos mios! ¡Hijos mios! No más diversiones escandalosas, no más lecturas impías, no más blasfemia y maldicion, no más impurezas y liviandades.

¡Hijos mios! ¡Hijos mios! El cielo os he comprado con mis dolores: ¿quereis renunciar á él? La sangre de mi Hijo he dado de buena gana por vuestras almas: ¿quereis asi de balde entregarlas al infernal enemigo?

¡Hijos mios! ¡Hijos mios! Fuera ya aquel trato corrompido, fuera ya aquel negocio de mala fe, fuera ya aquellas relaciones con los enemigos de la Iglesia. Sed castos y caritativos, humildes y fervorosos, buenos padres y buenos esposos, hijos perfectos de mi corazon y devotos de mis dolores.

¡Hijos mios! ¡Hijos mios! Con lágrimas en los ojos, por esa cruz, por esos clavos y espinas, por esa lanza y esa hiel, por las agonías de mi Hijo, os pide vuestra Madre dolorida una buena Confesion. Lavad en este baño saludable la inmundicia de vuestros excesos; dejad allí el peso enorme de ellos, que hasta hoy os trajo rendidos y agobiados; levantaos ágiles de allí á nueva vida, á verdadera conversion, á sólidas y permanentes virtudes.

Vosotros habeis clavado esas espinas, vosotros habeis azotado esas espaldas, vosotros habeis abierto ese costado, vosotros habeis horadado esas manos y esos piés.

¡Y era mi Hijo, y era vuestro Hermano, y era vuestro Dios!

Decid ¿qué os habia hecho el Hijo de mi alma para que le tratáseis asi?

¿Acaso porque os amó con entrañable cariño; porque os buscó como ovejas perdidas, con incesante afan; porque os adoctrinó con enseñanzas del cielo; porque su cuerpo, su sangre, su alma, su vida y su divinidad todo os lo dió para ganaros á fuerza de dádivas el corazon?

¡Ingratos? ¿Podíais tratar más cruelmente á quien hubiese sido vuestro más fiero enemigo, en vez de haber sido vuestro más generoso bienhechor?

Por vosotros lo dí á luz y lo amamanté en Belen; con inefable amor le estreché mil veces en mis brazos, ¡pobre Hijo mio! pensando á qué sacrificios le llevaria el ofrecerse á ser vuestro Redentor. Cuando en la soledad de Egipto ó en el silencio de Nazaret oíale balbucir sus primeras palabras ó sonreir dulcemente con sus primeras sonrisas, ¡ah! resonábame en el corazon una espantosa profecía: *Este Hijo ha de ser tu espada de dolor*. Pero aun se clavaba más adentro en mi alma aquella otra: *Puesto ha sido este Niño para ruina y resurreccion de muchos en Israel.*

¿Cómo? ¿qué dijiste, anciano Simeon? ¿El Restaurador del mundo ha de ser ruina de muchos? ¿Perdicion ha de ser para alguno el que ha venido para ser de todos Salvador?

¡Ah! sí, era verdad la dolorosa palabra del inspirado anciano.

Mi Hijo, mi dulce Hijo, el Salvador de los hombres, ha de ser para vosotros ¡oh pecadores! no salud y vida sino eterna ruina y perdicion... si no os apresurais á volver á Él.

Esas llagas y esas espinas, esa sangre y esa cruz, para quienes lloren contritos su pecado serán fuentes de perdon, prendas de paz y de consuelo. Para quienes persistan en despreciarlas, causa de eterna condenacion.

¡Tú las has abierto esas heridas, pecador; y no obstante claman en favor de tí misericordia! Pero si, duro y sordo, no te rindes á ese grito amoroso, ¿qué han de gritar en el último dia contra ti sino venganza y justicia, y sentencia de infierno?

Aquí te las presento estas prendas de reconciliacion y de paz, pecador ingrato, y aquí las ofrezco al eterno Padre por tí. Madre soy tuya y de Jesucristo. ¿Aceptas mi oficio de medianera?

Vén, y con lágrimas en los ojos dile á tu Padre y á tu Dios: «Padre mio, Dios mio, Redentor mio, pequé. Pequé, y no soy ya digno de que me llames tu hijo. Pero volveré á serlo el dia en que me otorgues tu perdon!»

«¡Dios mio! ¡Jesús mio! Por esas llagas y cruz, por esas agonías y dolores, por las lágrimas y congojas de vuestra Madre, habed compasion de este pobre pecador!»

SEMANA SANTA.

Es la que por otro nombre llama la Iglesia *Semana Mayor* y que fué antiguamente llamada tambien *Semana de los grandes misterios*. Todo efectivamente es grande y misterioso en ella. Lo son los hechos que recuerda, lo son las ceremonias con que los conmemora, lo son los sentimientos que inspira. No se puede dignamente hablar de la Semana Santa sin escribir sobre ella un libro entero; nos contentarémos, pues, con indicar aqui de ella lo más saliente y fundamental.

Abrese la Semana Santa con el Domingo de Ramos, hermosa conmemoracion de la triunfal entrada de Cristo en Jerusalen pocos dias antes de su muerte afrentosisima. Nada le faltó á aquella sencilla demostracion para que fuese un verdadero triunfo. Entusiasmo popular, capas tendidas alfombrando la carrera, laureles y olivos en torno del triunfador, cánticos y vítores en bocas tiernas é inocentes. Alborozo y alegría que anduvieron mezclados con lágrimas de afliccion, pues el Salvador objeto de tantos obsequios vióse precisado á derramarlas sobre la ciudad veleidosa que se los tributaba, previendo su inconstancia y los muy diferentes gritos con que dentro de poco debia pedir su muerte.

En las ceremonias de la Iglesia se retrata el doble aspecto de este misterio. Los cánticos son de regocijo, mas el órgano enmudece y los ornamentos son violados. La iluminacion es sobria, y escaso el adorno del altar. Confiésote, amigo lector, que jamás ceremonia alguna de la Iglesia me hirió tan profundamente como esta su melancólica alegría. Y porque los niños hebreos fueron los que en tal dia desempeñaron el principal papel y merecieron por sus cánticos los elogios del Redentor, ¡cuán poéticamente ha introducido la fe del pueblo católico la costumbre de que los niños se presenten hoy con ramos y palmas á recibir la bendicion de la Iglesia, y templen la austeridad y santa tristeza de ella con su infantil alegría!

Para recordar la entrada de Cristo ha prescrito la Iglesia una sencilla procesion. Ciérranse durante la misma las puertas del templo. Ante ellas se detiene la comitiva á su regreso, y desde el interior cantan como la bienvenida al pacífico Triunfador dos niños de coro, con un himno cuya letra y música jamás he podido oir sin enternecimiento.

Cántase luego la Misa y en ella la historia de la Pasion, recitado semi-dramático entre un diácono que desempeña la parte de cronista y otro que canta la de Jesús. Palestrina introdujo además el coro ó turba cuyas voces ora fieras, ora cariñosas, interrumpen la marcha tranquila del triste relato, como el coro interrumpia entre los griegos la accion sosegada de la tragedia.

Completa el severo cuadro de este dia en nuestras catedrales y en muchas parroquias la solemne *Elevacion de la vera cruz*. Nuestro pueblo ha comprendido la sublimidad de este acto, y asiste á él con verdadero entusiasmo. Sabido es que desde la Dominica de Pasion cubre la Iglesia en señal de luto todas sus cruces é imágenes. Mas con motivo de cantarse el Himno de la santa Cruz en las Vísperas, descúbrese hoy por algunos momentos el signo de nuestra redencion, exponiéndolo á la adoracion de los fieles. Al empezarlas un ancho velo roba todo el altar á los ojos del pueblo, el canto sacerdotal va siguiendo entre tanto hasta llegar al Himno indicado que se entona con desusada solemnidad. *Vexilla Regis prodeunt. Enarbólanse las banderas de nuestro*

Rey, canta el coro, y juntando la accion á las palabras dos ministros aparecen á los lados del presbiterio tremolando las insignias gloriosas de la Pasion. Empero el velo sigue aún corrido ante el altar, y va prosiguiendo el Himno alternando en sus estrofas con el coro una música recogidísima. Llégase al verso *ó Crux,* y al principiarlo la música por diferente tono, álzase majestuosamente el velo que ocultaba el tabernáculo á las miradas impacientes del pueblo fiel, córrese aquel como rasgado por una mano invisible, apareciendo en el fondo con ricos ornamentos negros el sacerdote, levantando en alto el signo de nuestra redencion á la luz dudosa de las antorchas con que á su rededor alumbran ocho sacerdotes. El grupo inmóvil é imponente, el recinto silencioso y sombrío, el pueblo postrado en las tendidas naves cebando sus ojos y su alma en aquel instrumento adorable de nuestra salud, que bien pronto va á robarse otra vez á sus fervorosas miradas. Nada interrumpe aquellos breves momentos de adoracion profundísima; sólo los acordes patéticos y gravemente melancólicos de los cantores acrecientan la impresion misteriosa del conjunto, resonando allí como ecos de otros siglos, mientras la colosal campana doblando con pausados intervalos sobre la muchedumbre postrada, pone el último sello de sublimidad y de grandeza á la augusta ceremonia. He visto profundamente conmovidas en ella á personas harto indiferentes, he visto correr lágrimas y pintarse en el semblante de más de un hijo de nuestro pueblo la fe, la piedad y el entusiasmo.

Ayudará en gran manera á la devocion de los fieles conocer dia por dia los sucesos de la Pasion del Señor durante la Semana Santa. Este *Diario* ha sido dispuesto muy sabiamente segun los cuatro Evangelistas por el célebre P. Luis de la Palma en su magnífico libro, el mejor quizá que se conoce en lengua castellana sobre esta materia, titulado *Historia de* *la sagrada Pasion*. Vienen segun él ordenados los sucesos y los dias de esta manera:

DOMINGO. Sale el Salvador de Betania, de casa de Lázaro, y llega á Jerusalen, que está cerca, y allí se le recibe en triunfo. Primeras juntas de los fariseos. Vuelve á Betania.

LUNES. Por la mañana vuelve á Jerusalen; maldice á la higuera infructuosa; arroja á los profanadores del templo. Sale otra vez para Betania, que era su residencia favorita.

MARTES. Vuelve á la ciudad. Pasando por el mismo camino, ven los Discípulos seca ya la higuera maldecida el dia anterior (símbolo terrible de la reprobacion de la Sinagoga); habla el Salvador en el templo á los escribas y fariseos por última vez, y les echa en cara aquellas sentidas palabras: *Jerusalen, Jerusalen, que matas á los Profetas,* etc. Vuelve á Betania.

MIÉRCOLES. Se queda en Betania, al parecer todo el dia. Júntanse otra vez los príncipes de los sacerdotes. Acuérdase prender á Jesús, si es posible, sin alboroto. Ofrece Judas su traicion.

JUEVES. Por la mañana envia Jesús dos de sus discípulos á preparar el cordero pascual. Al anochecer lo come con ellos segun el ceremonial de la antigua ley. Hace luego la cena comun, en la cual instituye el sacrificio de la ley nueva, ó sea la santa Eucaristía, despues de haber lavado los piés á los Apóstoles. Postrer sermon. Sale Judas del Cenáculo. Da gracias Jesús, y sale para el Huerto de las Olivas, segun costumbre. Adelantada ya la noche, preséntase allí Judas, capitaneando á los esbirros de los judíos. Es conducido Jesús á Anás y á Caifás. Poco antes del primer canto del gallo, á la media noche, niega Pedro á Jesús. Vuelve á negarlo poco despues, y otra vez antes del segundo canto del gallo, á la madrugada.

VIERNES. A primera hora es llevado Jesús á Pilatos, luego á Herodes, y otra vez á Pilatos. Azotes, coronacion, *Ecce Homo*. Entre diez y once se lava las manos el mal juez, y da la sentencia de cruz. A las once sale el Salvador camino del Calvario, llega cerca de medio dia á la cumbre de esta pequeña montaña. Crucifixion. Empiezan las tres horas de agonía. Siete palabras. Eclipse. Espira á las tres. Terremoto.

Al anochecer, lanzada, descendimiento de la cruz y entierro del santo Cuerpo.

SÁBADO. Permanece sepultado el Salvador. Dispersos los Apóstoles. Recogida María santísima con las piadosas mujeres y san Juan. Á la tarde salen éstas á comprar aromas para ungir al Señor la madrugada del domingo.

DOMINGO. Resucita á la madrugada el Señor, conforme á lo prometido: *Resucitaré al tercer dia;* lo cual no exigia fuesen completos los tres dias.

Recoja la piedad de los fieles estos devotísimos puntos de partida para sus meditaciones durante esta semana.

Desde el dia de Ramos y durante los dias que median hasta Viernes Santo inclusive ocupan muy devotamente la atencion del pueblo fiel, y son gran parte para infundirle sentimientos de religiosa compuncion, las frecuentes procesiones.

Que aborrezca la impiedad esas espléndidas manifestaciones del culto católico, se comprende perfectamente. Lo que á primera vista no tiene tan fácil explicacion es que las miren con no sé qué clase de prevencion, ó por lo menos de desdeñosa indiferencia, algunos de nuestros hermanos en la fe. Claro está que no nos dirigimos ahora á los primeros. De los segundos, sí, quisiéramos ser benévolamente atendidos.

¿Son cosa buena las procesiones? No creemos que católico alguno se atreviese á formular así en crudo esta pregunta, que seria blasfema, ni más ni menos. Son las procesiones actos católicos, mandados varias veces por el ritual católico, y otras por él sancionados y recomendados. Ahora bien. Lo que ha instituido la Iglesia, aunque sea en esta parte más externa y superficial cual son sus ceremonias, no sólo no puede ser cosa inconveniente, sino que ha de tener además especial razon de utilidad para gloria de Dios y provecho de las almas, fines á los cuales se endereza todo en dicho ceremonial, desde la bendicion *urbi et orbi* que da el Pontífice Sumo colocado en su trono que toca al cielo, hasta la última aspersion de agua bendita ó la última genuflexion del postrero de los sacerdotes en la más olvidada aldea. Quedamos, pues, en que sobre esto no puede haber distinto modo de ver entre católicos... que lo sean.

¿Son cosa buena *hoy* las procesiones? Esta segunda pregunta tiene ya otro carácter. No se trata en ella de inquirir si son cosa buena en general tales actos del culto, sino si son oportunos en las presentes circunstancias. Empero, aquí, como en todo, no es difícil la respuesta para un católico... que lo sea. Nada hay, ni un ápice, en la Iglesia católica, que no dependa de una jurisdiccion. A los representantes de esa jurisdiccion (en la categoría á que pertenezca el asunto) toca decidir sobre la conveniencia ó disconveniencia de tales ó cuales actos sobre los que pueda suscitarse duda, y á los fieles todos toca acatar esta decision. Dados estos precedentes, podemos ya responder con seguridad á la pregunta última con esta otra: ¿Ha decidido la Iglesia, por medio de cualquiera de los representantes de su autoridad, que no convengan *hoy* las procesiones? No lo ha decidido, que sepamos. Luego queda en pié la disciplina general eclesiástica en virtud de la cual son buenos, laudables, utilísimos y alguna vez especialmente prescritos los actos de que tratamos.

Harto se ve, pues, que no pretendemos aquí adelantarnos á decision alguna de nuestros legítimos superiores, puesto que únicamente en ellos reconocemos la competencia debida para fallar con toda seguridad y acierto. Queremos únicamente desvanecer la que creemos preocupacion de varios hermanos nuestros contra unas prácticas que ha instituido la Iglesia, que ha consagrado la tradicion y á que en todos tiempos se ha entregado con amor y consuelo el pueblo cristiano. Y fundados en esto, es nuestro parecer, *salvo meliori,* que las procesiones no sólo han sido cosa buena, sino que siguen siéndolo hoy, y que deben recomendarse y fomentarse por el propagandista católico en todas partes donde tal costumbre esté establecida y no se oponga á su continuacion verdadera imposibilidad. Y esto con mayor motivo y urgencia hoy que en tiempos antiguos.

¿En qué nos fundamos? Nos fundamos en las siguientes razones, que nos parecen de fuerza incontestable.

Tiene años há especial empeño en Europa la impiedad en dejar reducida la libre accion de la Iglesia al recinto interior de sus templos, á fin de mermar todo lo posible la legítima influencia y preponderancia que debe tener en la sociedad civil. No se quiere que reine Jesucristo en las costumbres públicas; á lo más se le concede por cierta gracia el permiso de continuar en el fondo del sagrario y en el fondo del hogar. De ahí la guerra declarada á todo lo que más ó menos puede dar á la sociedad civil fisonomía cristiana: de ahí la tenaz insistencia en quitar de la rotulacion de nuestras calles los nombres de Santos, de nuestras fachadas sus imágenes, de los sitios más concurridos y céntricos nuestras iglesias y conventos. Quisiérase que enmudeciesen nuestras campanas, que no se oyese al pasar por frente de la casa de Dios el órgano que suena dentro, que nada apareciese en público que hiriese los ojos del ciudadano recordándole su Dios, su alma, su último fin. ¿Será bueno cooperar á esa tendencia harto manifiesta de nuestros enemigos, suprimiéndonos nosotros mismos de la vida pública, áun en aquello en que ellos no nos han logrado suprimir? Pues bien. Eso hacen los que más ó menos directamente se oponen á los actos del culto en la calle y en la plaza, los que se muestran en eso apáticos, negligentes ó ridículamente miedosos. Cada procesion que se lanza á la via pública es una protesta de nuestro derecho y del derecho de Cristo á reinar en ella. ¿Dejarémos prescriba este derecho por no reclamarlo ó ejercitarlo cuando tan porfiadamente se nos disputa? Medítelo cada cual.

Tiene especial necesidad de tales actos religiosos públicos el pueblo de hoy. La procesion.no es sólo una manifestacion espléndida de la gloria de la Religion, es además un llamamiento amoroso que dirige ella á los empeñados en tenerla olvidada, y una enseñanza práctica para quien la tiene desconocida. Sí, las procesiones, particularmente las de estos dias de Pasion, tienen casi siempre este doble carácter. Para el pueblo (y en esto todos somos pueblo), la vista de los pasos ó misterios de nuestra fe, representados de un modo accesible á los sentidos, es más provechosa, bajo el punto de vista de la mocion interior y áun de la instruccion, que el libro más elocuente. La Religion, ya desde las catacumbas, buscó siempre el modo de sensibilizarse hasta en aquellos puntos más abstractos y de más difícil representacion material. Esto explica la importancia que da el culto católico á los ritos, imágenes, cánticos y ornamentos. Apliquemos esto á nuestro caso. Los grupos que representan á Cristo y á su bendita Madre en los diversos pasos de la Pasion, el severo y majestuoso Crucifijo que se saca del fondo del altar á la plaza pública, producen en el alma distraida y olvidada una impresion solemne que no le producirá el mejor orador. Conocian muy bien los antiguos católicos el corazon humano, cuando tan á menudo proporcionaban al pueblo fiel estos espectáculos. Herian con esto su imaginacion; despertaban sus sentimientos; enseñábanle la historia de los misterios de la fe; predicaban, en fin, para sus ojos, que es por donde entra más clara la enseñanza y más viva la compuncion. Pasear á la vista del pueblo en estos dias los azotes y la columna, la lanza y esponja, los clavos y martillo, ó bien en otros la calavera descarnada á que ha de reducirse nuestro cuerpo, y el plato de ceniza y el reloj de arena, la vela que alumbrará nuestra agonía, el ataud y mortaja que nos han de encerrar y cubrir, lo deleznable de la corona del rey, de la tiara del Papa y de la borla del doctor, parécenos, dígase lo que se quiera, sermon mucho más expresivo que todos los demás sermones, sobre todo teniendo en cuenta que los atiende mucho mayor y más numeroso auditorio que el que se reune al pié de los púlpitos ordinarios. Por olvido de estas buenas prácticas antiguas, por no sé qué fátua presuncion de encopetada filosofía que nos induce á despreciar las cosas prácticas, sencillas y tradicionales en materia de piedad, que no obstante tienen más profunda filosofía que muchas otras cosas de que andamos hoy muy pagados y satisfechos, no damos la importancia debida á tales medios de instruccion y moralizacion popular, y creemos haber salido del paso y dejar excusada nuestra apatía exclamando tontamente: «¡Y bien! ¿Qué se saca, al cabo, de una procesion?» ¡Infeliz! Harto debe de saberlo la impiedad, que tal empeño muestra en desacreditarlas é impedirlas.

Nuestro grito constante años há, y el de cuantos se dedican en España y en toda Europa á la propaganda de lo que con tanta exactitud se ha llamado «movimiento católico,» es el de ¡católicos á la calle! ¡católicos á la plaza! Y consiguientes á esa idea que en varias ocasiones nos ha venido recomendada desde el Vaticano, hemos visto en nuestros dias lanzarse los católicos á toda suerte de manifestaciones de la vida pública, creyendo con eso y con razon satisfacer una de las más imperiosas necesidades de la época presente. Y mientras de tal suerte se procura salgan á la luz todos esos católicos tímidos y apáticos que con tanta gracia como propiedad ha llamado un amigo nuestro «católicos de madriguera,» ¿será bueno que haya quien, teniéndose por muy amigo de la Religion y por muy celoso de su prestigio, se muestre, sin embargo, no dirémos enemigo, pero sí al menos poco amigo de «la procesion,» que es la manifestacion católica por excelencia, que es la más autorizada y respetable manera con que puede ella presentarse á los ojos del público amigo, indiferente ó contrario?

Especiosas son en verdad las dificultades que suelen oponerse á la oportunidad de su celebracion en el dia de hoy; pero tan frágiles en el fondo, que no resisten al más ligero exámen, como sea desapasionado. Hé aquí lo que mil veces hemos oido en són de poderosas objeciones.

Que las procesiones son causa de infinitas irreverencias. Es verdad, son causa ocasional de muchísimas; pero ¿á qué tener abiertos los templos, cuando es seguro que si los tuviésemos siempre cerrados se verian libres de toda profanacion? ¿A qué llamar los fieles á la frecuencia de Sacramentos, cuando es indudable que, no recibiéndolos nadie, nadie cometeria en ellos sacrilegio? Si por temor á las irreverencias debiésemos abstenernos de los actos religiosos en que más frecuentemente se cometen, necesario fuera para lograrlo arrancar de cuajo toda vida religiosa, ó dejarla únicamente encerrada en el fondo de algun ignorado y ejemplarísimo monasterio. ¿No tiene algo de parecido esta objecion á las perversísimas con que en sus tiempos procuraba el pérfido jansenismo alejar á los fieles de la santa Eucaristía? ¿No fué una regular irreverencia la que cometieron los judíos en la persona de Nuestro Señor Jesucristo crucificándole? Cierto que sí; lo cual no fué obstáculo para que realizase el divino Salvador el gran misterio de su Encarnacion á despecho de todas las irreverencias que contra Él sabía se habian de cometer.

Que no se concurre á las procesiones con el espíritu que quiere la Iglesia. Es falsa en tésis general esta reconvencion. Almas buenísimas concurren á ellas con verdadero espíritu de humildad y devocion y vivo deseo de dar gloria á Dios. Repetidos ejemplos enseñan que hay todavía en nuestra patria quien sabe hacer procesiones como quiere la Iglesia que se hagan. Donde haya abusos corríjanse, procúrese llamar al órden á quien se aparte de él, dirijan tales actos personas de conocida piedad, entréguense los pasos y pendones á corporaciones de intachable catolicismo, y veráse cómo salen las procesiones que con tales elementos se celebren.

Que en ellas ha de intervenir siempre en algo el elemento oficial político. No nos parece de más peso que las otras esta objecion. Es verdad que frecuentemente en nuestra historia contemporánea la intervencion del elemento oficial á que se alude ofrece sobrados motivos para que no la miren con ojos simpáticos los buenos católicos; pero ¿está en manos de éstos cambiar segun su deseo la condicion de los tiempos, cuando acaezca que éstos sean malos? Nuestros hermanos de Constantinopla celebran cada año su procesion del Corpus bajo la proteccion y recibiendo escolta de las tropas musulmanas, y lo tienen á gran honor, aunque, es claro, prefirieran verla prestada por zuavos pontificios. Cuanto más hostil á la Religion católica sea la situacion política cuyos son tales elementos, tanto más honrosos para aquella nos parecen sus homenajes. Podrán no ser sinceros en la intencion de quien los decreta; pero la hipocresía, ha dicho un filósofo, es tambien un tributo que el vicio rinde á la virtud. Y basta de este punto delicado, cuyas ideas principales aplicarán por sí propios nuestros lectores cuando la condicion de los tiempos lo exigiere.

Que no hay seguridad á veces para salir á la calle. Ponemos en postrer lugar esta objecion, que es la más repetida, lo cual no impide sea la más infeliz. Para ciertas gentes nunca hay seguridad para nada, ni la habrá *in sæcula sæculorum*. Estas gentes hubieran aconsejado á los Apóstoles aguardasen para emprender sus correrías por el mundo á que éste estuviese convertido: círculo vicioso del cual es evidente que no se hubiera salido jamás. Nunca hubo en tiempo alguno seguridad para hacer el bien sin contradicciones. Como prudentemente se pueda contar con la posibilidad «material» de hacer la obra buena, debe el católico emprenderla y no andarse en más averiguaciones. ¿Qué clase de católico es este que se abstiene de cualquiera de sus actos porque le pone mala cara la impiedad, porque le lanza sus rechiflas un grupo desde la esquina, porque le sonrie el vecino desde su mostrador? ¡Válganme Dios y la Vírgen y todos sus Santos! ¡Que para algunos haya de parecer tan gran cosa en el dia de hoy ser católico á prueba de... chistes y sonrisas! ¿Se ignora acaso que la impiedad es sólo audaz cuando nosotros somos cobardes? Pero, basta, basta: asco y vergüenza nos da, siendo españoles y tratando con españoles, tener que ocuparnos en desvanecer aprensiones de miedo. Nadie olvide que tenemos un recurso muy sencillo para obtener que se nos repete, y es mostrarnos respetables por nuestra firmeza y decision en el ejercicio de nuestros derechos y en el cumplimiento de nuestros deberes. Es la más eficaz receta contra todos los temores de falta de seguridad.

No cesarémos, pues, de clamar mientras nos quede voz para eso: ¡Católicos, á la calle! ¡católicos, á la plaza! y en consecuencia: ¡Católicos, á la procesion! ¡Bien hayan las poblaciones donde no se ha roto la tradicion de tan saludables prácticas! ¡Bien hayan aquellas donde tras larga ó corta interrupcion se han restablecido! Introdúzcalas el propagandista católico donde no las hubiere; un grupo de fieles con una cruz y un sacerdote bastan para que salga á la calle el dia de Viernes Santo un devoto Via-Crucis. Hay tal vez en ella más de un infeliz que no vió años há la cara del Señor crucificado, ni oyó el murmullo suavísimo de una oracion, porque en su casa no hay imágenes ni rezos, y á la iglesia no se acercó él desde larguísima fecha. Y este desdichado no resistirá quizás á la vista conmovedora de su Salvador puesto por él en cruz, y al espectáculo de sus hermanos que rezan, como él no reza hace ya muchos años. Hemos concurrido á muchas procesiones de esta clase en dias muy aciagos, y hemos visto doblarse respetuosamente rodillas que nunca creyéramos se doblasen y que evidentemente no se doblaron sino á impulsos de una récia interior sacudida. Y hemos pensado en aquel instante: «¡Pobre hermano extraviado! ¡Tal vez esta genuflexion decide hoy de la eterna salvacion de tu alma! ¡Tal vez huias de Dios, y es Dios quien este momento aprovechó para encararse y entenderse contigo!»

Reflexionen algo sobre esto nuestros lectores, y resuelvan despues.

El sentimiento de dulce melancolía que domina esta semana en todas las ceremonias del culto, truécase por algunos momentos en alegre solemnidad al llegarse la mañana del Jueves Santo. Los ornamentos son blancos, la iluminacion espléndida, las campanas suenan regocijadas en el *Gloria in excelsis*, la música llena el sagrado recinto con festivos acordes. Es un paréntesis de regocijo en medio de una semana de afliccion. ¿Por qué? Porque en la dolorosa Pasion del Redentor hubo tambien unos breves momentos que la Iglesia no puede recordar sin írsele el alma, como se dice, de puro consuelo. Es la institucion de la santísima Eucaristía. Otro dia te hablaré de ella, lector, que este asunto pide para sí capítulo aparte. Recuerda hoy solamente que Cristo en vísperas de morir sólo un pensamiento tuvo, el de favorecer á los suyos con el don precioso de su Cuerpo y Sangre; recuerda qué leccion de humildad precedió á aquella institucion augustísima. El Hijo de Dios dejando su manto, ceñida al cuerpo una toalla, lavó los piés de aquellos pobres pescadores, encareciendo luego el mútuo amor y el propio desprecio. Por esto lavan hoy algunos monarcas los piés á doce pobres en su real palacio, el prelado lo verifica en su catedral y el abad y la superiora en sus monasterios.

Acabada la Misa y tras una devotísima procesion se deposita el santísimo Sacramento en el Monumento, y vuelve todo á recordar única y exclusivamente la muerte del Salvador. Desnúdanse de sus adornos los altares, enmudecen las campanas y cobra todo el aspecto de la más sombría tristeza. El llamado *Monumento,* suele serlo verdaderamente de la piedad de nuestro pueblo. Cuando le faltan los poderosos recursos del arte que emplea el Catolicismo en las grandes catedrales, su fe sencilla pero ardiente súplelos con ingeniosos ardides: amontona en vistosa decoracion luces y flores; en medio del ramaje que rodea el sepulcro del Señor permite que las aves interrumpan con sus gorjeos el silencio del templo y nos trasladen con la imaginacion á aquel huerto en donde estuvo sepultado el buen Jesús. Cintas, alhajas, adornos de tocador, todo cuanto pudo parecer bello ó precioso á la devota madre ó á la piadosa doncella, son ofrecidos con amor para ornato del Monumento, y brillan en él como elocuente testimonio de la fe popular.

Los sublimes quejidos de Jeremías resuenan por la tarde en el templo, modulados en un canto llano, tierno y melancólico, que nos ha transmitido la tradicion. No los citarémos aquí; ¿qué hombre de mediano corazon no ha llorado con ellos? Jamás rayó á tal altura la elegía profana en la lira de los más inspirados poetas, jamás con tan dolorosos acentos fueron lloradas la ruina de una ciudad y la desolacion de todo un pueblo!

El sentimiento dominante el Jueves fué el de majestuosa solemnidad; el del Viernes es el de profundísimo abatimiento. Repara de paso cómo las costumbres han ido acomodándose en todo á esta bellísima gradacion de sentimientos, guiadas por el espíritu de la Iglesia. Suspéndense los negocios y diversiones, andan á pié los príncipes y magnates, el silencio y compostura reinan en calles y plazas, la misma naturaleza parece tomar parte en aquel duelo general. Un solo sentimiento preocupa todos los corazones y refleja en todo su severidad y tristeza. ¿Quién no le ha visto á nuestro pueblo en la madrugada de este dia recorriendo silenciosamente las estaciones hasta la hora de los Oficios divinos? ¿Quién no las ha visto, así á la ciudad como á la aldea, completamente transformadas, perdida su habitual fisonomía?

Tal seria la sombría quietud, la profunda emocion que reinarian en Jerusalen y en sus calles y plazas poco despues de consumado el horrendo deicidio. Sólo que allí debió ser el estupor y la postracion de los remordimientos, lo que es aquí afecto suavísimo de la piedad y de la compasion.

En los divinos Oficios, las ceremonias hoy más que nunca simbólicas y misteriosas, ofrecen un conjunto conmovedor, hiriendo con fuerza al ánimo más indiferente. La Iglesia viste de negro; los sacerdotes al llegar al altar tiéndense tocando con sus frentes el pavimento, como en los dias de luto hundian las suyas en el polvo los ancianos de Judá; el canto es árido y seco, apenas acompañado por uno que otro lúgubre instrumento. Despues del canto de la Pasion, la Iglesia como si estuviera en la cima ensangrentada del Calvario ante el cuerpo del Redentor todavía palpitante en la cruz, emplea largo rato en tiernas oraciones por todo el mundo, por príncipes y pueblos, por sacerdotes y seglares, por los herejes y cismáticos y judíos, por los gentiles y excomulgados, extendiendo á favor de todos su maternal solicitud del mismo modo que murió Cristo por todos. Lee, pueblo mio, aquella serie de oraciones que tienes traducida en tus manuales. Un protestante de gran talento y de gran corazon convirtióse al oirlas en Roma, exclamando como Salomon en el célebre litigio de las dos madres: «¡Esta es la verdadera madre segun el amor que por todos manifiesta! ¡Esta es la verdadera esposa de Cristo llena del mismo espíritu de Cristo!» Sigue la adoracion de la cruz, que nuestros monarcas acompañan con el acto de indultar á varios reos de pena capital; ¡hermosa inspiracion del Catolicismo! Procédese inmediatamente á sacar de la sagrada urna el Cuerpo sacrosanto, que el sacerdote recibe de un modo parecido al de las

Misas ordinarias, y concluye de repente todo en medio del mayor silencio.

Los templos quedan desiertos, sin adornos, ni luces ni flores, sin nada que indique la pasada solemnidad. El pueblo vuelve tranquilamente á sus ocupaciones, y al anochecer se nos hace difícil concebir que la mañana de aquel dia haya sido una de las principales festividades del Cristianismo. No obstante, la Iglesia conserva hasta la Misa del dia inmediato su misma severidad y muda tristeza. Si quisiese explicarte el efecto que en mí producen todos los años estas horas que median entre la terminacion del Oficio del viernes y el *Gloria in excelsis* de la Misa del sábado, diria que son para la Iglesia esposa de Cristo lo que para una viuda desconsolada aquellas primeras horas de soledad y abatimiento que pasa la triste en el silencio de su habitacion, inmediatamente despues del entierro de un esposo amado, cuando resuenan aún en sus oidos los últimos ecos de la pompa fúnebre con que ha visto conducirle á la última morada.

La Cruz es el emblema principal de la Semana Santa, y debe serlo de toda la vida del hombre cristiano. Es además un libro sublime que en estos dias más que nunca se ostenta de par en par abierto á los ojos de todo el mundo; libro en el cual hasta los más ignorantes pueden leer, y con el cual pueden llegar á ser completamente sabios; libro en el cual han de venir á estudiar los más sabios, so pena de quedarse en lo que más les interesa profundamente ignorantes. Saber este libro es poseer la más calificada ciencia de cuantas pueden ilustrar y esclarecer el humano entendimiento. Mucho sabia de cuanto en el siglo se enseña el gran Apóstol de las gentes san Pablo, que no era rudo pescador de Galilea como sus compañeros, sino sapientísimo doctor de la vieja Ley; y no obstante, despues de su maravillosa conversion, declaró no querer entender ni enseñar otra cosa que este libro de que hoy tratamos. *Scire Jesum,* decia, *et hunc crucifixum.* Acabemos de descifrar el sentido de esta alegoría. Este libro es Cristo crucificado.

Subamos al Calvario, que aquel es hoy y siempre nuestro propio lugar, del que no le es lícito á ningun buen cristiano separar la atencion, y menos en tan solemnes dias como los presentes. Pavorosa oscuridad rodea el lúgubre montecillo destinado, cerca de Jerusalen, para las ejecuciones de pena capital. Tierra y cielos, al rededor del patíbulo que allí acaba de levantarse, dan muestras harto elocuentes de que no es un reo comun el que allí agoniza y espira. Diríase que es duelo general el que por Él visten todas las criaturas. A uno de nuestros clásicos más profundos plácele más bien considerarlo como universal recogimiento de todos los séres en muda consideracion del objeto que clavado en aquella cruz se les ofrece. Parécele á este nuestro escritor que á posta corrió el Eterno Padre las cortinas de los cielos y oscureció sus eternos luminares, para que con esta oscuridad quedase «el santo monte hecho un oratorio celestial, dando materia de contemplacion con aquel santo y vivo Crucificado que allí estaba.» Aprovechémonos, pues, nosotros de esta oscuridad y misteriosa penumbra; subamos, y al pié de la cruz, ante el Salvador ensangrentado y moribundo, como en libro extendido y de par en par abierto sobre el atril, estudiemos y aprendamos. No, como en el Sinaí, se nos prohiben en este monte atrevidas miradas. Aquí se nos permite leer sin reparo; más aún, se nos manda. Y no en tablas de piedra se nos presenta escrita la ley por el dedo de Dios, sino en páginas de carne viva surcadas con caracteres de sangre por la mano pesada y feroz de nuestras maldades. Quien aquí no acierte al menos á deletrear, como no sea porque el llanto le tenga anublados los ojos y anudada la garganta, dése ¡ay Dios! por irremediablemente desahuciado.

Lee aquí, cristiano, y considera tu sér de hombre pecador, porque esas llagas y esa sangre te están diciendo de quién son obra y á qué expiacion y justo castigo fueron debidas.

Lee aquí y considera tu condicion de hombre redimido, porque todo eso cuestas y todo eso pesas y todo eso vales en la balanza justiciera de Dios Padre, que para contrapesarte no ha querido echar en ella menos que su propio Hijo.

Lee aquí y considera cuál debió de ser la inmensidad del agravio que tu caida infirió á la Divina Majestad, cuando por deshacerlo resolvióse el mismo Verbo Eterno á someterse á tan dolorosas aventuras.

Lee aquí y considera cuán grande y nobilísimo es tu rango actual, pues para hacerte de su familia el Unigénito de Dios no ha vacilado en escribirte con su propia sangre y en su propio cuerpo esa ejecutoria de nobleza.

Lee aquí y considera lo magnífico de tu porvenir en el reino de los cielos que se te guarda, pues para conquistártelo como á punta de lanza ha salido tu Redentor tan gloriosamente herido y maltrecho de esta rigurosa campaña.

Lee aquí, por fin, y considera lo espantoso de tu responsabilidad, y el compromiso terrible en que te ponen ¡infeliz! esa sangre derramada, ese cuerpo acardenalado, esas agonías de muerte, esa afrentosa cruz.

Despues de lo cual no te es dado ya escoger más que entre dos extremos, y esos tan distantes entre sí como el cielo y el abismo: ó por los méritos de esa cruz ser eternamente con Cristo salvado y reinar con Él gloriosamente, ó por el juicio tremendo de esta cruz ser por Cristo eterna é irremisiblemente condenado. Que la cruz y la sangre de Cristo Dios ¡óyelo bien, cristiano! ó irremisiblemente y para siempre te han de salvar, ó irremisiblemente y para siempre te han de perder. Serán para tí lo que quieras, entiéndelo bien, lo que por tus obras quieras, ¡aliéntate si eres fiel, estremécete si eres malvado! ¡eso que por tus obras quieras... eso irremisiblemente serás!

. . . .

¡Libro de par en par abierto y sobre el atril de la cruz extendido á los ojos de toda generacion y de todo pueblo! ¡Libro cuyos misteriosos sellos acaba de romper la muerte, haciendo patentes al mundo sus secretos de eterna salvacion y de condenacion eterna! Dia y noche vendrémos nosotros á leerte y á estudiarte. ¿A quién irémos? Tú solo tienes palabras de vida. Tedio nos da leer y escuchar tantas cosas como por ahí cada dia se dicen. ¡Callen los doctores, enmudezcan los sabios; háblanos Tú, Tú solo, Verbo del Padre, Verdad esencial, Verdad sustancial en ese sublime libro revelada! Y en el recogimiento y soledad silenciosa de esta tarde solemnísima de Viernes Santo; lejano el ruido del mundo y de sus vanas disputas y de sus presuntuosas enseñanzas; desierto ya el Calvario de los que indiferentes te olvidan ó rencorosos te aborrecen; unidos nosotros al reducido grupo leal que al pié de la cruz cree todavía y ama y espera, serás acá nuestra luz, nuestro consuelo, nuestra esperanza; y dentro poco en más serena region nuestra inmortal recompensa.

Tres horas pende Cristo en la cruz: á ella ha subido el Sumo Sacerdote como á su altar, y allí va á consumar su gran sacrificio.

Vedle: tres horas permanece allí acongojado y moribundo: tres horas en que expresamente diríase prolonga Él su amarguísimo padecer: tres horas en que no se resuelve á acabar de despedir del cuerpo su alma benditísima: tres horas que si por su tormento pudieron parecerle tres siglos, por su amor pudieron tal vez parecerle tres solos instantes: tres horas que entretiene y dilata, paladeando y saboreando al parecer con rara fruicion las gotas todas de aquella acerba agonía.

No os asombre la dilacion; está el gran Sacerdote en el punto más importante de su Misa, y gózase como fervoroso en prolongarla. Está haciendo á solas con su Padre celestial los preciosos *mementos* de ella.

¡Es esta su Misa, su gran Misa! es el altar la cruz, son su sacrosanto cuerpo y alma la hostia y el cáliz; es el amor que le inmola su propio sacerdote.

Sacrificador y sacrificado á la vez, Sacerdote y Víctima, oblacion y oferente, Cristo Dios en aquella hora solemne presenta á su eterno Padre su Cuerpo y su Sangre como precio de la Redencion humana.

Empezó tal Misa cuando en el huerto inició su dolorosa Pasion; la concluirá cuando, inclinada la cabeza, lance el postrer suspiro.

Y estas tres horas de agonía, interrumpida sólo por alguna que otra palabra de altísima significacion; estas tres horas entre el luto de los cielos y el pavoroso estremecerse de la tierra; estas tres horas en las que permanece la augusta Víctima en recogido é interior coloquio con su Padre celestial, son, como hemos dicho, los *mementos* de este su penoso sacrificio.

Súpolo bien acertar aquel dichosísimo ladron, que tal coyuntura aprovechó para recomendarse á sus intenciones, y logró al punto verse satisfecho. *Memento mei,* le dijo, y mereció especial y particular *memento* del Hijo de Dios.

¿Os parecen largos los plazos que en tal ocupacion emplea el Sacerdote divino? Considerad lo inmenso y sin fin de las intenciones por las que aplica aquella su primera Misa.

Pero nó, no os anegueis en el mar sin fondo de esta consideracion. Una sola cosa dígase cada uno á sí propio. Es reflexion sublime y que no puede menos de haceros honda impresion.

El divino Sacerdote ora en aquellos instantes. Y ora por mí.

Sí: por mí, como si por mí solo orase, porque la oracion de un Dios no se divide ni amengua porque se haga por otros, ni le es distinto hacerla por uno ó hacerla por mil. Ora, pues, por mí, como si en toda la extension del mundo y de los siglos no viese más que á mí.

Ora por mí, á quien ve desde lo alto de su cruz, en el decurso de los tiempos futuros, para Él eternamente presentes.

Ora por mí, á quien conoce clara y distintamente, como al ladron que tiene á su lado, ó como á su Madre á la que tiene á sus piés.

Ora por mí, á quien divisa entre mil y entre millones; á quien llama por mi nombre; á quien conoce por mi fisonomía; de quien sabe el punto y hora del nacimiento, del bautismo, de la eleccion de estado y del morir.

Ora por mí, á quien ama y compadece, para quien prepara auxilios, y de quien perdona injurias, y de quien le afligen ya anticipadamente negras infidelidades.

Ora por mí, en mí piensa, en mí se fija, á mí atiende. ¡Gran cosa debo de ser, cuando *en mí* se ha fijado el más importante pensamiento de este moribundo, que es Hijo de Dios!

¡Ah! No es posible sondear toda la profundidad de este pensamiento, ó agotar su infinita dulzura.

Pero ¡cuán terrible ha de ser en la última hora tenerlo clavado en el corazon, como acusador de una vida ingrata á Dios! ¡Dios muriente pensó en mi, y yo le he robado á Dios el pensamiento de toda mi vida! ¡Qué horrible derecho dará eso á la justicia de Dios! Tan horrible derecho le dará á su justicia, como estrechísimo es el que le ha dado á mi amor.

Debo, pues, elegir. ¡O el amor de Dios ó su odio! ¡O el eterno abrazo del Padre, ó la eterna reprobacion del Juez!

¡Oh Señor! ¡oh Padre! ¡oh Juez! *Memento mei, Domine, cum veneris in regnum tuum.* Amen.

Los recuerdos históricos de la Pasion del Señor traen más que nunca á la memoria del fiel cristiano en estos dias las presentes amarguras de la Iglesia crucificada.

En cruz, sí, vedla en cruz á la inocente víctima que, como su Maestro, lleva sobre sí las iniquidades de todos, inmolándose de contínuo por la salvacion de todos. El mundo moderno es el Calvario de este nuevo y desapiadado deicidio; acerquémonos, lectores mios, al teatro de la dolorosa tragedia, atendamos á las acusaciones que arroja de sí el inícuo proceso. Nada más irritante, pero tambien nada más instructivo: la cruz es un cadalso, pero es tambien una cátedra, y las lecciones que en torno de ella se recogen, compensan bastante lo angustioso de las lágrimas que la indignacion hace derramar á los corazones generosos. El espectáculo del suplicio y de sus circunstancias tiene aquí una elocuencia que deseamos hoy más que nunca no les pase desapercibida á nuestros amigos.

Que el mundo moderno se halla en abierta y tenaz rebeldía contra la Iglesia católica, fuera decir poco si no añadiéramos que esta rebeldía es ya clara y desenmascarada persecucion. Persecucion, sí, y nadie se asombre de la entereza con que repetimos la palabra. Persecucion, sí; la Iglesia católica en el siglo diez y nueve, y en las naciones de Europa principalmente, se halla, no ya sólo desatendida y despreciada, no únicamente tolerada como institucion mortificante y enojosa, sino verdaderamente perseguida como contraria al bienestar general, nociva á los públicos intereses, incompatible con lo que se llama la civilizacion y el progreso moderno. No tenemos para qué pasar revista á las naciones del continente europeo para cerciorarnos de esta verdad. Con menos riesgo y mayor calma lo hará por su cuenta cada uno de nuestros lectores; contentarémonos nosotros con dejar perfilados los rasgos generales del cuadro, al que añadirán ellos los convenientes detalles.

¿Qué ha hecho la Iglesia católica para que la maltrate como vemos el mundo moderno? Libros debiéramos escribir, que no artículos, para contestar cumplidamente á esta pregunta. Para hacerlo como en cifra y abreviatura, dirémos que no ha hecho más que bien. Considerémoslo, áun bajo el aspecto meramente humano, ya que éste es el que toman por blanco del ataque sus enemigos, y verémos que nunca se vieron mayores bondades pagadas con más negras ingratitudes.

Tuvo durante muchos siglos el ascendiente de la autoridad y reconocida cierta alta direccion sobre todos los poderes del mundo, y la ejerció siempre en bien de los débiles y de los oprimidos. No hubo abuso del poder que ella no anatematizase, ni antojo despótico á que se rindiese, ni atropello público ó privado contra el cual no protestase. En los siglos de su odiada preponderancia desempeñaba con grandiosa majestad el papel de *tribuno del pueblo*, y á la vez que con una mano colocaba y aseguraba sobre la frente de los reyes la corona, trazábales con la otra una valla severa que los contenia en los límites del respeto á la ley de Dios y á los derechos de la dignidad humana.

Tuvo el ascendiente del genio, y derramó á manos llenas los tesoros de la ciencia sobre las naciones; creó museos, formó bibliotecas, protegió las artes, puso en las manos del hijo del pueblo el libro, el pincel y el buril, antes de que conocieran siquiera estas cosas los que en daño suyo quieren alzarse hoy con el monopolio de toda ilustracion y de todo progreso.

Tuvo el ascendiente de las riquezas, y las empleó siempre en beneficio de los pueblos, proporcionando consuelo á todo dolor y alivio á toda miseria. Fué la tesorera de los pobres en el más hermoso y exacto sentido de la palabra. Todo lo que se ha hecho en el mundo, de diez y nueve siglos acá, en materia de beneficencia pública y particular, es obra suya. De todo puede reclamar, con los títulos en la mano, la exclusiva paternidad.

Agregad á esto beneficios de órden superior, aunque menos tomados en cuenta por nuestro siglo groseramente materialista: el nombre de Dios conocido y glorificado; las costumbres purificadas; la naturaleza humana elevada á la santidad; la autoridad paterna ennoblecida; el nudo conyugal santificado; la mujer elevada al rango de compañera del hombre; el esclavo rotas sus cadenas de cuarenta siglos; nuevo derecho internacional, nuevas leyes de humanidad en la guerra, nuevo espíritu en la legislacion; nueva civilizacion, en una palabra, en lugar de la civilizacion pagana, egoista, opresora, brutal, degradante; y todo, todo obra suya, todo debido á la eficacia de sus Apóstoles, todo debido al lento trabajo de sus Pontífices, todo hijo del perseverante cultivo de su clero, todo, en una palabra, milagro y puro milagro de su intrínseca divina virtud. Imágen del divino Fundador; así como Éste vino al mundo principalmente para salvar las almas, pero no se desdeñó por esto de curar los cuerpos, así ella, cuya mision esencial es la de dirigir á Dios los corazones y labrar su felicidad eterna, no se ha desdeñado de labrar al mismo tiempo su bienestar temporal y hacerse tutora eficaz de sus mismos intereses humanos.

Y á todo esto, ¿qué se le da por paga? ¿cómo se le agradecen tantos desvelos? ¿cómo se le recompensan tanta abnegacion y sacrificio?

¡Ah! Presentes nos figuramos estar hoy dia en la plaza de

Jerusalen, y oir la destemplada gritería del pueblo judío, cuando nos fijamos en los que llama nuestro siglo órganos de la opinion pública (reina del mundo por más señas); cuando leemos sus periódicos, escuchamos sus oradores, observamos las maquinaciones de sus diplomáticos. Aquí, como en Jerusalen, son contradictorias las acusaciones, y se refutan uno á otro los falsos testigos. Escuchadlos por vida vuestra; ¿quién no los oye cada dia?

«La Iglesia es enemiga de la libertad; es aliada natural de todas las tiranías; es hora de que se alcen á una contra ella los pueblos todos, si han de ser libres.

«Es enemiga de los Gobiernos; seduce las turbas; perturba las conciencias; alborota las masas; socava todos los poderes; ninguna precaucion es poca contra ella.

«Es atrasada; es ignorante; aborrece la luz; quiere volvernos al oscurantismo; es opresora del pensamiento.

«Quiere para sí el monopolio de la instruccion para mejor avasallar las inteligencias; por eso pide libertad para su enseñanza.

«Inculcando el desprecio de los bienes terrenos, es enemiga de la prosperidad de las naciones; fomenta la pereza; nos quiere sumir en ocioso misticismo, hacer del mundo un monasterio.

«Es activa, tenaz, acaparadora de bienes mundanales; dejadla, y todo irá á parar á sus manos.

«Pasó su época; carece de toda influencia; el Pontificado es una momia allá de la Edad media, y el Vaticano es su panteon: está muerta.

«Guardarse de ella; es una conspiracion universal contra la civilizacion; se agita en todas partes, hoy como nunca, el mónstruo del clericalismo.»

¡Gran Dios! ¡Y es este el proceso contradictorio (y no hay otro, amigos mios), y es este el proceso absurdo por el cual se la sentencia á muerte, y se carga sobre sus espaldas la cruz, se la conduce cuesta arriba de un doloroso Calvario, y se la crucifica y se la sacia de hiel y vinagre entre blasfemias, sarcasmos y rechifla de la multitud, seducida por quienes tienen sobrado interés en mantenerla en tales errores y preocupaciones! ¡Y son estos los cargos que pesan sobre la frente de la augusta víctima, y por ellos la tienen clavada en cruz como malhechora, á ella la madre del género humano, á ella la eterna amiga y protectora del pueblo, á ella la enviada del cielo, la hija excelsa de Dios!

¡Ah! sí, en cruz está; en cruz, arrostrando todas las iras y sobrellevando con divina resignacion todos los ultrajes. La turba, acaudillada por escribas y fariseos, hace befa de sus amarguras; los buenos ¡dichosos ellos! agrupados al pié de la cruz recogen sus palabras de vida y se asocian á sus padecimientos, y se muestran más firmes y leales cuanto la ven más villanamente combatida. Pero... ¿qué veo?... mirad á su rededor; mirad el cuadro del mundo; mirad si no se reproducen tambien en él los pavorosos síntomas que acompañaron la crucifixion del Salvador. En cruz está la Iglesia; pero mirad perturbada la paz del mundo; revueltos en la sociedad todos los elementos; eclipsado el sol de la civilizacion con densos y ensangrentados nubarrones; preocupados de vago terror todos los pechos; desquiciado todo; bamboleando todo, la familia, la propiedad, el órden público, los tronos; sufriendo todo récio y desecho temporal. En cruz está la Iglesia; pero no están por eso tranquilos sus enemigos; azorados se les ve, como los fariseos en el Calvario, correr de una á otra parte, como si bajo sus piés sintiesen retemblar el suelo y abrírseles la tierra vengadora de su iniquidad. En cruz está la Iglesia; pero firme, firmísima, ella sola serena, ella sola esperanzada, ella sola derramando paz y consuelo sobre los suyos, ella sola faro del incierto porvenir, ella sola luz nunca oscurecida, nunca palideciente en medio de la negrura del horizonte que la rodea. En cruz está; pero áun estando en cruz conquista almas y rinde voluntades y subyuga corazones, y vienen cada dia uno tras otro antiguos enemigos suyos á postrarse á sus piés y á decirle, golpeando sus pechos como el Centurion: «Verdaderamente el Catolicismo es la religion verdadera.»

¡Ah! Dejad, dejad, amigos mios, dejad que pase esta breve tarde de Viernes Santo con sus angustias y tinieblas. En cruz está la Iglesia, sí, en cruz está, pero la cruz en que está crucificada la ha clavado á su vez Dios como una cuña en el corazon del mundo, y por más que forcejee este mundo para arrancársela de sí, y por más que en esta empresa le ayude el infierno con todos sus furores, no temais, la cruz no será arrancada. La cruz en que vive crucificada la Iglesia es á la vez el trono con que reina sobre el universo y el yugo con que enfrena bajo sus piés todo el poderío de Satanás. Lo prometió Dios, y lo muestra diez y nueve siglos há la historia, y lo canta en estos dias con sublime magnificencia la Iglesia: *Regnavit à ligno Deus.*

PASCUA DE RESURRECCION.

El Sábado Santo y sus ceremonias no son sino una anticipacion de la gran fiesta de Pascua. Lo que se hace en la iglesia aquella mañana corresponde á la noche siguiente, durante la cual, cantándose las profecías y bendiciéndose el cirio pascual, el canto del *Gloria* de la Misa y la celebracion del aleluya coincidirian con el amanecer del domingo, hora en que se verificó la Resurreccion gloriosa de nuestro Salvador. Teniendo en cuenta esta observacion se comprende perfectamente todo el ceremonial del Sábado. Se empieza sin luces, principiando el sacerdote por bendecir el fuego con que han de encenderse. Este fuego no se toma de otro fuego, sino que se saca del pedernal, para que sea nuevo en todo el rigor de la palabra. Encendidas con él tres velas en memoria de la santísima Trinidad, el diácono se reviste de ornamentos blancos, y sube al púlpito para saludar desde él la aparicion de la nueva luz, que simboliza á Cristo resucitado. El *Exultet* que entonces canta es una de las mejores piezas de poesía y elocuencia sagradas. El representante de la Iglesia recoge las enhorabuenas del cielo y de la tierra, y se las devuelve al mundo con regocijo y entusiasmo. A medida que adelanta el canto van alumbrándose con la nueva luz, primero el cirio pascual, símbolo de la humanidad de Cristo, y de él va tomándose para las lámparas del templo y para las velas del altar. Luego se bendicen las pilas bautismales con los santos óleos recientemente consagrados, porque la Iglesia quiere que la resurreccion de Jesús sea solemnizada con la renovacion de todo. El clero vuelve de las pilas bautismales cantando las letanías. La funcion es de suyo larga, y diríase que la Iglesia va prolongándola á propósito para que sea suspirado con más impaciencia el gozoso aleluya. Acabadas las letanías empieza la Misa con pausa y solemnidad, y al entonar el sacerdote el *Gloria in excelsis*, rompe en verdadero estallido de júbilo lo que hasta entonces parecia comprimido por la tristeza. Todo lo que tiene voz en la iglesia ó fuera de ella la suelta alegre y regocijada: el órgano con lo más estrepitoso de sus clarines, las campanas con su festivo repiqueteo y pomposos dobles, el cañon retumbando desde lo alto de las fortalezas, y el pueblo celebrándolo por calles y plazas con sendas descargas de escopeta ó de mortecete. La expansion de júbilo y entusiasmo es tan visible en los verdaderos cristianos como lo fué dos dias antes el terror religioso y la santa tristeza.

El dia grande y verdaderamente esplendoroso en la Iglesia de Dios es el domingo de Pascua. La idea del triunfo de Cristo sobre sus enemigos lo llena todo. Todas las frases del rezo eclesiástico y de la Misa sin gritos de victoria entrecortados por repetidos aleluyas: la Iglesia asemeja su lenguaje al de todo hombre poseido de viva satisfaccion, á quien la misma intensidad de ella no permite ninguna razon seguida. La Epístola es brevísima, que la emocion poderosa no permite largos razonamientos. El Apóstol se limita á recomendarnos la espiritual renovacion de nuestro espíritu á semejanza de la Resurreccion corporal del Salvador. El Evangelio es corto tambien, y refiere la sorpresa de las piadosas mujeres al visitar el sepulcro la madrugada del domingo y al hallarlo vacío, recibiendo de un Angel la feliz noticia de la Resurreccion. ¡Qué hermosa es la *Secuencia* que se canta antes de este Evangelio!

Es la Pascua una de las festividades católicas á las cuales más íntimamente se ha asociado el espíritu popular. En algunos puntos se recuerda el primer encuentro de Jesús resucitado y de su Madre purísima haciendo salir las Imágenes de ambos de dos puntos distintos, y que se encuentren en un sitio designado. Quítase entonces de la Vírgen el velo negro de viuda que la vestia y aparece en traje de gala, entre tanto que clero y pueblo la saludan con aquel hermoso parabien: *Regina cœli: Reina del cielo, alégrate, aleluya, etc.* En otros se lleva cubierta la imágen del Salvador hasta el lugar más céntrico de la poblacion. Allí un niño de coro vestido de ángel entona los *aleluyas* y canta á la muchedumbre desde un sitio elevado las hermosas palabras del Evangelio con que fué anunciada á las piadosas mujeres la feliz nueva de la Resurreccion. La hora fresca de la madrugada, la estacion florida y risueña, el canto matinal de las aves, el olor de la verde retama, el alborozo de todo un pueblo prestan á esas ceremonias los encantos de la más hechicera poesía. ¡Y eso se desdeña ¡ay Dios! por tantos falsamente ilustrados! ¡Y eso no obstante es lo verdaderamente popular; eso le llega al corazon á nuestro buen pueblo, no el mentiroso entusiasmo con que se pretende que celebre ideas y objetos que no ama ni comprende!

En nuestras católicas poblaciones levántanse antes del alba los mozos de la vecindad, y reunidos en coro al son de instrumentos populares despiertan al pueblo con las enhorabuenas de la Resurreccion. ¡Hasta la galantería de nuestro buen pueblo es profundamente católica! ¡Hasta en eso ha puesto la Religion su divino sello! El canto de las *camarellas* ó *caramellas*, cuya antigua letra está impregnada de sentimiento religioso, resuena en plazas y callejuelas, y es correspondido con muestras de cariñosa benevolencia desde balcones y ventanas. La cestita engalanada, que hasta ellos se hace subir, suele bajar de allá colmada de regalos, á los cuales á la vez se corresponde con ramos de flores. ¿Y por qué todo esto? El pueblo español sólo tiene una respuesta, que para él es concluyente y satisfactoria: ¡Porque el buen Jesús ha resucitado!

La Pascua de Resurreccion es para la Iglesia y debe ser para todos sus hijos una prenda é imágen de la Pascua eterna del cielo, como la Pasion del Hijo de Dios es la imágen y figura de los sufrimientos del buen cristiano sobre la tierra.

¡Arriba, pues, arriba los corazones! ¡Arriba, arriba los ojos anegados en llanto! ¡Arriba, arriba las manos encadenadas! ¡Arriba, arriba los brazos cansados de la encarnizada lucha!

No sé si les ha sucedido á mis buenos lectores despertar tal vez de una cruel pesadilla en la cual la imaginacion les causó horribles sufrimientos; en la cual se vieron en poder de enemigos encarnizados, ó sumidos, ó próximos á caer en abismos sin fondo. No sé si les ha sucedido en medio de tales angustias, cuando el corazon late apresuradamente y un frio sudor hiela los miembros, cuando la garganta despide ahogados gritos de terror, y el cuerpo todo experimenta convulsivos estremecimientos, despertar de repente á la voz de un amigo y abrir los ojos y sentirlos inundados de súbito con la esplendorosa luz de la mañana, y comprender al instante que todos aquellos horrores que nos atormentaban eran pura ilusion, y que la magnífica realidad son los hermosos rayos de luz que derrama el sol sobre nuestro rostro. ¡Ah! ¡Con qué suspiro tan desahogado se dilatan entonces nuestros pechos! ¡Cuán poco tardamos en sonreir de placer, y áun tal vez en reirnos placenteramente de nuestros pasados cuanto ficticios temores!

Amigos mios: esta es la vida; esto y no más: una pesadilla dolorosa de cuarenta, cincuenta ó sesenta años. Al fin se despierta de ella y se amanece en otras orillas de espléndidas auroras, de espaciosas lontananzas, de horizontes sin fin, de luz, de amor y de siempre cumplidas esperanzas!

Escuchadme, por vuestra vida, un raciocinio claro, sencillo, pero irrebatible.

—¿Hay Dios?—Claro que sí.

—Luego hay justicia.—Evidente.

—No hay justicia en este mundo.—Demasiado cierto.

—Luego ha de haberla en otro.—Sin réplica.

—Resúmen. Luego, ó no hay Dios, ó este Dios guarda un cielo de recompensas para la virtud, y un infierno de castigos para la maldad.—Es concluyente.

Ahora bien. Oidme los lastimados, los doloridos, los quejumbrosos. Oidme los que llorais bajo el yugo de abrumadoras tiranías; los burlados y escarnecidos; los vejados y atropellados; los que desde Leon XIII hasta el último mendigo fiel bebeis á grandes sorbos el cáliz de una Pasion amarguísima y duradera. ¡Hay Dios! ¡Hay cielo!

Se piensa poco en la eternidad dichosa, y hé aquí la causa frecuente de nuestras zozobras y desalientos. Mirad de noche la estrellada bóveda que nos cobija; miradla de dia radiante de luminoso y purísimo azul: su grandiosidad y belleza son apenas imágen pálida de la patria feliz á que aspiramos. Allí hemos de reinar; allí hemos de ser eternamente dichosos; allí se nos guarda corona inmarcesible en premio de nuestros actuales combates. Dios reina allí, y Dios es mi Padre. Allí está, pues, la casa de mi Padre que estoy llamado á poseer. No se creeria pobre el que tuviese á la vista rica herencia de que va á tomar muy luego posesion, y cuyos títulos tiene ya en la mano. Así debe mirar el cristiano la eterna felicidad; así debe considerar lo que tras la muerte de este su mísero cuerpo le espera. Lo tiene prometido Dios, Dios cuyo palabra no miente. Lo tiene ganado mi vida, mi vida cuyos méritos no han de quedar sin galardon.

Hé aqui mis titulos, títulos indefectibles y de seguridad absoluta si yo, insensato y loco, no cometo la impiedad de desheredarme voluntariamente, rasgándolos por medio del pecado y de la impenitencia. De mi pende; que Dios su concurso no me lo ha de negar: de mi pende, y de la cooperacion que yo preste á sus gracias innumerables. Puedo decir á boca llena que con sus manos me alarga Dios el cielo, y que sólo exige extienda yo las mias para recibirlo. Sólo puedo perderlo obstinándome en no alargar la mano á dádiva tan generosa.

¡Oh cielo! ¡Oh patria feliz! ¡Oh inacabable bienandanza! ¿Quién hay que aprecie lo de acá abajo, si con alguna detencion se pone á considerar la grandeza de lo de allá arriba?

Animo, pues, amigos mios; permaneced firmes en el bien, y no os arredren dificultades. Es corto el plazo de sufrir; pero es eterno el de la dicha que nos espera.

Hay semana de Pasion; pero hay eternidades de Pascua.

Hay negras sepulturas custodiadas por enemigos armados y suspicaces; pero hay Resurreccion gloriosa y confusion de verdugos. Hay noches tristísimas de soledad y luto; pero hay auroras clarísimas de gala y de aleluya.

¡Cómo se trocaron las suertes en Jerusalen aquella dichosa madrugada que siguió á los dias de la Pasion! Los verdugos ¿dó están? ¿Dónde el Calvario ensangrentado y el afrentoso patíbulo? ¿Dónde los cálculos de la Sinagoga?

¡Ay Dios! ¡Y qué tan poco nos acordemos de estas magníficas enseñanzas de nuestra fe!

Una palabra tiene diez y nueve siglos há en los labios la Iglesia de Dios; una palabra que continuará saliendo de ellos sin interrupcion hasta la consumacion de los tiempos. Esta palabra es la que compendia en cierto modo toda la fiesta de hoy: ¡Aleluya!

Aleluya cantó mientras sus hijos espiraban uno á uno destrozados por las fieras en los circos romanos, ó entregaban su cabeza á la cuchilla de los verdugos.

Oprimida, diezmada, chorreando sangre por todos sus miembros, frente á frente de un mundo poderoso que empleaba en destrozarla un lujo horripilante de ferocidad, durante tres siglos de desigual combate mostró siempre en los ojos la luz de la esperanza, en los labios la sonrisa de la mansedumbre, y nunca cesó de repetir el *aleluya* gozoso que aún hoy lanza al mundo del siglo XIX.

Ese *aleluya* es un cántico de victoria. ¿Qué secreto poder es, pues, el de esa institucion que, confesándose oprimida, vejada y destrozada, tiene no obstante valor y serenidad suficientes para desafiar á sus verdugos con tales alardes? Respuesta sencilla. Tiene el secreto poder que Dios ha dado en todos tiempos á la verdad y al bien; el de ser aparentemente vencidos siempre en su lucha eterna con el error y el mal, y ser realmente vencedores siempre en esta misma espantosa lucha. Y como la Iglesia, despues de Dios, ó mejor, como Dios mismo es la personificacion más completa de la verdad y del bien sobre la tierra, de ahí que la Iglesia sea tambien en apariencia eternamente vencida en sus luchas con el mundo, pero en realidad eternamente vencedora. Por lo primero gime y gemirá perpétuamente. Por lo segundo llenará siempre los ámbitos del globo con el festivo y triunfal *aleluya*.

—¡Contradiccion! exclamará alguno.

—No contradiccion, amigo mio, no contradiccion, sino misterio, pero misterio más claro que la luz del dia. Misterio que tiene en su favor por testigos todos los capítulos de la historia. Misterio que es la desesperacion del infierno, condenado á crucificar, y á matar, y á sepultar eternamente á la Iglesia, sin acabar jamás de dar cuenta de ella. Misterio de consuelo para todo católico que se sienta alguna vez sobrecogido de abatimiento ante la ruda persecucion que por todas partes nos embiste.

Nuestra Pasion es perpétua. Pero es tambien perpétua nuestra Resurreccion. Hay una mano infernal que empuja con fuerza la nave para sumegirla, pero hay otra mano divina que la sostiene constantemente á flote. ¿Es verdad ó no?

Desde que un grupo de pobres fariseos se entretenia en cerrar herméticamente con los sellos públicos las junturas del sepulcro del Salvador, de donde habia de salir la corriente de la verdad á inundar las cinco partes del mundo; desde aquel dia memorable en que ponian guardas de vista á la puerta de la cueva para impedir que los discípulos robasen el cuerpo de aquel *Embaucador*, ¿cuántas veces imaginó el mundo acabar presto, muy presto con la obra del Crucificado? ¿Y cuántas y cuántas otras un enérgico *aleluya* ha venido á demostrarle que lo que él creia sepultado, andaba todavía lleno de vida, radiante como siempre de gloria y de majestad?

¡Aleluya! ¡aleluya! ¡Dejádmela repetir hasta cien veces esta palabra, recuerdo de nuestras victorias de ayer y prenda de nuestras victorias de mañana y de siempre! ¡Aleluya! ¡aleluya! ¡Cómo llena el corazon, como lo ensancha, y lo abre y lo desahoga esta gloriosa palabra! Concibo la inmensidad de las alegrías del cielo. ¡Qué será la alegría del cielo sino la alegría de un *aleluya* sin fin!

¡Luchar! ¿Y qué importa luchar cuando es segura la victoria? ¡Padecer! ¿Y qué importa padecer cuando el triunfo es infalible? ¡Morir! ¿Y qué vale morir, cuando hay la seguridad de una eterna resurreccion?

Decidme: ¿por qué ha sido combatida siempre la Iglesia de Dios? Claro está; porque nunca ha sido vencida. Si el infierno ha tenido necesidad de renovar tantas veces el ataque, es sin duda porque los anteriores le salieron siempre infructuosos. No la combatiera hoy si la hubiese vencido en el combate de ayer, ni la combatiera hace tres siglos si la hubiese vencido hace diez y ocho. Pues bien. La combatirá del mismo modo hasta el juicio final, porque ni aún entonces habrá alcanzado todavía la victoria que tantas veces se ha prometido. Hé aqui el misterio de esta Iglesia siempre vencida y siempre vencedora. Ambas cosas son verdad. Pero su vencimiento no pasa de ser pasajero y parcial; su victoria es lo que en el conjunto resplandece.

¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Que brame el infierno! ¡Aleluya! ¡Que maquinen los poderes de la tierra! ¡Aleluya! ¡Que se burlen de nuestras *exageraciones* los fariseos! ¡Aleluya! ¡Que triunfe la iniquidad, que nos abata, que nos abruma, que nos confunda, que incendie y demuela nuestros templos, que degüelle y despedace nuestros cuerpos, y sacie de hiel y de oprobio nuestras almas! ¡Aleluya y siempre aleluya!

Nuestra existencia sobre el mundo tiene dos aspectos diversos, ambos profundamente verdaderos. Es Pasion continua y es Pascua eterna. De un lado el eclipse, las tinieblas y las agonías del Viernes Santo; del otro los resplandores magníficos y la feliz alborada del dia de Pascua.

¡Bendita madrugada! ¡Aurora dichosísima que con tus tibios fulgores alumbraste la majestad de nuestra primera victoria! ¡Hora matinal en cuyo solemne y misterioso silencio resonó el primer *aleluya* cantado por los Angeles del cielo! ¡Palidecientes estrellas cuya dudosa claridad presenció la primera vergüenza de nuestros enemigos! ¡Que nunca cese de traeros á la memoria nuestra alma harto necesitada ¡ay! de vuestros consuelos! ¡que nunca cese de alentarnos vuestro recuerdo en las negras horas de la tribulacion! ¡que se conserve él fresco siempre, siempre lozano, con el verdor de una primavera eterna, en el corazon de los pueblos, para enseñarles á esperar siempre, á siempre esperar, y á nunca desfallecer!

Tiempo pascual se llaman los cuarenta dias que median entre Pascua de Resurreccion y la Ascension del Señor, á los cuales se añaden formando parte de él los de Pentecostés. Es tiempo de espiritual regocijo, es la primavera cristiana en todo su esplendor y lozania, coincidiendo con el verdor y lozanía de la otra natural primavera.

Cristo pudo dar por consumada su estancia entre los hombres el dia en que salió vencedor del sepulcro. De la cueva del huerto de José de Arimatea podia emprender su Ascencion á la gloria del Padre, sin que se le viese más en forma humana hasta el dia del juicio. No lo hizo asi, sino que permaneció conversando familiarmente entre los hombres otros cuarenta dias cabales, y sólo despues de muchas y detenidas entrevistas con ellos emprendió su vuelo á la diestra de Dios.

Varias consideraciones suelen aducir los santos Padres y expositores bíblicos para explicar la razon de esos cuarenta dias que quiso el Señor resucitado pasar todavía visible entre los hombres despues de su Resurreccion gloriosa. Y lo que aparece en primer lugar es que correspondia en gran manera á la ternura de su Corazon bondadosísimo recompensar desde luego con su divina presencia á los que tanto habian sufrido por su causa durante las horas dolorosísimas de su Pasion.

En efecto, de algunas de las apariciones que relata el sagrado Texto no se desprende otra idea que esa de indemnizar con grandes consuelos aquellas anteriores amarguras.

No se cita en los Evangelios la aparicion de Cristo resucitado á su Madre santísima, pero ¿quién duda que no debió citarla el Evangelista por parecerle ocioso dar cuenta de un hecho tan natural? El glorioso san Ignacio, al proponer este punto como otros en su admirable libro de los *Ejercicios*, indica que no lo citaron los Escritores sagrados, por suponer que todos nosotros teníamos harto buen juicio para adivinarlo. Como igualmente podemos comprender que tal aparicion fué entre todas la primera, y que fué continua hasta el dia de la Ascension, y no á ratos tan sólo como se concedió á los demás amigos del Salvador.

Lo que no es fácil comprender y mucho menos ponderar es cuán afectuosa fuera y de cuán regalados consuelos esta primera entrevista de los dos purísimos y encendidisimos Corazones. Ante esta escena, como ante las de la calle de Amargura, del Calvario y del Sepulcro, se queda muda la mayor elocuencia. Más fácilmente lo puede columbrar el alma en la quieta y recogida meditacion, que ponderarlo con frases y exclamaciones la voz ó la pluma. Dirémos solamente que el gozo debió ser en María y en Jesús tan inmenso como fuera antes su pena, y como lo habia sido y lo era entonces y lo habia de ser siempre su mútuo celestial amor.

Favorecida con análoga demostracion de cariño fué la Magdalena, aquella mujer tan grande en su arrepentimiento como antes lo fué en su extravío; tipo de las almas pecadoras, restauradas, rehabilitadas, ennoblecidas por la penitencia, que tiene su encanto divino como la misma angelical pureza. Y ciertamente son de gran interés los minuciosos detalles con que describe el Evangelista el afan de esa apasionada mujer buscando el cadáver del Salvador que creia robado; la manera delicada con que bajo disfraz y como por detrás de celosía se le aparece el dulce Maestro; el breve diálogo de divinos amores que entabla con ella; el súbito descubrirse á sus ojos, rasgando el velo del disfraz; y por fin aquel delicado encargo que le hace, á ella la extraviada, á ella la pública pecadora, á ella la infamada con mala nota por toda la ciudad, de llevar la noticia de la Resurreccion á los Apóstoles.

Ni cabe pensar menos de la aparicion que citan los Evangelistas hecha á san Pedro, aunque no la describen. El Apóstol, por breves momentos infiel y perjuro, habia recobrado despues de su pasajera infidelidad y cobardía todo el ímpetu y brios de su antiguo amor, que siempre fueron en él públicas y reconocidas estas cualidades. Por esto sin duda, y por su carácter de Príncipe-electo del Apostolado, y por su condicion de arrepentido pecador, mereció tambien especial visita, que se menciona como distinta de la hecha á los demás Apóstoles congregados y á varios discípulos de segundo órden, á todos los cuales repetidas veces se apareció el divino Resucitado. Tenemos bellamente descrita la aparicion hecha á los dos discípulos de Emaús, tan dramática, tan encantadora y llena de suaves cuanto profundas enseñanzas. La que hizo á los Apóstoles juntos el dia mismo de la Resurreccion, convidándoles á palpar su cuerpo para que se cerciorasen de que no era fantástico, sino muy real. La que hizo ocho dias despues á los mismos, estando con ellos Tomás, que no estaba el primer dia, y en que corrigió la terquedad de este discípulo en no querer aceptar plenamente el testimonio que le daban sus compañeros. La otra en el mar de Tiberíades, estando de pesca varios discípulos con Pedro, en que les mostró la singular fineza de pedirles de comer, y de comer con ellos para más asegurarles de su real y física personalidad. Y por fin la que concedió á muchos en un monte de Galilea donde les habia dado cita y á que concurrieron, dice el Libro sagrado, en número de más de quinientos.

El primer saludo obligado de casi todas estas apariciones era: «La paz sea con vosotros;» y la primera frase tranquilizadora de su ansiedad y turbacion era: «No temais.» Y se comprende la necesitasen los corazones flacos y muy vulgares de aquellos pobres pescadores, á quienes el horror de los recientes sucesos, el odio de toda la plebe de Jerusalen, las amenazas de los príncipes, y despues lo nuevo é insólito de la forma en que veian á su Maestro, habia de traer por fuerza como fuera de sí, y luchando entre el miedo de lo pasado y el pasmo de lo presente. Por esto vemos tan solícito al Salvador para darles toda clase de seguridades, y para volver de nuevo á su equilibrio aquellas almas agitadas por tan recia tempestad.

Además del cariñoso anhelo de consolar á los suyos y compensarles sus pasadas amarguras, tuvo por objeto principal Cristo nuestro Señor, en los cuarenta dias que permaneció visible en la tierra despues de su Resurreccion, robustecer la fe de ellos en este misterio, y por consiguiente en todos los demás de la fe cristiana, que sobre éste como sobre su principal fundamento debian estribar.

Es notable, en efecto, que si bien Cristo hizo durante su predicacion muchos milagros, nunca llamó tanto la atencion sobre ellos como sobre el postrero de todos, que debia ser el de su Resurreccion. Repetidas veces lo echaba como un reto á la incredulidad de sus enemigos y á las desconfianzas de sus propios discípulos. «Derribad, les decia, este templo de mi cuerpo, y en tres dias lo reedificaré.» «El Hijo del hombre, decia en otra ocasion, será escupido, azotado puesto en cruz, pero el dia tercero resucitará.» «Como estuvo Jonás tres dias en el seno de la ballena, añadia despues, así estará el Hijo del hombre tres dias en el seno de la tierra.» De suerte que era su tema constante antes de morir hablar de su Resurreccion. Y tanto lo era, que los mismos judíos tomaron pié de eso para pedir á Pilatos guardas y sellos para su sepulcro, como textualmente se lee en los Evangelistas.

La Resurreccion de Cristo habia de ser, en efecto, la columna maestra de todo el edificio cristiano. Gran milagro era que Cristo resucitase á un muerto, pero mayor sin comparacion habia de ser que Cristo muerto se resucitase á sí propio. Convenia por tanto que este milagro, más que todos, tuviese todos los caracteres de pública notoriedad que habian de hacer de él arma incontestable en manos de los primeros predicadores. Éstos, por otra parte, lo necesitaban más que nadie, ya por la debilidad de su naciente fe, ya por la espantosa contradiccion á que en ellos más que en nadie debia verse expuesta.

Por esto vemos que Cristo nuestro Señor no se contenta con aparecer una ú otra vez á sus Apóstoles y discípulos, sino que se les presenta repetidas veces, en lugares cerrados, en la orilla del mar, en la cumbre de los montes, de suerte que tiene con ellos casi igual familiaridad que antes de morir tuviera. Y no sólo se deja ver, sino que se deja palpar y examinar, y convida á que le palpen y examinen, diciéndoles: «Mirad que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que tengo Yo.» Y para alejar toda idea de que fuese ilusion ó fantasma, como algunos creian, conserva las señales de sus llagas en las manos, piés y costado, y permite que un

Apóstol incrédulo haga por sí mismo la experiencia de tocárselas. De suerte que al desaparecerles Cristo pudieron muy bien aquellos Apóstoles y primeros discípulos decir como decia san Juan: «Lo que nuestros ojos han visto y lo que nuestras manos han tocado, eso os anunciamos.»

Y era preciso que fuese así. Aquellos primeros testigos eran los únicos que ante todo el mundo y ante todos los siglos debian dar fe del milagro, y por tanto debian estar plenamente certificados de él, hasta poder morir firmes en su defensa, si necesario fuese. Esos cuarenta dias fueron, pues, el plazo que les dió el Señor para dejar plenamente asegurada su conviccion. Debian empezar su predicacion perfectamente convencidos de la primera pieza del proceso que iban á desplegar ante todos los hombres: por esto la primera pieza de este proceso la tuvieron ellos viva y palpitante cuarenta dias ante sus ojos, como documento público que un notario lee repetidas veces al que lo ha de firmar, antes que le permita poner la firma.

Despues de lo cual notamos que al empezar los Apóstoles, recibido ya el Espíritu Santo, su predicacion, durante los primeros tiempos, casi nada más predican que la Resurreccion de su Maestro. Ante los judíos, sobre todo, por ahí empiezan siempre, y por ahí prosiguen y por ahí acaban. Sabian bien que admitido este hecho fundamental, quedaba ya admitido todo lo demás. Y notamos tambien que nadie de sus contradictores se levanta á negar tal Resurreccion. Ni los judíos, ni los filósofos gentiles impugnaron jamás *el hecho,* que harto veian era indestructible. Los primeros contestaron con lluvia de azotes sobre las espaldas de los Apóstoles, más que con réplicas ó mentís á sus afirmaciones. Los segundos procuraban explicar el fenómeno por la magia ó artes ocultas, socorrido medio de eludir la franca confesion del milagro. Pero nadie negó jamás que Cristo, crucificado el Viernes en el Calvario, hubiese, tres dias despues y durante cuarenta, hablado, comido y paseádose familiarmente, no con tres ó con cuatro secretos adeptos, sino con más de quinientos, incrédulos no pocos de ellos, en los sitios más visibles y á plena luz del dia.

Y hé aquí otro de los fines muy elevados que tuvo Cristo en permanecer durante algun tiempo visible en el mundo despues de su Resurreccion.

No sólo para dejar muy acreditado ante sus discípulos y ante el mundo todo la verdad de su gloriosa Resurreccion quiso el Señor permanecer despues de ella cuarenta dias visible sobre la tierra, si que para mostrarnos á todos con este su ejemplo lo que habia de ser un dia la resurreccion nuestra.

Con aquello puso el fundamento más firme de nuestra fe, con esto púsolo de nuestra esperanza.

Y á la verdad no fuera llamado con razon Cristo *primogenitus mortuorum,* «primogénito de entre los muertos,» y *primitiæ dormientium,* «primicias de los que duermen,» si tambien no tuviera este significado su Resurreccion gloriosísima.

Lo primero que ocurre es que, pues pudo resucitarse á sí propio, tambien ha de poder resucitarnos á todos nosotros. Lo segundo que vemos aquí es el brillo y resplandor de esta futura resurreccion de nuestros miserables cuerpos.

El Cuerpo sacrosanto de Cristo, aunque unido á la divinidad, era cuerpo como el nuestro, procedente del barro de Adan, que hija de Adan era la Vírgen Madre en cuyas entrañas por virtud divina se formó. Era, pues, cuerpo como nuestro cuerpo; compuesto de carne y huesos y sangre como la sangre, carne y huesos de que el nuestro consta; capaz, muy capaz de sufrir, como nosotros; sólo libre de la rebelion y desórden del pecado que nosotros sentimos en él.

Mas, en lo material, en lo sensible, cuerpo de dolor como el nuestro, que bien lo mostró en su Pasion.

Pues bien. A esta igualdad de condicion corporal en la vida presente corresponde una igualdad de condicion en la vida futura. Cristo nuestra cabeza, igualado en padecimientos á nosotros miembros suyos, quiere despues de la muerte igualarnos á sí en la glorificacion de nuestras almas y de nuestros cuerpos. Y de lo que serémos, cuando por su virtud hayamos resucitado, nos da idea mostrándonoslo durante estos cuarenta dias.

Impasibles serémos, esto es, ajenos á todo dolor y sufrimiento como Él resucitado lo fué.

Sutiles, es decir, sin ninguna de las actuales condiciones groseras de la materia, de suerte que la materia de nuestros cuerpos vendrá á ser, despues de resucitada, una como materia espiritualizada, si vale esta expresion.

Agiles, es decir, con facultad de trasladarnos instantáneamente de un punto á otro del espacio, como los Angeles.

Resplandecientes, con claridad celestial que hará bellos y gloriosos hasta nuestros propios corporales defectos, como en el cuerpo del Salvador vinieron á ser otras tantas fuentes de luz aquellas horribles llagas de su Pasion dolorosísima.

Convenia, sí, convenia que del propio modo que durante las amarguras de Getsemaní y del Pretorio y del Calvario vimos en Cristo la huella del pecado nuestro y la condicion del hombre esclavo, asi en la gloria de esos cuarenta dias vislumbrásemos el triunfo completo de la gracia sobre este mismo pecado, y la futura elevacion nuestra por los méritos de Cristo á ser compañeros de su glorificacion.

Por esto el tiempo pascual es en la Iglesia la imágen de la gloria del cielo, y el repetido aleluya que en él se canta es el símbolo del cántico siempre nuevo que allí entonarémos por toda la eternidad.

Otro de los fines que tuvo el Salvador en permanecer visible cuarenta dias sobre la tierra despues de su Resurreccion, fué hacer á los Apóstoles las últimas confidencias ó revelaciones de su celestial doctrina y de la organizacion de la Iglesia católica que en el decurso de los siglos la habia de personificar.

Nótese para esto que durante los tres años de su predicacion que llamarémos popular, el divino Maestro nunca descendió á detalles concretos sobre la futura Iglesia. Puede decirse que no hizo más que esparcir los primeros gérmenes de su enseñanza, sus nociones más vagas y generales, como preparacion del terreno para la construccion formal del edificio, que ese debia venir despues.

Llegado este momento, nos dicen los Libros santos que las conversaciones particulares que tenia con sus discípulos eran *loquens de regno Dei,* sobre asuntos del reino de Dios; con lo cual claramente nos significa que les daba entonces las más precisas instrucciones sobre la gran obra que por su órden y en su nombre iban á emprender.

Así, pues, á estas instrucciones secretas del Salvador hemos de atribuir el origen de las verdades y preceptos que enseña y dicta, aún hoy, la Iglesia católica, y que no constan explícitamente en los Libros sagrados, sino que forman lo que se llama el depósito de la tradicion, tan respetable y autorizado como el de las mismas santas Escrituras. Esta tradicion oral empezó aquí. Oralmente comunicada á los Apóstoles y por éstos á sus primeros discípulos, ha sido consignada despues en los libros de los santos Padres y en las prácticas de los fieles. A esta clase pertenecen las materias y formas de varios Sacramentos y la institucion de algunos de ellos, así como muchas prácticas y verdades admitidas en el Catolicismo desde los primeros siglos, de las cuales sin embargo no se habla poco ni mucho en los Evangelios.

Más aún. Varias cosas que antes de su Resurreccion no habia hecho el Salvador más que prometerlas, las realizó durante aquellos cuarenta dias. Así el primado sobre la Iglesia le fué prometido á Pedro cuando su confesion de la divinidad de Cristo, pero no le fué conferido hasta aquel *Pasce agnos meos, pasce oves meas,* despues de la Resurreccion. De suerte que hasta entonces Pedro no era más que Papa electo, á lo más, preconizado: consagrado lo fué despues.

Tambien el poder de perdonar los pecados no se lo confirió Cristo á los Apóstoles hasta despues de su Resurreccion. Bien que fueron ordenados sacerdotes en la noche de la Cena, no recibieron sin embargo licencias de confesar hasta que poco antes de la Ascension les dijo el Señor resucitado: *Accipite Spiritum Sanctum: quorum remiseritis peccata, etc.*

Como igualmente aquella soberana delegacion para predicar el Evangelio á toda criatura, no se les dió más que por Cristo despues de resucitado con las solemnes palabras: *Sicut missit me Pater, et ego mitto vos. Euntes, ergo, etc.*

Así, pues, hemos de considerar al divino Salvador en los tres años de su predicacion por la Judea, disponiendo como el solar para su edificio: en su muerte y Resurreccion, poniendo á éste la primera piedra; durante estos cuarenta dias, echando los restantes solidísimos fundamentos. Hecho esto, partió, dejando á sus Apóstoles el cuidado de continuar la obra, cuya consumacion y remate volverá á ponerle Él en persona el dia del juicio final.

Las inefables alegrías de la Pascua cristiana viénense cada año acompañadas para muchas almas de acerbísimas tristezas. Cuando todo parece rejuvenecer, cuando al blando soplo del suave Abril rompe en hojas y flores toda la naturaleza como aprisionada hasta entonces por la rigidez del invierno, ¿no es doloroso ver un árbol que entre aquella general florescencia no da señal de vida, no retoña, permanece árido como un esqueleto, imágen verdadera de la muerte en medio de aquel delicioso espectáculo de lozana juventud? Pues otro tanto acontece, amado lector, por nuestra desdicha, en el mundo moral, en el mundo de las almas. Tras los saludables rigores y asperezas de la Cuaresma, el cumplimiento pascual es para los corazones cristianos lo que para la naturaleza la primavera. Rejuvenecen en cierto modo al soplo restaurador de la divina gracia, y sueltas de las ligaduras de sus pecados y de sus malos hábitos, ábrense como á nueva vida y florecen en santas obras, que son luego frutos de salvacion eterna. Pero ¡oh dolor! ¡no todos los corazones florecen! ¡no todos vuelven á la juventud y á la vida! algunos se quedan ¡ay! yertos y deshojados como áridos troncos por los cuales ha pasado en vano el restaurador aliento primaveral! El padre cristiano ó la piadosa madre ven en el seno de la familia un hijo distraido por los devaneos del mundo, ó seducido por los sofismas de la impiedad, á quien no sacan de su letargo ni las amenazas cuaresmales, ni los sublimes recuerdos de la Semana Santa, ni los dulcísimos Aleluyas del tiempo pascual. La esposa tiene tal vez á su esposo en tan lamentable situacion, un hijo tiene tal vez así á su padre á quien ama, una hermana lamenta tan triste estado de varios hermanos. Es cierto, demasiado cierto; no para todos los corazones es Pascua, no para todos suena alegre el

Aleluya de la Resurreccion, no todos se levantan restaurados y rejuvenecidos de sus tumbas de pecado... A implorar de Jesucristo resucitado la resurreccion de estas almas desventuradas se enderezan estos piadosos ejercicios. Tales como han brotado de nuestro pobre corazon al calor del Corazon sacratísimo de Jesucristo sacramentado, los ofrecemos á nuestros amigos. Han sido ya practicados antes de darse á pública luz. Tienen en su favor, además de la aprobacion de la Iglesia, las lágrimas de muchas madres cristianas y el logro de alguna conversion.

OCTAVARIO Á CRISTO RESUCITADO.

Por la señal, etc.

ACTO DE CONTRICION.

¡Divino Jesús, que en este adorable Sacramento estais vivo y glorioso como salísteis del sepulcro el dia de vuestra Resurreccion! Aquí nos teneis en vuestra presencia, contritos y humillados, bajo el peso de nuestras culpas, para pediros perdon de ellas y la gracia de vuestra infinita misericordia en favor de nuestros hermanos. Pésanos de todo corazon haberos ofendido. Sed con nosotros piadoso, bondadosísimo Jesús, y por los méritos de esas llagas que habeis querido conservar impresas en vuestro Cuerpo resucitado, alcanzadnos del Padre celestial el fruto que deseamos de este devoto Octavario. Amen.

Aquí se hará la meditacion correspondiente al dia, pág. 185 y siguientes.

ORACION.

Misericordiosísimo Jesús, que no quereis la muerte desastrosa del pecador, sino que se convierta y viva, dirigid una mirada de clemencia desde este vuestro trono, donde os adoramos sacramentado, sobre tantos y tantos infelices que olvidados de vuestra ley y despreciando los preceptos de vuestra Iglesia no han acudido aún al cumplimiento de la Confesion y Comunion pascual. ¡Cuántos por falta de educacion religiosa! ¡Cuántos por excesivo cuidado de negocios temporales! ¡Cuántos por odio y tristes preocupaciones contra vuestros ministros! ¡Cuántos únicamente por negligencia y pereza! ¡Cuántos quizá por lamentable dureza y obstinacion del corazon! ¡Y no obstante, divino Jesús, hijos vuestros son y hermanos nuestros, santificados con vuestro bautismo, redimidos con vuestra sangre, comprados con todos los dolores y amarguras de vuestra tristísima Pasion! ¡Por ellos habeis nacido, predicado, sufrido, muerto y resucitado! ¡Por ellos ha derramado preciosisimas lágrimas vuestra dulce Madre! ¡Por ellos habeis instituido los Sacramentos, fundado la Iglesia, criado un cielo! ¡Y viven no obstante apartados de Vos, olvidados de Vos, enemigos de Vos! Llamad, llamad, ¡oh divino Pastor! á estas almas extraviadas. Tocad estos corazones empedernidos á fin de que vuelvan á ser vuestros, y no se separen ya más de Vos. Haced que comprendan la dulzura de una buena Confesion, que experimenten el consuelo de una conciencia tranquila, y que limpios de sus culpas tengan la dicha de recibir fervorosamente vuestro sacratísimo Cuerpo. Dignaos, ¡oh Señor resucitado! resucitar tambien estos corazones sepultados hasta aquí en el sepulcro de la culpa; apareceos á ellos por vuestra gracia como aparecisteis en persona á vuestra Madre y á tantos otros despues de vuestra Resurreccion. Y conceded á ellos y á nosotros la dicha de poder reinar algun dia con Vos en la eterna Pascua de la gloria. Amen.

Ahora se rezarán las cinco siguientes salutaciones á las sagradas llagas de Jesucristo resucitado rezándose (ó cantándose) á cada una de ellas Padre nuestro, Ave María *y* Gloria Patri.

I.

Adoro, Jesús mio, vuestro sacratísimo Cuerpo resucitado y glorioso, y en particular la llaga de vuestro pié izquierdo; pidiéndoos por ella la conversion de los que no se han acercado todavía á vuestros santos Sacramentos por falta de fe.

II.

Adoro, Jesús mio, vuestro sacratísimo Cuerpo resucitado y glorioso, y en particular la llaga de vuestro pié derecho; pidiéndoos por ella la conversion de los que no se han acercado todavía á vuestros santos Sacramentos por falta de confianza en vuestra bondad.

III.

Adoro, Jesús mio, vuestro sacratísimo Cuerpo resucitado y glorioso, y en particular la llaga de vuestra mano izquierda; pidiéndoos por ella la conversion de los que no se han acercado todavía á vuestros santos Sacramentos por falta de amor á Vos.

IV.

Adoro, Jesús mio, vuestro sacratísimo Cuerpo resucitado y glorioso, y en particular la llaga de vuestra mano derecha; pidiéndoos por ella la conversion de los que no se han acercado todavía á vuestros santos Sacramentos por vergüenza de sus pecados.

V.

Adoro, Jesús mio, vuestro sacratísimo Cuerpo resucitado y glorioso, y en particular la llaga de vuestro costado; pidiéndoos por ella la conversion de los que no se han acercado todavía á vuestros santos Sacramentos por temor á las burlas del mundo.

ORACION FINAL.

¡Amorosísimo Jesús! por estas llagas que en vuestro Cuerpo sacratísimo quisísteis conservar aún despues de la Resurreccion en prenda y memoria del amor que os movió á padecer y morir por nosotros, os suplicamos por la enmienda y perdon de los desgraciados pecadores que redimísteis á costa de vuestra sangre. Infundid en sus corazones vivo conocimiento de su mal estado; inspiradles firme confianza en la seguridad de vuestra misericordia; no menos que saludable temor á los rigores de vuestra justicia, á fin de que como hijos pródigos vuelvan arrepentidos á Vos que sois su dulce Padre. Purísima Vírgen María, Madre de Dios y de los pecadores, alcanzadnos de vuestro Hijo esta gracia. Y por la alegría que tuvisteis en su Resurreccion concedednos el consuelo de ver resucitados por medio de una buena confesion á tantos hermanos nuestros hoy apartados de ella, para tener despues la dicha de reinar juntos con vuestro Hijo y con Vos por toda la eternidad en el cielo. Amen.

DIA I.

Sobre la aparicion de Jesús resucitado á María santísima.

Enseña una piadosa tradicion, y no lo contradice el sagrado Evangelio, que la primera visita la hizo Jesús resucitado á su Madre benditísima. Razon era fuese ella la honrada con esta distincion, como quien más de cerca habia participado de las angustias del Calvario y con más perseverancia habia rogado por la Resurreccion de su Hijo. Sabiendo que al tercer dia debia realizarse este feliz acontecimiento, estaba la celestial Señora recogida en su habitacion la madrugada del domingo, entregada á fervorosas súplicas y suspirando por el dichoso momento de abrazar de nuevo al objeto de sus ánsias, el dulcísimo Jesús. Cuando hé aquí que de repente brillantes resplandores inundan aquel humilde aposento, y Jesús, el mismo Jesús de sus amores, radiante de gloria, esplendorosas como cinco soles las cinco llagas de su cuerpo, se presenta ante sus ojos. Dos solas palabras interrumpen el silencio de aquellos solemnes momentos. ¡Madre! ¡Hijo! y junto con ellas vuelan de corazon á corazon mútuos encendidos afectos de júbilo y de amor.

¡Afortunada Señora! no es ya aquella triste entrevista que tuvisteis con Él antes del jueves de la Cena, cuando os pidió licencia y bendicion para ir á padecer; ni es aquella otra sobre toda ponderacion dolorosísima que despedazó vuestro corazon en la calle de la Amargura. Ni es aquella voz moribunda con que le oísteis confiaros desde la cruz al discípulo fiel, ó quejarse de sed, ó encomendar al Padre eterno su espíritu. Es vuestro Hijo glorioso, inmortal, vencedor ya de todos sus enemigos, triunfante de la muerte y del pecado para no papadecer ni morir ya más. Gozaos, Madre feliz, en tal Hijo, y recibid por Él y por Vos nuestros plácemes y enhorabuenas: pero acordaos que sois tambien nuestra madre, y que lo sois de consiguiente de muchos hijos que no han resucitado todavía, por medio de la Confesion y Comunion pascual, del sepulcro de la culpa. Orad por su resurreccion como orásteis por la de vuestro divino Jesús. Haced que como á Vos os apareció en tal dia, así se aparezca tambien á estos desventurados, llame á su corazon, los alumbre con su luz y los saque de las tinieblas del pecado á la claridad hermosa de la divina gracia. Hacedlo, Vírgen santa, por esta que fué la mayor y más singular de todas vuestras alegrias. Amen.

Aquí se meditará un rato, y con mucho fervor se pedirá á Jesús resucitado la conversion del alma ó almas de nuestra particular intencion.

DIA II.

Sobre la aparicion á la Magdalena.

La pecadora pública que habia acompañado al divino Salvador en el duro trance del Calvario y habia permanecido firme al pié de la cruz al lado de María santísima en aquella hora angustiosa, debia ser tambien una de las primeras favorecidas con la visita del Señor resucitado. El arrepentimiento es á los ojos de Dios una segunda inocencia. Así quiso mostrarlo el divino Jesús cuando, despues de haberse aparecido á su divina Madre, purísima é inocentísima entre todas las mujeres, se dignó otorgar igual consuelo á María Magdalena, que habia escandalizado con sus desórdenes á toda la ciudad. Estaba María Magdalena fuera del sepulcro llorando por no hallar en él el cuerpo de Jesús, al que venia á tributar los últimos obsequios, cuando reparó en dos Angeles que alegres y risueños le preguntaron: «Mujer, ¿por qué lloras?» Respondió ella: «Porque se han llevado á mi Señor, y no sé dónde lo pusieron.» Cuando hé aquí que volviéndose vió á su lado un hombre, y pensando que era el hortelano ó dueño de aquel huerto, le dijo: «Señor, si tú te lo llevaste, dímelo, y yo lo iré á buscar.» Entonces aquel hombre, que no era otro que el mismo Jesús, le dijo con acento entrañable: «¡María!» Y al oir aquella voz amada reconoció la Magdalena á su dulce Jesús, y cayendo á sus piés no tuvo aliento más que para exclamar: «¡Maestro mio!»

¡Oh breve pero elocuente diálogo del amor! Considera cuál seria el júbilo interior de aquella alma dichosa, viendo por tan sorprendente manera realizado el objeto de sus ardientes deseos. Buscábale muerto, y teníale allí vivo: pedíalo á los Angeles para ungirlo piadosamente, y Él mismo se le presentaba para que, como en otro tiempo, derramase sobre sus pies el tesoro de sus lágrimas. ¡Oh dulzuras inefables del arrepentimiento y del retorno á Dios! ¡Oh Dios mio y bien mio! ¡si os conociesen tan blando y tan amoroso como sois los que de Vos viven alejados por la culpa! Llamad, Dios mio, llamad con esa vuestra voz dulce y cariñosa á tales almas olvidadas de Vos en el ruido del mundo ó en el sueño de sus placeres; llamadlas, oh buen Jesús, con aquel tan dulce llamamiento con que os descubristeis en tal ocasion á vuestra enamorada Magdalena; y os conocerán, Dios mio, por lo que sois ahora, padre, esposo, amigo fiel, solícito pastor, luz y consuelo de nuestra vida, y no tendrán que conoceros por lo que habeis de ser un dia, Juez airado, riguroso Señor, vengador justiciero. Haced que os reconozcan, Dios mio, disfrazado en cierta manera en la persona de vuestros ministros, que son los hortelanos y cultivadores de vuestro huerto; que vean en ellos vuestra santa autoridad, vuestra dulce mansedumbre, vuestra sin par misericordia. Que acudan á una santa Confesion y Comunion los rebeldes y los distraidos, y nunca más se separen de vuestro amoroso rebaño. Amen.

DIA III.

De la aparicion á san Pedro.

Pedro, el primero de los discípulos del Señor, tan impetuoso en su celo que sacó la espada por Él en el huerto de Getsemaní, y tan flaco luego en la casa de Caifás que tres veces le negó por miedo á una infeliz mozuela, hallábase desde el punto y hora de su pecado en el mayor desconsuelo. El canto del gallo le hizo recordar la triste palabra del Salvador, que profetizó su inconstancia; y dice el Evangelio que en cuanto lo oyó, salióse fuera y lloró amargamente. Retirado en lo más oscuro de su habitacion, no daba treguas al llanto, y en cuanto iba llegando á su noticia todo lo relativo á la Pasion, muerte y sepultura de su Maestro, avivábase más y más en él el recuerdo de su falta y el dolor de ella. Así que ardia en deseos de ver resucitado á Jesús para pedirle perdon de su flaqueza. Impaciente por saber de Él, voló al sepulcro con Juan el discípulo amado, y entrando el primero en el hueco de la peña, no halló ya el cadáver, y sí sólo las sábanas y sudario con que fuera envuelto; lo cual afirmó á ambos en la seguridad de su Resurreccion, noticiada ya por las piadosas mujeres. Volvióse, pues, á su casa, donde se le apareció Cristo resucitado, como se saca de aquellas palabras que segun san Lucas se decian unos á otros los Apóstoles: *Resucitó el Señor, y apareció á Simon*. ¡Con qué humildad y ternura recibiria el Apóstol infiel la visita de su amado Maestro! ¡Con qué rios de lágrimas se echaria á sus piés y le pediria echase en olvido su momentáneo extravío! ¡Con qué consuelo interior oiria de su boca palabras parecidas á las que en otra ocasion se dirigieron á la Magdalena: ¡Perdonado te ha sido tu pecado, pues has amado mucho!

¡Oh gran Dios! ¡Si hubiese imitado el infeliz Judas esta conducta humilde y arrepentida de su hermano en el apostolado! ¡Si hubiese llorado su crimen y encomendádose á la misericordia de su Maestro en vez de colmar la medida de la iniquidad con la desesperacion y el suicidio! ¡No vacila en afirmar un piadoso escritor que el primer abrazo de paz de Cristo resucitado hubiera sido entonces para el traidor que con beso de amigo le vendió á sus perseguidores! ¡Oh pecador, oh infeliz pecador, á quien trae desconfiado y quizá punto menos que desesperado la inmensidad de tus desórdenes! vuelve, vuelve á Dios que guarda para ti en la santa Confesion y Comunion el más regalado abrazo. Llora como Pedro y reconoce tu maldad, que si traidor fuiste para negar con tu mala vida á tu Maestro; misericordioso es Él y de piadosísimas entrañas para olvidarlo y admitirte otra vez á la tan suspirada paz y reconciliacion. Concededles, Dios mio, á los que os niegan, negándose á participar de vuestros Sacramentos, el toque interior que concedísteis á vuestro Apóstol culpable, y el perdon y el abrazo de amigo con que recompensásteis sus lágrimas. Amen.

DIA IV.

De la aparicion á los Discípulos de Emaús.

Dos de los muchos discípulos que tenia el Salvador, además de los doce Apóstoles, iban por aquellos dias á un castillo ó caserío inmediato á Jerusalen llamado Emaús, y conversaban de los últimos sucesos que acababan de tener lugar en dicha ciudad. Jesús se les reunió en traje de viajero, y tomó parte con ellos en la conversacion. Al llegar á Emaús aparentó despedirse para dejarlos allí y seguir Él su viaje; mas los dos, que con la compañía le habian cobrado ya cierto amor, rogáronle les acompañase aquella noche y se hospedase en el castillo ó caserío, pues era ya cerca de anochecer. Admitió cortesmente el Salvador, y llegado á la casa, sentóse con ellos á la mesa y tomó el pan, lo bendijo, y distribuyóselo, y en esto le conocieron; pero al punto les desapareció. Quedáronse los dos asombrados, y se decian uno á otro: «¿No es verdad que sentíamos ya enardecerse nuestro corazon cuando hablaba con nosotros en el camino y nos descubria el sentido de las sagradas Escrituras?» Y luego salieron y refirieron á todos cómo habian visto á Cristo resucitado, y le habian reconocido por tal en el acto de partirles el pan.

¡Afortunados discípulos! Andaban tristes y melancólicos por lo que en Jerusalen habian visto padecer al Salvador, y anhelaban saber lo que habia sido de Él y de sus promesas de resucitar al tercer dia; y su buena fe y sencillez de corazon fueron recompensadas por la presencia del mismo Señor, á quien tanto amaban. Su mismo corazon enardecido con su trato y conversacion se lo anunciaba ya, y les disponia para entrar de lleno en su conocimiento al recibir de sus manos el pan. ¡Oh pobres pecadores! Jesucristo viaja tambien á vuestro lado en esta corta peregrinacion de la vida, y se os hace del amigo y os da conversacion por medio de la palabra de su Iglesia, y sólo espera que le digais: «Quédate con nosotros,» para descubrírseos del todo y darse todo á vosotros en el pan de su preciosísima Eucaristía, que es su verdadero Cuerpo. ¡No desaireis al buen Jesús, que por todas partes se os hace encontradizo! ¡No le desaireis, so pena de que no podais dar con Él, cuando tal vez un dia se haya apartado ya para siempre de vosotros, dejándoos en el endurecimiento! Decidle como estos dos sencillos discípulos: Quédate, Señor, con nosotros, que anochece ya y va de caida el dia. Un soplo es nuestra vida; vecina anda la muerte, que es noche perpetua para el pecador; cae ya la tarde de nuestra edad, y pronto no habrá ya más luz para proseguir la brevísima jornada. Quédate, Señor, con nosotros, y no te separes ya más de nuestra conversacion y hospedaje. ¡Dios mio! Buscad, buscad á esos infelices viajeros que hacen solos el peligroso viaje de la vida á la eternidad; buscadlos, llamadlos siquiera á última hora, y revelaos á su corazon para que os conozcan y os amen y os sirvan y os gocen por toda la eternidad. Amen.

DIA V.

De la aparicion á los Apóstoles juntos.

El mismo dia de la Resurreccion hallábanse los Apóstoles reunidos en su casa, cerradas las puertas por temor de los judíos, y se les apareció el Señor resucitado, presentándose en medio de ellos, sin necesidad de que le abriesen. La primera palabra que les dijo fué: «Paz sea con vosotros. Yo soy. No temais.» Turbados y atemorizados pensaban ver algun espíritu fantástico, y entonces les añadió: «Mirad mis manos y mis piés, porque Yo mismo soy; el espíritu no tiene huesos ni carne, como veis que Yo tengo;» y diciéndoles esto, mostróles las manos, los piés y el costado, y alegráronse los discípulos viendo al Señor.

Las primeras palabras que hace oir Jesús sacramentado en el corazon de los que debidamente se acercan á recibirle, son estas mismas que dirigió á sus Apóstoles: «¡La paz sea con vosotros! Yo soy. No temais.» ¿Qué saludo puede dirigirse más amoroso y tierno? Óiganlo los pobrecitos pecadores alejados quizá por muchos años de Dios y de sus Sacramentos, en busca siempre de una paz que el mundo engañoso les promete y no les puede dar. Paz piden á sus disipaciones, paz piden á sus avaricias, paz á sus venganzas, paz á sus criminales amistades. Allí piensan hallar á todas horas la paz. ¡Y la paz, Dios mio, no está sino en Vos y en el cumplimiento de vuestra divina ley! Negádsela, Dios mio, á los tristes y desvariados que andan buscándola lejos de vuestros caminos; negádsela, sí; dadles siempre turbacion, remordimiento y perpetuo desasosiego, para que así conozcan lo vano de los dioses á quienes sirven, y se vuelvan á Vos, único y supremo dispensador de la paz. Y cuando contritos y arrepentidos se acerquen á confesar sus culpas á vuestro ministro y á recibiros en la santa Comunion pascual, ¡ah! abridles entonces todos los tesoros de paz que encierra vuestro Corazon sacratísimo, derramádsela á torrentes en el suyo, decidles con amorosa y suavísima voz: Acercaos, amigos mios, la paz sea con vosotros. Yo soy: no querais temer. ¡Oh si conociesen los distraidos del siglo las dulzuras inefables de esta paz! Roguemos, hermanos mios, para que se la haga desear y conocer Dios á nuestros prójimos que viven apartados de Él; pidámoselo por los méritos de aquellas preciosísimas llagas que en tal dia mostró Jesús á sus Apóstoles. ¡Divino Jesús! Sed para con nuestros hermanos pecadores verdadero Dios de paz y de reconciliacion, para que con ellos y con Vos podamos nosotros lograr la paz eterna de vuestra gloria. Amen.

DIA VI.

Sobre la aparicion á santo Tomás apóstol.

Tomás, uno de los Apóstoles, no estaba con ellos cuando se les apareció el Señor. Dijéronle ellos: «Hemos visto resucitado al Señor.» Respondió él: «No lo creeré si no viere con mis propios ojos las aberturas de sus manos y piés, y metiera mis dedos por ellas, y mi mano en la herida de su costado.» Compadecióse Jesucristo de esta dureza de corazon de su Apóstol, nacida quizá del mismo asombro que le causaba la novedad del caso, y se dignó desvanecer sus dudas favoreciéndole con una especial aparicion. A este fin presentóse otra vez en medio de sus Apóstoles, cerradas tambien las puertas, y despues de haberles saludado, llamando á Tomás le dijo: «Entra tu dedo por aquí y mira mis manos; llega tu mano y éntrala por mi costado, y no quieras ser incrédulo, sino fiel.» Confundido Tomás, exclamó: «¡Señor mio y Dios mio!» Replicóle Jesús: «Porque me viste, oh Tomás, creiste! ¡Bienaventurados los que no vieron y creyeron!»

¡Oh dignacion del Salvador! Ningun medio le parece demasiado para acabar de tranquilizar y consolar al espíritu agitado que se acerca á Él. ¡Oh si lo comprendiesen los desdichados que por pretextos quizá levísimos dejan de presentarse á su divina Mesa! Mas atendamos á otra observacion. Dicen algunos contemplativos que el favor especial concedido por Cristo á santo Tomás lo fué á ruegos de los demás Apóstoles, contristados en cierta manera por la dureza de corazon de su compañero. ¡Qué leccion para nosotros, hermanos mios! ¡Tal vez quiere el Señor que la dureza de corazon de alguno de nuestros prójimos sea vencida por nuestras oraciones! ¡tal vez Dios para atraer á sí con eficaz auxilio á un pecador envejecido en la culpa, aguarda sólo que nosotros se lo supliquemos fervorosamente! ¡Ay divino Señor! ¡Cuántos Tomases duros é incrédulos hay entre nosotros! ¡Cuántos que rehusan prestar su asenso á las verdades de vuestra fe, so pretexto de que no pueden verlas con sus ojos ó palparlas con sus manos! Alumbrad, divino Señor, á esos pobrecitos ciegos de corazon, guiad á esos tristes extraviados, aparecédseles y decidles: Mirad, ved, tocad cuán dulce es mi ley, cuán ciertos mis misterios, cuán eficaz mi gracia, cuán positivos mis bienes, cuán bienaventurada mi paz. Palpad y ved, que Yo solo soy el Señor. Os lo pedimos, Señor, con más intensidad en estos últimos dias de vuestro devoto octavario, reunidos aquí en vuestra presencia, como os lo pidieron vuestros discípulos reunidos en Jerusalen. Concedednos, Señor, la conversion de dichos hermanos nuestros, y juntos gocemos con Vos de la clara vista y posesion de vuestra sacratísima Humanidad glorificada en el cielo. Amen.

DIA VII.

Sobre la aparicion á los Apóstoles en Tiberíades.

Estaba pescando Pedro con Juan y otros cinco en el mar de Tiberíades. Era la noche borrascosa, imágen de este mundo siempre agitado y revuelto, y los esfuerzos de los pescadores absolutamente ineficaces. Aparecióseles en la ribera el divino Jesús, y preguntóles si algo habian pescado. Respondiéronle que no. Entonces les dijo: «Echad vuestra red á la derecha del barco, y cogeréis.» Hiciéronlo asi, y fué tan rica la pesca, que no podian sacar á la playa la red por la abundancia de ella.

Tal es muy á menudo la situacion del hombre en el mar revuelto y alborotado de esta vida. Tal es muy en particular la de las almas celosas que en él trabajan para la gloria de Dios y conversion de sus prójimos. Las obras del apostolado católico parecen muchas veces estériles; tras horas y dias y años enteros de incansables afanes en medio de mil dificultades y contradicciones, en medio de la noche de los más densos errores, siéntese desalentada el alma por la escasez de sus frutos, por la ineficacia de su oracion, y vuélvese al Señor como en amorosa queja: «¡Dios mio, trabajando andamos toda la noche sin conseguir resultado!» Seguid, seguid sin desalentaros, almas fieles que trabajais, orais ó gemís por la conversion de vuestros hermanos. Seguid sin cansaros, seguid sin desfallecer. Pasará la noche, llegará la alborada, y á la orilla de ese mar tempestuoso oiréis la voz del Salvador que os alienta, y hallaréis entonces vuestras redes henchidas de preciosísima pesca, y rica con ella entrará vuestra barca en el puerto de la feliz eternidad. Orad sin intermision, orad. No os es conocido tal vez por ahora el efecto de vuestras súplicas, os lo será algun dia. ¿Quién sabe cuántos corazones ablande secretamente aquella lágrima solitaria que estais derramando ahora mismo en la presencia del Señor? ¿Quién sabe cuántos corazones, hoy endurecidos, sentirán en su hora postrera la influencia de ese ruego que dirigís hoy al cielo por tantas necesidades anónimas? Nada se pierde ante Dios. Ni uno siquiera de los granos de semilla sobrenatural que al azar lanzamos, dejará de aprovechar. Si no alcanza la salvacion del prójimo, asegura por de pronto la nuestra, y es siempre un homenaje que tributamos á la gloria de Dios. Sí, dulce Jesús resucitado, seguirémos rogando y rogando siempre por la conversion de los pecadores, vuestros hijos y hermanos nuestros, por más que nos procure hacer desmayar el demonio con la aparente ineficacia de nuestros ruegos. Recibidlos Vos y hacedlos fecundos para todos en bienes de gracia y gloria. Amen.

DIA VIII.

Sobre la aparicion á todos los discípulos en Galilea.

Además de los Apóstoles tenia el Señor muchos discípulos, á los cuales habia llegado tambien la nueva de su feliz Resurreccion. Más de quinientos de ellos se recogieron á instancia de los Apóstoles en una montaña de Galilea esperando allí la visita de su Maestro resucitado.

Considera cuán generoso fué nuestro divino Jesús, que no quiso reducir el gozo de sus apariciones á la corta compañía de sus Apóstoles, sino hacerlo extensivo á los demás que ya en aquellos dias participaban de su fe y de sus dulces esperanzas. Sabia además que cuantos más fuesen los favorecidos con su vista, tantos más serian los testigos que tendria por todo el mundo la verdad de su doctrina. Y así vemos que más tarde el apóstol san Pedro, para convencer de ella á los obstinados judíos, les dice que fué visto el Salvador resucitado por más de *quinientos hermanos*. Observa que todos estos discípulos fueron conducidos al monte por invitacion de los Apóstoles, á quienes debieron la suerte de poder gozar de la presencia de Jesucristo vivo y glorioso. Fíjate ahora en tí misma, alma devota, y repara cuál ha sido tu dicha si tus oraciones en el presente octavario han logrado ganar para el servicio de Dios y para la Confesion y Comunion pascual algunas almas extraviadas, ó siquiera una sola. La que por tus súplicas haya alcanzado de Dios la gracia de su salvacion, la deberá en cierto modo á tí, y aunque lo ignore en esta vida, lo sabrá y te lo agradecerá por toda la eternidad. A tí deberá el gozar de la vista clara de Dios, y á tí podemos decir que deberá Dios mismo el tener una oveja más en su rebaño, un elegido más en su gloria. A tí serán debidos en gran parte los buenos ejemplos que el convertido dé al mundo con su nueva vida; y él y los que por él á su vez se conviertan, y toda la descendencia de justos que de ahi puede originarse, serán otros tantos testigos que predicarán la gloria del Señor, como aquellos quinientos discípulos convocados por los Apóstoles al monte de Galilea lo fueron de su Resurreccion. Y serán además testigos en favor tuyo en el juicio postrero, y hablarán en favor de tí y te ayudarán á alcanzar misericordia ante el supremo Juez por tus faltas si algunas tuvieres. ¡Oh dichosa el alma que con celo fervoroso se haya dedicado durante estos ocho dias á tan santo apostolado! ¡Dichosa todavía más la que lo tomare como tarea principal de toda su vida! Dulce será su muerte, tranquilos sus últimos suspiros, alegre su entrada en la region pavorosa de la eternidad. Concédanos á todos esta dicha y la de trabajar incansablemente para merecerla el divino Jesús resucitado, á quien con el Padre y el Espíritu Santo sea todo honor y toda alabanza por los siglos de los siglos. Amen.

LA PRIMERA COMUNION.

Es este el tiempo en que acostumbra la Iglesia llamar los niños y niñas á la primera Comunion. Vamos, pues, á apuntar sobre eso algunas sencillas reflexiones prácticas, deducidas de lo que nos han enseñado ya algunos años de experiencia y de lo que hemos oido á personas altamente recomendables por su celo y sabiduria.

Notamos tiempo há en este particular dos tendencias que consideramos opuestas al espíritu de la Iglesia, y contra las cuales deseamos aquí llamar principalmente la atencion.

La primera tendencia es la que se advierte en algunos á profanizar (permítasenos la palabra) un acto que más que todos es sagrado y esencialmente espiritual. Estamos porque se celebren solemnes, muy solemnes, los actos de primera Comunion; creemos que es laudable que se desplegue en ellos el mayor aparato y que se les rodee de todo cuanto pueda inspirar al niño ó niña la idea de una cosa grande y de suma importancia. Preséntese, pues, cierta pompa que deje en él profunda impresion; que tarde en borrarse ó que no se borre nunca de su alma la huella de aquel momento sublime; que aquella fecha sea para él solemne y memorable. ¿Quién sabe si el recuerdo de la primera Comunion, grabado así hondamente en el alma, será para aquel niño ó niña más tarde, ó siquiera á la hora de morir, medio de que se valga la gracia para despertarle del sueño de la culpa si llegó por desgracia á dormirse en ella? Creemos, pues, que todo cuanto contribuya á rodear de esplendor y grandiosidad este acto, será muy conforme con los dictámenes de la recta razon y con el espíritu de la Iglesia católica.

Pero dése, por Dios, dése á los actos religiosos grandiosidad religiosa; no se los empequeñezca con adornos postizos que no le caen bien á nuestra Madre, y que para nada ella necesita. Me dan lástima, profunda lástima, esas señoras todas ocupadas, antes de la primera Comunion de sus hijas, más bien en consultar con la modista ó en hojear los grabados del periódico de figurines para arreglar el traje de la muchacha, que en conferenciar con el sacerdote para la reforma de su vida y purificacion de su conciencia. Me dan lástima esas *comparsas* de niñas (no sé hallar otro nombre) ridículamente ataviadas con gasas y guirnaldas, presentándose al pié del altar á recibir la sagrada Comunion, que al fin es acto muy grave, con un disfraz teatral y de mojiganga, á fin de que parezcan figurantas de zarzuela las que á los ojos de Dios y de la Iglesia son consideradas, y son ya muchas veces en realidad, grandes pecadoras. Cierto no sabemos por qué no ha de acercarse la niña ó el niño al altar con su traje de sociedad, negro, formal, sério, como el que se estila para todos los actos sérios de la vida; no sabemos á qué conduce ese atavío extravagante y anti-español, ni comprendemos por qué ha de ser el maestro de ceremonias de tales funciones el figurin de modas que en una página da (yo lo he visto) el traje de primera Comunion con sus largos velos y místicas gasas y virginales flores, y en la inmediata el vergonzoso ó desvergonzado escote de un traje de baile. Pues qué, ¿no tiene acaso la Religion pompas y esplendores en su liturgia con que embellecer ese acto sagrado? ¿No tiene el órgano armonías suavísimas, no tiene el breviario himnos sublimes, no tiene la Iglesia galas y ornamentos suyos, sin que deba pedirle á la moda sus vanas profanidades, y á los teatros su aparato escénico y sus afectados adornos? ¿Quereis fijar en la mente de vuestros hijos indeleble el recuerdo de su primera Comunion? Ya os daré medio muy eficaz. Haced que se recojan á tres ó cuatro dias de ejercicios espirituales, donde aprendan por vez primera á conocerse y á sentir la impresion severa de las verdades eternas, y á formar en vista de ellas eficaces resoluciones. Llevadlos luego al altar, no como niños y niñas, que ya no lo son por desgracia, sino como hombres y mujeres; no como ángeles inocentes, sino como pecadores arrepentidos. La primera Comunion es la iniciacion en la vida de los austeros deberes y de las tremendas realidades. Haced que santifiquen aquel dia con una buena accion, con el espectáculo siempre instructivo de la casa del pobre, con el ejercicio de la caridad, con el apartamiento del siglo y de sus locuras. ¡Qué insensata una buena madre (buena se creia ella) que solemnizó la primera Comunion de su hija con una *soirée* familiar en obsequio de la comulgante! Aquella niña empezó desde aquel dia la vida devota *à la dernière*, que practicó despues durante toda su juventud: comulgó por la mañana y bailó por la noche: la guirnalda de blancos azahares prescrita por la rúbrica del periódico de modas llenó perfectamente su cometido, sirviendo por la mañana para Dios y por la noche para el diablo.

Además de esta tendencia á la profanidad, observamos hoy en las primeras Comuniones cierta tendencia á la singularidad. Sobre ésta nos han de permitir tambien dos palabras nuestros lectores; sólo dos palabras.

La Iglesia es un sér esencialmente colectivo, es una vasta hermandad, es una familia. Es, en cierto modo, ajeno á su espíritu todo lo que parezca individualismo, segregacion. No creemos, pues, sigan lo más perfecto, á no mediar en contra razones muy poderosas, los padres y madres que hacen que su hijo ó hija reciban solos la primera Comunion, que se haga para ellos solos fiesta particular, que se la administre en su propio oratorio sacerdote expreso, etc. Más aún. Creemos que fuera más ventajoso que ni los colegios tuvieran dia de primera Comunion aparte, sino que se unieran á la de la parroquia, á fin de que dentro los límites de ella hubiese sólo un dia señalado para todos sus feligreses. La parroquia es el hogar, la casa paterna de las almas cristianas; el párroco es el verdadero pastor oficial y jerárquico de aquella porcion de la grey cristiana. Y ¿hay cosa más hermosa que la reunion de todos los hijos en torno del hogar de la familia, y de todas las ovejas al rededor del comun pastor? Mas oigo vuestra réplica... ¡Tener que enviar nuestro hijo ó nuestra hija á la Comunion parroquial, para que se mezcle allí y alterne con los hijos del menestral y del jornalero!... ¡Ay amigos mios! ¡Qué desgracia! ¡Hablamos mucho en nuestro siglo de democracia, y de igualdad de clases, y de derechos del pueblo, y somos muy más vanidosos y aristócratas que nuestros padres! ¿Se deshonrará vuestro hijo ó vuestra hija si su chaqueta de paño de Sedan y su vestido de seda alternan en el templo con el vestidito de percal ó la blusa de algodon de los pobrecitos de Jesucristo? Precisamente queria yo pediros que en tales actos honráseis vosotros la pobreza mezclándoos con ella, diéseis este ejemplo de cristiana democracia á los pequeñuelos y humildes, á quienes ¡ay! demasiado predicará muy luego el mundo otras ideas de democracia satánica. Precisamente me parecia á mí muy hermoso, y tengo para mí que debe de parecérselo tambien mucho á Dios, eso de que el pobre y el rico asistan juntos á su Mesa, ya que de ambos es Él igualmente Padre; que cesen en la casa de Dios las preocupaciones y altiveces del siglo, ya que aquella casa es el hogar dulce de todos los hijos. No sé si lo comprendí mal; no sé si me cegó el amor que profeso especialmente á los pobrecitos y á los humildes; pero se me antojó siempre que el Niño del portal y del taller, el humilde Maestro que en la Cena lavó los piés á los rudos pescadores, habia de venir más gozoso al corazon de vuestros hijos é hijas si los viese mezclados con las hijas é hijos de los pobres, que no si se los presentábais rodeados de espléndido cortejo de servidores y lacayos en el oratorio particular de vuestra casa. Eso me parecia á mí: pensadlo vosotros delante de Dios, amigos mios, y puede que á poco rato os vaya pareciendo lo mismo. Más de esta democracia cristiana, amigos mios ricos; más de esta democracia. Ésta salvaria al mundo hoy tan perdido, si fuese fielmente practicada.

Así lo entendia un conocido mio, noble y rico, que quiso celebrar de un modo digno la primera Comunion de su hijo é hija mayores. Llevólos á la parroquia del pueblo con los hijos de sus colonos y parceros, y hasta con los hijos de los mendigos. Una fué para todos la fiesta, una la plática, como uno el Señor. Y despues del acto religioso hizo que los más pobres de aquellos niños y niñas acompañasen á los suyos á su casa solariega, y que éstos les sirviesen á aquellos una buena comida, y les regalasen á cada uno una prenda de vestir en memoria del dia de su primera Comunion. ¡Hermoso monumento conmemorativo de aquel dia fué tan santa obra de caridad! Aquel niño y aquella niña ricos pudieron decir despues del cristiano banquete, á aquellos pobrecillos sus comensales, algo parecido á lo que el Señor dijo á los suyos la noche de la Cena: «¿Sabeis qué hemos hecho con vosotros? Nos llamais ricos, y lo somos en verdad. Pero la Religion del Señor, á quien hemos recibido hoy, nos enseña que somos todos hermanos, y que para imitarle debemos ser hasta vuestros servidores.» Así, así.

Estas reflexiones deseáramos tuviesen presentes nuestros amigos, cuando se hallen en el caso de disponer para sus hijos la fiesta de su primera Comunion.

LA ASCENSION DEL SEÑOR.

AL cumplirse los cuarenta dias de su Resurreccion gloriosa habia llenado ya Cristo Dios el plan completo de su divina mision sobre la tierra. Consuelos é instrucciones habia ido derramando en los discípulos, escogidos por Él para ser los primeros robustos sillares del monumental edificio de que su divina Persona era la piedra angular. Nada quedaba por hacer. Su Resurreccion de mil modos patente y autenticada, la identidad de su Persona puesta á la luz de la más clara evidencia, ratificadas sus anteriores enseñanzas y ampliadas con nuevos y más autorizados documentos, instituido el primado, consumado el sacerdocio, delegada en sus Apóstoles toda potestad sobre la humana criatura, asegurada la perpetuidad de la Iglesia y la proteccion divina á ella hasta la consumacion de los siglos, prometido para dentro muy pocos dias el don supremo del Espíritu Santo... nada faltaba ya. Habia llegado para Jesús la hora de su Ascension á los cielos. Para este acto, el último de su existencia visible acá en la tierra, reunió Jesús á sus Apóstoles, é indudablemente con ellos á su Madre santísima en la cima de un monte muy elevado, tal vez el mismo que le sirvió de trono para su transfiguracion. Allí, ratificadas las últimas promesas, y de nuevo confirmados los

Apóstoles en su mision á todo el mundo, viósele de repente elevarse de la tierra, cernerse como águila en la region del aire, mientras extendidas las manos y blandos y amorosos los ojos, les daba á todos su postrera bendicion, hasta que le ocultaron las nubes del cielo. ¡Momento sublime debió ser aquel para los allí congregados! En su corazon debieron de luchar á la vez encontrados sentimientos. Admiracion por el triunfo de su divino Maestro, gozo por su definitiva glorificacion, á la vez que profunda melancolía por su ausencia, indefinible soledad del alma acostumbrada de tanto tiempo á su sabrosa compañía. ¡Cuán triste les debió de parecer el valle de Jerusalen al descender de aquel monte! ¡Cuán pavoroso el aspecto del mundo entero cuya conquista moral debian ellos solos emprender! ¡Solos! No es verdad, porque una de las últimas palabras de consuelo del Salvador habia sido: «No os dejaré huérfanos. Me voy, pero volveré á vosotros... Hé aquí que con vosotros estoy todos los dias hasta la consumacion de los siglos.» Y podian bien fiar en esta palabra, que era como el testamento de su Maestro, que no les habia engañado jamás.

Volvieron, pues, á Jerusalen; recogiéronse inmediatamente en el Cenáculo para aguardar la venida del Espíritu Santo, último sello oficial que le habia de venir del cielo á su apostolado. Dejémoslos allí, aguardando tambien nosotros discurrir sobre este misterio con ocasion de dicha solemnidad.

Entre tanto ¡qué misterio tan dulce el de la Ascension de nuestro buen Jesús! ¡qué hermoso y suave para la contemplacion! Subiendo á los cielos el Esposo de nuestras almas, convídanos á subir con Él ya desde ahora, anticipándonos en deseo y en esperanza lo que muy luego hemos de poseer en realidad. Fijos los ojos en el lugar que guarda nuestro tesoro, tengamos allí nuestro corazon. ¿Quién pone su amor en cosa prestada y que sólo para uso pasajero le han concedido? Prestado es para nosotros todo lo del mundo, que dentro de poco se nos quitará: propio es solamente lo eterno, que nos ha prometido Dios. No nos encante, pues, lo perecedero, teniendo como tenemos asegurada herencia sin fin. Vuelen allá nuestros anhelos, sean de allá nuestras conversaciones, allá vivamos en espíritu aunque deba vivir todavía nuestro cuerpo, pegados algun tiempo al barro de acá. El desterrado ¿de qué ha de hablar en su destierro sino de la patria que perdió y á la que espera tornar?

Es ésta una de las fiestas más hermosas del año litúrgico, y de una alegría dulce, suave y reposada, con dejos de santa tristeza que la hacen muy más simpática al corazon cristiano y contemplativo.

Navidad es bello amanecer entre cantos de Angeles como entre gorgeos de pájaros; Pascua de Resurreccion esplendoroso medio dia; la Ascension arrobadora y á la vez melancólica puesta del sol.

No es mia la idea. En los Salmos se compara al divino Jesús al astro rey que emprende como gigante su carrera, saliendo de un confin del horizonte, llegando en breve al glorioso zenit, y tramontando poco despues en majestuoso ocaso.

Lo que tal vez no ha ocurrido á mis buenos lectores es que el símil bíblico puede extenderse muy más lejos de lo que nos muestra el sagrado Texto, que no hace más que indicarlo.

¿Qué es, en efecto, ponerse el sol? ¿Es oscurecerse? ¿Es morir?

No, es solamente dar por terminada su diurna mision en un hemisferio, para empezarla sucesivamente en otro: así lo que es ocaso mirado desde acá, es aurora contemplado desde la otra parte.

Este, este es el verdadero punto de vista del misterio de la Ascension, esta su luminosa teología.

Cristo Dios priva de su visible presencia al mundo: su Humanidad santísima, que en treinta y tres años le ha recorrido y alumbrado con divinos resplandores, desaparece al fin de nuestros ojos. La *nube envidiosa* que se interpone entre Él y los asombrados discípulos roba á aquellas almas el consuelo inefable de su enamorado mirar, de sus palabras de miel, de sus tiernas caricias.

Mas ¿qué significa todo esto? ¡Ah! Significa que no es este mundo el dia á que debemos aspirar, sino la noche pasajera á que debemos con pena resignarnos, como que no brilla aquí perpetuamente el sol, sino en el otro horizonte en que es eterno y sin ocaso.

Aquel es dia claro en que alumbra sin nubes, ni eclipses, ni ocasos este divino Sol. ¡Volemos ¡ay! en pos de esta claridad que ha de hacernos eternamente dichosos!

Al contemplar el punto del horizonte terreno por donde se ha escondido á nuestros ojos el sol, vemos en él durante mucho rato el reflejo de sus últimos resplandores. Rojizas tintas esclarecen aquel espacio, y señalan el punto de él por donde el astro-rey le ha dado al mundo como su postrer despedida.

Fijemos hoy nuestros ojos en aquella montaña de Galilea, desde donde emprendió su vuelo á la region celestial el dulce Esposo de nuestras almas. Miremos allá. Todavia nos figuramos ver enrojecidas con su luz aquellas nubes que la rodean: son los últimos resplandores del Sol que se nos escondió por allí. Todavía sentimos al contemplarlas la indefinible atraccion del Corazon sacratísimo, que desde allí nos convida á la participacion de sus inmortales alegrías.

¡Ay amigos mios! ¡vivir es mirar dia y noche á aquel punto luminoso de nuestro horizonte! ¡Vivir es mirar constantemente allá, vivir es esperar!

¿Qué fuera la vida presente sin los reflejos del cielo que templan para el buen cristiano su triste oscuridad? ¿Qué fuera la vida sin esos crepúsculos que en medio del destierro nos anticipan en esperanza las realidades de la patria definitiva?

Vivir, para el cristiano es mirar allá; esperar lo de allá; dirigirse, sin torcer rumbo, siempre hácia allá. Mirar únicamente al cielo; esperar únicamente el cielo; buscar únicamente el cielo.

¡Oh suaves tintas del suavísimo misterio de la Ascension de mi Salvador! ¡Cómo alumbrais mis inciertos caminos! ¡Cómo alentais mis continuas zozobras! ¡Cómo asegurais mis perpetuas esperanzas!

«Subo á mi Padre que es vuestro Padre, y á mi Dios que es vuestro Dios.»

¡Amorosas palabras! ¡Tiernísimo despido! ¡Suave cuanto ingeniosa manera de prevenir y endulzar congojas de ausencia! Nunca las leemos en el rezo afectuosísimo de la Ascencion del Señor (uno de los más entrañables del Breviario), sin que nos hieran profundamente. No creemos hayan salido otras más blandas del Corazon delicado de nuestro Salvador.

¿Con qué (verdad será, pues lo dice Él), su Padre es Padre mio y su Dios es mi Dios? Sí, y por ser Él mio, es gloria mia su gloria, es cielo mio su cielo, es fiesta mia su fiesta, es todo mio, en una palabra, todo lo de Él.

Una palabra atrevida oso estampar aquí, lo cual no impide que sea muy verdadera. Él es yo en cierto sentido, y yo soy Él, desde que por la Encarnacion me ha hecho á mí miembro suyo y se ha hecho Él cabeza mia. Comunicacion de miserias y grandezas ha establecido entre Él y yo; comunicacion de deudas contraidas y de méritos allegados con que satisfacerlas; comunicacion de sufrimientos y de inmortales esperanzas; solidaridad perfecta de intereses, acervo comun de bienes espirituales y eternos, de los que es Él universal heredero *(hæres universorum)* por natural herencia; y yo copartícipe ó coheredero por sobrenatural adopcion.

Pláceme repetir esa palabra que me engrandece y sublima, más que al hijo de nobles su prosapia, más que al descendiente de cien reyes su mayorazgo y su corona.—¡Su Padre es mi Padre, su Dios es mi Dios, su cielo es mi cielo!

¿Y quereis no me alegre y regocije, y temeis, al revés, me entristezca y gima cuando en esta fiesta le considero elevándose de la tierra sobre carro de nubes, abriéndose paso al través de ellas en direccion á su trono celestial, desapareciendo por fin de mi vista, aunque ésta se me humedezca con las lágrimas de la despedida? ¿Cómo, si á dónde va Él me asegura que en breve he de seguirle yo?

¡No le ven ya mis ojos, pero más que nunca le ve invisible y le ama y le adora arrobado mi corazon! ¡Arriba, arriba, corazon mio! que allí está tu centro y tu amor y tu dicha inacabable. ¡Arriba! ¡arriba! que lo de acá, miserable y despreciable y vergonzoso, muy presto se ha de acabar! ¡Arriba! ¡arriba! que es demasiado grande tu condicion de hermano de Cristo, para que te contenten mentidos placeres, oro vil, honores de papelon pintado, grandezas de mera perspectiva teatral! ¡Arriba! ¡arriba! hijo del cielo, que de allí procedes y allá has de volver; que de allí es tu Padre y tu Dios, y allí es tu patria. ¡Arriba! ¡arriba! que allí te esperan ¡y con qué anhelos de amor! ¡y con qué ardorosa impaciencia! ¡Arriba! ¡arriba! que allí te sonríe todo, como aquí todo te aflige y te da pesadumbre; todo es aquí desasosiego y negrura; todo es allí bienandanza y paz; todo es allí luz; todo son risueños y nunca enturbiados horizontes!

«¡Santa y felicísima morada, dice el P. Rivadeneyra, en donde la juventud nunca se envejece, y la frescura no se marchita, y el amor no se entibia, ni el contento se mengua, ni la vida se acaba, porque se ve y se goza para siempre el sumo y eterno Bien!»

¡Tardais, Señor, en llamar á Vos esta vuestra cautiva criatura! ¡Bendito seais, empero, que así consolais la indispensable tardanza! Tardais, Señor, para añadir á mi eterna felicidad lo que sin duda ha de hacerla muy más preciada; es decir la idea de que no me la dais de balde y enteramente regalada, sino de que yo mismo, con el auxilio vuestro, me la estoy labrando desde aquí, de que la poseeré como mia y muy propia y con mis servicios merecida.

Palabras de un Santo de gran corazon: *Heu! Quam sordet terra dum cœlum aspicio!* ¡Cuán fea ¡ay! se me vuelve la tierra cuando miro al cielo!

Dijo bien, muy bien. Pero ¡cuánto más hermoso no es ese cielo y cuánto más despreciable no es esta tierra, mirados al suave resplandor del misterio de la Ascension! ¡Oh buen Jesús! ¡Oh dulce y amorosísimo Jesús!

Tu dux ad astra et semita,
Sis meta nostris cordibus,
Sis lacrymarum gaudium,
Sis dulce vitæ præmium. Amen.

EL MES DE MARÍA.

APRESTAD, aprestad, oh doncellas, vuestras guirnaldas; y vosotros, mancebos, tomad de sus verdes canastillos las flores de más rico color y de más suave fragancia para adornar con ellas los altares de la Vírgen; que no en vano llama ya á nuestras puertas el Mes de las flores, el Mes de Mayo, el Mes de María.

¿No oísteis ya trinar en los aires la hermosa golondrina, amable mensajera de los hermosos dias? Asoma ya riente el Mayo gentil, y la tierra su desposada vistióse para recibirle con todas las galas de la belleza y de la juventud. Sus montes cubrió con manto de aterciopelada verdura, sus valles alfombró con rica variedad de colores, embalsamó su aliento purísimo con mil perfumes, y en torno de sí hizo que le cantasen delicioso concierto los arroyos y torrentes, las brisas y el coro dulcísimo de las aves.

Ya al despuntar la aurora no envuelve la niebla con sus pliegues los lejanos caseríos; las cenicientas nubes no cubren ya la tierra como vasto sudario: pasó el invierno con sus hielos y con sus lluvias; los dias son largos y claros, las noches breves y apacibles.

Dijo un dia el pueblo sin Dios: Esta es la estacion de los placeres y del gozar; gocemos, pues, y embriaguémonos de placeres. Y sus vírgenes y sus mancebos corrieron en tropel á los altares de una impúdica divinidad; y en torno del indigno simulacro ensayaron sus cánticos y danzas, de las cuales huyó espantado el pudor, y la virtud se alejó llorosa y avergonzada.

Y no obstante, se llamó aquel delirio una religion, y la cantaron al son de sus liras los poetas, y la celebró la música con sus acordes, y la sirvió con sus flores y con sus frutos la naturaleza: pobre poesía, pobre música y pobre naturaleza, puestas al servicio de la mentira y de la corrupcion por sus viles adoradores.

Un dia, empero, ¡dia feliz! sobre el horizonte coloreado con las suaves tintas de la primavera dejóse ver á los ojos de los pueblos alumbrados por la fe, purísima Mujer de celestial hermosura; la luna servia con su disco de escabel á sus piés, vestíala de lleno el sol con sus resplandores, brillaba en su frente fulgente aureola de luz, y sobre su cabeza místico cerco de doce estrellas.

El azul purísimo de los cielos cobijábala como inmenso pabellon, la tierra engalanada con todos sus atavíos ofreciale como precioso ramillete sus flores y sus perfumes, y la cantaban con magnífica variedad de sonidos las armonías todas de la naturaleza.

Y los pueblos enmudecieron un momento como deslumbrados ante la vision radiante y encantadora, y un momento despues una voz unánime salió de todos los labios saludando á María, y se olvidaron los vanos simulacros, y deshiciéronse las danzas impúdicas, y la poesía y la música y todas las artes, sacudiendo el yugo vergonzoso que las envilecia, unieron á las del hombre sus voces, y alzóse al cielo envuelto en ellas el ardiente afan, el amoroso suspiro de mil corazones palpitantes de amor á los piés de la Madre de nuestro Dios.

Y en las nebulosas regiones del Norte, y en las encantadas florestas del Mediodía, en los tostados arenales del Africa y en las vírgenes soledades del Nuevo-Mundo tuvo templos María: y los tuvo en las grandes ciudades, lanzando al cielo airosas cúpulas y afiligranados chapiteles, y los tuvo en las aldeas á la sombra de las viejas encinas y de los plátanos seculares, y los tuvo en la soledad en lo más elevado de las colinas, y en lo más repuesto y escondido de los valles; humildes ermitas donde se detiene fervoroso el caminante, donde coloca la pastorcilla su ofrenda de flores cogidas á las márgenes del torrente.

Y los tuvo en todas partes donde latieron corazones generosos, y la tierra en una palabra no fué ya más que un sólo inmenso altar, y todos los corazones y todas las almas no fueron ya sino un sólo corazon y una sola alma, unidos por el amor de María.

Y el pudor y la virtud no debieron ya sonrojarse de este culto glorioso, y las vírgenes no fuéron ya á buscar en él la ruina de su inocencia y el oprobio de su juventud; que no en vano se llama el objeto de sus amores Reina de las vírgenes, Señora de las virtudes, Madre del Amor hermoso.

Por eso cuando asoma todos los años risueña y deliciosa la primavera, un grito inmenso, universal, resuena en toda la tierra; y en todas las almas amantes de la Madre de Dios uno solo es el pensamiento, una sola es la palabra en todos los labios: ¡María! ¡el Mes de María!

Ea, pues: aprestad, aprestad, oh doncellas, vuestras guirnaldas, y vosotros, mancebos, tomad de sus canastillos las flores de más bello color y de más exquisita fragancia, para con ellas adornar los altares de vuestra Madre; que no en vano llama ya á nuestras puertas el Mes de las flores, el Mes de Mayo, el dulce Mes de María.

Son muchos, muchisimos los que así saludan gozosos el Mes de las flores, el Mes de María; son muchos los que acuden á los templos, los que tejen guirnaldas, los que entonan místicas canciones, los que arrullan con ellas su corazon ávido de poesía, los que murmuran sabrosas oraciones.

Bien está: bueno es todo esto: bellísimo, delicioso, arrobador. Pero entendámonos: ¿es esto sólo el Mes de María?

Si es el Mes de María lo artístico de la ornamentacion, lo vistoso de las colgaduras, lo frondoso del ramaje, lo matizado de las flores que engalanan el altar,... Mes de María será... mas tan solo para los ojos.

Si es el Mes de María lo delicado de la música que se canta, lo acordado de los instrumentos, lo tierno de las voces,... Mes de María será... mas tan solo para el oido.

Si es el Mes de María lo sabroso de los conceptos espirituales que se leen, lo suave del rezo, lo poético de la meditacion, lo elocuente de la plática,... Mes de María será... mas tan sólo para la imaginacion y el sentimiento.

Y no obstante hemos de querer que sea Mes de María de veras, no Mes de María de burlas. Es decir, no Mes de María para los ojos; tanto valdria darlo representado en el teatro como pieza de gran espectáculo: no Mes de María para el oido; tanto valdria lo ejecutase la compañía lírica en el concierto: no Mes de María para el sentimiento y la imaginacion; tanto valdria darlo en forma de novela.

—¿Cómo ha de ser, pues, para que sea á vuestro gusto, oh crítico descontentadizo?

—Ha de ser Mes de María para María en primer lugar; y en segundo lugar, ó tambien en primero, si me apurais, Mes de María para el alma.

—¿Hemos de quitarle, pues, sus floridos adornos, sus cadenciosas letrillas, sus galas del buen decir? ¡Tendria que ver!

—¡Cá! ¡hombre de Dios! Nada de eso. Haced del altar un jardin, del coro un nido de ruiseñores, del púlpito un curso práctico de literatura. Está bien. Pero dad á todo eso espíritu, ponedle corazon, infundidle vida, calentadlo con el calor que debe tener.

—Espíritu, corazon, vida, calor... no os entiendo por cierto.

—Sí, sí, ponedle espíritu de fe, corazon de amor de Cristo, vida sobrenatural, calor de la gracia divina. Con eso son cristianas las obras, sin eso nada son; más claro aún; son obras paganas aunque por casualidad se hagan en un templo cristiano.

—¡Terrible estais, malhumorado censor!

—Mucho menos de lo que debiera, segun nos invade por todas partes el devastador naturalismo, que es en las costumbres lo que el maldito liberalismo en las ideas, la gangrena actual.

—Dad reglas prácticas para el caso.

—Voy á darlas y muy sencillas, y no de suma utilidad, como se dice comunmente, sino de indispensable necesidad.

1.ª Nadie vaya al templo de Dios sólo para pasar un buen rato, para distraerse, para solazarse, ó simplemente para curiosear lo que se hace allí. Al templo se va para obras de Dios y para nada más. Para lo otro están el teatro y los jardines públicos.

2.ª Nadie presuma haber hecho el Mes de María, si al ejercicio exterior de los labios y á la asistencia material del cuerpo no acompañan el fervor interior, el deseo de honrar á Dios venerando á su santísima Madre, el propósito de aprender de Ella algo para la mejora de la vida y para más asegurarse buena muerte, y despues de ella sentencia feliz.

3.ª Buenas son las olorosas flores; pero en determinados casos sirven más y mejor punzantes espinas. Dígolo porque no me parece buen Mes de María el que no mezcla al ramillete de Mayo los severos recuerdos de la Cuaresma: muerte, juicio, cielo, infierno, pecado, penitencia, mortificacion y otros por el estilo, que suelen ser buen despertador de conciencias dormidas ó soñolientas, y constituyen la parte verdaderamente sólida y robusta y sustanciosa del ascetismo cristiano.

4.ª Por fin, téngase presente que no será en rigor practicar el Mes de María dedicar sólo media hora ó una hora cada dia á este piadoso ejercicio. Esto seria á lo más emplear en definitiva quince ó treinta horas del mes. Celebrar el Mes de María es ofrecerle á Ella todos los dias y todas las horas y todos los minutos de él; es decir, llenarlo todo con este pensamiento, dirigir á eso todas las obras que se hagan, reformar en él todo el conjunto de la vida, hacer que sean obras de Mes de María todas las del dia, desde que nos levantamos al amanecer hasta que nos retiramos á descansar; procurando sean *marianos* todos los actos que ejecutamos, así los de devocion como los de trabajo ú ocupacion profana, y hasta los de simple recreo. De suerte que recemos por María, suframos por María, trabajemos por María, y paseemos ó nos divirtamos por María, y todo segun María. Esto es hacer suyo todo el mes, esto es dedicárselo de veras.

Actos del Mes de María han de ser las oraciones más fervorosas que de ordinario, las obras comunes mejor desempeñadas, más exactitud en las obligaciones de cada cual, mayor resignacion en los padecimientos, vida más interior y recogida, limosnas más frecuentes á los pobres, celo más ardiente por la divina gloria, más enfrenamiento de la pasion dominante: en una palabra, más virtudes y menos pecados.

Un mes así emprendido y así realizado será verdaderamente Mes de María; Mes no sólo de flores, si que principalmente de frutos para la vida y para la eternidad.

¡Ea, vamos de esta suerte á practicar de veras este bendito Mes!

Hay varios modos de practicar el Mes de María, basados siempre en las ideas que acabo de exponer. Y algunos hay tan singulares que tal vez nunca los oísteis nombrar.

Hay el Mes de María de las personas ocupadas. A no pocos oiréis decir que no celebran las flores de Mayo porque no tienen tiempo para eso, no se lo consienten mil ocupaciones... Ilusion de la pereza ó excusa de la desgana, y nada más. ¡Si no es cuestion de tiempo, sino de voluntad! Con dirigir breve súplica á María al levantarse por la mañana; con ofrecer á gloria suya cuanto en el dia se haga; con guardar algun mayor cuidado en evitar las faltas habituales; con entremezclarle tal cual pensamiento piadoso á la cotidiana labor; con rezar al concluir el dia los dieces del santo Rosario á esta intencion, ¡cuán hermoso Mes de María no se puede practicar! ¡Cuán grato á la divina Señora! Ni cinco minutos de más habrémos gastado al fin del mes en haber hecho esto en todos los dias de él, y desde la fábrica lo podemos hacer, desde la tienda, desde el escritorio, viajando, en todas partes.

El Mes de María de los afligidos. ¡Qué oloroso jardin de flores es la tribulacion cristianamente sufrida, para ofrecerle de ellas preciado ramillete á la Reina de los cielos! No hay terreno que más bellas las produzca que el que ara y cava por su propia mano el Señor con el hierro de las aflicciones y fecundiza con el rocío de nuestras lágrimas. Espinas le parecen al desconsolado mortal sus penas vistas desde aquí; pero se engaña en eso; son las más hermosas flores vistas desde el cielo. Abrazar, pues, con más ardor la cruz; repetir los actos y protestas de conformidad al querer divino; callar ante el genio duro, ante la sinrazon, ante la lengua maldiciente ó envidiosa, ante la persecucion injusta, es presentar al altar de María las flores que más ella ama, las que la hicieron en vida Madre de dolores y en el cielo Reina de los Mártires.

El Mes de María de los enfermos. Hasta éstos, hasta los pobres enfermos pueden cosechar flores en abundancia en el lecho de su triste enfermedad. Estoy por decir que en ninguna parte pueden cogerse más olorosas. Una imágen de María (siquiera una estampa) colocada en la pared frontera de la cama; unas frecuentes miradas á esta imágen material, acompañadas de filial suspiro del alma al original viviente que está en los cielos; unos brevísimos rezos de versículos ó jaculatorias que apenas hagan mover los labios del paciente, pero que de seguro moverán á compasion las tiernas entrañas de María; todo eso, y alguna mayor paciencia en la enfermedad, algun mayor silencio en la hora del dolor, alguna mayor resolucion en tomar por Dios los medicamentos, alguna exigencia menos para con los encargados del penoso cuidado... ¡oh, qué aprovechado Mes! ¡oh, qué florido y granado Mes!

El Mes de María de los que no saben. Personas hay que no conocen letras, y en su inocente sencillez se les figura no han de ser aceptas á Dios y á la Vírgen sus pobres oraciones, porque no saben dirigirlas en el estilo elegante y galano de los sermones y devocionarios. ¡Pobres almas, tal vez las más gratas al cielo! No se sirve á Dios con muchas letras, por más que ellas sean en sí muy buenas, sino con mucho amor. No las frases solamente elocuentes penetran las nubes, sino las que lanza, encendidas en su fragua, la fervorosa devocion. No envidieis tanto á los que saben; bueno es saber, pero es esto mayor responsabilidad. El Rosario, por ejemplo, devotamente practicado, os basta para hablar y regalaros con Dios. Con él hay de sobra para el Mes de María. ¡Qué más flores de Mayo que las rosas de este florido rosal!

El Mes de María más económico de todos. A quien todo esto pareciere aún demasiado, voy á proponerle una forma de Mes de María, extraña, inverosímil, económica sobre toda ponderacion. Consiste en no añadir cosa nueva á lo que durante el año se hace, ni una *Ave María* más, ni una jaculatoria más, haciendo solamente lo de siempre, lo de cada dia, lo comun y habitual. Ponerle, eso sí, una condicion que no gasta tiempo, ni cuesta dinero. Esta condicion es sacarle á eso viejo el lustre de nuevo, renovándolo bien. Rezar lo mismo, meditar lo mismo, pero con nueva exactitud, con nuevo esmero, con nueva limpieza de pajas y telarañas, que son nuestros cotidianos defectos. El pobre tan pobre, que no tiene más que un traje, saca el dia festivo el mismo que usa los dias de labor; pero le quita el polvo de la semana, para siquiera con el aseo honrar la solemnidad. ¿Otra cosa no podeis hacer? Haced sencillamente esto, y la Vírgen os lo agradecerá. ¿Puede darse cosa más fácil y más económica? Sí, señor; pues algo aún puede darse, y lo voy á decir en conclusion.

El Mes de María negativo. Sí, señor, se puede hacer el Mes de María aún más económicamente, nó haciendo algo, sino dejando de hacer. ¡Vaya una ocurrencia! Pues, sí, señor. Muy sencillo. ¿Vais durante el año al teatro? No os alabo la costumbre, pero si no os sentís con fuerzas para dejarla, no vayais por lo menos estas semanas de Mayo, en honra de la Madre de Dios. ¿Os regalais mucho en la mesa? No pido que ayuneis como Cartujos, pero privad á vuestro paladar de alguna golosina ó salsa en honra de María. ¿Vestís con cierto lujo? Una cinta menos, un color menos alegre, un aire más modesto y más *beato* en vuestro traje, puede ser todo esto una flor de Mayo de exquisito valor. Y si lo que ahorrais del teatro, de la mesa y de la modista lo llevais á la casa del pobre, ¡ay, que flor más linda habréis añadido á ese ramillete de piadosas economías! Ni los Angeles del cielo pueden enseñar Mes de María tan fácil.., ni de más fabulosa baratura.

Sigan discurriendo mis buenos lectores por lo que les he indicado hasta aquí, y verán luego cuántos modos muy fáciles, facilísimos, se pueden encontrar de practicar bien el Mes de María.

¡Todos, pues, á él! ¡Todos al Mes de María!

BREVE PRÁCTICA DEL MES DE MAYO CONSAGRADO Á LA MADRE DE DIOS.

ACTO DE CONTRICION.

Por la señal, etc.

A vuestra soberana Madre vengo á honrar, Señor mio Jesucristo, y al querer debidamente hacerlo me avergüenza ante todo el estado de mi pobre alma tan llena de ofensas á Vos. Os he faltado, Señor, mil veces, y agraviándoos á Vos he agraviado juntamente á vuestra dulcísima Madre y mia. ¿Cómo he de poder, pues, presentarme en su presencia sin que le provoque á asco y enojo mi indignidad?

Vos, Señor mio, que tan misericordioso sois y que desde las entrañas de vuestra dulce Madre habeis traido al mundo tesoros de bondad y de compasion, tenedla de ese pobrecito pecador, y perdonadle una vez más sus negras ingratitudes. ¡Pésame, Señor, en lo más vivo de mi alma haber herido con ellas vuestro amante Corazon! ¡Pésame, Padre mio, y no quiero ofenderos con ellas ya más! Ayudadme con vuestra gracia para perseverar en este mi arrepentimiento y firme propósito hasta el fin de mi vida. Amen.

ORACION Á MARÍA SANTÍSIMA.

Vuestro permiso imploro, Madre y Señora mia, para acercarme, á pesar de mi indignidad, á vuestro altar sagrado. A él vengo, celestial Maestra, para que me instruyais; á él corro, bondadosa Madre, para que me consoleis; á él me refugio, Protectora poderosisima, para que me protejais. Todo lo sois, Señora, para el pueblo cristiano y para este infeliz pecador, luz, consuelo, amparo, fuerza, esperanza y segura proteccion. Enseñadme con el ejemplo de vuestra vida, especialmente con el paso de ella que me propongo hoy meditar; fortalecedme con la divina gracia que benévolamente me alcanzaréis de vuestro Hijo Jesús; consoladme y acariciadme con las infinitas dulzuras de vuestro culto y amor singularmente en este vuestro devoto Mes. Amen.

¡Madre y Señora mia! De vuestro soberano Hijo y Señor mio otorgadme en estos momentos el especial beneficio de hacer con fruto para mi alma estos breves puntos de meditacion.

MEDITACION.

La que se pondrá sucesivamente para cada dia.

DESPUES DE LA MEDITACION.

Ahora saludarémos fervorosamente el Nombre suavisimo de nuestra divina Madre con las siguientes jaculatorias y *Ave Marías:*

Madre mia amantisima, en todos los instantes de mi vida acordaos de mí, pobre pecador. *Ave María.*

Arca de Dios y Tesorera del cielo, concededme abundantes gracias para detestar y llorar mis pecados. *Ave María.*

Reina de cielos y tierra, sedme amparo y defensa en las tentaciones de mis enemigos. *Ave María.*

Inmaculada Madre de mi Dios y Señor, alcanzadme lo que os pido para mi salvacion. *Ave María.*

Abogada mia y refugio mio, amparadme en el trance espantoso de la muerte y abridme las puertas del cielo. *Ave María* y *Gloria.*

ORACION DE SAN BERNARDO.

(Memorare).

Acordaos, oh piadosísima Vírgen María, qué jamás se oyó decir que alguno de los que acudieron á vuestra mediacion é imploraron vuestro auxilio fuese desamparado de Vos. Alentado con esta seguridad, á Vos acudo, Vírgen Reina de las vírgenes, y aunque agobiado bajo el peso de mis culpas, atrévome á parecer ante vuestra presencia. No desprecieis mis ruegos, antes dignaos atenderlos y favorablemente despacharlos. Amen.

OFRECIMIENTO DEL DIA.

Cuanto piense, cuanto hable, cuanto obre y cuanto quiera en este dia de vuestro sagrado Mes, os lo ofrezco, purísima Reina de los cielos, como florido homenaje de amor consagrado á vuestra devocion. Sean por Vos todas y cada una de mis respiraciones, sean por Vos todos y cada uno de los latidos de mi corazon, sean por Vos los deseos más íntimos de mi alma. Os dedico muy especialmense el obsequio ó flor espiritual de hoy, y deseo lo recibais como nueva prenda de mi fidelidad á vuestro amor. Y haced, Señora, que segun Vos viva, y en Vos muera, y con Vos reine felizmente por toda la eternidad. Amen.

Aquí se leerá la Flor espiritual *correspondiente al dia, sacándola por suerte entre el catálogo que se hallará continuado al fin.*

MEDITACIONES PARA LOS DIFERENTES DIAS DEL MES.

I.

María en su Concepcion.—Estima de la divina gracia.

María por singularísimo privilegio, debido en cierta manera á su alta dignidad de Madre de Dios, fué concebida en el seno de su madre santa Ana sin la mancha del original pecado, que del primer padre Adan contraemos todos sus descendientes.

Saca de ahí, alma mia, cuál debe ser la estima en que debes tener la gracia de Dios, pues queriendo el Señor honrar de un modo extraordinario á la que escogió por Madre, no encontró otro más precioso, que adornarla desde el primer instante con ese de su divina gracia. Tambien por el Bautismo se te ha dado á ti, ya que no en tu concepcion al menos en tu regeneracion por medio de este Sacramento. ¿Cómo guardaste tan valiosa joya? ¿En qué aprecio la tuviste? O al revés. ¿A cuántos riesgos no la traes voluntariamente expuesta? ¿Por qué viles placeres del mundo no la has cien veces trocado? ¿Qué has hecho, infeliz, de esta primera vestidura con que al adoptarte por suyo te engalanó el Señor? ¿Qué cuenta darás de ella en su rigoroso tribunal.

Reflexiónalo muy detenidamente, y pide á tu buena Madre la Inmaculada María te alcance del Señor estima y aprecio de ese don sobrenatural de la divina gracia. Llora la desdicha de haberlo tantas veces perdido, y procura no perderlo ya más, ó recobrarlo al punto por medio de una buena Confesion.

II.

María en su Nacimiento.—Buen uso de la vida para la santificacion.

Nació María, y con su Nacimiento se regocijaron cielos y tierra, y muy especialmente se llenó de júbilo la ancianidad de sus buenos padres Ana y Joaquin. Esta Niña celestial, nacida para tan altos destinos, empieza con su vida á poner en práctica los medios que para llegar á ellos le proporciona la divina Bondad.

Tambien has nacido tú para el glorioso fin de ser un dia heredero del cielo y partícipe de la gloria de María. Ni se ha contentado el Señor con llamarte á esa herencia; medios mil te ha dado con que desde tus primeros años pudieses empezar á granjeártela. Vida, salud, fuerzas, padres cristianos, educacion católica, sanos ejemplos, Misa y Sacramentos, interiores inspiraciones, ¿cuántos recursos no ha puesto el cielo á tu disposicion para guiar tus pasos y conducirte á buen puerto? Todo un capital te ha dado en préstamo para que negociases con él y labrases asi tu eterna fortuna. ¿Qué has hecho de esos recursos, negociante infeliz? ¿En qué has empleado estas sumas de años y de meses, mal aconsejado administrador? ¿Acaso en proporcionarte vanidades, fruslerías, juguetes de niño, indignos de tu elevada condicion de hijo de Dios, cuando no en hacerle guerra impía á Él mismo con horrendos pecados y monstruosas rebeldías? Con este capital de la vida con que debias adquirirte la gloria del cielo te has fatigado amontonando únicamente lodo de la tierra, y enlodando con él tu alma, tu pobre alma, que tan rica de bienes del cielo podias presentar á Dios.

Piénsalo bien y ofrece á tu Madre, por los méritos de su Nacimiento, acertado uso de los años que de vida te conceda el Señor para en adelante, empleándote sólo en su divino servicio.

III.

María en su Infancia.—Compensacion por los años perdidos.

Crecia la tierna hija de Ana y Joaquin, y es de suponer que, como se dijo más tarde del divino Jesús, adelantaba cada dia en sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres. Veíala el Eterno y se complacia en esa delicada Flor, de la que esperaba muy en breve tan suaves como sazonados frutos.

¿En qué has empleado, alma mia, los años de tu niñez y juventud? ¿Para quién fueron aquellas primicias de la vida, aquella lozana flor de ella, aquella su deliciosa primavera? ¿No es cierto que tal vez las ofreciste al enemigo de tu alma y de tu Dios por la disipacion, por la liviandad, ó siquiera por la ociosidad y descuido en el divino servicio? Grave obligacion te nace de ahí. Los años perdidos para Dios debes en adelante compensarlos con más extraordinario fervor y con abundantes obras de supererogacion. No te limites á lo prescrito y mandado, pues tienes pendientes con Su Divina Majestad tales deudas y atrasos. Podrias en cierta manera regatearle al Señor tus obras voluntarias, cuando durante toda tu vida hubieses sido para con él fiel y exacto pagador. Has de obrar ahora sin pararte en tasas y medidas, ya que largos tiempos de tu vida y los más preciosos se los has vilmente defraudado. Nuevo estímulo del fervor y de la devocion debe serte este recuerdo de los años robados al servicio de su Señor. Aprovecha la vida que hoy se te da para tomar el desquite y saldar cuentas con el divino Juez.

Medita sériamente estas tremendas verdades, y ponte luego á los piés de María, pidiéndole decision para trabajar en adelante con más ahinco en la obra de tu salvacion.

IV.

María en su Presentacion.—Don de sí mismo á Dios.

En edad muy tierna María es presentada por sus Padres al templo, para servir en él más directamente al Señor y llevar allí vida recogida y silenciosa. María hace de sí propia este ofrecimiento, y ya no se considera suya, sino toda entera de Su Divina Majestad.

Hé aquí, alma cristiana, la base de toda santificacion y vida espiritual. ¿Quién te ha criado? Dios. ¿Quién te redimió? Dios. ¿Quién te conserva? Dios. De Dios eres, pues, por título de creacion, de redencion y de conservacion. De Dios eres con todas tus cosas, con tus potencias y sentidos, con tu salud y fuerzas, con tu alma y corazon. Nada de lo que posees es tuyo. Todo y tú misma eres pertenencia de Dios, como el esclavo es de su dueño, como el mueble es de quien lo compró ó lo labró para su uso. ¿Parecerá, pues, gran cosa que hagas de tí misma ofrecimiento á Dios, cuando en realidad no le das con eso sino lo que ya le pertenece? Lo que, sí, has de considerar, es que si tal ofrecimiento no haces, ó si no lo haces con toda lealtad y sin reserva alguna, ó si no lo cumples despues de prometido, robas en este caso á tu Dios y Señor, robas al divino Dueño lo que es suyo con el descaro del más infame ladron. No puedes, pues, atribuirte ni para tu gloria ni para tu regalo, lo que tienes, y si solo para la gloria y servicio de Dios, so pena de cometer contra Él alevosa traicion y hurto sacrílego.

Eso considerarás, y luego suplicarás á María santísima te alcance la gracia de imitarla en la generosa entrega que de sí propia hizo á Dios en el misterio de su Presentacion.

V.

María en sus Desposorios.—Perfeccion en el respectivo estado.

Del retiro del templo salió María por divina disposicion y consejo, para desposarse en virginal consorcio con el varon justo de su tribu, el patriarca san José. La santa quietud del santuario trocóla desde entonces María por el taller de su Esposo el buen carpintero, y el pueblo la vió desde entonces fiel y perfecta en esta su nueva vocacion.

A diversos estados llama el Señor á las almas: unas al recogimiento de la vida solitaria, otras al matrimonio y al ruido de las ocupaciones mundanas. Mas en todas quiere el Sumo Dueño ser servido con igual perfecta fidelidad. Entre los quehaceres domésticos y el cuidado de los tuyos quiere Dios reinar en tu corazon, como en la soledad del claustro y en las obras de piedad y beneficencia. Son diversos caminos, pero no opuestos, con que se llega á un mismo fin, como se siga en cada uno de ellos la inspiracion divina que á cada alma tiene señalado el suyo. Sobre lo cual examinarás fielmente tu conciencia para ver si en las peculiares obligaciones á que te ha llamado Dios le has servido, como en tal estado quiere Él ser servido de ti. Si eres hombre de negocios, no envidies al monje su quietud. Sirve á Dios con tus negocios, que ese es el lugar en que quiere Él te ganes tú el jornal de la eternidad. Si eres religioso, no vivas como el seglar. Lo que á éste basta para su salvacion, no te bastaria á ti para librarte de la eterna ruina. A todos nos quiere Dios para un mismo cielo, pero á cada uno quiérele allí por el camino que Él se ha dignado señalar.

Fijarás en esto toda tu atencion, para ser como María en la casa de su casto esposo José, modelo fiel de tus obligaciones en el estado particular en que te ha colocado el Señor.

VI.

María en la Anunciacion.—Docilidad á las inspiraciones divinas.

A poco de hallarse María desposada castísimamente con José, sorpréndele un dia un nuncio celestial. Gabriel arcángel le trae embajada de Dios, notificándola que va á ser Madre del Verbo encarnado, y aguardando tan sólo para la realizacion de este misterio el consentimiento de la humildísima Doncella. Otorgólo María con estas palabras: *Hé aquí la esclava del Señor,* y el Verbo divino hízose hombre en sus virginales entrañas.

Muy á menudo recibes, alma mia, embajadas del cielo, si no tan gloriosas, no menos dignas de atencion; sino por intermedio de Arcángeles, por inspiracion divina y por conducto tal vez del Angel de tu guarda. Voz de Dios es aquel secreto movimiento que en tu alma sientes á dejar aquella amistad vana, ó á practicar aquel sacrificio, ó á cultivar aquella virtud, ó á practicar aquella obra buena. ¿Por qué te haces voluntariamente sorda al divino llamamiento? ¿Por qué en vez de oponer culpables resistencias no contestas como Saulo: «Señor, ¿qué queréis que haga?» ó no dices resueltamente como María: «Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra?» ¿No dices cada dia en la oracion dominical: «Hágase tu voluntad asi en la tierra como en el cielo?» ¿Por qué no cumplen, pues, tus obras lo que tantas veces afirma tu labio? ¿Sabes á qué te expones cerrando la puerta al Señor que llama con recias aldabadas á ella, ó por lo menos no abriéndosela más que á medias, ó tardando en abrírsela por culpable negligencia? Te pones en riesgo de que se aleje el Señor de tí y no vuelva á repetir la llamada.

Haz reflexion en esto, y desde hoy imita la conducta dócil y sumisa de María en este misterio de su Anunciacion.

VII.

María en la Visitacion.—Caridad con los prójimos.

Elevada María á la dignidad de Madre de Dios que sentia ya en sus entrañas, hizo largo viaje para visitar á su prima Isabel que sabia hallarse en análogo estado, próxima á serlo del gran Bautista. Entró, saludóla, pasó con ella tres meses, intervino en el nacimiento del glorioso Precursor, é hizo con Isabel los oficios de buena y solícita servidora. ¡Ella la Madre de Dios!

La vida espiritual y el trato con Dios y la perfeccion más elevada en su divino servicio no han de alejarte, alma cristiana, de los servicios al prójimo, conforme se los puedas prestar segun tu estado ó condicion. Las obras de caridad corporales y espirituales deben ser el fruto exterior de tu amor á Dios, ya que su divina ley se encierra en dos mandamientos: quererle á Él más que á todas las cosas y al prójimo como á tí mismo por amor de Él. Serás diligente, pues, en visitar enfermos, consolar afligidos, socorrer necesitados, corregir á los que yerren, rogar por vivos y difuntos y dar á todos luz de honrado y cristiano ejemplo. A cada uno pedirá Dios cuenta de algun prójimo suyo, y nadie está tan aislado en este mundo que pueda individualmente labrarse, con abstraccion de toda otra alma, la santificacion y salvacion de la propia. Hermanos somos todos de una misma familia, anillos de una misma cadena, piezas ó resortes de un mismo mecanismo. No cuentes, pues, agradar á Dios si en algo no le sirves en la persona de tu hermano.

Medita bien estas verdades, y luego aliéntate á practicarlas con el ejemplo de María hacendosa, humilde, servidora en la casa de Isabel.

VIII.

María en su Expectacion.— Presencia continua de Dios.

Cierta de la verdad de las divinas promesas que le habian sido anunciadas por el Angel y ratificadas por Isabel, aguardaba con amoroso anhelo la dulcísima Vírgen el plazo de su cumplimiento y la hora felicísima de ver en sus brazos al recien nacido Jesús. Mas entre tanto adorábale dia y noche oculto y encerrado en su virginal seno como en un sagrario, y no se apartaba un instante de su espiritual trato y conversacion.

Iguales afectos de ternura para con tu Dios debes sentir, alma cristiana, esforzándote en fomentarlos por medio del ejercicio de su divina presencia. En todas partes te asiste y vela por ti y sobre tus más recónditos pensamientos su infinita grandeza; mas de un modo particular debes sentirlo á todas horas en tu propio corazon. Y hasta que en inmortal abrazo puedas gozar de su perfecta posesion en el cielo, consuélete y aliéntete y hágate cauta y recelosa, oh alma mia, la idea de que está siempre tu Dios cerca de tí y junto á tí y dentro de tí. Severo fiscal de tus más íntimas operaciones, cuyo ojo escrutador debe tenerte siempre en vigilancia para no consentir en alguna, que sea contra su santa ley. Testigo perenne de tus combates, manténgate fuerte y constante la idea de que los ve tu Dios que ha de coronarlos. En las horas de desolacion y tristeza, endúlcelas la seguridad de que no te abandona su amorosa compañía.

Recógete en tí misma, oh alma, para pesar esas graves consideraciones, y á tenor de ellas alzar en el fondo de tu alma altar de continuo culto á tu buen Dios siempre presente allí.

IX.

María en su viaje á Belen.—Resignacion y sacrificio.

Un edicto del emperador gentil llama á todos los hebreos al pueblo ó ciudad de su orígen, y para obedecerle emprenden María y José en tan críticos dias el viaje á Belen. El camino es largo, cruda la estacion, el estado de la Virgen delicadísimo, los recursos escasos. Y no obstante, va María alegre y serena, porque sabe que cumple en eso un designio de Dios.

Sea cualquiera la prueba á que te someta la Divina Majestad, y sea cual fuere el medio humano por el que te la envie, acéptala sin murmurar, con ánimo pronto y resuelto, con espíritu dispuesto á todo hasta á los más crudos sacrificios. Donde veas clara la voluntad de tu Señor, acátala sin vacilacion; ya te la comunique por medio de amigos ó de enemigos; ya con el carácter de arbitrariedad ó persecucion, ya con el de justa y racional medida. ¿Quién tiene más derecho á disponer de tí y de tus cosas que el Dueño y Soberano de tí y de todas ellas? ¿Y será lícito, y sobre todo, será respetuoso en un siervo fiel pedirle cuentas á su legítimo Señor de cuáles sean los motivos porque me mande de esta ó de la otra manera, ó porque me dé á conocer su voluntad por este ó por el otro conducto inmediato? ¿Qué importancia deben tener á mis ojos los hombres buenos ó malos que me vejen ó mortifiquen, si en definitiva no he de ver en ellos más que instrumentos (por expreso decreto ó por simple permision) de la divina Providencia?

Esto iria pensando la celestial Doncella durante su penoso viaje á Belen, para obedecer á un capricho tiránico del gobernante: y eso debo pensar y reflexionar cada dia durante el viaje de mi vida para mantener tranquilo mi corazon y razonado á la voluntad de mi Dios y Señor.

X.

María en el Nacimiento de Jesús. — Espíritu de pobreza.

Llegan á Belen los fatigados Esposos y buscan hospedaje entre aquellos vecinos. Ninguno abre sus puertas á los pobres forasteros, y ya al caer la tarde salen de la ciudad ingrata y recógense en una cueva junto á sus viejas murallas. Allí, entre dos bestias, nace en mitad de la fria noche y bajo destechado establo el Unigénito de Dios. Unos pobres pastores, llamados por un Angel, acuden á admirarle. Coros celestiales cantan su gloria sobre el ruinoso portal.

No te alarme, alma mia , la pobreza , ni te desconsuele el desamparo, ni te aflija el menosprecio de tus propios amigos y parentela. En estas condiciones quiso Dios se hallase su amadísima Madre en el momento más solemne de su vida, y en ellas quiso nacer Él. Esta fué su corte y su palacio y su triunfal entrada en el mundo que venia á hollar con sus piés. Si te favoreció Dios con riquezas , no permitas se fije tu corazon en ellas , no les vendas tu pobre alma á costa tal vez del amor á tu Dios. Sé pobre , alma cristiana , áun en medio del fausto y de la opulencia , viviendo mortificada en medio de ellos, sin querer apurar la copa de sus dulzuras; gozándote antes en que por tu generosidad las saboreen los pobres, en quienes debes ver vivas imágenes de tu buen Jesús. Mas si eres realmente pobre, ama, alma mia , esta real pobreza como el título más honroso de semejanza que te da derecho á llamarte hermano y familiar del pobrecito Niño de Belen. Y si eres como Él fino amador de la santa pobreza, sobre tu ruin techo cantarán los Angeles del cielo cantares de paz, y te anticiparán los dulces y suaves regocijos del paraíso.

¡Niño pobrecito! ¡Bendito José! ¡Santa Vírgen María! ¡Familia de pobres, que el mundo despreció y redujo á la vileza de un establo y á la compañía de unos brutos animales! Os ama mi corazon y os quiere seguir, enamorado de vuestra pobreza, más gloriosa que el esplendor de los reyes.

XI.

María en su Purificacion.—Celo del buen ejemplo.

La Vírgen Madre, más pura que el sol, sale de su casita y va al templo, cuarenta dias despues de su alumbramiento, para ofrecer su Hijo allí y purificarse como las demás mujeres. Exenta de esta ley por el carácter divino de su maternidad castísima, quiere no obstante sujetarse á ella para dar en todo, ejemplo de perfecta observancia legal.

Nada hay tan eficaz como el buen ejemplo, y es esta una arma de celo cristiano que toda alma fiel puede y debe emplear para gloria de Dios y provecho de sus hermanos. No se te pedirá tal vez cuenta, alma cristiana, de si has escrito sabios libros, ó pronunciado elocuentes discursos, ó acaudillado grandiosas empresas. Todo esto puede ser quizá muy ajeno á tu especial vocacion. Mas se te pedirá estrechísima, sobre si has dado ó no á los tuyos y al mundo la luz del buen ejemplo que en tus palabras y acciones les debias dar. Seas hombre, seas mujer, seas rico, seas pobre, seas rudo, seas sabio, tu voz y tu obra tienen alguna influencia poca ó mucha al rededor de tí, y con esta influencia puedes ayudar á la causa de Dios y del bien, ó á la causa del demonio su enemigo. Apóstol de Dios eres, si en su ayuda trabajas; satélite del diablo, si te empleas en obras que inspira él. Tu familia, tu círculo de amistades ó negocios, la plaza y calle en que vives, el sitio de diversion ó pasatiempo á que concurres, esos son la arena de tu apostolado, ese el terreno en que siembras sin cesar ó para el bien ó para el mal. ¿Qué uso has hecho hasta hoy, oh cristiano, de esa arma poderosísima del buen ejemplo?

Gran cuidado debe darte para el dia del juicio esta reflexion, y te pido la consideres y revuelvas en tu interior siquiera unos breves minutos cada noche. Díte á tí mismo: en este dia que acaba de transcurrir ¿he favorecido con mis obras y palabras la causa de Dios ó la causa de su enemigo?

XII.

María en su huida á Egipto. —Total desprendimiento.

Pocos dias despues del Nacimiento del Salvador, poderosos enemigos maquinan su muerte. Un Angel del cielo avisa á José, y María con su Esposo y el Niño se ven obligados á huir á Egipto, país extranjero, idólatra y enemigo de su nacion. María emprende sin vacilar este viaje, y abandona confiada en la Providencia su país natal.

Tales sacrificios exige alguna vez el servicio de Dios á las almas cuya fidelidad desea Él tener bien probada. A Abrahan, al llamarle á ser padre de su pueblo, empezó por mandarle el Señor que dejase su tierra, padres y parientes. Y en el Evangelio se nos dice repetidas veces que es forzoso en casos dados dejar padre, madre, esposa y hermanos, y hasta la propia vida para seguir á Cristo. Lo cual no significa sino la sublime virtud del total desprendimiento que es la fundamental de toda vida de perfeccion. ¿Cómo quieres de otro modo volar libre, alma mia, por los espacios iluminados y anchurosos del cielo, si tienes trabadas tus alas con lazos de la tierra, que son las desordenadas aficiones de que se trata aquí? El desprendimiento espiritual, en el grado mayor ó menor que sea necesario para el cumplimiento de los designios de Dios sobre tu alma, debe ser constante trabajo de toda tu vida, si deseas traerla por los elevados senderos de la santidad. Sal de tu patria, sal de los tuyos, sal de tí misma, si quieres encontrar á Dios. Corazon que han de llenar pensamientos y afectos del cielo, ha de vaciarse antes de todo pensamiento y aficion terrena que allí pueda estorbar.

Despegadme, Dios mio, desterradme, desprendedme, descarnadme de cuanto no seais Vos ó no se encamine directa y exclusivamente á Vos.

XIII.

María en su vida de destierro. — Vida de peregrino en el mundo.

Algunos años vivió la sagrada Familia en Egipto, desconocida allí é ignorada, sufriendo todas las tristezas de la emigracion y tal vez la pesadumbre de la miseria. Un dia les llamó otra vez el Angel del Señor y les dió órden de volver á su país, por haber muerto ya los que allí aborrecian al Niño.

Egipto debe ser este mundo para tí, alma cristiana; y no como en tu propia patria, sino como en país extranjero has de morar en él. País extraño, país enemigo de tu Dios, pais en que no puedes echar profundas raíces, país en que no se te concede vivir más que como ave de paso, tal es esta tierra de tu peregrinacion. Yerras lastimosamente si te juzgas para él criada. No, tu patria no es esta, tu patria es el cielo de donde procedes y á donde has de volver. No tienes, pues, aquí habitacion permanente; camino es, no posada; no fijes tu corazon donde sabes que no podrá hallar su definitivo asiento. Al cielo, al cielo han de mirar siempre tus ojos; al cielo han de dirigirse tus pasos; al cielo han de volar tus afectos; al cielo las aspiraciones todas de tu corazon. Vida del cielo has de vivir áun estando acá en la tierra, como en la patria y no en el país de su destierro tiene siempre sus ansias el desterrado infeliz. Seas avecilla ligera, ganosa siempre de espaciarte en las alturas, no grueso reptil pegado siempre el rostro á la cenagosa tierra. No ha criado Dios la tierra para que la ames y sirvas, sino para que la huelles con tus piés.

Aprende, alma mía, de la Vírgen desterrada esos anhelos de la patria inmortal. Vive en este mundo como si en él no vivieses; posee, como si nada poseyeses en él; trabaja, como si únicamente para el otro trabajases. Acá no has venido á vivir: acá no has venido más que á morir.

XIV.

María en Nazareth.—Amor á la vida oscura.

De regreso de Egipto moró la Virgen Madre con su Esposo y el Niño Jesús en Nazareth. Nada dicen los Evangelios de este periodo de la vida de María santísima, sí sólo que el Niño crecia y estaba obediente á Ella y á san José. No se vuelve á hablar de María hasta la época del primer milagro de Jesús, cuando Éste tenia ya la edad de treinta años.

No sin misterio ha dejado el Espíritu Santo como en la sombra este largo plazo de la vida de Nuestra Señora. Fué sin duda para enseñarnos cuán preciosa es á los divinos ojos la oscuridad de la vida comun é ignorada, cuando manifiestas razones de divina vocacion no nos llaman á los deberes de la vida pública. No se gana menos para el cielo en el silencio y penumbra de las virtudes solitarias y caseras, que en el ruido y pompa de los actos heróicos y extraordinarios. Antes bien la santidad ama generalmente esconderse como la violeta, y derramar solamente para gloria de Dios y para el buen ejemplo sus perfumes. Lo cual no contradice al otro deber que tenemos de dar público testimonio de nuestra fe, cuando llegue el caso de eso: enseña únicamente que hemos de huir el aplauso y nunca obrar por él; no exhibirnos nosotros mismos en la escena del mundo, sino esperar á que nos saque á ella Dios, si tal fuere su voluntad; y en caso de no exigirlo de nosotros motivos de órden sobrenatural, apetecer siempre el humilde retiro, la condicion llana y comun, los caminos oscuros y poco frecuentados. El demonio hace presa muy particularmente en las almas que desean sobresalir vanamente entre la multitud y hacerse visibles. El más seguro riesgo que en eso puede darse es por lo menos el de que salgan hueras de todo mérito nuestras obras, y sólo llenas de amor propio y de vanidad personal.

Busca ser desconocido, ha dicho el libro profundo de la *Imitacion de Cristo,* y esto me enseña el ejemplo de María en su vida oscura é ignorada de Nazareth.

XV.

María en el primer milagro de Jesús.—Importunidad de la oracion.

Llegábase entre tanto el tiempo señalado por Dios para que emprendiese su vida pública el divino Maestro. Asistió Éste con su Madre y algunos discípulos á unas bodas, y en ellas llegó á faltar el vino. Conoció María el apurado trance de los desposados y dijo á Jesús: «No tienen vino,» y respondióle el Salvador: «¿Qué nos importa á Tí y á Mí, oh mujer? No ha llegado aún mi hora.» Mas Ella, no desalentada por esa aparente negativa, dijo á los criados: «Haced lo que Él os dijere.» Y Cristo, vencido por esa importunidad, hizo el milagro de convertir en vino el agua de unas tinajas que le presentaron.

Reparemos cómo Cristo escoge para hacer su primer milagro la ocasion de serle pedido por su dulcísima Madre, para acreditar cuanto la queria, y honrarla con su intervencion en este asunto. Mas quiere á la vez que se lo pida, y no se contenta con que se lo indique, sino que espera á que le fuerce á ello haciéndole presentar por los criados las tinajas de agua, para mostrar con eso que los favores de Dios no se alcanzan sino por medio de la oracion y de la importuna y constante oracion. Si María hubiese cedido á la primera respuesta que le dió el Salvador, es seguro no se hubiera obrado el milagro. No se acobardó ni se dió por vencida; renovó la súplica en la forma más expresiva, cual fué la de mandar por su cuenta á los criados se pusiesen á disposicion del divino Maestro, y así recabó de Él lo que solicitaba. Queremos á veces ser auxiliados sin pedir con insistencia y empeño; y quizá muchas veces sin empezar á pedir siquiera. ¿A quién acusarémos, pues, si nos encontramos desamparados en las mayores necesidades?

Propongamos hoy firmemente no dejar de las manos el arma poderosísima de la oracion, pero tenaz, constante, incansable, importuna. Esto es lo que rompe la peña y nos abre la fuente de las bendiciones del cielo.

XVI.

María en la vida pública de Jesús.—Para Dios toda la gloria.

Cristo emprendió entonces su predicacion y se iban las gentes tras Él atraidas por su doctrina y asombrosos milagros. En una ocasion las turbas le aclamaron profeta, varon de Dios, y áun quisieron alzarle por rey. María se conservaba oculta en su soledad, y nada apetecia sobre sí de aquella gloria y fama que hubiera podido acarrearle el ser conocida como Madre de tal Hijo.

Así debemos ser nosotros, indiferentes á toda gloria nuestra, atentos á procurar solamente la de Dios. Si algo de lo que nace de nosotros merece aplauso, téngalo enhorabuena, pero no se nos vea á nosotros acudir ansiosos y sedientos á saborear su golosina. Den gloria á Dios nuestros trabajos y aprovechen á nuestros hermanos, pero mantengámonos nosotros personalmente oscurecidos, como si de nosotros no fuesen aquellas obras que están llamando la atencion. Mejor fuera tal vez no haber tenido merecimiento alguno ante los hombres, si tales merecimientos no ha de considerarlos como gratos á su persona el soberano Juez. María con sólo presentarse en compañía de su Hijo en aquel brillante teatro de sus prodigios hubiera arrebatado tras sí la general atencion, y millares de lenguas hubieran repetido con entusiasmo en su loor aquella exclamacion de una sencilla mujer al divino Maestro: «Feliz el seno que te llevó y los pechos que te alimentaron.» No obstante, ni una sola vez se la nombra como personaje que interviniese en aquellas admirables escenas. En el Calvario se la encuentra, sí, cuando no hay palmas y laureles que compartir con su Hijo, sino injurias y vilipendios.

Espantarnos debe la consideracion de cuán otra es la conducta nuestra la mayor parte de las veces. Háganos cautos y reservados, y celosos de la modestia y humildad, este ejemplo de la Madre de Dios.

XVII.

María en la calle de Amargura.—Amor á la cruz.

Y vinieron entre tanto los horribles dias de la Pasion. El Hijo de María, pedida licencia á su Madre, se entregó como cordero en manos de sus feroces enemigos. Fué preso, abofeteado, escupido, azotado, coronado de espinas, y condenado á muerte de cruz. Supo María la fatal sentencia, y fué á abrazar á su Hijo en el camino del Calvario, y siguióle luego hasta la hora de su crucifixion.

No debe bastarte, alma mia, el que Jesús haya padecido y muerto por ti. Debes hacerte tuya su cruz y hacerte encontradizo con ella y tomarla sobre tus hombros, y seguir así todos los pasos de tu divino Redentor. María no se estuvo sosegada en su habitacion cuando supo que llevaban á crucificar á su Hijo, ni se contentó con lamentarse en su soledad con estériles desconsuelos. Animosa y varonil buscó al Hijo de su alma entre aquel mar de sufrimientos en que andaba acongojado; no temió al pueblo seducido, ni á los fieros sayones, ni á la brutal soldadesca. Por el rastro de la divina sangre no paró hasta encontrarse cara á cara con su dulce Jesús, y asociarse hasta el fin á su dolorosa tragedia. Suyas quiso fuesen las injurias que recibia, suyas las maldiciones con que era apostrofado, suyos los golpes y heridas que recibia Él en su cuerpo y que María sentia redoblados en su corazon. ¡Ojalá, alma cristiana, que así te asociases tú á los padecimientos de Cristo por medio de la perfecta mortificacion! De dos maneras puedes verificarlo. Primeramente, sufriendo con paciencia y buena voluntad lo que te afligiere y desconsolare, ya venga directamente á ti de mano de Dios, como las enfermedades, rigores de la estacion, muertes de amigos, etc., ya te venga pasando antes por las de los hombres, como persecuciones, difamacion, menoscabo de intereses y demás. En segundo lugar, buscando por tí misma la cruz por medio de las asperezas de la penitencia; privando á tu cuerpo de inútiles regalos; viviendo parcamente y sin fomentar la sensualidad; satisfaciendo con prudentes y proporcionados castigos lo que debes por tus desórdenes pasados y presentes á la justicia de Dios.

Resuélvete despues de esto á vivir en adelante, á imitacion de tu Madre y Señora, vida paciente y mortificada y crucificada.

XVIII.

María en el Calvario.—Valor y constancia.

Era este el espectáculo del Calvario. Cristo clavado en cruz. Los dos ladrones crucificados á par de Él á derecha é izquierda. Los fariseos y escribas delante, insultando los últimos momentos del divino Moribundo. María y las demás piadosas mujeres y san Juan firmes al pié del cadalso.

Admira la constancia y firmeza más que humanas de esa animosa Mujer. Desde que buscó y encontró á Jesús en la calle de la Amargura, fué siguiéndole paso tras paso, y no quiso ya separarse más de Él. Vió su desnudez, oyó el martillar sobre los clavos de sus piés y manos, le miró alzado en alto sobre el sangriento madero, una á una recogió sus últimas palabras y encomiendas, mantuvo rostro sereno ante el horror de los elementos perturbados al espirar el divino Salvador. Esta es la imágen de lo que debe ser toda alma fiel en los azarosos momentos en que llega á su alma la amargura de la tribulacion. Asida á la cruz de Cristo, sabiendo que allí está su seguridad y su apoyo, no ha de temer borrascas, ni retroceder por invectivas, ni cejar, sean cuales fueren las amarguras que haya de devorar su despedazado corazon. No se vive en amor sino á costa de graves dolores que son la prueba de sus quilates. Almas tibias y desmayadas, que vacilais á la menor contradiccion y huis despavoridas del lugar del sacrificio, cuando os lo exige la honra de lo que amais, ¿es verdad que amais? O es vuestro amor, amor de aire y de solas palabras, sin otra solidez ni consistencia? No amó así María, nuestra Madre y Madre de Dios.

Mírate en ese espejo, alma cristiana, y aprende en María la fuerza y firmeza incontestables del verdadero amor á prueba de todo sufrimiento. Bebe como Ella tu cáliz de pasion hasta el fin, hasta lo más amargo de sus heces, si quieres reinar un dia sin llanto ni pena alguna en el gozo de tu Señor.

XIX.

María junto al sepulcro.—Única confianza en Dios.

Dos piadosos varones bajan de la cruz el cadáver de Cristo, y despues de haberlo tenido en sus brazos la desconsolada Señora, danle honrosa sepultura y cierran luego la boca de ella con una piedra. María se ve privada hasta de ese último consuelo sensible, y sumida en la más dólorosa soledad.

La sufre tambien alguna vez el alma cristiana cuando place al Señor probar su fidelidad en el divino servicio por medio de las tristezas del desamparo. Las consolaciones sensibles suele prodigarlas el divino Esposo á las almas primerizas en la virtud, que necesitan la leche de tales dulzuras para que les sea más fácil el desapego de las mundanas satisfacciones, á que tal vez vivieron en su principio demasiadamente entregadas. Mas pasada esta como espiritual infancia, no es ya la leche de los consuelos el manjar de las almas adultas; es muchas veces el pan duro de la interior tribulacion. Escóndese aparentemente el Señor á las miradas del alma su enamorada; deja de hacérsele oir su voz en el corazon; rodéala por todas partes noche tenebrosa; créese la infeliz realmente abandonada de su Dios y Señor. Los más grandes Santos han pasado por la dolorosísima prueba de la interior desolacion. Dios, bondadoso con ellas, áun en medio de su aparente desvío, no permite sucumban á la duda y á la desesperacion, pero se vale de esta espada para acabar de cercenar del corazon que quiere para sí, todo resto de humano afecto, para asegurarle en la humildad y baja estima de sí propio. Como se afina el oro en el crisol y como se aquilata en el yunque el diamante, así las almas fieles, bajo la amargura del interior desconsuelo.

¡Alma mia! No desmayes aunque negras sombras de desolacion te roben al parecer la presencia sensible de tu Señor. Separacion verdadera de Dios sólo se hace por el pecado mortal, que es lo único que debes verdaderamente temer.

XX.

María esperando la Resurreccion.—Confianza en las divinas promesas.

No era la fe de María flaca y asustadiza y desconfiada como la de los discípulos. Estos, medrosos y despavoridos, habíanse encerrado por temor de los judíos despues de la muerte del Señor, y puédese muy bien colegir, del relato de los Evangelistas, que no tenian de la próxima Resurreccion de su Maestro toda la seguridad que debian inspirarles las divinas promesas. María animosa y varonil nunca perdía esta seguridad, y con toda certeza esperó para el tercer dia la Resurreccion del Hijo de su amor.

Este debe ser el carácter de las almas verdadera y sólidamente cristianas, así en las perturbaciones de su propio espíritu como en las persecuciones y catástrofes que amenazan y áun abruman frecuentemente en nuestros dias á la Iglesia de Dios. Esperar contra todo motivo que pueda hacer vacilar su esperanza; tenerse firme y en pié á pesar de todas las opuestas corrrientes, hé aquí las muestras y distintivos del verdadero amor. «Aunque me mate, decia un antiguo Profeta, esperaré en Él.» Esta es la fórmula más exacta de la suma confianza en las divinas promesas, que no debe nunca ni por nada perder el buen cristiano. ¿Qué dias pudieran presentarse más horribles y tenebrosos que los que precedieron á la Resurreccion del Señor? ¿No aparecia evidente el triunfo de sus más enconados enemigos? ¿No se hubiera podido juzgar enterrada con el divino Jesús toda esperanza de triunfo para su doctrina? Sin embargo, el Salvador habia dicho: «Despues de tres dias resucitaré.» Y María, segura de la promesa de su Hijo, templaba el infinito dolor de su alma con esa infalible certeza. Así, alma mia, se te ha dicho á tí y se ha dicho á la Iglesia santa: Sufrid y esperad; despues de corto plazo triunfaréis, y vuestra tristeza se convertirá en gozo, y este gozo vuestro ya nadie os lo podrá arrebatar.

¿Crees eso, alma mia? No serias cristiana si no lo creyeses, porque es palabra de tu Dios, cien veces repetida en las santas Escrituras; ten, pues, confianza y seguridad conformes á esta creencia.

XXI.

María en el primer abrazo de su Hijo resucitado.— Preludios del gozo del cielo.

La primera de las apariciones de Cristo resucitado debió de ser para nuestra Madre y Señora. ¿Cómo podia negar ese privilegio de amor á la que tan privilegiado lugar habia tenido en la participacion de sus dolores? Y si tan tierno estuvo el Señor con las mujeres y con los discípulos, hasta con los que le habian ofendido con su cobardía, ¿cuánto no debió de estarlo para con su dulce Madre, tan digna siempre de su prediIeccion?

¡Almas cristianas! Los gajes del amor son los dolores; pero no os asusteis, el bondadoso Dueño á quien servimos cuida tambien lo suficiente de templarlos y contrapesarlos con regaladas dulzuras. Aquel céntuplo que promete el Señor á los que le sirven, junto con la vida eterna, dicen muchos expositores sagrados que es el galardon de los consuelos temporales que concede ya en este mundo á los que no rehuyen el padecer por su amor. Saben esto las almas fieles, y saborean frecuentemente las ignoradas dulzuras de este escondido maná. A los mártires en sus torturas, á los penitentes en sus asperezas, á los misioneros en sus fatigas, á todas las almas verdaderamente fieles en sus luchas y contradicciones, hácese presente repetidas veces nuestro buen Dios por medio de interiores consolaciones que obligan á exclamar al corazon embriagado con ellas: «¡Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de los consuelos que guardas escondidos para los que te temen!» No las conoce ni las sospecha el mundo esas suavísimas intimidades del Esposo celestial. Mas no las desconocen, antes las sienten con inefable alegría, cuantos de veras se han dedicado algunos años al servicio de Dios.

Si te agobia, alma mia, alguna vez el peso de la cruz, confía en la divina Bondad, que no tardará en hacértela más llevadera con el regalo de sus inefables abrazos, prenda y anticipacion de los eternos que te reserva en el paraiso.

XXII.

María en la Ascension del Señor.—Anhelos del cielo.

Cuarenta dias despues de la Resurreccion verificóse la Ascension de Cristo Señor nuestro á los cielos. María, con los Apóstoles, le vió alzarse triunfante por su propia virtud; abrirse paso al través de las nubes, y esconderse tras ellas en gloria y majestad. En pos de Él volaba el Corazon de María.

La vida del cristiano no debe ser más que un anhelo continuo de los goces purísimos de la gloria. Nuestra conversacion, dice el Apóstol, es ó debe ser de los cielos. Se comprende que traigamos ocupadas en lo terreno las manos, pues con ellas hemos de sostener acá nuestra vida material, y que con el barro se nos enloden alguna vez los piés, ya que nuestro cuerpo ha de vivir sobre esta grosera materia. Pero el corazon, como el fuego, debe tener hácia lo alto su centro de gravitacion, y á lo alto aspirar, y en lo alto vivir, y sólo en lo alto buscar su definitivo descanso. Pensando en el cielo se templan todas las amarguras de la tierra; se encuentran despreciables, como son en sí, sus vanidades, risibles sus honores, de ninguna importancia sus rencores y amenazas. Pensando en el cielo es como se da á todo lo que no es del cielo su propio y verdadero valor. Crece y se agiganta el alma segun son crecidos y agigantados estos sus pensamientos; así como, al revés, se empequeñece y anula segun son ellos pequeños y de ruin y mezquina talla. Vivamos con el corazon en el cielo, y nada verémos, en el mundo que nos fascina, sino vil y grosera materia, hasta casi indigna de servir de pavimento á nuestros piés. ¡Cuánto más de que se le tenga por único asunto de nuestros cuidados y de que se ponga en él, como en único verdadero tesoro, todo el corazon!

Recógete cada dia, alma cristiana, á pensar, siquiera breves minutos, en el cielo que te aguarda, y experimentarás muy luego cuánto se te disminuyen todas las desazones y pesadumbres de esta vida mortal.

XXIII.

María esperando la Venida del Espíritu Santo. — Celo por la perfeccion del prójimo.

Despues de la Ascension del Señor, recogiéronse los Apóstoles en el Cenáculo de Jerusalen, para aguardar en oracion la Venida del Espíritu Santo que se les habia prometido. María, que tenia ya en sí toda la plenitud de los divinos dones, encerróse, no obstante, con el Apostolado en aquel piadoso retiro, para unir á las de los discípulos sus oraciones.

Mucho debes trabajar, alma mia, por tu propia santificacion, pero mucho puedes y mucho debes tambien interesarte y trabajar por la santificacion de tus hermanos. «A cada cual ha dado Dios cargo de su prójimo,» dice el Apóstol; y esta expresion significa el deber del celo para la perfeccion en la virtud de las almas que por nosotros pueden ser ayudadas. María en el Cenáculo oraba, y con esta su oracion alentaba y encendia la oracion de aquellos discípulos, y la acompañaba hasta el trono del Eterno, y la ayudaba á lograr de la divina misericordia el apetecido don. ¿Enseñas á orar á tus hermanos? ¿Oras al menos por ellos y por sus necesidades? Aunque no seas sacerdote ó religioso, á quienes obliga de un modo especial á esa oracion por los demás su profesion respectiva, puedes y debes en algunos casos, alma fervorosa, hacer lo que hacia en el Cenáculo con los Apóstoles allí reunidos la Madre de Dios. Véante, pues, tus prójimos en el templo piadosa y edificante; oigan de tus labios enseñanzas de piedad y vida interior; hállente siempre pronta en su auxilio, con el de tus oraciones, en todas sus necesidades, así espirituales como corporales. Es una de las mayores obras de misericordia rogar á Dios por los vivos y por los difuntos, y muy á menudo traemos olvidada esta obligacion.

Por los vivos y por los muertos, por los justos y por los pecadores, por tus conocidos y por los que nunca has de conocer, por los que bien te quieren y por los que te quieren mal, ora frecuentemente, alma cristiana, y ora con celo y fervor.

XXIV.

María en el dia de Pentecostes.—Alegría por los bienes ajenos.

En el gran dia de Pentecostes descendió sobre los Apóstoles reunidos en Jerusalen el Espíritu Santo, llenándolos de sus dones, concediéndoles hablar diversas lenguas, trocando sus corazones de débiles en esforzados, y sus inteligencias de rudas en sábias, y sus labios de toscos en elocuentes. María tuvo gran regocijo viendo favorecidos con tan espléndidos dones á los discípulos de su divino Hijo y Señor.

Espiritual alegría debes tener tambien, alma cristiana, cuando veas en tu prójimo gracias y mercedes del cielo que no tienes tú, y que él emplea para gloria de Dios y bien de su santa Iglesia. No te tiente el demonio de la envidia, negra y baja pasion que hace entristecer por los bienes ajenos, y que es uno de los más graves pecados contra el Espíritu Santo. «¡Ojalá todos profetizasen!» exclamó Moisés viendo concedido del cielo el don de profecía á algunos de su pueblo, y respondiendo perfectamente á quien le referia esto como si redundase en menoscabo de su influencia y autoridad. Así debes exclamar tú. ¡Ojalá fuesen buenos todos y mucho mejores que yo! ¡Ojalá fuesen todos más sabios! ¡Ojalá todos más elocuentes! ¡Ojalá todos de gran valer y de espléndidas conquistas para la gloria de Dios! ¡Enviad, Señor, enviad soldados valerosos á vuestro ejército! ¡Enviad varones apostólicos, enviad santos!

Tiene, alma mia, en la vida comun más aplicacion de la que solemos creer esta doctrina. Frecuentes son, entre personas espirituales y dadas á Dios, zelos y envidias, causa de rencillas y divisiones entre hermanos de una misma fe, y en consecuencia de innumerables pecados. Hágase el bien, aunque no lo hagamos nosotros; crezcan nuestros hermanos y prosperen en sus obras santas, por más que nos deje Dios á nosotros y á los nuestros en oscuridad. María el dia de Pentecostes vió levantarse del Cenáculo, sabios y elocuentes más que Ella, á los pobres pescadores á quienes conoció antes tan rudos é ignorantes. Y se regocijó grandemente pensando en la gloria que de eso habia de resultarle á Dios nuestro Señor.

XXV.

María en la naciente Iglesia. — Ayudar á los principiantes en la virtud.

Del Cenáculo de Pentecostes y de las primeras predicaciones de los Apóstoles nació por aquellos dias la Iglesia de Dios. Los convertidos fueron inmediatamente muchos, y asombraban al mundo con el buen olor de sus fervorosos ejemplos. María era el alma de aquella naciente sociedad. Al calor de sus brazos y al jugo de sus pechos, podemos decir, se amamantó aquella primera generacion cristiana.

Seamos, como la Madre de Dios, ayos y protectores solícitos de los que dan sus primeros pasos en la virtud. De Job se escribe que entre las infinitas obras de caridad en que se ejercitaba para con sus prójimos, era la principal hacerse ojo para el ciego y pié para el cojo. Así debe ser el alma celosa de la gloria de Dios y del espiritual provecho de sus hermanos. ¡Cuántos de éstos hubieran tal vez crecido y desarrolládose en la fe y en las prácticas piadosas si buenamente se hubiesen encontrado al emprender su camino con un amigo que les hubiese dado la mano y librado de tropezar, ó levantado de sus primeras caidas! ¡Bien hayan los que no pudiendo merecer en la Iglesia de Dios el dictado de apóstoles y doctores, se prestan humildemente á ejercer para con sus hermanos débiles lo que llama el Apóstol oficio de ayos ó pedagogos! En todas partes se da campo abierto para esa accion, en el hogar doméstico, en los públicos concursos, en las escuelas y en los talleres, donde quiera que un alma puede influir sobre otra con su buen obrar ó con su buen hablar. María entre los primeros cristianos era el reflejo y el recuerdo constante de las enseñanzas de su divino Jesús. El buen cristiano en medio del mundo puede serlo por medio de su accion y de su conversacion perfectamente adecuadas á la norma evangélica.

¡Oh Reina de los Apóstoles y más apóstol Vos que todos ellos! alcanzad de Dios á los devotos vuestros y á mí muy en particular ese espíritu de ferviente y generoso apostolado.

XXVI.

María en las primeras persecuciones.—No temer la persecucion.

Tras las primeras conquistas de la fe vinieron las primeras iras del infierno contra ella, y corrió la sangre de los primeros Mártires. Los Apóstoles fueron varias veces víctimas de las rencorosas vejaciones de los judíos, y despues en diferentes lugares derramaron casi todos su sangre por Jesucristo. Estéban fué por igual causa apedreado. María daba valor á esos primeros atletas con su palabra y con su oracion.

El odio contra la verdad ha armado en todos tiempos el brazo de los malvados contra los seguidores de ella. «Todos los que quieran piadosamente vivir segun Jesucristo, ha dicho san Pablo, padecerán persecucion.» Nuestro siglo ha visto correr sangre de cristianos por el solo delito de serlo, y nuestras infernales revoluciones han añadido no pocos de esos héroes al martirologio de los anteriores siglos. Mas, áun cuando á tanto no se llega, áun cuando no se extrema la vejacion hasta el punto de herir y matar los cuerpos, es indudable que se ejerce con saña y crueldad bastantes para afligir más de una vez con verdadero martirio á los muchos fieles discípulos de Cristo en su fama, en su honra, en sus intereses, en su tranquilidad, en su porvenir y en el de sus familias. ¡Ay! acordaos en estos casos de que las primeras lágrimas y congojas de la persecucion por causa de la fe fueron consoladas por María santísima, que no sin razon se llama Reina de los Mártires. Y desde entonces la devocion á María ha sido el consuelo de todos los oprimidos por causa de su divino Hijo en los diferentes formidables combates que por Él y por su fe se han sostenido hasta hoy en el mundo.

¡Oh Madre! ¡cuán necesitados estamos hoy de que socorra vuestro poder á los cristianos, en mil formas distintas fieramente perseguidos por el odio revolucionario. Sednos, oh Madre, escudo de proteccion.

XXVII.

María en su ancianidad.—Preparacion para la muerte.

La tradicion nos dice que llegó María santísima á muy avanzada edad, pues quiso el Señor dejarla mucho tiempo en la tierra para consuelo de los primeros cristianos. La ancianidad de María era su completa sazon y madurez para el cielo, al que iba á ser trasladada; y durante estos años postreros de su vida mortal su único suspiro era ya morir para más íntimamente unirse con su Dios y Señor.

Los años, oh cristiano, que Dios te concede en esta vida mortal debes considerarlos como breves momentos de preparacion para aquel momento supremo del cual depende tu suerte definitiva por toda la eternidad. La vida para el hombre, y mucho más para el cristiano, no debe ser más que el aprendizaje de bien morir. La muerte siempre ante los ojos no hace triste y tediosa la vida, como presumen los mundanos, hácela sí séria, formal y de graves y elevados pensamientos. La balanza de la muerte es la más exacta para pesar con ella todos los asuntos de la vida. Frívolos son y livianos los que ella declara tales, verdadera importancia y peso tienen aquellos á quienes ella se los da. Mas por esto mismo debe ser la muerte objeto de larga y detenida preparacion. Si para algo es corta la vida del hombre, es para disponerla á viaje de tales consecuencias. En un instante se muere, pero en largos años tal vez no se aprende aún á bien morir. Sea éste, oh mortal, tu ejercicio de cada dia. «Cada dia muero,» decia un Santo; y éste es el medio más acertado de aprender á morir; ejercitarse á morir todos los dias. Darle cada dia voluntariamente al mundo la despedida que forzosamente tendrémos que darle al fin. No traer pegadas al cuerpo y menos al corazon, sino únicamente prendida con alfileres, la vestidura de que en aquella hora violentamente se nos ha de despojar.

¡Cristiano! esa debe ser tu ciencia principal, esa la más ingeniosa de tus artes é industrias, y en que debes procurar salir perfectamente adiestrado.

XXVIII.

María en su Tránsito glorioso.—Perfecta union con Dios.

Llegó entre tanto la hora suspirada. María, como hija de Adan, debia morir; pero su muerte fué apacible y suavísima, como hubiera sido la de todos los hombres á no haber contraido la primera culpa de aquel padre prevaricador. Su muerte no fué, pues, otra cosa que el suavísimo desprenderse su alma del cuerpo mortal para volar á la íntima union con Dios. Muere, alma mia, desde ahora á todo lo terreno, y únete desde ahora cuanto te sea posible con union de verdadero afecto á tu Dios y Señor, para que sea perfecta un dia esta tu union con Él al romperse los lazos que te tienen en este miserable cuerpo aprisionada. Bajo este punto de vista debes mirar la muerte, á fin de que no te sea espantosa sino risueña y apacible su perspectiva. Así la miró María, y así la miraron los Santos, y viéronla venir con calma y sosiego; esperándola como se espera la visita de un buen amigo que nos viene á dar una buena noticia. Observa á María en su lecho de muerte. Sobre su frente y sobre sus ojos diríase se reflejan ya anticipados los resplandores de la eternidad feliz. No merecemos tanta dicha nosotros que no tuvimos en esta vida su integridad é inocencia; pero si lloramos arrepentidos, la misericordia de Dios guardará todavía inefables sonrisas para la hora de nuestra agonía. Vamos á poseer para siempre á Dios; vamos á vernos estrechados en su dulce abrazo, y eso eternamente, y sin temor de perderle ya más. Abrazo más estrecho entre el Criador y su criatura no existirá sino en la union personal que tienen la naturaleza humana y la divina en el Verbo encarnado. Así me querrá Dios, y así me querrá para siempre, y así me tendrá eternamente unido á su dulcísimo Corazon.

Hagámonos dignos de una muerte dichosa que nos traslade, como á María, de las borrascas de este mundo al puerto seguro de aquella feliz y suspirada union.

XXIX.

María en su Resurreccion.—Nuestra carne glorificada.

No podia permitir el Eterno que la carne purísima de la que habia tomado la suya para su encarnacion el Verbo, pasase por la corrupcion del sepulcro y aguardase en él la hora de la comun resurreccion antes del universal juicio. Así, segun pias y venerandas tradiciones, María resucitó, como su Hijo divino, al tercer dia de su fallecimiento.

No al tercer dia, pero sí un dia, resucitarás tú, cristiano, y tambien á tu pobre carne reserva el Señor antes del universal juicio los resplandores de la resurreccion. Sí, esta carne vil y miserable que te acompaña en el viaje de la vida, participará de la glorificacion del alma justa, pues participó de sus luchas y trabajos y la ayudó para su santificacion. Respeta, pues, ese cuerpo grosero que un dia será un cuerpo glorificado, pero respétale como se respeta al que se quiere bien, es decir, no permitiéndole encenagarse en los charcos del pecado, ni degradarse condescendiendo á ruines concupiscencias. Cuerpo es que ha de tener un dia su trono en los cielos; bien puede tascar el freno durante su permanencia en la tierra, donde ha de granjearse méritos para esta tan preciosa herencia. Carne es, que un dia ha de resplandecer como astro de maravillosa luz, á semejanza de Cristo y de su Madre resucitados: vergüenza seria, pues, permitirle se redujese durante esta su peregrinacion á la ruin condicion de las bestias. No llegaria á ocupar un lugar en la celestial jerarquía de los Angeles, si acá no hubiese sabido vivir más que con los instintos de los brutos animales. No te aflija, pues, cuerpo mio, no te aflija la mortificacion, aunque sea dura; no se te haga recia de llevar la cruz, aunque sea pesada. Mucho se puede y se debe trabajar por lo que mucho vale, y sólo á ese precio compraron Cristo y su Madre las glorias de su triunfante Resurreccion.

A ese precio las quiero comprar yo desde hoy, Madre mia; alcanzadme fuerzas para reducir mi cuerpo á esa debida sujecion que puede merecerme tanta gloria.

XXX.

María en su Asuncion á los cielos.—La dichosa eternidad.

En brazos de Angeles y sobre nevadas alas de Querubines es transportada en cuerpo y alma María á la region feliz. Vedla ascender por los aires sobre este esplendoroso carro de victoria, dejando atrás, muy atrás, los profundos valles de la tierra donde tanto gimió. Desde aquel punto empieza para Ella la dichosa eternidad, que nunca jamás se acabará. Tampoco se acabará para tí, alma mia; eterna será tu dicha en cuerpo y alma en el cielo, como la de la Madre de tu Dios. Gozarás allí de su presencia material, que ahora sólo en retrato y figura contemplas en los altares, y el gozoso aleluya con que allí se le saluda de continuo no cesará ya más. Eterno tu gozo, eterna tu paz, eterno tu gozar de Dios. Esta sola consideracion ha de hacerte llevaderos como leve paja todos los sacrificios, y viles como asquerosa basura todos los terrenos contentamientos. ¡Qué puede temer en el mundo y qué puede amar en él, quien está llamado á poseer eternamente la gloria de todo un Dios! Eternamente, pónderalo bien, alma mia; pésalo bien y repítetelo para tu consuelo diferentes veces. Eternamente, eternamente. No cien años, ni mil años, no un millon de años, no un millon de siglos, no un millon de millones de siglos, sino eternamente, por toda la eternidad. Siempre, siempre, siempre, sin acabarse jamás. ¡Y por un grano de arena detendrías tus pasos á ese *siempre* dichosísimo! ¡Y por un átomo de polvo trocarías este patrimonio que te guarda tu Dios! Mira á esa luz lo que arriesgas, lo que malbaratas pecando; mira lo que aseguras y atesoras obedeciendo á la divina ley. Por terrenas recompensas, por humanas fortunas, se entregan los hombres á fatigosos quehaceres y arrostran inauditos peligros. ¿Y ninguna fatiga ha de arrostrar por hacerse con esta fortuna del cielo el cristiano á quien, bajo su palabra, se lo prometió su Dios?

Reflexiona, alma mia, algo aquí, y resuélvete á no perdonar fatiga ni sacrificio para asegurarte la posesion de esta feliz eternidad.

XXXI.

María en su trono de gloria.—Intercesion poderosa.

María reina en los cielos, en trono de luz superior al de todos los Santos y sólo inferior al de la Trinidad beatísima y al de la Humanidad santa de su divino Hijo. Ora allí é intercede por nosotros sus devotos, á fin de facilitarnos reinar en su compañía.

No se te haga difícil, alma mia, ni creas imposible llegar al punto donde has visto llegar á la celestial Señora, y recorrer paso por paso los caminos que Ella recorrió. María no cesa de ayudarte desde el cielo, y su oracion, poderosísima como de Reina, y bondadosísima como de Madre, no cesa un momento de interceder por tí. No es el tesoro de las gracias, pero es su privilegiada Tesorera: no es la fuente, pero es el caño por donde se derraman del Corazon amorosísimo de su Hijo Jesús. Dada ha sido á los cristianos primeramente por ejemplo: despues y para siempre por Abogada. Ama á sus hermanos, hijos de Adan como Ella, y no se olvida de los que dejó gimiendo y suspirando en el lugar que lo fué tambien un dia de su destierro. Ama además á su Hijo, y quiere para Él la mayor y más numerosa corona de bienaventurados. ¡Cuántos y cuán valiosos motivos para que sea constante y enérgica la intercesion de María por tí!

Hazte, pues, digno con tus obras de su soberana adopcion. Si no todo el que dice solamente: ¡Señor! ¡Señor! entrará en el reino de los cielos, ha dicho Jesucristo, lógico es deducir que no bastará clamar: ¡Señora! ¡Señora! para merecer su proteccion. Debe justificarse con la conducta obediente y reverencial el dictado de hijos con que nos honramos con respecto á María: otro modo de proceder seria irrision y escarnio de su carácter de Madre. La ley de Dios y los ejemplos de María, hé aquí la norma de vida que te han de acreditar verdadero devoto suyo acá en vida y hacer eterno compañero suyo en la patria inmortal.

¡Alma mia! ¡alma mia! Mira en los cielos á tu Madre que te aguarda, y te convida y te señala el camino para subir allá.

FLORES ESPIRITUALES

DE QUE PUEDE SORTEARSE UNA CADA DIA PARA OFRECERLA COMO OBSEQUIO PARTICULAR DE MAYO Á LA MADRE DE DIOS.

1. Oir la santa Misa por las almas del purgatorio.—2. La visita al santísimo Sacramento por la conversion de los pecadores.—3. Privarse de un rato de recreo, como mortificacion por los pecados veniales.—4. Guardar mayor recogimiento de los ojos para honrar la modestia de María.—5. Una parte del santo Rosario por la libertad del Papa.—6. Tener silencio completo un par de horas pensando en la Pasion.—7. Privarse de un bocado ó bebida que guste, en memoria de la hiel y vinagre del Salvador.—8. Dar limosna á un pobre, economizándola de un objeto de lujo ó recreo.—9. Visitar á un enfermo necesitado, llevándole algun consuelo espiritual.—10. Saludar á María cuantas veces diere el reloj.—11. Hacer un acto público de Religion de los que más repugnen á nuestro amor propio.—12. Otra parte del santo Rosario por la destruccion de las sectas secretas.—13. Media hora de lectura espiritual.—14. Un ayuno ó abstinencia por nuestras culpas más graves.—15. El *Via Crucis* con toda

devocion por nuestros mayores enemigos. — 16. Visitar una imágen de la Virgen en forma de romería. — 17. Confesar y comulgar como si se recibiesen estos Sacramentos á la hora de la muerte. — 18. Hacer un acto de perdon ó de amor á cualquiera que nos haya agraviado. — 19. Rezar cinco *Credos,* teniendo los brazos en cruz, por la conversion de los blasfemos. — 20. Otra parte del santo Rosario para alcanzar la completa santificacion de los dias festivos.—21. Una visita al Señor sacramentado por el fomento de las Misiones en países infieles. — 22. Siete *Padre nuestros* á los dolores de María por los agonizantes. — 23. Practicar una diligencia cualquiera para traer á buen camino á una persona apartada de Dios. — 24. Dar un buen ejemplo público en reparacion de los malos ejemplos que hayamos dado alguna vez. — 25. Otra parte del santo Rosario por la destruccion de las escuelas laicas. — 26. Practicar fervorosamente la recomendacion del alma como si estuviésemos en la agonía.—27. Ofrecer la santa Misa y Comunion por el total restablecimiento de las Órdenes religiosas.— 28. Guardar especial retiro todo el dia como preparacion para la muerte.—29. Advertir por caridad á un prójimo de un defecto en que acostumbre incurrir. — 30. Pasar de rodillas un cuarto de hora rezando por el restablecimiento del Papa en su temporal soberanía.—31. Proponer hacer cada dia el exámen de conciencia, sobre todo de la falta más comun en nosotros.

RECUERDO DE MAYO

Ó ÚLTIMO LEGADO DE LA MADRE DE DIOS Á SUS DEVOTOS.

LA MADRE Y LOS HIJOS.

Quid hoc ad æternitatem?

LA MADRE.

¿Os vais de mis plantas, hijos mios? ¡Ah! ¡Terminado habemos este sagrado mes, y ya no vendréis cada dia, como solíais, á ofrecerme solícitos las fervorosas flores de vuestra devocion!

LOS HIJOS.

Es verdad, ¡oh Madre! ¡Y cuán sensible le es á nuestro corazon daros hoy la despedida!

LA MADRE.

¿Pues qué? ¿Podria ser verdad que os despidiéseis de veras de esta vuestra Madre que tanto os amó? Despedida quiere decir separacion. ¿Y puede haberla entre vosotros y yo, por más que concluyan hoy los santos obsequios del Mes de Mayo?

LOS HIJOS.

Cierto que á despedirnos de Vos, Señora, se nos ha llamado hoy, terminados los dulces obsequios de este vuestro bendito mes. Sin embargo, no, no ha de ser despedida la nuestra, sino nueva manifestacion de cariño, nueva protesta de firmeza y perseverancia. Los que somos de verdad hijos vuestros ¡oh dulcísima Madre! no nos hemos de separar jamás de Vos, ni hoy, ni nunca, ni en vida, ni en muerte, ni en eternidad!

LA MADRE.

Está bien, hijos mios, ni yo dejaré jamás de ser Madre vuestra, ni de extender constantemente sobre vuestras almas el manto de mi amorosa proteccion. Mas recordad que así como la fe sin obras es muerta, así es amor de burlas el que sólo se contenta con ternezas y suspiros. Obras vivas de Religion quiere el fervor verdadero. Amar es obrar.

LOS HIJOS.

¡Cuán vana ha sido, pues ¡oh Madre, en muchos casos nuestra devocion!

LA MADRE.

Cantos, luces, flores, poesía, elocuencia, consuelos, emociones, cosa buena son, pero es la hoja no más del árbol vigoroso de la fe. Contribuyen á embellecer la vida, á poetizar el culto; arrullan dulcemente el corazon; agradan como agrada en la selva el manso ruido de las ramas suavemente agitadas por la brisa primaveral. Pero, decid: si tuviéseis hambre y sed y heridas de que curaros, ¿os pagaríais mucho de un árbol que sólo os brindase con hermoso follaje? Frutos quisiérais de él, y si no os los pudiese dar, inútil consideraríais y hasta despreciable toda su pompa. Así les pasa, amigos mios, á las almas, ¡cuántas hoy miserablemente engañadas! que se han formado para su uso una piedad y una devocion sólo de hojas y flores, sin fruto alguno de virtud adquirida, de vicio arrancado, de pasion mortificada, de culpas lloradas, de apartamiento del mundo, de verdadera union con Dios. ¡Pobres árboles verdes y lozanos! ¡Con toda su gala puede que no hayan de ser más que leña para arder!

LOS HIJOS.

¡Ay, Madre! severo es vuestro lenguaje y aterrador. ¿Camino de flores espirituales hay tambien para la perdicion?

LA MADRE.

Sí, hijos mios, porque es camino de flores *falsamente* espirituales y nada más, si no vais guiados en él por el verdadero espíritu sobrenatural cristiano, que ante todo exige para ser grato á Dios la reforma de la vida y la santificacion del corazon. ¡Hijos mios! ¡hijos mios! Tened para eso presentes las siguientes máximas, que os librarán en este punto de toda ilusion. ¡Pobres hijos mios! Hay ilusiones de éstas que han de costar caras por toda la eternidad.

LOS HIJOS.

Hablad, Madre dulcísima, que os escuchan vuestros hijos, y lo que les digais en este dia, no lo olvidarán.

LA MADRE.

1.° Nada hagais solamente por satisfacer vanas curiosidades, golosina de emociones, ó buscando solamente el falaz atractivo de la sensibilidad. Haced que á todos vuestros actos presida la intencion nobilísima de que sean para gloria de Dios, lustre de su Iglesia y provecho de vuestra alma.

2.° Vuestros ejercicios piadosos son de buena ley cuando de ellos salís con más deseo de oracion, más repugnancia al mundo, más cautela sobre vuestras palabras y pensamientos, más amor al retiro y á la modestia cristiana, más aficion á los santos Sacramentos. Si vuestras devociones no os proporcionan otra ventaja que daros *un buen rato* y nada más, son moneda falsa sin valor alguno ante Dios, sin mérito alguna para vuestra alma. No habeis ido entonces á la iglesia á honrarme á mí, sino á *gozar* de un espectáculo ó concierto. Es diversion espiritual y no merece otro nombre.

3.° En todos vuestros actos partid siempre del gran pensamiento de la eternidad. Preguntaos á vosotros mismos: ¿Qué voy á sacar de aquí para la vida eterna? No hay obra sólida en Religion si no va cimentada sobre los cuatro novísimos: ¡He de morir! ¡He de ser juzgado! ¡Debo salvarme! ¡Puedo condenarme! Todo lo que no sea edificar sobre estas cuatro bases es levantar torres sobre arena, torres al aire, que sólo han de servirle al necio pecador para su ruina y confusion.

LOS HIJOS.

¡Gracias, Madre! No lo olvidarémos jamás. ¡Gracias! ¡gracias!

LA MADRE.

¡Hijos mios! Dejádmelo repetir, y que os sea para eterna ventura. ¡Habeis de morir, y muy luego! ¡Habeis de ser juzgados, y con gran rigor! ¡Hay cielo, pero éste se gana sólo con obras! ¡Hay infierno, y para arder eternamente en él basta morir en pecado mortal!

PENTECOSTES Ó PASCUA DEL ESPÍRITU SANTO.

La gran solemnidad que la Iglesia católica conoce con este nombre era ya celebrada por el pueblo judío antes del Cristianismo, en memoria de la promulgacion de la ley de Moisés en el monte Sinaí. Los cristianos continuaron celebrándola en memoria de la promulgacion de la ley evangélica, verificada en tal dia en el Cenáculo de Jerusalen con la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles.

Éstos despues de la Ascension del Señor se habian encerrado con María su Madre en el más completo retiro. Entregados á la oracion aguardaban con ansia el cumplimiento de las promesas que, en su tiernísima despedida, les hiciera el divino Maestro. Al cumplirse los diez dias de su retiro oyóse de repente un ruido extraordinario, como de un viento muy impetuoso que llenase toda la casa en la que estaban reunidos. Y en el mismo instante aparecieron sobre cada uno de ellos unas como lenguas de fuego, símbolo del Espíritu de Dios que se les comunicaba. Y al punto sintiéronse trocados en otros hombres; de ignorantes y rudos que eran, quedaron convertidos en sabios y elocuentes; de tímidos y encogidos, en valerosos y esforzados. El miedo á los judíos les habia tenido hasta entonces escondidos, y una vez recibido el Espíritu divino, salen y predican á Cristo crucificado, echando en cara á los grandes de Jerusalen su alevoso asesinato. Nada les detiene: las fronteras más lejanas del imperio romano son recorridas por estos hombres renovados. Todos son perseguidos, y ninguno se detiene ante la persecucion, antes mueren gloriosamente en medio de ella. Hablan todas las lenguas conocidas sin haberlas aprendido, y los extranjeros de distintas regiones, que se hallaban entonces en Jerusalen, les oyen ponderar, cada uno en su idioma, las maravillas de Dios.

Este dia grande es la verdadera inauguracion del Cristianismo, pues en él empezaron los Apóstoles su pública predicacion, y empezaron asimismo las numerosas conversiones. La Iglesia lo celebra con rito muy solemne, y su rezo en este dia es magnífico sobre toda ponderacion. En el Introito canta el admirable poder del Espíritu Santo sobre la tierra, y parece desafiar á todos sus enemigos á que lo contraresten. La Epístola refiere el misterio del dia tal cual acábase de describir. El Evangelio promete la misma comunicacion del Espíritu divino, que fué dada á los Apóstoles, á todos nosotros, con tal que de ella nos hiciéremos merecedores. «Cualquiera que me ame, dice el Señor, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y nosotros (esto es, las tres divinas Personas) vendrémos á él y harémos mansion dentro de él.» No envidiemos, pues, á los Apóstoles su felicidad; el mismo Espíritu de Dios que se les dió en este dia se nos da á nosotros en la recepcion de los santos Sacramentos. Los efectos exteriores que produjo en ellos sólo fueron necesarios en la promulgacion de la fe, y por esto no debemos esperarlos ahora; mas los consuelos interiores son patrimonio áun de todas las almas que le reciben, y la experiencia cotidiana muestra que áun hoy dia no son pocos en la Iglesia de Dios los favorecidos con esos altísimos dones.

En la Misa se invoca antes del Evangelio la luz del Espíritu Santo, y durante el canto majestuoso de esta invocacion se imita, con ciertos registros del órgano, el ruido del viento impetuoso que anunció á los Apóstoles la presencia del Espíritu Santo. En seguida se canta un hermoso himno ó secuencia, que el piadoso lector hallará en los devocionarios.

La fiesta de Pentecostes tiene octava privilegiada, es decir que, durante los ocho dias consecutivos, se celebra con rezo y con misa propios del Espíritu Santo. Tanta y tan merecida importancia da la Iglesia católica á esta solemnidad.

Despues de la venida del Espíritu Santo empezaron los Apóstoles la pública predicacion de la fe.

Fijémonos en algunas circunstancias.

No se lee que, para realizar aquella especie de alzamiento moral que puso en conmocion á todo el pueblo, Pedro que fué el primero en alzarse anduviese pidiendo permiso á los magistrados de su nacion, ni al pretor romano que ejercia la autoridad del César. Las leyes religiosas del pais, las leyes civiles, el Código penal estaban contra él. Pedro debia desobedecer á todo esto, y desobedeció. Su primer sermon es un reto á la orgullosa Sinagoga, esto es, al poder público y legal. Oidle: «Oh hijos de Israel, escuchadme ahora: á Jesús de Nazaret, hombre autorizado por Dios á nuestros ojos con los milagros, maravillas y prodigios que por medio de Él ha hecho entre vosotros como todos sabeis; á este Jesús dejado á vuestro arbitrio por una órden expresa de la voluntad de Dios y decreto de su presciencia, vosotros le habeis hecho morir clavándole en la cruz por mano de los impíos. Pero Dios le ha resucitado.»

¡Qué atrevimiento! ¡Qué varonil energía! ¡A Jesús de Nazaret, dice, á este Jesús, es decir, á aquel á quien la ley habia declarado delincuente y que habia sido ajusticiado con todas las formalidades legales por el fallo de un tribunal! «¡Vosotros, añade, vosotros le habeis hecho morir!» Y ¿quiénes son tales vosotros? Son los allí presentes, los gobernantes del país, los individuos de su sanedrin ó congreso, los jefes de sus tribus, los ministros de la justicia. Y como si esto le hubiese parecido poco, declara *impíos*, impios, sí, á los matadores, es decir, á la ley y á la autoridad. En una palabra, la Iglesia católica, en él personificada, salióse aquel dia de la legalidad; hizo más; declaróse en oposicion con ella, alzóse *(exsurgens)* para destruirla, y lo que es más, lo consiguió. Y la legalidad de entonces dióse por ofendida, y Pedro, el primer obispo y el primer Papa, fué llamado al tribunal de los judíos, como si dijésemos el Consejo de Estado de entonces, y en nombre de la ley se le intimó que callase. Y Pedro, riéndose de la ley, respondió con aquella frase sublime que nunca olvidarán los hijos de la fe: «Es necesario obedecer á Dios primero que á los hombres.» Ello si, sacó bien azotadas las espaldas, pero burlada la autoridad y triunfante la nueva doctrina. De modo que el primer paso de la Iglesia sobre la tierra fué un ataque á la legalidad establecida, una lucha con esa legalidad y una victoria sobre ella.

Dejemos ahora aquellos tiempos, y volvámonos á lo de hoy. Europa está presenciando una lucha sorda entre la Iglesia y los poderes humanos, lucha que no tardará tal vez en ser manifiesta. En Rusia como en Austria, en Alemania como en Suiza, en Italia como en Francia y España, la Revolucion va planteando una legalidad nueva que no es católica, sino contraria á las doctrinas, á los preceptos y á los intereses divinos del Catolicismo. Es decir, que por distintos caminos empieza ya la Iglesia de Dios á encontrarse frente á frente de los poderes de la tierra en situacion análoga á la que tuvo en su principio. Y hay una clase de católicos, cuyo adjetivo no quiero citar, que á todas horas nos están aturdiendo con estas palabras: ¡La legalidad! ¡Respetar la legalidad! ¡No salirse de la legalidad! ¡Aprovechar los recursos que ofrece la legalidad! ¡No hacerse sospechoso á la legalidad! ¡Vivir dentro de la legalidad! Pues bien. No es á ellos á quienes hemos de tomar por modelos. Los primeros Apóstoles nos los darán de toda confianza. La legalidad es quien debe acomodarse á nosotros, no nosotros á la legalidad. Y contra toda legalidad que sea contraria á la Iglesia tenemos el derecho y el deber de no callar, como lo tuvo ella. Lo que fué lícito para plantearla, lícito debe ser tambien para conservarla. ¿Qué nos importa piensen de otro modo los gobernantes del dia? Tambien pensaron de distinto modo que los Apóstoles los magistrados de Jerusalen. ¿Qué nos importa que tal ó cual prescripcion esté consignada en un código, constitucion democrática ó ukase imperial? No hay derecho contra el derecho, ni hay verdad contra la verdad, y Cristo tiene el derecho absoluto, y la Iglesia es la verdad absoluta. Si fuese cierto que debiese callarse ante toda legalidad y ante toda autoridad por el mero hecho de serlo, no existiria aún la Iglesia de Dios sobre la tierra, y no se celebraria hoy dia en toda ella la gran fiesta de Pentecostes!

El acontecimiento de que se trata es en todo singular y fenomenal. Sigamos estudiándolo.

Doce hombres habia reunido en torno de sí Jesucristo al empezar sus predicaciones; y eran tales estos hombres, que ni siquiera servian al parecer para medianos discípulos de su sublime doctrina. Muchas veces, áun con oirla de labios tan autorizados, no la llegaban á comprender, y parecia oscura y enmarañada á sus cortas entendederas. Lo dicho: servian apenas para discípulos aquellos rudos pescadores. Y no obstante... el divino Jesús se proponia sacar de ellos nada menos que los maestros del género humano.

Es verdad que, si era flojo el talento, no le iba en zaga la firmeza del corazon. Apenas los hubo escogido el Salvador para empresa tan arriesgada, mostraron muy á las claras que si eran rudos para la ciencia y las letras, en cambio eran tambien muy cobardes y apocados para todo lo que de cerca ó de lejos oliese á persecucion. A lo mejor de la empresa quedóse el Caudillo sin apenas un soldado de la reducida hueste que se formara al rededor. Uno de ellos le vende por una despreciable cantidad, deshonrando á sus compañeros con la traicion, y por fin y remate con el suicidio. Otro, que por su ardimiento y desenfadadas protestas parecia dispuesto á todo, cede á los primeros tiros, y niega una y dos y tres veces á quien habia jurado defender. No verdugos, no sayones, no jueces ni tribunales; una criada chismosa y parlanchina es quien da al traste con toda la lealtad y valentía del jefe del Apostolado! Los demás duermen descuidados en el huerto, echan á correr al oir los primeros ruidos, y no salen de sus escondrijos ni parecen en público hasta sosegada la borrasca. Uno solo, el más jóven, se deja ver unos momentos al pié de la cruz. Pero todos, áun despues de la Resurreccion, no se aventuran á reunirse y á hablarse sino de noche y muy cerradas las puertas. El Texto sagrado confiesa sin rubor ni miramientos que era por miedo á los judíos: *Propter metum judæorum.*

¡Diríase que á posta quiso el Redentor rodearse de gente briosa y lucida y de la cual pudiesen esperarse maravillas!

Y sin embargo... maravillas se esperaban de ella, y maravillas se vieron. ¡Tan grandes maravillas, que áun hoy dia, á través de diez y nueve siglos y algo más, asombran estas maravillas como las más grandes de la historia, y la llenan toda con su majestad, y toda la alumbran y esclarecen con sus inmarcesibles resplandores!

¿Cómo se hizo el milagro? O si les repugna á los incrédulos aprensivos esta palabra, ¿cómo se verificó el fenómeno?

La misma Historia santa, que tan sin rubor ni miramientos da cuenta de las vergonzosas ignorancias y cobardías de aquel puñado de infelices, lo explica con igual llaneza y sencillez. La cosa pasó del modo siguiente:

Un dia desapareció de entre ellos el divino Salvador, que hasta entonces les habia algun tanto alentado y fortalecido. Su último encargo fué breve, pero asombroso de puro extravagante: *Id, y enseñad á todas las gentes.* Pero, Señor, ¡que son ignorantes! Señor, ¡que son pescadores! Señor, ¡que no poseen otra elocuencia que la muy tosca que se usa en las playas y varaderos! No le hace; el mandato es serio y formal: *Id, y enseñad á todas las gentes.*

Quedan solos los once con el peso formidable de tan formidable mision. Quedan solos, y se reunen en Jerusalen, conforme á instrucciones de antemano recibidas. ¿A qué? ¿Por ventura á deliberar y discutir? ¿Acaso á consultar el asunto con las eminencias del siglo? ¿Quizás á concertar diplomáticamente con los poderes establecidos la realizacion de la colosal empresa? Nada menos que eso; pues ni es congreso diplomático el Cenáculo de Jerusalen, ni es academia de filósofos. A la misma hora disputan los filósofos en Atenas, y legislan los emperadores y sus ministros en Roma, y se entregan á sus profundas cavilaciones los sabiondos políticos del Sanhedrin. No cuentan con ellos poco ni mucho los pescadores de Galilea. En el Cenáculo tan sólo se calla, se ruega y se espera. María, Madre de Jesús, preside aquella original y silenciosa academia. Y pasan los dias; pero no cesa la oracion, ni disminuye la confianza, ni se afloja el fervor de los corazones.

Y llega el décimo. Y repentino estruendo llena la casa toda. No es el estruendo de las discusiones humanas, no es el grito de la tribuna pública, no es el palmoteo de los que aplauden el dicho feliz, ó el arranque vigoroso, ó la réplica contundente de un orador. Es la señal exterior y sensible del Espíritu Santo que desciende visiblemente como aparicion de fuego sobre la piadosa asamblea, y llena invisiblemente de nuevo y desconocido ardor sus flacos corazones, y de nueva y desconocida luz sus menguadas inteligencias. Se cumplió la promesa. Se realizó el prodigio. El Cenáculo de Jerusalen es ya el Sinai de la nueva Ley. Aquellos rudos pescadores acaban de ser graduados, no por los academias de Roma ó de Atenas, sino por el mismo Espíritu de verdad, Doctores del género humano. Y salen del Cenáculo de Jerusalen, reducido espacio ya para el empuje y atrevido aliento de tan poderosos campeones. No callan ya confusos, ni se retraen medrosos, ni cierran las puertas al anochecer, ni huyen á la faz de los enemigos, ni tiemblan ante el vilipendio, ni ante el azote, ni ante la muerte. Hablan como sabios en todo idioma conocido; discuten, arguyen, confunden y aplastan á sus asombrados contradictores. Impónense á Jerusalen, bautizan aquel mismo dia á miles de enemigos del Crucificado, toman su báculo y emprenden la conquista del mundo, y desafian osados á todos los poderes de él, y su palabra y su sangre hacen al mundo cristiano. Enmudece Atenas, y truecan su saber por la fe de los pescadores los sabios del Areopago. Ruge de furor Roma imperial al ver cómo caen uno tras otro sus dioses en vergonzosa derrota. Cristo vence por fin en toda la línea; Cristo reina; Cristo manda. Los pescadores de Galilea, enviados por Él á la extraña empresa de conquistar un mundo, lo han puesto por trofeo á sus piés.

Vuelvo á preguntar ahora como hace poco: ¿Cómo se hizo el milagro? O si le repugna todavía al incrédulo aprensivo esta expresion, ¿cómo se verificó el fenómeno?

Y mientras damos tiempo al pobre incrédulo, aprensivo ó sin aprensiones, para que conteste á esta pregunta á que no se puede humanamente contestar, reconozcamos nosotros y alabemos el poder del Espíritu Santo, tercera Persona de la augustísima Trinidad, cuyo es el lauro de tan gloriosas victorias, cuya es la fiesta solemnísima que en memoria de ellas celebra en todo el orbe la santa Iglesia de Dios.

¡Alabemos, pues, al Espíritu Santo! ¡Celebremos cual cumple á hijos regenerados por su divina virtud la gran Pascua! Fué Él quien en el principio de los tiempos puso el sello á la creacion del mundo material; fué Él quien lo puso en tal dia como éste á la creacion de esotro mundo espiritual que es la Iglesia; es Él quien lo pone á la formacion del hombre redimido por medio de la justificacion. Dones suyos son: sabiduría, que es el sabor de las cosas celestiales; entendimiento, que es el superior criterio con que juzga el cristiano ilustrado por la gracia; consejo, que es la inspiracion práctica con que regula segun Dios sus menores acciones; fortaleza, que es la firmeza del corazon para superar las dificultades y no arredrarse ante los enemigos; ciencia, que es el conocimiento adecuado de lo concerniente á nuestra vida espiritual; piedad, que es el amoroso afecto de nosotros para con Dios nuestro Padre y para con nuestros prójimos nuestros hermanos; temor de Dios, que es el respeto reverencial que debemos á su ley y á la sancion tremenda con que se ha servido dictárnosla. Tales dones forman el tesoro de la Iglesia, cuerpo místico universal, cuya vida es el Espíritu Santo. Y forman además el tesoro de cada una de las almas en que mora Él por medio de la gracia. Y son frutos suyos: caridad, que es el amor sobrenatural, es decir, el amor en su mayor pureza, intensidad y extension; gozo, que es la más íntima expresion del bienestar del alma; paz, que es el absoluto dominio de ella sobre todas sus facultades, así como sobre los apetitos del cuerpo; paciencia, que es la perfecta resignacion al querer divino en las contradicciones; larga esperanza, que es seguridad y una como anticipada posesion de los bienes eternos; bondad, que es la absoluta conformidad de todo nuestro sér moral con la norma divina; benignidad, que es la efusion del sentimiento generoso de nuestro corazon en favor de nuestros semejantes; mansedumbre, que es la igualdad de ánimo en las injurias y en los defectos ajenos; fe, que es la docilidad del espíritu á la enseñanza de Dios y la fidelidad á su inspiracion; modestia, que es la observancia del porte exterior cristiano; continencia, que es el debido límite y moderacion impuestos á nuestras pasiones; castidad, que es la suma limpieza en pensamientos, palabras y obras, á despecho de la inmundicia y corrupcion que nos rodea.

¡Oh Espíritu Santo! ¡Oh Espíritu de amor, verdaderamente apellidado Paráclito ó consolador, pues con estos dones y con los frutos de ellos, de tal suerte haces feliz al alma, que esta presente miserabilísima vida se la truecas ya en preludio de la bienaventurada que le guardas en el cielo! ¡Vén, desciende á nuestros corazones sedientos, que si menos dispuestos que los que llenaste un dia en el Cenáculo de Jerusalen, están en cambio más pobres y necesitados!

Padre é Hijo muy conocidos son, pero tiene menos devotos el Espíritu Santo, menos admiradores de sus obras inefables, menos agradecidos á los dones de su infinita bondad. Por lo cual ha dicho no sin razon un católico autor, que el Espíritu Santo podria muy bien ser llamado para muchos cristianos el *ignoto Dios* de los antiguos atenienses.

El mundo de la gracia es el mundo de las maravillas del Espíritu Santo. Y como este mundo invisible es poco considerado y comprendido por el hombre grosero y animal, de ahí que pocos atiendan á dar la debida gloria á este su soberano Autor y Ordenador.

La Iglesia ha puesto en el Oficio de esta solemnidad aquel Salmo CIII: *Benedic, anima mea, Domino,* que es una preciosísima y por todo extremo poética descripcion de las grandezas y hermosuras de la creacion material, y un himno de fervorosa alabanza á la divina omnipotencia.

Allí se pinta la luz que atavia al mundo como espléndido ropaje; los cielos extendidos sobre él como inmenso pabellon; las nubes peana del solio de Dios; los vientos alas de su carroza.

Con mágico pincel se nos retratan allí la hondura de los abismos y la alteza del firmamento: el elevarse los montes y el sumirse á par de ellos los valles; el ronco grito de las olas del mar detenidas por muro de frágil arena; los arroyos bullidores saltando por la concavidad de las peñas, y á sus márgenes apagando la sed reptiles y aves; la yerba tapizando las laderas para alimento del ganado, y el pan y el vino y el aceite alegrando con sus cosechas el corazon del hombre.

La luna se muestra allí señalando con sus crecientes y menguantes la division de los tiempos, el sol marcando los dias, la noche abrigando con sus tinieblas á las fieras del desierto, ó la aurora volviéndolas á sus ocultas madrigueras, para dar lugar á que salga el labrador á su cotidiana faena.

Y todos, dice, reciben de Dios la bendicion y la vida, sintiendo como turbarse y desfallecer su existencia ¡grandiosa idea! á poco que de ellos aparte el Criador su soberana faz.

Mas vamos ahora á nuestro caso. ¿A qué fin reproduce la Iglesia como en esplendoroso tapiz esta descripcion de la naturaleza material en la fiesta del Espíritu Santo? Ciertamente porque la creacion física, aparte de su física realidad, es el símbolo más adecuado de las maravillas del órden de la gracia debido al divino Espíritu.

Los Apóstoles con sus predicaciones; los Santos con sus públicas ó ignoradas virtudes; los Doctores con la lumbre espléndida de su saber, son los ríos de la divina gracia fertilizando la tierra, son focos de divina luz irradiando sobre ella para disipar sus tinieblas. Vese tambien aquí el rugiente mar de las infernales iras y de las humanas concupiscencias detenido y enfrenado; mil y mil flores de buenas obras matizando los valles: las cándidas de la virginidad; las moradas de la mortificacion; las rojas y encendidas del martirio. La vida sobrenatural palpita en el corazon del mundo, debida al soplo creador del Espíritu Santo, como la otra vida física palpita en él despues del *crescite et multiplicamini* de su omnipotente Autor. Llena está del Espíritu de Dios toda la tierra, y canta sus glorias la magnificencia de sus obras y su divina fecundidad. El cielo la canta con sus Santos glorificados, la Iglesia con sus incesantes combates, el infierno con sus rugidos de desesperacion y de impotencia.

¡Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo!

¡Gloria al Padre Criador, gloria al Hijo Redentor, gloria al Espíritu de ambos, Vivificador, Santificador y Consumador!

¡Celebremos, pues, gozosos la Pascua de Pentecostes, la gran fiesta del Espíritu Santo!

La vida del Espíritu Santo, Espíritu vivificante, como le llama el Símbolo, se manifiesta clara, palpable, evidente, en la Iglesia de Dios por un fenómeno en el que tal vez no se fija comunmente como se debe toda la atencion. La sociedad de los adoradores del verdadero Dios y observadores de su ley, antes de la venida de Cristo, era el pueblo hebreo. Era ésta ya una verdadera Iglesia, prólogo grandioso de la que debia venir despues. Sin embargo, en aquella Iglesia mosaica, divina y verdadera como fué, ¿cuán escasas y cuán raras brillaron las maravillas extraordinarias de vida sobrenatural, que tan comunes han venido á ser despues en el Cristianismo? Un siglo solo de la historia de éste contiene más rasgos de vida sobrenatural que todas las crónicas juntas del pueblo judaico desde su insigne padre y patriarca Abrahan hasta los dias del gran Bautista. Los santos aparecen en el antiguo pueblo de Dios como lumbreras con larguísimos intervalos acá y allá esparcidas: en la sociedad cristiana se presentan en profusion innumerable como las estrellas del cielo. Es muy celebrada la fidelidad de Abrahan, lo es la castidad de José, lo es la penitencia de David, lo es el celo de Eleazar, lo es el heroísmo de los hermanos Macabeos y de su madre. Sin embargo, tales maravillas podríase decir que han dejado de serlo en el Cristianismo, por ser en él poco menos que cotidianas. La gloriosa leyenda de los Macabeos se halla repetida cien y cien veces en nuestros martirologios. La castidad de José es ya ordinaria en las filas de nuestros jóvenes y doncellas en el claustro y fuera de él. El celo devorador de Eleazar es débil llama ante el incendio que ha abrasado el corazon de nuestros Bernardos, Domingos, Ignacios y Javieres. El tipo magnífico de Abrahan se ve reproducido en cien fundadores de Ordenes religiosas, que han dejado tras sí prole más dilatada que la de aquel padre de los israelitas. La vida divina palpita vigorosa en el cuerpo de la Iglesia; y como es imposible tocar una máquina eléctrica cargada, sin que salte al menor contacto la chispa, así por todos los puntos brotan é irradian de ese organismo, saturado de flúido divino, las chispas de lo sobrenatural. ¡Ah! ¡Es que tiene alma ese organismo, y tiene por alma el mismo Espíritu de Dios!

Soberano don del cielo, procedente del Padre y del Hijo, con quienes es, aunque Persona distinta, única indivisible naturaleza, es Él fortaleza en los que combaten, luz en los que enseñan, paciencia en los que sufren, ardor en los que trabajan, inenarrable gemido de amor en los que oran. Como el alma en el compuesto humano es vista en el ojo, y oido en la oreja, y sabor en el paladar, y olfato en la nariz, y tacto en las manos y en lo restante del cuerpo, así hay divisiones de gracias (*divisiones gratiarum sunt*) en el cuerpo místico de la Iglesia de Dios, como otros tantos sentidos de él; uno solo, empero, es el Espíritu que las comunica (*idem autem Spiritus*). En vano se quiere, pues, dar por muerta á la hija gloriosa del Cenáculo de Jerusalen. Anda, habla, obra, engendra hijos como el primer dia: vive, pues, y palpita todavía en ella el Espíritu de Dios que en tal dia se le infundió. ¡Dichosos hijos que tal Madre logramos tener!

Quapropter profusis gaudiis totus in orbe terrarum mundus exultat, canta alborozada la Iglesia en el Prefacio de esta grandiosa solemnidad. Siente en su pecho todo el lleno de su robustez y vida, y alardea de esa su eterna juventud con sin igual complacencia, dándole por ello la gloria á su celestial Autor. Regocíjase, y hace bien, y desafía con esta su alegría de cada año á todos los furores del averno contra ella conjurados. Y como los Apóstoles, al salir en tal fecha ardientes é iluminados del misterioso Cenáculo, parece decirle á todo el mundo, no con la jactancia del orgullo, sino con la augusta serenidad de la verdad:

¡Aquí estoy, fuerte con toda la fuerza de Dios! ¡Vengan combates!

Sí: fuerza, calor, movimiento, fecundidad, todo lo que viene comprendido bajo la palabra *vida,* todo eso lo es para la Iglesia santa el Espíritu de Dios, que en ella alienta y palpita.

Et in Spiritum Sanctum Dominum et vivificantem! canta la voz de todos los siglos cristianos en el majestuoso Símbolo de Nicea. Espíritu de vida, Espíritu vivificador, este es realmente el carácter apropiado de la Tercera Persona de la santísima Trinidad, en esa creacion magnífica y completa del órden sobrenatural que se llama el Catolicismo.

Vida á la que puede odiar y blasfemar el infierno; pero vida que no puede desconocer, porque sus fenómenos se imponen á él y á todos sus satélites con los resplandores de la más deslumbradora evidencia.

Lo que es la savia para el árbol, lo que es la sangre para el animal, lo que es el alma para el compuesto humano, eso es el Espíritu Santo para ese organismo divino, de que componemos nosotros, por decirlo así, la materia, y de que es Él, por superior y maravillosa manera, la forma sustancial.

Spiritus intus alit, totamque difusa per artus Mens agitat molem... eso que el paganismo aplicó falsamente á la máquina del mundo visible, eso es verdad aplicado á la Iglesia de Dios. Dentro de ella, en sus invisibles senos, alienta ese Espíritu vivificador que se extiende hasta á sus más insignificantes miembros é influye en sus más remotas operaciones.

Est Deus in nobis! Agitante calescimus illo! que cantó á su vez otra musa gentil. ¡Cuán cierto es y cuán firmemente lo demuestra la historia, y cuán claramente lo pone ante nuestros ojos y al alcance de nuestras propias manos la experiencia!

¿Qué fué en su principio la Iglesia de Dios? ¿Qué es hoy dia? Humanamente, nada; divinamente, todo. Allá en el dia solemnísimo de Pentecostes, al salir del ardiente Cenáculo, es un grupo de infelices pescadores galileos que desafian al mundo... y le vencen.

Hay unos cuantos millones de católicos, dispersos por todo el mundo entre quintuplicado número de fieros adversarios suyos, con un anciano Jefe, cautivo en Roma, y con sola la fuerza de unas manos para alzarlas suplicantes al cielo, y de unos labios impávidos para dictar augustas enseñanzas. La hueste formidable del infierno ocupa casi todos los tronos, dispone de todos los medios, arrogante con las armas, envanecida con aparatosa ciencia, orgullosa con verdadero y al parecer incontrastable poder. Y ella, ¡la hija del Cenáculo de Jerusalen! vese humillada por todas partes, en todas partes combatida y despojada, por todos los sabios del mundo desahuciada... ¡Ah! Es cierto... Humanamente nada es.

Ved cómo, no obstante, en todas partes combate; oid cómo sobre todos los grandes problemas habla; contemplad cómo por todos lados saca vigorosa germinacion, no sólo de hojas y flores, sino de sólidos frutos de apostolado, de martirio y de santidad. No hay duda, es cierto tambien. Divinamente lo es todo.

A sus piés, bajo el suelo de sus templos, ruge en subterráneo volcan de rencores una secta infernal. Una sola bocanada de esa lava debiera, al parecer, agrietar sus cimientos y dejarla eternamente sepultada. Y ella, al revés, es la que truena contra la conjuracion satánica que ruge sordamente á sus piés; y la hija orgullosa de Luzbel ha de tascar el freno con que la amordaza la hija humildísima del Cenáculo.

Muchedumbres sin fe y sin ley, seducidas más que malvadas, ebrias de sensualismo y de orgullo, enfurecidas por el continuo atizar de venenosos emisarios, braman como olas de encrespado mar en torno de sus frágiles muros, y los baten con incesante arremetida, y diriase van á cubrirla y sorberla como leve paja en desatado temporal... No temais. ¡Vive en la Iglesia el Espíritu Santo! ¡Esta es su fuerza! Diez y nueve siglos há que azotan ese mismo peñasco esas mismas oleadas que un dia se llamaron judíos, otro dia gentiles, otro dia bárbaros, otro dia turcos, otro dia protestantes, otro dia filosofastros, otro dia gubernamentales ó turbulentas demagogias. ¡No importa! ¡No le dan cuidado á la Iglesia de Dios!

Cada centro oficial es hoy casi en todas partes baluarte erizado de fiera artillería contra la mansísima hija de Jerusalen: cada Gobierno es poco menos que sucursal de las lógias, sucursales á la vez de aquella otra lógia central en que preside personalmente y dirige contra Cristo Dios la guerra el príncipe de las tinieblas. Los poderes del mundo unos amenazan al Papa con la garra del leon, otros con la perfidia cruel del lobo, quienes con el oculto morder del áspid, cual con las cavilosidades cobardes de la raposa. ¿Y no los teme la Iglesia de Dios? ¡Ah, no, que los compadece! Sufre su opresion, y ve desgarrado por ellos su cuerpo y mira correr su sangre... pero segura de su vigor, que se lo dió y se lo conserva el Espíritu Santo, sonrie como las antiguas doncellas cristianas en el circo del pueblo-fiera, y en medio de los gritos mil de horrible júbilo con que saludan su muerte, canta ella regocijada su himno de inmortal victoria!

Tú, ¡Espíritu divino! Tú, ¡Paracleto eterno y vivificador! Tú, ¡Fuego bajado del cielo! Tú eres el poderoso resorte de su actividad, el foco misterioso de sus ocultas energías! Tú enseñas y dictas la ley en su Pontífice; Tú gobiernas y apacientas en sus Pastores; Tú luchas y conquistas mundos en sus misioneros; Tú gimes con inefable suspiro de oracion y de loor en sus vírgenes solitarias; Tú guias la voz y la pluma de sus incansables apologistas. Tuya es la inspiracion que congrega en santas obras de propaganda y de caridad las muchedumbres; tuyo el hálito sobrenatural con que, como invisiblemente agita la brisa las cimas de los árboles en una frondosa selva, así con invisible vibracion haces palpitar al influjo de una sola palabra los corazones! Tuya es la plegaria que se derrama en el silencio del templo; tuya la modesta virtud que embalsama el doméstico hogar; tuya la entusiasta aclamacion de Cristo que dilata los pechos católicos en la romeria! ¡Tuyos son todos nuestros consuelos y alborozos; tuyas nuestras infalibles prendas de seguridad; tuyo nuestro tesoro de inmortales esperanzas! ¡A Tí el honor, á Ti el loor, á Ti la gloria por los siglos de los siglos!

¡Gloria al Padre, Gloria al Hijo, Gloria al Espíritu Santo!

LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

ENSEÑA la fe cristiana y creemos firmemente todos los verdaderos católicos, que Dios es Unidad y juntamente Trinidad. Unidad de esencia ó naturaleza y Trinidad de Personas. Cuales tres divinas Personas, subsistentes en la única naturaleza divina, se llaman en el dogma y teología católica Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Por lo que mira á la Unidad de Dios es muy claro el testimonio que de ella dan á cada paso las sagradas Escrituras. Se afirma en el Símbolo cuando se dice *Credo in unum Deum:* «Creo en un solo Dios.» En el Deuteronomio lo declara el mismo Dios á su pueblo cuando le dice: «Oye, Israel; el Señor Dios vuestro es un solo Dios.» Y en otro lugar: «Yo soy tu Dios y Señor, y no hay otro fuera de Mí.» Y lo confirma la propia razon natural. Porque si es Dios lo más culminante en perfeccion, en poder, en bondad, en belleza; lo sumo, en una palabra, en cuanto existe; no puede tener igual á sí: de donde se concluye en buena y sana filosofía que ó no hay Dios ó no hay más que un solo y verdadero Dios. Esto en cuanto á la Unidad de la naturaleza divina.

En cuanto á la Trinidad de Personas no es menos categórica la Revelacion. «Id, dijo el Salvador, y enseñad á todas las gentes, y bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Quien esto creyere y fuere bautizado será salvo; quien empero no creyere se condenará.» Y en conformidad á esto se habla en otros diferentes capítulos de las tres divinas Personas, nombrándolas siempre de esta misma suerte, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Podrá la impiedad echarnos en rostro que es oscuro el misterio, y nosotros no tratarémos de negárselo, pues dejaria de ser misterio si no tuviese esta oscuridad. Mas lo que no puede negar la impiedad es que este misterio nos haya sido claramente revelado, porque el hecho de esta revelacion está muy á la vista en los Libros sagrados. Lo que no probará además la impiedad es que una cosa sea falsa por el solo hecho de ser oscura, y que una cosa oscura, por oscura que en sí sea, no pueda y deba ser muy creible, cuando es firme y de toda confianza la autoridad del que nos responde con su palabra de la certeza de su existencia. Y aquí, aunque la cosa sea misteriosa y envuelta en sombras, ó mejor, en focos de inaccesible luz, mucho más viva y esplendorosa de lo que pueden resistir nuestras débiles pupilas, la palabra que nos la asegura es la del mismo Dios, que ni engañarse puede, ni puede engañarnos. Así que, lo mismo en este misterio, que en todos los demás de la Religion, la fe que prestamos á su verdad (aunque no la comprendamos) es el acto más racional de nuestra inteligencia cautivada en obsequio á Dios. El apóstol san Juan en una de sus Cartas apuntó á este propósito una razon concluyente cuando dijo: *Si recibimos el testimonio de los hombres, más respetable es el testimonio de Dios*. Efectivamente. Si no hemos de hacer á Dios de peor condicion que sus criaturas, no podemos racionalmente negarle el ascenso ó crédito que á éstas prestamos todos los dias.

Nos duele tener que prestar actos de fe divina; y sin embargo, ¿cuántos actos de fe humana ejercemos sin la menor dificultad? ¿No creemos á la ciencia sin comprenderla? El escalpelo del anatómico y la espátula del analizador químico tropiezan á cada paso con el misterio, ¿y dejan, por esto, de creer el uno en la verdad de la fisiología, y el otro en los datos de la química? ¿No creemos los hechos históricos que no hemos visto, por la autoridad de un historiador á quien tampoco hemos conocido? ¿No nos fiamos de la palabra de un amigo? ¿No descansamos en el testimonio de nuestros sentidos, que tan á menudo nos engañan? ¿Por qué no hemos de descansar en la autoridad de Dios y en la de la Iglesia fundada por Dios?

Pero se dirá que la oscuridad con que se nos presentan las verdades de la fe las hace sospechosas á la razon. Solia decir uno con mucha gracia, que lo más oscuro entre todo lo que existe es el sol, á quien no se puede mirar de hito en hito precisamente por ser demasiado luminoso. Así es la oscuridad de los misterios. No es oscuridad suya, es cortedad de nuestra vista.

¿Y hay por ventura algo que no tenga esta oscuridad, algo que no sea un misterio? ¿Cuál es la íntima naturaleza de esta pluma con que escribo, de este papel en que trazo los caractéres? ¿Quién es el que puede jactarse de tener un conocimiento *claro* del sér más sencillo de la naturaleza? ¿Qué es esta luz que me alumbra? ¿Qué este aire que me rodea? No me citeis sus componentes químicos, porque os preguntaré acerca de ellos, y no podréis responder á mi pregunta más que con vuestra confusion. ¿Y queréis investigar los misterios de lo infinito? ¿Y queréis daros cuenta de la naturaleza y atributos del mismo Dios?

Todo lo que á Dios se refiere debe ser por necesidad superior á nuestros alcances. Y si no comprendemos lo que está bajo de nosotros, ¿cómo extrañarémos no comprender lo que está sobre? El hombre más sabio se ve obligado á confesarse ignorante cada dia ante cien y cien fenómenos que le ofrece esta tierra vil que huella con sus piés, y ¿habrémos de rebelarnos neciamente por no comprender lo que existe en la region de los cielos á qué no puede penetrar nuestra débil vista? Agradezcamos á la fe el habernos entreabierto algo la puerta que tales grandezas nos oculta, y en adoracion sumisa y profunda aguardemos gozar, tras estos breves crepúsculos y vislumbres que ahora se nos conceden, el medio dia espléndido de la vision clara de Dios y de sus perfecciones en la gloria eterna.

Es este el dogma fundamental del Cristianismo. Así que por su invocacion se hace todo en nuestra Religion sacrosanta. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo somos bendecidos, y acompañados de esta fórmula se administran los demás Sacramentos. Las bendiciones y exorcismos de la Iglesia, sus rezos y predicaciones, la construccion de sus templos y el simbolismo de su culto, todo se empieza y se prosigue y se acaba en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Hé aquí algunas de las frases más entrañables del rezo con que en tal dia lo solemniza la Iglesia.

«¡Bendigamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo! ¡Alabémosle y ensalcémosle por todos los siglos!

«Gracias á ti ¡oh Dios! Gracias á Tí, verdadera y una Trinidad, una y suma Deidad, santa y perfecta Unidad.

«Unidad de Esencia, te confesamos ¡oh Dios! y Trinidad de Personas. Que eternamente eres, vives y entiendes, lo reconocemos de todo corazon.

«Te invocamos, te alabamos, te adoramos, oh Trinidad beatísima. Esperanza nuestra eres, salud nuestra, honor nuestro, oh santísima Trinidad. Líbranos, sálvanos, vivifícanos, trino Dios.

«La fe que los santos Patriarcas y Profetas recibieron de Dios, áun antes de la Encarnacion de su Hijo divino, y la que de Este vestido de carne mortal oyeron los Apóstoles, y que éstos guiados por el Espíritu Santo enseñaron de palabra y por escrito, nos dice que Dios es Trinidad, esto es, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y no seria Trinidad si fuese una misma Persona la que se llama Padre, Hijo y Espíritu Santo...

«Por la Unidad de naturaleza todo el Padre está en el Hijo y en el Espíritu Santo; todo el Hijo en el Espíritu Santo y en el Padre; todo el Espíritu Santo en el Padre y en el Hijo. Ninguno de ellos está fuera de cualquiera de ellos; ninguno de ellos aventaja al otro en eternidad, ó le excede en grandeza, ó le supera en poder. *(San Fulgencio)*.

«¿Cuál de los católicos ignora que el Padre es verdadero Padre, el Hijo verdadero Hijo, el Espíritu Santo verdadero Espíritu Santo? Lo dijo el Señor á sus Apóstoles: «Id, y «bautizad á todas las gentes en el nombre del Padre y del Hi«jo y del Espíritu Santo.» *(San Gregorio N.)*.

«De Él proceden todas las cosas; por Él fueron hechas todas las cosas; en Él subsisten todas las cosas. ¡Sea á Él la gloria por todos los siglos!

«¡Bendita sea la Trinidad santa y su indivisible Unidad! Glorificadla, porque ha hecho brillar sobre nosotros su misericordia.

«¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, cuán inapeables sus caminos! Porque ¿quién conoció los designios del Señor? Ó ¿quién fué su consejero? Todas las cosas son de Él, y todas las cosas son por Él, y todas las las cosas existen en Él. ¡A Él sea la gloria para siempre, amen! *(San Pablo)*.

«Dios omnipotente y eterno, que con la luz de tu fe diste á conocer á tus siervos la gloria de la eterna Trinidad, y les enseñaste á adorar en ella la Unidad de tu soberana naturaleza; confírmanos en esta misma fe, para que no nos abatan los males y adversidades del mundo. Por Cristo nuestro Señor tu Hijo, que contigo vive y reina en Unidad del Espíritu Santo Dios por todos los siglos de los siglos. Así sea.»

SS. CORPUS CHRISTI.

CUÁL es el objeto de la festividad del Corpus? Ociosa pregunta para un español, únicamente útil aquí como punto de partida. Es la conmemoracion ó recuerdo de la institucion del santísimo Sacramento de la Eucaristía.

¿Y en qué consiste el dogma de la santísima Eucaristía? En reconocer y confesar real y verdaderamente la presencia del Cuerpo y Sangre de Cristo en la Hostia y en el Cáliz consagrados por el sacerdote. ¡Misterio insondable del poder de Dios, y de su amor y de su inmensa sabiduría!

Razon decisiva para el católico consecuente:

El tal misterio es dogma de fe; como tal lo enseña y lo venera diez y nueve siglos há la Iglesia. Y la Iglesia en su doctrina es infalible como Dios. Luego debo creerlo y acatarlo sumisa y profundamente.

Razon decisiva para el protestante consecuente:

Tú, hermano mio extraviado, le diríamos, no crees en la autoridad de la Iglesia, de quien dijo el Salvador: «Si alguno no la oyere, sea tenido como gentil y publicano. *(Matth.* XVIII, 17).» Blasonas empero de creer muy mucho en la Biblia. Óyela, pues. Quien va á hablarte es san Pablo en su primera carta á los de Corinto (XI, 23): «Yo aprendí del Señor lo que tambien os enseñé á vosotros, esto es, que el Señor Jesús en la noche en que fué entregado tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed; este es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros; haced esto en memoria de Mí. Asimismo tomó el cáliz despues de haber cenado, diciendo: Este cáliz es el nuevo Testamento en mi Sangre. Haced esto, cuantas veces lo bebiéreis, en memoria de Mí. Porque cuantas veces comiéreis este pan y bebiéreis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga. De manera que el que comiere este pan ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Por tanto, pruébese el hombre á sí mismo, y así coma de aquel pan y beba del cáliz. Porque el que come y bebe indignamente, come y bebe su propio juicio, no haciendo discernimiento del Cuerpo del Señor.»

Y lo mismo que has oido referir á san Pablo óyete cómo lo cuenta san Mateo (XXVI, 26): «Cenando ellos, tomó Jesús el pan, lo bendijo, partió y dióle á sus Discípulos, y dijo: Tomad y comed, este es mi Cuerpo. Y tomando el cáliz, dió gracias y se lo dió diciendo: Bebed todos de él, porque esta es mi Sangre del nuevo Testamento, que por muchos será derramada para remision de los pecados.»

Y san Marcos (XIV, 22) lo refiere casi con idénticas palabras: «Estando ellos comiendo, tomó Jesús el pan, y bendiciéndolo lo partió, se lo dió y dijo: Tomad, este es mi Cuerpo. Y tomando el cáliz, dando gracias, se lo alargó y bebieron de él todos. Y les dijo: Esta es mi Sangre del nuevo Testamento, que por muchos será derramada.»

Y san Lucas (XXII, 19) repite idéntica relacion: «Habiendo Jesús tomado el pan, dió gracias, y lo partió y se lo dió diciendo: Este es mi Cuerpo, que es dado por vosotros: haced esto en memoria de Mí. Y asimismo tomó el cáliz, despues de haber cenado, diciendo: Este cáliz es el nuevo Testamento en mi Sangre, que será derramada por vosotros.»

Basta de testimonios bíblicos, que algunos más podria citarte. Discurramos sobre los que acabo de aducir.

Cristo, segun ellos, llama al pan que tiene en sus manos Cuerpo suyo, y al cáliz Sangre suya. Luego aquel pan y el contenido de aquel cáliz son su verdadero Cuerpo y su verdadera Sangre, sino es que prefieras apostrofar de embustero al Hijo de Dios. Y no me salgas aquí con violentas interpretaciones, porque la simple crítica humana me fuerza á admitir por únicas verdaderas las de la Iglesia.

Escúchame bien.

¿Quién podia saber mejor el sentido en que habló Cristo: tú, protestante del siglo XVI, ó los Apóstoles que vivieron con Él, y los primeros cristianos que le conocieron? Es indudable que el testimonio de ellos vale infinitamente más que el tuyo, aunque añadas el de tu maestro Lutero, que nunca supo á punto fijo qué creer acerca el particular. Por mi parte en toda cuestion histórica doy preferencia á los testigos contemporáneos, y mucho más si lo son de vista. Pues mira, san Pablo, cuya relacion te he puesto en primer lugar por ser la más circunstanciada, decia á los católicos de su tiempo, que el que comeria indignamente aquel pan ó beberia aquel vino se haria reo, no de aquel pan ó de aquel vino, sino del *Cuerpo y Sangre del Señor*, y comeria y beberia su propia condenacion, porque no *distinguió* el Cuerpo del Señor de otro comun alimento. Luego el Apóstol veia en el pan y vino consagrados la realidad misma del Cuerpo y Sangre de Jesucristo.

—Cierto (me dirás), el argumento concluye en cuanto á Cristo. Mas Cristo consagró una sola vez. Y ¿son por ventura Cristos los sacerdotes que vienen desde entonces remedando su augusto ministerio?

—No son Cristos en persona (te responderé) mas son Cristos en la autoridad. ¿No has visto en los textos citados de qué modo encarga Cristo á los suyos que hagan lo mismo en memoria de Él? *Haced esto en memoria de Mí*, les dice; y si esto no equivale á dar plenos poderes y plena autoridad, no atino ciertamente qué valor tienen las palabras en el lenguaje. *Haced esto en memoria de Mí:* luego no es Él solo quien puede hacer la consagracion de la Eucaristía que acaba de instituir. *Haced esto en memoria de Mí:* luego la Iglesia tiene poder para hacer por delegacion lo que Cristo verificó por autoridad propia. Y como, segun toda filosofía, el que obra por delegacion se considera como la misma persona cuya autoridad representa, luego la Iglesia es Cristo en este particular, áun sin considerar la cuestion más que bajo el punto de vista filosófico ó humano.

¿Y con qué derecho el protestante, que ha venido al mundo despues de quince siglos de Cristianismo, quiere arrancar de él este dogma que es el centro de su sistema, el alma de su culto, el corazon que le presta vida, calor y fecundidad? ¿Con qué derecho el protestante, desde el soberbio altar en el cual en lugar de Dios ha colocado á su propia razon, insulta la fe de tantas generaciones cristianas que le han precedido, desfigurando con torcidas interpretaciones el contexto de lo que la Iglesia en todos tiempos ha entendido del modo más sencillo, más óbvio y más natural? Si llevásemos nosotros la contraria, ¡con qué lujo de sátiras é invectivas no pondrian en ridículo nuestros enemigos la violencia que hariamos entonces al Texto sagrado, pretendiendo que *Hoc est corpus meum* significase: *Esto es la figura de mi cuerpo!* ¿Cabe esto en el terreno de la buena fe y del sentido comun?

Respondan á otra observacion los protestantes. ¿Cuándo creen ellos que empezó el Cristianismo? ¿Empezó con Lutero hace tres siglos, ó con Cristo y los Apóstoles hace diez y nueve? Los católicos creemos que la obra de Cristo data de su Autor, y en este concepto, para averiguar el fundamento de una doctrina, ¿sabes qué hacemos? Pues empezamos por averiguar si nos viene ella en línea recta de esta única fuente de donde todo debe venirnos. Y siguiéndole el rastro al través de los siglos á un artículo de fe, como el cazador á una pieza entre espesos matorrales, si nos conduce el tal artículo de siglo en siglo hasta el primero de nuestra Era, áun prescindiendo de toda otra investigacion, damos como plenamente justificada la doctrina de que se trata.

Pues bien; refiriéndome al misterio augusto de que tratamos, hallo que recorriendo la cadena de generaciones cristianas hasta su primer anillo Cristo, la fe en la sagrada Eucaristía es comun á todas sin excepcion.

Díme ahora; ¿he de creer con los quince siglos de Mártires, Doctores y Santos de todo el universo, ó con los tres siglos de Lutero y comparsa de apóstatas amancebados? ¿He de pensar que no fué pura la fe de la Iglesia hasta que vinieron á purificarla tan sucios reformadores? ¿ó que anduvo en tinieblas, contra la formal promesa de su Fundador, hasta que por fortuna vinieron á alumbrarla los padres de la moderna incredulidad? ¿Qué falla aquí la razon serena y despreocupada?

Luego (consecuencia indeclinable), debo creer con la Iglesia católica la presencia real y verdadera del Cuerpo y Sangre de Cristo en el augustísimo Sacramento de nuestros altares.

Misterio de fe llama la Iglesia á este Sacramento (*misterium fidei*). La razon me dice que es posible. La fe me enseña que es verdadero. La razon me dice que Dios, que convierte el alimento que yo cómo, en carne mia y sangre mia, puede convertir con su palabra poderosa el pan y el vino en Carne suya y Sangre suya. ¿Por ventura no es tambien un misterio esta transubstanciacion que en mí constantemente se verifica? ¿Y la comprende acaso el más profundo fisiólogo? ¿Por qué, pues, habria yo de negar lo que la fe me enseña, sólo por la necia razon de no comprenderlo?

Misterio de fe, sí, mas tambien misterio de luz, misterio de amor, misterio de inefables consuelos. ¿No lo está diciendo por ventura el cariño fervoroso que á este dulcísimo misterio ha profesado constantemente el pueblo cristiano? ¿No lo estamos viendo en el entusiasmo y alegría con que en todas partes se celebra esta hermosa festividad? Al llegar ella, cuando la Iglesia diere la señal de que llegó la hora de celebrarla, tiende una rápida ojeada sobre el universo, y contempla el poder de la fe y el animado espectáculo que por todas partes se te ofrece. ¿Qué es ver en la populosa ciudad alfombrarse las calles, engalanarse los edificios, hacer ostentacion de brillante y marcial aparato el ejército, rendirse armas, abatirse banderas, y entre lluvia de flores y nubes de incienso, entre el majestuoso canto de los himnos sagrados y los severos acordes de la marcha Real, entre el trueno del cañon y el murmullo alegre y regocijado de todo un pueblo, emprender nuestro Dios en trono de oro y pedrería, bajo el ondulante dosel de nuestros palios, su triunfal paseo, rodeado de los latidos de mil y mil corazones leales en que arden la fe, el amor y el entusiasmo religioso? ¿Qué conquistador anduvo jamás nuestras calles y plazas acompañado de tan brillante y amoroso cortejo? ¿Y qué, si en nuestras villas y aldeas asocia el pueblo á esta festividad las galas todas de la naturaleza á falta de las del arte; si levanta altares de ramaje en donde descansa su Rey; si convierte sus calles en verdaderas alamedas, haciendo que en ellas canten las aves, como si para eso solo hubiesen querido dejar sus frescas espesuras; si repiquetean alegres las campanas como corrillo de muchachas retozonas; si asorda los aires el disparar repetido de morteretes y escopetas á falta de más gruesa artillería? ¿Qué fiesta aventaja á esta fiesta del Señor, verdaderamente cívica y nacional, ¡ay Dios! más nacional y más cívica que tantas otras así llamadas, aunque en nada interesen al corazon, nada le digan al alma, nada tengan de comun con los sentimientos, tradiciones y costumbres del pueblo á quien se imponen?

Y dura ocho dias esta exuberancia de fe y amor en nuestro buen pueblo, y durante ellos es consoladora la concurrencia que se postra ante nuestros altares. Ciertas poblaciones alternan por barrios en la hermosa tarea de festejar á Cristo Sacramentado, y adornar y alumbrar esplendorosamente su tabernáculo. Las doncellas del lugar tejieron aquella riquísima *toya* que ostenta en su centro la Custodia; los mozos son los que, en religiosa competencia con ellas, alzaron aquellos arcos de retama y transformaron en decoracion de jardin la severa arquitectura del templo. Y al acercarse el acto solemnísimo de la reserva, cuando el órgano preludia los majestuosos motivos del *Sacris*, mientras los sacerdotes en devota procesion con sendos cirios en las manos van subiendo al presbiterio, cuando entre nubes de incienso empieza á cerrarse el trono de amor que los fieles rodean con sus últimas oraciones, ¡oh! ¡cuán viva es entonces la fe! ¡cuán ardiente y sumisa á la par y cariñosa es la postrer mirada que se clava en aquella *Hostia* santa que tantos gemidos nuestros ha escuchado, que tantos sufrimientos ha leido en el fondo de nuestra alma, que tantos consuelos prodiga al moribundo como último confidente suyo, en la terrible agonía!

Una cierta ley de bellísima concordancia armoniza casi todas las fiestas del Calendario católico con la época especial del año, que ha designado la Iglesia para su celebracion. Citarémos tan sólo algunos ejemplos. Navidad perderia gran parte de su peculiar atractivo y característica fisonomía sin sus hielos, escarchas y nieves, y sin las noches larguísimas y los dias cortos, pero radiantes de sol, con que suelen favorecerla Diciembre y Enero. Pascua coincide con la entrada de la primavera, verdadera resurreccion de toda la naturaleza envuelta hasta entonces en las mortajas y sudarios del aterido invierno. ¡Cuán melancólico tinte no añaden á la severa conmemoracion de los fieles difuntos las cenicientas brumas de Noviembre, los árboles despojados como esqueletos de su verde pompa, y aquellas hojas rodando secas por el suelo á impulsos de las primeras ráfagas otoñales!

Junio, el esplendoroso Junio, tiene su fiesta propia, y que armoniza admirablemente con el aspecto de la naturaleza en esta época del año. Es la grandiosísima que celebramos en honra del santísimo Sacramento del altar, la fiesta del *Corpus Christi.*

Vense ondear, como un mar de oro, sazonadas las mieses en nuestros campos, ó han caido ya tal vez bajo la hoz del segador, formando en medio de ellos ricos montones de apretadas gavillas. El hombre se apresura á recoger por todas partes este precioso don de Dios, que llena de alegría su hogar y asegura su alimentacion principal para todo el año. El pan, ese maná del cielo, con que cada doce meses provee la Providencia á la primera de nuestras necesidades; el pan que, por lo mismo que es necesario á todos, se recoge en todos los climas y se aviene á todas las zonas y crece en todos los terrenos, y es el de más sencillo cultivo y el que menos inteligencia y dispendios necesita para producirse; el pan que germina en nuestros campos, casi como la hierba, sin que exija apenas del labrador otra diligencia que la de echar en el surco su preciosa semilla; el pan es la bendicion de Dios en el mes de Junio, y el mes de Junio viene á ser una como espléndida mesa preparada por el universal Padre de familias al género humano. ¿Cuándo mejor, pues, que en Junio (casi siempre cae en él) podia celebrarse la fiesta de esotro Pan del hombre espiritual, la sagrada Eucaristía?

Los treinta y tres años de su vida mortal gastó el divino Salvador en preparar para sus hijos esta Miés bendita, desde que en el campo vírgen de María santísima germinó por obra y virtud del Espíritu Santo. Treinta y tres años estuvo sazonándose para nuestras almas ese Trigo de los elegidos. Regáronle toda suerte de celestiales influencias; maduráronle y tostáronle antes de la siega ardores de infinita caridad; sególe con hierro cruel la mano desapiadada del hombre, y trillóle en el Calvario bajo el peso de la cruz. Así y tan á su costa llegó á amasársenos, para ponerse en nuestra mesa, este soberano Pan. A bien que si mucho costó, riquísima fué en cambio la cosecha de Él y perdurable hasta la consumacion de los siglos. No faltará ya este Pan. Asolarán tal vez al mundo en castigo de sus crímenes nuevas miserias y carestías del material alimento. El de las almas no faltará jamás. No cada año, sino cada dia; no cada dia, sino cada hora; no cada hora, sino cada minuto y cada segundo se renueva en algun altar del universo el milagro de esta bendita cosecha en manos de los sacerdotes del Dios vivo. Para la Iglesia y los hijos de ella es Junio, es tiempo de siega, todo el año. Niños y mayores, el pobrecito envuelto en sus andrajos y el poderoso en su ostentosa púrpura, el príncipe y el esclavo, podrán todos extender su mano á esa mesa á todas horas dispuesta, y tomar de ella su bocado de Pan, para, como Elías, proseguir con la fortaleza de él hasta el fin de su mortal jornada. El pobre moribundo le verá entrar como supremo consuelo de sus congojas en aquella hora espantosa en que sus ojos vidriados por la agonía van dando ya al mundo y á todo lo que en él amó amarguísima despedida. Las almas acosadas por feroces enemigos ó heridas por desgarradoras espinas, volarán á pedirle á ese Pan celestial, aliento para sus desmayos, vigor para sus combates, luz cierta y mano amiga en todas sus dudas y desconfianzas.

El mundo todo postrado en fervorosa adoracion ante Dios durante el mes de Junio, no fuera bastante á darle debidas gracias por el inmenso beneficio del pan material con que su bondad de padre llena en este mes los campos para sustento de nuestros cuerpos. Y decidme, ¿no es verdad que todos llevamos cada dia á la boca este pan, y pocos, poquísimos, casi nadie, cuida de agradecérselo á Dios? *El pan nuestro de cada dia dánosle hoy,* eso aún lo decimos algunas veces; pero «¡gracias, Dios mio, por el pan que hoy me acabais de dar!» ¿quién le dice esto á Nuestro Señor?

Análogo es lo que pasa con ese divino Pan de las almas. Los corazones todos de Angeles y hombres, ofrecidos en holocausto, no fueran digno tributo de gratitud á Jesucristo por tan soberana merced. Y sin embargo, ¿quién se acuerda de agradecérsela? ¿No es cierto que para muchos vive Cristo entre nosotros como si no viviese, ó como si su vida sacramental no tuviese con la de nuestro espíritu clase alguna de relacion? Tiene en cada pueblo uno ó varios templos, ¡cuán poco frecuentados! Tiene en cada templo un misterioso sagrario, ¡cuán solitario casi siempre! Arde constantemente delante de él una lámpara dia y noche, ¿por qué no arden asimismo á todas horas en torno de él millares de encendidos corazones, en turno no interrumpido, en constante relevo, en perpetua vigilia?

Para esto se instituyó principalmente la gran fiesta del Corpus. ¡Siquiera ésta y su octava fuesen debidamente celebradas! Ya que no por todo el mundo, porque una gran parte de él ¡horror causa decirlo! es enemiga jurada de nuestro buen Jesús sacramentado, y otra gran parte de él ¡oh vergüenza! le es totalmente indiferente; ya que no por todo el mundo, repito, por nosotros al menos, por los que de hijos suyos y de devotos suyos nos gloriamos, sea durante estos dias con particulares obsequios amado, servido y festejado nuestro amorosísimo Salvador! Acudamos á su procesion, á la Misa solemne de estos dias, al acto de su solemne reserva todas estas noches. Pero, sobre todo, á su santa mesa y divino convite, á la participacion de su Cuerpo y Sangre, con pura conciencia, con fervorosa piedad, con rendidos afectos.

¡Pan del cielo! ¡Hostia santa! ¡Augusto Sacramento del altar! ¡Seais para siempre y por todos nosotros bendito, alabado y glorificado! Amen.

Corpus Christi es el gran dia del Señor, porque es la gran solemnidad del santísimo Sacramento!

Suyos son todos los dias, y no hay uno entre los del año que no le pertenezca con rigorosa propiedad. Cada dia se ofrece en la santa Misa; cada dia se da en la sagrada Comunion; cada dia es visitado por devotos fieles en su solitario tabernáculo; cada dia se le expone á la pública adoracion entre luces, flores y armoniosos cantos. El culto del santísimo Sacramento es el culto de todo el año, el verdadero himno incesante, *laus perennis,* que la tierra ennoblecida con él eleva de continuo al trono de Dios Padre.

Mas, así como en todas partes está Dios, y sin embargo tiene ciertos lugares especialmente consagrados, donde quiere recibir más particular homenaje; así, aunque todos los dias del año son dias del santísimo Sacramento, uno hay que es más especialmente suyo, y en que pide ser honrado y festejado con muestras de especial amor.

¡Es el gran dia de hoy, es la gran fiesta del Corpus, es la augusta solemnidad de la santa Eucaristía!

¡Ah! Pregonadlo muy en alta voz; anunciadlo á todos los pueblos; cantadlo con pomposos dobles ó con alegre repicar, sonoras campanas; publicadlo con ardiente rugido, poderosos cañones. ¡Es el gran dia del Señor, es la gran solemnidad de Cristo sacramentado!

Despojad de sus claveles y rosas los jardines y de sus retamas los oteros; alzad doseles; engalanad altares; empavesad fachadas; encended brillante iluminacion; concertad músicas; disparad salvas; que todo es poco para el gran dia del Señor, todo es nada para honrar como se debe al santísimo Sacramento!

No le satisface hoy la quietud del templo, ni le basta hoy el recogido recinto de él. Derramarse quiere por calles y plazas, que no consiente estrechez de muros el anhelo de su amor; ni quiere su ardorosa impaciencia aguardar vayan á Él los suyos, quiere irse Él á ellos, y con ellos mezclarse y confundirse, como rey que, más que la ceremoniosa etiqueta de los palacios, busca en un dia de entusiasmo el ruido y los clamores de la ovacion popular.

¿Rey, he dicho? No, sino padre entre hijos, hermano entre hermanos, amigo familiar entre amigos, vecino entre convecinos, como ha dicho no sé dónde y no recuerdo á qué propósito nuestro enamorado Fr. Luis de Leon.

¡Ah! ¡Plaza! ¡plaza á nuestro Dios, que quiere mezclarse entre la multitud de sus pobres criaturas! ¡Plaza al Señor de la majestad, que quiere de cerca, más de cerca, alegrarse y regocijarse y consolarse con sus fieles adoradores!

Acercaos, vedle, acompañadle. Que no es ya el Dios terrible del Sinai, es el Dios manso, amoroso; el Dios del pueblo, á quien place vivir y codearse con él; Dios con nosotros, como á sí propio se quiso llamar el Dios de la santa Eucaristía!

Esto significa *Corpus;* esto significa su Procesion magnífica; esto debe sentir y en esto debe inspirarse todo cristiano que quiera debidamente celebrar tal solemnidad. ¿Y podria haber de entre los nuestros quien se creyese dispensado de contribuir en una ú otra forma á ella?

Una palabra vamos á escribir que la hemos pensado mucho, y que la pondrémos aquí, aunque alguno con ella aparente escandalizarse.

Comprendemos el odio satánico que tienen muchos á Cristo nuestro Señor. ¡Oh! sí, lo comprendemos. Le odian con el odio del infierno cuyos satélites son, y Cristo vencedor del infierno es digno, muy digno de los rencores infernales. Le honra en algun modo el infierno rugiendo de ira contra Él, como le honra el cielo con sus eternas alabanzas.

Lo que no comprendemos es el desamor, la frialdad, la desdeñosa indiferencia de no pocos que se llaman cristianos, y como cristianos blasonan de querer vivir y morir.

Como comprendemos menos ciertas extrañas maneras de cristianismo, que ciertas monstruosidades de satanismo.

Por esto compadecemos al infeliz que al paso de la santa Custodia hace fiero alarde de no doblar su rodilla, de no descubrir su cabeza ó de tener encendido en la boca su inmundo cigarro. Es un modo especial que tiene el desdichado de manifestar su odio á Aquel á quien sabe que no puede hacer más que blasfemar, pero á quien no puede vencer. Asi aborrece Satanás en los infiernos.

Pero nos irrita más y nos desconsuela más profundamente ese excusarse con necios pretextos de asistir el dia de Corpus á la solemne Procesion.

¡Menguado cristiano! Si te pidiera ese obsequio el ricachon de tu barrio, no se lo negarias. Y se humilla tu Dios ¡tu Dios! á pedirte salgas á acompañarle y á honrarle... y se lo niegas.

Repáralo bien, que es caso de gran desvergüenza. Quiere Dios honrarse con que le acompañes. ¡Dios honrarse con tu compañía! Y te tienes tú en tanto, ó le tienes á Dios en tan poco, que no vacilas en dejar desairado con bochornosa negativa... al mismo Dios.

¡Oh! He visto algunas veces en algunos puntos la devota Procesion del Corpus pobre, mezquina, indigna de España, de esa España que fué siempre la tierra clásica de la devocion al santísimo Sacramento. Y he visto á los principales del pueblo, á los que en él tienen prestigio y autoridad, á los que pueden y valen, á los que saben, sentados quizá en la acera, ó asomados á la ventana contemplando, tal vez como se contempla cualquier otro espectáculo, el paso del santísimo Sacramento. Y me he sentido tentado de arrojarles al rostro este reproche: ¡No es hoy vuestro puesto la acera ó la ventana, católicos que tanto ponderais á ratos vuestro catolicismo! ¡Si sois católicos, vuestro puesto son hoy las filas de la Procesion!

¡Pueblo fiel, pueblo fervoroso, pueblo devoto y decidido por las cosas de la fe! Tu gran acto de este dia sea la Procesion del santísimo Sacramento. Déjalo todo, olvídalo todo para acudir á esa cita de lealtad y amor. Si te invitan á ella los hombres, acude invitado. Si no te invitan acude tambien; te invita la Iglesia en nombre de Dios.

De todos modos, con tu chaqueta ó con tu levita, pero con fe y amor en el alma, con respeto y devocion en el rostro, ¡á las filas de Cristo sacramentado! ¡A la Procesion!

A propósito de la Procesion. Sabido es que la liturgia cristiana prescribe como parte del ceremonial obligatorio del dia de Corpus esta solemne procesion pública en obsequio al santísimo Sacramento. Es, pues, dicho acto una como parte del Oficio divino de este gran dia, y en tal concepto está mandada la asistencia á él á todos los eclesiásticos que no tengan razon especial que los excuse, ó que no pertenezcan á Ordenes religiosas expresamente dispensadas.

La asistencia, pues, de los seglares á la Procesion debe considerarse, no como un mero acto de deferencia á la persona que lleva en ella el pendon ó que la preside, sino como obra singularísima de piedad y devocion á Cristo Sacramentado, exactamente igual á la obra buena que se hace asistiendo á los divinos Oficios, á la santa Misa, á la Comunion, á la solemne reserva, ó á cualquier otro de los actos del templo.

Por tanto la asistencia así activa como pasiva á la Procesion está sujeta á las reglas generales prescritas á todo cristiano para todas las obras de Religion. Debe asistirse á ella *pie, attente ac devote.* Con piedad, es decir, con recto fin de honrar á Dios y no por fines humanos. Con atencion, es decir, con aplicacion de los sentidos y potencias al fin que nos proponemos, que es la adoracion del santísimo Sacramento, sin distraccion de espíritu ni vaguedad de pensamientos. Con devocion, es decir, con exterior compostura y recogimiento en traje, palabras, maneras y acciones.

Asistencia activa es la del que forma parte de la Procesion en cualquier forma que intervenga en ella. Asistencia pasiva es la del que la contempla á su paso desde la ventana, balcon ó acera.

Recordando las reglas principales de la asistencia del cristiano al templo, se tendrán las reglas á que debe sujetarse el cristiano que asiste activa ó pasivamente á la Procesion. La calle ó plaza vienen entonces á constituirse *templo al aire libre* en que se celebra un acto del culto católico; no, como pretenden los racionalistas, via pública en que se hace una manifestacion.

Es impiedad, pues, presenciar la Procesion sin descubrirse, ó fumando, ó bebiendo ó comiendo, ó charlando ó alborotando con bromas y risadas; desde que se abre el verdadero acto religioso con la presencia de la santa cruz procesional, las mujeres debieran presenciarla cubiertas como se les exige en el templo. En España siempre acostumbraron las damas piadosas ver la Procesion con la mantilla puesta, ya que este es el traje adoptado por el país para los actos de Religion.

Es indecente, es escandaloso, es de una fatuidad insoportable el que hombres barbudos repartan dulces á las señoras desde las filas de la Procesion. Los tales niños grandes no debieran ser admitidos á ella más que con babador y chichonera, y llevados de la mano por un criado de confianza.

La colgadura lujosa ó modesta en las ventanas y balcones; los arcos y altares de ramaje; las flores arrojadas al paso del Sacramento; la iluminacion de la fachada de las casas cuando se hace la Procesion, como en Cataluña, al anochecer, ó el toldo cuando se hace, como en otras partes, al medio dia, son obsequios dignos, muy dignos, de la majestad del Señor á quien se tributan, y no debe dejar de ofrecérselos todo fiel cristiano en la medida de su posibilidad. El noble saque los heredados tapices de sus abuelos, el menestral su humilde cobertor de colores. El homenaje de cada uno será tan grande como sea su amor.

Tambien son hermoso tributo de respeto y alegría las descargas de escopetas ó fuegos de artificio donde se usen, el coche de respeto con empenachados corceles y brillantes libreas ofrecido por alguna familia, los uniformes y condecoraciones, la pompa militar, las danzas tradicionales casi siempre inofensivas á la decencia pública, los grupos alegóricos, recuerdo y tal vez orígen de los antiguos autos sacramentales.

Durante el paseo triunfal de Cristo Sacramentado y mientras devotamente se le acompaña ó se le ve pasar, si han de estar recogidos los ojos y silenciosos los labios, no ha de estar, no, ocioso el corazon. Debe éste emplearse en santos afectos y fervorosas oraciones, y derramarlos como aromoso incienso en presencia del divino Triunfador.

Los reyes de la tierra, cuando pasan entre sus súbditos rodeados de su corte, tienen á gran honra la importunidad de las súplicas y memoriales. Nadie deje, pues, en tan preciosos momentos de presentar el suyo á nuestro bondadoso Soberano.

Por los campos y al[illegible] de la Palestina hizo sus viajes en carne mortal: á su pas[illegible]alíanle enfermos, pidiendo salud; madres, la bendicion [illegible] a sus niños; indigentes, remedio para toda suerte de ne[illegible]lades. Un continuo clamor de súplica rodeaba al divino maestro. «Señor, mi hija está reciamente atormentada por el demonio,» decia una. «Señor, mi criado yace en casa paralítico y sufre terriblemente,» decia otro. «Jesús, hijo de David, tened misericordia de nosotros,» clamaban unos ciegos á la orilla del camino. «Señor, si quereis, podeis limpiarme,» prorumpia un leproso. «Señor, haced que vea,» insistia un ciego. ¡Oh! ¿Por qué no ha de resonar de continuo en los oidos de nuestro Salvador en el curso de su Procesion esta música de dolientes gemidos? ¿Faltan acaso enfermos entre nosotros? ¿Faltan ciegos? ¿Faltan leprosos? ¿Faltan sordos y endurecidos?

¡Ah! ¡Señor! ¡Señor! ¡Renovad en los espíritus las maravillas de amor que en los cuerpos realizabais un dia! Es este vuestro pueblo, que cree todavía en Vos, pero á quien traen enflaquecido y á riesgo de perecer mil achaques y dolencias. ¡Curadle, Señor, con vuestra presencia y bendicion!

¿Quién duda que seria acto devotísimo y de singular piedad concurrir á la Procesion de esta manera? Pues de esta suerte y no de otra quiere que se concurra la Iglesia, que la instituyó. Y, sin embargo, ¿cómo miran muchos católicos la solemnísima procesion del *Corpus Christi?* Pueblos hay en que se deja para el clero sólo, ó poco menos, la honra altísima de servir de cortejo á Cristo sacramentado. La miseria llega á tanto, que muchos católicos sólo se resuelven á ocupar un puesto en las religiosas filas cuando tal ó cual personaje más ó menos encopetado se ha hecho cargo del pendon principal. En honor de dicho caballero particular lucen su hacha y su garbo aquellos ínclitos católicos: si no les saca de sus casas este compromiso de mera cortesía ó adulacion humana, no saldrán de casa para hacer ese obsequio á su Dios. ¡Sensible es, pero es verdad!

Otros no darán su brazo á torcer por nada de este mundo en materia de integridad de creencias; morirán antes que doblar su rodilla en obsequio de la mentira; capaces son de sufrir martirio por el dogma de la santa Eucaristía; sin embargo... ¿qué quiere V.? no concurren á la Procesion. ¿Por qué? Oidlos. «¿Quién va hoy á la Procesion como no sea para lucir una cinta ó un uniforme, ó siquiera la gallardía de la persona? No se va á las procesiones con el espíritu que se debiera. Apenas entra para nada en eso la devocion.» Pues, peor para tí, vergüenza para tí, católico, ó tibio ó perezoso ó miserablemente preocupado! ¡Vergüenza para tí, que tienes fe y dejas que salga tu Señor acompañado tal vez de quien no la tenga! ¡Vergüenza para tí, que te sientes con devocion, y por no pagar á Dios el tributo de ella, dejas que se presente más ó menos este acto con el carácter de pura fiesta oficial ó de mero alarde de vanidad! Devotos fueran tales actos del culto más que hoy, y edificantes serian, y moverian á piedad los corazones, y levantarian remordimientos en el pecho del pecador, y llenarian de saludable confusion el rostro del incrédulo, y se verian con respeto hasta por los más libertinos, si tomasen en ellos la parte que debieran las personas de fervor y de verdadera devocion á Jesús sacramentado. Tendrian todo el carácter que quiere la Iglesia tengan, si ayudasen á dárselo con su cooperacion decidida los católicos todos que pueden y deben. ¿Qué hacen aquel cristiano padre de familias, ó aquel jóven fervorosísimo, sentados aquel dia en la acera ó balcon como mujeres ó simples curiosos? ¿Es aquel su lugar como hijos de la Iglesia en tal solemnidad? ¿Es aquel su puesto de honor? ¿A quién darán la culpa porque no sale la Procesion todo lo fervorosa que desean, si se retraen de ella por no sé qué aprensiones ó majaderías las personas de devocion? ¿A quién la dará Dios? ¿De quién debe esperar Jesucristo público homenaje, sino de los que en Él creen y en la realidad de su augustísimo Sacramento?

Acuda, pues, á tomar parte activa todo católico verdadero, bien como particular, bien como agregado á la corporacion religiosa á que pertenezca. No descuiden este punto nuestras asociaciones de combate. Su campo de batalla aquel dia es la Procesion; su arma la devota asistencia á ella. No está tan apagada la fe en muchos corazones como se empeña en ponderarlo el mal deseo de unos y el apocamiento pesimista de otros. En muchísimos no está más que amortecida bajo cenizas, y sólo espera impulso favorable para levantar llama. En no pocos está aletargada, y sólo necesita un rayo de luz para despertar. Y este impulso y este rayo de luz han partido mil veces de los actos de nuestro magnífico culto, cuando han sido debidamente celebrados. Sobre todo, el Protestantismo, que es el enemigo de hoy, para ser vencido en nuestra tierra, apenas ha menester otras batallas que estas. Un distinguido publicista católico les decia poco há á los mercachifles de biblias falsificadas: «¡Pobres extranjeros! ¡Bastaria un Jueves Santo de los nuestros para destruir vuestra obra de un siglo!» Asimismo nos parece á nosotros. Un *Corpus y su Procesion*, bien celebrados por los católicos españoles, como pudieran y debieran éstos celebrarlos, bastarian para hundir bajo el peso del universal desprecio al mismísimo Lutero en persona que de los infiernos viniese á descatolizarnos.

¡Católicos, pues, de toda condicion! ¡Asociaciones católicas! ¡A las filas de Cristo sacramentado! ¡A la Procesion!

Varias veces, amigo lector, pensando en el inefable y dulcísimo sacramento de la Eucaristía, que con tan espléndidos regocijos celebra el pueblo cristiano durante la presente octava, me he parado á discurrir la razon porque entre todos los misterios de la Religion cristiana se llama este de un modo particular *misterio de fe, mysterium fidei.* ¡Cómo si no fuesen de fe todos los misterios! ¡Cómo si no fuese tambien un gran misterio de fe la Encarnacion del Verbo, ó como si no lo fuesen tambien la santísima Trinidad, ó la transmision del pecado original, ó la infusion de la gracia por medio de los Sacramentos; ó como si no lo fuese todo lo que pertenece á esa vida superior del hombre que se llama Religion, casi ni más ni menos que lo que pertenece á su vida física y material! Pues bien: si todo lo de la Religion es un misterio y misterio de fe, ¿á qué distinguir especialmente con este título al augustísimo y venerabilísimo Sacramento de nuestros altares?

Con tales pensamientos he asistido muchas veces á la solemnísima Procesion ó paseo triunfal con que la Iglesia católica acompaña por calles y plazas al santísimo Sacramento. Rodeado de fieles como un padre de sus hijos, entre oleadas de un pueblo á quien todavía embriagan las alegrías católicas mucho más que las alegrías revolucionarias, pisando olorosa alfombra de flores, decoradas las casas con vistosas colgaduras, embalsamado el ambiente con nubes de incienso, entre los acordes de los instrumentos, el canto severo de los himnos eclesiásticos y el repique gozoso de las campanas, bajo el airoso dosel de raso y oro que como movible tienda de campaña cobija la santa Custodia, veíala allí la Hostia santa, recibiendo el homenaje de todo un pueblo. Y pensando que entonces á aquella misma hora se lo estaban rindiendo por igual manera millares de pueblos en todo el globo, admiraba la grandeza sin igual de ese acto de fe que todos los años deposita el mundo á los piés de Jesús sacramentado; consolábame de tanta blasfemia y de tanta persecucion como vomita el infierno en nuestros dias contra el

Catolicismo, y comprendia la profunda verdad de aquellas palabras que el Breviario pone estos dias en boca de los sacerdotes, cuando les hace saludar á Cristo en el santísimo Sacramento como *Rey de reyes, y dominador de todas las gentes*. Y volviendo otra vez á mis primeros pensamientos: «Hé aquí, me decia, por qué la Iglesia llama á este Sacramento de un modo particular misterio de fe; porque realmente es el triunfo de la fe.»

Sí, efectivamente; el augustísimo Sacramento de nuestros altares es el triunfo de la fe; ¿sabeis por qué? Porque es el que la exige más sumisa, más profunda, más entera; y por una particular providencia de Dios es el que la obtiene siempre más perfecta é inviolable. Ruego á mis lectores se fijen un momento en esta reflexion.

El misterio de que tratamos es el más misterioso, si se me permite la expresion. Por lo mismo, á juzgar por lo que humanamente acontece, debiera ser el que con más dificultad alcanzase el homenaje de la razon humana; tocárale ser por su condicion el menos creido, ya que por su natural condicion aparece como el menos creible. Sin embargo (sigan atendiendo mis lectores á la observacion), el misterio augustísimo de la santa Eucaristía ha sido en los diez y nueve siglos de Cristianismo el menos atacado por las herejías. Hoy es el más respetado por la incredulidad. La historia y la experiencia responden de la autenticidad de este fenómeno.

Ya la primera vez que el Salvador se dignó anunciarlo á sus primeros discípulos, respondieron algunos: «Recia cosa es esta que nos dice.» Pues bien, sí; recia cosa es, y á pesar de esto el mundo se ha postrado de rodillas ante él, y no ha pronunciado su nombre sino con amor mezclado de profundo respeto.

Recia cosa es, y á pesar de esto tiene un altar especial y el más frecuentado en todos los templos, y la fiesta más general y más celebrada entre todas las del año.

Recia cosa es, y á pesar de esto es el centro é iman de todas las almas fervorosas; es el fuego en que se caldean los corazones que desean adquirir buen temple; es el asilo á donde nos acogemos en las mil tribulaciones sin nombre que de continuo nos asedian; es el amigo á quien se lo contamos todo en el silencio de nuestra oracion; es el confidente á quien llaman todos en sus últimas agonías.

Y porque es el más inaccesible á la humana razon, ¡oh triunfos de Dios! es el más tierno despues de creido; es el más rico en suavidad; el más fecundo para la meditacion; el más elevado para la poesía.

Es el que exige más humilde el acto de fe, y no obstante, despues del inmortal Tomás de Aquino, que compuso los himnos de esta fiesta, hasta el inmortal Calderon, que para la misma escribió sus autos sacramentales, ha dado inspiracion á todos los poetas, cantos á todos los genios, brillantes concepciones á todos los pintores, entusiasmo y universal regocijo á todos los pueblos.

Es el que con mayor fuerza cautiva la inteligencia, y no obstante, por él resuena el trueno de la artillería en las ciudades católicas, y el alegre tañido de fiesta y el tiroteo de las escopetas en las aldeas; por Él se engalanan las casas, y se cubren de flores las calles, y se levantan altares de ramaje, y se celebra por Él esta dulcísima fiesta y octava, á las cuales, para que nada falte, ha colocado la Iglesia en la más bella estacion, á fin de que hasta la misma primavera se tenga por dichosa en acariciarla y embellecerla con sus sonrisas.

Decidme ahora, ¿qué misterio es más misterio que ese? Y ¿á cual entre todos los misterios se ha tributado con mayor exuberancia y espontaneidad el homenaje de la fe? ¿Quién hay, pues, que merezca ser llamado con mayor razon *mysterium fidei*, misterio de fe? Misterio de fe, porque es el que la exige más profunda; misterio de fe, porque es el que la alcanza más completa.

El sacrificio de la Cena, de la Cruz y de la Misa son, en cuanto á la sustancia, un solo sacrificio, porque el mismo Cristo que se dió y se ofreció en la Cena es el que poco despues se ofreció en el Calvario y se ofrece ahora cada dia en nuestros altares. Hay sólo distincion en cuanto al modo, porque el sacrificio de la Cruz fué cruento, ó sea con derramamiento de sangre; y el de la Cena y el de la Misa son incruentos, ó sea sin efusion física de ella, por más que ésta real y verdaderamente exista, con el Cuerpo adorable de nuestro divino Jesús, bajo las especies sacramentales.

No hay, pues, acto más agradable á Dios Padre, ni que más desagravie su bondad ó aplaque su justicia, que esta Víctima santa cotidianamente ofrecida por el sacerdote sobre el altar. Si á nuestra humana flaqueza fuese posible ofrecer continuamente tan santo y adorable Sacrificio, seria este el colmo de la adoracion y el homenaje más sublime que en la tierra se podria tributar á la Divinidad.

¿Puede ser verdad este ofrecimiento continuo que parece tan sólo un hermosísimo sueño? Sí, lo es, y los adelantos de la geografía y el progreso de nuestras Misiones católicas han manifestado la realidad de esta idea. Sí, el Sacrificio continuo es un hecho en el mundo moderno: Cristo Dios se ofrece sin cesar, en todas las horas del dia y de la noche, por manos de sus sacerdotes. ¿Cómo? Hé aquí la explicacion.

El Catolicismo se halla ya extendido por todo el globo, y reina más ó menos en todas las latitudes de él. En todo el mundo, pues, se ofrece cada mañana el santo Sacrificio. Mas como el sol en su aparente curso de cada dia va marcando á cada país distinto meridiano, sucede que siempre hay un país en que está amaneciendo, y por tanto hay siempre y á cada minuto del dia un país en que se está celebrando la santa Misa. No hay, pues, hora del dia y de la noche en que no se esté ofreciendo la Hostia de propiciacion en algun confin ú otro del globo. El círculo está completo con las últimas conquistas de las Misiones católicas en la América y en la Oceanía. Se han cumplido aquellas magníficas palabras que dijo Dios un tiempo por boca de Malaquías, profetizando la nunca interrumpida celebracion de este Sacrificio: *Desde Levante á Poniente es grande mi Nombre entre las naciones, y en todo lugar se sacrifica y se ofrece al Nombre mio una Hostia pura.* (Malach. I, 11). De suerte que así como el sol no se pone nunca en una region sino para amanecer inmediatamente en otra, y brilla continuamente en el horizonte para unos ú otros de los habitantes del globo; así Jesucristo, inmolado en el altar, está siempre en alto en manos de sus ministros, sin que ni un momento deje de interponerse entre el cielo y la tierra este Arco-iris de paz. Ni hay momento alguno en que el Padre celestial no vea en manos de sus criaturas esta ofrenda de expiacion que intercede por ellas, ni hay momento alguno en que no demande por nosotros gracia, misericordia y perdon el Rostro benignísimo de nuestro Salvador sacramentado.

Hermoso ejercicio es, pues, unir en todas las horas del dia y de la noche la intencion nuestra al augusto Sacrificio del altar, que en aquellos momentos en un punto ú otro del globo se está celebrando. Si así se hiciese por gran número de cristianos, tendríamos el Sacrificio continuo de Cristo Nuestro Señor, correspondido con la oracion continua de sus fieles criaturas. Y todo el mundo seria como un inmenso altar y todo el universo como un inmenso templo, en el cual, así como sin cesar se ofrece al eterno Padre la Hostia inmaculada de su Hijo unigénito, así sin cesar se elevaria en honor de Este el himno de amor, adoracion y perpetua alabanza.

El cielo es su palacio real, los mundos la peana de su trono; pero el nido de sus más tiernos y regalados amores es el Sagrario del Altar, la santa Eucaristía.

No le sufria el corazon dejarnos, y dióse como á discurrir maravillas para quedarse acá en nuestra compañía. Se le llamaba á ocupar la diestra del Padre, pero su amor le retenia entre nosotros sus hijuelos, á quienes no queria desamparar. El amor le sugirió medio de conciliar estos al parecer inconciliables extremos. Reina, pues, glorioso en el cielo, y vive á la par amorosamente, humilde, llano y sencillo, familiar, doméstico nuestro, acá entre nosotros.

Como en los dias de su visible presencia entre los hombres, se deja visitar, tocar, abrazar y retener en nuestros brazos. Más aún: en nuestro propio corazon. Sabiendo que lo más íntimo que tiene el hombre y lo más unido á sí es su alimento, hasta ese punto ha querido hacer estrecha su union con nosotros, y alimento ha querido ser bajo apariencias de pan, que despues de la consagracion ya no es pan, sino su Cuerpo adorable, y bajo apariencias de vino, que despues de la consagracion ya no es vino, sino Sangre suya preciosísima.

No conversaban más familiarmente con Él los Apóstoles de lo que podemos nosotros conversar con el divino Jesús en la quietud de su amoroso Tabernáculo.

No le besaba los piés más regaladamente la Magdalena, ni le representaban con mayor confianza sus males el ciego y el tullido y el leproso, ni le confesaban con más desahogada expansion sus extravíos Zaqueo y la Samaritana, ni se colgaban con más tierna libertad de su cuello los niños á quienes tanto amaba, ni con más sosegado abandono descansaba sobre su pecho castísimo el enamorado Juan. Todas esas confianzas de la más pura amistad, todas esas intimidades de su amante Corazon, las concede generoso al más ruin, al más ingrato de sus devotos nuestro sacramentado Jesús.

Las desea, las anhela, las exige. ¡ Pudiérase creer ¡oh suprema humillacion! pudiérase creer que las necesita!

Y no es Él, no, quien las necesita, sino nosotros sus infelices criaturas; nosotros, miserables hambrientos que de una á otra puerta vamos mendigando luz, amor, consuelos, pasando de largo tal vez por delante la de este buen amigo, que no cesa de clamar: «Pedid y recibiréis, llamad y se os abrirá.»

Llamemos, pues; pidamos. Abiertas nos están las puertas, patente el trono de nuestro Dios. No embarazan el paso guardas, ni molestan etiquetas, ni detienen enojosas antesalas. Libre es su entrada, no como la de un rey, sino como la de un padre.

Ni son escasas las horas de audiencia, que todo el dia se recibe en aquellos estrados de Dios vivo y todo el dia se despacha. Ni se inquiere lo vistoso del traje, sino lo contrito del corazon; ni se exige la atildada fraseología de los palacios, sino el gemido tierno del alma rendida y fiel. Amor se pide tan sólo, y amor se da en cambio; pero amor del cielo, amor de todo un Dios.

La temblorosa lámpara que arde dia y noche allá en el fondo del santuario, en medio de la oscuridad de las tendidas naves, os guiará á su puerta, como á la de Belen guió la estrella á los Magos de Oriente.

¡ Bendito y alabado y adorado sea en todo tiempo el santísimo Sacramento del Altar!

Pero en todos dias, durante esta grandiosa octava, sea más ferviente la devocion, más puro el amor, más repetido el obsequio, más completo el desagravio.

Católicos hermanos mios, ¡ que nadie falte á esos especiales *dias de Corte* de nuestro buen Dios! ¡Que nadie falte de los nuestros á su bien servida Mesa, al rededor de su Tabernáculo de par en par abierto!

¡Que ardan en torno de Él á centenares las luces, á millares los corazones!

¡ Músicas, flores, luces, pero más aún corazones, ¡ sobre todo corazones ! á nuestro buen Dios !

Fué realmente delicado el amor de nuestro buen Jesús al instituir para nuestro consuelo y compañía el Sacramento dulcísimo del altar. Puesto el ingenio de todo un Dios, como hemos indicado, á discurrir maravillas con qué hacerse accesible al hombre y darse enteramente á él, podríase muy bien asegurar que llegó en esto á lo sumo de la fineza.

Quiso le tuviésemos siempre en todas partes, con libre y expedita comunicacion. Así se ve que con ser la santa Eucaristía lo más sublime que posee entre sus misterios el Catolicismo, es, no obstante, lo más fácil de alcanzar que en todo él tenemos.

Cuesta más visitar las reliquias famosas de los Santos, cuesta más recorrer los lugares consagrados por los recuerdos de la fe, cuesta más obtener una audiencia del Papa, del Prelado, tal vez del simple Rector parroquial. Nada cuesta menos que visitar, hablar y recibir á Cristo sacramentado.

En toda poblacion, en cualquier aldea ó lugarejo, un pobre altar, un vaso sencillisimo, unos limpios cendales, una humilde lamparilla, que arde tal vez de limosna como la de los mendigos más pobres de la localidad... hé aquí todo el aparato que necesita para instalarse entre nosotros el santísimo Sacramento.

No desdeña el esplendor de las artes; ama la devocion y fe que le cobijan bajo cúpulas como la del Vaticano, ó le exponen en viriles de oro y pedrería como los de nuestras catedrales españolas.

Agradece todo eso, mas no lo exige. Vive contento en pobre cabaña, allí donde no le ofrece otro asilo la sencilla piedad popular.

Lo que sí exige, y por menos no pasa, es amor, fidelidad, culto perpetuo del alma, encendida adoracion.

Eso se humilla á pedir de sus viles criaturas. ¡Eso se humilla á pedir como si lo necesitase! ¡Humillacion es pedirlo, sabiendo que muchos se lo han de negar!

Y sucede que tanta fineza de amor se paga frecuentemente con olvido y descortesía. Y todos, todos, hasta los que más amigos nos llamamos de nuestro sumo Bien, hemos de reconocernos culpables de haber sido con Él más de una vez, más de cien veces, groseros y malcriados.

¡Ved cómo oimos la Misa y tal vez cómo la celebramos! ¡Ved cómo entramos y permanecemos en su templo, que al fin casa suya es! ¡Ved cómo cruzamos indevotos y distraidos ante su Sagrario, sabiendo que allí vive, desde allí nos ve, allá nos llama! ¡Y muchas veces pasamos pór delante de Él sin dirigirle un saludo siquiera, ya que no una breve oracion! ¡Ved cuán escasos andamos en el adorno y aseo de su tabernáculo! ¡Ved cuánto más bella y vistosa tenemos ¡oh vergüenza! la casa que destinamos para nosotros, que la que destinamos á nuestro buen Dios! ¡Ved cuán larga se nos hace cualquier rápida preparacion y accion de gracias al recibirle en la Comunion! ¡Cuán largos nos parecen quince minutos de visita en su presencia, ante la que debiera parecernos corta la eternidad!

¡Oh! ¡si nuestro buen Dios para hacerse querer hubiese recorrido, como hacen los hombres, al medio tan comun de hacerse desear, y para eso hubiese permitido que sólo con dificilísimas condiciones se le visitase y recibiese! ¡Oh! ¡si sólo existiese una Hostia consagrada en el mundo, y esta sólo una vez se pudiese adorar, y sólo á costa de arduos viajes y despues de costosísima preparacion! ¡Cómo apreciaríamos entonces la grandeza y singularidad de tan inmenso beneficio!

¡Hoy le daña á nuestro buen Dios la prodigalidad de su propio amor! ¡Vuélvese contra Él mismo su propia generosidad y bizarría!

¡No lo permitamos, siquiera los más adictos á su sacrosanta Mesa! La octava solemnísima del Corpus convida á un serio exámen de nuestra conducta con relacion al santísimo Sacramento. Meditemos las delicadezas de su amor, mas sea para sonrojarnos y enmendarnos de nuestras habituales groserías. Oigamos Misa con más fervorosa devocion; comulguemos con más leales disposiciones; seamos más asiduos y perseverantes en las visitas; hagamos de todo esto firme propósito para lo restante del año y de la vida.

Esto pide la verdadera y firme devocion que debe profesar todo buen cristiano al santísimo Sacramento. ¡Sea bendito y alabado para siempre! Amen.

¿En qué consiste la Obra de la Adoracion nocturna?

Su propio título lo indica suficientemente. Se reduce á un turno de velas en presencia del Señor sacramentado durante las horas de la noche, desde las diez de ella hasta las cinco ó las seis de la madrugada, segun la estacion. Dichas velas se hacen por hombres solos, presididos siempre por un sacerdote: la índole de esta obra no consiente la intervencion de señoras más que por medio de la limosna para el alumbrado. El reglamento prescribe que no tenga cada asociado más que una noche de vela cada mes, y áun de esta noche una sola hora. Con esto se ha querido más bien asegurar la permanencia y solidez de la institucion, que contar con súbitas llamaradas de fervor, que no siempre suelen ser duraderas.

Los socios designados por turno una noche dada, se reunen en la iglesia á las diez menos cuarto para empezar su guardia á las diez en punto. Al caer esta hora expónese solemnemente Su Divina Majestad, y los socios turnantes aquella noche hacen juntos la primera salutacion á Cristo nuestro Señor. Despues de la cual quedan solos cuatro para la primera hora, aguardándose los demás para las sucesivas, descansando entre tanto en lugar conveniente, hasta que les llame para el relevo un vigilante encargado de este oficio.

La hora de vela la pasa cada turno de veladores, ó rezando á coro el magnífico Oficio del santísimo Sacramento, ó practicando otros rezos segun la devocion de cada cual, ó meditando, ó rogando mentalmente á Dios por las intenciones permanentes de la Obra, por las que ésta tiene encargadas aquel dia, ó por las que trae cada socio por su cuenta y razon.

En Barcelona funciona esta Obra en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de las Mercedes, aquí protectora de ella. Ha tenido durante largo tiempo una sola noche de vela cada semana, el jueves, por no permitir más el número de socios y no consentir repeticion de turnos el severo Reglamento. Más tarde ha puesto vela los sábados y vísperas de grandes festividades, reservando estos dias para los veladores de la clase obrera; y recientemente ha logrado llenar con turnos de vela todas las noches de la Octava del *Corpus*. Y ¿quién duda que dentro muy poco contará la Asociacion con individuos para llenar turno de vela todos los dias del mes?

Ya lo saben, pues, nuestros lectores. Mientras descansan ellos tranquilamente en sus casas, mientras gastan otros en la disipacion y en el vicio las horas de la noche, no es sólo la lámpara del altar la que vela ante el divino tabernáculo á Cristo sacramentado. Un grupo de fieles corazones, como lámparas vivientes, han acudido á sus piés á rendirle sumisa y filial adoracion. No está solo nuestro divino Jesús, sino tierna y devotamente acompañado. No todos duermen á su rededor, ni todos trasnochan para ofenderle, como de eso se quejó con los suyos allá en el doloroso Getsemaní; nó, algunos tiene que velan para servirle y adorarle y desagraviarle y rogarle por sus hermanos.

Recuérdelo el que pasa la noche en brazos del pecado. A aquella misma hora hay quienes velan y piden por él.

Recuérdelo el que gime en el lecho del dolor, contando impaciente las horas que nunca acaban de pasar. Hay quienes oran por él y por sus sufrimientos. Unase él á sus oraciones.

Recuérdelo el viajante. Mientras le lleva entre azares é incomodidades el buque ó el ferrocarril, almas piadosas ofrecen por él sus rezos al santísimo Sacramento.

Recuérdenlo todos los cristianos. No cesa con la noche el culto á nuestro buen Dios. Como tienen las grandes ciudades sus servicios de guardas nocturnos para la seguridad y servicio de los vecinos, así tiene la Iglesia su culto de noche para que nunca cese el homenaje á nuestro Sacramentado Señor.

Esta es la Obra de la adoracion nocturna al santísimo Sacramento. ¡Cuántas almas van á prendarse de ella y á realizarla inmediatamente en la parroquia de su localidad!

A ese objeto lanzamos á los cuatro vientos el presente llamamiento. ¡Ayúdelo á volar y á hacer su fruto el aliento de Dios!

La práctica más comun de la devocion al santísimo Sacramento es la visita diaria. Años há hemos traducido para este piadoso objeto una fervorosa hojita que por conclusion vamos á insertar aquí y que se titula *Quince minutos en compañía de Jesús sacramentado*. Oigamos en ella el tierno llamamiento de nuestro enamorado Dios. Nos dice á todos así:

«No es preciso, hijo mio, saber mucho para agradarme mucho; basta que mucho me ames. Háblame, pues, aquí, sencillamente, como hablarias al más íntimo de tus amigos, como hablarias á tu madre, á tu hermano.

¿Necesitas hacerme en favor de alguien una súplica cualquie-

ra? Dime su nombre, bien sea el de tus padres, bien el de tus hermanos y amigos: díme en seguida qué quisieras hiciese Yo actualmente por ellos... Pide mucho, mucho; no vaciles en pedir: me gustan los corazones generosos que llegan á olvidarse en cierto modo de sí propios para atender á las ajenas necesidades. Háblame, así, con sencillez, con llaneza, de los pobres á quienes quisieras consolar; de los enfermos á quienes ves padecer; de los extraviados que anhelas volver á buen camino; de los amigos ausentes que quisieras volver otra vez á tu lado. Dime por todos una palabra siquiera; pero palabra de amigo, palabra decidida y fervorosa. Recuerda que he prometido escuchar toda súplica que salga del corazon, y ¿no ha de salir del corazon el ruego que me dirijas por los seres que tu corazon más especialmente ama?

Y para tí ¿no necesitas alguna gracia? Hazme, si quieres, una como lista de tus necesidades, y vén, léela en mi presencia.

Díme francamente que sientes orgullo, falsa delicadeza, amor á la sensualidad y al regalo; que eres tal vez egoista, inconstante, negligente... y pídeme luego que venga Yo en ayuda de los esfuerzos, pocos ó muchos, que haces tú para sacudirte de encima tales miserias.

No te avergüences ¡pobre alma! ¡Hay en el cielo tantos y tantos justos, tantos y tantos Santos de primer órden que tuvieron esos mismos defectos! Rogaron con humildad... y poco á poco se vieron libres de ellos.

Ni menos vaciles en pedirme bienes del cuerpo y del entendimiento; salud, memoria, éxito feliz en tus trabajos, negocios ó estudios... Todo eso puedo darte, y lo doy y deseo me lo pidas en cuanto no se oponga, antes favorezca y ayude, á tu santificacion. Hoy por hoy ¿qué necesitas? ¿qué puedo hacer por tu bien? ¡Si conocieses los deseos que tengo de favorecerte!

¿Traes ahora mismo entre manos algun proyecto? Cuéntamelo minuciosamente. ¿Qué te preocupa? ¿Qué piensas? ¿Qué deseas? ¿Qué puedo hacer por tu hermano, por tu hermana, por tu amigo, por tu superior? ¿Qué desearías tú hacer por ellos?

Y por Mí ¿no te sientes con deseos de mi gloria? ¿No quisieras poder hacer algun bien á tus prójimos, á tus amigos, á quienes amas tal vez mucho y que viven quizá olvidados de Mí?

Dime qué cosa llama hoy particularmente tu atencion, qué anhelas más vivamente, y con qué medios cuentas para conseguirlo. Díme si te sale mal tu empresa, y te diré Yo las causas del mal éxito. ¿No quisieras interesarme algo en tu favor?

Soy, hijo mio, dueño de los corazones, y dulcemente los llevo, sin perjuicio de su libertad, donde me place.

¿Sientes acaso tristeza ó mal humor? Cuéntame, cuéntame, alma desconsolada, tus tristezas con todos sus pormenores. ¿Quién te hirió? ¿Quién lastimó tu amor propio? ¿Quién te ha menospreciado? Acércate á mi Corazon, que tiene bálsamo eficaz para todas estas heridas del tuyo. Cuéntamelo, y acabarás en breve por decirme que, á semejanza de Mí, todo lo perdonas, todo lo olvidas, y en pago... recibirás mi consoladora bendicion.

¿Temes por ventura? ¿Sientes en tu alma aquellas vagas melancolías, que no por ser injustificadas dejan de ser muy desgarradoras? Échate en brazos de mi providencia. Contigo estoy; aquí, á tu lado me tienes; todo lo veo, todo lo oigo, ni un momento quedas en desamparo.

¿Sientes desvío de parte de personas que antes te quisieron bien, ahora olvidadas, alejadas de tí, sin que les hayas dado el menor motivo? Ruega, ruega por esta tu necesidad; Yo las devolveré á tu lado, si no han de ser obstáculo á tu santificacion.

¿Y no tienes tal vez alegría alguna que comunicarme? ¿Por qué no me haces partícipe de ellas á fuer de buen amigo tuyo que soy? Cuéntame lo que desde ayer, desde la última visita que me hiciste ha consolado y hecho como sonreir tu corazon. Quizá has tenido agradables sorpresas; quizá has visto disipados negros recelos; quizá has recibido faustas noticias, una carta, una muestra de cariño, has vencido una dificultad, salido de un lance apurado... Obra mia es todo esto, y Yo te lo he proporcionado; ¿por qué no has de manifestarme por ello tu gratitud y decirme sencillamente como un hijo á su padre: «¡Gracias, Padre mio, gracias!» El agra-

decimiento trae consigo nuevos beneficios, porque al bienhechor le agrada verse correspondido.

¿Tampoco tienes promesa alguna que hacerme? Leo, ya lo sabes, en el fondo de tu corazon: á los hombres se engaña fácilmente, á Dios no; háblame, pues, con toda lealtad. ¿Tienes firme resolucion de no exponerte ya más á aquella ocasion de pecado? ¿de privarte de aquel objeto que te dañó? ¿de no leer más aquel libro que exaltó tu imaginacion? ¿de no tratar más á aquella persona que turbó la paz de tu alma?

¿Volverás á ser dulce, amable y condescendiente con aquella otra á quien, por haberte faltado, miraste hasta hoy como enemiga?

Ahora bien, hijo mio; vuelve á tus ocupaciones habituales, á tu taller, á tu familia, á tu estudio... pero no olvides los quince minutos de grata conversacion que hemos tenido aquí los dos, tú y Yo, en la soledad del santuario. Guarda en lo que puedas silencio, modestia, recogimiento, resignacion, caridad con el prójimo. Ama á mi Madre que lo es tuya tambien, la Vírgen santísima... y vuelve otra vez mañana con el corazon más amoroso todavía, más entregado á mi servicio; en el mio encontrarás cada dia nuevo amor, nuevos beneficios, nuevos consuelos.

FIESTA Y MES DEL SAGRADO CORAZON.

Junio trae cada año invariablemente á la memoria del pueblo cristiano el recuerdo del sagrado Corazon de Jesús. Le está consagrado este bendito mes; esta es, pues, su devocion peculiar, esta su espiritual cosecha.

La gran semana de *Corpus* ha sido su prólogo. No se cerrarán los sagrarios, en todas partes abiertos esos dias; ni se quitarán del altar las luces y las flores; ni menguará la concurrencia de fieles, como abejas solícitas en amoroso zumbido en torno de la colmena que guarda su miel. No; porque ha concluido la octava del santísimo Sacramento, mas es para dar lugar al fervoroso mes del Sagrado Corazon.

¡El Sagrado Corazon! ¡Oh qué hermosa palabra y qué hermosísima idea para herirle en lo vivo al mundo actual! Pues ¿de qué está enfermo todo él sino de tristísima y angustiosísima enfermedad del corazon?

Del corazon enfermo y corrompido le han venido todos los daños, y sólo por la curacion del corazon se le deben todos remediar.

Mucho sabe el mundo actual, mucho ha investigado, mucho ha llegado á comprender. Inventos ha realizado en cincuenta años, que bastarian para enorgullecer á cincuenta siglos. Asombran sus progresos; lo que fué ayer pasmo de los nacidos, queda hoy oscurecido por la última invencion, que relega la novedad del dia antes á la categoría de rancia antigualla.

Mucho sabe el mundo actual, mucho puede. Y, sin embargo, compadecedle... No es feliz.

Mil veces he pensado si Dios le permite de golpe tal lujo de portentosos descubrimientos, para ver si así acaba de convencerse el muy vano de que con esto solo no se logra la felicidad. Ni la de la otra vida, claro está; pero ni siquiera la miserable de la presente, que tan poca cosa es.

Eso ve, eso palpa, eso le amarga con dolorosa experiencia, y sin embargo... no le convence... Se lo dicen elocuentes oradores, se lo explican famosos libros, se lo demuestran minuciosas estadísticas, se lo comprueban pavorosos sucesos... y sin embargo... no le convencen.

Es que su mal no está en la cabeza, que yerra por extravío ó por ignorancia. Su mal está en el corazon, que ama el error porque le halaga.

Lo dicho: su mal está en el corazon. Importan, pues, remedios, más que para la cabeza para el corazon.

A vileza de afectos, nobleza de afectos; á groseros impulsos, elevados impulsos; á terrenos ideales, divinos ideales; á feos amores de lodo, hermosos amores de cielo; á ciego afan por lo que pasa y muere, vivo anhelo por lo que no ha de pasar ni ha de morir. Hé aquí todo un programa de *contraria contrariis,* que es preciso propinarle al enfermo cada dia más lánguido, si de un modo ú otro se ha de salvar.

En más sencilla fórmula: pues los corazones están sucios, limpiarlos; pues andan flojos y rastreros, levantarlos; pues se han miserablemente endurecido como el ídolo de metal á quien sirven, ennoblecerlos de nuevo y espiritualizarlos como el Dios vivo á quien siempre debieron servir.

El corazon del hombre fué criado para que con sus buenas obras se lo acabase de labrar éste á imágen y semejanza de su Dios. Así lo ha hecho él, pero en sentido inverso. Ha empezado por hacerse dios suyo la vil materia, y luego ha puesto todo su empeño en asemejarse á esta tan grosera divinidad. Así que, en vez de engrandecerse, todo su prurito ha sido, podríamos decir, achicarse. ¡Cómo lo ha logrado y cuán eficaz le ha salido este su loco afan! ¡Cuán pequeño y cuán raquítico ha logrado hacerse el hombre su propio corazon!

No es ya su corazon como el de Dios, á cuya divina semejanza estaba llamado, pero ni siquiera como de mero hombre, que por lo menos debia ser. Menos que hombre va resultando el hombre desde que, llamado á celestial perfeccion, ha desdeñado tomar por nivel de su talla moral la perfeccion del mismo Hijo de Dios.

Mas hé aquí que en los últimos tiempos el divino Salvador, como postrer llamada á los corazones decadentes, empobrecidos, envilecidos, se ha dignado revelarles más al descubierto las sublimidades de su divino Corazon. Como si le dijese Jesús al mundo: «Mira en tí lo que eres, contempla en Mí lo que debias ser. Avergüéncete el contraste, y séate medicina tu propia confusion.»

¿Salvará al mundo una generosa resolucion suya en este sentido? No lo sabemos; pero entre tanto muchas almas, innumerables almas, han vuelto de nuevo los ojos á ese celestial modelo de corazones para emprender en los suyos esta obra regeneradora. La saludable reaccion empezó dos siglos há, sosteniendo al nacer valeroso combate con la herejía, señal cierta de que el infierno veia con susto la nueva bandera. Venció, y hoy reina ya sin contradiccion en la Iglesia de Dios, y es dado esperar que llegue á reinar un dia en el mundo. Y que el popular estribillo de Junio

Corazon santo,
Tú reinarás,

venga á resultar verdadero canto profético del pueblo de Israel, cautivo hoy en el Egipto revolucionario, y afanoso por llegar luego, muy luego, ¡oh, sí! á su libre tierra de promision.

¡Oh libertad del pueblo cristiano, sujeto hoy en todo el mundo á los hierros é ignominias de la servidumbre más odiosa! ¡Tú serás la primera victoria del Corazon de Jesús!

Cosecha de Junio han de ser, pues, fervorosos cultos en todas partes al sagrado Corazon. Constante oracion, repetidas comuniones, continuos desagravios, mayor pureza de vida, celo incesante para promover obras católicas, hé aqui la cosecha que aguarda de nosotros Cristo en este bendito mes para apresurar quizá la hora de sus inefables misericordias.

¡Corazones, pues, corazones muchos y fervorosos al trono del sagrado Corazon!

La devocion al sagrado Corazon de Jesús es á la vez un culto y un apostolado.

Como culto es la veneracion, el amoroso obsequio tributado á la santidad infinita de Jesucristo, Dios y hombre verdadero, dotado por lo mismo de un corazon como el nuestro, aunque unido inseparablemente á la Divinidad. Es la gratitud al afecto entrañable que por nosotros sintió mientras vivió esta vida mortal, y que siente aun hoy viviendo en los cielos y en nuestros altares vida inmortal y gloriosa.

Como apostolado es una verdadera educacion de nuestros pobres corazones en la escuela de este Corazon; es un estudio de este modelo; es como una irradiacion espléndida de sus purísimos afectos y sentimientos entre los cristianos todos; es atraccion hácia arriba, en contraposicion á las groseras tendencias que nos arrastran constantemente hácia abajo.

La devocion al sagrado Corazon de Jesús es en el fondo la devocion de todos los siglos cristianos. ¿En qué siglo no se han tributado á la Humanidad sacratísima de Jesucristo, unida á la Divinidad, los homenajes más tiernos y fervorosos?

Sin embargo, en la forma en que quiso revelarla el mismo Jesús á su piadosísima sierva la recientemente beatificada Margarita de Alacoque, y en el prodigioso desarrollo que conforme á la promesa del mismo Jesús ha obtenido en los pueblos modernos, es una devocion verdaderamente de actualidad y á todas luces providencial.

Dios se manifiesta constantemente en su Iglesia del modo más adecuado á las necesidades de ella. Cada manifestacion suya es siempre en la historia un verdadero rasgo de oportunidad.

Examinemos bajo este punto de vista la devocion al sagrado Corazon de Jesús.

El primer error de nuestro siglo es lo que podríamos llamar la adulteracion, la falsificacion de la divina Persona de Jesucristo. Se le tiene por algunos, á Nuestro Señor, como un mito ó tipo de leyenda, sin más existencia real que la que han tenido los fabulosos personajes de la mitología. Por otros, como un filósofo simplemente tal, que con mejor fortuna que los demás ha dejado fundada una escuela llamada Cristianismo. Algunos le toman únicamente como reformador político y social, como el gran demócrata; faltando poco para que le llamen precursor de Mazzini y de Proudhon. Ante esos delirios en que lo necio compite con lo blasfemo, la Iglesia católica nos ofrece en el culto del sagrado Corazon de Jesús la idea exacta, genuina y evangélica de su divina personalidad, mostrándonos en Él el Verbo del Padre, la segunda Persona de la Trinidad santísima, revestida de nuestra carne, ofreciendo su sangre por conquistarnos los derechos del cielo, y derramando á raudales de su purísimo Corazon gracia, luz, consuelos, ejemplos y enseñanzas. Honrar, pues, el sagrado Corazon de Jesús es honrar su carácter divino y sobrenatural, en oposicion á la falsificacion naturalista y racionalista que de Él pretende hacer la impiedad. ¿No es, pues, un apostolado oportunísimo y fundamental propagar la devocion al sagrado Corazon de Jesús?

Y ¿qué dirémos si bajando de las ideas á las costumbres contemplamos su oportunidad bajo este punto de vista?

Las tendencias más pronunciadas en el hombre de nuestro siglo son un *orgullo* que sólo puede calificarse como merece llamándosele satánico; un *egoismo* tan brutal, que podria decirse verdadera idolatria del *yo;* y todo esto, no reconocido como defecto ó flaqueza humana, sino elevado á doctrina, formulado como sistema, condecorado con el pomposo nombre de filosofía, llamado *positivismo*. Positivismo, es decir, el culto de lo material, de lo rastrero, en oposicion á toda elevacion del espíritu y del corazon; la abdicacion de toda aspiracion, de toda tendencia, de toda esperanza que no se refiera á lo que se palpa con las manos y se goza con el cuerpo; el suicidio del alma, que se quiere se asfixie á sí propia negándose sistemáticamente lo que constituye su único aire respirable, lo sobrenatural. Tal vez no todos mis lectores están en el caso de averiguar y exponer los orígenes de este contagio, ¿pero quién no llora á cada paso sus resultados? ¿Quién no lamenta este general decaimiento de los corazones, ese rebajamiento del carácter que áun en lo humano hace tan raros los ejemplos de abnegacion y de sacrificio, tan comunes en los siglos de fe? Nunca como hoy se tuvieron á sí propios en tanta estima los hombres, y nunca como hoy fueron tan poca cosa. Nunca como hoy se habló de patriotismo, y nunca anduvieron tan escasos los sacrificios por la patria. Nunca fué tan comun el vivir á costa de ella, como nunca fué tan raro el morir por ella. Nunca como hoy se blasonó de dignidad y de consecuencia, y nunca como hoy fueron tantos los envilecidos y los inconsecuentes. Nunca como hoy se ensalzaron los derechos y la emancipacion del pueblo, y nunca fueron como hoy los derechos del pueblo pisoteados. Nunca como hoy se habló de pensar y de libre pensamiento y de derechos del pensamiento, y nunca como hoy se ha comido más y se ha pensado menos. Nunca como hoy se ha preciado el hombre de su corazon, y nunca, sin embargo, se ha visto más subordinado el corazon al estómago, el sentimiento al cálculo, el deber al interés. ¿No es, pues, un oportunísimo apostolado levantar un poquito los corazones de este cenagoso positivismo, poniéndoles á la vista el Corazon modelo, haciéndoles leer en este libro abierto lo que es abnegacion, lo que es respeto, lo que es caridad, lo que es aspiracion al cielo, lo que es desprendimiento de la tierra, y tantas y tantas otras cosas de las que el diccionario moderno parece haber perdido hasta el vocablo con que se nombran? Y ese levantamiento de corazones decaidos y degradados ¿puede efectuarse mejor que en nombre y por la atraccion á la vez suavísima y poderosísima de un Corazon humano que por el misterio de la Encarnacion es á la vez Corazon divino? Para que el hombre pudiese salir del cieno de la miseria y elevarse á regiones más nobles acercándose á Dios, Dios se ha dignado acortar en cierto modo las distancias *humanándose* Él, y poniéndose en contacto con nosotros para mejor atraernos y levantarnos. ¿Se puede, pues, cooperar mejor á las miras amorosas de Dios que cooperando á esa atraccion que de nuestros corazones quiere realizar por medio del Corazon sacratísimo de su Hijo Jesucristo?

MES DE JUNIO DEDICADO AL SAGRADO CORAZON.

CADA DIA.

ACTO DE CONTRICION.

¡Dulcísimo Corazon de Jesús, que en este divino Sacramento estais vivo é inflamado de amor por nosotros! Aquí nos teneis en vuestra presencia, pidiéndoos perdon de nuestras culpas é implorando vuestra miseridordia. Nos pesa ¡oh buen Jesús! de haberos ofendido, por ser Vos tan bueno que no mereceis tal ingratitud. Concedednos luz y gracia para meditar vuestras virtudes, y formar segun ellas nuestro pobre corazon. Amen.

Aquí la meditacion correspondiente al dia. Despues de ella

ORACION Y ACTO DE CONSAGRACION.

Rendido á vuestros piés, oh Jesús mio, considerando las inefables muestras de amor que me habeis dado y las sublimes lecciones que me enseña de continuo vuestro adorabilísimo Corazon, os pido humildemente la gracia de conoceros, amaros y serviros como fiel discípulo vuestro, para hacerme digno de las mercedes y bendiciones que generoso concedeis á los que de veras os conocen, aman y sirven. ¡Mirad que soy muy pobre, dulcisimo Jesús, y necesito de Vos, como el mendigo de la limosna que el rico le ha de dar! ¡Mirad que soy muy rudo, oh soberano Maestro, y necesito de vuestras divinas enseñanzas, para luz y guia de mi ignorancia! ¡Mirad que soy muy débil, oh poderosísimo amparo de los flacos, y caigo á cada paso, y necesito apoyarme en Vos, para no desfallecer! Sedlo todo para mi, sagrado Corazon; socorro de mi miseria, lumbre de mis ojos, báculo de mis pasos; remedio de mis males; auxilio en toda necesidad. De Vos lo espera todo mi pobre corazon. Vos lo alentásteis y convidásteis, cuando con tan tiernos acentos dijísteis repetidas veces en vuestro Evangelio: *Venid á Mí... Aprended de Mí... Pedid; llamad...* A las puertas de vuestro Corazon vengo, pues, hoy; y llamo, y pido, y espero. Del mio os hago, oh Señor, firme, formal y decidida entrega. Tomadlo Vos, y dadme en cambio lo que sabeis me ha de hacer bueno en la tierra y dichoso en la eternidad. Amen.

Aquí se rezará tres veces el Padre nuestro. Ave María *y* Gloria *en recuerdo de las tres insignias, cruz, corona y herida de la lanza, con que se apareció el sagrado Corazon á la beata María Margarita Alacoque.*

DEPRECACIONES AL SAGRADO CORAZON DE JESÚS.

Señor, tened piedad de nosotros.
Jesucristo, tened piedad de nosotros.
Señor, tened piedad de nosotros.
Jesucristo, oidnos.
Jesucristo, escuchadnos.
Dios Padre celestial, tened piedad de nosotros.
Dios Hijo, Redentor del mundo,
Dios Espíritu Santo,
Santa Trinidad y un solo Dios,
Corazon de Jesús, unido sustancialmente al Verbo,
Corazon de Jesús, santuario de la Divinidad,
Corazon de Jesús, templo de la santísima Trinidad,
Corazon de Jesús, abismo de sabiduría,

TEN. PIED. DE NOS.

Corazon de Jesús, océano de bondad,
Corazon de Jesús, trono de misericordia,
Corazon de Jesús, tesoro inagotable,
Corazon de Jesús, de cuya plenitud todos hemos recibido,
Corazon de Jesús, nuestra paz y reconciliacion,
Corazon de Jesús, modelo de todas las virtudes,
Corazon de Jesús, que nos amais y mereceis ser infinitamente amado,
Corazon de Jesús, fuente de agua viva que brota hasta la vida eterna,
Corazon de Jesús, objeto de las complacencias del Padre celestial,
Corazon de Jesús, propiciacion de nuestros pecados,
Corazon de Jesús, lleno de amargura por causa nuestra,
Corazon de Jesús, tristísimo en el huerto de Getsemaní,
Corazon de Jesús, saciado de oprobios,
Corazon de Jesús, herido por amor nuestro,
Corazon de Jesús, atravesado por una lanza,
Corazon de Jesús, desangrado en la cruz,
Corazon de Jesús, partido de dolor por nuestras culpas,
Corazon de Jesús, herido aún cada dia por tantos ingratos en el Sacramento de vuestro amor,
Corazon de Jesús, refugio de los pecadores,
Corazon de Jesús, fortaleza de los flacos,
Corazon de Jesús, consuelo de los afligidos,
Corazon de Jesús, perseverancia de los justos,
Corazon de Jesús, salud de cuantos en Vos confian,
Corazon de Jesús, esperanza de los moribundos,
Corazon de Jesús, protector de vuestros devotos,
Corazon de Jesús, delicia de todos los Santos,
Corazon de Jesús, refugio nuestro en los peligros que nos rodean,

TENED PIEDAD DE NOSOTROS.

Cordero de Dios, que borrais los pecados del mundo, perdonadnos, Jesús.
Cordero de Dios, que borrais los pecados del mundo, escuchadnos, Jesús.
Cordero de Dios, que borrais los pecados del mundo, tened piedad de nosotros.

Jesús, oidnos.
Jesús, escuchadnos.
℣. Jesús, manso y humilde de corazon.
℟. Haced nuestro corazon semejante al vuestro.

ORACION.

¡Oh Jesús, Señor nuestro, que por un nuevo beneficio de vuestra gracia os habeis dignado manifestar á vuestra Iglesia las riquezas de vuestro Corazon! Haced que podamos pagar á este divino Corazon amor con amor, y reparar con dignos desagravios los ultrajes que le hace la ingratitud de los hombres. Así os lo pedimos á Vos que vivís y reinais por los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACIONES PARA CADA DIA.

DIA I.

El sagrado Corazon, modelo de amor.

I.

¿Qué motivos han inducido al buen Jesús á darnos su sagrado Corazon? Sólo motivos de amor. Porque nos amó se hizo hombre, porque nos amó sufrió Pasion y muerte, porque nos amó quiso quedarse en la Eucaristía, porque nos amó se dignó manifestarnos en estos últimos tiempos las riquezas de su adorable Corazon.

¿Y á quién amó? A criaturas ingratas y culpables, indignas de ocupar uno solo de sus pensamientos. Nos vió como éramos, pobres, infelices, llenos de corrupcion y de pecado. Por nuestra suma miseria nos amó. ¡Oh amor tiernísimo del Corazon de Jesús!

¿Y cómo nos amó? No como aman los hombres, ni como aman los Angeles, ni como ama la misma Vírgen María. Nos amó como sólo puede amar Él; con amor eterno, infinito, divino; amor del Corazon de un Dios.

¡Oh pobre corazon mio! ¡Qué nobleza la tuya! ¡Has sido amado á pesar de tu miseria por el Corazon de todo un Dios! ¿Conoces ¡oh hombre! hasta qué punto te ha engrandecido Dios haciéndote objeto de su amor?

Medítese unos minutos.

II.

¿Y qué pide el Corazon de Jesús en cambio de este amor? No pide nuestra vida, nuestra salud, ni nuestras riquezas. Pide sólo el amor de nuestro corazon. Pide sólo ser amado, no como merece Él, sino como podemos amar nosotros con nuestro pobrecito corazon. Con una gotita del nuestro se contenta Él, á trueque del océano que nos da del suyo.

Tengo sed, clama desde este sagrario, como desde la cruz. Tengo sed de vuestro amor. ¡Ah! ¡hermanos mios! ¡amigos mios! ¡no nos hagamos sordos á este grito amoroso del Corazon de Jesús! ¡Amemos al sagrado Corazon!

¿Y cómo se le ama? Se le ama guardando su ley, procurando seguir sus inspiraciones, buscándole amigos que le quieran, ganándole almas que un dia sean con Él dichosas, evitándole injurias y menosprecios, desagraviándole por ellos. Así se aman los hombres unos á otros. Así debemos amar á Jesús.

¿Qué haces tú por aquel padre, por aquella esposa, por aquel hermano, por aquel amigo á quien amas tanto? ¿Cómo les hablas? ¿Cómo les sirves? ¿Cómo les contentas? Pues bien; haz lo mismo con el Corazon de tu buen Jesús, y estará satisfecho de tí.

¡Ay de tí si no le amas, por lo menos de esta suerte! ¡Infeliz! Deberás aborrecerlo por toda la eternidad.

Medítese y pídase la gracia particular de este dia.

DIA II.

El sagrado Corazon, modelo de humildad.

I.

Mira, alma mia, la profundísima humildad del Corazon de Jesús. Siendo Jesucristo Dios, y como tal potentísimo y excelso, no le bastó hacerse niño en las entrañas de una Mujer, y nacer luego en una cueva de animales, y trabajar más tarde en un taller, y morir, finalmente, como reo miserable en una cruz. Aún despues de su existencia mortal vive glorioso en el cielo, es verdad; pero en la tierra vive humillado y abatido.

Contémplale en este Sacramento. Ha escogido para vivir entre nosotros las apariencias más modestas. Déjase encerrar como prisionero en el fondo de nuestros pobres tabernáculos en nuestras iglesias mil veces desiertas y abandonadas. ¡Ah mi buen Jesús! ¡Cómo sois Vos el mismo hoy que cuando naciais en Belen, trabajábais en Nazaret, recorriais á pié los campos y aldeas de Judea, y moriais entre injurias y desprecios en el Calvario! No habeis mudado la condicion llana y sencilla; no habeis dejado vuestras humildes maneras, á fin de que se acercasen á Vos sin temor los pobres y pequeñuelos, y aprendiesen de Vos sencillez y humildad los vanos y orgullosos.

¡Ah! ¡humildísimo Jesús! Enseñadme á mí, altivo y presuntuoso que soy, esta santa virtud de la humildad!

Medítese unos minutos.

II.

Me avergüenzo y espanto ¡oh Jesús mio! cuando doy una mirada á mi pobre corazon. Es todo al revés del vuestro tan sencillo y tan humilde. Está lleno de vanidad, presuncion, necio orgullo, insaciable amor propio. Busca siempre el aplauso y la alabanza, sobresalir y brillar, oscurecer á los demás, hacerse superior á todos.

¡Ah! No, no son estas las lecciones de vuestro humildísimo Corazon. Vos me quereis humilde para con Dios, para con mis prójimos y para conmigo mismo. Para con Dios, reconociéndome siervo y discípulo suyo, acatando sin murmurar todas sus disposiciones, sujetándome sin réplica á su dulce providencia, agradeciendo como cosa suya todo lo que de bueno haya en mí.

Para con mis prójimos, portándome como si fuese el menor de todos ellos, sufriéndolos con caridad, tratándolos con dulzura, perdonando sus injurias, huyendo sus aplausos y alabanzas.

Para conmigo mismo, teniéndome por lo que soy, criatura miserable, indigna del polvo que piso, del cielo que contemplo y del aire que respiro; conociéndome infeliz pecador, que sólo por la divina compasion no ardo ya en los infiernos.

¡Corazon de Jesús humilde! Dadme ese espíritu de perfecta humildad, para que consiga sentarme un dia en el trono que reservais á vuestro lado á los humildes como Vos.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA III.

El sagrado Corazon, modelo de obediencia.

I.

El sagrado Corazon de Jesús es modelo de la más perfecta obediencia. Por dar el mayor y más fino ejemplo de ella bajó el Verbo á este valle de lágrimas, y toda su vida mortal puede compendiarse en esta sola palabra: obedecer. Es Rey de los cielos, y obedece. Es dueño de todo lo criado, y obedece. Es árbitro poderoso de cuanto existe, y no obstante obedece.

¿Y á quiénes obedece? Además de la obediencia de continuo prestada al Padre celestial, los demás á quienes obedeció fueron siempre criaturas suyas, y por tanto infinitamente inferiores á Él. Mandábale María, mandábale José, mandábale el juez impio, mandábanle los crueles verdugos. Y á todos obedecia. Hoy mismo, en este augusto Sacramento obedece á la voz de sus ministros, á quienes ha dado en cierto modo facultad de mandarle colocarse en nuestros altares.

¡Oh confusion de mi insoportable y orgullosa independencia! ¡El gusano vil no gusta sino de mandar y hacer su propia voluntad, cuando Dios mismo le da el ejemplo de tan rendida obediencia! Avergüénzate aquí, corazon mio, y aprende del sagrado Corazon tan excelente virtud.

Medítese unos minutos.

II.

¡Oh Señor! Si toda vuestra vida fué obedecer, la mia, infeliz y desdichada, fué siempre continua desobediencia. Soy un miserable esclavo que nunca he sabido más que rebelarme contra vuestra suavísima voluntad. Mi ley ha sido mi gusto, mi regla los vanos antojos de mi veleidoso corazon. Obedecíais Vos, y yo insolente y loco pretendia alzarme con el mando. Os haciais Vos esclavo, y yo quise darme en todo aires de señor.

En mi corazon he levantado tronos y altares; pero no han sido para Vos, sino para dar culto en ellos á mis ambiciosas pretensiones, á mi insensata arrogancia. ¿Qué freno hubo que me contuviese? ¿Qué valla me pusísteis que yo no saltase? ¿Qué precepto me dictásteis que yo no rompiese?

¡Oh siervo rebelde, digno del más infame castigo! ¡Oh mal vasallo, merecedor de cárcel perpetua! ¡Oh hijo contumaz, indigno de la herencia de tan buen Padre! Pero, perdonadme, Jesús mio; perdonad al extraviado, que sumiso ya y lloroso, vuelve á Vos. Mandad, Señor, que á mí me toca obedecer. Prometo desde hoy á vuestra ley, á vuestras inspiraciones, á vuestros ministros, á mis superiores, formal, perpetua y decidida obediencia.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA IV.

El sagrado Corazon, modelo de paciencia.

I.

¡Deseas, corazon mio, conocer á fondo la inagotable paciencia del Corazon de Jesús! Mírale cómo se dignó manifestarse á su devota la beata Margarita, herido por la lanza, coronado de espinas, clavada en su centro la cruz. Hé aquí las insignias del sagrado Corazon, hé aquí su escudo de armas. Diríase que para eso solo vino al mundo; para padecer.

¿Y qué padece? Dolores cruelísimos, así en el cuerpo como en el alma. En el cuerpo pobreza, persecucion, azotes, bofetadas, espinas, cruz. En el alma perfidias, ingratitud, tristeza, agonía mortal, abandono de los suyos. Tal es la amarga historia de su vida pasible y mortal.

¿Y cómo padece? Callando, sin soltar la menor queja, sin mostrar iracundo el rostro, sin manifestarse cansado por tanto sufrir. Aún hoy, en este santísimo Sacramento, si padecer pudiera, no fuera el sagrario para Él trono de gloria, sino Calvario de nuevos é ignorados dolores.

Mira sino, cómo le tratan los hombres. ¡Con qué odio le blasfeman unos! ¡Con qué desprecio le miran otros! ¡Con qué frialdad y negligencia los más! ¡Con qué tibieza los mismos que se dicen amigos suyos! ¡Cuán pocos con verdadero amor!

¡Pobre Jesús mio, tan sufrido y tan paciente! Enseñad á mi enfermo corazon el secreto de esta heróica paciencia.

Medítese unos minutos.

II.

¡Cuánto me confunde, oh buen Jesús, esta consideracion! Vos, inocente, no os cansais de padecer por mí; yo, criminal, ni un instante me avengo á padecer por Vos. Insoportable se me hace cualquier pequeña afliccion; la menor de vuestras espinas acaba con mi escasa paciencia.

Y no obstante, Vos quereis que padezca, y hasta me lo aconseja mi propio interés. Me habeis colocado en este valle de lágrimas, donde desde la cuna hasta la sepultura me acompaña la tribulacion. Quiera ó no quiera el hombre, es este su patrimonio. La salud, la fortuna, las inclemencias del tiempo, la rareza de nuestro carácter son fuente perenne de desazones y desabrimientos. Es necesario sufrir; hé aquí la sentencia que desde el nacer traemos escrita sobre la frente. Sufrir, pues, con paciencia, como Vos, es el único modo de hacer suave y llevadera esta necesidad.

¡Ah! Sufriré, Dios mio, sufriré con Vos y por Vos, y como Vos querais, y hasta donde Vos querais. Contemplaré vuestro Corazon herido y coronado de espinas, para más alentarme á sufrir con paciencia las mias. Alzaré los ojos á ese cielo que ha de ser mi recompensa, para no desfallecer en los presentes combates. Vos lo habeis dicho, y escrito está. ¡Sólo se va á el por el camino de la cruz!

¡Feliz quién la abrace con Vos en esta vida, para recoger con Vos sus dulces frutos en la eternidad!

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA V.

El sagrado Corazon, modelo de generosidad.

I.

Fijemos hoy los ojos del alma en esta especial virtud del sagrado Corazon. Su generosidad ha sido para con nosotros tan grande, que ni mayor puede ya exigirla ni concebirla nuestra imaginacion. Todo, todo hasta sí mismo nos lo ha dado generosamente el sagrado Corazon de Jesús. Mientras vivió en carne mortal, se empleó todo en servicio del hombre; por él obró sus milagros, hizo su predicacion, fatigóse, sudó, derramó lágrimas y sangre.

Acercábase la hora de su Pasion, y despues de haberse empleado todo por el hombre, inventó un milagro especial para poder darse á él en su verdadero Cuerpo y Sangre por medio del santísimo Sacramento.

¿Podia dar otra cosa? Sí, todavía otra cosa. Vió al pié de la cruz á una Mujer Madre suya, y áun de Ella nos hizo al morir generoso legado. ¿Quedábale aún algo que dar? Unas pocas gotas de sangre quedaban en su Corazon, y ya difunto, permite que se lo rompa un soldado, para que ni éstas dejen de derramarse en provecho nuestro. Aún hoy se nos da á todas horas en nuestros altares, á todos sin distincion, dispuesto siempre á ser generoso hasta con los más ingratos.

De modo que por su inefable generosidad es nuestra su doctrina, es nuestra su propia Madre, son nuestros su Cuerpo y Sangre, es nuestro su cielo. Si, porque despues de habérsenos dado por Maestro, por alimento y por redencion, quiere por toda la eternidad ser Él mismo, y no otro, nuestra recompensa. Es su divisa: todo por el hombre y para el hombre.

¡Oh generosidad inmensa de tan generosísimo Corazon!

Medítese unos minutos.

II.

¡Cuán distante se halla de corresponder á esta sublime virtud del sagrado Corazon de Jesús el mezquino corazon mio! El suyo es todo generosidad; el mio es todo egoismo. Tal vez sirvo á Dios, es verdad; pero midiendo y escatimando mis servicios, por temor de hacer siempre demasiado. Cuando no me liga precepto de pecado mortal, bástame eso quizá para creerme ya desobligado. Paréceme que amo ya lo suficiente cuando no agravio, ó que soy ya el mejor de los amigos cuando no soy un traidor.

¿Qué hago por quien tanto hizo por mí? Cualquier sacrificio se me hace imposible, cualquier respeto humano basta para detenerme. Y cuando me resuelvo á hacer algo por mi Dios, ¿es desinteresado mi servicio? ¿Qué hiciera si no me amenazara Él con un infierno? ¡Ah! Tal vez el mismo cielo no tuviera para mí bastantes atractivos.

¡Oh criado vil, que sólo sirve por el temor ó por la paga! ¡Oh! diré con la *Imitacion:* «¿Cuándo habrá uno, oh Señor, que se preste á serviros de balde?»

Yo he de ser, ¡Jesús mio! yo he de ser. Seré generoso; ¡oh buen Jesús! No me limitaré á lo que me manda vuestra ley, sino que me extenderé á todo lo que conozca ser de vuestro mayor agrado. Tomadlo todo de mí, ¡oh buen Jesús! cuerpo, alma, salud, fuerzas, libertad, honra, intereses, vida.

De todo os hago dón, y en todo quiero seais Vos única y exclusivamente servido.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA VI.

El sagrado Corazon, modelo de mansedumbre.

1.

Admira hoy, alma mia, la suma mansedumbre y benignidad de este adorabilísimo Corazon. Nunca dejó de mostrarse manso y cariñoso, para que en Él aprendieses tú los encantos de esta celestial virtud. Con este carácter le habian ya de antemano retratado los Profetas; con este mismo le vieron despues, y nos lo retrataron los Evangelistas.

Mira cómo trata á los pobres é ignorantes, cómo recibe á los pecadores, cómo acaricia á los niños. Muy contadas veces se pinta el enojo en su rostro, para darnos á entender que si la indignacion es buena alguna vez, casi siempre son preferibles la suavidad y mansedumbre. No se notan en Él ademanes imperiosos, ni se le oyen palabras de desden, n se le observa malhumor ó fastidio.

¡Con qué dulzura tolera la rudeza de sus primeros discípulos! ¡Con qué palabras tan suaves alienta á la Magdalena! ¡Qué acentos tan delicados emplea con el mismo apóstol traidor! ¡Con qué serena majestad contesta al interrogatorio de Pilatos!

¡Oh benignidad y mansedumbre del Corazon adorable de nuestro Jesús! ¿A quién no enamoran y atraen tan suaves hechizos?

Medítese unos minutos.

II.

No me canso ¡oh Señor! de admirar en Vos esta delicada virtud. Pero ¡ay! ¡que á mi corazon se le hace siempre duro y difícil el practicarla!

Mis palabras, mi rostro, mis ademanes traspasan muy á menudo las reglas de la caridad que Vos nos habeis impuesto en el trato con nuestros hermanos. La hiel de mi corazon rebosa frecuentemente en mis labios. Trato á mis superiores con altivez, á mis iguales con indiferencia, á mis inferiores con dureza. Soy en la prosperidad altanero, y en la afliccion ceñudo y malhumorado. Confundo muchas veces la viveza del celo con los arranques del amor propio.

Dadme ¡oh Señor! la dulce caridad y afectuosa mansedumbre que han sido siempre el sello y distintivo de los Santos. Sea igual y blanda y serena mi condicion, sin arrebatos ni decaimientos, sin ruidosas alegrías ni enojosas displicencias. Vean mis prójimos en mi rostro y en mis palabras y acciones la suavísima imágen de vuestro mansísimo Corazon.

Dadme esas bellas cualidades, para ganaros con ellas almas que en la tierra os sigan y amen, y en el cielo os gocen y glorifiquen por toda la eternidad.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA VII.

El sagrado Corazon, modelo de celo.

I.

Será hoy objeto de nuestra meditacion el celo del sagrado Corazon de Jesús. Se entiende por celo un deseo ardiente de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas, y una actividad siempre en movimiento para conseguir estos objetos. ¿Quién podrá debidamente ponderar cuáles fueron este deseo y esta actividad en el sagrado Corazon de Jesús? Un solo pensamiento era el suyo, uno solo el que le hacia palpitar noche y dia: glorificar al Padre celestial y salvar al mundo. Si predica, si obra milagros, si anda á pié largas jornadas, si toma parte en los banquetes de los pecadores, si se transfigura glorioso en el Tabor ó se deja aplastar como un gusano por sus enemigos, si muere por fin ó si resucita, todo obedece á un solo plan, todo tiene por blanco un solo objeto: glorificar á Dios, salvar al hombre.

El celo por esta empresa le tenia siempre como inquieto y extasiado, y le hacia hablar de sus próximos sufrimientos como de gloriosos triunfos. Al dirigirse á Jerusalen la última vez, para ser allí preso y crucificado, admirábanse los discípulos de que llevase el paso más apresurado que de costumbre. Era su celo ardentísimo que le traia como fuera de sí á la realizacion de sus constantes deseos.

Medítese unos minutos.

II.

¡Cómo contrasta esa actividad ardorosa del Corazon de Jesús con la frialdad ordinaria del mio! ¡Ah! Es verdad. Tambien el mio se mueve, se agita, se acalora, se enciende; pero

¿es por la gloria de Dios? ¿es por el bien de mis hermanos? ¿O es al contrario por viles intereses del momento, por sutiles puntos de honra, por miserables competencias de amor propio? ¡Ah! que el celo que me devora no es tal vez sino ambicion, codicia, vanidad, esto es, el celo del mundo.

¿Qué hago, en efecto, por la honra divina? ¿Cómo siento sus injurias? ¿Cómo me esfuerzo en evitarlas ó siquiera en repararlas? Si estuviesen tan amenazados mis intereses como lo están siempre los de Dios, ¿estaríame tan tranquilo y sosegado como me estoy ahora en presencia de la guerra impía que se le hace? ¡Ojalá no sea yo de aquellos mismos que con su flojedad y malos ejemplos contribuyen á esa deshonra de la Religion y ruina de las almas!

¡Oh Señor! Dadme una centella, una centella sólo, de ese fuego abrasador que consumió vuestro Corazon; dádmela para que experimente como Vos la santa pasion de vuestro celo. Apóstol quiero ser de vuestra gloria y de vuestro nombre en la medida que lo permitan mis fuerzas y condicion. Con mi conversacion, con mi porte exterior, con mi influencia, con mis relaciones, con mi dinero, con mi oracion procuraré trabajar, en cuanto pueda, para que seais cada dia más honrado y glorificado.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA VIII.

El sagrado Corazon, modelo de recogimiento y modestia.

I.

¿Qué ves, alma cristiana, en la figura exterior de tu divino Jesús? Ves el retrato más acabado del recogimiento y de la modestia cristiana. Mírale bien, y aprende de Él cómo has de ser en tu porte y maneras, si quieres hasta en eso llevar el sello del sagrado Corazon.

Su voz es quieta y sumisa, sus palabras prudentes y pocas, su andar grave y mesurado, su mirada recogida y bondadosa. El semblante de Jesús era tal que inspiraba sentimientos de virtud á quien lo contemplaba, y era imposible verle y no sentirse interiormente mejorado.

Sus enemigos nunca pudieron tacharle de ligereza ó desenvoltura. Los que sin cesar buscaban por cogerle la palabra, jamás pudieron echarle en rostro una que fuese inconveniente. Su alegría era tan edificante como su austeridad; nadie le oyó ruidosas carcajadas, ni le vió desacompasados movimientos. Todo su exterior era el reflejo del órden, paz, igualdad y armonía de su divino interior.

Dadme á conocer ¡oh dulce Jesús! los suaves encantos de esta celestial virtud.

Medítese unos minutos.

II.

El rostro y los ademanes son el espejo de lo que pasa en el corazon; por eso llevo retratados en ellos la disipacion y el desórden del mio. ¿Soy cristiano ó gentil? ¿Sirvo á Dios ó al mundo su enemigo? Nadie creeria lo primero, sino más bien lo segundo, oyendo tal vez mis conversaciones, mirando mis trajes, observando mis actitudes.

¿A qué tengo dedicados mis sentidos todos, sino á culpables ó por lo menos peligrosos devaneos? ¿Qué ley pongo á mis ojos para que no tropiecen en escollos mil para la honestidad? ¿Qué freno aplico á mi lengua para que no hiera la reputacion ajena ó no se deslice en mil y mil vanas superfluidades? ¿Qué valladar he puesto á mis oidos para que no se vayan tras la curiosidad y mundanos pasatiempos? ¡Ah! ¡que estos medios que se me han dado para servir con ellos á Dios y al prójimo, sólo los empleo yo para que me rinda y esclavice el mundo con todas sus vanidades!

¡Pobre corazon mio, abierto así sin el muro de la modestia á todos los embates del enemigo! ¡Pobre corazon, expuesto así por mi culpa á todas las oleadas de ese mar de corrupcion!

Rodeadlo, Señor, de esta preciosa virtud como de fortisima muralla, para que sea plaza cerrada é inexpugnable, donde sólo entreis Vos y nunca jamás vuestro enemigo.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA IX.

El sagrado Corazon, modelo de desprendimiento.

I.

La virtud que quiere enseñarte hoy, alma mia, el sagrado Corazon de Jesús, es la muy heróica del desprendimiento. Tan desprendido de todo lo humano estuvo el sagrado Corazon, que nada ejercia sobre él peso ni influencia alguna, como no fuese la voluntad de su Padre celestial.

Estuvo desprendido de todo interés material, hasta el punto de nacer privado de todo en una cueva, y morir desnudo de todo en una cruz. Y en el intermedio de su vida nunca tuvo cosa que llamase suya. Las limosnas que le daba la piedad de los fieles, volvíalas Él á los pobres, ó las depositaba en poder de sus discípulos.

En cuanto á los afectos de sangre, ninguno de ellos embarazó para nada la libertad y desprendimiento del adorable Corazon de Jesús. Niño aún, deja á su Madre y á san José, y se separa por tres dias de su dulce compañia. Y si éstos se atreven á formular una queja: ¿No sabíais, les dice, que á Mí me toca atender primero á las cosas de mi Padre celestial?

¡Oh sublime libertad de espíritu! ¡Oh total desprendimiento de lazos humanos! ¡Oh soberana independencia del corazon entregado únicamente á Dios!

Medítese unos minutos.

II.

No es así ¡oh Jesús mio! mi pobre corazon, esclavo de tantos señores y atado á tan miserables cadenas, como de todas partes detienen su vuelo hácia Vos.

Me ata el amor á los bienes temporales, me ata el ansia por las comodidades de mi persona, me ata el afecto exagerado á los amigos. Mi corazon ha echado tan profundas raíces en esta tierra vil que le rodea, que no sabe vivir sino con ella y por ella. Y así como la planta se nutre y forma de los jugos que bebe del suelo por medio de sus raíces, así mi corazon vive y se nutre sólo de la miseria del mundo por medio de los mil y un afectos que le tienen atado á él.

¡Oh! Desarraigad, Jesús mio, desarraigad mi alma de esta tierra de pecado, donde no crece ni medra como debiera sólo para Vos. Viva yo en este mundo sólo corporalmente, pero viva espiritualmente fuera de él. No me llenen afectos humanos á mí que estoy llamado á poseer un objeto divino. Haced que encuentre amargura y desabrimiento en todo lo que no seais Vos, para que no se pegue mi corazon más que á Vos.

Si con Vos tan sólo he de reinar eternamente, ¿cómo soy tan fácil en entregar mi corazon á esas tristes criaturas que tan presto he de abandonar?

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA X.

En el sagrado Corazon hallarémos el mejor consuelo.

I.

El pecado ha hecho de este mundo, que debia ser un paraíso anticipado, un verdadero valle de lágrimas. Las espinas con que á cada paso tropezamos nos punzan dolorosamente y nos arrancan frecuentes gemidos. Así que de nada necesita tanto el hombre durante esta vida mortal, como de consuelo. Consuelo necesitamos en los contratiempos de la fortuna, en los dolores de la enfermedad, en la pérdida de los que amamos, en las dudas de la conciencia, en todos los momentos de la vida y en el muy crítico y angustioso de nuestro último trance.

¿Dónde mejor podemos buscar este consuelo que en el muy dulce y consolador Corazon de Jesús? ¿No han salido de él aquellas tan tiernas y amorosas palabras: «Venid á Mí todos los que andais trabajados y afligidos, y Yo os aliviaré?»

¡Oh buen Jesús! ¡Oh único verdadero Consolador de los corazones angustiados! ¿A quién irémos sino á Vos en nuestras horas de amargura y desasosiego? Cuando los intereses mundanos no aprovechan, cuando los amigos se alejan, cuando las fuerzas faltan, ¿á quién acudirémos sino á Vos, fuente inagotable de todo consuelo?

Medítese unos minutos.

II.

Y no obstante, alma mia, es Jesús el postrero á quien acudes en tus horas de tribulacion. Primero son para tí los amigos de la tierra que ese dulcísimo Amigo del cielo. Primero buscas un desahogo en el pasatiempo mundano, que en la dulce intimidad del Sagrario, donde te espera este misericordiosisimo y compasivo Consolador.

Dime, ¿no llevas ya bastantes desengaños? ¿Qué herida de las tuyas ó qué dolor te ha calmado el mundo? ¿Qué bálsamo has encontrado en él para endulzar las amarguras de la adversidad? ¿No ves que el mundo no gusta de consolar á los que padecen, sino de adular á los dichosos? ¿Qué vas á buscar tú que padeces, en ese mundo que no te ha de comprender? Sólo hay un asilo seguro para los corazones heridos, y es el herido Corazon de Jesús.

¡Oh Señor! A vuestro Corazon me acojo yo, como al regazo de una madre amorosa, para que me abrigueis en él con vuestro calor y me defendais y me consoleis. Vos sólo teneis consuelos para nuestro pobre corazon.

Alejaos, humanas consolaciones, vanas, inconstantes, mentirosas. Sois como una copa de licor cuyos bordes son dulces, pero en cuyo fondo sólo se beben las heces amargas del desengaño. A Vos, Señor, únicamente busco; en vuestro Corazon me entro, y aquí quiero permanecer. ¡Oh Dios de todo consuelo! En Vos y sólo en Vos espera hallarlo mi desolado corazon.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA XI.

En el sagrado Corazon hallarémos el más fiel amigo.

I.

Es la amistad una de las más apremiantes exigencias y á la vez una de las más dulces satisfacciones del corazon humano. Nuestro corazon necesita comunicarse á otro, así en sus alegrías como en sus tristezas; y esta comunicacion afectuosa se llama amistad.

¿Queréis amistad verdadera? Tened por amigo al sagrado Corazon de Jesús. A ningun otro corazon podemos arrimarnos con más cierta seguridad de ser correspondidos. Es amigo constante que no abandona, si no es primeramente abandonado. No es como los amigos del mundo, que sólo os sirven tal vez en la prosperidad, y que os olvidan en la afliccion. La amistad del Corazon de Jesús es firme para los que le aman, hasta la muerte y más allá de la muerte.

Él velará como fiel amigo junto á vuestro lecho de agonía, y será vuestro fiador en la presencia del supremo Juez. Busquemos, pues, esta amistad única que no puede salirnos mentirosa. Sí, Jesús mio, admitidme en el número de los amigos de vuestro Corazon.

Medítese unos minutos.

II.

Muchos amigos has tenido, alma mia, en este mundo, ó muchos por lo menos se te han llamado tales. ¿Lo han sido de veras? ¡Ah! que nunca lo han sido para tí como promete serlo el Corazon de Jesús.

Los amigos del mundo encubren, muchas veces, bajo halagüeñas palabras la frialdad ó quizás las miras interesadas. Son inconstantes, mudables, egoistas. Los más firmes no pueden resistir á la separacion forzosa que impone la muerte. ¿Quién fiará su corazon á tan vanas amistades?

No asi Vos, dulcísimo Jesús, amor mio, amigo mio; y no obstante, ¡cuán pocos son vuestros amigos! ¡El mundo tiene concurridos á todas horas sus centros de disipacion y de maldades, y Vos encontrais apenas quien al rededor del sagrario os haga amorosa compañia!

Quiero ser de estos pocos ¡oh divino Jesús! para hacerme digno asi de vuestra amistad. Quiero daros frecuente conversacion, ya que vuestras delicias mayores son tenerla con nuestras almas. ¡Oh mi Jesús! ¡Oh mi Dios! ¡Oh mi amigo! Seamos los dos amigos para siempre, y no se acabe nunca, ni con la vida, tan dulce amistad.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA XII.

En el sagrado Corazon hallarémos el más seguro maestro.

I.

Consideremos hoy bajo este punto de vista al sagrado Corazon de Jesús. A peso de oro y á costa de largos viajes buscan los hombres para sí aventajados maestros, y tienen por sumo honor y gran dicha hacerse discípulos suyos y aprender de sus labios las humanas ciencias. A menos costa y con menor fatiga podemos nosotros encontrar en el sagrado Corazon de Jesús el más seguro maestro.

Dos clases de lecciones nos da este divino Preceptor: unas exteriores, por medio de la voz de la Iglesia; otras interiores, por medio de su secreta inspiracion. ¿Y qué enseña? Grandes verdades, máximas de vida eterna, consejos de salvacion, prudencia toda celestial. Adoctrinados por este Maestro divino, se han visto en la Iglesia de Dios hombres y mujeres sin letras admirar y confundir á los sabios, y dejar á los venideros monumentos de profunda ciencia interior, no adquirida en las escuelas, sino en el trato y familiaridad con este sagrado Corazon.

¡Oh Maestro de verdad! ¡Oh libro siempre abierto para quien desee penetrar sus secretos! ¡Oh cátedra santa, donde ni Moisés. ni los Profetas, ni los filósofos, sino el mismo Dios, dicta lecciones de verdad á los discípulos de su Corazon!

Abrid, Señor, el mio para que reciba dócil tan divinas enseñanzas, y las siga, y las practique con toda fidelidad.

Medítese unos minutos.

II.

¿A quién has escuchado hasta hoy, alma mia? A maestros de seductoras palabras, que te han guiado por caminos de perdicion.

Han sido tus maestros el mundo con sus necias máximas, las pasiones con su maligna sugestion, la vanidad, el amor propio, la ira y demás apetitos desordenados. Estas lecciones he escuchado, Jesús mio; y éstas me han hecho permanecer sordo á los suaves consejos de vuestra ley. Hablad ahora, Señor; hablad, divino Maestro, que vuestro fiel discípulo os escucha. Hablad á lo íntimo de mi corazon desde las profundidades del vuestro; oiga yo vuestra dulce voz, y aprenda de ella los secretos de la vida eterna que nadie más me puede enseñar. Sordo quiero ser en adelante á todos los que hasta hoy me han seducido y engañado.

¡Oh Maestro divino! Admitidme en la escuela de vuestro Corazon, de donde han salido tantos y tan aprovechados discípulos! Ignorante soy como un niño; haceos cargo de mi ignorancia, compadeceos de mi cortedad. No quiero por maestro más que á Vos: enseñadme, Maestro mio, á hacer siempre vuestra santa voluntad.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA XIII.

En el sagrado Corazon hallarémos el más precioso tesoro.

I.

Se cansan los hombres y se exponen á gravísimos peligros para adquirirse una fortuna; atraviesan mares, desafian climas, todo les parece poco si pueden hacerse con un puñado de oro para regalar esta miserable vida. ¡Cuántos, no obstante, ven defraudadas sus esperanzas! Y áun cuando consigan verse llenos de riquezas, ¿acaso dan éstas paz y felicidad á su corazon? Al revés, porque el temor de perderlas ó la tristeza de tener que abandonarlas con la muerte, bastan para turbar toda la alegría de su posesion.

Alma mia, no busques con loco afan estas riquezas perecederas. Sea tu mejor riqueza el sagrado Corazon de Jesús. Hé aquí un tesoro que sin gran esfuerzo puedes alcanzar. No has de emprender para ganarlo largos viajes, ni costosos trabajos, ni difíciles industrias, ni luchar con los elementos, ni arriesgar la salud ó la existencia. Todo esto hacen los hombres por el oro y la plata de este mundo. Nada de esto exige de tí el sagrado Corazon de Jesús. Cerca le tienes, á tu mano está; Él mismo se te ofrece y convida; sólo quiere ser de veras amado y deseado, para dejarse poseer con toda seguridad.

¿Te resuelves, alma mia, á hacer esta brillante fortuna? ¿Te decides á querer ser rica con las riquezas de este sagrado Corazon?

Medítese unos minutos.

II.

¡Oh vanas riquezas del mundo, que tantas veces habeis excitado mi codicia! ¡Oh mezquinos tesoros de oro y plata, ó mejor, de lodo y estiércol, en los cuales suele poner el hombre su corazon! ¿Qué sois en comparacion de las riquezas eternas de ese Corazon divino, tesoro de los bienaventurados y prenda de toda su felicidad? ¡Qué necios son los hombres que se desviven para alcanzaros, sabiendo que han de morir y os han de dejar, apenas hayan empezado á poseeros!

¡Oh Señor, que sois la verdadera riqueza de vuestros elegidos! No quiero otra cosa que á Vos, ni busco mejor tesoro. Seguro estoy de que si llego á poseerlo, ni ladrones, ni adversidades, ni la muerte misma me lo han de arrebatar. Los poderosos del mundo tienen suntuosos palacios; á mí me basta un asilo en el nido amoroso de vuestro Corazon: se cubren con galas y joyas de gran precio; yo sólo quiero para mi alma las joyas de vuestra gracia: gózanse ellos en regalados banquetes y músicas deliciosas; á mí me basta saborear los inefables consuelos de vuestro amor.

¡Oh Señor, riqueza inagotable! ¡Cuán pobre es el corazon que no os posee á Vos, aunque posea todos los bienes de la tierra!

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA XIV.

En el sagrado Corazon hallarémos la más firme esperanza.

I.

Vanas son las esperanzas del mundo, y desgraciado quien fia en ellas. Pasa la juventud, se cambia la fortuna, caen las ilusiones, se entibia la amistad, nada, en una palabra, queda en pié de cuanto parece algunas veces halagar al hombre en su breve paso sobre la tierra.

Y sin embargo, el pobre corazon humano necesita algo firme y permanente á qué arrimarse, para no caer en los horrores de la desesperacion. ¿En qué podrá, pues, fijar su esperanza? ¡Ah! Todo se pasa, ha dicho santa Teresa de Jesús: todo se pasa, es verdad; pero Dios no se muda. Hé aquí, pues, el centro fijo en que podemos colocar nuestras esperanzas los que deseamos colocarlas en algo seguro é inmutable.

¡Oh Corazon divino de mi amantísimo Jesús! Todo se escapa y desaparece á nuestro amor, dejándonos vacíos y desolados! Sólo Vos permaneceis eternamente como faro de luz y norte resplandeciente para el corazon que os ama. ¡Que me falte todo, Dios mio, pero que no me falteis Vos! ¡En Vos pongo mi esperanza, y no seré confundido!

Medítese unos minutos.

II.

¡Oh vida humana, llena cada dia de tantos y tan crueles desengaños! ¡Oh alma mia, que en tantos objetos has querido cifrar tu felicidad, sin que hayan logrado calmar tus ánsias! ¡Oh pobre mortal, que eres como hoja seca que el viento arremolina y agita, buscando en todo la dicha, y no hallándola en ninguna de las cosas criadas!

Fíjate aquí y párate; ahonda aquí tus raíces en el amor de tu buen Jesús, único que puede calmar tu amoroso anhelo, único que no defraudará tus esperanzas. ¡Pobre navecilla siempre llevada acá y allá por las olas, y siempre con el abismo bajo los piés temiendo el naufragio! Echa aquí tus anclas, si quieres hallar puerto seguro, donde algo puedas reposar y rehacerte de las fatigas de tu azarosa navegacion. ¡Paloma cansada de volar por todas partes, sin hallar donde fijar los piés! Éntrate por la abertura de esa Arca que te espera para ofrecerte asilo seguro contra todas las borrascas.

¡Corazon de Jesús! Sedlo Vos todo para mí, pues de Vos lo espera todo mi afligido corazon. Promesas seductoras del siglo, que tantas veces habeis engañado mi alma, ya os miro por lo que sois, polvo, sombra, nada. ¿Qué puede prometerse quien pone sus esperanzas en el polvo y en la nada?

¡Oh Dios de cielos y tierra! ¿Cuán sosegado descansa el que lo espera todo de Vos y nada fuera de Vos!

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA XV.

En el sagrado Corazon hallarémos la más poderosa fortaleza.

I.

En nada se conoce tanto la profunda miseria del hombre como en su debilidad. Nuestra alma ha quedado, despues de la culpa original, tan flaca y endeble, que cualquier esfuerzo del enemigo basta para derribarla, si no tiene al lado una fuerza superior que la sostenga. Puede asimismo tan poco para obrar el bien, que cualquier leve dificultad la amilana y arredra. ¿Quereis ser fuertes en medio de esta vuestra debilidad? Acudid á buscar la fortaleza en el sagrado Corazon de Jesús.

Allí fuéron á buscarla los Santos, criaturas débiles y de carne ruin y flaca como la nuestra, y gracias á eso fueron fuertes y obraron maravillas. Recorramos la historia de la Iglesia, y verémos tiernas jóvenes, pobres ancianos burlarse de todo el poder de los enemigos de Cristo, y hacerse superiores á los halagos, á los tormentos y á la muerte. Los claustros y los desiertos, la vida doméstica y las mismas cortes y campamentos están llenos de hombres y mujeres que en la flor de su edad, y en medio de todas las seducciones, fueron fuertes para renunciarlo todo y seguir á Jesucristo hasta elevarse á la mayor santidad.

¡Alma mia! Nada hicieron ellos que no lo puedas tú, si te procuras los mismos auxilios. ¿Dónde se hallan éstos? Acude al sagrado Corazon.

Medítese unos minutos.

II.

Eres débil y flaca, alma mia, porque quieres. Sí, porque quieres. ¿Qué disculpa tendria el niño que no pudiese levantarse del suelo por no querer alargar su mano á la que le tiende su buena madre? Por esto son frecuentes tus caidas y tropiezos, por esto sientes abatimiento y desconfianza ante la más pequeña dificultad. ¡Quizá para mayor desgracia has presumido algo de tu propio valer, y con necia arrogancia has creido poder prescindir de todo amparo!

Acude, acude, alma mia, á Dios, tu ayudador y poderoso auxilio, y estás salvada. Nada podrán contra tí los más fieros enemigos, nada las más borrascosas pasiones. Sentirás agilidad, ligereza, facilidad para toda obra buena y para todo costoso sacrificio.

¡Oh Corazon de Jesús, fortaleza de los débiles y caidos! Mi corazon anda de continuo desalentado, y acude á Vos para que lo sostengais. Dadme la mano, Señor, como la disteis á tantos que por Vos se levantaron del lodo y subieron á la cumbre de la virtud, como la disteis á la Magdalena, á Pablo, á Agustin.

¿Qué podria el más valeroso si Vos le abandonáseis? Pero ¿qué no podrá el más débil si Vos le fortaleceis? ¡Oh Dios mio, fortaleza mia! Hacedme fuerte con Vos, para con Vos reinar eternamente victorioso.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA XVI.

En el sagrado Corazon hallarémos la fuente de la alegría.

I.

Servid á Dios con alegría, dicen los Libros santos; y en efecto, la alegría del corazon ha sido siempre el distintivo de los verdaderos servidores de Dios. Los Santos, en medio de sus más rigurosas austeridades, han sido alegres. Nunca la tristeza fué virtud, sino más bien tentacion y peligro para el alma cristiana.

Pero ¿dónde encontrarémos verdadera alegría? Causas de turbacion y tristeza las hallamos por do quier, y parece punto menos que imposible sustraerse á ellas. ¡Ah! Volemos, volemos á depositar nuestras congojas en el adorable Corazon de Jesús, y encontrarémos en él la fuente de la verdadera alegría. Descarguémonos allí del peso de nuestras inquietudes, por medio de una perfecta resignacion á la santa voluntad de Dios. No tardarémos en oir resonar en el fondo de nuestro corazon aquellas dulces palabras que tan á menudo dirigía el Salvador á sus Discípulos: «¡La paz sea con vosotros!»

¡Oh Jesús mio! Mi alma tiene necesidad de Vos para sacudir el peso abrumador de sus perpetuas tristezas. Vos lo habeis dicho en otra ocasion: «Alégrate, hija de Sion, porque está en medio de ti el Santo de Israel.» Dadme ¡oh Señor! este dón celestial con que favoreceis á vuestros escogidos.

Medítese unos minutos.

II.

Todos buscamos la alegría, pero erramos por lo comun el camino para encontrarla. El mundo la promete continuamente; pero bien sabe él que no la puede dar. Sus alegrías son ruidosas y alborotadas; pero ni llenan el corazon, ni duran más que breves momentos. El rostro de los mundanos es casi siempre una como máscara alegre que oculta un corazon devorado por el tedio y el desasosiego, y quizá por el remordimiento. El gozo interior es únicamente propiedad de la buena conciencia. El alma del gran Francisco Javier en medio de sus fatigas apostólicas sentíase tan inundada de él, que le obligaba á exclamar: «Basta, Señor, basta, basta.» Cuando, pues, nos hallemos tristes, examinemos nuestro corazon, y verémos que siempre nace nuestra tristeza de alguna secreta falta de virtud.

¡Oh divino Corazon, que sois en el cielo la alegría de los Angeles y Santos, y en este mundo la de vuestros amigos! Por Vos sonreian alegres en sus tormentos los Mártires, en sus penitencias los Anacoretas, en sus humillaciones los seguidores todos de vuestra ley. Por Vos espero sonreir, Jesús amantísimo, hasta en las amarguras de mi última agonía. ¡Hablad, oh Dios mio, á mi alma con aquella vuestra voz conmovedora, y se estremecerán de júbilo mis entrañas, y disfrutaré en este mundo ya anticipadas las alegrías del paraíso!

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA XVII.

En el sagrado Corazon hallarémos la más eficaz proteccion.

I.

Rodeados como estamos de enemigos, necesitamos á todas horas celoso y vigilante protector. Y cuenta que son muchos los tales enemigos, y son poderosos, y nos aborrecen de muerte.

Todo lo que es enemigo de Jesucristo, lo es por consecuencia de nosotros los cristianos. Tengo, pues, en frente de mí á todo el poder del infierno, y sirvo de blanco á sus ataques, ora de persecucion, ora de seduccion. El ejército del mal, que inspira invisiblemente Satanás, y visiblemente acaudillan los representantes de éste sobre la tierra, llena el mundo; momentos hay en que ansioso se pregunta el corazon si no es ya dueño enteramente de él. Sírvenle para la propaganda de sus ideas la imprenta y la elocuencia; ejecutan sus órdenes muchos Gobiernos; préstanle ayuda extraviados talentos. No hay acontecimiento alguno de cuantos presenciamos que no sea como un hecho de armas en favor ó en contra de la causa de Dios, y de consiguiente que no tenga pública ó secreta relacion con la suerte eterna de cada uno de sus amigos. Porque así como todo lo ha puesto á mi servicio Dios para salvarme, así todo lo pone en juego el demonio, enemigo mio, para perderme. Toda la rabia del infierno contra Dios la descarga él contra mí, imágen suya, ya que contra Dios se reconoce impotente. ¡Pobre de mí, hecho de continuo objeto de tan fieras arremetidas! ¿Hay esperanza de salvacion para el hombre, en medio de tan obstinado empeño para que la pierda?

Medítese unos minutos.

II.

Sí, alma mia, tienes un protector más fuerte que todos tus enemigos, y es seguro que nada puede el infierno entero contra quien á tal asilo sepa acogerse. Acógete al sagrado Corazon de Jesús. Tómale por escudo, y avanza intrépida. Dí con seguridad: «El Señor es mi ayudador; no temeré cualquier cosa que pueda hacer contra mí el enemigo. El Señor es defensor mio; ¿qué puede espantarme? Si se levantan contra mí armados escuadrones, no temerá mi corazon; si se libra contra mí recia batalla, en eso pondré mi confianza.»

¡Corazon sagrado de mi adorable Jesús! Ved cómo está mi alma de continuo asediada, víctima de tenaz persecucion, vacilante tal vez ya y próxima á caer en manos de sus enemigos. ¡Valedme, sagrado Corazon, valedme! Están mundo, demonio y carne contra mí, y yo solo contra todos ellos. Pero no solo, no, sino con Vos, mi dulce Bien, mi único amparo, mi protector y fortaleza. No me dan ya cuidado los enemigos. Levántense en mi corazon tempestuosas pasiones; haga brillar el mundo á mi rededor sus más poderosos atractivos; oiga zumbar sobre mi cabeza el continuo tiroteo de los que persiguen de muerte á Vos, á vuestra Iglesia y á vuestros amigos. A vuestro lado estoy, y no desfalleceré. Caigan á mi diestra mil, y diez mil á mi siniestra, no me tocarán á mí los dardos del perseguidor. Clamaré al Señor, y me oirá; conmigo estará en el riguroso trance, y me sacará salvo, y áun con eso mismo me glorificará.

Sí, dulce protector mio, bondadosísimo Corazon; en vuestro poder he puesto tal confianza, y sé que no me faltará.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA XVIII.

En el sagrado Corazon hallarémos la mayor honra.

I.

Llámanse ilustres y honrados segun el mundo los que obtienen por sus merecimientos ó por su fortuna el favor de los príncipes, y tienen libre entrada y valioso influjo en los palacios de los poderosos. A los tales se mira por la generalidad con admiracion mezclada de secreta envidia: más que por sus riquezas y poderío se les señala por el lustre que rodea su nombre, por el esplendor en que viven sus familias, por la consideracion y respeto que les tienen sus conciudadanos. Y no obstante, ¡cuán fugaz y pasajera es esta gloria humana, y cuán fácilmente se trueca en olvido, y quizá en espantosa desgracia! Llenas andan las historias de esas catástrofes de la humana vanidad: más de una vez se han tocado en un mismo dia los extremos de la mayor elevacion y de la mayor ignominia; el trono quizá ayer, y hoy el cadalso.

No es tal la gloria y el honor que á sus servidores concede el sagrado Corazon de Jesús. Los validos y favoritos de este generoso Monarca no pierden nunca la gracia real, si no renuncian á ella espontáneamente con un voluntario apartamiento. Son admitidos á su más dulce intimidad, y poseen cerca de Él la más omnímoda influencia. De su recomendacion pueden servirse para alcanzar del Padre cuanto les fuere conveniente para sí ó para sus hermanos: ni se mostró más blando y dadivoso con los suyos aquel antiguo José, de lo que con nosotros quiere mostrarse nuestro hermano mayor Jesucristo. A los que le hayan hecho fielmente la corte en vida, promete Él asiento junto á sí para juzgar al mundo en el supremo tribunal. A los que por suyo le hayan tenido acá ante los hombres, promete Él reconocerlos por suyos ante su Padre celestial.

Medítese unos minutos.

II.

Si gloria y honores y real privanza ambicionas, alma mia, ambiciona ésta que sólo puede darte el sagrado Corazon. Oye lo que dijo á sus Discípulos, y en ellos á todos nosotros: «Ya no os llamaré siervos, porque el siervo ignora lo de su Señor; os llamaré, sí, amigos, porque todo lo que de mi Padre recibí lo comuniqué á vosotros.» ¿Qué príncipe de la tierra habló jamás así á un su vasallo que quisiese honrar?

Así lo reconozco, Jesús mio, y por esto en adelante no quiero ya otra gloria ni otro honor que los que resultan de serviros á Vos. Guárdense los reyes sus palacios, los cortesanos su codiciado influjo, los poderosos las mercedes con que honran á sus amigos. Ténganse estos engañosos favores, que tan caros se compran y tan fácilmente se pierden.

No excitará ya mi codicia el brillo de los pomposos arreos, de los elevados puestos, del esclarecido renombre, del aura popular incierta y veleidosa.

¡Oh Jesús mio! Quien con Vos vive, éste alcanza la mayor privanza; quien puede llamarse vuestro, éste adquiere el más distinguido título de honor. Ni más deseo, ni quiero pasar por menos. Sea ésta mi principal nobleza. La cruz, la herida cruel y la corona de espinas que mostrais en vuestro Corazon, hé aquí mis blasones, únicos que me han de dar á conocer en el juicio por cortesano de vuestro palacio. Ambicioso soy, Jesús mio, y no me contento con menos que con reinar cabe á Vos en la gloria que preparais á vuestros escogidos. Dadme cada dia más sed de esos verdaderos honores, y haced los alcance un dia en vuestro reino celestial.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA XIX.

Pidamos al sagrado Corazon por nuestro santísimo Padre el Papa.

I.

Hemos llegado ya ¡oh devotos del sagrado Corazon! á la última novena de este su piadoso mes. Hora es ya de que pensemos en dirigirnos á Él con nuevo fervor, para rogarle en estos últimos dias por las necesidades más urgentes de la sociedad cristiana. Por las nuestras particulares hemos rogado cada dia, y podemos seguir haciéndolo en el fondo de nuestro corazon. Por esas otras debe ser pública y comun nuestra oracion, como son ellas públicas y comunes.

Dediquemos, pues, el dia de hoy á rogar al sagrado Corazon por nuestro santísimo Padre el Romano Pontífice. Y ¿por cuál podríamos ofrecer con preferencia nuestra más eficaz oracion? Es el Papa el centro de toda la vida católica sobre la haz de la tierra, base de su edificio, cabeza visible del cuerpo espiritual de que es Cristo cabeza invisible.

Es, por lo mismo, el objeto privilegiado de las más rabiosas iras del infierno. Al rededor de su trono rugen con sin igual furor todas las tempestades de la impiedad. Ora fieros y desembozados le dirigen brutales amenazas sus enemigos, ora pérfidos y capciosos le tienden astutas asechanzas.

¿Y habrá quien se tenga por hijo fiel de la Iglesia y deje solo á su Padre y Pastor en esos tremendos combates? ¿Habrá quien no acuda al sagrado Corazon por esta primera y más urgente necesidad de nuestros dias?

¡Oh sagrado Corazon de Jesús! Cubrid con vuestro escudo de proteccion á ese Vicario vuestro, el primero de vuestros hijos, á quien habeis constituido en la tierra como Padre y Pastor de nuestras almas en lugar de Vos. Asistidle, defendedle, sacadle vencedor de sus constantes enemigos. Lo son vuestros los suyos, y cuando contra él se pelea, se pelea contra Vos.

¡Oh sagrado Corazon de Jesús! Por Leon XIII, por nuestro venerable Pontífice, sed siempre, y en especial durante este mes, abogado y medianero nuestro ante el Padre celestial.

Medítese unos minutos.

II.

De todos los deberes del buen católico, el deber de rogar por el Papa es, sin duda, el primero y principal. ¿Qué familia hay en la cual los hijos no se crean obligados á prestar toda clase de auxilios al padre de ella? Aquí la gran familia es el Catolicismo, y el gran Padre de ella es el Romano Pontífice; nosotros somos sus individuos, y los auxilios principales que necesita son los de nuestra fervorosa y constante oracion.

Examine, pues, aquí cada uno de nosotros cuál ha sido hasta hoy su conducta en este punto. Aunque no hayamos sido hijos rebeldes y malvados como los que se han alzado contra el Papa, ¿no es cierto que quizá nos hemos portado como extraños ó indiferentes? ¿Estamos seguros de haber cumplido siempre la obligacion de buenos hijos? ¡Ah! Tal vez habrá motivo para que se nos acuse sobre esto en el tribunal de Dios. No queramos, pues, permanecer ya más en nuestra frialdad y olvido.

¡Oh sagrado Corazon de Jesús! Este será mi grito constante en vuestra presencia: ¡Salvad al Papa! ¡Conceded el triunfo al Papa! Dad autoridad y fuerza á sus palabras; hacédsela respetar á ese mundo indócil á su voz; hacednos sobre todo á nosotros obedientes y sumisos á sus enseñanzas. Sean confundidos y disipados los que le quieren mal; vuelvan en sí los que ha extraviado la Revolucion con sus falsas doctrinas; tornen solícitas al amoroso Pastor las ovejuelas que se han apartado de su rebaño.

¡Oh sagrado Corazon de Jesús! Por los méritos de vuestra cruz, por el valor infinito de esta sangre, por los azotes y espinas de vuestra cruelísima Pasion, dadle á vuestro Vicario sobre la tierra lo que por él os pedimos en el dia de hoy.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA XX.

Pidamos en este dia al sagrado Corazon por el clero y las Ordenes religiosas.

I.

Si el Papa es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, el clero y las Ordenes religiosas son sus brazos. De ellos se sirve para obrar el bien y promover el servicio de Dios: por esto son tan aborrecidos de la impiedad los sacerdotes y religiosos, que á todas horas anda ella procurando ó destruirlos ó corromperlos. Dediquemos, pues, hermanos mios, este dia de hoy á rogar por tan importante necesidad.

Pidamos al sagrado Corazon encienda y abrase en celo y caridad el alma de sus sacerdotes y religiosos y religiosas, para que por su medio gane cada dia terreno el reino de Dios sobre la tierra, y se conquisten nuevas almas para la gloria celestial. Que sea en ellos perfecta la observancia de las leyes eclesiásticas, que brillen entre el pueblo por la pureza de las costumbres, por el desinterés, la obediencia, la humildad y el espíritu de sacrificio.

¡Oh Corazon de Jesús! ¡Ved cómo está el mundo, y la necesidad que hay de que trabajen buenos obreros en él! ¡Oh Padre de familias, mandad buenos trabajadores á vuestra viña! Hacedlo, Corazon divino, por vuestra gloria y por la salvacion de tantas almas que habeis confiado à la direccion de vuestros ministros.

Os lo suplicamos muy especialmente, Corazon divino, en este dia de vuestro devoto mes.

Medítese unos minutos.

II.

Cuales sean los sacerdotes y las casas religiosas, tales serán los seglares que viven á su rededor. ¡Ay del pueblo donde reina hasta en los ministros del santuario el desórden ó siquiera la negligencia! ¡Cuánto no debe, pues, interesarnos ante el sagrado Corazon esta necesidad!

¡Oh Corazon divino! Dad celosos pastores á vuestras ovejas, ardientes pregoneros á vuestra palabra, fieles dispensadores á vuestros Sacramentos. Avivad en las almas que en los Institutos religiosos os habeis escogido como especial porcion vuestra, y que más estrechamente se os han ligado por medio de los votos, el espíritu de oracion, la vida mortificada, el recogimiento interior, la ejemplar observancia.

¡Oh Señor! Vos lo habeis dicho: «Un poco de levadura hace fermentar luego toda la masa.» Y ¿quiénes son la levadura de vuestro pueblo, sino estas almas que os habeis escogido de la masa comun de él? Enviad santos religiosos, oh Señor; enviad almas de superior perfeccion, y se transformará el mundo.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA XXI.

Pidamos hoy al sagrado Corazon por la restauracion de la familia cristiana.

I.

Despues del Papa y del clero y Ordenes religiosas, donde el infierno dirige con más ahinco sus ataques, es á la sociedad doméstica. Lograr que desaparezca Jesucristo de la familia, hé aquí el blanco de sus deseos. Y ¡ay Dios! ¡cómo se va logrando en muchas partes este espantoso deseo de Satanás! Apenas se encuentra ya en algunos pueblos la familia verdaderamente cristiana. Ciertos padres y madres de hoy parecen haber desterrado á la Religion de su hogar, segun tienen olvidadas allí todas las prácticas de ella. Apenas se reza ya en familia, apenas se oye en ella el nombre de Dios. Toda la importancia se da al interés, á la vanidad, al lujo exagerado, á las culpables diversiones.

¡Oh sagrado Corazon de Jesús! Haceos cargo tambien de esta necesidad, y acudid á remediarla. Haced vuestras otra vez estas casas, de donde parece haberos lanzado el demonio, vuestro enemigo. Volved á reinar ¡ oh Señor ! en nuestros hogares, como en otros tantos templos consagrados á Vos. Unid á vuestro divino Corazon los corazones de los padres y de los hijos, que hoy tienen miserablemente divididos la disipacion y el egoismo.

¡ Oh sagrado Corazon ! Os pedimos hoy muy fervorosamente por esta necesidad, una de las más tristes de nuestros dias.

Medítese unos minutos.

II.

¡ Cuán distinta seria la faz del mundo si volviese á reinar en la familia cristiana el sagrado Corazon de Jesús ! ¡ Cuál fuera la prudencia de los padres, cuál el respeto de los hijos, cuál la fidelidad de los esposos, cuál el amor de los hermanos! Cada casa cristiana seria un vivo trasunto de la sagrada Familia de Nazaret.

Hoy no reina en muchas de ellas Dios; pero reinan, en cambio, el egoismo, la desconfianza, la relajacion de los vínculos más sagrados. ¡ Oh Corazon de Jesús ! ¿ Es esta la familia cristiana como Vos la quereis? ¡ Ah ! No. Es como la quiere el demonio, enemigo de vuestro nombre y de nuestras almas. Quitadle, pues, ¡ oh divino Jesús ! ese señorío á Satanás; recobradlo Vos para no perderlo ya nunca. Sed Vos en la familia centro de union, norma de conducta; dén los padres buen ejemplo y sano consejo; muestren los hijos obediencia y docilidad; esmérense todos en el cumplimiento de vuestra ley y en el respeto á vuestra Iglesia.

¡ Oh Señor! Sed Vos el verdadero Padre de familias de todas éstas acá en la tierra, para que juntas formen un dia con Vos la dichosísima familia del cielo.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA XXII.

Pidamos hoy al sagrado Corazon por la cristiana educacion de los niños y niñas.

I.

Son los niños y niñas las flores tempranas del jardin de Cristo y la porcion predilecta de su amantísimo Corazon. Jesucristo en su vida mortal manifestó por la niñez singular preferencia. Un pasaje del santo Evangelio nos pinta al Salvador llamando en torno de sí á esas tiernas primicias de su rebaño, y prodigándoles dulces agasajos, y recomendándolas á los cuidados y solicitud de los Apóstoles. La Iglesia, heredera del divino Maestro, no se muestra menos celosa en esta su maternal predileccion.

Pero ¡ ay ! Satanás muestra tambien decidido empeño en apoderarse de estos tiernos corazones , y el mundo le secunda, y muchos padres le favorecen de un modo espantoso en esta obra infernal de robárselos á Dios. ¡El síntoma más horrible de nuestros desventurados tiempos es la corrupcion de la niñez ! Roguemos , pues , hoy, por los niños al sagrado Corazon.

Salvad ¡oh Jesús mio! de la peste del siglo á esas pobrecitas almas, apenas salidas de las aguas de vuestro Bautismo y ya enlodadas quizá por la cenagosa corriente de la corrupcion. Conservad en sus corazones la posesion completa que os tomásteis de ellos cuando por aquel Sacramento los redimísteis de las garras de Satanás. ¡Mirad, divino Jesús, cómo están hoy ajadas y tronchadas las más bellas flores de vuestro vergel!

¡Oh dulce Jesús, bondadoso amigo de los niños y niñas! os pedimos hoy con lágrimas en los ojos por esas prendas que el demonio procura robar á vuestro Corazon.

Medítese unos minutos.

II.

¡A quién no entristece ver en poder del infierno tantas almas tiernas, que debieran ser el bello adorno y la más preciada esperanza del Catolicismo! Unas sumidas en las tinieblas de la infidelidad en países no cristianos; otras entregadas á la educacion perversa en escuelas impías; otras presenciando cada dia ejemplos corruptores de aquellos mismos que para el bien debieran ser su espejo y su luz. ¡Cuántos de esos niños y niñas llevan á la primera Comunion el alma ya embrutecida por el vicio! ¡Cuántos despues de esta toma de posesion que verifica en ellos el Hijo de Dios, lanzan inmediatamente á éste de su corazon para alzar en él el trono de su enemigo! ¡Y cuántos quedarán en poder de ese enemigo la mayor parte de la vida, y cuántos eternamente!

¡Oh dulce Corazon de Jesús! Bien merecen estas víctimas de la astucia infernal las súplicas más fervientes de vuestros devotos. Os rogamos, pues, por este plantel predilecto que ha de ser mañana vuestra cosecha. ¡No lo sea del infierno, piadosísimo Jesús! Hacedla vuestra, libradla de los lazos que se le tienden, de los falsos maestros, de los malos padres, de las lecturas perversas, de los amigos de perdicion. Sed Vos guarda de su candor, guia de sus pasos, dulce objeto de sus primeras aficiones; atraedlos y enamoradlos, rendidlos con el suavísimo hechizo de vuestro amor, clavad en ellos el sello de vuestro perpetuo dominio, y sea éste completo en ellos toda la vida, y traspase la muerte y dure por toda la eternidad.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA XXIII.

Pidamos hoy al sagrado Corazon por los pobres incrédulos y malos cristianos.

I.

Hay hermanos nuestros, criados como nosotros por Dios, redimidos como nosotros por la sangre divina, destinados como nosotros para el reino eterno, y que sin embargo se obstinan en cerrar sus ojos á la luz de la verdad y en permanecer apartados de la fe, en ciego y voluntario paganismo. Estos son los pobres incrédulos. ¡Cuántos de esos gentiles hay en medio de nuestra sociedad cristiana! ¡Cuántos de nuestros amigos y conocidos, y quizás parientes, no tienen de Dios y de su ley y de sus misterios mayor conocimiento que el que tiene un pobre salvaje, para quien es absolutamente desconocida la cruz! Roguemos, pues, hoy al sagrado Corazon de Jesús por este doloroso estado de tantas almas.

¡Oh Jesús, Señor nuestro! ¿Cómo es posible que diez y nueve siglos despues de vuestra venida haya aún quien no os conozca? Abrid ¡oh buen Jesús! los ojos de esos ciegos del alma, Vos que á tantos alumbrásteis los del cuerpo en vuestra vida mortal. Señor, os dirémos como aquel cieguecito del Evangelio; Señor, ¡que vean! Que vean, que sientan, que gocen la verdad de vuestra doctrina, la suavidad de vuestra ley, la ternura de vuestro amor, la eficacia de vuestros Sacramentos. Que os conozcan ¡oh buen Jesús! estas pobres almas á quienes tiene engañadas la idea de que pueden salvarse por ventura con sola una honradez mundana, que Vos no reconoceréis como de buena ley en vuestro juicio. Rasgad, divino Sol, las densas tinieblas en que están envueltos tantos hermanos nuestros, y que les impiden ver el espantoso abismo de la eternidad que tienen abierto á sus piés. ¡Misericordia por ellos, piadosísimo Jesús! Aceptad por ellos, Corazon sagrado, los humildes ruegos de nuestro rendido corazon.

Medítese unos minutos.

II.

Además de los incrédulos hay los malos cristianos; es decir, aquellos que creen, es verdad, pero no practican: tienen fe y no quieren dejar de ser llamados católicos, pero tienen malas costumbres y cometen criminales acciones. ¿Qué les valdrá á los infelices su creencia, si no procuran traer ajustada á ella su conducta? ! Ah! les valdrá sólo de mayor responsabilidad en el tribunal de Dios.

Os pedimos tambien, amorosísimo Corazon de nuestro Jesús, por esos malos cristianos cuya vida criminal y viciosa deshonra vuestra ley y da ocasion á que se burlen de ella vuestros enemigos, al paso que es mortal escándalo para los incautos. ¡Oh indigna ingratitud! Creen en Vos, Señor, peró no os sirven; admiten vuestra ley, pero la pisotean y afrentan; temen vuestro infierno, pero nada hacen para no caer en él.

¡Oh Señor! ¡Dispertad con el trueno de vuestras amenazas á esos dormidos! ¡Limpiad de la asquerosidad de sus malas costumbres á esos leprosos! ¡Tocad con vuestra inspiracion á esos Lázaros hediondos con la podredumbre de sus vicios! Haced brillar aquí á la vez vuestro poder y vuestra misericordia. Pecadores fueron muchos que por vuestra misericordia son hoy lumbreras de santidad y ornamento de la Iglesia.

¡Sagrado Corazon de Jesús! Por los infelices incrédulos, por los endurecidos pecadores os pedimos hoy luz, gracia, perdon.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA XXIV.

Pidamos hoy al sagrado Corazon por las obras de Propaganda católica.

I.

Bajo el nombre de Propaganda católica entendemos hoy dia todo el conjunto de trabajos encaminados á difundir en nuestra sociedad la influencia de la Iglesia católica y de sus instituciones, contra la accion disolvente y demoledora de la Revolucion que pugna por descatolizar el mundo. Pertenecen al concepto general de la Propaganda católica todos los ministerios eclesiásticos; pero de un modo muy particular se distinguen con este nombre las obras de apostolado cristiano que ejerce bajo los auspicios de la Iglesia el mismo elemento seglar. Las sociedades de caridad, las de escuelas y talleres, los periódicos y libros de apologética, las Academias de Juventud católica y Asociaciones de católicos y Círculos de obreros, todas las que con este ó con aquel nombre se proponen la reparacion de los estragos revolucionarios, la moralizacion del pueblo, la proteccion del pobre, ó simplemente el ejercicio práctico y sin respeto humano de la Religion; todo eso que constituye hoy con diversidad de organizacion y de medios, pero con maravillosa unidad de pensamiento, el gran cuerpo de ejército del apostolado seglar, tantas veces bendecido por el Romano Pontífice y los Obispos, todo eso necesita, para ser eficaz, de la secreta ayuda de las oraciones de las almas fervorosas.

Oremos, pues, hermanos mios, oremos hoy por esta imperiosa necesidad de los tiempos presentes. Oremos por esos hermanos nuestros que en la brecha y cara á cara con el enemigo sostienen incansables la lucha más tenaz. Oremos para que sostenga Dios sus brios, aumente su fe, dé fuerza á sus palabras, los libre de la vacilacion y del desaliento en los contratiempos, los corone de consuelos acá y de gloria en el cielo en premio de sus combates.

¡Oh sagrado Corazon! Vos sois, Vos sois el jefe de esa espiritual generosa milicia, Vos el mote de su escudo y el lema de su bandera. Hacedlos con Vos *cor unum et anima una*, un solo corazon y una sola alma, valerosos, aguerridos, dignos en todo de la santa causa que defienden y de la celestial recompensa que esperan.

Medítese unos minutos.

II.

¡Cuán glorioso es ese ejército creyente que de uno á otro confin del mundo cristiano lucha sin descanso por el nombre de Cristo, mezclado, aunque no confundido, con ese otro ejército de error y corrupcion que sigue la bandera de Satanás! ¡Cuán brillantes combates se libran á todas horas entre los de uno y otro bando, por medio del ejercicio de la caridad, de la pluma, de la humana elocuencia, del franco y denodado ejemplo! ¡Cuán grato ha de ser á Dios ver al rededor del Arca santa de la Iglesia y bajo la direccion del sacerdocio que forma el ejército permanente de ella, esos otros escuadrones improvisados, de toda edad, de todo sexo, de toda condicion, que forman nuestras magníficas obras católicas! ¡Cuán digna de nuestras oraciones es esta falange batalladora, consuelo y esperanza hoy dia de la atribulada Iglesia de Dios!

Sí, roguemos, hermanos mios, roguemos al sagrado Corazon por el aumento, prosperidad y felices resultados de la Propaganda católica en nuestros dias. ¡Que latan todos los soldados á ella consagrados con los divinos latidos del Corazon de Jesús! ¡Que otro deseo no les mueva que el de su mayor gloria y aprovechamiento de las almas! ¡Que otro norte no los guie que la luz de la fe que brilla en la santa Iglesia Romana! ¡Que no los engañe el fuego fatuo de averiadas doctrinas que tienden á disminuir la santa intransigencia del dogma católico!

¡Oh Corazon sacratísimo de Jesús! ¡Que vengan á templar sus armas en Vos, fragua de amor infinito, los soldados de nuestra fe; que las saquen de allí enrojecidas en el fuego de vuestro celo y de vuestra ardentísima caridad! ¡Que arda para ellos el mundo con esas centellas derivadas de vuestro encendido volcan! Fuego vinisteis á poner en la tierra; ¿qué quereis sino que sin cesar se avive? Avivadlo, Señor, primeramente en esos corazones que ya son vuestros, y servíos luego de ellos para las colosales empresas de vuestra santa Religion.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA XXV.

Pidamos hoy al sagrado Corazon por los pobres agonizantes.

I.

Más de ochenta mil almas, segun cálculo aproximado, pasan cada dia de este mundo á la eternidad. De consiguiente más de ochenta mil personas están á todas horas en agonía. Y ¿qué es la agonía? Son los últimos instantes concedidos á aquella alma antes de presentarse al tremendo tribunal. Son las últimas luchas entre la gracia de Dios y la sugestion del diablo en aquel corazon que ambos se disputaron toda la vida. Son momentos preciosos, de los cuales así puede salir una eternidad feliz como una eternidad desventurada. Al paso que se le van acabando al cuerpo sus fuerzas; mientras va faltándole al pecho la respiracion, á los ojos la luz, á los miembros el calor y el movimiento, va acercándose el alma á aquella region pavorosa de la cual no puede ya volverse atrás.

Esto es agonizar, esto es morir. ¡Y más de ochenta mil hermanos nuestros están cada dia, ahora mismo, en este preciso instante, en trance tan angustioso! Roguemos por ellos hoy y cada dia al sagrado Corazon de Jesús.

¡Oh Corazon divino, que agonizásteis en el huerto y en el Calvario! sed luz y consuelo de estos hermanos nuestros en su dolorosa agonía. Mirad bondadoso á estas almas privadas de todo humano consuelo, y que como pendientes entre el cielo que desean y el infierno que temen, colocadas entre el tiempo que les huye y la eternidad que se les viene encima, no tienen ya á quien volverse más que á Vos.

¡Corazon agonizante de nuestro divino Salvador! Sed Vos el bálsamo cordial para esos hermanos nuestros en su angustiosísima situacion!

Medítese unos minutos.

II.

Un dia serémos nosotros los que nos hallarémos en agonía. Lo que varias veces hemos presenciado con horror en tantos otros, por nosotros pasará y en nosotros lo verán entristecidos nuestros amigos. El color pálido, la respiracion difícil, la vista fija ó extraviada, el entendimiento anublado, la voz anudada á la garganta, dirán que llegó al fin para nosotros la hora de abandonar este mundo, al que hemos entregado, quizá con demasía, nuestro pobre corazon.

¡Oh adorable Corazon de Jesús! Cuando me falte todo, y todo me huya, y todo me desampare, no me dejaréis Vos. ¡Oh dulce Amigo mio! ¡De Vos espero la gota mejor de cordial que ha de fortalecer mi espíritu acongojado y calmar su agitacion y zozobra; de Vos aguardo, por medio de los santos Sacramentos, el último abrazo de paz y reconciliacion!

Pero entre tanto ochenta mil hermanos mios se hallan cada dia en estas angustias, y os ruego les socorrais. Miéntras cómo, descanso, trabajo, rezo ó me divierto, ochenta mil almas se hallan pendientes en su eterna suerte de este último decisivo combate. ¡Oh amado Corazon de Jesús! ¡Por aquellas tres amarguísimas horas que en el lecho de la cruz os vieron cielos y tierra agonizante y moribundo, socorred en tales apreturas á los hijos de vuestro Corazon!

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA XXVI.

Pidamos hoy al sagrado Corazon por nuestros hermanos del purgatorio.

I.

La Iglesia de Dios tiene hijos suyos necesitados áun fuera de este mundo, y tiene alivio tambien para estas necesidades de la otra vida. Entre los combates de la presente y el descanso final de la gloria, hay para muchas almas un plazo de expiacion en que se purgan culpas todavía no purificadas, ó se pagan deudas todavía no satisfechas. Este plazo de expiacion, concedido por la misericordia divina y exigido por su justicia, es el purgatorio.

El buen devoto del sagrado Corazon de Jesús no puede menos de ser amigo del purgatorio. Hay allí almas que un dia fueron fervorosísimas, que oraron al pié de los mismos altares que nosotros, que sonrieron con las mismas alegrías cristianas y lloraron con idénticos dolores. Aman á Dios, le desean, tienen segura su próxima posesion. Pero esta dicha se les retarda hasta que sea completo el pago de sus atrasos. En sufragio de ellas admite el divino Acreedor nuestras oraciones y obras buenas. ¿Quién se las negará?

¡Oh divino Corazon! Hacedle sentir al mio un tierno afecto, un vivo interés por el alivio de estas almas hermanas mias, que nada pueden ya por sí y que todo lo esperan de nuestra caridad. Derramad sobre sus penas los tesoros de vuestro Corazon, y apresurad el dulce momento de reunirlas eternamente con Vos.

Medítese unos minutos.

II.

Es gran caridad la caridad para con las almas del purgatorio. Los grandes Santos han sido todos en este punto muy fervorosos. La Iglesia nos da el ejemplo mezclando en todos sus rezos y ceremonias el piadoso recuerdo de los difuntos.

¡Oh dulcísima comunicacion la de nuestros corazones con los de estos hermanos nuestros, por medio de la oracion! ¡Oh lazo misterioso, que nos permite tener amigos áun más allá de la tumba, y aleja de nosotros la idea de una separacion total!

¡Padres, hermanos, amigos, bienhechores! ¡Yo sé que me escuchais en el Corazon de Jesús, y que por conducto de él recibís y agradeceis mi cariñoso recuerdo!

¡Oh Corazon divino, suavísimo intermediario de estas tiernas confidencias! ¡Dad á esas almas la paz que por ellas os piden vuestros amigos de la tierra, á fin de que un dia nos reunais á todos en las inefables dulzuras del cielo! Aceptad por ellas nuestras preces, nuestras limosnas, nuestra Comunion, nuestras mortificaciones, nuestra devocion á Vos. Porque sabemos que os son queridas, las recomendamos á vuestra compasion. Los méritos de vuestra vida, pasion y muerte; las lágrimas de vuestra Madre; las virtudes de vuestros Santos; los servicios de vuestra Iglesia; todo os lo ofrecemos en pago de tales deudas, para que bondadosamente se lo apliqueis.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA XXVII.

Pidamos hoy al sagrado Corazon de Jesús por el aumento de esta devocion en nosotros y en todo el mundo.

I.

¿Podríamos dejar olvidada esta súplica entre las muchas que acabamos de dirigir estos dias al sacratísimo Corazon de nuestro muy amado Jesús? ¿Podríamos dejar de interesarnos vivamente en su presencia, para que cada dia sea más y más ardiente en nosotros y en todo el mundo esta devocion? Haciéndolo secundarémos las miras amorosas del Salvador al manifestarse en esta forma á los hombres; con esto ejercerémos en favor de ellos y por su eterna salvacion el más fecundo apostolado.

Ved cómo se afanan los mundanos por propagar sus ideas; ved cómo sufren por eso persecucion y se exponen á crueles contratiempos. ¿Qué no podríamos hacer nosotros para extender algo más el amor á nuestro buen Jesús? ¿Qué hemos hecho hasta hoy? ¿Qué nos proponemos hacer en adelante? ¿Qué trabajos pensamos emprender en nuestra poblacion, entre nuestros amigos ó familia, ó por lo menos en nosotros mismos? ¿No nos espanta considerar el reproche que puede dirigirnos un dia el Salvador, cuando nos muestre la cruz, espinas y heridas de su amoroso Corazon, y nos diga: «Mira lo que hice Yo por tí. ¿Qué has hecho tú por Mí?»

¡Oh bondadosísimo Jesús! Bien quisiera yo extender por todo el mundo, y hacer conocer á todos los hombres las riquezas de vuestro Corazon; pero ya que mis fuerzas son pocas para tan vasto apostolado, os suplico, Jesús mio, seais Vos quien á todos se dé á conocer para que crezca cada dia el número de los que os aman y os sirven. Sea yo uno de ellos, soberano Rey de las almas; avivad en mí vuestra amorosa llama; hacedme discípulo fiel, amigo fervoroso de vuestro sagrado Corazon.

Medítese unos minutos.

II.

Grandes mercedes puede prometerse del sagrado Corazon el que de veras se dedique á propagar entre sus hermanos y á aumentar en sí mismo esta su devocion. Oigamos las palabras del Salvador á la beata Margarita en sus revelaciones: «A los que trabajaren, dice, en extender el culto de mi sagrado Corazon, les daré abundantemente las gracias necesarias á su estado, pondré paz en sus familias, les consolaré en sus penas, seré su amparo en vida y en muerte, bendeciré sus empresas cristianas. A los religiosos que trabajen en la conversion de los pecadores, les daré fuerza con que ablandar y mover los corazones más endurecidos. Las casas en que se halle expuesta mi imágen, serán llenas de mis bendiciones. Los que se dediquen á dar á conocer mi culto, tendrán su nombre escrito en mi Corazon, y jamás se borrará de él.»

¡Oh sagrado Corazon! ¡Oh Corazon divino á quien solícitos hemos acudido á festejar cada dia de este devoto mes! ¡cúmplanse en nosotros, amigos vuestros, estas tan consoladoras promesas! Aquí nos teneis para renovaros el propósito de eterna fidelidad y constancia en vuestro servicio, y en el apostolado de vuestro Corazon. Reinad en nosotros y en nuestras casas y poblaciones; presidid todos nuestros proyectos; animad todos nuestros pensamientos, que se dirijan todos á uno solo: el de promover sin descanso vuestra gloria.

¡Oh dulce Jesús! ¡Dichoso quien así viva en Vos y en Vos muera! Sea este vuestro Corazon nuestro tesoro en vida, para que lo sea asimismo en toda la eternidad, donde juntos os alabemos, gocemos y poseamos para siempre.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA XXVIII.

Demos hoy gracias al sagrado Corazon por los beneficios recibidos en el órden de la naturaleza.

I.

Estos tres últimos dias del mes de Junio los dedicarémos á la accion de gracias. Nada más digno de un corazon noble que el agradecimiento por los beneficios recibidos, y por desgracia nada más olvidado por el comun de los cristianos.

Fijémonos hoy únicamente en lo que debemos á Dios en el órden de la naturaleza. Dones suyos son esta existencia que tengo y los medios mil con que su bondad me la conserva todos los dias y me la embellece. La luz que me alumbra, el pan que me sustenta, el agua que templa mi sed, el sueño que repara mis fuerzas, la creacion entera que me rodea, todo ha sido puesto á mi disposicion, para que me sirva y me regale y me ayude á la consecucion de mi nobilísimo fin. Si amanece y si anochece, si cambian las estaciones, si da la tierra sus cosechas, si resplandece en el firmamento el sol, si tiene peces el mar y fieras la tierra y aves el aire, si reinan en todo el órden y la providencia más admirables, por mí lo hizo, por mí lo ordenó Dios en admirable conjunto.

¿Hay corazon capaz de entonar al supremo Hacedor el himno debido de accion de gracias por tales y tan estupendas maravillas? Sí le hay. En el sagrado Corazon de Jesús tiene el hombre medio seguro con que mostrarse agradecido. ¡Oh supremo Dador de todo bien! ¡Lo que nuestra lengua es incapaz de deciros, lo que nuestro corazon es pequeño para sentir como se debe, por nosotros os lo canta eternamente y os lo satisface con infinito amor é infinitas alabanzas el sagrado Corazon de Jesús! En Él, pues, y por Él y con Él os serémos eternamente reconocidos. Mirad, Padre celestial, el Corazon de vuestro Hijo, y pagaos y satisfaceos con tan soberano don.

Medítese unos minutos.

II.

Los beneficios de Dios no nos han sido hechos una sola vez, sino que nos siguen, nos rodean, nos acompañan como luminosa atmósfera de amor todos los instantes de nuestra vida. No resplandece más fijamente el astro del dia cada mañana en el horizonte, de lo que brilla continuamente sobre mí la inefable bondad de Dios. Hasta en los males que con adorable designio permite su providencia sobre la tierra, encuentro motivos de agradecimiento. Porque prescindiendo del bien último, á cuya consecucion me están infaliblemente ordenados, si de ellos me valgo como cumple á los designios de su soberana voluntad, ¿qué tesoros de paz y de consuelo no derrama su benéfica mano sobre cualquiera de mis tribulaciones? ¿No he hallado mil veces ser cierta aquella expresion de que nunca se me muestra más padre Dios que cuando me aflige? Y áun sin eso, ¿no es verdad que la sola consideracion de los muchos males de que me saca libre cada dia su bondad, exige de mí un continuo y amoroso reconocimiento? La enfermedad que no tengo, la persecucion que no sufro, la privacion que no me mortifica, son beneficios negativos, pero ¿son por eso menos apreciables? ¿Quién sino Dios tiene extendida como un escudo su mano sobre mí para librarme de tantas angustias como aquejan á otros hermanos mios?

¡Oh sagrado Corazon! A Vos agradezco tan inestimables beneficios, para que me sirvais ante el Padre celestial como de intérprete de este mi afectuoso agradecimiento. Pase por Vos, Jesús mio, mi gratitud, y adquiera en el encendido fuego de vuestro Corazon las cualidades que la hagan digna de ser admitida por el supremo Dispensador de tantos bienes.

Niño soy, Dios mio, os diré con un Profeta; y no sé hablar de Vos como merecen vuestra bondad y grandeza. Hablen por mí los armoniosos acentos de gratitud y alabanza que salen eternamente del Corazon de vuestro Hijo, y suplan ellos mi ruindad y cubran mi insuficiencia.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA XXIX.

Demos hoy gracias al sagrado Corazon por los beneficios recibidos en el órden de la gracia.

I.

Si pródiga se ha mostrado conmigo la mano de Dios en el órden natural, no se lo ha mostrado menos en el órden de la gracia, ó sea en el de los medios sobrenaturales que me ha concedido para mi justificacion y salvacion eterna.

En el centro de su Iglesia me ha hecho nacer como en hermoso jardin que riegan caudalosos rios y fecundan á todas horas abundantes lluvias. El Bautismo con que me inició en la vida sobrenatural, los demás Sacramentos con que en ella me robustece y sustenta, los santos ejemplos que para estímulo mio me hace admirar de continuo en rededor, la voz de sus ministros, la enseñanza de los buenos libros, los secretos toques con que ora dispierta, ora aviva, ora quizá hasta resucita mi corazon, ¿qué son sino ligera historia de los admirables beneficios con que me va conduciendo su mano desde la cuna hasta la eternidad? Si fijo mi consideracion en lo que ha sido hasta aquí mi vida; si me detengo en reflexionar sobre la causas que en cualquier período de ella han influido en mis determinaciones para que fuese hoy lo que soy y no lo que por desgracia son otros desventurados, ¿no me hallo en todos mis pasos objeto como de una tierna y amorosa solicitud de mi buen Dios? Aquella palabra que me hizo saludable impresion, aquella página que me hirió el alma, aquel ejemplo que me alumbró de repente con vivos resplandores, ¿quién los disponia y hacia aparecer en mitad de mi camino sino la providencia admirable de mi Dios que velaba por mí, como madre tiernísima por el hijo que lleva en brazos?

¡Oh sagrado Corazon de Jesús! A Vos debo el manantial de estas gracias sin número ni medida que sobre mi alma ha derramado la divina misericordia. Vuestras son, porque Vos nos las habeis merecido y proporcionado, y porque es vuestro el conducto por donde vinieron á mi alma necesitada. Sed Vos, pues, el conducto por donde á su vez vuelen al Padre celestial los afectos de gratitud y reconocimiento de mi pobre corazon.

Medítese unos minutos.

II.

No hay minuto de mi vida en que no tenga algo que agradecer á la infinita bondad y misericordia de mi Dios en órden á la gracia. Más fácil fuera contar las estrellas que tachonan el cielo en una noche serena, ó las gotas de rocío que esmaltan el prado en una fresca mañana de Abril, que reducir á cifra las ilustraciones superiores con que esclarece Dios constantemente la noche de mi vida, ó las gotas de rocío celestial con que ablanda y fecundiza la aridez de mi corazon. La habitual distraccion en que vivo y lo limitado de mi inteligencia no me permiten sondear como quisiera esos misterios de la operacion de Dios en mi alma por medio de su gracia multiforme: conocimiento completo de ella no le tendré sino á la luz de la gloria en la eternidad feliz. Hoy sólo puedo imperfectamente rastrearlos; pero áun así, bástame mediana consideracion de ellos para que me confunda su inconmensurable riqueza, su magnífica variedad, su poderosa eficacia. El estudio atento de mí mismo en una sola de mis tentaciones á que haya felizmente resistido, me prestaria materia para incesantes alabanzas á Dios. ¡Y son tantas en el decurso del dia, del mes, del año, de la vida! ¡Son tantas esas crisis por que ha pasado mi salvacion eterna, crisis que ha venido á resolver á favor mio una ayuda con quien entonces tal vez ni siquiera pensaba!

¡Ah! La eternidad misma no me parece bastante para agradecerle dignamente tales muestras de amor de mi buen Dios! Vos podeis, Corazon divino de mi amante Jesús, llenar cumplidamente en mi nombre esta obligacion sagrada. A Vos escojo para que pagueis por mí esta deuda de reconocimiento. Tomad Vos, Jesús mio, los votos de mi alma, y presentadlos al Eterno Padre en union del eterno himno de gracias que en gloria suya le canta vuestro adorable Corazon.

Medítese y pídase la gracia particular.

DIA XXX.

Demos hoy gracias al sagrado Corazon por los beneficios que esperamos recibir en la gloria.

I.

Las misericordias que dispensa el Señor acá en la tierra á sus criaturas, no son más que pálida sombra de las inefables que reserva para ellas en la eternidad feliz. El cielo ha de ser nuestro estado perfecto, y allí será realidad el ideal más completo de dichas que pueda forjarse ahora el hombre en sus más lisonjeros ensueños. O mejor, será tal nuestra dicha, que ni en la más pequeña proporcion le es dado imaginarla á la humana fantasía. Si una gota sola de sus consuelos que derrame hoy el Señor en nuestro corazon basta para que olvide éste sus mayores tristezas y quebrantos, ¿qué será anegarlo en aquel mar sin fondo de bienandanza y paz? Si unos vislumbres que de su perfeccion y belleza ha querido dejar el Autor de lo criado en algunas de sus criaturas, y que el arte inspirado por Él reproduce en sus obras maestras, así nos enajena el alma, ¿qué será ver cara á cara á la suprema Belleza y perfeccion que abiertamente y sin velos se comunica en la eternidad á sus elegidos?

Allí la salud sin el menor riesgo de enfermedad ó molestia; allí la vida sin la dolorosa perspectiva de una muerte próxima ó lejana; allí el amor sin tibieza ni desfallecimiento; allí la fiesta perpetua del alma sin tregua en el regocijo. El aleluya glorioso que allí se canta no es como el de acá, mezclado con los gemidos de la persecucion ó con los gritos del combate. Ni se vence allí con fatigas y trasudores, sino que pacíficamente se reina. Vivir con lo que significa de más absoluto la palabra vida; gozar con lo que tiene de más puro y embriagador la palabra goce; amar con la mayor plenitud y alcance que es dado concebir en la palabra amor. Hé aquí lo que me promete Dios; hé aquí lo que me reserva.

¡Gracias, Corazon de mi amado Jesús, gloria de los bienaventurados, sol esplendente de la felicísima ciudad de Dios! Gracias por esos dones que por Vos esperamos, y que mediante vuestra gracia y nuestras obras estamos seguros de poseer.

Medítese unos minutos.

II.

Alza, alma mia, alza los ojos á ese cielo azul tachonado de estrellas por la noche, y de dia radiante de claridad; álzalos y contempla allí tu patria, el dulce hogar de tu Padre, la mansion feliz que en breve, muy en breve, sí, va á ser tu patrimonio. Esa region maravillosa de paz, felicidad y eterna bienandanza, con sus Angeles y Santos, con la Reina gloriosa de ellos, María, con la Humanidad resplandeciente de Cristo, con la augusta majestad de la Trinidad beatísima, todo, todo es para tí. Ensancha tu corazon, extiende como el mar tus deseos, dilata hasta los más remotos confines tu imaginacion, sé codiciosa hasta donde quepa serlo á tu más exigente anhelo; todo excederá tus esperanzas, todo sobrepujará tu ilusion. No bienes perecederos que la muerte arrebata; no amores inconstantes que la edad marchita y la ausencia entibia; no fortuna incierta y veleidosa que á la menor vicisitud se cambia; nada de eso con que prometiéndote el mundo hacerte feliz te hace profundamente desgraciado; nada de eso será allí tu felicidad. Dios mismo será tu recompensa. Contempla la grandeza de tu porvenir, lo magnífico de tus esperanzas. Enciéndete en ardor de poseerlas, y rinde gracias mil al Corazon divino cuya es la gracia que te las ha de proporcionar.

¡Oh sagrado Corazon de mi buen Jesús! No quiero aguardar á que reciba vuestro soberano don para mostrarme agradecido. El hijo que lee consignado en el testamento de su padre su heredamiento, no espera á darle gracias el que esté ya en posesion del patrimonio. No, aquella página en que se le promete, equivale ya para él á un título de posesion. Y esta página la habeis escrito Vos repetidas veces en vuestro testamento, y en ella cien veces me habeis nombrado á mí, á mí, gusanillo infeliz, heredero de vuestra gloria. ¡Gracias, soberano Señor, gracias! Os las tributamos aquí rendidas y amorosas en este último dia de vuestro devoto mes, y anhelamos todos los aquí presentes reunirnos con Vos en el cielo para cantároslas allí en union del Padre y del Espíritu Santo, á quien sea toda alabanza, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amen. Amen.

Medítese y pídase la gracia particular.

LA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA.

SAN Juan! ¡san Juan! ¡El de la alegre velada, el de las populares fogatas, el de las deliciosas verbenas! ¡San Juan, el buen san Juan! ¿Cuál es el secreto de ese tu nombre para que al acercarse tu fiesta excites en los corazones tan general movimiento de alborozo? ¿Por qué es *noche buena* la noche de tu Natividad, como la de la Natividad de Jesús? ¿Qué tiene, en efecto, de particular en la historia del mundo este niño para que lo celebre todo él con tan espontáneos regocijos?

Porque si doy una ojeada sobre la faz del globo, véole en tal dia unánimemente preocupado con la idea de este aniversario, que lleva poco menos de dos mil años de fecha. El judío, el mahometano y el protestante compiten con los hijos de la única verdadera fe en solemnizarlo; la gloria de Juan no han sido bastantes para oscurecerla los más negros vapores de la herejía y de la infidelidad; su fiesta, como la del Nacimiento de Jesús, más que una fiesta de Religion, ha venido á ser como una fiesta del género humano. ¿Por qué?

En su título lleva Juan la explicacion. Juan es el *Precursor* de Jesús. Precursor significa, el que precede ó va delante de otro como para anunciar su inmediata aparicion. Juan apareció seis meses antes de Cristo, como el heraldo ó paje de armas aparece algunos pasos delante del monarca en los dias de gran gala. Por él se conoce la presencia del Señor, áun antes de vérsele, y los pueblos al mirarle sueltan regocijados el primer *viva,* y con más fuertes latidos del corazon exclaman: ¡Ya está aquí!

Dios al enviar á su Hijo al mundo, rodeado de humillaciones y abatimientos, no quiso sin embargo que careciese de esta pompa real de ser anunciado con anticipacion. El Hijo de Dios, Jesucristo, apareció sobre la tierra á los cuatro mil años de la creacion del mundo, y durante estos cuatro mil años no cesaron de vaticinarle constantemente gran número de hombres enviados por Dios ya al pueblo judío, ya al gentil, á fin de que nadie se viese privado de tan halagüeña esperanza. Los Profetas, de cuyos escritos puedes enterarte cuando gustes, entretuvieron con ella á la huérfana humanidad, delineando á grandes rasgos la hermosa figura del Redentor que un dia debia serle dado; de suerte que el mundo tuvo como un retrato exacto del Mesias muchos siglos antes de que Éste apareciese. Llegóse al extremo de fijar por años el de su nacimiento, la ciudad de su cuna, la condicion de su Madre, las circunstancias precisas de su muerte. Todo lo escuchaban atónitos los pueblos, y recogian estos datos, y guardábanlos cuidadosamente en su memoria, que memoria de los pueblos es la tradicion, y crecian cada dia el ansia y el suspiro, y avivábase la confianza, y convertíase para aquellos cristianos anticipados en verdadera seguridad, he dicho poco, en verdadera fe, fe que no sólo alentaba y consolaba sus corazones, sino que justificaba y salvaba sus almas. ¡Cierto que Dios quiso desplegar en este punto verdadera grandeza, verdadera prodigalidad, verdadero lujo de anticipados honores para con su glorioso Primogénito, sin duda para compensarle la pequeñez y bajas apariencias de su vida mortal!

Pues, llegada ya la época definitiva de su aparicion sobre la tierra, pareciéronle pocos los mensajeros que durante cuatro mil años habia enviado á los hombres para anunciársela. Fué escogido para este encargo un personaje especial.

Y con tales condiciones debia éste presentarse, que por si solas indicasen ya la proximidad del otro Personaje que le seguia. Debia ser como el paje de armas que más arriba acabo de citar. Este fué Juan.

Juan anuncia á Cristo, no sólo con palabras como los otros Profetas, sino con obras, con el conjunto de su vida en todo análoga á la del Salvador.

Nace seis meses antes que él; su alumbramiento es vaticinado y notificado por Gabriel como el suyo, y causa en las montañas de Judea igual conmocion y regocijo que los que debian tener lugar poco despues en las cercanías de Belen. Su nacimiento es un prodigio, no siéndole obstáculo la esterilidad y ancianidad de Isabel, como no se lo fué á María su purísima virginidad. En vida oculta y escondida consume los treinta primeros años de su existencia; nadie sabe de él, ni de él nos hablan los Evangelistas, como tampoco hablan de Jesús en aquel mismo período en que quedan ambos como eclipsados. A los treinta años salen los dos, uno de su retiro de Nazaret, otro de sus soledades del Jordan; pero Juan, conforme á su oficio de Precursor, sale antes que Jesús. Truena su voz en las márgenes de aquel rio, síguenle las turbas, incrépanle los fariseos, acéchanle palaciegas envidias, habla con libertad á pobres y á poderosos. Hay quien le cree el Mesías, tan parecida le es su fisonomía, cuando no es sino su imágen: hay quien escucha su predicacion como la buena nueva prometida, cuando en realidad no es más que su prólogo. Bien claro lo dice él: «Está para venir otro más poderoso que yo, al cual no soy digno de desatar la correa de sus zapatos.» Clama por la verdad, y la echa sin rodeos en el estrado de los palacios, donde es enojosa, y como Jesús muere por ella. Todo esto á semejanza de Jesús, pero siempre unos meses antes de Jesús. Tal era su única mision, como la del crepúsculo preceder al dia, como la de la aurora anunciar al sol, como la del paje de armas abrirle paso al monarca, llamando sobre él la expectacion general, mostrando sobre el pecho propio las insignias y la divisa suyas, pregonando su nombre, como para que empezasen á descubrirse y postrarse á su paso las generaciones.

Hé aquí, pueblo mio, por qué te regocijas en esta fiesta, Es, en efecto, fiesta alegrísima y por todo extremo popular la del bendito san Juan Bautista. En ella parece aún cumplirse despues de mil ochocientos años la palabra con que anunció el Angel á Zacarías el nacimiento del ínclito Precursor: *Et multi in nativitate ejus gaudebunt:* «Muchos, dice, se regocijarán en su nacimiento.» Y se regocijaron, en efecto, cuando éste tuvo lugar en las montañas de Judea, y se regocijan aún por todo el mundo diez y nueve siglos despues.

La misma Iglesia, á pesar de su ordinaria severidad, mézclase en este universal regocijo de sus pueblos, como lo más conducente para la digna celebracion de esta festividad.

Y porque fué Juan el precursor de Cristo para alumbrar y preparar los caminos delante de Él, por esto celebra su nacimiento como celebra el de Jesús, y el pueblo cristiano se asocia muy bien á este espíritu celebrando en Junio *Noche buena* de san Juan, como en Diciembre celebra la del divino Mesías.

¡Qué hermoso evangelio el de este dia! ¡Qué pintoresca descripcion! ¡Qué animado relato!

«Llególe, dice, á Isabel el tiempo de su alumbramiento, y dió á luz un hijo. Y supieron sus vecinos y parientes la gran misericordia que Dios habia hecho con ella, y no cesaban de darle enhorabuenas. Y el dia octavo vinieron á la circuncision del niño y querian llamarle Zacarías, del nombre de su padre. Pero su madre, oponiéndose, dijo: «No, no, sino que «ha de llamarse Juan.» Y le replicaban: «¿No ves que nadie «hay en la familia que tenga ese nombre?» Al mismo tiempo preguntaban por señas al padre del niño cómo queria que se llamase. Y él pidiendo recado de escribir escribió así: «Juan «es su nombre.» Lo que á todos llenó de admiracion. Y al mismo punto recobró el habla y usó de la lengua y empezó á bendecir á Dios. Con lo que un santo temor se apoderó de todas las gentes comarcanas, y divulgáronse todos estos sucesos por todo el país de las montañas de Judea. Y cuantos los oian los meditaban en su corazon, diciéndose unos á otros: «¿Quién pensais ha de ser este niño?» Porque verdaderamente la mano del Señor estaba con él. Y Zacarías su padre se llenó del Espíritu Santo, y cantó como profeta, diciendo: «Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visi«tado y redimido á su pueblo.»

Merecida tiene el evangelista san Lucas la fama de diestro pintor con que nos lo presenta la tradicion más antigua. Por este bellísimo trozo de incomparable narracion se ve que sabia pintar no menos con la pluma que con el pincel.

El espíritu que en este cuadro palpita vive todavía en la presente fiesta. Las alegres fogatas que al anochecer de tal víspera coronan las montañas y alumbran nuestras calles y plazas no parecen sino un reflejo del popular alborozo con que fué saludado por los vecinos de Judea el nacimiento del niño Juan. Los siglos pasan, y estos hermosos recuerdos del género humano, que son como sus tradiciones de familia, perseveran vivos y brillan con todo su fulgor. ¡Celebremos, como nos han enseñado nuestros mayores y como quiere la Iglesia, la regocijada fiesta de san Juan!

SAN PEDRO Y SAN PABLO, APÓSTOLES.

La historia de la Roma gentil comienza con los nombres de Rómulo y Remo, fundadores de ella; la de la Roma cristiana con los más gloriosos de Pedro y Pablo, que allí asentaron la dominacion cristiana.

Los primeros, hijos de deshonestidad, jefes de atrevidos bandoleros, raptores y homicidas, pusieron los cimientos de un imperio, poderoso es verdad, pero terreno, material, feroz y brutalmente avasallador como las pasiones á que debió su orígen.

Los segundos, criados en la doctrina de Cristo, hermanos por el apostolado y el martirio, con un báculo por cetro y una cruz por arma de conquista, dejaron establecido el imperio de la fe bajo la supremacía de Roma, más durable que aquel otro, más vasto, más influyente, más glorioso.

No hay en la historia ejemplo de otra institucion como ésta. Muchas dinastías hemos visto acabar desdichadamente en un patíbulo. Ninguna empezar por él. Así todo es en la Iglesia anormal y humanamente absurdo, porque todo es celestial y prodigiosamente divino.

Vedlo sino. Pedro y Pablo, cuyas reliquias descansan diez y nueve siglos há bajo las bóvedas de sus respectivas basílicas, no son (humanamente considerados) más que dos reos oscuros, pobres judíos, ajusticiados como otros mil por el cruel Neron.

Hemos visitado, á la vez con terror y consuelo sumos, aquella espantosa cárcel Mamertina en que estuvieron encerrados los dos Apóstoles antes de morir, y de donde salieron para el suplicio. El origen de aquella sombría mazmorra se remonta á los primeros tiempos de la Roma gentil. Toda la historia del imperio romano y de su república y de su primitiva monarquía ha desfilado, por decirlo así, ante aquellos ennegrecidos muros. ¡Cuántas víctimas han gemido en su horrible fondo! ¡Cuántos príncipes y generales prisioneros de guerra! ¡Cuántos reos de Estado y caudillos de vencidas revoluciones! Y sin embargo, nadie salió de allí más que para morir y ser luego olvidado. ¿Qué extraño destino fué el de esos dos reos cristianos, que, al revés de los otros, murieron, sí, al salir de ella, pero fué para dejar firme y sólida y eternamente establecido lo que con su muerte se queria acabar?

Quien tan ciego esté que no vea la divinidad de la Iglesia en su autor Cristo y en las páginas del Evangelio, véala por lo menos, ó por lo menos sospéchela en ese fenómeno que le apuntamos. De una cárcel salió á dominar en todo el universo la Iglesia de Dios.

Y decidme ahora: ¿quién despues de esto extrañará que desde una cárcel pueda seguir dominándolo hoy? Pierden, pues, el tiempo los que del Vaticano cercado de guardias y asediado por el incesante aullar de las sectas quieren hacer la cárcel del Pontificado. Cárcel será, pero no de más espesos muros que los de la Mamertina. Y pues éstos no ahogaron en gérmen la vida del Pontificado, no la ahogarán hoy aquellos en la plenitud de su desarrollo. ¡No será ahogada, no, allí la voz de Pedro que todavía ejerce sobre el mundo su magisterio inmortal! ¡No será arrancada, no, la fe de Pablo que el glorioso Apóstol predicó y dejó regada con su sangre fecundísima! Diez y nueve siglos há están pasando sobre el suelo de Roma tiranos, bárbaros, herejes, demagogos y falsos soñadores de pagana restauracion. Ninguno de ellos hace más que pasar sobre aquella tierra de la que Pedro y Pablo tienen tomada posesion eterna. Nadie arraiga allí, más que el trono de los oscuros galileos que en prenda dejaron allí su sepulcro.

Lo de hoy ¡válganos Dios! lo de hoy es una de tantas borrascas como allí se han sucedido y hasta el fin de los siglos se sucederán. Borrascas furiosas, sí, pero pasajeras; borrascas que azotan el árbol y esparcen algunas hojas de él, ó desgajan alguna que otra rama, pero que no logran hacer vacilar el tronco perpetuamente inmóvil.

Desde Neron que crucificaba á Pedro y decapitaba á Pablo, hasta los tiranos que hoy no llegan á ser viles parodias de aquel gran perseguidor, cada persecucion es un triunfo más para la Iglesia, cada embestida de sus enemigos un nuevo certificado que le dan de su incontrastable solidez.

¡Bien asentada la dejó sobre los firmísimos cimientos de Pedro y Pablo la mano de su divino Fundador.

Supongamos, lector amigo mio, que un pobre barquero de nuestras playas, zafio, ignorante, sin cuartos y sin letras, tiene un dia la ocurrencia de hablar para sí en los siguientes ó parecidos términos:

«Soy pobre, poco menos que un mendigo; ignorante casi, casi, como un niño; tosco como el maderaje de mi barca de pescador. No he cruzado otros mares que los de esta mi playa, ni he visto otros puertos que esta modesta cala de mi pueblo natal, ni he admirado otras ciudades que las casas de mi aldea. No he tratado con otros personajes que con mis compañeros de oficio, y con mi mujer, y mis padres y mis hijos, ni he tenido nunca otros pensamientos ni otra ambicion que pescar algo de noche para sacar unos pocos cuartos de dia, y ganar así con mis sudores un mendrugo de pan duro y moreno, el pan del pescador.

«Sin embargo, se me antoja ahora un proyecto singular. ¿Cuál es hoy dia la Corte más poderosa en Europa? Oí decir que es Berlin, capital de Alemania. Allí reina un poderoso

Emperador que ha conquistado con sus ejércitos grandes provincias, y ejerce sobre todas las demás naciones una autoridad y preponderancia sin límites. Voy, pues, á Berlin.

«¿Y á qué? A propagar allí unas ideas y unas máximas contrarias en todo á las ideas y á las máximas de aquel país, y á las que favorece y apoya con su formidable poder aquel Emperador. A decirle á él que anda equivocado; que el dios que adora no es el verdadero Dios; que la ley que profesa no es la verdadera ley; que es necesario volver todo lo de abajo arriba y todo lo de arriba abajo; que se ha de seguir una religion nueva, áspera y mortificante, y que todos, desde el emperador hasta el mendigo, me han de obedecer á mí, que soy el jefe de esta nueva creencia.

«¿Y con qué elementos cuento? Con ninguno, si va á decir verdad; con un báculo para apoyarme, un zurron de mendigo en las espaldas, unos labios toscos para predicar, y una cabeza que perder el dia en que dicho Emperador, cansado de oirme, me mande decapitar tan sencillamente.

«¿Y con qué esperanzas? Con la esperanza digo mal, con la seguridad de alcanzar mi propósito; es decir, de establecer allí mi extraña doctrina, obligar á todos á seguirla, y hasta arraigar en aquella misma Corte un nuevo trono para mí y para mis sucesores. Sí, porque tendré sucesores. Y los tendré cien años, y doscientos, y quinientos, y mil ochocientos hasta la consumacion de los siglos. Y aquel Emperador con todos los suyos habrá desaparecido, y apenas quedará de él memoria sobre la tierra, y los mios sobrevivirán aún. Y eso á pesar de que lo primero que hará aquel Emperador será ajusticiarme como se ajusticia á un malhechor ordinario.»

¿Qué dirian mis lectores á un pobre barquero de nuestras playas á quien le oyesen semejantes despropósitos? «¿Con que, tú has de ir á Berlin, y persuadir cosas tan extrañas á aquel pueblo, y derrocar á aquel Emperador y al canciller Bismark por añadidura, y reinar despues de él y en su propio trono, y eso despues que él te haya hecho colgar de una horca?» Os reiriais, lectores mios, de aquel pobre mentecato, y por hacerle gran favor, buscariais para él una plaza en un manicomio. Los más benévolos le llamariais soñador, y le pediríais os contase sus planes disparatados cuando quisiéseis divertiros un poco. ¿No es así?

¡Sueños! ¡sueños! Y sin embargo, sueños hay que verdades son, dice el refran, y lo que son sueños para los hombres, son á veces para Dios espléndidas realidades.

Dejemos las vaguedades de la suposicion, y vámonos derechitos al terreno firme y llano de la historia. ¡Hechos, hechos!

¿Quién era Pedro? Un rústico barquero de las playas de Galilea, más rústico y pobre é ignorante que los barqueros de las playas de nuestra patria.

¿Qué se le metió en la cabeza á ese barquero? Poca cosa. Dejar su barca; irse á Roma, ciudad cien veces más poderosa que Berlin de nuestros dias; hablar allí alto y claro á un poderoso emperador llamado Neron por más señas (¡vaya un nene!); decirle poco más ó menos que venia á volver lo de abajo arriba y lo de arriba abajo; predicar el descrédito de sus afamados dioses, y el culto de un nuevo Dios clavado por toda recomendacion en un cadalso; establecer allí su trono y proponerse reinar en él, áun mil años y dos mil años despues que habria caido del suyo el Emperador y sus sucesores. ¡Preciso es confesar que se le metieron en la cabeza á Pedro el barquero cosas muy originales!

¿Y las emprendió? Como dos y dos son cuatro. Y no sólo las emprendió, sino que las realizó. Sin humana instruccion empezó á confundir á los sabios, sin elocuencia empezó á persuadir á los pueblos, sin armas empezó á vencer á los emperadores, sin riquezas empezó á edificar templos. Ahí teneis su obra. La Roma cristiana de nuestros dias, con sus magnificencias, con su dominacion universal sobre los corazones, con su dinastía de más de doscientos príncipes sucesores suyos, todo esto es obra de él, del pobre barquero, del loco pescador, del soñador de Galilea.

¿Y qué fué de su persona? Claro; lo que habia de ser. Que á las primeras palabras cogiéronle en sus garras los satélites del Emperador, y dieron con él en la cárcel de los criminales, y de allí le llevaron á morir. Y no obstante, él aseguraba que de este modo habia de vencer, y todo el mundo se reia del pobre loco; y el loco, no obstante, tuvo razon. Ya lo habeis visto. Venció, y los suyos reinan todavía.

¡Qué misterios tan estupendos ofrece la naturaleza! Y son nada aún en comparacion de los que ofrece la historia. ¿Y quién podrá explicar estos misterios de la historia, sobre todo si se empeña en no reconocer en ella el resorte principal, la mano de Dios?

Si hay algun incrédulo que me lea, suplícole me explique esta página de la historia. Pedro barquero atacando el formidable poder de los emperadores de Roma pagana. Los emperadores de Roma pagana aplastando á Pedro en sus primeros pasos como es aplastado un gusanillo de la tierra bajo la pisada de un gigante. Y sin embargo, el gigante con su formidable poder desapareciendo en pocos años de la escena del mundo, y el infeliz pescador, el mísero gusanillo ocupando el lugar del gigante y reinando en su misma capital en un trono que dura ya diez y nueve siglos. Suplícole á ese pobre incrédulo que me diga si estos hechos son ó no son verdad; y en caso de serlo como no puede negarlo, que me saque de dudas; pronto, pronto, que me resuelva cómo pudo hacerse todo esto si no lo ha hecho Dios. Y si lo ha hecho Dios, poniéndose en contradiccion con todo lo que suele suceder en tales casos, invirtiendo todas las leyes históricas, trastornando todos los cálculos humanos, haciendo de sueños ridículos magníficas realidades, entonces habrá de confesar que en el establecimiento de nuestra sacrosanta Religion hay siquiera un milagro, el milagro histórico de su establecimiento sobre la tierra. Y si tiene algo de lógica ó de buen sentido, habrá de confesar que una religion cuyo cimiento es el milagro ha de ser por consecuencia la única verdadera Religion.

Tales recuerdos y enseñanzas sugiere la solemnidad presente, aniversario de la muerte de Pedro el primer Papa. Púsole Dios como primera piedra al edificio visible de la Iglesia, y todavía se está firme allí donde le puso diez y nueve siglos há la mano de Dios. Sueño parece todavía hoy como lo parecia á los sabios de los primeros tiempos. Sueño parece, y sin embargo hoy como entonces es magnífica realidad. Así obra Dios. En cambio los cálculos de los hombres, sus fastuosas empresas, sus colosales proyectos desaparecen como el humo; sus realidades suelen no ser otra cosa que hermosos ensueños. Así obran los hombres.

El que sabiendo todo esto se muestra aún alarmado y desconfiado por las vicisitudes del porvenir, manifiesta, lector amigo, tan poca fe como poca razon. Dejemos obrar á Dios para admirarle. Dejemos obrar á los hombres para compadecerles. ¿Qué es la historia pasada y presente, y qué será la futura sino el relato oficial de los sueños vanos de los hombres y de las magníficas realidades de Dios?

Decididamente hay que confesar además, amigos mios, que ó la barca ó el barquero han salido cosa superior en el ramo, segun se rien siglos há de escollos y tempestades.

Comprenderán todos, si no lo han comprendido ya, que hablo de la barca de Pedro, es decir, de la Iglesia católica, apostólica, romana, que es la susodicha barca, como mil veces habrán oido relatar en libros y sermones.

Y cuenta que no se la llama con el término genérico de buque, ni con los especiales de navío, fragata ó bergantin. Barca se la llama, conforme al oficio de su dueño, que no fué almirante ni capitan, sino simplemente barquero y pescador de los más llanos; barca, es decir, lo más humilde y ruin que se conoce en la navegacion, lo que con sólo nombrarlo trae á la memoria una quilla más ó menos carcomida, palos y vela con más de un remiendo, horror á los viajes en alta mar, frecuentes naufragios junto á la misma costa. Barca se la llama, y convengamos en que la metáfora, algo más que humilde, hasta pareceria á alguien, que no estuviese en el secreto, indigna y depresiva.

Y barca, no obstante, hay que seguir diciendo como siempre, aunque no sea más que para dejar acreditado una vez más aquello de san Pablo, celestial maestro de divinas paradojas: *Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia.*

Porque sino, échense á discurrir y á navegar por esos mares de la historia adentro, y consideren cuánto navío Real de soberbios castillos y de elevados mástiles se ha lanzado á viajar por ahí, con arrogantes títulos en la proa, izada á todos los vientos gallarda bandera, desafiando vientos y arrecifes... y sin embargo, á lo mejor dió con ellos al través cualquier golpe de mar, ó los pasó por ojo el enemigo con quien menos contaban encontrarse en el camino de sus triunfos. Llenos están las costas de sus restos despedazados, y la barca de Pedro entre tanto ¡oh! la barca ésta boga confiada y tranquila, como cuando por vez primera la botó al agua desde el Cenáculo de Jerusalen el soplo del Espíritu Santo!

Y no está aún ahí toda la rareza del caso; sino que se observa que cuantas veces la humilde barquilla tropieza en su marcha con uno de esos buques de gran calado, no es ella la que se va á pique, sino éstos quienes empiezan al punto á hacer agua por todos lados, ó no sé yo por dónde; hundiéndose á la corta ó á la larga, sin que les valga dar á la bomba con todas sus fuerzas. Así hemos visto salir brillantemente empavesados y muy luego desaparecer, como una cáscara de nuez en el océano de los siglos, navíos tan arrogantes como el que en los tres primeros siglos se llamó *Imperio romano*; y el que en el cuarto y quinto y sexto se llamó *Arrianismo*; y el que en los siguientes se llamó *Mahoma*, y fué de valeroso empuje; y el que hace poco asombró al mundo, y se llamó *Napoleon el Grande*, y fué á parar deshecho á Santa Elena; y el que en nuestros propios dias metió en zafarrancho á no pocos, y se llamó *Napoleon el Chico*, y zozobró miserablemente en Sedan. Y la barca ruin, por ellos despreciada y mil veces embestida, la barca del Pescador, gobernada por débiles manos, frágil, desvencijada al parecer, siguió bogando, bogando, como si la arrullasen suavemente brisas primaverales en vez de los huracanes que en torno suyo desataba la rabia del infierno.

Ahora mismo, hoy, en estos momentos, ¡cuánto buque formidable, acorazado y llenos sus puentes de inmensa artillería cruza orgulloso los mares en son de guerra contra la barca tímida del Pescador, que en frente de tales colosos no debería siquiera atreverse á desplegar su humilde vela! Así discurriría el mundo, así lo resolverían de plano su prudencia y su sabiduría. Y sin embargo, ¡medrados andaríamos si no fuese muy otra y no juzgase de otro modo la sabiduría de Dios! Dejad, dejad que naveguen viento en popa los soberbios y los engreidos de hoy; dejadlos con sus pomposos títulos, y sus bandas de cañones, y sus altivos gallardetes, y el admirable, inconmensurable, prodigioso talento de sus pilotos. Veréis como á lo mejor se les oscurece el cielo, y pierden la brújula, y andan sin tino, y embarrancan miserablemente quizá, no en peligrosos escollos, sino... en cuatro granos de arena, para mayor ignominia suya. Y veréis como la barca del Galileo sigue su derrotero inmortal', hasta tocar á puerto feliz en las playas eternas.

Pues en achaque de navegaciones, figúraseme á mí, aunque lego en el arte, que son gran cosa las condiciones marineras del buque; pero se me antoja tambien que deben de tener todavía mayor importancia la destreza y energía del que va al timon. Vieja podrá serlo nuestra barca; humilde tambien; mal aparejada de humano atelaje, así, así; pero el Barquero... ¡oh! ¡el Barquero! ¡Mal año para quien se ponga con él en luchas y competencias! Atrevidillo, tanto que podria creerse se goza en meter en golfos y malos pasos su embarcacion, por el solo gusto de acreditar maestría; blando y amoroso para quienes le pidan acogimiento; pero recio y de dura condicion para quien pretenda disputarle el dominio de los mares y el señorío de su Real pabellon. ¡Es barquero como Él solo!

Fiad de la barca, amigos mios, que monta tal Barquero, y luego... ¡venga temporal!

LA VISITACION DE NUESTRA SEÑORA.

JUNTO con la gloriosa embajada que la elevaba á la dignidad de Madre de Dios, habia recibido María de boca del Angel la feliz nueva del próximo alumbramiento de su prima Isabel, á quien habia querido probar el Señor con una esterilidad de muchos años. La caridad que ardia en el corazon de la Virgen y una inspiracion celestial guiaron luego sus pasos á la casa de Isabel, sita en las montañas de Judea, debiendo de consiguiente emprender con este objeto un pesado viaje desde su morada de Nazaret. Entró, pues, María, en casa de su parienta, y la saludó, y fué tal el poder de sus palabras y de la presencia augusta del Hijo de Dios que llevaba en su seno, que Isabel sintió dar saltos de gozo á su hijo en el suyo; y dirigiéndose arrebatada del Espíritu Santo á María, cuya sublime dignidad le acababa de ser revelada, exclamó: «Bendita seas tú entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿De dónde á mí tanta honra, que venga á visitarme la Madre de mi Dios? Porque apenas ha llegado tu voz á mis oidos, mi hijo ha dado saltos de júbilo en mis entrañas. ¡Dichosa tú que has creido fielmente, porque se cumplirán en tí todas las cosas que te ha dicho el Señor!»

Sublime elogio dictado por la admiracion y el entusiasmo, al cual contestó la Vírgen Madre, refiriendo á Dios toda alabanza y toda gloria con aquellas nunca bien ponderadas palabras de su cántico: «Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ha puesto los ojos en la humildad de esta su esclava, por esto me llamarán dichosa todas las generaciones. Porque ha obrado en mí cosas grandes el que es poderoso, y santo es su nombre. Y su misericordia de generacion en generacion sobre los que le temen. Hizo poderoso su brazo, apartó los soberbios del pensamiento de su corazon. Destrozó á los poderosos y ensalzó á los humildes. Llenó de bienes á los hambrientos, y á los ricos dejó vacíos. Recibió á Israel su siervo acordándose de su misericordia. Segun lo que prometió á nuestros padres, á Abrahan y á su descendencia por todos los siglos.»

María permaneció en casa de Isabel tres meses, esto es, hasta el nacimiento del Bautista, que le debió su santificacion áun en el seno de su madre. Allí puede figurársela nuestra imaginacion, solícita y hacendosa en el desempeño de las obligaciones domésticas, siempre pronta á todos los quehaceres, áun á los más humildes, sin que la conciencia de su propia dignidad y de los sublimes destinos á que la conducia la Providencia, fuesen parte para retraerla de servir en todo á su prima con amor y sencillo agrado, sin afectacion ni altivez, cual si fuese esta tarea su única mision sobre la tierra, cual si no debiese ser un dia la que á tales oficios se entregaba la única Reina y Señora de los Angeles y de los hombres.

EL SANTO ESCAPULARIO.

Con esta palabra se entiende siempre designar la espiritual divisa de la insigne Orden Carmelitana, por ser el Escapulario de ella el que dió tipo y norma para todos los demás que despues se han usado en la Iglesia de Dios. Del mismo modo que cuando se habla de la venerable Orden Tercera se quiere significar, aunque otra cosa no se diga, la del santo Padre Francisco de Asis, que fué la que sirvió de modelo á cuantas Ordenes Terceras se han erigido despues.

Es entre todas las Ordenes religiosas una de las más distinguidas la insigne Orden Carmelitana ó del Monte Carmelo. A la antigüedad de su fundacion, que no sin graves motivos se hace remontar al santo Profeta Elías, añade los inmensos servicios que ha prestado á la Iglesia de Dios y lo que ésta la ha tenido siempre en especial consideracion. Mas sobre todo la enaltece la justa estima que ha logrado entre las clases todas del pueblo cristiano su santo Escapulario. Aún hoy, debilitada la fe y entibiado en muchos corazones, áun de los católicos, el amor en que deben tenerse siempre estas piadosas prácticas, el santo Escapulario comparte con el Rosario de Nuestra Señora el blason de la más universal popularidad. Aún hoy parece ser fiesta en todos los pueblos el dia del Cármen, aunque como tal no la haya preceptuado el Calendario cristiano, y son los altares más concurridos y más iluminados los de la Virgen del Carmelo, y son los colores de su hábito los que más usan en concepto de devocion y de ex-voto muchas personas piadosas. Y bajo sotanas y monjiles, como bajo trajes de seda y uniformes militares, la mística divisa del Escapulario cubre aún muchos pechos como celestial escudo, y mantiene en ellos como recuerdo santo el calor de la fe y de la devocion más acendrada á María santísima.

Prescindiendo, pues, de las grandezas y glorioso abolengo histórico de la Orden Carmelitana, que todo no lo podemos abarcar, dirémos algo ahora del santo Escapulario, parte que más de cerca atañe á nuestras relaciones con el pueblo, á quien principalmente nos dirigimos. Su orígen, su excelencia, las bendiciones que á él ha vinculado la promesa formal de la Madre de Dios, las gracias con que despues la enriqueció la generosidad de los Papas, los favores mil que ha logrado á sus devotos; todo eso reseñarémos breve y compendiosamente, y aunque muchos de nuestros lectores lo sepan ya, por haberlo oido cien veces predicar, se lo recordarémos para que lo tengan en mayor estima y aprecio. Y además les darémos de nuestro propio saco algunas contundentes razones con que pueden contestar á quien les hable en son de mofa contra tan hermosa devocion. Que los tiempos presentes obligan á que se miren y estudien siempre las prácticas devotas por este doble lado: por el de la piedad, para consuelo y fervor de los buenos; por el de la controversia, para cerrarles la boca á los impíos.

La misma Vírgen santísima es la autora del santo Escapulario. Sabida es la hermosísima historia (no leyenda, sino historia fundada en los documentos críticos más incontestables) del venerable Simon Stok, carmelita inglés, general luego de toda la Orden carmelitana, á quien se apareció la celestial Señora, donándole, con raro y nunca antes oido privilegio, la insignia del santo Escapulario con estas palabras que expresan toda la importancia del don: «Recibe, muy amado hijo, recibe este Escapulario, insignia y divisa especial de tu Orden y de mi Hermandad, privilegio singular y exclusivo para tí y todos los Carmelitas. Cualquiera que muriese investido con él no sufrirá el fuego eterno. En él tienes bella consigna de salud, amparo en los peligros, prenda de paz y de eterna alianza.»

Documentos de la crítica más incontestable sacan, como hemos dicho, esta aparicion de la categoría de piadosa leyenda tradicional que para algunos pudiera meramente tener, para elevarla á la de verdad reconocida plenamente por la historia y sancionada por la suprema autoridad de la Iglesia, tan escrupulosa como todos sabemos, en estas materias. La serie de Romanos Pontífices que en seguida se apresuraron á dar toda clase de apoyo y firmeza á la devocion del santo Escapulario principia en Juan XXII, el cual en su famosa *Bula* refiere, bajo el sello papal, como se le apareció la Reina de los cielos, y le manifestó que su amor á los cofrades Carmelitas era tal, que no permitiria que los exactos observantes de esta Regla pasasen en el purgatorio más allá del primer sábado despues de su muerte, por lo cual se llamó á dicha Bula *Sabbatina*. Singular manera de jubileo otorgado á sus devotos por la bondad de la Madre de Dios, y que fué reconocido, no como mera piadosa creencia popular, sino como auténtica revelacion de la Reina de los cielos, por Alejandro V, Clemente VII, Paulo III, san Pio V y Gregorio XIII, que todos añadieron nueva sancion á la referida Bula de Juan XXII. Permitiendo Dios que, algunos siglos despues, poderosos émulos de la Orden Carmelitana trajesen en Francia cuestion sobre eso, llegándose el caso de que por alguna Autoridad inferior se pusiese en duda la autenticidad de tales creencias; lo cual provocó de nuevo el fallo irrecusable é inapelable de Roma sobre este particular. Lo cual más tarde repetido en Portugal, tuvo de parte de Roma igual definitivo desenlace. Como si á propósito hubiese querido Dios sujetar á juicio contradictorio este punto culminante de las glorias Carmelitanas, á fin de que más clara resaltase la solidez de los fundamentos canónicos de esta hermosa devocion. El último ponente, digámoslo asi, de las sagradas Congregaciones romanas en esta materia fué un teólogo de la talla del cardenal Belarmino, á cuya pluma se deben las lecciones del segundo Nocturno del rezo de la Vírgen del Cármen, que por órden del Papa le fueron encomendadas en sustitucion de las antiguas, para que en ellas, despues de nuevo y maduro exámen de este gran controversista, quedase plena y oficialmente consignada la revelacion del venerable Simon Stok y el contenido de la Bula de Juan XXII.

A lo cual debe añadirse la concesion de las innumerables indulgencias con que ha enriquecido la Iglesia la práctica de que tratamos aqui, última y más autorizada confirmacion de ella para cuantos sepan apreciar el valor que tienen tales datos de crítica eclesiástica.

Está, pues, en la categoria de las devociones más autorizadas y más formalmente reconocidas en la Iglesia de Dios la del santo Escapulario.

El elogio del santo Escapulario queda hecho con citar las memorables palabras con que se dignó acompañar la santísima Vírgen su entrega al beato Simon. De ellas se han deducido cinco como especiales prerogativas de esta espiritual divisa, por este órden:

1.ª El Escapulario eleva á todo aquel que dignamente lo usa al carácter de hijo y hermano y co-familiar de la santísima Vírgen. Tales son las primeras palabras de María á Simon Stok: «Recibe, hijo mio, el Escapulario de tu Orden, divisa hermosa de mi *confraternidad.*» A quien la Vírgen otorga con tal investidura este título de cohermano suyo, ¿quién se lo podrá negar?

2.ª Hace participantes á cuantos lo visten de todas las obras buenas que se hacen en toda la Orden Carmelitana. Compréndese esta prerogativa en la anterior, pues haciendo el santo Escapulario de todos cuantos lo usan una verdadera espiritual familia, hácelos partícipes, como no opongan formal obstáculo, de un mismo espiritual patrimonio, en lo cual consiste el carácter verdadero de cohermandad.

3.ª Da derecho á innumerable suma de gracias espirituales abundantemente prodigadas por la Iglesia á cuantos tomen sobre sí esta devota insignia. Llenos están los sumarios de la Orden de la relacion de estas indulgencias, en las que apenas hay otra más rica, además de aquel insigne *jubileo* sabatino consignado en la Bula de Juan XXII y de que hemos hablado antes.

4.ª Es signo de especial alianza entre el cofrade y la Vírgen santísima, y prenda de eterna salvacion. Tambien las palabras dichas expresan este concepto en términos que varios autores no han dudado llamar al santo Escapulario una especie de sacramento de María, como que es signo sensible de la gracia de ella, acreditada además por innumerables hechos que constan en la historia debidamente justificados.

5.ª Es proteccion en los mismos peligros corporales, como tambien expresa la citada fórmula de entrega de la Madre de Dios, tambien justificada con repetidos casos, en que aparece clara su proteccion sobre los fieles devotos del Escapulario en sus necesidades, especialmente en lances de guerra y de incendios.

Tales prerogativas han dado muy justamente á la Cofradía del santo Escapulario los honores de la más hermosa popularidad. Hubo un tiempo, en efecto, en que pobres y ricos, jóvenes y ancianos, hacíanse como un deber llevar sobre su pecho esta divisa de María, para más acreditarle su amor y merecerse su proteccion. Hoy con ser más tibia la fe, y en consecuencia haber decaido como todas las demás esta piadosa práctica, conserva todavía ella uno de los más privilegiados lugares en el corazon del pueblo cristiano. Mas la impiedad hace tambien blanco de su rechifla esta devocion, y se burla de este *retazo de lana bendecida que imponen los Curas y en que creen los tontos.* A eso contestarémos ahora para concluir.

Si en el terreno de la controversia teológica propiamente dicha es facilísimo responder con poderosos documentos á cualquiera objecion que se haga contra el santo Escapulario, no lo es menos hacer enmudecer al racionalismo superficial y volteriano, que es el que más frecuentemente ataca en nuestros dias esta devocion.

«¿A qué (os dirán) ese retazo de paño bendecido, que imponeis con tantas ceremonias?»

Y bien, replicarémos nosotros; aunque no quiera ver vuestra frivolidad en el Escapulario más que un retazo de paño, solemnemente bendecido é impuesto, y devotamente aceptado, y piadosamente ostentado, ¿creeis que no hay bastante con eso para sacarle vencedor de vuestras necias é impertinentes cuchufletas? Es una insignia, es una divisa, es una prenda de uniforme: y ¿desde cuándo todas estas cosas no os han sido, áun en lo humano, muy simpáticas y muy respetables, oh hombres de dos pesos y dos medidas, que tan desigualmente y con tan opuestos criterios juzgais de lo vuestro y de lo de la Religion?

Os morís por una cinta ó por una placa, y cometeis tal vez por alcanzarla mil bajezas, y os haceis héroes de ridícula vanidad femenil por lucirla en concursos y paseos; y ¿qué es ésta más que un retazo de seda, que si alguna vez vale algo cuando algo significa, frecuentemente no es más que testimonio de la perfecta nulidad de quien la ostenta?

¿No mandais al soldado que se haga matar en defensa de otro colgajo más ó menos desgarrado que suspendeis de una percha y que llamais bandera? Vidas á miles no le parecen precio demasiado subido al pundonoroso caudillo, para que no caiga ese giron de tela sucia y harapienta en poder del enemigo, porque es la divisa del honor, de la lealtad y de los más preciados intereses de la patria.

No parece estar el siglo por la nobleza, al menos por la verdadera; mas nada hay que seduzca tanto al más democrático ciudadano como la fatuidad de poder pintar en la portezuela de su coche ó en el membrete de su papel de cartas un escudo blasonado que le distinga de la comun y adocenada multitud. Fatuidad hemos dicho, y lo es cuando tales símbolos no representan un glorioso pasado y rica herencia de verdaderos merecimientos, sino pueril deseo de ocultar como con brillante tapadera un orígen tal vez ruin.

Decid ahora: aunque no fuese el santo Escapulario más que divisa, bandera, blason, ¿no tuviera bastante con eso solo para merecer más alta consideracion que la que en sociedad se tributa á las más hermosas divisas, banderas y blasones? Es divisa del amor de María, concedida por esta celestial Señora á sus más ardidos caballeros; es bandera de su fe y devocion ilustre en las batallas de muchos siglos; es el blason de una de las más ilustres familias del solar cristiano, cual es la vieja Órden Carmelitana. Decid, frívolos burladores de las cosas santas, sólo por el prurito de serlo: ¿qué puede oponer á esos títulos de respeto vuestra crítica, que por ser racionalista no llega ni á racional?

Callad, pues, y dejad buenamente al pueblo fiel que ama, cree y espera, dejadle dijo, en la pacífica posesion y goce de unos sentimientos que por desdicha vuestra no estais en el caso de comprender. Y siga el verdadero y exacto devoto de María amando y reverenciando y llevando sobre sí, con profundo cariño y celestial confianza, el santo Escapulario.

SANTIAGO, PATRON DE ESPAÑA.

SANTIAGO ó san Jaime es á la vez el Maestro, el Patron y el Símbolo de la nacionalidad española.

Que san Jaime es el maestro de España se comprenderá recordando que por él, antes que por otro alguno, fué instruida nuestra patria en la verdadera fe. En la reparticion que del mundo se hicieron los Apóstoles cúpole á Jaime, hijo mayor del Zebedeo, este noble país. En Zaragoza y junto á las corrientes del Ebro fundó su primera capilla y mereció ser consolado en ella con la visita corporal de la Madre de Dios, que le dejó en prenda su imágen sobre el histórico Pilar. Por él fueron instituidas las siete primeras Sedes episcopales y nombrados los siete primeros obispos. Más aún que Maestro puede ser llamado nuestro Padre, y muy adecuadamente se le aplican en su rezo aquellas palabras: *In Christo Jesu per Evangelium ego vos genui:* «En Cristo Jesús por el Evangelio os he engendrado yo.»

El ser hija suya espiritual esta tierra de España comprometióle á dar en favor de ella muestras de especialísima proteccion. En tal concepto es nuestro primer Patron el glorioso Santiago. Lo indicó escogiéndose aquí su sepultura. Santiago murió en Jerusalen, á donde regresó despues de haber dejado aquí establecidos los principios de la fe cristiana. Pero una misteriosa navecilla condujo á Compostela sus restos, y allí los ha guardado durante diez y nueve siglos la piedad española, y allí los ha visitado en continuas peregrinaciones todo el mundo, haciendo poco menos célebre su tumba de Galicia que lo es en Roma la de san Pedro y san Pablo. Y en nuestras batallas de la reconquista no nos faltaron señales visibles de esta su proteccion. Su nombre, unido al de España, fué el grito de guerra de nuestra Cruzada de ocho siglos, y todavía la fe de este pueblo le venera, no solamente con el libro y el bordon como á los demás Apóstoles, sino á caballo, levantada en alto la fulgurante espada, hollando cadáveres de moros abatidos bajo los ferrados cascos de su corcel.

Y bajo este concepto es el más adecuado símbolo de nuestra vigorosa nacionalidad. La España católica y creyente de veras, no puede estar mejor personificada que con este gallardo ginete que trae esclavina y conchas de piadoso peregrino, pero á la par armas defensivas y ofensivas de valeroso caballero. Sí, porque eso ha sido siempre España, un apóstol armado. Apóstol-soldado ó soldado-apóstol; como querais. No para predicar y establecer con las armas su fe, que ésta le cuesta á ella harta sangre de sus mártires; sino para defenderla valerosamente cuando, despues de establecida por medio de la pacífica predicacion y del martirio, la ha visto necesitada de un brazo de hierro para su seguridad. Extiendo sobre toda nuestra historia una rápida ojeada, y hallo que hasta el siglo pasado todas las guerras de España han sido guerras de Religion. Es necesario llegar hasta Felipe V para encontrar una en que se ventilen intereses meramente humanos. En todas las demás, inclusas las que hemos tenido despues hasta nuestros dias, la idea religiosa ha entrado como elemento principal. ¡Gran pasado el nuestro y tal vez gran porvenir! ¡Razon tiene el infierno para aborrecernos como nos aborrece y para maltratarnos como nos maltrata! ¡Si sabe él que en el camino de todas sus malvadas conquistas nos ha encontrado siempre á nosotros interceptándole el paso! ¡Si presiente quizá que de nuestras espadas católicas ha de recibir un dia el golpe fatal!

¡Animo los hijos del Hijo del trueno! ¡Adelante los discípulos del Apóstol-soldado! ¡Valor y constancia los eternos campeones como él de la católica fe!

¡Santiago Apóstol, Padre, Maestro, Patron y Símbolo histórico y providencial de nuestra patria, dadnos favor!

O como os canta en sentida súplica la Iglesia española en esta vuestra festividad:

Freti tuo nos pignore,
Largum tuo te munere
Rogamus omnes, ut tuæ
Spe protegas præsentiæ.

Es fecha lúgubre para todos los católicos de Cataluña, donde estas líneas escribimos, la fiesta de Santiago Apóstol, porque aquel dia escogió la Revolucion en 1835 para el incendio de nuestros Conventos y matanza general de nuestros Religiosos. No hay familia catalana honrada que no recuerde aún en su hogar este horrendo aniversario, ni padre católico que no procure transmitir á la memoria de sus hijos esta tradicion infausta, acompañada de la execracion contra los desdichados autores del atentado y contra la impía secta en cuyo nombre se ejecutó.

Aquella bella y amorosa noche de verano que iluminaron en tantas partes los horribles fulgores del incendio que consumia asilos de la piedad, templos del verdadero Dios, casas de amigos del pueblo, joyas del arte y monumentos del saber; aquella dulce y espléndida noche canicular, cuyo silencio interrumpieron los salvajes aullidos de los asesinos y los ayes y últimas deprecaciones de tantas ilustres víctimas; aquella sangrienta noche que marca un límite de irreconciliable division entre la España antigua católica y honrada que en sus más preclaros hijos fué sangrientamente escarnecida, y la España revolucionaria enemiga de Dios y de su Cristo y de su Iglesia, que es la que aún desde aquella fecha nos oprime hoy; aquella lúgubre noche ¡ay! merece ser perpetuada en el recuerdo de los pueblos para que no la olviden jamás, ni olviden lo que significa para nuestros enemigos, ni olviden lo que eternamente para nosotros ha de significar.

Para ellos es un monumento de su odio feroz al Catolicismo y á los objetos más venerandos y queridos del pueblo español. Para nosotros debe ser como un lago de sangre, muro eterno de separacion entre los hijos de la antigua fe y los de la moderna secta revolucionaria.

Los destrozados restos de conventos y monasterios se levantan aún ostentando la huella del incendio en nuestras más pintorescas comarcas. En muchas villas y ciudades es todavía mayor la afrenta, porque los vemos convertidos en cuarteles, teatros y en otros centros peores aún. En más de una iglesia, conservando todavía la mística forma de tal, hemos visto nosotros bailar cada domingo durante muchos años seguidos á las turbas desenfrenadas de una gran ciudad. Los que fueron bienes del culto y de los pobres los retienen hoy en su poder manos codiciosas; la finca donada por la antigua piedad para el esplendor del tabernáculo sirve para mantener los vicios y el fastuoso boato de un improvisado ricachon. El pobre pueblo, en cuyo favor se dijo redundaria la iniquidad, ha de mirar hoy de lejos la hermosa granja monacal en que era antes admitido como un hermano, y desde la que le ladran hoy los perros como á un malhechor. ¡Y dirán todavía que es un misterio la aparicion y creciente desarrollo del socialismo!

Haceldama, hoc est, ager sanguinis, se llamó por los judíos el campo comprado con el precio de la sangre de Jesús. *Ager sanguinis!* hemos clamado más de una vez al atravesar con el anatema en los labios los cortijos de muchos *propietarios* del dia. *Ager sanguinis!* ¡Campo de sangre! ¡Viñedos de maldicion! ¡Quintas de ira! ¡Llamadores de todas las venganzas del cielo! ¿Qué importa se inventen para-rayos que neutralicen la electricidad de las nubes? ¿Se han inventado aún para-rayos para los rayos de la justicia de Dios?

Las casas religiosas lo eran para desagraviar de continuo la Majestad ofendida, así como para calmar los furores del pobre desheredado, con el bálsamo de su caridad fraternal. Hoy ni se levanta de la tierra la plegaria del solitario para desarmar los enojos del cielo; ni se interpone entre el rico y el pobre el consejo de paz del fraile para templar y neutralizar los perpetuos antagonismos de la tierra. Al revés. El profanado solar del convento irrita más al cielo con el espectáculo de la sacrílega usurpacion, y enfurece más á las masas embrutecidas con el tentador ejemplo de reparto que á todas horas les da. *Per quæ quis peccat per hæc punietur,* ha dicho Dios. O lo que es lo mismo: A cada cual le sirve de castigo su propio pecado. ¡Ay del siglo que vió tales escándalos! ¡Ay de la generacion que los cometió ó consintió ó usufructuó! No necesitan otros verdugos que los que les van saliendo, como víboras, de sus propias entrañas. ¡Lloremos en tal dia por aquellas generosas víctimas tan inhumanamente sacrificadas! Pero no, no lloremos por ellas, que son mártires del Señor! ¡Lloremos por esa otra víctima que, como Cain, parece arrastrar años há, todavía impenitente, el peso de una maldicion espantosa! ¡Lloremos por nuestra España infeliz!

La España católica celebra esta solemnidad de Santiago apóstol como fiesta nacional. Esto nos da pié aquí para algunas interesantes reflexiones.

Verdadero Dios y verdadero Hombre, Cristo nuestro Señor es por este doble concepto verdadero Rey. No solamente Rey de los individuos, como pretenden los que desearian hacer de la Religion asunto puramente individual, sino Rey tambien de las colectividades, bien se llamen éstas en su sentido más genérico y comprensivo la Sociedad, bien se concreten á determinadas fracciones de ésta, como son las llamadas naciones ó Estados. Así que como tiene Cristo-Rey soberanía individual sobre los individuos, así tiene soberanía nacional sobre las naciones. Y como á todo verdadero derecho responde lógicamente un verdadero y correlativo deber, hay con relacion á ese augusto derecho real de Cristo deberes individuales para los individuos y deberes nacionales para las naciones. Y como las naciones no son precisamente los valles y montañas de una determinada zona geográfica, sino principalmente los individuos que la pueblan, de ahí que todo hombre tenga con relacion á Cristo-Rey dos órdenes de deberes: unos que le obligan en su condicion de simple particular, otros que le obligan en su condicion de público ciudadano. Siendo de consiguiente la fe, para cada uno de nosotros, asunto que ofrece dos diferentes aspectos: uno absolutamente privado, cual es el que se relaciona con la salvacion de nuestra alma; otro absolutamente público, cual es el que se relaciona con el reinado social de aquella sobre la nacion ó Estado á que pertenecemos.

De lo cual se puede empezar á colegir cuán graciosamente disparatado anduvo aquel señor diputado de unas famosas Constituyentes españolas, que aseguró, pocos años atrás, que la nacion como tal no debia profesar religion alguna, porque la nacion, decia él, no tiene alma que pueda ser juzgada en el tribunal de Dios. No atinó el buen señor en que si no debe haber fe nacional porque la nacion no tiene alma, tampoco deberá haber honor nacional porque la nacion no tiene rostro donde sentir la vergüenza; ni deberá haber dias de regocijo ó de luto nacional porque la nacion no tiene corazon donde experimentar estos sentimientos; ni glorias nacionales porque la nacion como tal no tiene memoria para conservar en ella sus gloriosos recuerdos. De todo lo cual si despojamos á la entidad nacion, no sabemos ciertamente cuál puede ser el sentido moral de esta palabra.

Hay, pues, lectores mios, fe nacional, como hay honor nacional, hacienda nacional, glorias nacionales. Hay fe nacional, y en España, desde Santiago apóstol, es la fe nacional la católica, apostólica, romana, con exclusion de cualquier otra, digan lo que dijeren, hoy ó en adelante, los Códigos ó Constituciones postizas que otra cosa puedan decir. Hay fe nacional, y todo buen español tiene, en concepto de tal, deber imperioso de profesar esta fe, de defenderla, de procurar su aumento y difusion, de contribuir á su brillo. Y no le basta vivir particularmente como buen católico particular, si no procura obrar juntamente en este sentido y hasta donde pueda como público ciudadano. Y no es esto ponderacion apasionada de periodista ó exabrupto retórico de impetuoso declamador: es doctrina fria y maciza de moralista cristiano, basada en los más sólidos principios de derecho natural y positivo, que no se pueden subvertir ó tergiversar sin herir el fundamental dogma de la soberania social de Jesucristo. Que si es verdad de fe, como lo es, esta soberanía social de Jesucristo, lo es tambien que esta soberanía no es de comedia, sino verdadera; lo es que este Soberano tiene súbditos; lo es que estos súbditos tienen propios deberes de tales, y lo es que tales deberes son esenciales y no prescriben jamás.

Quisiera ahora ver yo qué cara ponen á esta doctrina tan llana, tan segura, tan fundamental, aquellos pazguatos cristianos de nuestros dias, que juzgan haber cumplido perfectamente todo su deber con ciertos actos individuales ó á lo más domésticos, que les parecen suficientes para poder presentarse irreprensibles ante el tribunal de Dios. Quisiéramos ver cómo componen eso con su conciencia los que contestan con un necio ó cobarde «¿qué se me da á mí?» á toda indicacion que se les hace tocante á la marcha pública de los asuntos religiosos en su nacion, como si no fuese criminal áun la simple indiferencia en cosa que tan de cerca toca á los más esenciales derechos de Cristo.

Quisiéramos se nos dijese, puesta la mano en el pecho leal y verdaderamente católico, fijos los ojos en Cristo Dios que pronuncia sobre el mundo, al tomar plena posesion de él, aquella solemne palabra: «Dado se me ha todo poder en el cielo y en la tierra;» quisiéramos, repito, se nos dijese si es posible exagerar jamás la extension de esos derechos de Cristo Dios, ó ponderar bastante (por más que se pondere) la perversidad satánica de los que clara y conscientemente han anunciado el plan de desposeerle de ellos, plan que en parte llevan ya realizado. No, que no cabe aquí exageracion, ni en el amor á lo uno, ni en el odio á lo otro; no, que por extremosa que sea tocante á eso la conducta del buen soldado cristiano, no llegará jamás á lo que exige la esencial realeza de Dios sobre su criatura, no llegará jamás á lo que merece la infernal audacia del gusano vil, que esta su corona de Rey le quiere robar para en su loco orgullo ceñírsela á su frente miserable.

Hoy, gran dia para España, porque es la fiesta de su Apóstol nacional, que la fe. nacional vino á plantar en ella bajo los auspicios de María, nuestra nacional Protectora; hoy es el dia en que más oportuno consideramos hacer conmemoracion de estas indestructibles verdades. Gran parte del mundo, caido ya en el lleno de la apostasía, las ha olvidado por completo. España es la nacion de él donde cuentan todavía con más firmes defensores. Que por eso sin duda es aquí el ataque más cruel, porque la defensa se presenta más empeñada. La bandera de los derechos sociales de Cristo Dios, la bandera de la fe nacional, y por tanto de la vieja intransigencia nacional, y por tanto del más puro y acendrado españolismo, esa es la que seguimos ¡gracias á Dios! esa la que con el divino favor no dejaremos de seguir.

¡Glorioso Patron y Apóstol de nuestra patria,

Defensor alme Hispaniæ,
Jacobe, vindex hostium,

diez y nueve siglos há nos disteis con vuestras propias manos esta generosa enseña. España, que diez y nueve siglos se ha honrado con ella, España (que hoy somos nosotros) no la arriará vergonzosamente jamás!

¡Es la bandera de Dios, es la bandera de la fe nacional, es la bandera del glorioso Santiago!

SAN IGNACIO DE LOYOLA.

IGNACIO de Loyola es uno de los héroes que en los siglos modernos han dado con sus obras más gloria á Dios, á la Iglesia y á su patria. Hijo de una esclarecida familia de Vizcaya, siguió durante su juventud las gloriosas banderas del emperador Carlos V, sirviendo en sus ejércitos como valeroso y entendido oficial. Insensible por entonces á otros estímulos que no fuesen los de honor y de la gloria del mundo, ¿quién hubiese adivinado en aquel apuesto y arrogante caballero el futuro penitente de Manresa, el autor de los *Ejercicios espirituales*, el fundador, en una palabra, de la Compañía de Jesús? Dios hizo que una bala de cañon hiriese en el sitio de Pamplona á nuestro caballero, y le redujese por algunos dias á la inaccion y á la soledad de su casa paterna. Para distraer el tedio inherente á una curacion lenta y penosa, pidió un libro de caballerías, que era la lectura favorita de aquel siglo. No se encontró á mano por de pronto lo que solicitaba, y se le entregó en su lugar un ejemplar de las Vidas de los Santos. Los sufrimientos de los mártires y las austeridades de los anacoretas causaron en su ánimo, no acostumbrado á tales ejemplos, mucha mayor impresion que las fingidas aventuras de Amadis y demás caballeros andantes: desde entonces sintió trocado su corazon, y resolvió entregarse á la imitacion de los primeros, como habia ansiado tal vez asemejarse á los segundos. Renunció al momento á su brillante profesion. En Montserrat colgó su espada en uno de los pilares de aquella iglesia, y veló un dia y una noche al pié del altar de la Virgen, cubierto el cuerpo de un grosero saco, para entrar en la nueva milicia de Cristo, como entraban los caballeros en las Órdenes militares, esto es, velando sus armas antes de ser investidos solemnemente con ellas. De allí pasó á Manresa, en cuya cueva, abierta aún hoy dia á la devocion de los fieles, vivió un año entregado á los rigores de la más desapiadada mortificacion. Allí compuso, á pesar de sus pocos estudios, el libro de los *Ejercicios*, que se cree por este motivo inspirado; tesoro inapreciable que la Iglesia recibió de sus manos como un don del cielo, como arma poderosa con que hacer frente á los nuevos enemigos que por entonces empezaban á asaltar la fe católica.

El antiguo caballero de los ejércitos de Carlos V no desdeñó aprender la gramática en Barcelona, en el humilde banquillo de una de las escuelas públicas de la capital. De allí salió para París, donde llevó á cabo su mision peculiar, el hecho más colosal de aquel siglo de grandes acontecimientos, la institucion de la *Compañía de Jesús*. Fueron sus primeros individuos diez jóvenes estudiantes que entresacó de lo más escogido de aquella Universidad. Estos fueron los humildes principios de aquel árbol pomposo que desplegando en breve por todo el mundo sus ramas dió y está dando actualmente tan abundantes como sazonados frutos en bien de la Religion y de la sociedad. El mismo ardor con que durante tres siglos ha sido atacada la Compañía por los enemigos de nuestra Religion constituye su más brillante defensa. Sus misioneros han llevado la fe á las playas más ignoradas, sus oradores han ocupado los primeros púlpitos, sus sabios se han sentado en todas las academias, sus obras en todas las ciencias llenan nuestras bibliotecas, y sus Santos nuestros altares. ¿Qué hombre grande en santidad, en armas ó en letras no ha recibido en estos últimos siglos su educacion ó parte de ella en un colegio de la Compañía? ¿Qué facultad ó qué ramo del saber humano no cuenta entre sus obras clásicas alguna ó algunas de los Padres Jesuitas?

Ignacio falleció en brazos de sus hermanos á la edad de sesenta y cinco años en la paz del Señor, cuya mayor gloria habia sido el anhelo de toda su vida y el lema de su esclarecido Instituto. Canonizóle Gregorio XV.

Nuestra Manresa es por excelencia la ciudad ignaciana. Ninguna en el mundo puede honrarse con tan justo título como nuestra antigua y religiosísima ciudad de Manresa. Ni el noble solar de Loyola, ni la misma Roma, atesoran tantos recuerdos del glorioso san Ignacio como dicha poblacion, que es de ellos verdadero relicario. En honra, pues, del esclarecido Fundador de la Compañía de Jesús, vamos á dedicar unas breves lineas de piadosa reseña á esas memorias de nuestro insigne Español, que, si por su cuna fué vizcaino, por eleccion de segunda patria puede ser considerado como catalan.

Subiendo con el ferrocarril de Barcelona á Zaragoza, al dejar las estaciones de Monistrol y San Vicens, aparece de repente á los ojos del viajero la populosa ciudad de Manresa sobre una esbelta colina que lamen en larga extension las mansas aguas del Cardoner, rio que llena de fecundidad la comarca formando de toda ella una risueña vega, al paso que da movimiento y vida á gran número de fábricas que bordean sus márgenes y que son uno de los principales elementos de riqueza para todo el país. El aspecto de la ciudad, que á la otra parte del rio se destaca, es interesante por todo extremo, y su magnífica Seo, antigua catedral, despues colegiata y hoy parroquia mayor, ostenta la gallardía de sus líneas góticas sobre el fondo azul del horizonte, ocupando el primer término del cuadro, reflejando en la misma corriente del rio sus ojivas y contrafuertes, limpia, escueta, gentil, como bien labrada corona de oro sobre la frente de una reina, que tal parece con ella la populosa ciudad. No hay viajero á quien no cautive poderosamente esta rica perspectiva, una de las mejores en que pueden deliciosamente cebarse á la vez el alma y los ojos del artista de corazon.

Mas al que dichosamente sea á la par buen católico y buen español, y sepa de las cosas de la Iglesia y de España lo que ningun hijo de ambas mediamente ilustrado puede sin mengua ignorar, asáltale al momento el nombre de Ignacio de Loyola, tan íntimamente ligado á aquellos hermosos sitios.

Llénanlo todo los recuerdos del Santo, y poco esfuerzo de composicion de lugar deberá hacer el curioso ó contemplativo para verle allí en los más bellos pasos de su admirable historia. Sigámosle en cada uno de estos lugares, que convidan á tan piadosa como poética excursion. Los irémos mencionando y describiendo uno por uno.

Ermita de Nuestra Señora de la Guia.—Sabido es, como hemos dicho, que el noble soldado de Carlos V, al resolverse á abandonar las armas temporales para únicamente dedicarse al servicio de Dios, subió á Montserrat, queriendo inaugurar allí al pié de aquel excelso trono de María el nuevo género de vida á que deseaba consagrarse. Subió la áspera cuesta del santo monte á caballo y con arreos de bizarro militar, y al llegar arriba dió de limosna al monasterio su cabalgadura, trocó por los harapos de un mendigo sus costosas vestiduras de caballero, y colgó de un pilar de aquella iglesia su espada. Cubierto de un saco y atada al cuerpo una cuerda, veló toda la noche en oracion sus nuevas armas de penitente, como velaban las suyas los caballeros de su época la víspera de recibir la investidura. Bajó de allí el nuevo soldado de Cristo en hábito y armas muy diferentes de las con que el dia antes subiera, y empezó su nueva campaña. Manresa está á unas tres leguas de Montserrat, y allí se dirigió Ignacio. Llegó cansado á la orilla del Cardoner, y encontrando junto al puente la ermita dicha, entróse á descansar en ella. Púsose en oracion como solia, y fué favorecido con una aparicion de la Vírgen santísima, que le indicó el género de vida que desde entonces debia llevar, y más tarde la cueva en que podria traerla más solitaria y recogida. Desde entonces, dice la tradicion, la Imágen que se venera en dicha ermita mira siempre hácia la *cueva*. Y añade que en 1689 el P. Pineiro, rector del Colegio de Barcelona, hizo varias veces la prueba de cambiarla de posicion, observándose que poco despues volvia á encontrársela en la antes dicha. Ignacio tuvo siempre en gran devocion esta Imágen, y muy frecuentemente acudia allá á orar. Hoy siguen teniéndola en gran estima los piadosos manresanos.

Hospital de Santa Lucía y capilla del Santo Hospital. —Fué éste el primer edificio en que moró el Santo en Manresa. A la bajada de Montserrat encontró á la mujer Inés Pascual que con su hijo Juan y otros bajaban tambien del Santuario; preguntóles el Santo si habia por allí algun hospital, y respondiéronle que el más cercano era el de Santa Lucía de Manresa. A él, pues, se dirigió Ignacio así que hubo entrado en la ciudad. Estaba situado junto al que es hoy Colegio é iglesia de la Compañía, y consérvanse todavía de él algunas paredes, una buena portada bizantina, varias piedras en que se sentaba el Santo á explicar la doctrina á los niños y á los convalecientes, la pila de donde tomaba el agua bendita, y los ladrillos en que reposó su cabeza durante el maravilloso *Rapto* de ocho dias, en el que le fué revelado por Dios el plan de la Compañía. Desde los primeros tiempos de ella fué tenido en gran veneracion este sitio y cobijado por una devota capilla. Hoy, conservando íntegros todos estos fragmentos, se levanta en vez de la antigua otra magnífica, obra de riqueza y buen gusto que se espera ver muy luego terminada.

Santa Cueva. —Pronto comprendió Ignacio que le llamaba Dios á completa soledad, y así consultándolo con su celestial consejera la Vírgen de la Guia, recibió de ella, como hemos dicho, la indicacion de que se instalase en el lugar conocido y venerado desde entonces con el nombre de la santa Cueva. Si toda la ciudad de Manresa es como un templo ignaciano, bien podemos decir que es éste su sagrario más precioso. Cae sobre la orilla del Cardoner en una como excavacion ó concavidad natural abierta en la colina sobre que está asentada la ciudad. Estaba á la sazon cubierta de espinas y malezas, como lo está hoy de mármoles y esculpida sillería. Tenia la cueva (y tiene aún) de largo unos catorce piés y unos seis ó siete de ancho, baja por los extremos y alta como de una vara en el centro, con una abertura, á modo de rústica ventanilla, por la parte que mira á Montserrat, cuya dentellada sierra se ve allí delante en toda su caprichosa magnificencia. Allí hizo Ignacio durante mucho tiempo austerísima penitencia; allí fué regalado en cambio con los más subidos favores que tal vez tuvo Santo alguno despues de san Pablo apóstol; allí escribió, dictándoselo la Vírgen, su maravilloso libro de los *Ejercicios espirituales;* de allí podemos decir salió con ellos armada de todas sus armas la invencible Compañía. Razon tienen sus hijos en mirar tal sitio como su portal de Belen. Es devotísimo lugar, y diríase se perciben sensiblemente en él los aromas de devocion y virtud que dejó el santo anacoreta. Hoy la piedad ha enriquecido con preciosos relieves de mármol y alabastro aquel santo recinto; no le ha quitado empero el encanto de su nativa rusticidad; es todavía la peña viva bajo la que se arrodillaba Ignacio. Una cruz marcada en ella señala el lugar en que reposaba su cabeza los breves momentos que concedia al sueño. Junto á este preciosísimo oratorio se levanta para los actos más concurridos del culto espaciosa iglesia, que la piedad de los fieles enriquece cada dia con nuevos adornos. El diestro pincel de un hijo de la Compañía ha cubierto de lienzos, en que se ven todos los Santos de ella, el atrio que precede á la santa Cueva, y en los altares figuran como digno cortejo del Penitente de Manresa los Santos modernos que á la práctica de los *Ejercicios espirituales* han debido principalmente su santificacion, además de los que considera como especiales patronos suyos el Instituto. De pocos lugares se sale con la profunda impresion con que de este devotísimo lugar.

Capilla de San Ignacio enfermo (Casa de Amigant).—En dos enfermedades que padeció el Santo fué caritativamente hospedado y asistido por la noble familia Amigant, hoy señores marqueses de Palmerola. Tan agradecido quedó el Santo á estos buenos oficios, que llamaba á esta casa su casa *payral* (como se dice en Cataluña á la casa paterna). Desde Roma escribió varias veces á sus religiosos dueños, entre otras dándoles cuenta de la confirmacion de la Compañía. El aposento donde estuvo enfermo es la capilla de que se trata. Vense tres cruces señaladas por el Santo en la pared para orar ante ellas, y dice la tradicion que han reaparecido siempre que se trató de blanquear ó encalar el aposento.

Capilla del pozo de San Ignacio, ó sea, *del milagro de la gallina*.—Acertaba pasar Ignacio por la calle de Sobreroca, que es una de las más concurridas de la ciudad, en ocasion en que una pobre muchachuela lloraba junto á un pozo que allí hay, por una gallina que se le habia caido en él. Viendo la pobrecilla al Santo, del cual habia oido decir que hacia muchos milagros, pidióle con inocente sencillez le devolviese su gallina. Compadecióse Ignacio, hizo oracion, y luego se vió que subia el agua del pozo hasta el broquel de él, y que á flor de agua asomaba el animalito vivo, con gran admiracion de los circunstantes y consuelo de la muchacha. En memoria de este prodigio edificó la casa Font, vecina al pozo, un oratorio junto á él. Fué tan notorio este milagro, que los concelleres de Manresa enviaron de dicha gallina varios pollitos á la reina D.ª Margarita de Austria, certificándole el suceso.

La cruz del Tort.—Es un crucifijo labrado toscamente en piedra. Solia ante él hacer oracion san Ignacio, y ante él tuvo la célebre vision de la santísima Trinidad y la otra en que se le apareció el demonio, al cual ahuyentó el Santo con su palo. Consérvase esta cruz empotrada en la parte superior de la entrada á la santa Cueva, y creció muchísimo la devocion que siempre se le tuvo, despues que en 1627, en la víspera de san Ignacio, estándose cantando Completas, se le vió derramar gotas de sangre de sus manos, piés y costado.

La cruz de la Culla.—Es una cruz como tantas otras que señalan en Cataluña el término de muchas parroquias, y se halla en el camino antiguo de Manresa á Barcelona, entre la poblacion y el viejo castillo de la Culla. Ante él se detenia muchas veces á orar san Ignacio, y recibió allí singulares favores del cielo.

Iglesia de Viladordis.—Hállase á tres cuartos de hora de Manresa y está dedicada á la Virgen. Allá acudia Ignacio con gran frecuencia á orar, y se conserva todavía la piedra en que se sentaba y la Imágen ante la cual hacia oracion. Cuando el demonio le tentó en la cueva poniéndole ciertos escrúpulos sobre si era ó no excesiva su penitencia, fué á esta iglesia el Santo á consultarlo á Nuestro Señor, y allí con luz del cielo renovó el propósito de seguir mortificándose con igual rigor.

En las Marsetas el cíngulo de san Ignacio. — Agradecido el Santo á las limosnas con que le favorecia la caridad de una casa de campo denominada *las Marsetas*, situada muy cerca de la iglesia de Viladordis, al partir para Barcelona dejó á sus dueños el tosco cinturon de cuerda con que se ceñia, profetizándoles que si continuaban mostrándose caritativos con los pobres nunca les faltaria regular fortuna. Dice la tradicion que durante algunos años que se disminuyó en la casa la práctica de la caridad, se vieron castigadas cada año con pedriscos y malas cosechas las heredades de ella, y que habiendo vuelto á su antigua largueza, volvióles la bendicion del cielo, hasta el punto de que en un año de carestía se encontraron con un cargamento de harina en la puerta sin saber quien lo habia enviado. Un soldado que quiso robar á esta dichosa casa aquella reliquia del Santo, quedó paralítico.

Consérvase además en Santo Domingo una imágen de la santísima Vírgen de la cual tuvo ciertas revelaciones, y una cruz grande que solia cargar sobre sus hombros para practicar la devocion del *Via Crucis.*

Sirvan estos breves apuntes para que se fomente más y más cada dia en este país la devocion al gran Ignacio de Loyola, que es en cierto modo tan paisano nuestro como los principales que han florecido en nuestra tierra. A Manresa llamaba el Santo *su madre* por haberse formado allí en la vida espiritual; y no tanto en la colina de Montmartre junto al Sena, como en la de Manresa junto al humilde Cardoner, se pusieron las primeras piedras del monumental edificio que en las modernas edades se llama la Compañía de Jesús.

Al hablar de san Ignacio no puede omitirse un recuerdo de amor á esta su ilustre Compañía. Al tocar á su ocaso la Edad media y al romper la aurora de los tiempos modernos, como al dintel de ellos, colocó la Providencia de Dios la hermosa figura de san Ignacio de Loyola. Pocos años de diferencia separan el nacimiento de Lutero, corifeo de todas las revoluciones presentes, y el de Ignacio, en quien más que en otro alguno viene personificada la que podríamos llamar anti-revolucion. Y el mismo año (1521) en que aquel apóstata quemó en la plaza de Witemberg la Bula del Papa, lo cual fué el primer acto oficial de la rebelion protestante, hizo Dios que una bala de cañon quebrase la pierna á Ignacio en los muros de Pamplona, lo cual fué el primer paso para llevarle á la realizacion de sus grandiosas empresas.

Nació, pues, la Compañía de Jesús al mismo tiempo que la Revolucion moderna. ¡Tal para cual! puede exclamarse en el más exacto sentido de esta vulgar expresion, que puede aquí elevarse á la categoría de apotegma histórico de la más incontestable verdad.

Sí, ¡tal para cual! Estudiando lo que se conoce hoy con el gráfico nombre de *la Revolucion* y la Institucion que se conoce con el de Compañía de Jesús, se las encuentra admirablemente contrapuestas en todo; de suerte que no es lícito dudar de que su simultaneidad en la historia no es simple coexistencia material, sino verdadero providencial destino.

Lutero inaugura su rebelion despojándose de sus hábitos y entregándose de lleno á los excesos del más inmundo libertinaje. Ignacio inaugura su contra-rebelion renunciando á las galas de apuesto militar y entregándose á las durezas de la más austera penitencia.

Lutero convoca secuaces, arma en pos de sí legiones, subleva pueblos, corrompe príncipes, en odio á Roma y á la suprema autoridad jerárquica del Vicario de Dios. Ignacio alza bandera y recluta soldados, y se derrama por todos los pueblos del mundo, y pone á todo por primera y esencial condicion la obediencia al Papa y el absoluto respeto á su inviolable autoridad.

Lutero proclama el principio de la *libertad* en su más lata expresion y hasta sus últimas consecuencias; lema simpático á la carne orgullosa, verdadera dinamita social con la que se ha puesto en conflagracion al universo entero. Ignacio pone por base de su Instituto la *obediencia* en su más rígida observancia, la abdicacion completa de todo el sér del hombre, *perinde ac cadaver,* en manos de su superior, en nombre de Dios y para las obras todas de su servicio.

Radical es el sistema disolvente de Lutero, como que mina por su base todo órden religioso, político, individual y doméstico y hasta social. Radical es el contra-sistema de Ignacio, que mata en su raiz al hombre de la pasion y del apetito, y establece con esto el único fundamento estable de todo lo que estos tiran constantemente á disolver.

Un cierto instinto irreflexivo pone á veces en los labios del enemigo un apodo que es el mayor elogio de su rival. Reparadlo. Modernamente la Revolucion apenas sabe llamar al Catolicismo con este su propio nombre de cuna. Prefiere llamarle y le llama casi siempre *jesuitismo*. Y á sí propia se califica tambien, no tanto de racionalismo, no tanto de liberalismo, no tanto de revolucion, que este es su verdadero y gráfico apellido, sino de *anti-jesuitismo.*

Caifás profetizó sin saberlo, definiendo el verdadero carácter del Redentor con las mismas palabras que empleaba para acusarle y procurar su muerte. La Revolucion es tambien profeta en eso. El instinto natural puede en ella más que las preocupaciones de su ciego furor. Se define á sí propia y nos define con rara exactitud al llamar á lo nuestro *jesuitismo* y á lo suyo *anti-jesuitismo.*

Es decir: es lo esencial de la Revolucion el combatir cuanto representa y personifica y contiene la palabra *jesuitismo;* y es lo esencial de éste sostener y fomentar y procurar reine en el mundo cuanto combate y abomina la Revolucion.

Lo cual ofrece dos enseñanzas prácticas, hoy dia de incalculable valor.

Son las siguientes:

Se es más revolucionario cuanto se es más radicalmente anti-jesuita, porque entonces se es más radicalmente anti-católico.

Se es más finamente católico cuanto se es más jesuita, porque entonces se es más radicalmente anti-revolucionario.

No extrañeis, pues, el grito feroz de ¡Mueran los Jesuitas! con que ha sido glorificada repetidas veces la ilustre Compañía de Jesús. ¡Mueran los Jesuitas! es un grito sintético y anchamente comprensivo que incluye y significa de Dios abajo todo lo demás en que anda hoy en guerra Lucifer.

Ni extrañeis el movimiento simpático de concentracion con que se agrupa todo el pueblo *verdaderamente* católico en torno de la hueste valerosísima de Ignacio. Ve en ella la personificacion de lo que más ama y de lo que más ha de defender, así como la garantía mejor de acierto y de éxito en tal defensa.

Es principio fundamental de Ignacio de Loyola, dado por él como santo y seña á sus hijos de la ínclita Compañía, el de *sentir* en todo con la santa Iglesia romana. Y la Compañía morirá antes que ser infiel á esta consigna de su Capitan. *Sentir* significa más que creer, más que obedecer, pues significa la más íntima union, cual es la que se funda en identidad de sentimientos, áun en aquello en que no es de precepto explícito el rendimiento de la inteligencia y de la voluntad.

Pues bien. Sea norma invariable para el católico de hoy, agitado por tan revueltos vientos de dudas y desconfianzas, *sentir* con la Compañía de Jesús. No sólo creer lo que ella cree y obedecer á la Iglesia como ella obedece, que claro es que sin esto no se podria pertenecer en absoluto á la Iglesia de Dios, sino para proceder, áun en lo que parece libre, con la mayor seguridad, amar todo lo que aquella ama, detestar todo lo que aquella detesta, merecer de la impiedad los reproches todos con que á aquella se la combate.

Tenémoslo como uno de los mayores beneficios de Dios (el mayor quizá que le debemos despues de la gracia bautismal y de la educacion de una madre santa), el de habernos puesto en condiciones de respirar desde nuestra primera juventud el aire de la Compañía.

Hemos reparado en la historia (del siglo pasado sobre todo) y en los acontecimientos de hoy, que ha acabado por desviarse casi siempre de la verdadera fe el que ha empezado por separarse del espíritu de la Compañía para hacer coro, más ó menos directamente, con sus enemigos. No es regla primaria de fe la Compañía de Jesús; líbrenos Dios de sentar este despropósito. Pero es tiempo há el criterio más práctico y asegurado para no separarse de la regla de fe.

¡Viva, pues, la Compañía! Sí, señor. ¡Viva la Compañía! ¡Viva la Compañía!

LAS CADENAS DE SAN PEDRO.

En 2 de Agosto celebra la Iglesia fiesta especial á las Cadenas de san Pedro. Menos que nunca podemos pasar hoy por alto esta festividad los hijos de la Iglesia prisionera y encadenada. El infierno oprimiendo á la Iglesia y Dios libertando á su Iglesia y riéndose del infierno, ese es el que podriamos llamar con razon los católicos el drama de siempre.

Abro la historia del Catolicismo, y hallo en su primera página lo que despues he de hallar cien y cien veces en las consecutivas hasta la de hoy: la persecucion del infierno. Pero leyendo con calma y sin preocupaciones hallo tambien en la misma lo que sucesivamente he de hallar en todas, y lo que hoy sé de cierto que no ha de faltar: la proteccion de Dios.

La persecucion del infierno, constante, incansable, decidida. La proteccion de Dios, manifiesta, oportuna, decisiva.

Compadezco de veras al que teniendo ojos para ver no vea todo esto, y al que teniendo oidos para oirlo permanezca sordo.

Acabábase de inaugurar solemnemente la Iglesia católica, y andaban los Apóstoles recogiendo solícitos los frutos de sus primeras predicaciones y de la maravillosa eficacia del Espíritu Santo. Jerusalen, la capital del judaismo, habia dado copioso contingente de hijos suyos á la nueva creencia, y 3,000 judíos habian recibido el Bautismo despues del primer sermon de san Pedro. El primer Papa comenzaba de un modo brillante su glorioso apostolado. Pero habia allí un pueblo feroz y sediento de la sangre de los nuevos creyentes, y habia juntamente un rey cruel deseoso de lisonjear la ferocidad de aquel pueblo. Por vez primera, el primer Papa se hallaba frente á frente del primer tirano. Con estos dos personajes iba, pues, á principiarse el drama terrible que debia en lo sucesivo reproducirse en todos los siglos. Empero no estaban solos, aunque así lo pareciese á los ojos del mundo. Un tercer actor estaba allí como en acecho aguardando la hora precisa de cortar con su poder el nudo cuando menos se contase con él. Este tercer personaje es Dios.

Nada quiero modificar á la descripcion que de este primer acto del drama de siempre nos hacen los Libros sagrados. Óiganlo mis amigos en su encantadora sencillez é ingenuidad. El dia 1.° de Agosto, fiesta de *las cadenas de san Pedro*, ¡glorioso título! se lee en la Epístola de la Misa. Dice así:

«Por este mismo tiempo el rey Herodes se puso á perseguir á algunos de la Iglesia. Primeramente hizo degollar á Santiago, hermano de Juan. Despues, viendo que esto complacia á los judíos, determinó tambien prender á Pedro. Eran entonces los dias de los ázimos. Habiendo, pues, logrado prenderle, le metió en la cárcel, entregándole á la custodia de cuatro piquetes de soldados con el designio de presentarle al pueblo y ajusticiarle despues de Pascua. Mientras que Pedro estaba así custodiado en la cárcel, en la Iglesia se hacia de continuo oracion por él. Mas cuando iba ya Herodes á presentarle al público, aquella misma noche estaba durmiendo Pedro en medio de dos soldados, atado con dos cadenas, y las guardias ante la puerta de la cárcel haciendo centinela. Cuando de repente apareció un Angel del Señor, cuya luz llenó de resplandor toda la pieza, y tocando á Pedro en el lado, le despertó, diciendo: «Levántate presto.» Y al punto cayéronle de las manos las cadenas. Díjole asimismo el Angel: «Ponte el ceñidor, y cálzate tus sandalias.» Y lo hizo así. Díjole más: «Toma tu capa, y sígueme.» Salió, pues, y le iba siguiendo, bien que no creia ser realidad lo que hacia el Angel, antes se imaginaba que era un sueño lo que veia. Pasada la primera y la segunda guardia, llegaron á la puerta de hierro que sale á la ciudad, la cual se les abrió por sí misma. Salidos por ella, caminaron hasta lo último de la calle, y súbitamente desapareció de su vista el Angel. Entonces Pedro, vuelto en sí, dijo: «Ahora sí que conozco que el Señor ha enviado verdaderamente su Angel, y me ha librado de las manos de Herodes y de la expectacion de todo el pueblo judáico.»

¡Cuadro completo! El poder del infierno que oprime. El primer jefe de la Iglesia encadenado. El brazo de Dios que decide la cuestion. ¡Cuadro completo! Pero cuadro que viene reproduciéndose á menudo con pasmosa exactitud, á fin de que ninguna duda nos quepa de que son siempre unos mismos los misteriosos actores. El infierno que azota, la Iglesia que gime azotada, Dios que interviene y libra. Cuadro que ahora, hoy mismo, contempla por la centésima vez el mundo asombrado, y que á nuestra vista va desenvolviéndose.

¡Ah! levantad, levantad esos ojos al cielo los pobres abatidos y desalentados por lo recio de la tribulacion que nos azota. No estamos solos, como no lo estuvo el primer Papa en su primer combate. No estamos solos; no, amigos mios, no estamos solos, aunque á solas parezca que sostengamos el empuje del infierno. Está con nosotros Dios, y somos su pueblo, su porcion, su heredad, sus hijos, sus propios miembros, porque Cristo es nuestra Cabeza.

Una carcajada blasfema insulta frecuentemente nuestros inmensos dolores, y tras ella se nos echa en rostro aquella interpelacion insolente que ya en la Escritura encontramos puesta en boca de los impíos: «¿Dónde está vuestro Dios?» Aquí, con nosotros está, oyendo nuestro gemido, escuchando el clamor de nuestras almas, contemplando las lágrimas que escaldan nuestras mejillas. Aquí está amparando con su diestra la navecilla que todas las tempestades infernales no bastarán á hacer zozobrar; aquí está dirigiéndola, por mares desconocidos y azarosos, sin duda á próximo puerto. ¡Firmes los buenos en esta noche de espesas tinieblas! Dios no nos ha dicho la hora en que deberán rasgarse las nubes y aparecer otra vez el azul sereno de la bonanza; Dios no nos ha señalado por qué punto del horizonte debe empezar á clarear la suspirada aurora. Dios no nos lo ha dicho, ni queremos saberlo, ni hemos de averiguarlo. Pero nos ha dicho, sí, que cesaria la tempestad y que no prevaleceria sobre nosotros el infierno. Nos ha dicho eso, y lo ha sellado con su sangre en el Calvario, y lo ha escrito con su dedo omnipotente en cada página de la historia. Siempre se nos ha combatido, y nunca se nos ha arrollado. Así que apareció sobre la tierra enviado por Dios el primer Papa, apareció tambien sobre ella enviado por el infierno el primer perseguidor; mas la cárcel de Jerusalen donde aguardaba Pedro agobiado de cadenas al verdugo que debia ajusticiarle, vió entrar antes que él al Angel de Dios que le puso en libertad.

¿No es verdad que la situacion de la Iglesia en todo el mundo empieza á parecer humanamente insostenible? Pues bien. Regocijaos.

—¿Regocijarse, habeis dicho?—Regocijaos, repito; es que el drama está ya bastante adelantado, y no puede andar ya muy lejos el desenlace. Y el desenlace sabido tenemos por experiencia que se lo ha reservado Dios. Regocijaos, repito, y mezclad á los suspiros de la tribulacion las inefables sonrisas de la esperanza. Mucho aprieta la persecucion, señal de que no anda lejos la intervencion de Dios.

Y cuando venga, Dios mio, ese suspirado instante; cuando por un prodigio de vuestro poder, no nuevo en la historia, nos encontremos de repente como vuestro Apóstol sin cadenas en las manos, sin centinelas en derredor, sin espesos muros que nos acongojen; cuando por vuestra misericordia sintamos otra vez fuera de esta congojosa cárcel que nos oprime el suave ambiente de la libertad que refresca nuestra frente abatida, ¡oh! entonces, Dios mio, nos figurarémos como vuestro Apóstol si fué tal vez un sueño todo lo que ha pasado por nosotros, porque sueños parecen por lo inesperadas y prodigiosas las obras con que socorreis en tales apuros á vuestros hijos. Sueños nos parecerán, y sin embargo hoy como entonces serán dulce y magnífica y hermosísima realidad. Y como Pedro el prisionero encadenado nos obligarán á exclamar: «Sí; ahora sabemos de cierto que ha enviado Dios á su Angel, y nos ha librado de las manos del opresor y de los planes de nuestros enemigos.»

Mientras tales y tan misteriosos sucesos tenian lugar en aquel oscuro recinto de la cárcel de Jerusalen; mientras la Iglesia en la persona de su primer Papa se veia prodigiosamente libre de sus cadenas, ¿qué pasaba en la parte exterior de aquel lúgubre encierro?

Dos pinceladas bastarán para retratar la escena de fuera, como hemos descrito la de dentro. Al rededor de aquella mazmorra en donde alcanzaba el Catolicismo su primera victoria, una parte del pueblo rugia de ira aguardando con impaciente ferocidad la hora de ver en el cadalso al primer Papa. No pensaba en nada más el pueblo impío. La otra porcion más reducida, más humilde, menos importante á los ojos del mundo, el pueblo fiel, en una palabra, habia recibido su consigna, y la cumplia con religiosa exactitud. Oraba.

El Libro sagrado, al referirnos minuciosamente la escena que han leido mis amigos en los párrafos precedentes, no se olvidó de indicarnos esta actitud del pueblo creyente durante las horas de aquella primera tribulacion, diciéndonos rápidamente y como de pasada: «Pedro estaba en la cárcel; en toda la Iglesia empero se hacia sin descanso oracion á Dios por él.»

En esta cláusula, caida como al descuido, de la pluma del historiador sagrado, hallamos la explicacion de todo el misterio. Ahí estuvo el resorte de todo el mecanismo. Este fué el secreto de aquella victoria. Orar.

Cada año al leer en la Misa esta bella relacion en el dia de la fiesta de las *Cadenas de san Pedro,* no he podido menos de detenerme un momento en esta frase cuya admirable concision entraña no obstante tantas reflexiones. Mi imaginacion se extiende por aquellas regiones en que empezaba á tener ya numerosos discípulos la fe de Cristo; veo aquella muchedumbre compuesta de ricos y pobres, de hombres, mujeres y niños, en las ciudades y en los campos, en todas partes, transmitirse mútuamente la noticia de la prision de su Pastor, y sobreponiéndose á la consternacion y pasmo de la novedad, buscarse, reunirse, alentarse, ¿á qué? nada, á orar. Y un momento despues, véoles ya congregados al pié de los altares, ó en el fondo silencioso del hogar doméstico, ó en los sitios designados secretamente para el culto, y allí agrupados, confundiendo en una sola voz todas las voces, y en un solo suspiro todos los suspiros, y en un solo corazon todos los corazones, rogar á Dios, clamar, sin reposo, sin tregua *(sine intermissione,* dice el Texto), con un solo pensamiento; el de obtener la libertad de la Iglesia encadenada. ¡Ah! Merecia verdaderamente ser escuchado aquel ejército de suplicantes. Y lo fué.

La misma consigna nos ha dado á nosotros quien puede darla; el mismo secreto nos ha comunicado: Orar. No se dirige el Papa á sus hijos que no recomiende la oracion. El Papa está cautivo: la Iglesia gime aherrojada. Pero ¿hay fuerza humana que pueda á vos cerraros el corazon? Si una piedra no nos quedase de nuestros altares, ni una pared de nuestras iglesias, todavía nos queda la inmensa bóveda del cielo para cobijarnos y el vasto solar de la tierra donde ponernos de rodillas. Todavía le queda al alma el sagrario impenetrable é inviolable de sí propia, donde concentrarse y levantar allí su altar y quemar allí su purísimo incienso. Todavía le queda á Dios su inmensidad para que pueda oirnos en todas partes, sin que le escape uno solo de nuestros ayes. El templo es el lugar especialmente destinado para el recogimiento y la oracion, como el hogar es el sitio de la casa especialmente destinado para las dulzuras de la familia. El templo es el hogar de las almas. Pero el viajero errante ¿deja acaso de alimentarse y de fortalecerse porque no puede hacerlo al amor del hogar, y en la compañía de sus hermanos? Una piedra del desierto sírvele tal vez al infeliz de mesa, lecho y sitial hasta que vuelvan los dias tranquilos. Consolaos los desterrados, ya volveréis á vuestro hogar; redoblad entre tanto en el destierro vuestras solitarias oraciones. ¡Orad sin descanso, orad!

¡Orar, orar y no desfallecer! ¡Misteriosa consigna dada por el Salvador á los suyos en Getsemaní, es decir, en el prólogo de su borrascosa Pasion! ¡Misteriosa é infalible consigna! ¡Mil veces has sacado vencedora á la Iglesia de Dios; otra vez le darás ahora la victoria!

LA TRANSFIGURACION DEL SEÑOR.

Es dulce y suavísima festividad, y la trae el calendario cristiano el dia 6 de Agosto. Sabida es su historia.

Quiso el divino Jesús entreviesen algunos de sus discípulos la gloria de su divinidad, escondida bajo la tosca cubierta de su humanidad santísima, y para eso subió con ellos un dia á la cima del monte Tabor. Allí de repente tornáronse sus vestidos blancos como la nieve, resplandeció como el sol su humilde faz, y aparecieron á ambos lados Elías y Moisés departiendo familiarmente con Él. Oyóse en tanto de entre las nubes la voz del Padre celestial que daba testimonio de su Unigénito diciendo: «Este es mi Hijo querido, en quien tengo mis complacencias. Escuchadle.» Los discípulos absortos en lo que veian y oian no acertaban á decir más que por boca de san Pedro: «Señor, bien se está aquí. Si quereis, levantemos tres tiendas de campaña, una para Vos, otra para Moisés y otra para Elías.» Desapareció luego aquel breve resplandor de glorificacion, y volvió á quedar oscura y solitaria la montaña, y bajando de ella, el Salvador encargó á sus discípulos que nada dijesen de lo visto hasta despues de su resurreccion.

Hermosísimo es este episodio de la vida del Salvador, pero más hermosa es la consideracion que de ella deduce para consuelo del alma fiel la Iglesia en el amoroso Oficio ó rezo con que lo celebra.

Salvatorem expectamus Dominum nostrum Jesum Christum qui reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum Corpori claritatis suæ. «Esperamos, dice, la venida de Cristo nuestro Señor que transformará nuestro cuerpo, bajo y humilde, á semejanza del suyo glorificado.» ¡ Admirable reflexion ! La gloria de Cristo, por breves momentos revelada durante su vida mortal á los Apóstoles maravillados, no es más que imágen de lo que será la gloria, no ya sólo de nuestras almas, sino aún de nuestros viles y miserables cuerpos despues de la resurreccion de ellos tras el postrer juicio. Sí, resplandecerémos con toda la claridad del Unigénito de Dios, serémos como Él gloriosamente transfigurados. Esto enseña su Transfiguracion de hoy, la transfiguracion nuestra de mañana.

Un Santo moribundo tocábase con una mano la piel denegrida y cadavérica de la otra, y afirmándose en su católica fe decia al espirar: «Sí, sé de cierto que esto resucitará.» Más aún podia decir, más aún hemos de decirnos nosotros. Sí, esta carne que nos da tan frecuentes congojas, estos miembros que me fatigan con tantas enfermedades, esta ruin vestidura de podredumbre de que estoy cubierto, estos mis nervios, huesos, piel, fibras y tejidos, todo eso que la tierra aguarda para pasajeramente consumírmelo, me lo aguarda poco despues el cielo de mi Dios para glorificármelo. ¡ Soy todo polvo y hediondez, pero seré un dia todo luz ! ¡ Hasta la materia vil de sus fieles servidores quiere Dios ennoblecer y honrar con ropaje de divinos resplandores ! ¡ No brilla más la más luciente estrella del firmamento de lo que resplandecerá mi cuerpo asociado á todos los goces del alma endiosada con la vision de su soberano Autor !

Hay en la vida horas de desaliento en que agrava al espíritu, como dice san Pablo, el peso del cuerpo con su corrupcion. ¡ Alcemos los ojos al cielo, que allí ha de ser un dia nuestro Tabor ! Lícito será entonces exclamar con aquel «¡ bien se está aquí !» en que prorumpió san Pedro. Era prematura en el Tabor tal frase, aunque hija de amor vehemente. En el cielo será la única que brotará del corazon anegado en Dios por toda la eternidad.

LA ASUNCION DE MARÍA.

Una voz se oyó en los cielos, blanda como el suspiro de las brisas, tierna como el arrullo gemidor de la tortolilla: «Vén, amiga mia; vén, escogida mia: pasó ya para tí el crudo invierno de esta vida; van á disiparse las nieblas y á aparecer risueña la florida estacion. Vén, amiga mia y paloma mia; vén y serás coronada.» Era la voz del Amado que desde la celeste Sion convidaba á la Amada al descanso sin fin, á la inmortal recompensa.

Oyóla Maria en su corazon y dispúsose al suavisimo tránsito. Los más ardientes afectos de su alma, el amor, el deseo, redobláronse con vehemencia en cuanto vió avecinarse el tan suspirado momento de su definitiva union gloriosa con Dios.

No vibra más encendida la voladora flecha en direccion al blanco á que se la disparó; no cruza más afanosa los mares la impaciente golondrina, cuando en Abril la vuelven á llamar á nuestros climas los tibios perfumes del ambiente primaveral.

¡A Dios, humilde Nazaret, escondida entre las montañas de Galilea, viejo solar de Ana y Joaquin, primer nido amoroso de la castísima Doncella! ¡A Dios, pequeña Belen, la antes ignorada ciudad de Judá, teatro de los más grandes recuerdos! ¡A Dios, Jerusalen la ingrata, la deicida, Calvario rojo aún con la sangre divina, calles y plazas que va á regar muy luego la de tantos Mártires! ¡Cenáculo misterioso, oscuro taller del artesano, Betania, casa de Lázaro y de Marta y María Magdalena, pozo de la Samaritana, lugares mil en que cada piedra, cada árbol trae á la memoria una escena de la vida del Salvador, ó una de sus bellas parábolas, ó uno de sus admirables portentos! Con angustia en el corazon y llanto en los ojos os dejaria para siempre la Madre del Salvador, si no os abandonase, sitios queridos, para volar á region más querida aún, á la patria feliz, á la casa del Padre, del Hijo, del Esposo.

Se la vió languidecer y reclinarse, como viajera cansada, sobre su lecho, y permanecer extática en transportes de elevada contemplacion, y de súbito alzar radiantes los ojos como iluminados por extrañas claridades, y luego cerrarlos con dulcedumbre infinita... y sonreir y morir.

Discípulos y fervorosas mujeres, que rodean en silencio y conteniendo la propia respiracion el lecho feliz de la hermosa moribunda, pregúntanse anhelosos, más con la mirada que con la palabra, si es cierto que ha cesado ya de latir aquel purísimo Corazon, si es verdad que la luz de aquellas vidriadas pupilas ha dejado ya de brillar para siempre.

No, no sollozan conturbados, sino que alaban fervorosos á Dios; no de luto, sino de galas cubren aquel tálamo inmaculado; no mortaja, sino vestido nupcial adorna aquel cadáver que no lo parece; no lágrimas, sino flores se derraman á porfía sobre aquel féretro glorioso.

Sepulcro nuevo encierra los restos de la que fué en vida Arca de la nueva Alianza y Vaso purísimo del verdadero Maná. Pero ¿cómo resplandece el lúgubre huerto de los Olivos con inusitado fulgor en medio de la noche umbría? ¿Cómo regocija su soledad suavísimo concierto de arpas, salterios y címbalos que pulsan manos desconocidas?

Tres dias han pasado apenas, y en el fondo del solitario sepulcro, caida á un lado la losa, vese tan sólo un perfumado sudario. El cuerpo de la Madre-Vírgen no está allí. Un

Angel de blancas vestiduras podria repetir al pié de aquella tumba desierta lo que dijo un dia gozoso junto á la del Redentor: *Surrexit, non est hic.*

Resucitó, sí; que no la tierra vil sino el trono más alto del cielo debía guardar desde luego depósito tan precioso, no ya despojos de la muerte, no ya miserables ruinas de la deleznable humanidad, sino Cuerpo otra vez vivificado con el soplo de Dios, y con su alma santísima eternamente glorificado.

Junto á la Trinidad siéntase en solio de incomprensible grandeza la que reconoce por suya de un modo especial cada una de las tres divinas Personas, porque es Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo. Y el eterno *Santo, Santo, Santo* de los coros celestiales, cantar siempre antiguo y siempre nuevo que embelesa dia y noche á la Jerusalen celestial, resuena desde entonces más armonioso y arrobador en obsequio á la excelsa Soberana.

¡María, que con ser Reina no has dejado de ser Madre; bellísima aldeana á quien la imperial corona y cetro de oro no han hecho olvidar en la Corte la humilde condicion de hija de estas tierras, hoy escabel de tus piés! ¡A Tí clamamos los que somos lo que un dia fuiste Tú, desterrados hijos de Eva! ¡A Tí suspiramos gimiendo y sollozando en este que habitaste Tú, hondo valle de lágrimas! Ea, pues, Señora, abogada nuestra, aquellos tus ojos que el mundo te conoció tan llenos de misericordia, vuélvelos desde ahí muy á menudo á esos tus hijos, y despues de este destierro muéstrales á Jesús, fruto bendito de tu seno virginal.

¡Oh clementísima! ¡Oh piadosa! ¡Oh siempre dulce Virgen María!

Bajo dos aspectos nos convida el Cristianismo á considerar el paso de la muerte.

Por el uno vemos en ella el castigo del pecado, la separacion dolorosa del cuerpo y del alma, la disolucion de nuestro sér material, la hora de las justicias tremendas, la entrada en la region incierta y pavorosa de la eternidad.

Por el otro se compara la muerte á un dulce reposar despues de largas fatigas, á un sueño reparador tras enojosas vigilias, á la libertad del alma encarcelada rotos por fin los muros de su prision corporal, al vuelo generoso de la misma hácia la patria feliz, lejos de la cual tanto tiempo gimió desterrada.

Tales aspectos son distintos, pero son ambos muy verdaderos; porque, en efecto, todo esto es morir. Varian sólo los colores del cuadro, segun ó lo ennegrecen las sombrías nubes de una vida criminal y enemiga de Dios, ó lo matizan los bellos reflejos de la virtud y del arrepentimiento. Además puede verse en la muerte, ó el lúgubre fin de la vida presente, ó el bello crepúsculo de la otra feliz que no ha de acabar jamás.

Cristo, que vino á este mundo para llevar sobre sí la imágen y los castigos del hombre pecador, murió con la primera de estas muertes. Dura, cruel, espantosa, con todos los horrores de la agonía y todos los desconsuelos del desamparo; tal fué la muerte del Hombre-Dios. El fúnebre Calvario, lugar de expiacion, muestra como verdaderamente es el morir la pena de una gran culpa, haciéndonos ver como sufre y como muere el mismo Hijo de Dios sólo por haber querido cargar sobre sus espaldas la responsabilidad de ella, aunque ajena.

María, tipo de inocencia angelical y de vida purísima é inmaculada, murió como murieran los Angeles si los hubiese sujetado el Criador á esta nuestra comun ley. Murió sin ninguna de las amarguras que ofrece el morir para el hombre pecador, y con todas las dulzuras que tuviera para el inocente. Fué dulce sueño, no dolorosa y convulsiva separacion; sosegado vuelo de paloma, no violento despegamiento del reptil agarrado groseramente al suelo por sus cuatro piés.

Así debia morir la que no llevaba sobre sí reato de culpa alguna propia ni ajena que debiese expiar.

Nuestra muerte no puede ser como la de la Madre de Dios, por la sencilla razon de que no es como la suya nuestra condicion. Ha de ser castigo y ha de ser duro trance, fiero trago, crisis angustiosa, lance de horror. Al pecador no le corresponde más que el castigo de su pecado. Mas el arrepentimiento y reconciliacion con Dios pueden indudablemente endulzarnos mucho sus inevitables amarguras. Muertes de ángel no se ven entre los hijos de Adan, como no sea entre los que llama Dios á sí antes de poder ofenderle; mas se ven, sí, frecuentemente muertes de buen cristiano, fortalecidas con todas las esperanzas del cielo y con todos los consuelos de la fe; muertes, si no alegres, serenas y suaves y hermosas hasta cierto punto en medio de su misma lobreguez.

Pidamos á nuestra Madre el soberano dón de la buena muerte. Es esta la súplica más apropiada para el dia de esta su gran festividad.

Nadie como el Propagandista católico tiene frecuente necesidad de alzar los ojos al cielo.

Obligado á tenerlos fijos de continuo en las mil y mil peripecias de la lucha en que le ha tocado ser actor; ocupado sin cesar en estudiar los movimientos del enemigo para oponerles eficaz reparo; fija constantemente su atencion en la tarea de allegar recursos con que hacer frente á las necesidades que una tras otra se presentan imperiosas; siente más que nadie la tendencia natural á dar sobrada importancia á lo que parece tenerla segun el lenguaje usual del mundo, olvidando lo que el mundo casi siempre echa tambien en lamentable olvido: que su causa es causa de Dios.

Más claro.

Toda lucha que desde la tierra se sostiene, y tales son las luchas del Propagandista católico en favor de la verdad, ha de tener forzosamente un lado que parezca á primera vista exclusivamente humano.

Tal es el peligro constante que corren los defensores de la verdad; el de que á fuerza de emplear para defenderla medios humanos, como son la pluma, la palabra, la asociacion, el dinero, etc., etc., lleguen á considerar como identificada su causa con tales medios, y venga ésta paulatinamente á desnaturalizarse, y paren finalmente sus generosos esfuerzos en estéril y vergonzoso naturalismo.

Contra esta tendencia que sin cesar nos lleva abajo hay que levantar el grito muy á menudo, y para esto ninguna ocasion más oportuna que las grandes solemnidades de la Iglesia. Y entre éstas ¿cuál mejor y más apropiada que esta dulcísima que con tanto fervor celebra el mundo cristiano?

Tras penosos dias de agitado combate sobre la tierra sube María á los cielos. Ni á Ella, á la Madre inmaculada del Hijo de Dios; ni á Ella, la purísima Esposa del Espíritu Santo, le fué concedido ascender allá sin que viese antes ensangrentados sus piés con los abrojos de esta tierra de maldicion. Ni á María le fué dispensado el Calvario para merecer el Tabor. ¿Quién en adelante será tan presuntuoso que crea se le trata con excesivo rigor obligándole á comprar con las presentes lágrimas las dulzuras del paraíso?

En recia batalla andamos; ¿quién lo duda? ruda es la persecucion con que de todos lados acosa el infierno á los hijos de la verdad; horas se presentan á menudo de profunda tristeza y, ya que no de desesperacion, al menos, sí, de mortal desaliento; que Dios á los suyos les permite á veces hasta los horrores del huerto de Getsemaní; mas... levantemos los ojos al cielo... allí, allí está nuestro Dios contemplando nuestras congojas; allí hay quien pesa el valor de cada uno de nuestros gemidos; allí quien prepara á nuestros cansancios reposo sin fin. Allí está, no aquí, el *objetivo* de nuestros combates; allí su término dichoso; allí la verdadera victoria, la única definitiva.

Luchamos para que sea glorificado el nombre de Dios sobre la tierra; el anhelo de nuestro corazon quisiera ver convertidos á una misma fe todos los pueblos, y arrodillados todos los hombres ante un mismo altar; esplendente como el sol sobre el zenit la Iglesia santa derramando por do quier su luz, su fecundidad, su vida; confundidos y trocados en hijos suyos sus más tenaces enemigos, y quisiéramos esto siquiera fuese á costa de nuestra tranquilidad, de nuestra fortuna, de nuestra salud, de nuestra vida. ¡Generoso empeño! Mas si un pensamiento del cielo no viene á derramar sobre estos nobles deseos su divina lumbre, si tras el triunfo de nuestra causa acá abajo no mantenemos fija en otro más vasto horizonte la mirada, ¡ah! no somos propagandistas cristianos, no somos apóstoles católicos, somos simplemente soldados de una idea que trabajamos por ver realizada, como tantas otras que en el decurso de los siglos se han disputado con más ó menos empeño la preponderancia política ó social en el mundo.

¡Ah! no, no somos esto los verdaderos hijos de la cruz; no quiere que seamos esto nuestro Jefe... que está en los cielos.

Batallamos, sí, hundidos los piés en el polvo miserable de la tierra, pero fijo el corazon en las santas esperanzas del cielo; del cielo, que debe ser el centro de gravedad de las almas, como es la tierra el centro de gravedad de los cuerpos.

Por esto nunca es lícito el desfallecimiento, porque el reino de Dios que esperamos, no puede faltar á quienes con tales propósitos batallan las batallas del Señor.

El ignorado misionero que muere á poco de haber pisado la inhospitalaria playa, sin dejar allí ni un discípulo, ni una cruz clavada en el suelo, ni una huella que marque el lugar por donde anduvo, es quizá colocado, en la presencia de Dios, en la gloriosa fila de los Domingos de Guzman, de los Vicentes Ferrer y de los Javieres que se presentaron al juicio de Dios con rico botin de almas, innumerable como las arenas del mar.

Así el Propagandista católico que, por la condicion de los tiempos y ceguedad de los hombres, no ve quizá próximo ni lejano el fruto de sus sudores; el buen sacerdote, el honrado padre de familias, el jóven piadoso, la edificante doncella que viven labrando con su palabra, con su pluma ó con su ejemplo el campo de Dios y mueren en la tarea sin el consuelo de verla coronada con éxito humanamente dichoso, ¡ah! ¡benditos sean ellos! la corona inmortal del triunfo brillará sobre sus frentes; ni una sola de sus tristezas, ni uno solo de sus al parecer estériles esfuerzos quedará olvidado en el registro celestial de los méritos y recompensas!

¡Ah! ¡si con estos pensamientos hiciese siempre su pacífica campaña el glorioso ejército de la verdad! ¡Si se le viese á todas horas firme la mano en la empuñadura de la espada espiritual que Dios le ha confiado, pero más firme aún su corazon en las esperanzas del cielo! ¡Si anduviésemos constantemente persuadidos de que lo que en torno nuestro se ve y se agita, no constituye más que la mitad, ni siquiera la mitad del problema que estamos llamados á resolver! ¡Cuán flacos nos parecieran entonces nuestros enemigos! ¡Cuán pequeño su colosal poderío! ¡Cuán ciega y cuán sin tino su sabiduría! ¡Cuán insensatos y descaminados sus planes! Y en cambio ¡cuánta grandeza veríamos en el reducido ejército *(pusillus grex)* de la verdad! ¡Qué horizontes tan sin fin en sus esperanzas! ¡Qué nobleza en sus aspiraciones! ¡Qué poderoso alcance el de sus medios! ¡Qué empuje y decision los suyos! ¡Qué valor y serenidad para afrontar los mayores contratiempos!

María subiendo á los cielos es consuelo para todas las aflicciones de la vida.

Desde la tierra, y aún desde las más lóbregas hondonadas de ella, se ve el cielo; y por encapotado que se halle el horizonte, por densos nubarrones que lo ennegrezcan, por espesa que sea la polvareda que lo enturbie, el cristiano de verdadera raza cristiana no puede ni debe perder un momento de vista aquella su patria inmortal.

«Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?» Así cantó un renombrado poeta español, y así hemos de llamarnos *al órden* á nosotros mismos frecuentemente, y sobre todo cada vez que el espectáculo de lo que en nuestro rededor acontece, amenazare hundirnos en los horrores de la desesperacion, ó por lo menos en las tristezas del desaliento.

¿Pues qué? ¿hemos olvidado que tierra somos y que en tierra vivimos, y que es tierra lo que pisamos, y que es terreno el aire que nos rodea, y terrenos casi todos los hombres, ideas é intereses que se agitan á nuestro rededor? Y condenado el espíritu inmortal, hijo del cielo y criado para el cielo, á vivir un cierto plazo de años en estas condiciones, ¿hemos de extrañar no viva á gusto, sino antes muy enojosamente, en esa baja region, la más opuesta á sus divinos instintos?

Hasta la asfixia podria llegar á experimentar el desdichado, si muy á menudo no procurase levantar el vuelo para buscar en region más pura aire moral acomodado á sú delicada respiracion. ¡Y es espantosa la asfixia del alma, tan frecuente por desdicha en los hombres de nuestra materializada generacion!

Abajo nos arrastra con todo el peso de su grosera atraccion lo terreno; arriba nos llama con todo el poder de sus elevados impulsos lo sobrenatural y divino. Por esto tiene, entre otros medios mil eficacísimos, sus fiestas la Iglesia, y la que hoy celebramos en particular.

Si de ordinario nos convida la Religion á mirar al cielo, hoy (y el dia de la Ascension del Señor) se goza en mostrárnoslo como entreabierto, para que ya en cierta manera podamos con nuestros corazones entrar allá.

¡Subamos, sí; subamos, que buen guia tenemos en nuestra excelsa Madre María, que celebra hoy su gloriosa Asuncion!

Vedla á la hermosísima Paloma, al Aguila real, como hiende los aires, cruza el espacio, traspasa las nubes y traspone los lindes de la eternal region.

Vivió, es decir, sufrió, gimió, lloró, que todo esto significa vivir: las espinas del destierro ensangrentaron sus piés; los insultos de los malos sonrojaron su rostro; la persecucion de los poderosos clavó puñales en su corazon. Mas ¿qué le impide hoy mecerse como triunfadora sobre las nevadas alas de los Angeles, y mirar de lejos, muy de lejos, con la sonrisa de la compasion, el valle aquel que fué teatro de sus amarguras?

¡Subamos, subamos con Ella, que es dulce subir en tan grata compañía!

Conforme subimos, ¡cuán lejos va quedando de nuestros llorosos ojos la tierra que tanto nos hizo sufrir! A proporcion que nos acercamos al cielo, ¡cuán insignificantes van apareciendo los hombres! ¡cuán miserables sus proyectos! ¡cuán pueril y loca su agitacion! Si tan pigmeos van apareciendo, áun acá desde el suelo mirados en el dilatado campo de la historia, ¿qué van á parecer vistos desde allá, es decir, desde los umbrales de la eternidad?

Mas entremos, que entra ya en ella nuestra Madre. Mas ¡ay! que no es dado aún con Ella entrar, sino sólo desde fuera admirar con la lumbre de la fe su gloriosísimo triunfo! Torrentes de luz, dia sin noche, esclarecen eternamente la ciudad de Dios. Paz y amor y júbilo sin fin son las palabras que allí se oyen; paz y amor y júbilo sin fin, la herencia, imperdible ya, de sus dichosos moradores. La eternidad de todo lo bueno, la eternidad de todo lo verdadero, la eternidad de todo lo bello, sin mudanza, sin vicisitud. Dios, en una palabra, que todo esto compendia y significa. Dios es su imperecedero galardon.

Y toda esa gloria, toda esa luz, toda esa felicidad se refleja como inmortal corona en la frente de María, de la humilde doncella de Nazaret, de la modesta esposa del Carpintero, de la pobrecilla mendiga de Belen, de la llorosa desterrada de Egipto, de la desolada víctima del Calvario. Luna hermosísima de estos nuevos firmamentos, refleja con más brillo que nadie los rayos de Dios que es su eterno Sol; y á par de Ella, como estrellas de inferior calidad, los reflejan, cual más, cual menos, segun sus méritos, las frentes de los demás elegidos.

¡El aleluya triunfal no se suspende un instante en los labios de las angélicas jerarquías, que llenan con él los espacios inmensos de la dichosa Sion!

¡Y es todo esto para mí, y á todo esto me llama mi Padre, y á tal propiedad y heredamiento me da derecho la sangre de hijo de Dios y de hermano de Cristo que corre por mis venas de cristiano!

¡Oh cielo! ¡oh mi único amor, oh mi única esperanza! mucho se puede y se debe sufrir por tí, que muy en breve has de ser mi patrimonio!

¡Oh tierra! ¡oh valle de miseria! ¡oh charco de iniquidad! muy ruin eres tú, para que cosa alguna de las tuyas me robe un solo pensamiento de los que debo tan sólo á este mi único fin!

¡Oh María! ¡Oh Madre! ¡Oh Reina! ¡Subamos con Vos á esas regiones de paz, ya con el espíritu desde ahora, para despues reinar con Vos en cuerpo y alma en ellas por toda la eternidad!

DEVOTO NOVENARIO

Á MARÍA SANTÍSIMA

EN EL MISTERIO

DE SU GLORIOSÍSIMA ASUNCION.

Por la señal, etc.

ACTO DE CONTRICION.

Señor mio Jesucristo, Dios y Hombre verdadero: en Vos creo, en Vos espero, á Vos amo sobre todas las cosas. Me pesa muy de corazon de haberos ofendido, por ser quien sois, suma Bondad que me habeis llenado de beneficios. Y tambien porque me habeis de juzgar muy pronto y podeis por mis culpas condenarme eternamente.

Perdonadme, Señor, y por vuestra sangre y por las lágrimas de vuestra divina Madre la Virgen María, concededme luz, gracia y fervorosa atencion para hacer en su obsequio esta santa Novena, á mayor gloria vuestra y provecho de mi alma. Amen.

ORACION.

¡Soberana Señora de cielos y tierra, Reina de los Angeles y de los hombres, Madre de Dios: que habiendo como nosotros vivido y padecido en este mundo, reinais hoy gloriosa y excelsa entre los coros celestiales! Desde el profundo valle de esta tierra de pecado alzamos los ojos á Vos, Reina nuestra y Madre nuestra, para estudiar vuestras virtudes, contemplar vuestra majestad, implorar vuestro valimiento. Somos ¡oh Madre! aquellos infelices hijos de Eva pecadora, que en la cruz os encomendó vuestro dulce Hijo próximo á morir. Somos ¡oh Reina! aquellos miserables desterrados, que desde acá peregrinamos suspirando hácia el dulce reposo de la patria feliz. Somos ¡oh Señora! aquellos extraviados y perdidos, que en la oscuridad de este desierto necesitamos quien nos alumbre los pasos, nos muestre el camino y nos sostenga con mano bondadosa en él. Vos sois ¡oh María! este norte celestial, Vos esta guia y segura proteccion. Venimos á buscar todo esto en Vos y á aprenderlo de Vos, para hacernos dignos de vuestro suavísimo amparo. Dádnoslo á conocer, Señora; dignaos enseñárnoslo con vuestra autoridad y ejemplos en esta breve meditacion.

Aquí los dos puntos de meditacion que se señalan para cada dia.

ORACION FINAL.

¡Oh María, Reina bondadosa, dulcísima Madre de Dios y de este pobre pecador! Aceptad desde el trono de luz que ocupais en los cielos las alabanzas y súplicas de este vuestro pueblo fiel que os venera é invoca en el misterio de vuestra gloriosa Asuncion. Muy grande sois, Señora, y muy alta os ha colocado la santísima Trinidad, para que de este modo pudiéseis con más eficaz empeño favorecer á los que ponen en vuestras manos sus oraciones. Recibidlas ¡oh María! y por Vos sean ellas en nombre de vuestro Hijo presentadas al Padre celestial.

Os rogamos, pues, por la santa Iglesia y por la prosperidad de ella y confusion de sus enemigos, por el triunfo del Papa, por la gloria de la santa fe en todo el universo.

Porque se conviertan los pecadores abandonando su mal vivir; porque se alienten los buenos en el divino servicio, sin desmayar por la persecucion.

Porque se reciban con frecuencia y con buena disposicion y abundantes frutos los santos Sacramentos.

Porque sean socorridos los pobres, consolados los tristes, instruidos los ignorantes, aliviados los que gimen en toda necesidad.

Por los enfermos y moribundos y para que sean ayudadas las almas del purgatorio, especialmente aquellas que en vida os tuvieron mayor devocion.

Rogad, rogad, ¡oh graciosa Princesa! y seréis escuchada. Alcanzadnos estas gracias, y particularmente á todos los aquí reunidos la de una cristiana y feliz muerte, para despues de ella reinar eternamente con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo y con Vos en el cielo. Amen.

DIA PRIMERO.

MEDITACION.

De la Vírgen María en los postreros años de su vida mortal.

I.

Más de veinte años, segun la más recibida opinion, vivió María en este mundo despues de la Ascension gloriosa de su divino Hijo á los cielos. Cual fuese durante este largo período la vida de Nuestra Señora, no lo dicen los Libros santos, pero lo puede comprender fácilmente el alma contemplativa y devota de la Madre de Dios. Recogida y solitaria en su humilde morada, vivia aún corporalmente entre los hombres, espiritualmente ya tan sólo con su Hijo en la mansion celestial. Donde tenia su tesoro allí tenia su corazon.

Empero, esta su vida de contemplacion y de celestial recogimiento no la impedia ser toda para todos, y contribuir con el caudal de sus fuerzas y superior influencia á la santificacion de los fieles y al establecimiento de la Iglesia. Era incansable en la oracion, solícita en dar á todos consejo, asidua en consolar al triste y necesitado. Los Apóstoles veian en Ella el retrato de su divino Maestro, y oyéndola y mirándola sentian aliviarse la pena de su ausencia. Vivia la divina Señora en trato continuo con Dios y en el deseo insaciable del cielo, pero sabia que tambien Ella tenia en la tierra una mision que llenar, y la llenaba exactamente, sin perdonar cansancio ni fatiga.

¡Oh vida oscura pero gloriosísima de la Madre de Dios! ¡Cómo no me confundo al contemplar la mia tan estéril y mal aprovechada!

II.

Tambien nosotros hemos recibido una vida, y con ella una mision que cumplir en este valle de lágrimas. Y sólo cumpliéndola, como quiere Dios, tendrémos asegurada la celestial recompensa. ¿Qué me dice sobre este punto la voz severa de mi conciencia? ¡Ah! ¡Que tal vez no he procurado más que hacer de esta vida mia, que no es mia sino de Dios, ocasion de fútiles pasatiempos, de míseras vanidades, de complacencia y regalo, cuando no de criminales excesos! ¿Es mio, por ventura, este precioso capital para gastarlo ó malgastarlo á mi antojo y no en lo que me tiene mandado su Dueño, que no hizo más que confiármelo en administracion? ¿Cómo daré cuenta cabal y justificada de tantos años malogrados, de tantas gracias perdidas, de tantos recursos que como otras tantas armas he vuelto contra mi Dios? Y es cierto que se me pedirá cuenta rigorosa, año por año, mes por mes, dia por dia, hora por hora, hasta el último minuto. ¿Qué hago por la gloria divina? ¿Qué por el bien de mis prójimos? ¿Qué por mi propia santificacion? ¿Soy resorte activo en esta máquina, ó rueda inútil y embarazosa?

¡Oh Madre mia bondadosísima! Vuestro era el cielo, seguro lo teníais desde el primer momento de vuestra Concepcion, y no obstante quisisteis á fuerza de sudores y padecimientos hacéroslo vuestro segunda vez por título de personal merecimiento. Dad, oh Madre mia, dad á mi pobre corazon el valor que necesita para llevar hasta el fin esta ruda campaña de la vida, sin vacilacion, sin desaliento, con frutos abundantes, con gloriosa corona de méritos que pueda un dia presentar en mi abono ante el supremo Juez. Dadme que vigorosamente trabaje aquí, para despues descansar á vuestro lado; que luche aquí esforzadamente para con Vos reinar en las alegrías de la gloria. Amen.

Pídase aquí á nuestra divina Madre la gracia particular de este dia.

Despues se dirá cada dia: Ahora para más obligar á nuestra divina Madre la saludarémos con un *Padre nuestro* y doce *Ave Marías* en memoria de las doce estrellas de su gloriosa corona.

DIA SEGUNDO.

De cómo fué anunciada á María santísima la hora de su próxima muerte.

I.

Setenta y dos años tenia, segun la más autorizada creencia, la Madre de Dios, cuando resolvió Éste llamarla del destierro de esta vida al descanso de la patria celestial. El arcángel san Gabriel fué, dice un santo Padre, el encargado de traerle á la divina Señora esta postrer embajada. ¡Con cuánto consuelo de su Corazon recibiria la purísima Vírgen esta noticia! Con parecidos transportes á los que sintió cuando se la anunció la encarnacion del Verbo en sus entrañas, responderia al enviado celestial: *Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra*. Y como al saludo de Isabel respondió entonces con aquel suavísimo cántico, tambien ahora desahogaria su pecho en fervientes alabanzas y actos de gratitud al Señor por merced tan suspirada. Y extática y fervorosa dispondríase desde aquel instante con más encendidos actos de amor á su tránsito dichoso. Más que nunca sentiria en su alma el ansia de la vision clara de Dios, el aguijon del deseo, la amorosa impaciencia de unirse con Él eternamente. Vivia, es verdad, pero no ya en esta vida sino en una anticipada fruicion de la otra. Allá volaban sus ansias, allá sus suspiros; tardío se le hacia el instante en que diese á todo lo caduco de acá la postrer despedida. ¡Oh Madre mia! ¡Cuán distante se halla de estas disposiciones mi corazon, tan apegado á todo lo vil de esta miserable existencia!

II.

No se nos ha anunciado la hora de nuestra muerte, pero á cada momento se nos advierte que está próxima y que de un instante á otro nos va á sorprender. La edad que pasa, el cabello que blanquea, los amigos que van desapareciendo, todo nos advierte que tambien nosotros caminamos á morir, sin saber en cual de nuestros pasos se nos hundirá de repente el terreno y nos tragará la sepultura. ¿Cómo se dispone mi alma para esta hora tremenda, y tanto más tremenda cuanto más incierta? ¡Oh ciego de mí! ¿Obraria de otra manera si me creyese por ventura inmortal? Llaman toda mi atencion vanidades y niñerías que ni en el tiempo ni en la eternidad pueden hacerme feliz, en tanto que descuido y menosprecio los bienes verdaderos, sin los cuales me he de ver eternamente desgraciado. Lo de la tierra que pasa y huye, eso me roba el corazon y me lleva tras sí los ojos; á lo que ha de ser mi paradero final, á eso no dedico ni uno solo de mis frívolos pensamientos. ¡Ay de mí cuando suene terrible y pavoroso aquel *vas á morir,* y no tenga ya tiempo entonces para disponer mi partida! ¡Ay de mí si he de contestar con aquel dolorido y espantoso *ya es tarde,* síntoma infalible de mi eterna condenacion!

¡Oh Madre mia! Enseñadme Vos á disponerme para este trance fatal como os dispusisteis Vos, á fin de que le vea venir tranquila mi alma diciendo como Vos al enviado celestial: *Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí vuestra santa voluntad.*

DIA TERCERO.

Del tránsito felicísimo de Nuestra Señora.

I.

Llegó el momento señalado en los eternos decretos para el tránsito felicísimo de la Madre de Dios. Reclinada en su lecho y entre transportes de elevada contemplacion aguardábalo Ella rodeada de los Apóstoles y piadosas mujeres que atendian solícitas á servirla. No aquejaba á su cuerpo enfermedad ni dolor, que no era razon sintiese como nosotros esta pena del pecado la que habia sido desde su primer instante libre de él. Ni puede llamarse agonía á los últimos momentos que precedieron á la separacion de su alma, porque ésta se desprendió de su cuerpo sin esfuerzo alguno ni afliccion. Entre el fervor de sus oraciones y suspiros á Dios, de pronto se la vió levantar al cielo los ojos, cerrarlos un momento despues con infinita dulzura, abrir los labios con hermosa sonrisa... y espirar. Ni una convulsion de su cuerpo, ni una contraccion de su rostro, ni una lágrima, ni un quejido lo anunciaron á los presentes. Parecia que la muerte no se atrevia á comunicar sus horrores á aquel cuerpo inmaculado.

¡Oh muerte verdaderamente preciosa á los ojos de los hombres y de Dios!

II.

He de morir: ¿pero será mi muerte parecida á la de la Madre de Dios? ¡Ah! El hijo del pecado no merece despedirse de este mundo con la sonrisa en los labios como la que fué inmaculada desde su Concepcion. He de considerar, pues, que mi muerte será dolorida y angustiosa, triste con los padecimientos de la enfermedad, amarga con los remordimientos de la culpa, terrible con las incertidumbres del porvenir. Mis ojos buscarán en torno de mi lecho un consuelo, y ¿dónde lo hallarán? No en lo del mundo, que me huye; no en lo de la eternidad, que me aguarda; no en los hombres, que nada pueden hacer por mí; no en Dios, á quien tengo tantas veces ofendido. La Iglesia me alentará con palabras de esperanza; el sacerdote me mostrará el piadoso crucifijo, y mis manos convulsas lo estrecharán como única arma contra las últimas acechanzas del enemigo infernal. Pero el recuerdo de mis infidelidades y excesos, mi poca mortificacion y penitencia, el olvido en que he tenido mi último fin, ¿no me harán temblar de pavor, temiendo el resultado de mi postrer combate?

¡Ah Madre mia y abogada mia! ¡Vos estaréis allí al lado de mi lecho de amarguras, Vos defenderéis y sostendréis con vuestros poderosos consuelos á este pobre pecador moribundo! Por Vos alcanzaré las lágrimas del verdadero arrepentimiento y la gracia del perdon. Me parecerá en aquella hora oir de los labios de Jesús aquellas dulces palabras con que me encomendó á Vos: *Hijo, hé aquí á tu Madre.* Sí, sedlo para mí en todos los instantes, pero muy en particular en aquella hora suprema. Amen.

DIA CUARTO.

De cómo dieron los Apóstoles sepultura al santo cadáver.

I.

Llorosos y compungidos rodeaban los Apóstoles y discípulos el lecho de la Madre de Dios, sin acertar á separarse de la vista de aquel santo cadáver en que la muerte acababa de imprimir su palidez. Y no menos piadosos con él de lo que lo habian sido con el de su divino Maestro, resolvieron honrarle con decorosa sepultura. Con bálsamos y aromas perfumaron aquellos restos queridos, envolviéronlos en limpia mortaja y cubrieron con un sudario su rostro purísimo. Y cantando alabanzas á Dios, depositaron en una tumba de piedra el cuerpo de la que habia sido durante tantos años su luz, su consuelo y toda su alegría. Y á los obsequios de la tierra correspondió con los suyos el cielo, alumbrando el lugar de aquella sepultura con extraños resplandores y haciendo oir en torno de ella, durante el silencio de la noche, música deliciosa. Tales eran las honras fúnebres con que merecia ser glorificada áun en la tierra aquella Mujer singular. ¡Oh sepulcro, como el de su divino Hijo, en todo resplandeciente y glorioso!

II.

Trasladémonos, hermanos mios, con la imaginacion á aquel otro lugar de horror y tinieblas que ha de ser el de nuestra sepultura. Mirémonos allí envueltos en lúgubre mortaja, rodeados de corrupcion, convertidos muy luego en pasto de gusanos y despues en miserable ceniza. Contempla aqui, oh mortal, lo vil de tu condicion terrena y lo engañoso de las vanidades con que te cautiva este mundo pasajero. Fija tu vista en el fondo de la tumba y lee allí la nada de tus proyectos, hombre ambicioso; la nada de tu vanidad, mujer presumida; la nada de tus tesoros, avaro cruel; la nada de tu ciencia, orgulloso incrédulo. Estas tus grandezas, para las que parece hoy estrecho el ámbito del mundo, cabrán todas ellas entre las cuatro tablas del ataud. De esta tu afanosa y tal vez criminal existencia nada quedará sobre la tierra, más que un vago recuerdo que no tardará luego en borrarse tambien de la memoria de los hombres. ¡Mira por qué naderías dejas á tu Dios! ¡Mira por qué miserables goces aventuras tu eterna dicha! ¡Mira por cuán vil interés vendes tu eterno porvenir!

¡Oh sepultura asquerosa! ¡Oh libro el más elocuente para quien sepa leer en él lo despreciable de todo lo de acá y lo importante de los pensamientos de la otra vida!

DIA QUINTO.

De la resurreccion gloriosa de María el dia tercero.

I.

No quiso Dios que la carne virginal de aquella mujer bendita, de quien habia tomado la suya el Verbo humanado, fuese pasto de la corrupcion del sepulcro. La que habia sido preservada de la inmundicia del pecado desde el principio de su sér, no era razon pasase por la inmundicia de la descomposicion despues de su muerte.

Tres dias estuvo en el sepulcro, segun comun parecer de los Padres, el cadáver de la divina Señora, y en todo este tiempo no cesaron en torno de él las alabanzas y súplicas de los fieles y los conciertos de los Angeles. Y al tercero volvió Dios á unir á aquellos restos queridos el alma inmortal, y de nuevo se iluminó aquel rostro y latió aquel corazon y circuló aquella sangre y se movieron aquellos miembros. Un Angel levantó la losa funeraria y otros cien levantaron sobre sus alas á la Reina gloriosa, formándole espléndido carro triunfal mucho más glorioso que el que arrebató á Elías, siendo por ministerio de ellos trasladada por los aires en cuerpo y alma á las regiones celestiales.

¡Oh Madre! ¡quién nos diese dejar la tierra con Vos y seguiros, oh águila real, en este glorioso vuelo!

II.

Que hemos de resucitar un dia no lo dudamos; nos lo enseña terminantemente la fe. Mi alma volverá á unirse á mi cuerpo: el sepulcro devolverá vivo al que recibió muerto en su lobreguez. Pero ¡ah! ¿Será para mi feliz ó desventurada la hora de tal resurreccion? ¿Se levantará del sepulcro mi cuerpo radiante de luz, ó nublado y oscurecido con las sombras de la condenacion? ¿Resucitaré para eternamente vivir, ó será mi resurreccion el principio de una muerte más espantosa? ¿Me abrirá el cielo sus puertas para glorificarme, ó las suyas para engullirme el abismo de los eternos tormentos? De mi depende la eleccion de mi suerte. La resurreccion será cual haya sido la muerte, y la muerte será cual haya sido la vida. ¿Por qué no aseguro, pues, el bien vivir para así asegurar el bien morir y un alegre resucitar?

¡Oh Madre mia! Vos no quereis, no, que este devoto vuestro aparezca en su resurreccion con la marca horrible de los condenados. Vos deseais compañeros de vuestra gloria, que con Vos reinen, con Vos se gocen, con Vos bendigan eternamente las misericordias del Señor. Alcanzadme, Señora, la gracia de reformar mi vida, perseverar hasta la muerte, y acompañaros despues de ella en la feliz eternidad.

DIA SEXTO.

De la entrada triunfal de María en la gloria.

I.

Mira, cristiano, alza los ojos de la consideracion y sigue con ellos el hermoso vuelo de esta celestial Paloma que atraviesa los aires en busca del nido de su descanso. Mira la nube iluminada que le sirve de trono, y los coros de los Angeles, que con alegres himnos la levantan y conducen á la patria feliz. Mira como se abren los cielos para dar entrada á la gloriosa comitiva, mira como todo es júbilo y alegría con este motivo en la mística ciudad de Dios. ¿Quién es Esta, se preguntan, quien es Esta que sube del desierto del mundo derramando delicias? Es María, la pura y sin mancilla desde el primer instante de su concepcion, la vencedora de la infernal serpiente, es la escogida de Dios, la Madre de su Hijo unigénito, la Esposa del divino Espíritu. Es la doncella de Nazaret, la pobre forastera de Belen, la mujer del Artesano, la enlutada Señora á quien se vió llorar al pié de la Cruz.

¡Oh Madre mia, cómo ha cambiado vuestra suerte! ¿Dónde están aquellos vuestros llantos y dolores? Haced, Madre mia, que tambien mi alma experimente un dia este trueque feliz.

II.

Así se porta Dios con quienes le han servido en este mundo fielmente. Escrito está que quien con Cristo hubiere padecido, con Cristo será glorificado. Ea, pues, alma mia, no se te haga duro é insoportable este destierro sabiendo la recompensa sin fin que te aguarda despues de él. Alza los ojos al cielo; tambien se abrirán un dia sus nubes para tí, como se abrieron para la Madre de Dios. Tambien habrá regocijo y fiesta por la entrada tuya, como la hubo por la de María santísima. No está lejos este dia feliz, tal vez está muy cerca. Sufre y lucha sin desmayar; digno es de todo esto el galardon que se te promete. Enfrena tus pasiones, mortifica tu carne, arranca tus vicios, vence tu inclinacion, cultiva sin descanso las virtudes. Por este trabajo cobrarás un dia tu prometido jornal de manos del Padre de familias.

Pero ¡ay de tí si descuidada te estás mano sobre mano sin empezar nunca la labor! ¡Ay de tí si dejas que no ofrezca el campo tuyo más que cosecha de yerbas y espinas! ¿No sabes que el destino de la zizaña es arder en el fuego, y que sólo el buen trigo será depositado en el granero celestial?

DIA SÉPTIMO.

De la coronacion de María como emperatriz de cielos y tierra por mano de la beatísima Trinidad.

I.

Introducida María en la celestial Jerusalen, no se la confunde en aquella multitud de almas justas y bienaventuradas como una más entre ellas, sino que su gloria es singular y superior á la de todas, como á la de todas fué superior en dignidad y en merecimientos. Por esto apenas se la ve en la Corte celestial la reconocen por su Reina todos los Angeles y Santos, y gozosos la aclaman y festivos la vitorean. Desciende de su elevadísimo trono la Humanidad santísima del Verbo encarnado, y tomando de la mano á aquella humilde Criatura á quien en el mundo aprendió á llamar Madre suya, la presenta regocijado á los piés del Padre eterno, para que de sus manos reciba la augusta corona que á su lado ha de ceñir por los siglos de los siglos. Derrama el Espíritu de amor torrentes de su luz sobre aquella Esposa suya; y Padre, Hijo y Espíritu Santo la colocan en el trono más gloriosioso que, despues del de la Humanidad de Cristo, se levanta en la mansion de los bienaventurados.

II.

Tambien hay para mí una silla y una corona en el cielo. Dios me las dispuso desde el primer instante en que me adoptó por suyo en las aguas del Bautismo. Quiere, empero, no dármelas de balde, sino que con mi esfuerzo me las gane yo, como con sus esfuerzos y sudores y lágrimas se las ganó María santísima. Pero ¿qué hago, infeliz de mí, para merecer un dia su posesion? ¿Pienso acaso que ha de ser coronado el soldado cobarde ó recompensado el criado perezoso? ¿Pretendo quizá gozar al mismo tiempo de los caprichos de la tierra y de las coronas del cielo? ¡Oh no! que entre unas y otras tengo que escoger sin dilacion, so pena de quedar miserablemente burlado. No se puede á la vez servir y esperar recompensas de señores tan opuestos entre sí, como son Dios y el mundo. Los felices de aquí han de ser por necesidad los desventurados de la otra parte. No será coronado, dice el Apóstol, sino quien hubiere debidamente peleado. Y pelear significa sufrir contradiccion y padecer persecucion por la justicia, refrenarse, mortificarse, humillarse, vivir crucificado con la cruz del Redentor. La corona de espinas acá es condicion indispensable para la corona de flores en el cielo. El mismo Dios no quiso pasase por menos su Madre benditísima, ni me exceptuará á mí de esta ley universal.

¡Oh Madre mia! ¡Oh Reina coronada! Abrazo gustoso con Vos la mortificacion y espinas de esta vida, para con Vos merecer el lauro inmortal en la eternidad!

DIA OCTAVO.

Del gran valimiento de María ante Dios en favor de los hombres.

I.

La hija de Sion no ha sido elevada al rango de Emperatriz de los cielos únicamente para su propia gloria, sino principalmente para ser allí nuestra abogada. Por sus merecimientos y por el lugar que ocupa, el más inmediato al trono de la Divinidad, ruega incesantemente en favor de los hombres, y sus ruegos son siempre escuchados. Tiene, dice un santo Padre, por gracia la omnipotencia que Dios tiene por naturaleza. Su corazon benignísimo se mueve de continuo á piedad por tantas miserias como ve desde su trono en este valle de lágrimas, y no se satisface sino con remediarlas. Tiene en sus manos la llave de las misericordias de Dios, y no es escasa en prodigarlas. Porque si de la oracion, áun de la del hombre, se ha dicho que es la que abre los tesoros de Dios, ¿qué será la oracion de aquella Mujer sin igual que es Madre suya? Si Dios ha prometido escuchar bondadosamente á las miserables criaturas á quienes nada debe sino manifiestos agravios, ¿cómo podrá menos de escuchar á su Madre propia á quien es, por lo que toca á su Humanidad, deudor de tantos servicios?

II.

Estos motivos de confianza que tenemos en María porque es Madre de Dios, los verémos muy más poderosos si consideramos que es tambien Madre nuestra. A nosotros, podemos en cierto modo decir que debe Ella su alta dignidad; nuestra suma miseria fué la causa ocasional de su suma exaltacion. Nuestro pecado hizo, en cierto modo, necesaria la encarnacion de su Hijo, por la que fué Ella elevada sobre la comun condicion. Es carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre, y todo lo tiene nuestro menos el pecado. Es hermana nuestra, como nacida de nuestro propio linaje, como una bella aldeana no deja de pertenecer á la clase del pueblo por más que su hermosura la lleve á la corte á ser esposa de su Rey. A pesar del cetro y de la corona real, su patria son los campos en que se crió, la aldea que la vió nacer y la pobre cabaña en que la amamantaron sus padres.

¡Oh qué poderosos títulos para inspirarnos amorosa confianza en el valimiento y proteccion de la Madre de Dios!

DIA NONO.

Cuál sea la verdadera devocion que debemos profesar á la Madre de Dios.

I.

El amor verdadero se conoce por los sacrificios verdaderos que inspira. No hay, pues, devocion verdadera á la Madre de Dios, si nuestro corazon no está dispuesto á ofrecer por Ella obras de verdadera y sólida virtud. Adornar sus altares, alumbrar sus imágenes, celebrar con regocijo sus fiestas, mucho es, pero no es lo principal. Lo principal es el tributo de un corazon limpio y aborrecedor de la culpa, que practica el retiro, ama la oracion, guarda la modestia, evita toda sombra de impureza, socorre á los pobres, y está dispuesto á sufrirlo todo y á perderlo todo antes que ofender á Dios. No se ama á otro, como no sea amando lo que este ama y aborreciendo lo que este aborrece. Y ¿podria yo titularme y creerme amante de la Madre de Dios, obrando siempre en sentido contrario á sus deseos y voluntad?

¡Ah! ¿cuánta de esa devocion será reputada por falsedad é hipocresía en el dia del juicio? Haced, Señora, que no sea así la de este devoto vuestro.

II.

¿Cómo ha sido hasta hoy mi devocion á María santísima? ¿Cómo debe ser en adelante? Hé aquí dos preguntas que deben hacerme abrir los ojos, á fin de que sepa cuáles deben ser mis propósitos, hoy dia postrero de los nueve que he dedicado á la Madre de Dios. Tal vez mi devocion es sólo de palabras, tal vez mi corazon está lleno de culpables aficiones; tal vez dedico algun rato á la Madre del divino Amor y muchos más á las vanidades del mundo. Tal vez en un mismo dia se me ve en la casa de Dios y en la de su enemigo. ¿Qué hay que reformar en mi vida, en mi hablar, en mi traje, en mis relaciones, en mis pasatiempos? ¿Hay cosa que desdiga en mí de un hijo de María y de un buen cristiano?

¡Oh Madre mia! Sí, mucho hay, y por eso os hago á vuestros piés séria promesa de reformarlo. Esta reforma de mi vida será el fruto de esta piadosa novena. Esta es la devocion que os agrada á Vos, esta la única que debe abrirme las puertas del cielo. Ayudadme Vos, Señora, á ponerlo en ejecucion. Vuestro soy, salvadme. Hacedme la gracia de que así como os he procurado honrar en la tierra, así os glorifique y alabe en la gloria. Amen.

DEVOTA CORONILLA PARA EL DIA 15 DE CADA MES.

OFRECIMIENTO.

Soberana Reina de los cielos, dulcísima Madre de Dios y mia, llégome hoy humilde á vuestros piés, para una vez más saludaros en el misterio de vuestro tránsito glorioso. Recibid, Señora, con real bondad esos mis pobres homenajes, y merézcanme ellos vuestra proteccion en vida, vuestro consuelo en la muerte, vuestra dichosa compañía por toda la eternidad. Amen.

I.

Os saludo y os doy, Madre mia, enhorabuenas mil por vuestra feliz muerte, sin dolores de enfermedad, sin congojas de agonía, con solas las ansías y anhelos de llegar definitivamente á la patria inmortal. Dadme, Señora, muerte feliz y sosegada con los santos Sacramentos de la Iglesia, en brazos de vuestro Hijo y vuestros. Amen.

Ave María y *Gloria.*

II.

Os saludo y os doy, Madre mia, enhorabuenas mil por la incorrupcion de vuestro cuerpo y limpieza de vuestro sepulcro; digna suerte de la que fué siempre vírgen limpia de toda corrupcion y vaso incontaminado de la Divinidad. Alcanzadme, Señora, que de tal modo viva mi pobre alma en el sepulcro de barro de este cuerpo, que sea sin mancha de su candor á vuestros purísimos ojos. Amen.

Ave María y *Gloria.*

III.

Os saludo y os doy, Madre mia, enhorabuenas mil por la gloria de vuestra resurreccion, á semejanza de la de vuestro divino Hijo, al tercer dia. Dadme, Señora, resucitar con los escogidos en la hora tremenda del universal juicio, y con ellos ser colocado á la diestra del soberano Juez y merecer favorable sentencia. Amen.

Ave María y *Gloria.*

IV.

Os saludo y os doy, Madre mia, enhorabuenas mil por vuestra feliz Asuncion en brazos de Angeles al cielo, dejadas atrás para siempre las tristezas de este valle de desterrados en que como yo gemísteis y lloràsteis. Dadme, Señora, paciencia y fortaleza invencibles en las contradicciones de esta vida, y continuo pensamiento de la patria feliz, para ya no vivir con el corazon más que allá. Amen.

Ave María y *Gloria.*

V.

Os saludo y os doy, Madre mia, enhorabuenas mil por vuestra coronacion excelsa por manos de la santísima Trinidad, en trono de luz sólo inferior al de la Humanidad sacratísima de vuestro Hijo. Dadme, oh Señora, tal dicha, que á pesar de mis escasos méritos pueda yo recibir un dia celestial corona y asiento perdurable en la inmortal Sion. Amen.

Ave María y *Gloria.*

CONCLUSION.

Estas súplicas y alabanzas dignaos aceptarlas, Madre mia dulcísima, como ayes del destierro que desde lo hondo de él suben á Vos, graciosa Princesa, que fuisteis tambien un dia su moradora. Acordaos, soberana Emperatriz, de la aldea donde nacisteis, de los campos por donde pasásteis, de las espinas y abrojos que hirieron vuestros piés, de que fuisteis allí Hija de Adan y Hermana nuestra, antes de ser elevada al rango de Madre de Dios y Reina de los cielos. Valed, oh Señora, á vuestra familia de la tierra; que no os ha mudado, el ser Reina, vuestra llana y amorosa condicion. ¡Oidnos, oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Vírgen María, y rogad ahora y siempre por nosotros á Dios!

LA NATIVIDAD DE LA VÍRGEN.

Tu Natividad, Vírgen Madre de Dios, anunció la alegría á todo el mundo, pues de Tí nació el Sol de justicia, Cristo Señor nuestro, que librándonos de la maldicion nos dió la bendicion, y destruyendo la muerte nos dió la eterna vida.»

Con estas palabras expresa su júbilo en el Oficio de esta fiesta la Iglesia, congratulándose por el feliz nacimiento de la Madre de Dios, y ellas comprenden los motivos que deben serlo tambien de nuestro regocijo en tan solemne festividad. Celebramos el Nacimiento de María en primer lugar por su propia gloria y dignidad, como admiramos la aparicion de la aurora por su singular hermosura; empero lo celebramos en segundo lugar, y de un modo muy principal, por ser María la feliz criatura que ha de darnos el Salvador, del mismo modo que deseamos y aplaudimos principalmente el advenimiento de la aurora por ser el anuncio del nuevo dia. María es efectivamente la Aurora de Jesús. No cabe encontrar palabra que mejor nos pinte su excelencia.

Dulce y consoladora reflexion se desprende de estas palabras. A la aparicion de Jesús y á la salvacion del mundo debió preceder la aparicion de María; del mismo modo á la conversion del pecador y á su salvacion eterna es conveniente que preceda la devocion á la misma. La experiencia de los siglos ha enseñado que María es el camino más breve y más fácil para llegar á su Hijo. Corazones encallecidos en el vicio han debido la gracia de su conversion á una práctica piadosa en obsequio á la Vírgen, que no olvidaron áun en medio de sus extravíos. No desconfieis jamás del hombre más criminal, como conserve aún un resto de devocion á la Madre de Dios. El movimiento de la gracia se dejará sentir tarde ó temprano en su alma para que brote en ella el arrepentimiento, pues si María fué la Aurora de la salvacion del mundo en general, es por lo comun la Aurora de la salvacion de cada hombre en particular. Sea nuestra regla aquella máxima de un Santo: «Todo se logra por María; nada se logra sin María.»

En tal dia como hoy se suele celebrar en España la fiesta patronal de los santuarios de la Madre de Dios, que no tienen advocacion especialmente relacionada con otra fiesta del año.

Es el otoño una como segunda primavera á la que, si no hermosea tanto lujo de flores, enriquece en cambio más abundancia de frutos. Empieza Setiembre, y templado ya el rigor de la calurosa estacion, más suaves los dias y más frescas las noches, frondosas las huertas, ricos de sus preciosos dones los viñedos, vese sonreir con una especie de nuevo aunque pasajero Abril toda la naturaleza.

Ahora bien: á los 8 de este bendito mes ha colocado el pueblo cristiano la fiesta de los Santuarios de María.

El pueblo cristiano, decimos; porque esta fiesta de los Santuarios y Ermitas no la ha señalado para tal dia la liturgia, ni la marca el calendario oficial, ni la dictó precepto alguno de la Iglesia. El pueblo se la inventó por su propia cristiana inspiracion: fiesta campestre, fiesta popular, fiesta de las alegres romerías.

Vedlos esos rústicos palacios de la Madre de Dios: nuestra tierra, toda España, los tiene con maravillosa profusion; en cada cresta de sus montañas; en cada hondonada de sus valles; junto á los muros de sus más opulentas ciudades; en el término jurisdiccional de sus más oscuras aldeas; magníficos y vastos unos como catedrales; humildes y apenas perceptibles otros como nidos de golondrinas; pero siempre colmados de dádivas y ofrendas; embalsamados siempre con el perfume de la piedad popular; ricos siempre de beneficios de la mano de Dios por intercesion de la Reina de los cielos; engalanados, como con guirnalda de flores, con todos los encantos de la tradicion y de la cristiana poesía.

Dulce y apacible soledad rodea de ordinario estos sencillos edificios; silencio sólo interrumpido por el gorjeo de las aves y por el susurro de las auras en la arboleda; por el rumor del arroyuelo que tal vez corre á sus piés; por el rezo fervoroso del viandante ó del peregrino que allá se entró unos momentos á rezar sus *Padre nuestros* y *Ave Marías*.

Mas una vez al año adquiere todo aquel sitio desusado movimiento y animacion: bulliciosos grupos rodean sus ennegrecidas tapias; la campana no cesa un momento de voltear bajo el románico ventanal; y el canto regocijado de los *gozos* y *letanías* no se suspende en todo el dia ante las benditas aras. Brilla en espléndido desórden la iluminacion, cuajadas de cirios de todos tamaños las verjas y gradería; el buen sacerdote ó guardian no se dan punto de reposo pera recoger de manos de todos el tosco pintarrajeado *ex-voto*, el busto de frágil cera, la muleta ó los vendajes de la última enfermedad, las trenzas que por devocion se cortó y ofrece la piedosa doncella, y tal vez la espada ó el casco de metralla, recuerdo de sangrientas jornadas, ó la tabla ó el sombrero marino de hule, testigo de las horas angustiosas de la borrasca en alta mar.

¡Dichoso pueblo, hermoso pueblo el nuestro! ¿Quién le ha enseñado todo eso sino la fe, la honda fe, el amor, el entrañable amor de su cristiano corazon? ¿Qué teólogos le han inculcado esas teologías, qué maestros de rúbricas le dictaron ese modo de expresarlas con tales ceremonias?

Para toda la comarca es dia de júbilo la fiesta de la ermita ó santuario patronal. A rios corren de las aldeas y villas vecinas los visitantes. Donde la fe conserva aún su antiguo imperio, los mismos regocijos profanos adquieren allí cierto tinte de inocencia y sencillez que los hace tolerables aun en una fiesta religiosa. ¡Dichosa la comarca donde el anciano Cura puede aún presidir las viejas danzas desde el soportal de la ermita, y donde no se avergüenza de solazarse honestamente la juventud ante los mismos cirios con que ha acudido á alumbrar los altares de la Reina de las vírgenes y Madre del casto amor!

Donde empero las costumbres públicas, en mal hora extraviadas y corrompidas, hayan hecho de la romería popular al Santuario una profanacion mundana en vez de una fiesta religiosa, ¿por qué no se esfuerzan en devolverle este su debido carácter los buenos de aquella comarca ó localidad? ¿Por qué dejan á su querida ermita sola y como cautiva en poder de sus profanadores? ¿Por qué no se apoderan de ella desde el amanecer de aquel dia, organizando en ella piadosos cultos, verdadero regocijo cristiano, santa y fervorosa concurrencia de la que agrada á la Madre de Dios?

El 8 de Setiembre es, por excelencia, la gran fiesta popular y campestre de la Reina de los cielos. La que gusta llamarse en los Libros sagrados *Flor del campo y Lirio de los valles,* diríase que tiene especial predileccion por esos rústicos oratorios, segun ha querido dejar en todos ellos como su huella celestial.

Con profundo alborozo asistimos en espíritu cada año el presente dia á todos y á cada uno de esos lugares benditos para reencender al calor de los fervorosos sentimientos de nuestro pueblo, nuestro á ratos decaido corazon.

Mas sobre todo á ti subimos, á ti corremos, á tí con más anhelo que á otra alguna de nuestro país volamos, santa montaña de Montserrat que en tal dia celebras la más antigua y envejecida de tus fiestas á la graciosa Morena que en tus riscos tiene su trono. ¡Mil años hace que es gran fiesta el dia 8 de Setiembre en la montaña de Montserrat!

¡Ah! ¡Con el pausado salmear de tus penitentes monjes, con el infantil concierto de tus tiernos escolanes, con el ardiente y continuo rezo de tus incesantes peregrinos, allí vive nuestra alma todo aquel dia, allí celebramos la fiesta del Nacimiento de la Madre de Dios!

PIADOSA NOVENA

para pedir la salud de un enfermo por intercesion de la Vírgen santísima en cualquiera de los Santuarios de su advocacion.

INSTRUCCIONES PARA PRACTICAR CON FRUTO ESTA NOVENA.

1.ª Ante todo, y teniendo en cuenta que ninguna obra es acepta á Dios y meritoria de su gracia si se hace en estado de culpa mortal, procure el enfermo examinar su conciencia y reconciliarse con el Señor recibiendo los santos sacramentos de la Confesion y Comunion. Si es posible, recíbalos tambien cada uno de los que con él se hayan propuesto practicar para el logro de su salud este piadoso ejercicio.

2.ª Practíquense los actos delante de una imágen de la Reina de los cielos, con luz y algun otro modesto adorno, y con la intencion de dirigir la súplica á María en su propio santuario ó ermita.

3.ª Reúnanse varios, si es posible, para practicar esta novena, sabiendo que es más acepta á Dios la oracion que le dirigen muchos unidos por el lazo de una misma fe y de una misma intencion.

4.ª Durante los dias de ella haga en nombre del enfermo una visita al propio Santuario cualquiera de las personas allegadas á aquel, rezando allí una parte del santo Rosario y ofreciendo una pequeña limosna al culto de la Madre de Dios.

5.ª El mismo enfermo prometa (con los debidos requisitos) un especial obsequio á María si le concede la gracia que solicita, como oir una Misa en su altar, ofrecer una vela, mandar un *ex-voto,* costear una alhaja, ó de cualquier otra manera manifestar hácia su divina Madre la gratitud de su corazon.

6.ª Durante los dias de la novena absténgase con mayor cuidado de faltas, áun veniales, sea más sufrido en su dolencia, más humilde con los prójimos, más atento á la oracion; acompañando el ejercicio de ella con los otros rezos ó prácticas piadosas que le permita su estado. Siendo la lectura de algun buen libro gran consuelo para el enfermo, recomendamos aquí algunos capítulos del popular libro de la *Imitacion de Cristo,* que podrian repartirse entre los diferentes dias en esta forma:

Dia I, cap. 11 del libro I.
Dia II, cap. 12 de id. id.
Dia III, cap. 22 de id. id.
Dia IV, cap. 11 del libro II.
Dia V, cap. 12 de id. id.
Dia VI, cap. 16 del libro III.
Dia VII, cap. 47 de id id.
Dia VIII, cap. 48 de id. id.
Dia IX, cap. 52 de id. id.

De estas instrucciones sólo la primera es de necesidad; á las demás puede atenderse más ó menos segun permitan las circunstancias ó fuere el fervor y devocion del enfermo y de su familia.

PARA TODOS LOS DIAS.

Por la señal de la santa Cruz, etc.

ACTO DE CONTRICION.

Señor mio Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Padre, Criador, Salvador y Redentor de mi alma: por ser Vos quien sois y por lo mucho que os debo, y porque podeis castigarme con eternas penas, os pido perdon ahora de todas mis culpas, me arrepiento íntimamente de ellas y propongo en vuestra presencia de no ofenderos ya más. Ayudadme, Señor, con vuestra divina gracia, y por la intercesion poderosa de vuestra divina Madre y mia María, concededme lo que en esta novena os pido, para gloria vuestra y suya y salvacion de mi pobre alma. Amen.

ORACION.

Oh soberana Señora, Reina y Madre de misericordia, Fuente dulcísima de toda salud, escuchad los gemidos de este pobre pecador que á Vos acude, para que se la alcanceis del cuerpo y del alma en la presente necesidad. Ved, Señora, que no en vano os ha dado el cielo á nosotros por especial Patrona. Madre sois de salud, porque de Vos la ha recibido el mundo por medio de vuestro unigénito Hijo Jesucristo. Madre sois de salud, porque la alcanzais con vuestro valimiento á las almas y á los cuerpos, como tantas veces se ha visto y referido de Vos. Mostrad, Señora, hoy en este dolorido siervo vuestro la eficacia de tan excelente título; sed para él, como para tantos otros habeis sido, verdadera Madre de toda salud. Y alcanzadle la dicha de que restablecido muy presto de sus dolencias y purificado con ellas de todo pecado, pueda con singular alegría subir á daros gracias en vuestro devoto Santuario. Amen.

Aquí la consideracion que corresponde para cada dia.
En seguida:

Madre y Señora mia, alcanzad de Dios á este humilde devoto vuestro la salud del alma y del cuerpo que os suplica. Amen. *Ave María.*

Dígase tres veces, y á la tercera añádase Gloria Patri.

ORACION FINAL.

Reina de cielos y tierra, abogada y Patrona nuestra, que desde esta vuestra pintoresca ermita velais como madre cariñosa sobre nosotros vuestros hijos, y atendeis solícita á nuestras necesidades; dignaos, Señora, escuchar las súplicas que os acaba de dirigir éste que es de todos ellos el más pecador, y por tanto el más necesitado de vuestra amorosa consolacion. No mireis, Señora, á sus culpas, que éstas harian tal vez apartáseis de él vuestro bondadoso rostro: mirad, sí, lo aflictivo de su estado y moveos á piedad. La salud del cuerpo os pide y tambien la del alma para mejor en adelante serviros y honraros, y para ser de hoy más nuevo testigo y pregonero de vuestro poder y misericordia. Valedle, oh Madre, pues tan buena sois; valedle, oh Reina, pues tanto podeis. Pedid por esta su necesidad al celestial Dueño, y seréis escuchada. *Salus infirmorum, ora pro nobis:* Salud de los enfermos, rogad por nosotros. Amen.

Salve Regina...

Ora pro nobis, sancta Dei Genitrix:

Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

OREMUS.

Concede nos famulos tuos quæsumus, Domine Deus, perpetua mentis et corporis sanitate gaudere et gloriosa beatæ Mariæ semper virginis intercessione à præsenti liberari tristitia et æterna perfrui lætitia: Per Christum Dominum nostrum. Amen.

CONSIDERACIONES PARA CADA DIA.

I.

Se ha de pedir en estado de gracia.

Considera bien, devoto de María, que la primera condicion para alcanzar un favor por mediacion de esta Señora, es que tal favor se pida en estado de gracia de Dios. Es decir, que en cuanto sea posible has de tener fundada seguridad moral de que no se halla tu alma en estado de pecado grave.

Porque ¿cómo te atreverias á presentarte al trono de María para que te recomendase á su Hijo, hallándote por culpas mortales enemistado con Éste? ¿Qué temeridad no fuera acercarse á una persona cualquiera en demanda de un favor, al mismo tiempo que con fiero ultraje se la está agraviando?

No esperes, pues, en modo alguno ser escuchado si antes por un verdadero arrepentimiento de tus culpas y por una sincera confesion de ellas no te has reconciliado con su divina Majestad. Por mucho que ame Dios á su Madre santísima, el odio que tiene al pecado es tan grande que bastára éste para frustrar del todo aquella soberana intercesion.

Limpia, pues, tu alma; sacude tus inmundicias; lávate en el baño saludable que para eso ha instituido la misericordia de nuestro buen Dios.

Examina tu vida, repasa tu cuenta, declárala sinceramente al confesor, ponle luego á tu arrepentimiento el sello de una fervorosa Comunion, y has hecho con esto lo más importante para merecer buen despacho á tus súplicas.

Por muchas que hayan sido tus debilidades y miserias, por afeada que haya estado tu vida con toda clase de iniquidades, Dios verá en tí el buen hijo pródigo que vuelve reconciliado á sus brazos, y te otorgará el perdon.

Aquí con mucha humildad harás un breve exámen de tu conciencia, recordarás tus pecados, pedirás perdon de ellos, y resolverás una santa y dolorosa confesion.

II.

Se ha de pedir con buen fin.

La segunda condicion que ha de acompañar tu súplica y recomendarla ante el trono de María y merecer la recomiende Ella ante el trono de Dios, es que sea hecha con recto y cristiano fin.

No es súplica grata al Salvador y á su divina Madre la que no se dirige á fines muy adecuados á su divina gloria y á tu salvacion. El fin de la cosa más que la cosa misma es lo que la hace digna y merecedora de ser concedida.

Pides la salud, devoto de María, pero atiende bien cuál debe ser el fin último de esta tu peticion. Debes pedir la salud, no para gozarte más y más con las cosas terrenas, ni para lograr aumentos de riqueza, ni para acariciar sueños de ambicion, ni para satisfacer locas vanidades. Tu fin principal debe ser que te aproveche para mayor servicio de Dios y más fácil logro de tu salvacion eterna, por medio del más exacto cumplimiento de tus respectivos deberes.

¿Qué caso podria hacer Dios de una súplica que se le dirigiese con miras bajas y rastreras indignas de su soberana atencion? Eleva, pues, á muy noble fin el objeto de tu demanda. Dios, el alma, la eternidad; hé aquí los sublimes pensamientos que en todas sus súplicas debe tener presentes el buen cristiano.

Que sea para mayor gloria de Dios, que sea para mayor provecho del alma, que sea para más seguro logro de la feliz eternidad. A eso debe enderezarse todo lo que el hombre habla, piensa ú obra sobre la tierra; pues para eso solo ha sido criado en ella y para nada más.

Medita bien este punto, y en conformidad á él dirige tu súplica á la Reina de la Salud.

Aquí procurará cada cual rectificar su intencion segun los fines indicados en la consideracion precedente.

III.

Se ha de pedir con humildad.

«Aborrece Dios á los soberbios, dice la Escritura, y da su gracia á los humildes.» Esto debes tener muy presente siempre que te diriges á Dios, pero muy singularmente cuando vas á pedirle un beneficio. Sea la humildad la que principalmente le haga agradable y acepta tu oracion.

Considera quién es Dios y quién eres tú, y eso bastará para que te sientas al momento confuso y humillado.

Eres menos que un criado en presencia de un gran señor, menos que un mendigo á la puerta de un magnate.

Gusanillo vil de la tierra, no mereces por tí propio una mirada siquiera del Rey celestial.

Y á tu bajeza nativa se añade la fealdad de tus pecados, con los cuales te has acabado de hacer indigno de la divina Bondad.

Pide, pues, pero no con vana presuncion, no con arranques de orgullo; pide sin contar para nada con tus merecimientos propios, que ningunos tienes, sino sólo con la bondad y misericordia de tu Dios.

Dile con sencillez y humildad de corazon: «Nada soy, Señor, nada valgo y nada puedo; mas vuestra bondad y el valimiento de vuestra dulcísima Madre lo pueden todo por mí. Señor, mirad á vuestro siervo; Padre, escuchad á vuestro hijo; poderoso Rey de los cielos, dad esta limosna de vuestra real mano á ese mendigo infeliz.»

Concededlas, Señor, por los ruegos de vuestra Madre y para más enaltecer su gloria y su poder.

En su obsequio redundará esta gracia que otorgaréis á este indigno devoto suyo, y en vuestro honor serán las alabanzas que tributarémos á Ella en accion de gracias, ahora y por toda la eternidad.

Aquí se esforzarán los sentimientos de humildad y confusion propia, para merecer el despacho de nuestra súplica.

IV.

Se ha de pedir con confianza.

La humildad en el pedir no ha de ser desconfianza de ser escuchado, antes bien nuestra propia bajeza ha de servirnos de estímulo para confiar más en la bondad de Nuestro Señor y en la proteccion de su Madre benditísima.

¿En qué confia el pobre mendigo sino en el mismo aspecto de su exterior sucio, miserable y destrozado? ¿Qué mayores títulos alega para ser escuchado que los de su misma miseria é infelicidad?

Así á nosotros no ha de sernos obstáculo para confiar, la suma miseria nuestra; antes bien el reconocimiento de ella ha de movernos más y más á esperar la divina benevolencia.

Porque ¿de quién se ha de apiadar Nuestro Señor con mayor razon que de los muy miserables? Como no nos vea en actual estado de culpa mortal, ¿cómo no ha de compadecernos el que tiene á gran gloria llamarse Padre de los pobres y consuelo de los afligidos? Y sobre todo, ¿qué mayor motivo de confianza podemos tener que el apoyo de la Madre de Dios?

Los del mundo tienen seguridad para sus pretensiones cuando cuentan con poderosos empeños: nosotros tenemos en favor nuestro el eficaz amparo y recomendacion de la Madre misma de nuestro Rey.

Ea, pues, Señora; ea, Madre y abogada nuestra; tomad en vuestras augustas manos ese memorial, que recibiéndolo de ellas no lo dejará desairado el celestial Dueño.

Madre suya sois, hablad como Madre y seréis atendida. Hijo vuestro es Él, y no negará á vuestra intercesion lo que podria muy bien negar á nuestros flacos merecimientos.

Confiado dejamos, oh Señora, nuestro asunto en manos de Vos: el corazon nos dice que la gracia será concedida.

Aquí se avivará la confianza en el poder y bondad de la Madre de Dios y nuestra, apoyándose en las anteriores consideraciones.

V.

Se ha de pedir con fervor.

La tibieza y flojedad de espíritu son las que más entorpecen el vuelo de la oracion á los piés del Padre de las misericordias. El tibio causa asco á nuestro Dios y le provoca á náuseas, como muy claramente lo dice Él en las sagradas Escrituras.

Es, pues, requisito indispensable de la buena oracion el que sea encendida y fervorosa.

Así como no se clava la flecha ó no se entra la bala en el blanco, sino despedida por brazo vigoroso y por arma bien templada, así no penetra el Corazon de Dios la súplica, si no sale de un corazon lleno de fervorosos afectos de entrañable amor y devocion.

Examina ahora tú, oh cristiano, cuáles sean tu devocion y fervor cuando pides algo á Dios, y tal vez no extrañarás despues no haber sido favorablemente escuchado.

Tienes distraida el alma con mundanos pensamientos, turbada la imaginacion con locuras y devaneos, pegada la voluntad á vanas y rastreras aficiones.

De esa fragua apagada donde no arde una chispa de amor á Dios, ¿cómo ha de salir candente y enrojecida la espada de la oracion para luchar con Él hasta recabar el beneficio que necesitas?

Aviva antes tu fuego, sopla en él por medio de santas y pias consideraciones, atiza su llama por el recuerdo de los beneficios recibidos, y cuando te sientas enardecido y fervoroso serás entonces digno de que te escuche y atienda con benigno rostro Nuestro Señor. Pídele á su Madre santísima, que de su corazon amante le comunique al tuyo frio y desmayado algo de su ardor celestial.

Aquí, para dar mayor eficacia á su ruego, procurará el devoto excitar algo el fervor por medio de las sobredichas reflexiones.

VI.

Se ha de pedir con espíritu de fe.

Espíritu de fe significa aquí la interior firmísima conviccion de que todo nuestro sér depende de Dios; de que recibimos de Él la salud y la enfermedad, la vida y la muerte; y de que sólo Él puede dar á nuestros males eficaz y oportuno remedio, si tal fuere su santa voluntad.

Oraba con firme espíritu de fe aquel pobre leproso que nos cuenta el Evangelio, el cual aguardando que pasase Cristo nuestro Señor, no cesaba de clamarle: «Señor, si quereis podeis curarme.»

Con igual espíritu rogaba aquel buen Centurion que pedia la salud para su criado, y decia tan sólo: «Señor, hablad únicamente una palabra, y mi criado quedará sano.»

Este espíritu de fe debemos avivarlo en nuestro corazon recordando el sumo poder de Dios, sin cuyo mandato ni un cabello puede caer de nuestra cabeza.

Por su voluntad nacimos, por su voluntad vivimos y por su voluntad morirémos luego, ó se alejará de nosotros la muerte hasta un plazo más lejano.

Por su voluntad dañan ó aprovechan las criaturas todas; los elementos todos están á sus órdenes para servir de ejecutores á sus soberanos designios sobre nosotros.

La medicina cura ó no cura, segun la eficacia que Él en aquel momento le da sobre nuestro organismo. El médico mismo acierta ó no acierta en la prescripcion, segun las luces que á su inteligencia Él comunica.

El hombre es como un pajarillo colgado por un hilo de las manos de Dios.

Con este espíritu, pues, debe dirigir sus súplicas la criatura á su supremo Criador y Conservador. «Señor, debe decirle, obrad en mí segun los elevados designios de vuestra amorosa sabiduría. Vuestro soy y de Vos vengo; concededme esta gracia por intercesion de vuestra bendita Madre, pues en todo dependo de vuestra soberana voluntad.»

Anímese el devoto á considerar á Dios como su Criador, su Dueño y su Padre, que le está presente en todas partes para escuchar su oracion.

DIA VII.

Se ha de pedir con perseverancia.

«Conviene orar, dice el Señor, y no desfallecer;» y en otro lugar dice san Jaime apóstol: «Mucho puede la oracion del justo continua.» Palabras todas que nos indican una de las principales cualidades que debe tener la oracion para conseguir su efecto, esto es, la perseverancia.

Nuestro Señor ha querido retratarse en el Evangelio bajo la figura ó parábola de un hombre á quien un vecino suyo va de noche á pedir merced, y que no obstante se le hace sordo por la primera y segunda vez, dejándole que llame con repetidas aldabadas á su puerta, y abriéndosela al fin movido de su importunidad.

Santamente cansados é importunos nos quiere tambien á la suya Dios nuestro Señor, que no es Él como los señores de la tierra, que se enojan por tales porfías é importunidades.

Y si áun de éstos dice el refran que «pobre porfiado saca mendrugo,» ¿cuánto más no podrémos decirlo nosotros, pobres pordioseros de Dios nuestro Señor?

No desmayemos, pues; no cesemos en nuestra demanda por más que no se nos abra la primera vez la puerta de las divinas misericordias. «Llamad á la puerta, dice el Señor, y se os abrirá; pedid, y os será otorgado.»

Aquella pobre mujer cananea que pedia la salud para su hija, se vió las primeras veces, no sólo desatendida, sí que en apariencia despreciada y reprochada.

Mas al fin, perseverando firme en suplicar, mereció oir del Salvador el elogio de su firmeza con aquella exclamacion: «¡Oh mujer! ¡grande es tu fe!» y le fué otorgada la gracia que pedia.

Aquí procurará el devoto afirmarse en su santa resolucion, proponiendo no desmayar en sus súplicas hasta obtener la gracia que solicita.

VIII.

Se ha de pedir con paciencia.

La paciencia en sufrir los males que Dios permite sobre nosotros, es de gran eficacia para mover sus entrañas de Padre á concedernos el alivio y remedio que le pedimos.

Así como al revés, la impaciencia y poca conformidad del corazon en la prueba á que nos somete, pueden acarrearnos el castigo de que se haga sordo á nuestras peticiones.

Suframos, pues, con paciencia y resignacion nuestros males é incomodidades, para que Dios en vista de nuestra docilidad y rendimiento se apresure á descargarnos del peso de esta cruz.

¿Quién sabe si tal enfermedad ó desgracia la ha permitido su sábia Providencia precisamente para poner á prueba nuestra resignacion?

Al pacientísimo varon de Hus, al santo Job, le acaecieron toda suerte de contratiempos, y al fin una horrible y asquerosa enfermedad, sólo para que en él viese el mundo un modelo de la más heróica paciencia, y para que conociese el mismo diablo en él uno de los más heróicos servidores de Dios. Y sin duda por esto fué recompensado con la completa curacion y con el logro otra vez de todos sus bienes.

A Tobías le fué enviada la ceguera por esta misma causa, segun dice expresamente la sagrada Escritura, y en premio de su resignacion le fué despues milagrosamente curada.

Llevemos, pues, en paciencia el azote con que hoy nos aflige la justicia de Dios.

La mano que parece dura en herir como de juez, será tal vez mañana blanda como de madre para cicatrizar la herida.

Hagamos, pues, méritos con nuestra paciencia para alcanzar el remedio que reclama nuestra necesidad.

Para ejercitarse en la paciencia considerará un poco aquí el devoto estas reflexiones, pidiendo con mucho fervor á Nuestro Señor dicha virtud.

IX.

Se debe pedir con absoluto abandono en manos de Dios.

Hé aquí la última condicion de una súplica verdaderamente cristiana. De tal suerte debe ésta hacerse, que por ella pongamos todo nuestro querer en manos del Señor, protestando que de cualquier modo que Él resuelva, estamos nosotros conformes á su divina voluntad.

Modelo de toda nuestra oracion debe ser aquella tan resignadísima de nuestro buen Jesús en el huerto de Getsemaní: «Padre, si quereis, haced que pase de mí este cáliz de amargura, y si no, hágase vuestra voluntad y no la mia.» O simplemente añadirémos á todos nuestros ruegos aquella breve condicion: «Concededme eso, Dios mio, si me conviene. Amen.»

En efecto. ¿Quién sino Dios puede saber lo que es más conveniente á cualquiera de sus hijos?

Triste cosa es la enfermedad, y muy preciosa es la salud; sin embargo, ¿á cuántos habrá conducido Dios á la salvacion por los caminos de aquella más bien que por los de ésta? Pidamos, pues, pero respetando y aceptando ya anticipadamente el fallo divino que el Señor quiera dar á nuestra peticion.

Señor, dadme la salud si me conviene; pero seguid teniéndome en la enfermedad, si ésta fuere más conducente á mi eterna salvacion.

La salud del alma es lo principal; si la enfermedad del cuerpo ha de ser medicina ó preservativo tal vez para mi alma, bendita y bienvenida sea la enfermedad.

De todos modos cúmplanse, Señor, en mi vuestros eternos designios: ¿qué puede hacer mejor que acatarlos y bendecirlos esta vuestra humilde criatura? La enfermedad, los dolores, la muerte, saludable cosa serán si me acercan á Vos.

Obrad, Señor, en mi no segun los antojos de mi carne, que no sabe tal vez lo que os pide, sino segun los admirables consejos de vuestra sabiduría sobre este pobre pecador.

Aquí el devoto, haciendo suyas estas reflexiones, se esforzará en conformar su voluntad á la de Dios, para cualquier cosa que de él resuelva su adorable Providencia.

Lo que más comunmente suele acudir á suplicar á los Santuarios de María santísima el pueblo fiel, es la salud en sus dolencias. Para este objeto se ha puesto aquí el presente brevísimo Ejercicio, que cambiada alguna palabra puede además servir para cualquier otra necesidad.

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES.

NUESTRA ciudad y diócesis celebran con gran devocion la fiesta de Nuestra Señora de las Mercedes, glorioso título con que es conocida la Virgen María, fundadora de la Orden de Padres Mercedarios para la redencion de cautivos cristianos. Sabida es de todos la historia de su aparicion en Barcelona á D. Jaime de Aragon, san Raimundo de Peñafort y san Pedro Nolasco, representacion en cierto modo del gobierno, clero y pueblo catalan en aquella época, puesto que D. Jaime era el soberano de esta nuestra patria, Raimundo canónigo de nuestra Catedral, y Pedro ciudadano seglar de Barcelona. Era á la sazon obispo de ella D. Berenguer de Palou. Verificóse la solemne institucion de la Orden Mercedaria el 10 de Agosto de 1218, tras una lucida procesion á la cual concurrieron el rey, los concelleres, el Cabildo y la nobleza, los que dirigiéndose á la catedral asistieron á una solemne misa que celebró allí el venerable Prelado. Al Ofertorio subió al púlpito el canónigo san Raimundo, y expuso la idea de la fundacion, la intervencion milagrosa de María santísima en ella y los grandes bienes que de la misma iba á reportar la cristiandad. Acto continuo tomó el hábito mercedario de manos del Obispo y pronunció los votos. Con él lo vistieron é hicieron profesion solemne Pedro Nolasco, Guillen de Bas, Bernardo de Corbera, Arnaldo de Carcasona, Ramon de Montoliu, Ramon de Moncada, Pedro Guillen de Cervelló, Domingo de Ossó, Ramon de Villestret, Guillen de San Julian, Hugo de Mataplana, Bernardo Scorna, Ponce de Solanes y Ramon de Blanes. Otorgóles el rey el derecho de llevar en el pecho el escudo de sus armas. Cedióles para convento una parte de su propio palacio, hasta que se construyó otro extramuros al Mediodía de la ciudad, en terreno de don Raimundo de Plegamans, quien no sólo lo cedió gratuitamente, sino que levantó á costas suyas la casa é iglesia bajo advocacion de santa Eulalia. Destruido el antiguo edificio en los repetidos sitios que tuvo que sostener Barcelona, construyóse el actual, colocándose la primera piedra de él el año 1765, durando su construccion diez años, pues se bendijo solemnemente en 1775. La Imágen aún hoy venerada se cree fundadamente ser la misma que hizo labrar san Pedro Nolasco, dándole él mismo la traza al escultor, segun la forma en que se le habia aparecido la Reina de los cielos. Es hermosísima escultura, y bajo las ricas telas con que la ha envuelto la piedad de los fieles se la ve sentada en magnífica silla real de forma antigua, destrenzada la hermosa cabellera sobre las espaldas, cubierta con holgada vestimenta gótica de primorosos pliegues. Su rostro es blanquísimo y de un perfil encantador. Muestra sentado sobre las rodillas el Niño Jesús, que sostiene en la diestra el globo del mundo, y es como ella risueño y amoroso. La escolanía fundóse á principios de este siglo á imitacion de la renombrada de Montserrat, y tenia cinco de sus plazas gratuitas á expensas de las rentas del convento, habiendo contado desde entonces con notabilísimos maestros y discípulos. La catástrofe del 35 no respetó el convento de la Merced más que para convertirlo primero en cuartel de la milicia nacional y luego en palacio de la Capitanía. Los cautivos redimidos por la Orden Mercedaria fueron innumerables, mientras nuestras guerras con los moros hicieron necesario este benéfico ministerio. San Pedro Nolasco en un solo viaje á Valencia y á Granada devolvió á su patria 400 cautivos, y á la hora de su muerte contaba rescatados por sí y los suyos más de 7,000. Guillermo de Bas, su sucesor en el gobierno de la Orden, libertó á 1,400. Durante el gobierno de Bernardino de San Roman se rescataron más de 700. En el generalato de Pedro de Amer fueron rescatados 2,316; en el de Albert, 2,000; en el de Raimundo Alberti, 1,530. La suma total que consignaban á principios de este siglo los registros de la Orden se elevaba á la suma portentosa de 71,000 cautivos rescatados por la insigne Religion mercedaria con las limosnas de los fieles, y á veces con la sangre de los heróicos libertadores, que se quedaban por ellos en rehenes.

* * *

Esta fiesta es una de las más bellas páginas de nuestra historia.

D. Jaime I, gran rey, el más rey y el de más grandiosa talla de cuantos ciñeron nuestra corona independiente; san Raimundo de Peñafort, canónigo barcelonés, gran santo y gran sabio, uno de los astros más luminosos que esclarecen con su saber y con sus virtudes aquellas que llaman los alumbrados de hoy densas tinieblas de la Edad media; san Pedro Nolasco, ciudadano mercader, tipo de aquellos ciudadanos y mercaderes que dieron alto renombre de libre y prudente á nuestra vida municipal, que hicieron célebre por todos los mares conocidos nuestra marina mercante, tan fervorosos y humildes al pié del altar como santamente altivos en la plaza pública y en el consejo de los reyes: esas tres figuras, la del rey, la del sacerdote, la del ciudadano; esos tres tipos, personificacion completa de nuestra sociedad en el siglo XIII, forman á los piés de la Reina de los cielos el hermoso grupo, el más característico, el más catalan, el más genuinamente barcelonés de cuantos ofrece la historia religiosa y civil de nuestra patria amadísima.

Acabamos de referir el glorioso suceso. Pero ¿quién, por poco entusiasta que sea por nuestras glorias, puede acabar de ponderarlo? Bajo este cielo hermosísimo que compite en pureza con el más limpio de Italia; á orillas de este mar cuyas olas al batir suavemente nuestra pintoresca costa parecen cantar todavia los recuerdos de nuestra pasada grandeza; al pié de ese monte cuya mole sombría coronada de muros y cañones semeja el genio de los siglos velando dia y noche sobre nuestra opulenta ciudad; aquí, aquí mismo, por estas mismas calles y plazas se les vió á los tres ínclitos personajes dirigirse acompañados de devota procesion á nuestra vieja Catedral para cumplir en ella lo que de labios de la Reina de los cielos les fué divinamente encomendado. Aquel piadoso obispo Palou, cuyos restos descansan en urna de piedra al dulce susurro de los árboles y de las aguas de nuestro claustro, recibia allí en el presbiterio bajo su trono pontifical los votos de los primeros Mercedarios, y autorizaba en nombre del Papa el establecimiento canónico de la nueva Orden religiosa y militar, á la cual, como hemos dicho, se alistaban en seguida los primeros y más esclarecidos nombres de la nobleza catalana. Peñafort, el santo canónigo cuyo cuerpo guarda hoy bajo la mística penumbra de sus góticas vidrieras una de las capillas laterales de nuestra Basílica, ocupaba el púlpito y describia con sentidos acentos la *merced* preciadísima que con sus compañeros recibiera nuestra ciudad de la Vírgen María, y pintaba con fuego y valentía lo sublime de la mision que en pro de la cristiandad y de los pueblos oprimidos estaba llamada á realizar la Orden redentora. El gran rey, nuestro gran rey, Jaime el Conquistador, el de Valencia, el de Mallorca, el de Murcia, el de nuestro Consejo de Ciento, veíase tambien allí autorizando y honrando con su presencia y la de toda su corte la brillante ceremonia, sobresaliendo entre sus magnates con aquella elevada estatura suya que aún asombra al curioso observador en el sarcófago que guarda su momia en Tarragona. Allí daba por escudo y blason al naciente Instituto las armas Reales catalanas, para que sobre su pacífico hábito de blanca lana paseasen por todo el mundo nuestros frailes Mercedarios aquellas barras gloriosas que á la vez nuestros guerreros hacian respetar y temer de moros y cristianos en todos los ámbitos de él. Y entre ellos atraia quizá más que todos las miradas Nolasco, el buen mercader que, habiendo empezado años antes por consagrar en beneficio de los pobres cautivos sus bienes, les hacia entonces pública donacion hasta de su propia persona, jurando quedarse él propio en rescate, cuando de otra suerte no fuese posible pagarlo, para librar á sus hermanos prisioneros. Y por las tendidas naves y claustro, y por las vecinas calles y plaza contigua, hervia el concurso de millares de hijos de esta ciudad, pintado en los rostros el júbilo de los grandes dias de la Religion y de la patria, vestidos de fiesta así el noble como el menestral, dándose todos mútuamente plácemes y enhorabuenas, y prometiéndose de la escena que acababan de presenciar los más lisonjeros resultados, mientras desde la gigantesca torre comunicaban á toda la comarca las majestuosas campanas la nueva feliz, por la cual en el sagrado recinto se elevaban al cielo las severas notas del Himno ambrosiano.

¡Oh siglos! ¡Oh patria! ¡Oh antigua fe! ¡Oh eclipsadas grandezas!

Pero ved: acudid pocos meses despues á la playa, y desde los baluartes que ciñen por la parte de ella á la condal ciudad, mirad á lo lejos acercarse á todo remo y vela empavesadas galeras que cien madres y cien esposas aguardan con lágrimas en los ojos y palpitante de vivas emociones el corazon. Son ellas, son las galeras de la Merced; el vigía ha señalado desde Monjuich que es la blanca bandera mercedaria la que ondea en sus topes; y que, de consiguiente, es dulce cargamento de esclavos libertados el que en ellas traen los frailes á los brazos de las madres y de las esposas. Ya se las divisa claramente al través de la bruma; ya se las cuenta y se las llama por sus nombres; ya se las ve atravesar la barra y ganar el puerto con toda la impaciencia del desterrado que vuelve á besar la tierra de la patria; ya desde la vieja Atarazana las saludan nuestros bravos con sus armas, y desde el muro los hijos de nuestro pueblo con alegre vocerío y agitar de gorras y pañuelos. Ya saltan del buque los redimidos; ya besan fervorosos la arena, y con el escapulario al cuello, colgadas á la espalda como trofeo las cadenas de la cautividad, entran por nuestras calles, cantando el *In exitu* y las *Letanías*, y van á cumplir como buenos el voto que en dias amargos ofrecieran en Túnez ó en Tetuan á la Vírgen, Patrona de nuestra tierra. Ya los recibe en el atrio de la iglesia la religiosa Comunidad; suena hondo el órgano acompañando sus cantos; corren lágrimas por todos los rostros, áun por el del más atezado marino, y confúndense en abrazos y besos aquellos á quienes tuvo largo tiempo separados el pirata cruel, y bendicen todos á una á Dios, á la Religion y al buen fraile que devolvieron á aquellas prendas queridas el patrio suelo, el hogar de la familia y la dulce libertad.

¡Oh! ¡cuántas veces presenció Barcelona este espectáculo tiernísimo! Cien y cien se vió volver de sus viajes á los frailes Mercedarios cargados con su rico botin de cautivos libertados. ¡A principios de este siglo constaban, como hemos dicho, en los registros oficiales de la Orden en número de más de setenta mil!!!

. . . .

Paseo hoy mi vista por esas calles y plazas nuestras que vieron un dia tantas grandezas. Veo en tal dia arcos, faroles y colgajos de percalina; pregunto y me dicen que se celebran en este pueblo *Ferias y fiestas de Nuestra Señora de la Merced*. No serán sin duda tales ferias y fiestas en obsequio de la Vírgen y de la insigne Orden Mercedaria. Me fundo para creerlo en que el hábito nacional de los frailes de la Merced, que respetaban moros y judíos, y que se paseó libre y sin insulto por las calles de Argel y de la musulmana Granada, no puede salir hoy sin riesgo á la Rambla de Barcelona, ni áun en dias en que su pueblo y autoridades dicen que están celebrando fiestas á su Fundadora. El convento fué asaltado y saqueado años atrás, y cierto no por piratas berberiscos que sorprendieran de noche nuestras playas. Los frailes, que ennobleció con su blason D. Jaime el Conquistador, no han podido reinstalarse aún en su iglesia y domicilio. El argelino y el marroquí ostentan por nuestras calles y plazas aquel su típico traje que era el terror de nuestras madres catalanas. El de la Orden Mercedaria, que durante seis siglos fué su amor y su esperanza, sigue hoy proscrito y vilipendiado. Una parte de la misma prensa que pregona y organiza las llamadas *Ferias y fiestas de la Merced*, lo cubre todos los dias de lodo y de ignominia á la faz de este pueblo católico, á quien sus desventuras han traido á tal grado de postracion y miseria que eso deba presenciar y eso deba consentir, aunque con llanto de ira en los ojos y amarga tristeza en el corazon.

¡Virgen de las Mercedes, Redentora de cautivos, Madre y Patrona de nuestra patria, por vuestro pueblo cautivo rogad á Dios! Alcanzad para él ¡oh Vírgen barcelonesa! la tan ansiada libertad.

EL SANTO ÁNGEL DE LA GUARDA.

ENSEÑA la fe cristiana que Dios en su amorosa Providencia ha destinado para cada uno de los hombres un Angel que le proteja y guarde, y que sea como especial representante suyo cerca de aquella persona en todos los momentos y ocasiones de la vida. Esta doctrina, por muchos considerada como mera creencia popular, no es solamente tal, sino verdadera enseñanza católica, robustecida con sólidas pruebas de la sagrada Escritura y de la tradicion, que no puede desconocer ó poner en duda ningun entendimiento medianamente versado en la ciencia sagrada, y mucho menos el que fielmente quiera permanecer dócil á la divina autoridad de la Iglesia.

Es cierta, pues, esa invisible tutela con que Dios ha querido de continuo proteger nuestras almas y nuestros cuerpos tambien, durante el azaroso camino de nuestra mortal peregrinacion sobre la tierra. Debe ser, pues, una de las prácticas más constantes del buen cristiano la devocion al santo Angel de su guarda.

Reduce san Bernardo á tres las relaciones más importantes que debemos tener para con tan excelso Protector.

Relacion de respeto á su continua presencia.

Relacion de confianza en su continua proteccion.

Relacion de gratitud por sus continuos beneficios.

Cuanto á lo primero, reflexionemos qué circunspeccion y reserva ha de imponer á todas nuestras acciones, palabras, pensamientos y afectos la continua presencia de ese constante aunque invisible vigilante. Nada se le oculta de lo que ejecutamos en la más absoluta soledad, ó de lo que decimos al oido del más íntimo amigo, ó de lo que abrigamos y escondemos en los más hondos pliegues de nuestro corazon. Muy sobre sí andaría el hombre á quien se pusiese para todas sus operaciones continuo centinela de vista: muy sobre sí ha de andar el cristiano, que dia y noche tiene sobre los menores accidentes de su vida tan severo inspector. Nada haya, pues, en nuestro pensar, querer, hablar ú obrar que sea indigno de tan ilustre compañía, nada que él vea con pena, nada que le dé en rostro, nada de que pueda un dia acusarnos. Mucho, sí, que le consuele y alegre, mucho que le honre y satisfaga, mucho que en su lugar y hora pueda presentar en nuestro abono ante los estrados del Supremo Juez.

Cuanto á lo segundo, grande, grandísima debe ser la confianza que nos inspire tan celoso guardador. No hay soledad, no hay desamparo jamás para el fiel cristiano, sean cuales fueren las peripecias de esta su mortal existencia. En lo más lóbrego de los calabozos, en lo más perdido de los desiertos, en la vasta inmensidad de los mares, vela un Angel por él, y acoge sus ruegos, y en su favor intercede. Guarda su sueño, dirige sus pasos, previene sus riesgos, le socorre en sus tentaciones. Puede mover con secretos impulsos su corazon, vigorizar con celestiales alientos sus decaidas fuerzas, templar con inefables consuelos sus interiores amarguras.

Cuanto á lo tercero, es imperioso el deber de gratitud á que nos obliga tal y tan ilustre y tan continua asistencia. Deudores somos en primer lugar á Dios que nos la da desde el primer momento de nuestra vida física; pero lo somos tambien á este delegado suyo, que con exquisita fidelidad é incansable celo desempeña con nosotros su elevada mision, á pesar de nuestra condicion tan inferior por naturaleza y tan vil por nuestros pecados. Un rey de la tierra que deputase á uno de los príncipes de su corte para que fuése á escoltar y acompañar durante cualquier viaje suyo á un desdichado mendigo, y este príncipe para tal oficio elegido, que lo desempeñase no sólo con fidelidad sino con gusto y sumo placer, seria apenas débil bosquejo de lo que hace Dios con nosotros enviándo para nuestra custodia á los Angeles príncipes de su reino, y de lo que hacen éstos cumpliendo á nuestro lado esa órden del Rey celestial. Amemos, pues, á nuestros Angeles, venerémoslos, sigámoslos, obedezcámoslos.

Doctrina es tambien de la Iglesia que tienen Angeles deputados para su custodia no sólo los individuos, sino los reinos y ciudades, y en el Breviario hay dia de rezo especial en honor del santo Angel Custodio de España. Sabida es la tradicion barcelonesa de san Vicente Ferrer, que vió sobre una de las puertas de la capital del Principado catalan á un Angel del Señor, que le dijo estar puesto allí por Dios para velar por dicha ciudad. Y es opinion muy recibida tambien entre sabios teólogos que tienen Angel particular ciertas corporaciones, y que lo tienen de mayor categoría las personas á quienes ha puesto Dios en cargos de mayor responsabilidad.

SAN FRANCISCO DE ASIS Y SU ÓRDEN TERCERA.

Le conoce todo el pueblo cristiano, y parece, á fe, paisano de todas las naciones, segun es en todas ellas tratado y popular.

Nació en 1182 en Asis, pueblecito de Umbría, Estados Pontificios: fué su padre Pedro Morico, llamado por apodo Bernardon, italiano, y su madre Pica de Bourlemon, francesa, que ejercian modesta, pero lucrativa y desahogada profesion de mercaderes ó tenderos de géneros en Asis.

Mal se le presentaban á su piadosa madre las señales del parto, y temian por su vida las comadres y vecinas que asistian á él. De pronto se presentó en la puerta de la casa un desconocido, y aconsejó fuese llevada la acongojada parturienta á un vecino establo en que atados un jumento y un buey comian su paja. Hízose asi y desaparecieron todos los síntomas funestos, y nació al mundo junto al pesebre un niño, al que se llamó Juan. Más tarde, llevado por su padre repetidas veces á Francia por negocios de su comercio, adquirió tal conocimiento y uso de la lengua francesa, que por sus compatricios fué llamado *il Francesco*, el Francés, de donde se le conoció despues con solo el nombre de Francisco.

Estudió en las escuelas de su patria lo que acostumbraban los hijos de las familias acomodadas de su tiempo, cursando no carrera profesional, sino solamente aquellas ciencias que hacen al hombre culto é ilustrado sin que se le pueda llamar literato ni sabio.

No fué borrascosa su juventud, ni se la pudo llamar libertina. Vivió como los jóvenes de su siglo y como suele vivirse en la juventud. Era bizarro, elegante, diestro tañedor de laud, fácil poeta, que habia recibido en sus viajes á Francia algo de la cultura de los trovadores provenzales; más inclinado á derrochar alegremente la hacienda de su padre como generoso hidalgo, que á aumentarla como aprovechado mercader. Veíalo con malos ojos su padre; disimulábaselo, como todas las madres, la suya, que en Francisco idolatraba con todo el fuego del amor maternal.

Hecho prisionero en una de las frecuentes luchas intestinas de su país, enfermó en su cautiverio. Allí fué á buscarle la mano de Dios para la sublime obra de regeneracion á que le destinaba. Desde esta enfermedad trocóse su alma, y no se le conoció ya por sus ruidosas francachelas y sí sólo por las heróicas obras de caridad. En vano quisieron volverle sus amigos á los antiguos devaneos. Crecian entre tanto en él el amor al retiro y la generosidad para con los pobres de Dios. Halló un dia un leproso horrible en medio de la calle; sintió repugnancia al verle, y para vencerla apeóse de su caballo, corrió á dar la limosna al infeliz, y abrazóle y besóle el rostro comido de la lepra. Aquel acto heróico fijó su vocacion.

Desde entonces eran más largos sus rezos, más profunda su meditacion, más abundantes sus limosnas, más continua su sed de desprecios. En la iglesia de San Damian, vecina á Asis, pedia á Dios norte para su vida, cuando oyó salir de un Crucifijo aquellas memorables palabras: «Anda, Francisco; repara mi casa que amenaza ruina.» Pensó Francisco que se trataba de aquel templo, que era á la verdad viejo y ruinoso, y en este concepto dió al capellan de él cuanto dinero llevaba encima para repararlo, vendiendo además su cabalgadura y géneros que traia consigo, para destinar su precio al mismo objeto.

Entonces fué cuando su padre, cansado de las prodigalidades de su hijo y de reprenderle en vano por ellas, condújole al Obispo de la ciudad, en presencia del cual le apostrofó severamente, desheredándole de su rico patrimonio, á lo cual respondió humildemente Francisco: «Está bien: en adelante podré con más razon exclamar: «Padre nuestro que estás en «los cielos.»

Su vida fué ya desde entonces la del pobre mendigo. Cubrióse de grosero saco, y dedicóse en el hospital al servicio de los leprosos. La ermita de Santa María de los Angeles, que llamaba él su Porciúncula, es decir, su porcion escogida, le vió dias y noches sumido en amorosa contemplacion. Allí recibió la inspiracion de su Instituto, oyendo las palabras del Evangelio que recomiendan al que quiere ser perfecto la absoluta pobreza: allí se le unieron tres compañeros; allí nació al mundo la Orden franciscana. Era el año de 1209.

Aprobó Inocencio III su Regla despues de varias dificultades que permite siempre el cielo á los que quiere probar para tan colosales empresas. De entonces data su apostólica actividad. Reune compañeros, organiza Misiones, funda conventos, emprende largos viajes á Siria, á Francia, á España, dejando en todas partes huellas de su heróica santidad. Pocos años despues reune en Italia Capítulo de su Orden, y ve reunidos ya cinco mil religiosos de ella, procedentes de todos los puntos del globo.

Túvose el Capitulo al aire libre, acogiéndose los religiosos bajo esteras á guisa de tiendas de campaña, por lo cual se llamó este memorable Capitulo *el Capítulo de las esteras.* Era en Mayo de 1219. Singular Congreso al que los famosos de nuestro siglo no igualarán jamás.

Acercábase el fin temporal de Francisco, y el cielo se disponia á consumar en él la viva representacion del Crucificado por medio de la impresion de las cinco llagas. Habia cedido un caballero toscano para él y sus frailes el monte de Albernia, y fué en aquella soledad donde el enamorado Francisco recibió el más alto favor que vieron los siglos, recibiendo impresas en sus manos, piés y costado las sangrientas llagas del Redentor. Desde entonces fué una agonía suavísima de amor lo que le restó de vida á nuestro Santo. Tenia necesidad de apoyarse en un compañero, tal dolor le causaban las milagrosas heridas. Fué menguando por instantes su salud, pero no el ardor de su corazon.

Desfalleciente y moribundo pidió ser transportado á su amada soledad de Santa María de los Angeles, y vuelto de cara á la ciudad de Asis, que desde allí se descubre sobre la hermosa llanura, despidióse de su patria, y la bendijo, y rompió á llorar de consuelo y emocion. Conoció su fin y expresó con alegres cantares el regocijo de su alma por su próxima libertad. Suplicó le leyesen el Evangelio de san Juan donde empieza: *Ante diem festum Paschæ,* que es el relato de la Pasion del Redentor, despues de cuya lectura entonó el Salmo: *Voce mea ad Dominum clamavi*, y al llegar al último verso espiró. Tenia cuarenta y cinco años de edad, corto plazo para tan grandes obras. Sobre su sepulcro escribió el Papa Gregorio IX este lacónico epitafio:

Ante obitum mortuus, post obitum vivus.

«Muerto en vida, vivo despues de su muerte.

Una palabra sobre la Orden Tercera de Penitencia, que es la obra más característica del glorioso san Francisco de Asis.

En su anhelo por ganar soldados á la milicia cristiana del Crucificado, veia con pena Francisco atadas á la cadena de las obligaciones seglares á muchísimas almas fervorosas y de grandes alientos para la virtud, y propúsose hacer de ellas en medio del siglo una vasta Orden religiosa. A este fin dióles Regla simplicísima, adaptable á todos los estados y condiciones; hábito tambien muy reducido, que todos pudiesen usar sin distinguirse aparentemente de los demás cristianos; grados de noviciado y profesion los más fáciles de seguir y en nada incompatibles con cualquier edad, sexo ó modo honrado de vivir de los que quisiesen abrazarlos. Las bases de esta singular Orden son la pobreza de espíritu, el retiro del mundo y la mortificacion. Agrupados espiritualmente los que deseen vivir bajo esta norma, con superiores de entre sus hermanos, con actos frecuentes de comunidad, con rezos y prácticas individuales cada dia, formaron en breve por todo el mundo los Terciarios una inmensa familia que dió gran impulso á la piedad popular y fué lo que deseaba el santo Fundador, maravilloso antemural de la Iglesia, firme defensa y cooperacion del brazo eclesiástico, poderoso y eficaz moralizador de las públicas costumbres. Reyes y reinas, capitanes y doctores se mezclaron entre el pueblo llano, unidos con la santa divisa del escapulario y del cordon: la Iglesia recogió en breve para sus altares gran número de estos fervorosos hijos del siglo trocados en verdaderos frailes y monjas en medio de las mismas disipaciones de él.

A pesar de lo desventurado de los modernos tiempos y de la persecucion con que ha combatido preferentemente la impiedad á las Ordenes religiosas, la Orden Tercera sigue todavía en pié, y recientemente en el glorioso documento que ha dado al mundo el Vicario de Dios contra la Masonería, cábele la honra á la Orden Tercera de haber sido (acomodada á los presentes tiempos) recomendada por Leon XIII como una de las formas más oportunas de la liga de los católicos contra aquella otra infernal liga de los enemigos de Jesucristo. Puede, pues, prometerse la humilde hija del humildísimo Francisco de Asis nuevo vigor y florecimiento. A él deben contribuir con todas sus fuerzas y con el celo de su Propaganda, particularmente entre las clases populares, los buenos católicos.

EL SANTO ROSARIO.

El primer domingo de Octubre lo dedica la Iglesia á la solemnidad del santísimo Rosario de María. Muchos amigos tiene el santísimo Rosario, y es lástima no tenga muchos más, pues lo merece tan llana y fácil y afectuosa devocion.

¿Qué es el santísimo Rosario?

Sucede frecuentemente que lo más usado es lo menos conocido, y que lo que más constantemente traemos ante los ojos, aquello es lo que menos fija nuestras miradas. Esto sucede con el Rosario de María. Con todo y ser tan popular, tan española y tan familiar esta devocion, apostaré, lector amabilísimo, á que nunca te has parado cinco minutos en ella. De ahí que, á pesar de serte la más vulgar, te sea tal vez menos comprendida.

Y no obstante, si te pregunto ¿en qué consiste el Rosario? ó vas á reirte de la pregunta como de una simpleza, ó vas á indignarte por ella como por una injuria.—¡Vaya! ¿Y por quién me ha tomado V., señor mio? ¿Quién ignora que quince misterios de la vida de Jesucristo y de su Madre forman como la armazon de sus tres partes, y que cada uno de estos misterios se halla unido ó engarzado con el otro por medio de un *Padre nuestro,* diez *Ave Marías* y un *Gloria Patri?*

Efectivamente, amigo lector, nadie ignora eso en nuestra patria, y espero que eso será lo último de que se pierda en ella el conocimiento. Pero ¿se sabe el valor de cada una de estas piezas? ¿Se comprende su exacta significacion? ¿Has reparado, sino, como hay en todo eso un verdadero encadenamiento de meditaciones, súplicas y alabanzas, del mismo modo que de flores de diferente color y de distinta fragancia se entreteje una preciosa guirnalda? ¿Y de dónde sino de ahí le vendria á la tal devocion el hermoso nombre de *Rosario,* es decir, de *rosal* ó guirnalda de *rosas,* en obsequio de la Madre de Dios?

Párate un momento en el exámen que voy á presentarte de cada una de las flores de esta guirnalda. Asegúrote que será trabajo tan agradable como provechoso.

Compónese, como te he dicho, de meditaciones, súplicas y alabanzas. Meditaciones: los misterios de Jesús y de María. Súplicas: las de la oracion del *Padre nuestro.* Alabanzas: la del *Ave María* y *Gloria.* Todo el hombre entra en juego aquí, y presta su tributo. El entendimiento por medio de la meditacion. La voluntad por medio de la súplica. El corazon por medio de la afectuosa alabanza.

Meditacion. La meditacion es el acto más noble del entendimiento humano; por esto su práctica es tambien la primera entre las prácticas de la Religion, y principalmente en el santísimo Rosario. Meditar, si yo no me equivoco, es fijar los ojos, no del cuerpo, sino del pensamiento, en una verdad ó en un hecho; estudiarlo con todas sus circunstancias; aplicárselo á sí el que medita en toda su extension; examinarlo con todas sus consecuencias y relaciones. Por esto la meditacion, que tan difícil parece á muchos, es en el fondo el acto más fácil, porque es el más natural. Todos meditamos. El hombre de mundo medita su negocio, el hombre de Estado medita su política, el hombre de estudios medita su ciencia, el hombre disipado medita sus calaveradas, la mujer frívola medita sus trajes y galanteos; hasta el niño, mariposilla ligera que parece sólo saber saltar, medita tambien sus juegos y travesuras.

Todos meditamos, luego todos sabemos meditar, solamente que casi nunca meditamos lo que debemos. La meditacion, pues, que es casi la primera necesidad del hombre racional para todos los negocios humanos, es tambien la primera necesidad del hombre cristiano para sus negocios eternos. Y el hombre que vive sin esa meditacion es como piloto que viaja sin estudiar el rumbo, ó como general que da la batalla sin explorar el campo, ó como labrador que lanza al aire su semilla sin haber roto el terron.

Ahora bien. El asunto principal de las meditaciones de todo cristiano debe ser la vida de Cristo y de su Madre santísima. Allí están los ejemplos que debe seguir, allí las lecciones que debe aprender, allí los modelos que debe, no sólo admirar, sino tambien imitar. ¿No es cierto, lector amigo, que conocemos poco, muy poco á Jesucristo, á pesar de que vive entre nosotros? Es sin duda porque le estudiamos poco, porque no meditamos.

Oyeme, pues. El Rosario es un curso de estos estudios en quince lecciones. Allí se ve nacer á Cristo, y se le ve padecer, y se le ve morir y resucitar; allí se contempla la pureza virginal de su Madre, su caridad para con Isabel, sus angustias y resignacion en el establo y en el Calvario, su muerte dichosa y su coronacion en los cielos. ¿Te he dicho que era el Rosario un curso de meditacion en quince lecciones? Mejor te diria que es una galería de pinturas distribuidas en quince cuadros, ante los cuales nos paramos sucesivamente para formar segun ellos nuestro corazon y nuestras costumbres.

Ahí tienes, pues, la primera parte y la más principal del Rosario; el acto del entendimiento, la meditacion.

Pero los misterios están como engarzados ó unidos entre sí por medio de decenas de *Ave Marías*, al frente de las cuales va un *Padre nuestro*, concluyendo cada una con un *Gloria Patri*. Es decir, que este encadenamiento lo forman súplicas y alabanzas.

Pero, ¡qué súplicas y qué alabanzas! Las más gratas que los cielos han recibido jamás de la tierra; súplicas por medio de las cuales suplicamos todo lo que se puede suplicar; alabanzas con las cuales dejamos atrás otra cualquier alabanza que pueda salir de labios humanos ó angelicales. La súplica es el *Padre nuestro;* la alabanza, con algo de súplica tambien, es el *Ave María* y *Gloria Patri.*

Es el *Padre nuestro* el memorial que el mismo Jesucristo se dignó dictarnos para nuestro uso. Son las mismas palabras que el mismo Dios nos ha enseñado á balbucir, del mismo modo que una madre enseña á un hijo chiquito á pedir lo necesario para la vida. Es una fórmula breve y sencilla que todo el mundo puede pronunciar y todo el mundo puede comprender, fórmula que á pesar de su brevedad y sencillez lo abraza todo y lo dice todo, en términos que es imposible pedir más con menos palabras, y es imposible al mismo tiempo pedir con más humildad y con más cariñosas expresiones. Y si yo pudiese, oh lector, hablarte ahora únicamente de este punto, haríate ver en cada palabra de esta oracion divina profundidades de filosofía que hicieron exclamar de esta suerte á un eminente pensador: «Si todos los sabios de todos los siglos se hubiesen reunido para dictar una oracion, todo su talento no la hubiera inventado tan sábia, tan profunda y tan completa como esta oracion que hasta los niños entienden: el *Padre nuestro*.»

Héte ahí las súplicas. Siguen ahora las alabanzas. Y ¿cuáles pueden ponerse más dignas de nuestros labios, indignos de ellas, que las que contiene la oracion del *Ave María?* Salutacion dirigida por un Angel, por santa Isabel y por la Iglesia á la que es juntamente Madre nuestra y hermana nuestra; salutacion en la cual están comprendidos todos los títulos de gloria que Dios pudo jamás amontonar sobre una humana criatura; salutacion que nos recuerda el acontecimiento más grande que presenciaron los siglos, la encarnacion del Hijo de Dios. El *Ave María* en nuestros labios es una enhorabuena, un parabien que sin cesar dirige la tierra á aquella Mujer feliz elevada á la dignidad de Madre de Dios; es una repeticion, digámoslo así, de aquella hermosa escena que tuvo lugar entre el Angel y la Doncella de Nazareth cuando le trajo aquel la embajada del cielo; es renovar en el corazon de María todas las inefables alegrias y las inmensas dulzuras de aquel instante feliz; es realizar aquel grandioso vaticinio que pronunció Ella de sí misma, cuando en su cántico aseguró que por haber fijado Dios los ojos en Ella la llamarian dichosa todas las generaciones. Esto viene á ser el *Ave María*. Hé aquí por qué tiene tanta importancia en la

Iglesia de Dios; hé aquí por qué el eclesiástico la repite tan á menudo en su rezo; hé aquí por qué la campana la anuncia y la recuerda tres veces al dia desde lo alto de nuestras torres; hé aquí por qué se repite hasta cincuenta veces en cada parte del santísimo Rosario.

—¿Y el *Gloria Patri?* ¿Qué viene á ser ese apéndice que se añade como coronamiento á cada decena?—

Óyeme, y lo sabrás. El grito infame de *Guerra á Dios,* que todos hemos tenido la desgracia de oir en estos tiempos, no es nuevo en el mundo. Desde que el ángel rebelde Luzbel lo dió por primera vez en el cielo, más ó menos descaradamente ha venido repitiéndolo el hombre sin interrupcion durante todos los siglos. Cada iniquidad que se comete en el mundo, cada blasfemia que se profiere, cada ley infame que se promulga, cada pobre que se oprime, cada invectiva que se lanza contra la Iglesia, cada pecado, en una palabra, es un grito de guerra á Dios, grito terrible, grito satánico con que ultrajamos su majestad y desafiamos su cólera.

Pues bien. La Iglesia y sus hijos, celosos de la honra divina, al lado de ese grito constante de guerra que ofende al cielo, elevan otro grito constante de gloria que desagravia al cielo; al lado de la voz que insulta, levantan á todas horas la voz que alaba, manteniendo formado frente á frente del ejército furioso de los que maldicen, el ejército pacífico de los que bendicen. Guerra, claman unos; gloria, contestan los otros. Guerra al Padre, guerra al Hijo, guerra al Espíritu Santo, grita el infierno con todos los suyos: *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto:* Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo, contesta tambien la Iglesia con los suyos: —ahora y siempre y por todos los siglos, gritan despechados aquellos. *Sicut erat in principio et nunc et semper et in sæcula sæculorum,* replicamos nosotros. Esto es el *Gloria Patri,* homenaje de continua reparacion, cántico de desagravio, resúmen y compendio de toda alabanza, verdadero coronamiento, como has dicho muy bien, de todas las meditaciones, súplicas y alabanzas que componen el Rosario de María.

Ninguna ocasion como la presente para hacerte, oh lector, algunas observaciones sobre una costumbre cristiana y española que quisiera yo nunca dejases perder en el seno de tu hogar doméstico: hablo del Rosario en familia.

La familia está sufriendo no menos que la sociedad el embate de la irreligion y de lo que se llaman ideas nuevas, que en realidad son ideas muy viejas, pues son del paganismo. Y por efecto de esta fatal influencia muchas familias cristianas abandonan las prácticas religiosas á pretexto de que son antiguas, alegando que se ha de vivir con el siglo, y que hay que dejarse de preocupaciones. Déjate de cuentos y de tonterías, amigo mio; Dios siempre será de moda, y á Dios no le harán saltar de su trono todas nuestras locuras. Dios es de todos los siglos, ó mejor, todos los siglos son de Dios. Y el servir á Dios, y el temerle, nunca será una preocupacion, por más que haya cuatro docenas de infelices, no sé si más necios que malvados, que asi aparenten creerlo.

¿No es, pues, gran lástima que hombres que se llaman católicos den al olvido ó hayan desterrado de sus prácticas cotidianas esta santa práctica del Rosario en familia? ¿No causa tristeza que hombres de órden, de autoridad y de respeto, severos en todo, formales, *conservadores*, consideren como cosa del otro siglo, y propia únicamente de mujeres, esta devocion? ¡Como si el hombre más barbudo y empingorotado no tuviera el alma tan hija de Dios como la mujer! ¡como si para ambos no hubiese la misma muerte, el mismo juicio y el mismo infierno!

Querido lector, quien quiera que seas, ¿no es verdad que no vamos bien, sino mal, muy mal? El nombre de Dios apenas se permite que reine en las costumbres públicas; ¿permitirás que la impiedad lo arroje tambien del seno de tu familia? En muchas no se oye jamás este nombre adorable: en cambio se oyen palabras que los labios honrados no pueden pronunciar; chistes que los oidos castos no pueden oir; conversaciones de las cuales huye como espantada la virtud, porque destrozan sin piedad la fama del prójimo y la modestia cristiana. Y ¿por qué esto? Porque á la Religion divina se la va arrinconando, como lámpara solitaria en el templo: se la ha arrojado de las leyes, no se la tolera en las plazas, y tal vez tú empiezas á arrojarla tambien, como huésped incómodo, de la familia. Y no obstante, en medio de los hombres es donde debe vivir, y no solamente en la oscuridad del santuario; en medio de vosotros, hombres de mundo; en vuestras casas, en vuestras fábricas, en vuestros festines, en vuestras diversiones, en todas partes á donde llevais vuestra alma, allá habeis de llevar á Dios como Juez, y á la Religion como compañera. Y en todas partes ha de dirigir vuestras acciones, refrenar vuestros deseos, amansar vuestras iras, enjugar vuestras lágrimas.

Ahora bien; si esta Religion divina ha de reinar entre vosotros en vuestra familia, de ningun modo mejor que con el santo Rosario, que comprende, como visteis, los tres actos principales de la Religion, la meditacion, la súplica y la alabanza. Y el jefe de la familia debe presidir el Rosario como el negocio más importante del dia; y los criados y los hijos deben aprender de él á venerarlo como la porcion más respetable de la herencia paterna. Y el Rosario, cuyo dulce y acompasado murmurio subirá desde vuestro hogar hasta el trono de María, volverá á caer desde él sobre vuestra casa convertido en rocío bienhechor de bendiciones y consuelos.

¿No es verdad que necesitais de Dios, lectores mios? ¿no es verdad que necesitais de Dios para el éxito de vuestros negocios, para la cosecha de vuestros campos, para el porvenir de vuestros hijos, para la salud de vuestros cuerpos y para la tranquilidad de vuestras almas? Oidme, pues, y concluyo. De las veinte y cuatro horas del dia que repartís entre vuestros negocios, entre vuestros placeres y entre vuestro descanso, ¿tan duro se os hace conceder un cuarto de hora á vuestro Dios? ¿Es que tal vez se os pide demasiado? No sé si os contentaríais con que os diese tan poco el último de vuestros servidores. Creo que sois algo más exigentes.

¿No es verdad, querido lector? A ver, pues, como restableces en tu familia, con gran consuelo de tu mujer, la cristiana costumbre del Rosario, que habias tal vez olvidado.

Con el santísimo Rosario está relacionada una fecha gloriosísima de nuestra historia patria, la última de nuestras antiguas grandezas, por decirlo así, la que más alto renombre dió entre todas las naciones de Europa al pueblo español.

La Religion es el mejor y más precioso archivo de los pueblos. Ella es quien escrupulosamente sabe guardar el rico tesoro de sus recuerdos: lo que el pueblo quiere perpetuar en la memoria de las generaciones venideras confíalo á la Religion, y está seguro de que no perecerá. Una diferencia hay entre los recuerdos que guarda tan sólo la historia y los que conserva la Religion. La historia los guarda como preciosos cadáveres perfectamente embalsamados, pero cadáveres al fin. La Religion los conserva en toda su vida, esplendor y poesía. Como es ella eternamente viviente, ingertos en su tronco inmortal préstales su jugo, su verdor y su eterna lozanía; adquieren algo de su inmutabilidad y de su inmarcesible juventud. Otra diferencia notable queda aún por consignar. La historia es libro cerrado para la mayoría; sus páginas por lo comun no las recorre el pueblo: la severa historia nunca ha sido amiga más que de sabios; jamás fué popular. La Religion, al revés, es libro á todos abierto y á todas horas. Los hechos que á ella se han encomendado tiene gusto particular en contárselos al niño y á la mujer, y al labrador y al artesano. Lo puramente histórico es meramente científico. Lo histórico-religioso, sin dejar de ser científico, es juntamente popular y tradicional.

La palabra que encabeza estas líneas es la mejor confirmacion de mis asertos. Preguntad á nuestro pueblo por las batallas de Pavía ó de Villaviciosa, y con ser hechos de su patria no sabrá qué responderos, más que si le habláseis de la China ó del Perú. Pronunciad, empero, ante una viejecita católica de cualquier nacion de Europa la palabra Lepanto, y alzando los ojos al cielo os dirá al momento: «¡Ah, sí, Lepanto, la victoria del Rosario de María!» La explicacion es clarísima. Las dos primeras batallas pertenecen al cerrado archivo de la historia. La última pertenece, como tantas otras, al siempre abierto archivo de la Religion.

¡Lepanto! ¡Y cuán bien hicieron, cuán acertados anduvieron los pueblos en unir á la Religion el recuerdo de esta gran batalla y de esta gran victoria! La batalla de Lepanto y su victoria, ganada por los pontificios, españoles y venecianos, aseguró la supremacía de la cruz en el Occidente, y dejó desde entonces herida de muerte en el Oriente la hoy agonizante dominacion musulmana. Lepanto recuerda la iniciativa de un gran Papa, Pio V, secundada por un gran rey, Felipe II, con la intervencion de un gran diplomático y santo, el jesuita, antes virey de Cataluña, Francisco de Borja, y llevada á felice cima por el valor de un gran militar, el jóven español Juan de Austria. Lepanto recuerda al pueblo cristiano entregado al rezo del Rosario durante la empeñada accion, y el santo Pontífice adivinando la victoria desde su oratorio, y anunciándola á sus Cardenales al tiempo mismo que se alcanzaba. Lepanto recuerda al buen Cervantes, al príncipe de las letras españolas, enfermo de calenturas, y lidiando no obstante como bravo hasta perder de un tiro de arcabuz la derecha mano, y sufrir como premio de su heroísmo cinco años de cautiverio en Argel, y los restantes de su vida entre la pobreza y humillaciones. Por esto se le llama, con gran gloria suya, «el manco de Lepanto.» Lepanto recuerda ciento y treinta galeras turcas apresadas, cinco mil turcos prisioneros, veinte mil cristianos librados del cautiverio. Es la última página de las Cruzadas, es el último aliento de la Europa coligada en nombre de la fe; y el honor de esta jornada les cabe principalmente á la Religion, que fué la inspiradora, y á nuestra patria, que fué como siempre el brazo de la Religion.

Un gran Papa, un gran Rey y una gran república llevan la prez de esta hazaña para vergüenza de nuestro siglo, que ve á repúblicas y á monarquías aliarse para intentar contra el Pontificado lo que en el siglo XVI intentaron y no consiguieron los sectarios de Mahoma. Los opresores del Papa son los turcos del siglo XIX. Lepanto es para las naciones modernas un recuerdo de vergüenza. Abordáran en nuestras playas ejércitos sarracenos; plantárase enhorabuena en las bellas costas del Lacio el pendon de la media luna; huestes conducidas por Alí-Bajá rodeáran la ciudad santa y llovieran bombas sobre el Vaticano, ¡y no pasáramos por la ignominia de que hijos de la cruz emprendiesen la villana usurpacion de las tierras de la Iglesia, y con armas cristianas realizase el infierno lo que no pudo tres siglos atrás con las armas sarracenas!

Por esto ante tamaña iniquidad y tamaña deshonra el recuerdo de Lepanto debe conservarse con más entereza que nunca para aliento de los católicos de hoy, vencidos, como fuimos entonces vencedores, y para oprobio de los turcos de hoy, vencedores, como fueron los de entonces vencidos. La Iglesia alzó á la victoria de Lepanto un monumento popular é imperecedero: la fiesta del Rosario. En todos los púlpitos católicos se habla hoy de esta fiesta, y se renueva en la memoria de los fieles el recuerdo de la grandiosa hazaña que conmemora. Sirva tambien esta página para esculpirlo más y más hondo en el corazon del pueblo español, heredero de los héroes de Lepanto. Que ahora más que nunca importa volver los ojos á nuestro glorioso pasado, siquiera para ruborizarnos de nuestro miserable presente.

La devocion del pueblo fiel ha dedicado al rezo público del santísimo Rosario en nuestras católicas poblaciones la hora bellísima del amanecer, y á esta devota práctica ha llamado el *Rosario de la Aurora.*

¿Cómo se celebra el *Rosario de la Aurora?*

Asoma riente el alba, y á sus primeros fulgores escóndense medrosas y palidecientes la luna y las estrellas, como significando que ceden al astro del dia el reinado que durante la noche tuvieron sobre la dormida creacion.

Bella es la madrugada, y convida á toda suerte de gratas emociones. Es la primavera del dia, como Abril es la primavera del año. «Porque entonces, dice hermosamente fray Luis de Leon, la luz, como viene despues de las tinieblas y se halla como despues de haber sido perdida, parece ser otra y hiere el corazon del hombre con una nueva alegría, y la vista del cielo entonces y el colorear de las nubes y el descubrirse la aurora, que no sin causa los poetas la coronan de rosas, y al aparecer la hermosura del sol, es una cosa bellísima. Pues el cantar de las aves, ¿qué duda hay sino que suena entonces más dulcemente, y las flores y las yerbas y el campo todo despide de sí un tesoro de olor?... Porque no es gusto de un solo sentido, sino general contentamiento de todos; porque la vista se deleita con el nacer de la luz y con la figura del aire y el variar de las nubes; á los oidos las aves hacen agradable armonía; para el oler, el olor que en aquella sazon el campo y las yerbas despiden de sí, es olor suavísimo: pues el fresco del aire de entonces templa con grande deleite el humor calentado cor el sueño, y cria salud, y lava las tristezas del corazon, y no sé en qué manera le despierta á pensamientos divinos antes que se ahogue en los negocios del dia.»

Sin ser clásico poeta, como lo es aquí y en todo el suavísimo cantor de las noches serenas y de las frescas alboradas, el buen pueblo cristiano ha sentido lo mismo de esta singular hora del amanecer, y la ha dedicado en España á la Madre de Dios. Exactamente como de Mayo hizo el mes de María, hizo la hora de María de la fresquísima y lozana hora matinal. Y buscando culto el más adecuado con que en aquella hora honrarla y festejarla, escogió el santo Rosario, y de aquí la popular y tiernísima devocion tan comun en nuestro país, y sobre todo en sus regiones meridionales, del Rosario de la Aurora.

¿Oís? ¿Oís? Soñolienta está aún casi toda la poblacion, y suena de repente, en medio del silencio, alegre repicar de campanas, y en seguida animacion y bullicio de gentes, y ruido de puertas que se abren y cierran apresuradamente, y saludos y *buenos dias* de los que á toda priesa acuden al templo parroquial. Un grupo numeroso de los más afinados cantores del lugar recorre las calles en regocijada diana para acabar de alborotar á los que tiene aún entre las sábanas el sueño ó la pereza. Escuchad sus coplas, que bien que toscas alguna vez y desaliñadas, son para hacer poner los huesos en punta al más apático y remolon:

Deja, deja ese sueño profundo
Que tanto te oprime, vénte tras de mí;
Rezarás el precioso Rosario

Y la sacra Aurora rogará por tí.
Da pena el decir
Que te acuse el demonio algun dia
Que al santo Rosario no quieres venir.

Al Rosario de María tocan
Con pitos de plata, lenguas de marfil;
El que quiera coger estas rosas
Véngase conmigo que voy al jardin.
Cristianos, venid;
Dios te salve, Custodia divina,
Purísima y bella más que un Serafin.

Hélos empero que salen de la iglesia parroquial ó del pacífico monasterio; precede el blanco estandarte de la Cofradía, en cuyo astil cimbrea gallardamente apretado manojo de flores de la estacion; largas hileras de fieles de ambos sexos, rosarios en mano, devota aunque serena y jubilosa la faz, responden en rezo igual y acompasado el canto de los *Padre nuestros, Ave Marías* y *Gloria Patri,* que al son de populares instrumentos ejecuta el coro de piadosos mocetones. La imágen de la Vírgen en manos del sacerdote, ó en andas sobre robustos hombros levantada, cierra la procesion y se destaca de lejos como Reina de ella. La música del Rosario es airosa, y sólo en Cuaresma toma el tinte melancólico de los recuerdos de la Pasion. A cada decena, antes de proponerse el misterio correspondiente, se entona una coplilla que da más colorido y variedad á aquella poética guirnalda de súplicas y alabanzas. Unas veces se canta:

Padre nuestro que estás en los cielos,
Estas dos palabras aprendí no más:
Pues estando mi Padre en el cielo
Siendo yo buen hijo tambien iré allá.

Otras se sale con esta ocurrencia:

San Francisco se perdió una tarde;
Sus hijos llorosos le van á buscar,
Y le encuentran en el Paraíso
Cogiendo las rosas del santo Rosal.

Otras se toma el asunto de la festividad del dia, y se dice por ejemplo en Navidad:

Pastorcillos, los de esas majadas,
Dejad las manadas, corred á Belen,

Y entre pajas veréis recostado
A un Dios humanado, Jesús nuestro bien.
¡Qué lindo que es El!
Son sus labios corales y rosas,
Su boca preciosa, su cara un vergel.

O en el dia de Pascua de Resurreccion:

Dulces himnos los Angeles cantan
Saludando alegres la Vírgen sin par:
Salve, dicen, oh Reina del cielo,
Que tu Hijo divino resucitó ya.
¡Fieles, despertad!
Y aleluya cantemos gozosos,
Que el Rey de los reyes resucitó ya.

Y así en coplas siempre adecuadas á cada solemnidad del calendario cristiano, matizadas de hermosos conceptos en que se muestra siempre variada y fecunda é inagotable la musa popular.

A veces dichas coplas son tierno recuerdo de un cofrade recientemente fallecido, y se cantan al pasar ante la casa donde vivió. Oid:

Ya falleció nuestro hermano,
A Dios entregó su alma;
Madre de misericordia,
Tu patrocinio le valga.

Sacratísima María,
De la Aurora titulada,
Suplicadle á vuestro Hijo
Que lo lleve en su compaña.

Recibe, Madre piadosa,
Para alivio de su alma
Salves, Misas y Rosarios
Que sus hermanos le mandan.

Acabando despues como si hubiese ya alcanzado su efecto la devota súplica:

Un hermano de la sacra Aurora
Falleció, y la Vírgen apenas le vió
Que su hermano se estaba penando
Lo tomó en sus brazos y se lo llevó.
Y lo recibió
Nuestro Padre Jesús en los suyos,
Y todas las culpas se las perdonó.

Muere un niño ó niña de alguno de los cofrades de la Aurora, y tambien para este caso tiene su copla el pueblo cantor, y consuela á su pobre madre cantándole ante su puerta de esta manera:

Un tierno angelico ha muerto;
Dignaos, Aurora bella,
Suplicarle á vuestro Hijo
Que lo ponga á su derecha.

Aquí yace este niño y espera,
Bella Aurora, de vuestra bondad,
Se le ponga con los Serafines
Allá junto al trono de la Trinidad.
¡Angeles, bajad!
Y alistad en tan nobles banderas
A este niño bello que os va á acompañar.

No nos cansaríamos de copiar coplas y más coplas, ni se cansarían de leerlas nuestros amigos, pero este capítulo reclama ya punto final. El Rosario de la Aurora termina con la santa Misa, que se celebra al llegar la procesion á la iglesia, y para la cual ha servido en todo el pueblo de piadoso despertador. Los cofrades del Rosario, como red barredera, han arrastrado á su paso y en pos de sí innumerables almas al cumplimiento del precepto dominical y á escuchar de labios del párroco el Catecismo y la explicacion del Evangelio. El dia del Señor ha tenido el mejor principio para su santificacion; las familias tornan al hogar con las dulces impresiones de amor á Dios y á sus misterios y festividades de que ha llenado su alma la poética cuanto cristiana alborada.

¡Felices los pueblos que no han perdido tan hermosas costumbres! ¡Felices los que con todo ahinco las procuran hoy dia restaurar! ¡Felices nosotros si algo pudiéremos contribuir á ese piadoso renacimiento con nuestra humilde Propaganda.

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR DE ZARAGOZA.

PODRIA llamarse esta fiesta *La Dedicacion de la Iglesia española* y celebrarse como se celebra cada una de las dedicaciones de nuestras iglesias particulares, con el Oficio consagrado á su aniversario.

En efecto. La colocacion de la primera piedra de la Iglesia española y su consagracion vino á realizarla en carne mortal María nuestra Madre á ruegos de nuestro primer obispo Santiago que la llamó en su auxilio para la grande obra de la conversion de este pueblo en todo singular.

La tradicion zaragozana sobre este punto, más que referirla nosotros mismos, plácenos trasladarla aquí y como escucharla de uno de sus más antiguos prelados, el célebre Tajon, que allá en el siglo VII la daba ya como recibida de sus mayores de esta manera:

«Despues (dice) de la Pasion y Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo, y de su gloriosa Ascension á los cielos, quedó la gloriosísima Vírgen María encomendada al glorioso san Juan. Crecía en tierra de Judea el número de los discípulos por la predicacion y milagros de los Apóstoles, murmurando algunos pérfidos judíos, moviendo cruelisima persecucion contra la Iglesia, apedreando á san Estéban y atormentando á otros diversos Mártires: *por lo cual dijeron los Apóstoles á los judíos: A vosotros convenia primero predicar la palabra de Dios, mas porque la menospreciásteis y os juzgásteis indignos de la vida eterna, por eso nos volvemos á los gentiles;* y así fuéron por el universo mundo, segun el mandamiento de Nuestro Señor Jesucristo, predicando el santo Evangelio á toda criatura, cada uno en su suerte y provincia: y cuando salian de Judea, cada uno tomaba una dádiva y bendicion de la Vírgen gloriosa y bienaventurada. Entre tanto, por revelacion del Espíritu Santo, el bienaventurado apóstol Santiago el Mayor, hermano de san Juan, hijo de Zebedeo, fué mandado por nuestro Redentor Jesucristo, que fuése á las partes de las Españas á predicar la palabra de Dios: y luego fué á la Vírgen María, y besadas sus manos, le pidió licencia y bendicion con lágrimas. Al cual dijo la Vírgen: Vé, hijo, cumple el mandato de tu Maestro, y por Él te ruego que en una de las ciudades de España, en donde mayor número á su santa fe convirtieres, allí hagas una iglesia en mi memoria, segun que Yo te mostraré. Y salido el bienaventurado Santiago de Jerusalen, vino predicando á las partes de España, y de allí, pasando adelante por Asturias, vino á la ciudad de Oviedo, donde convirtió uno á la fe; y de allí, entrando en Galicia, vino á una ciudad que se llama Padron; pasó despues á Castilla, llamada la España Mayor, y finalmente, vino á la Menor España, que es dicha Aragon, en aquella region que se llama Celtiberia, donde está situada la ciudad de Zaragoza á la ribera del rio Ebro. Allí el bienaventurado Santiago, predicando por muchos dias, convirtió ocho hombres á la fe de Nuestro Señor Jesucristo, con los cuales, continuamente tratando del reino de Dios, salíase de parte de noche á la ribera del rio Ebro, por causa de reposo, en aquel lugar donde echaban las pajas: y allí, despues que habian dormido, velando en oracion, apartábanse de las turbaciones y de las molestias de los gentiles. Y despues de algunos dias, á la media noche, estando el bienaventurado Santiago con los fieles sobredichos en contemplacion y oraciones, y algunos de ellos durmiendo, oyó el bienaventurado Apóstol voces de Angeles que cantaban *Ave María, gratia plena,* casi comenzando el *suave invitatorio del Oficio de Maitines de la Virgen:* y postrado en tierra vió á la Virgen María, Madre de Nuestro Señor Jesucristo, entre dos coros de millares de Angeles sobre un pilar de piedra mármol. Y así la compañía celestial de los Angeles acabaron los Maitines de la Virgen con el verso *Benedicamus Domino.* El cual acabado, la bienaventurada Virgen María llamó por sí muy dulcemente al santo Apóstol y le dijo: «Cata aquí, hijo mio, el lugar señalado «y diputado á mi honra, en el cual por tu industria en «mi memoria quiero sea edificada mi iglesia: mira este «PILAR donde estoy sentada, porque mi Hijo y Maestro tuyo «le ha enviado del cielo por mano de los Angeles, cerca del «cual asentarás el altar de la capilla, en el cual señaladamente por mis ruegos y reverencia, señales maravillosas la «virtud del muy Alto obrará, especialmente á aquellos que «en sus necesidades demandarán favor, *y estará el* PILAR *en «este lugar hasta el fin del mundo, y nunca faltará de esta ciu«dad quien honre el nombre de Jesucristo mi Hijo.*» Entonces el apóstol Santiago alegróse mucho, dando gracias innumerables á Nuestro Señor Jesucristo y á su bendita Madre por tanta merced; y luego súbitamente aquella celestial compañía de los Angeles, tomando á la sacratísima Reina de los cielos, la volvieron á la ciudad de Jerusalen y la pusieron en su celda, y despues de esto la bienaventurada Virgen María vivió once años.

«Este es el ejército y compañía de aquellos millares de Angeles que Nuestro Señor Dios envió á la Virgen en la hora que concibió á Nuestro Señor Jesucristo para que la guardasen, y en todas sus vias la acompañasen, y sin lesion alguna al Niño Jesús guardasen. Y el bienaventurado apóstol Santiago, muy gozoso de tanta vision y consolacion, luego comenzó allí á edificar la iglesia, ayudándole los sobredichos discípulos, que habia convertido á la fe de Jesucristo, *y tiene la sobredicha capilla ocho pasos, poco más ó menos, de ancho, y diez y seis de largo,* en la cual está el PILAR sobredicho á la parte alta, hácia el Ebro, con el altar: *en servicio de la cual iglesia, el bienaventurado Santiago ordenó de presbítero á uno de los dichos que habia convertido, que le pareció conveniente;*

y como hubo consagrado la dicha iglesia, dejando á los cristianos en paz, tornóse á las partes de Judea predicando, *é instituyó la dicha iglesia* SANTA MARÍA DEL PILAR.

«Esta es la primera iglesia del mundo dedicada por las manos apostólicas en honra de la Vírgen nuestra Señora. Esta es la cámara angelical fabricada en los principios de la iglesia cristiana: esta es la sala sacratísima, muchas veces visitada por la Vírgen nuestra Señora, en la cual diversas veces la Madre de Dios se ha visto cantar los salmos de los Maitines con los coros de los Angeles: en esta capilla, ciertamente, por medio de la sacratisima Vírgen María, muchos beneficios se dan á sus devotos, y se obran muchos insignes milagros por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por infinitos siglos. Amen.»

Venerabilisimo es este relato, y despues de él no queda ya sino dar gracias á Dios y á la Madre de su unigénito Hijo Jesucristo que de tal suerte quiso distinguir á esta nuestra nacion, dándole como en arras de su perpetuo desposorio con ella *(desponsabo tibi in fide)* ese Pilar, símbolo el más apropiado de la firmeza de nuestra fe y del robustísimo cimiento que tiene ella en la especial proteccion de la Madre de Dios. Diez y nueve siglos han corrido al pié de ese Pilar, ora mansos, ora borrascosos, como las aguas del Ebro, ora suaves, ora embravecidas, que lamen los muros de su santo templo. ¡Tambien contra él se estrellarán todas las tempestades del porvenir!

SANTA TERESA DE JESÚS.

NUESTRO siglo de oro es por todos conceptos el siglo XVI. Acabado con la rendicion de Granada el gigantesco duelo entre el mahometismo africano y el cristianismo español; descubierto por Colon el Nuevo Mundo, regalo admirable hecho por la Providencia á nuestro país en pago quizá de su heróico batallar de ochocientos años por la fe católica, como la pérdida de aquellos dominios ha sido seguramente el castigo de nuestras viles apostasías de un siglo acá; constituida al fin la unidad nacional con el matrimonio de Fernando é Isabel, y asegurada sucesivamente bajo la gloriosa dominacion de Carlos I y de Felipe II, mal que les pese á escritores protestantes y liberales, es aquel el zenit de nuestra gloria, es aquel el punto culminante de nuestra grandeza religiosa y nacional. Como áun así éramos hombres, y no dioses, ni semidioses siquiera aunque alguna vez llegasen á parecerlo nuestros héroes, lunares tiene aquella época y manchas se observan en aquel sol; puédese empero desafiar á cualquier crítico ó controversista á que presente otra de cualquier nacion, antigua ó moderna, en que más resplandezcan las glorias ó en que de menos bulto aparezcan los defectos.

Nuestro objeto no es la apología política, militar, científica ó literaria de aquel pueblo, sino la religiosa. A esta sola nos atendrémos, pues, como preparando la tela ó dibujando el fondo y paisaje en que vamos á presentar á nuestros lectores una figura gloriosísima. Para esto nos bastará fijarnos en una sola idea: los Santos que hubo entonces en nuestra patria; cuántos fueron estos, y cuál su talla y magnitud.

Sobre lo cual hemos de hacer antes una observacion. Los Santos, asi oficialmente llamados, no forman el único contingente de los amigos de Dios y de los héroes de su fe en un pueblo. Los planetas en el firmamento no son las únicas estrellas de él, pues á parte de ellos las hay infinitas de diferente magnitud y de mayor ó menor brillo, sin contar aún las innumerables á que no alcanza nuestra mirada, ni aún ayudada con el telescopio; así, en una época dada, el número de Santos que en ella reconoce la Iglesia, no representa ciertamente el número completo de los siervos de Dios que en ella hay; sino que da tan sólo una débil idea de cuántos serán en aquel pueblo los oscuros y desconocidos, cuando tantos y tales son los de primera magnitud á quienes se propone por esta circunstancia á la pública veneracion.

Así, volviendo á nuestro asunto, es dado conjeturar lo que fué la masa general del pueblo español en aquellos dias, por los muchísimos Santos de primer órden que sobresalieron entonces de entre la multitud. Ni pueblo ni época alguna (si exceptuamos la anormal de los Mártires en los primeros siglos) pueden presentar ejemplo parecido al de tan admirable como variada fecundidad. Brillan casi á la vez Ignacio de Loyola, José de Calasanz, Javier, Francisco de Borja, Juan de Dios, Tomás de Villanueva, Juan de la Cruz, Pedro de Alcántara, Luis Beltran, el beato Rivera, Nicolás Factor, Gaspar de Bono, Pascual Bailon, Diego de Alcalá, Juan de la Concepcion, Simon de Rojas, Alfonso de Orozco, y otros y otros, cada uno de los cuales bastára para honrar un siglo, y á los cuales sin embargo vió poco menos que contemporáneos suyos una misma generacion. Y al rededor de ellos ¡cuántos grupos de importancia secundaria, que indudablemente en otro siglo ó en otro pueblo hubieran ocupado el primer lugar y que aquí pasaron menos advertidos, tan alta era entonces la talla del heroismo cristiano! Que así como en lo militar, acostumbrado nuestro pueblo al espectáculo de continuas hazañas, sólo mencionaba entonces como grandes las de un Gonzalo de Córdoba ó de un Hernan Cortés ó de un Juan de Austria, dejando en olvido á otros cien caudillos de insigne valor; y así como en lo literario sólo unos pocos autores se suelen citar como dignos de especial renombre á pesar de ser muchísimos los que en otro siglo hubieran pasado gloriosos á la posteridad; así en lo religioso es indudable que menudearon profusamente virtudes y admirables ejemplos que, si no resplandecieron en el horizonte de la historia, fué tan sólo porque las ofuscó el brillo extraordinario de aquellos astros, al lado de los cuales es pálido todo otro resplandor.

Y sin embargo, en medio de todos estos fulgores de inmarcesible luz, tiene harta fuerza, para que no queden oscurecidos los suyos, una débil mujer, mujer cuyo nombre ha colocado sin mengua la historia entre el de tan ilustres varones, mujer cuya estatura no aparece pigmea, ni áun rebajada, en medio de tales gigantes; mujer que en el doble concepto de santa y de sábia no desmerece ni se eclipsa entre tantos y tan portentosos sabios y santos! ¡Ah! ¡Que esto solo bastára para cumplido elogio de la insigne Teresa de Jesús!

Nombrado la hemos y colocádola sobre el brillante paisaje que va á servir de fondo á nuestro retrato.

Doña Teresa de Ahumada, como se la llamó en el siglo, ó la Madre Teresa de Jesús, como se la conoció despues en la Religion, es en todo un tipo tan singular, que no es extraño haya merecido, no sólo en su país, si que en todo el mundo cristiano y literario, renombre tan universal. Muchas historias de Santos hemos leido, gracias á Dios, y entre éstas muchas de santas mujeres y de santas religiosas y fundadoras; no hemos encontrado empero nunca con quien comparar á nuestra insigne Castellana. No hacemos aquí juicio ni ponderacion de méritos, creemos con el piadoso autor de *La Imitacion*, que no se han de hacer esas apreciaciones de preferencia en pro de un siervo de Dios contra otro que de ellas pueda salir menoscabado. No; procuramos tan sólo hacer resaltar una fisonomía por todo extremo individual y característica; un género de santidad, por la que conviniendo nuestra Santa en lo que es esencial á todos los Santos, cual es la posesion de las virtudes en grado heróico, nos ofrece sin embargo tales y tan raras circunstancias en su modo de ser, que la convierten en objeto de especial interés para el estudio del biógrafo á la vez que para la meditacion del contemplativo.

¡Qué sello tan exclusivamente suyo no presenta esa mujer que en sus primeros años, oyendo decir desde el interior de Castilla que allá en Marruecos y en Argel hay moros que cortan la cabeza á los cristianos por la fe de Cristo, sálese una tarde de su casa con su hermanito Rodrigo, para ir ambos á Africa á ser descabezados por Nuestro Señor! ¡Cómo pinta esta infantil travesura todo el futuro carácter de la intrépida Aventurera, que tal pudo ser llamada desde entonces con gran loa nuestra insigne Avilesa! Salen los dos hermanitos por una puerta de la ciudad, provistos de algo de comer que tomaron por el camino; atraviesan el puente con que se pasa el rio Adaja que lame sus muros; encuéntralos allí un tio, que en su perturbacion echa de ver se trataba de alguna picardía; tómalos y los devuelve á su madre, que andaba ya buscándolos desde que notó su falta, con miedo no hubiesen caido jugando en una noria inmediata á la casa y ahogádose en ella. El pobre Rodrigo no sabia sino decir para disculparse, que Teresa le habia inducido á marchar con ella. Y seria verdad esta razon, y no excusa, por cuanto es de suponer que no hubiera accedido el muchacho á emprender aquel desconocido viaje á no mediar vivas excitaciones y una verdadera imposicion de la niña, precoz en este deseo de hacer algo grande y sonado por la gloria de Nuestro Señor.

Vese despuntar en este episodio infantil el primer rasgo del carácter de la Santa, y es su animoso y decidido espíritu de fe. Valerosa y decidida española de aquel siglo de grandezas religiosas, la fibra que más profundamente vibraba en su corazon era la católica, y no se contentaba con llamarse así, ó con profesar los deberes ordinarios de tal; entendia á qué comprometia este dictado, y queria aceptar en toda su extension y rigor sus más graves consecuencias.

Hé aquí otro rasgo de igual significacion.

Su hermano Rodrigo siguió la carrera de las armas, como otros cinco hermanos todos valerosísimos. Aunque al parecer tan distinta la carrera de las armas de la de los votos religiosos, son gemelas las dos; de suerte que no hay bueno y honrado militar que no sea el más dispuesto para ser un austero religioso, ni hay grave y probado religioso que no tenga todas las condiciones para ser un digno y bizarro militar. Fué, pues, militar D. Rodrigo, y mandó como capitan, en tiempos en que ésta era graduacion muy codiciada, una compañía en la conquista del Perú, y murió en una accion en el Rio de la Plata defendiendo las banderas de España. Y como las banderas de España eran ¡felicísimos tiempos aquellos! las banderas de la fe, Teresa tuvo siempre á su hermano por mártir de la fe católica, por haber sucumbido en defensa de ella y llevádola con la civilizacion á aquel remoto país. ¡Cómo se descubre en ese otro dato la noble fiereza del carácter rancio español, heredado de las luchas de nuestra gloriosa reconquista! Algo le ha quedado todavía de esto á la capa más sana y más entera de nuestro pueblo, la más refractaria é impermeable, digámoslo así, al error de nuestros dias; algo le ha quedado á nuestro pueblo de esa vieja levadura española que entonces era comun á todas las clases de nuestra sociedad, bien que no en todos sus individuos se presentase tan relevante y marcado su espíritu como en D.ª Teresa de Ahumada. Luchar por la fe, padecer por la fe, morir por la fe, ser intransigente y reacio y testarudo y quisquilloso en lo que atañe á la pureza y conservacion de la fe, ¡ah! cuánto no se ha motejado todo esto en nuestros tiempos por la impiedad, y ¡oh dolor! hasta por muchos que se horrorizarian y protestarian á grito herido si se les llamase impíos ó fautores de impías novedades! Y sin embargo, ésta era, no dirémos la fe de Teresa, que decir eso pareceria vulgaridad, sino el modo que tenia Teresa de comprender cómo debia ser amada y tratada y defendida la fe.

Es verdad que entonces, como llevamos dicho, todo buen español lo entendia de esta manera. El brazo de nuestros capitanes que blandia la espada en Europa, Africa y América en defensa de la fe católica no era más que el brazo armado del pueblo español, y el brazo de la santa Inquisicion que mantenia con sus bienhadados rigores la limpieza de nuestro viejo solar contra la exterior invasion protestante y contra la interna polilla judía y morisca, no era otra cosa más que el brazo justiciero de este mismo pueblo, que con razon miraba como enemigo suyo al que lo era de su Dios. Los que predican, pues, ó fomentan ó consienten ó excusan viles conciliaciones ó tolerancias ó condescendencias entre la fe y el moderno error, no son españoles de abolengo, sino bastardos de advenediza importacion: indignos de nuestra nacionalidad y de nuestro glorioso pasado.

D.ª Teresa de Ahumada, ó la Madre Teresa de Jesús, no los hubiera reconocido en su tiempo sino por sarracenos ó luteranos disfrazados, ó á lo más por aljamiados moriscos de dudosa cristiandad.

La fe católica, apostólica, romana, íntegramente poseida, denodadamente profesada, y firme y tenazmente sostenida con todas sus consecuencias y aplicaciones, así en el templo como en el hogar, en el consejo de los reyes y magistrados como en los campos de batalla; esto hizo héroes á nuestros padres, esto dió á su carácter aquel temple de hierro que les hizo dueños de la mitad del mundo conocido y temidos en todo él, mientras no decayeron de aquel su primitivo espíritu. Todo era encumbrado y superior en nosotros en aquellos venturosos dias: política, diplomacia, artes, gloria militar, esplendor de las letras. Dijérase que cada hijo de este pueblo, áun el nacido en las más oscuras capas de él, sentia en sí alientos para atreverse á todas las grandezas. Lo cual se nota, muy en especial, cuando se reflexiona sobre los muchos y muchísimos hijos de la más humilde condicion que en santidad, letras ó armas supieron labrarse un nombre esclarecido y hacerse señalado lugar entre sus conciudadanos.

Teresa de Jesús, tipo de las más relevantes cualidades del pueblo español en aquellos dias, brilla sobre todo por esta cualidad tan característica de todo él. Por su espíritu levantado, por su grandeza de corazon, por su magnanimidad generosa le ha puesto la Iglesia en el *Introito* de la Misa estas palabras, que gráficamente la retratan de una sola pincelada: «Dióle el Señor sabiduría y discrecion incomparables, y anchura de corazon inmensa como las arenas del mar.»

Basta recorrer sus páginas para percibir en todas ellas ese como poderoso palpitar de un gran corazon. Mujer fué, pero de la madera de los más grandes hombres de su siglo. Donosamente se rie en algunos pasajes de la debilidad de su sexo, como quien interiormente se siente y reconoce muy superior á él. Pasma contemplar como, mujer y achacosa, que en gran número de sus cartas menciona sus casi continuas enfermedades, emprende, no obstante, la ardua tarea de restablecer la primitiva observancia de una Órden famosa, llegando á fundar treinta conventos de su gloriosa Reforma. lidiando con émulos poderosos, con recelos y preocupaciones de quienes más la hubieran debido apoyar, viajando de una provincia á otra en pésimos carromatos y cabalgaduras en tiempos en que costaba más recorrer unas pocas comarcas de nuestro país que cruzar hoy diez veces toda la Europa; y á vueltas de todo esto escribir sus numerosas obras, sostener con damas, caballeros, monjas, doctores, prelados y príncipes incesante y animada correspondencia; andar á la vez en compras de casas y terrenos, y en composicion de litigios, y en conciliacion de voluntades; murmurada, perseguida, casi delatada á la santa Inquisicion, á la cual amaba ardientemente como todo español de aquellos tiempos y como todo buen español de los nuestros; y juntamente con todo esto macerarse con los rigores de la más dura penitencia, conservar el trato constante con Dios por medio de la continua oracion, vivir en medio de esa agitacion como pudiera abstraida de todo en la más callada soledad, dueña siempre de sí, concentrada en ese *subjetivismo* (como lo ha llamado uno de sus críticos) del que son tan puro y transparente espejo sus libros inmortales.

Raras veces se ha visto en la Iglesia de Dios caso igual, ni suele la divina gracia prodigarse á menudo con tal profusion y con tal variedad de espléndidas manifestaciones en una sola persona. El *alius quidem sic, alius vero sic,* con que expone san Pablo lo que llama él *divisiones gratiarum,* no parece haber tenido lugar en nuestra Santa, y sí haberse propuesto el poder de Dios ofrecer en esta su Sierva de una vez todo su conjunto, no con *division,* sino con pródiga y exuberante simultaneidad. De suerte que resplandeciesen en una sola alma, como en divino y sobrenatural muestrario, la intrépida fortaleza del mártir, la múltiple actividad del apóstol, la calma silenciosa del anacoreta, la fecunda vena y hervor intelectual del doctor y del polemista, los éxtasis y abstraccion del contemplativo, la finura, gracejo familiar y atractivas maneras de la piedad seglar destinada á florecer en las Cortes y salones.

Y esa anchura de corazon, esa alteza de espíritu, que hemos empezado por llamar magnanimidad y que, cierto, no tiene otro nombre, aunque en el uso comun no exprese esta palabra todo lo que aquí hemos querido expresar con ella, esta magnanimidad, digo, es la que hace de nuestra Santa modelo no solamente de monjas (como otras santas monjas son), sino de monjas y de casadas, de eclesiásticos constituidos en dignidad y de oscuros misioneros, y hasta del hombre de negocios, que menos parece pueda ir á buscar luz y consejo en los escritos de una Carmelita Descalza tras los velos y rejas de su austera soledad.

Otra cualidad que tambien resplandece en nuestra insigne compatricia, y la primera que observa tal vez el que estudia su biografía, es la suma libertad de espíritu, consecuencia necesaria de lo que acabamos de hacer notar sobre la magnanimidad de su corazon. Leyendo sus obras, pero muy en particular hojeando su correspondencia, que ocupa dos gruesos tomos de la novísima coleccion de ellas, se ve en ella ese desembarazo interior y exterior, esa como holgura del pensar, del hablar y del obrar, esa que nos atreveríamos á llamar espiritual desenvoltura, si el uso comun de esta palabra no trajese consigo la idea de un vicio en ninguna manera compatible con la santidad. Pocas veces se presentan la suma austeridad penitente y la vida de más alta contemplacion con esas formas risueñas, festivas, hasta ligeras si quereis, con que se ven en la vida toda de santa Teresa de Jesús. Diríase que en ella quiso mostrar el Señor de un modo palpable, que si es muy natural á la perfeccion la vida grave y seriamente meditabunda del alma que como la tórtola solitaria sólo anhela un silencioso retiro para orar y gemir, tampoco es opuesta á ella la alborozada alegría del saltarin pajarillo que con sus trinos y gorgeos alaba á todas horas del dia y de la noche á su Criador.

Llenas andan las páginas de Teresa, y en especial sus cartas, donde más libremente y con menos reparos desahogaba su corazon, de conceptos donosos y casi epigramáticos que claramente están diciendo que fueron escritos por la graciosa Descalza con la sonrisa en los labios, como derramándosele por ellos toda la alegría y espiritual regocijo de que andaba siempre inundado su corazon. Tenia notable prevencion contra los temperamentos melancólicos, y ponia grandes dificultades á que entrasen en sus monasterios muchachas aquejadas de malhumor. «Harto más valdria no fundar, dice en una de sus cartas, que llevar melancólicas que estraguen la casa.» Y en el *Camino de perfeccion* ha dejado sobre esto una hermosa página que no queremos omitir aquí. «Tened, dice, mucho cuidado de no hacer pecado venial de advertencia, que de otra suerte, ¿quién estará sin hacer muchos? Mas hay una advertencia muy pensada, y otra tan de presto, que sólo se hace el pecado, y se nota cuando está hecho. Mas no se desanime, aunque se caiga alguna vez, sino procure luego pedir perdon. Cuando esto que he dicho del santo temor de Dios hubiéramos hecho, no es menester andar tan encogidos ni apretados, que el Señor nos favorecerá, y ya la costumbre nos será ayuda para no ofenderle, sino andar con una santa libertad, tratando con quien fuere justo, aunque sean personas distraidas, porque las que antes que tuviérades este temor de Dios os fueran tósigo y ayuda para matar el alma, muchas veces despues os la darán para amar á Dios y alabarlo, porque os libró de aquello que veis ser notorio peligro. Y si antes fuérades parte para ayudar á sus flaquezas, ahora lo seréis para que se vayan á la mano en ellas por estar delante de vos, que sin quereros hacer honra, acaece esto. Yo alabo á Dios, viendo que sin decir una palabra un siervo de Dios ataja las palabras que se dicen contra El. Me parece que como delante de uno, que es amigo de quien hablamos, no se atreven á hablar mal, ansí como éste está en gracia, la misma gracia, por baja que sea la persona, hace que se le tenga respeto, y no le den pena en cosa de ofender á Dios. Ansí no os apreteis, porque si el alma se comienza á encoger, es muy mala cosa para todo lo bueno, y á las veces da en ser escrupulosa, y véisla aquí inhabilitada para sí y para los otros: ya que no dé en esto, será buena para sí, mas no llevará muchas almas para Dios, como ven tanto encogimiento y apretura. Es tal nuestro natural, que les atemoriza y ahoga, y áun se les quita la gana por no verse en semejante apretura de llevar el camino que vos llevais, aunque conocen claro ser de más virtud. Y viene otro daño de aquí, que es juzgar á otros, como no van por nuestro camino, sino con más santidad por aprovechar al prójimo, tratan con libertad y sin esos encogimientos, luego os parecen imperfectos. Si tienen alegría santa, parecerá disolucion, en especial en las que no tenemos letras, ni sabemos en lo que se puede tratar sin pecado, es muy peligrosa cosa, y áun andar en tentacion continua, y de muy mala digestion, porque es en perjuicio del prójimo; y pensar que si no van todos por el modo que vos encogidamente, no van tan bien, es malísimo. Y hay otro daño, que en algunas cosas que habeis de hablar, y es razon hableis por miedo de no exceder en algo, no osaréis, sino por ventura decir bien de lo que seria muy bien que abominásedes. Ansi, hermanas, todo lo que pudiérades sin ofender á Dios, procurad ser afables, y entender de manera con todas las personas que os trataren, que amen vuestra conservacion, y deseen vuestra manera de vivir y tratar, y no se atemoricen ni amedrenten de la virtud. A las religiosas importa mucho esto, mientras más santas, más conversables con sus hermanas, que aunque sintais mucha pena, si no van sus pláticas como vos deseais, nunca os extrañeis de ellas, y ansí aprovecharéis y seréis amadas. Que mucho debemos procurar ser afables y agradar y contentar á los que tratamos, en especial á nuestras hermanas. Ansí que, hijas mias, procurad entender de Dios en verdad que no mira tantas menudencias, como vosotras pensais, y no dejeis se os encoja el ánima y el ánimo, que se podrán perder muchos bienes. La intencion recta y la voluntad determinada de no ofender á Dios; no dejeis arrinconar vuestra alma, que en lugar de procurar santidad sacará muchas imperfecciones, que el demonio le pondrá por otras vias, y como he dicho, no aprovechará á sí y á las otras tanto como pudiera. Veis aquí como con estas dos cosas *amor* y *temor* de Dios podemos ir por este camino sosegados y quietos, aunque como el temor ha de ir siempre delante, no descuidaos; que esta seguridad no la hemos de tener mientras vivimos, porque seria gran peligro, y ansi lo entendió nuestro Enseñador, que en el fin de esta oracion (del *Padre nuestro)* dice á su Padre estas palabras: *mas líbranos de mal,* como quien entendia bien que eran menester.»

Esta su interior serenidad y constante libertad de espíritu se transparentaba á cada paso en sus dichos y acciones. Empeñóse en retratarla un leguito pintor llamado Fr. Juan de la Miseria, y como no seria ningun Apeles el pobre artista, sacóle mal el retrato. Acabóse el trabajo, y al verlo la Santa díjole al pintor con su natural donaire: «Dios te lo perdone, Fr. Juan, que me has hecho padecer aquí lo que Dios sabe, y al cabo me has pintado fea y legañosa.»

«El carácter de santa Teresa, ha dicho uno de sus más discretos biógrafos y comentadores, no era melancólico, ni áun siquiera propenso á la tristeza. En tal concepto hasta se le atribuyen con frecuencia dichos agudos y chistes, algunos de ellos no sólo apócrifos, sino poco adecuados á la gran humildad de su carácter. Los que se encuentran en sus escritos son espontáneos y altamente oportunos; viértelos con la mayor naturalidad y sencillez, no por hacer reir á costa de otro, cosa impropia de su gravedad y caridad profunda, sino porque los consigna la pluma tal cual se presentan á su imaginacion inocente al par que lozana. Estos pasajes se echan de ver en el libro de *Las Fundaciones*, y áun más en las *Cartas*. A veces traza tambien curiosas descripciones con rasgos sumamente concisos, pero muy oportunos. ¿Quién no se sonrie al ver la descripcion de la casa ruinosa donde se metió en Medina, en la cual oian Misa por las rendijas de la puerta; los apuros en la primera casa de Toledo; el susto de su compañera durante la noche de ánimas en Salamanca; los rezos en latin de las devotas de Villanueva de la Jara; la economía de los frailes de Duruelo que no tenian donde dormir, pero llevaban cuatro relojes; y en fin hasta la semblanza poco halagüeña del *estricto* Provisor de Burgos?»

Así para calificar de un modo gráfico la santidad de Teresa de Jesús, si nos creyésemos con derecho para poner epítetos á cosas tan altas, llamaríamosla santidad risueña, y no creeríamos anduviese desacertada la calificacion. Aquello del Apóstol: *Ubi spiritus Domini ibi libertas*, en nadie se ve tan palpable y tan de relieve como en nuestra mística Doctora, así en sus edificantísimos hechos como en sus incomparables escritos.

Mujer fué, pero valió por muchos hombres en aquel siglo de nuestra grandeza en que los hombres lo eran de veras. En sí reunió como en raro ejemplar las condiciones más características del pueblo católico español de su tiempo. A tres siglos de distancia ni la empequeñecen sucesos posteriores, ni la oscurece la lejanía, ni permite confundirse sus líneas vigorosas con las de ningun otro de sus contemporáneos. Destacarse como Santa en el siglo de san Ignacio, de san Francisco Javier, de san Pedro de Alcántara y de san Juan de la Cruz, gran santidad debe de ser. Sobresalir como escritora en la época de Fr. Luis de Leon, del venerable Granada, de Cervantes y de Lope de Vega, grandes letras serán. Merecer renombre de ardida y emprendedora en el siglo en que Hernan Cortés quemaba en Méjico sus naves, y los soldados españoles ganaban las batallas de San Quintin y de Lepanto, algun heroísmo descubre.

Hoy... ni ganamos batallas, ni escribimos libros que pasen las fronteras; en cambio tampoco tenemos Santos. Con el nivel de la fe ha descendido en nuestra desventurada nacion el nivel de todas las cosas grandes y elevadas. Hay todavía en ella, es verdad, una gran masa fiel, compacta, refractaria é impermeable al moderno error; ejército que ha plantado su bandera en el siglo de santa Teresa y que en él tiene su ideal. Pero esta masa, últimos restos de la antigua nacionalidad española, vive desdeñosamente mirada y cordialmente aborrecida y frecuentemente ultrajada y eternamente combatida, hasta ¡dolor causa decirlo! por muchos que blasonan de católicos y que encuentran ¡oh vergüenza! que es un mal serlo demasiado ó serlo con demasiada rigidez é intolerancia, ó serlo sin ninguna concesion ni condescendencia con los malvados enemigos de la fe cristiana.

¡Oh! ¡Si como celebramos hoy la fiesta tres veces secular de la gloriosa Hija de Avila, fuera posible hacerla revivir en nuestra vida social, hacerla discurrir por nuestras calles y plazas, frecuentar nuestras casas, visitar nuestros templos, leer nuestros periódicos (!), dar su voto tan competente y tan autorizado en nuestros conflictos y divisiones! ¡Ella que no vió anticatólicos en su patria, porque no era conocida en ella entonces la gangrena que la corroe hoy, lamentábase de lo que oia decir de Francia é Inglaterra, donde calvinistas y anglicanos derribaban templos, profanaban sagrarios, hacian cesar el divino Sacrificio, arrojaban de sus casas á las esposas del Señor! Veríase obligada á preguntar hoy con espanto en el corazon y con lágrimas en los ojos: «Pues que, ¿han pasado los calvinistas de Francia nuestros Pirineos? ¿Han desembarcado en nuestras playas los anglicanos de Enrique VIII y de la feroz Isabel? ¿Quién ha demolido esos templos? ¿Quién ha dispersado esos religiosos y religiosas? ¿Quién ha tenido convertido en impúdico teatro (histórico) la casa donde nací y que la piedad de mis amigos habia convertido en capilla? ¿Quién ha hecho de ese jardin del Señor cuadro general de devastacion y ruina? ¿Quién ha pervertido esa literatura antes tan ortodoxa? ¿Quién de ese pueblo, hijo predilecto de la fe, ha hecho enfurecida jauría de blasfemos demagogos y socialistas? ¿Quién á las antiguas fundaciones y piadosas mandas en favor de los pobres ha sustituido inicuos despojos legalizados con el nombre de desamortizacion?»

Y si al preguntar esto la Santa se le debiese responder sin disimulos la verdad, y decirle que no calvinistas franceses, ni ingleses cismáticos, ni sarracenos ó moriscos, sino espales bautizados, españoles de España ¡gran Dios! aunque parezcan los miserables no tener nada comun con ella, han causado estos desastres y prosiguen hoy en la infernal tarea de completarlos, y sólo anhelan borrar el nombre de Dios y de su Cristo de esta tierra de Santos para hacerla patrimonio del falso dios de la francmasonería, que es Satanás; si esto se dijese á la gran Doctora, como deberia decírsele para no mentir, ¿no es de presumir que sentiria Teresa de Jesús impulsos de maldecir esta tierra que fué de su amor, ó por lo menos de mirarla como *non populus meus*, como raza degradada, indigna de ostentar los nobilísimos blasones de su nacionalidad?

¡Oh Santa gloriosa! ¡Oh Española insigne! Esta es la España que ya no es vuestra España, porque ya no es la España de vuestra fe. ¡Es la España de vuestros enemigos... y de los nuestros! Mirad cómo la han puesto á la infeliz mentidos apóstoles de regeneracion social, pérfidos, villanos, bastardos, indignos del hermoso nombre de españoles. No, porque no lo son legítimos los que tienen declarada guerra mortal á lo que siempre España amó, á lo que heredó con lo más castizo de sus glorias, á lo que sostuvo diez y ocho siglos á costa de lo más puro de su sangre. No, no es ésta la España; es la irrupcion extranjera que ha usurpado el nombre de tal. No, no es España la que, oh Santa esclarecida, tan mal os habria de parecer. No son ellos la España verdadera: la verdadera España somos nosotros, y entre ellos y nosotros hay un abismo que jamás, jamás se llenará. Nosotros somos la España de la fe, la España de la sana tradicion, la España que os canta, que os reza, que devotamente os implora, que busca en vuestros libros la inspiracion de su conducta, y en vuestros ejemplos la línea más segura de ella para no extraviarse ni prevaricar. Nosotros somos la España antigua, la España teresiana, la España del Papa, la España de Dios, la España que con la ardiente y tenaz protesta en los labios y el profundo gemido en el pecho, espera, espera, sí, sin vacilar en su esperanza, como esperó durante ocho siglos de cautiverio sarraceno, la hora de su nueva redencion. Y cree en ella como cree en su Dios, y á pié firme y sin descanso trabaja para apresurar su momento feliz. Y en su indómita heredada y proverbial fiereza rechaza toda tregua, rehusa todo pacto, abomina toda avenencia con aquellos á quienes es su único deber y su único anhelo combatir y vencer.

LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.

Muy grande es en la Iglesia de Dios, y como tal la ha considerado en todos los tiempos el pueblo cristiano.

No le basta al Catolicismo llamar cada dia la atencion de sus hijos sobre uno ó algunos de los valerosos atletas suyos que alcanzaron felizmente el término de su peregrinacion y ostentan ya en el cielo la palma vencedora. Quiere á lo menos una vez al año ofrecer á nuestra consideracion todo el conjunto de ellos, á fin de que sean mayores á la vista de su glorioso triunfo nuestro anhelo por lo celestial, y nuestro desprecio por lo miserable de acá abajo.

Y ¡qué conjunto, gran Dios! ¡Qué bellísimo cuadro! ¡Qué arrobador espectáculo! Vedlos allá colocados en tronos de luz, radiantes de felicidad, gozosos con gozo sin igual y perdurable. ¿Quiénes son? ¿Los sabios orgullosos que admiró el mundo? ¿Los opulentos que encerraron en sus cajas inmensos caudales? ¿Los potentados que vieron cumplidos todos los sueños de su ambicion? ¿Las princesas de sin par hermosura que subyugaron los corazones con sus encantos? ¡Ah! Que este es el catálogo de los felices del mundo que no han de ser los felices del cielo.

El de éstos lo recuerda la Iglesia en el Evangelio de la Misa de esta gran festividad, y se lo echa en rostro á los miserables adoradores de la opulencia, del placer, del medro personal, de la insensata y necia y engañadora fortuna! Es Cristo en persona quien va señalando con divina autoridad las categorías de sus escogidos.

«Felices los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

«Felices los mansos, porque poseerán la tierra.

«Felices los que lloran, porque serán consolados.

«Felices los que tienen hambre y sed de ser justos, porque serán saciados.

«Felices los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia.

«Felices los limpios de corazon, porque verán á Dios.

«Felices los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios.

«Felices los que padecen persecucion por ser buenos, porque de ellos es el reino celestial.

«Felices seréis cuando por mi causa os maldijeren los hombres, y os persiguieren y dijeren mentirosamente toda suerte de mal contra vosotros. Alegraos y regocijaos, porque muy grande es la recompensa que por ello os aguarda en el cielo.»

¡Magnífico programa de salvacion eterna y de medios para conseguirla, y sobre todo su recapitulacion final, la más expresiva y consoladora!

¿Quereis ahora saber lo que es el cielo? ¿Adivinais ya lo que es la fiesta de *Todos los Santos* que con tanta emocion celebran los verdaderos hijos de la Iglesia? Pues es la realizacion de aquel sublime programa del Salvador, es la glorificacion de los pobres, de los pequeñuelos, de los llorosos, de los perseguidos, de los llanos y sencillos de corazon, de cuantos el mundo ciego ó malvado escupe y apostrofa y pisotea.

El paganismo adulador decretaba sus falsas apoteosis sólo en obsequio de sus grandes emperadores. La turba inmensa de los desheredados de la tierra era, para aquella religion de orgullo, desheredada tambien de los honores y dicha del cielo. El Cristianismo nos abre hoy de par en par las puertas de la mansion dichosa y nos muestra allí muchedumbre innumerable, *turbam magnam quam dinumerare nemo poterat*, de toda condicion, de todo pueblo y de todo color.

¿Y no tienen tambien asiento allí los poderosos? Sí, á condicion de que se hayan hecho humildes como los pequeñuelos. ¿Y los ricos? Sí, á condicion de que no haya avasallado su corazon la riqueza. ¿Y los sabios? Sí, á condicion de que hayan doblegado sus frentes bajo el yugo de la fe y de la virtud como los más ignorantes.

¿Visteis, amigos mios, espectáculo que más levantase el corazon y más ensanchase el pecho y más arrobase el alma y más sublimase la miseria de nuestro sér, el lodo vil de nuestra pecadora naturaleza?

Ríome del que pretende humillarme con el fausto de su oropel, ó doblegarme con la amenaza de su poderío, ó aherrojarme con los grillos de su tiránica dominacion. Cuando miro al cielo no veo, de Dios abajo, quien pueda conmigo, porque soy libre como hijo de Dios, y heredero en plazo no lejano de la herencia de Dios.

No me aterra la enfermedad, aunque enflaquezca mi cuerpo, y roa mis carnes, y crispe con crueles dolores mis nervios. Es bueno que se desmoronen y caigan al fin los muros de la cárcel para que recobre su feliz libertad el alma hasta aquel dia miserable prisionera.

Miro de hito en hito y sin pestañear de horror el sepulcro y sus podredumbres y lobregueces, porque más allá de esta noche aparente veo amanecer clarísima aurora de dia sin fin, que nunca jamás ha de anochecer.

¡Oh bondad inefable de nuestro buen Dios, que tan cortos habeis hecho los sufrimientos de acá en comparacion de la gloria imperecedera que por ellos nos está reservada! ¡Hacedle sentir muy viva, cada dia más viva, á nuestro pobre corazon la ruindad de su presente destierro, para que más anhelante é impetuoso se lance á la consecucion de su verdadero definitivo reposo!

Como es cierta la existencia de ese sol que pasea sobre nuestras cabezas, y de esa tierra que sostiene nuestros piés, y de ese aire vital que mantiene nuestra respiracion, así es cierta y real é indudable la existencia de otra vida superior despues de la presente vida, de la cual la actual no es más que un prólogo; vida á la que se nace al morir á la de acá; vida á la cual ya nunca más se muere.

Esta vida está prometida á quien la merezca, ó por el camino de la inocencia, rara vez ¡ay! seguido, ó por el camino del arrepentimiento y de la enmienda á que todos somos invitados.

Y como está prometida por Dios, es segura é indefectible como la palabra de Dios.

Esta vida, lectores mios, es la del cielo.

¡Nunca ciertamente hubo tanta necesidad de pensar en el cielo como hoy en que tan triste se va haciendo el vivir sobre la tierra!

La Iglesia, Madre nuestra, encargada de sostener en el corazon de sus hijos estas inmortales esperanzas, nos las recuerda en esta fiesta, mostrandonos allá arriba la gloria de *Todos los Santos,* como á cansados y abatidos navegantes se goza en señalarles el piloto la costa lejana donde han de descansar de un tormentoso viaje.

Sí, tambien nosotros, llevados acá y allá por el furor de las olas encrespadas, la vemos allá lejos esta playa querida donde esperamos reposar! ¡Que se destruya ese cuerpo de pecado, barco endeble en que hacemos nuestra navegacion, con tal que goce el alma de su amada libertad! ¿Qué le importa al viajero que quede ó no hecha astillas su nave entre los escollos de la costa, si él feliz y libre de riesgos llega á pisar la tierra de la patria?

Poblada nos la muestra hoy la Iglesia esta playa feliz de viajeros que antes que nosotros consumaron dichosamente su navegacion. Nos dice que son innumerable muchedumbre, *turbam magnam,* de toda tribu, de toda lengua, de todo pueblo, de toda nacion. Desde Adan, que regó el primero con sus sudores y lágrimas esta tierra en expiacion de su pecado, hasta el último niño inocente ó el último pecador arrepentido que la muerte ha arrancado hoy de entre nosotros, ¡cuán grande ha sido en todos los siglos esta cosecha de Dios!

Vedlos de pié junto al trono del Señor ofreciéndole en ardiente homenaje las coronas que son su recompensa. Allí han desaparecido las distinciones con que el mundo nos trae acá divididos. La púrpura del rey no es más gloriosa que el harapiento zamarro del mendigo; las angelicales heroínas de la castidad religiosa brillan al lado de las santas matronas que honraron con sus virtudes el lazo del matrimonio; Magdalena y Agustin, lumbreras del cielo despues de haber sido escándalo del siglo; Fernando de Castilla é Isabel de Portugal, austeros anacoretas entre los esplendores del trono; Zenon, Sebastian y Mauricio santificados en la vida del campamento; los doctores con sus tesoros de saber; los artesanos con la humilde oscuridad de su condicion; los niños con la flor de su inocencia, todos á una cantan las alabanzas de Dios y con amistoso llamamiento nos invitan á participar de su inefable bienaventuranza.

Y entre estos millares que la Iglesia conoce, y cuyo nombre ha encomendado á nuestra veneracion, ¡cuántos que sólo Dios sabe! ¡cuántos que quizá conocimos y tratámos en esta vida mortal! ¡cuántos que con nosotros estuvieron unidos con vínculos de sangre ó de amistad! Porque no todas las almas justas que con Dios reinan han recibido individualmente el alto honor de los altares. Todos empero lo reciben colectivamente en esta fiesta, y á todos dedica la Iglesia la solemnidad de *Todos los Santos*.

¡Consolador pensamiento! ¡Esta fiesta que celebro hoy será quizá dentro pocos años mi propia fiesta, como es tal vez actualmente la de mis padres ó hermanos! Estos himnos y salmos se cantarán en alabanza mia; por mí resonarán festivas estas campanas; por mí se acudirá al templo del Señor en traje de fiesta; en honra de mí se celebrará á Dios en el altar el santo Sacrificio.

Para mí es ese cielo que Dios ha criado tan bello y esplendoroso; para mí esos tronos de luz rodeados de Ángeles; á mí me aguarda esa muchedumbre celestial como se aguarda á un triste emigrado que vuelve otra vez al seno de la familia. Segura ya de su propia felicidad, muéstrase no obstante solícita por la mia, y verá en cierto modo crecer su gloria cada vez que se presente á participar de ella uno de sus hermanos.

Brevísimo el tiempo de la tribulacion, eterno el de la recompensa; corto el jornal, abundante la paga del jornalero; rápido como un sueño el viaje, deliciosísimo y sin fin el descanso.

¿Quién no se avendrá á servir á Dios con estas condiciones? ¿Quién no se reirá de este mundo insensato que se paga de fruslerías y vanidades que le son á cada momento arrebatadas? ¿Quién habrá que renuncie á la pingüe herencia del Padre celestial por juguetes de niño con que aquí el mundo le entretenga?

Miremos al cielo, amigos mios, y darémos á la tierra la importencia que merece.

¡Cuán rudo es el combate! ¡Cuán numerosos los enemigos! ¡Cuán poderosas las armas de la iniquidad! ¡Cuán hinchada y capciosa su ciencia! ¡Cuán venenosa y desapiadada su sátira! ¡Cuán abrumadora su persecucion!

Cierto, sí, es verdad; motivo hay al parecer para que ande desalentado y desfallecido el ánimo más varonil. Pero ¡hay cielo! ¡hay cielo! alzad arriba los ojos, y si veis en aquella region de descanso una alma sola que no lo haya conquistado á fuerza de iguales ó mayores combates, quejaos entonces de la Providencia, desesperad.

Pues qué, ¿para quién es el descanso sino para los cansados? ¿Para quién es el lauro del combate sino para los combatidos?

Sigamos la huella luminosa que en las sendas de la vida han dejado estos héroes del Señor que nos precedieron. Sigámosla con pié firme esta huella luminosa, aunque tal vez la encontremos tinta de sangre. El que primero nos anduvo desbrozando el camino, el divino Jesús, empezó por regarlo con la suya preciosísima.

Los Santos (y en esta denominacion se comprenden aquí todos los que se salvan), son la hermosa miés del Padre de familias, son la verdadera cosecha de Dios. Cuando dice el

Evangelio que es corto el número de los que se salvan, y cuando para justificar ante los impíos esta sentencia damos nosotros una ojeada sobre el campo de nuestros combates, y ponderamos lo muy pocos que son en él los soldados verdaderos de la causa de Dios, se pretende expresar con todo esto escasez, no absoluta, sino relativa, es decir simple desproporcion de los buenos con respecto al número evidentemente mayor de los que siguen la infernal bandera. Así considerado el problema, que es como en realidad debe considerarse, resultan no solamente menos desconsoladores los opuestos términos de él, sino hasta profundamente ventajosos á la gloria de Dios y á la seguridad de nuestras inmortales esperanzas.

Porque, que es incalculable el número de los que, por no doblar su cerviz al yugo de Cristo, se pierden miserablemente, y despues de haber guerreado contra Dios en esta vida se condenan ellos mismos á dura separacion de Él por toda la eternidad, es verdad harto dolorosa de la cual se convencerá cualquiera con sólo echarse á observar ligeramente lo que pasa á su rededor. No ya sólo en nuestros tiempos más que otros corrompidos, sino desde la cuna del mundo, siguieron los más el ancho camino de sus antojos y concupiscencias, y fueron los menos los que dócilmente se ajustaron á la divina ley. Siempre fué recia cosa cautivar la razon, domar el apetito, practicar la abnegacion, renunciar á seductores halagos. Siempre fueron precisos para eso un sacrificio más ó menos violento del corazon; una presion más ó menos enérgica de la parte superior del hombre sobre la inferior; un enfrenamiento total del hombre bestia en lo que más apetece y anhela su grosera animalidad. Dejarse llevar corriente abajo fué fácil siempre y ningun esfuerzo costó; resistir á esa corriente y navegar contra ella, rio arriba de las mundanas pasiones, ahí está la hazaña heróica, ahí el lauro de los esforzados. Ahora bien. Aquella es la cosecha del diablo, ésta es la cosecha de Dios.

Todos los Santos equivale á decir todos los justos, todos los buenos, todos los que en este abigarrado campo del mundo y entre la cizaña de él forman el trigo escogido para guardarse en los graneros del cielo. No solamente los que venera la Iglesia en los altares, no solamente los que continúa el calendario en su santoral, no solamente los que narra la tradicion y refieren los libros con nombre conocido; sino todos los que en sus apretadas filas ha contado en todos los siglos la grey hermosísima de Dios; todos los que en gracia suya han muerto desde Adan hasta el que acaba de morir hace un minuto. A todos abraza esta solemnidad, solemnidad que para que sea completa no se limita al reino de los que ya actualmente gozan, sino que se extiende en seguida hasta la misma cárcel de los que sufren retardo y expiacion; solemnidad de la cual sólo están excluidos los que, ó no han obtenido todavía sentencia por hallarse aún en plazo de prueba, ó la han obtenido ya desdichada por haber muerto en pecado mortal.

El grito principal y más repetido de la Iglesia en el rezo de este dia, rezo magnífico como un poema, es de alborozo y admiracion á vista del número sin número de hijos suyos dichosos á quienes dedica esta grandiosa solemnidad. «He visto, dice, á una muchedumbre grandísima de gentes que nadie podia reducir á número, de todas las tribus, lenguas y pueblos, que estaban gozando ante el trono de Nuestro Señor en presencia del Cordero, cubiertos de blancas vestiduras y con palmas de triunfo en sus manos.» Reparadlo, lectores mios. Muchedumbre la llama, y no pareciéndole bastante esta palabra, la apellida grande; y no satisfecha aún con la ponderacion, añade lo de innumerable; y queriendo dar una idea de mayor magnificencia, expresa que pertenece á toda tribu, lengua, y nacion; y para más enardecer nuestros deseos nos retrata al vivo el espléndido aspecto de sus cándidas estolas y de sus insignias de combate y de victoria. Y dice que su cántico inmortal es: «Bendicion, gloria, sabiduría y accion de gracias, honor y poder y fortaleza á nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amen.»

De esta suerte entreabre nuestra Madre las puertas del cielo, para que desde la lobreguez de este valle veamos sus hijos el tesoro de bienes que allá nos aguarda y la feliz y hermosísima compañía á la que muy en breve, ¡ah, sí, muy en breve! nos vamos á reunir. Es este además un vistoso alarde de las conquistas de Cristo y de las ricas preseas que con su sangre ha granjeado para su reino inmortal.

Cuando en breve ¡ah, sí, vuelvo á repetir, muy en breve! tengamos la dicha de ser admitidos en el dichoso hogar de aquella dichosísima familia, asombrarnos hemos de los mil y mil ignorados tesoros que allegó en aquel su celestial archivo la gracia poderosa de nuestro Dios. Mucho se le ha maldecido y blasfemado, es verdad; mucho se ha pisoteado su ley, mucho se ha combatido su fe, mucho se ha dado rienda suelta á pasiones que Él quiso estuviesen firmemente amordazadas. Pero ¡ cuánto se ha gemido y se ha orado y se ha sufrido tambien por la gloria de su nombre! ¡ Cuánto se le ha amado y bendecido y alabado á Nuestro Señor! ¡Cuánto se le ha fielmente y valerosamente servido! ¡ Cuántos visibles ó invisibles combates se han sostenido por su doctrina y preceptos! ¡ Cuántas escondidas lágrimas, cuántos sudores apostólicos, cuánta sangre á rios se ha derramado por acreditarle amor! ¡ y con qué afan, con cuánto ardimiento, con qué invicta generosidad, con cuán inefable alegría! Erial espantoso ó campo solamente de abrojos parece á primera vista el mundo; pero la gracia de Dios tiene en todo él sus corrientes subterráneas, y las flores más preciadas aparecen á cada paso frescas y sonrientes y lozanas con la influencia de aquel invisible riego. Hoy mismo ¿creeis que no tiene amigos nuestro Dios y que no le da abundante cosecha este su campo, con todo y hallarse tan devastado? ¿Habeis olvidado que es condicion ordinaria de la virtud plegarse y esconderse tímidamente, al paso que lo es del vicio y del error exhibirse altanero y vanaglorioso? ¿Pensais tal vez que á par de este ejército de Satanás, que aulla furioso con clamores de odio é infernal coraje, no hay el pueblo manso de los hijos de Dios, que sin apartar los ojos del cielo cree firmemente y silenciosamente gime y ora, ó tambien denodadamente combate y afronta toda suerte de enemigos y siempre confiadamente espera?

Tal es el ejército de los amigos de Cristo, tal es la cosecha riquísima de los hijos de Dios, á cuya contemplacion nos llama la Iglesia en esta festividad. Es nuestra fiesta, más que otra alguna. Allá reinarémos muy en breve, ¡ah, sí, dejádmelo tercera vez repetir, muy en breve! y cuando allá reinemos, sin nombre en el calendario, sin imágen en el altar, sin historia que lean los hombres, gozarémos dicha sin fin, á par de los que tienen nombre, historia é imágen conocida, formando aquella gran muchedumbre que nadie puede contar, de toda tribu, de toda lengua y de toda nacion ante el trono de Dios, con palmas inmarcesibles en las manos, y en los labios cántico inmortal.

¡Oh cielo! ¡Oh patria! ¡Oh gloriosa Corte de los Santos! ¡Oh punto de reunion y cita definitiva de todos los amigos de Dios! ¡Oh norte y puerto de nuestras únicas esperanzas!

¡Cuán deliciosamente contemplan nuestros ojos la magnificencia del cielo estrellado en la quietud y soledad de una noche serena! ¡Cuán misterioso lenguaje hablan al corazon aquellos millones de astros resplandecientes que tachonan el inconmensurable firmamento! ¡Qué pensamientos de paz, qué dulce calma, qué apacible bienestar, qué suave arrobamiento producen la fijeza é inmovibilidad de unos, los concertados movimientos de otros, el vivísimo centelleo de éstos, la tímida fosforescencia de los de más allá; ora se los contemple en grupos, formando misteriosas figuras ó constelaciones; ora en esplendente via láctea, vaga é indefinida como tenue vapor ó polvo de luz; ora destacando como fulgorosas antorchas, bajo el negro pabellon que cobija á toda la naturaleza!

Asi brillan los Santos en esotro firmamento espiritual que se llama la Iglesia católica. Véselos en la oscuridad de los siglos como puntos luminosos é inextinguibles, esparcidos aquí y allí por la mano de la Providencia, como para iluminar su negrura. Se les distingue de lejos, en medio de la inmensidad de la historia, por los vivos fulgores que derraman en respectivas épocas de ella. Al modo que ciertos puntos del mapa astronómico son designados por la ciencia con el nombre del planeta ó constelacion que en ellos domina, asi ciertos siglos se distinguen en la historia por la fisonomia especial que les presta el Santo ó grupo de Santos que en él proyectó su benéfica lumbre. Porque tambien los Santos aparecen á veces en hermoso grupo como constelaciones, ó giran algunos de ellos como satélites en torno de otro más visible que constituye su centro particular. Tienen muchísimos nombre popular y conocido; innumerables empero á quienes sólo conoce Dios, forman tambien la rica techumbre de ese mundo espiritual, como esos astros perdidos en la inmensidad del espacio, fuera del alcance de nuestras débiles miradas y que sólo imperfectamente alcanza á vislumbrar el telescopio. Y en medio de todos, como luna bellísima de ese glorioso firmamento, derrama á torrentes su plateada luz (sólo inferior, despues de la de la Trinidad, á la de la Humanidad de Cristo, Sol de ese magnífico sistema), María, la Reina de todos los Santos, majestuosa, tranquila y radiante á la vez, como la reina de la noche en medio de su cortejo de estrellas, tipo simpático de toda suavidad, serenidad y reposada magnificencia.

¡Oh! ¡Cómo es dulce y consolador alzar los ojos de la confusion y bajeza de lo que acá nos rodea á los anchurosos horizontes de ese firmamento espiritual que tales grandezas nos descubre! ¡Cómo se serena el corazon abatido, y se refrigera la frente cansada, y se alienta el desmayado espíritu, discurriendo en suavísimo arrobamiento por la hermosa variedad que ese estrellado cielo nos ofrece! Como se distingue un astro de otro por su claridad especial, con ser todos clarísimos y de belleza suma, así se distingue un Santo de otro por su especial fisonomía, con ser en todos luminosísima y de singular atractivo. Fulguran con deslumbradora irradiacion los apóstoles, apologistas y doctores que derramaron sobre el mundo la luz de la fe; arden con rojos cambiantes de fuego los mártires que dieron su sangre entre tormentos por defenderla; lucen con suave claridad, velada como por misteriosa penumbra, los modestos confesores, las santas vírgenes, esposas y viudas, cuyo heroísmo escondido se cifró en la sencillez y humildad de una vida toda consagrada á practicarla. Y todos, desde la region superior á que les han elevado sus merecimientos, nos marcan con su luz nuestro derrotero, esclarecen con ella las densas tinieblas del mundo que es noche perpetua, y ejercen sobre nosotros con el ascendiente de su intercesion ante el trono del Eterno misteriosas influencias.

¿Quién es el que esto mira
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra
El alma y destos bienes la destierra?

. . . .

¡Ay! levantad los ojos
A aquesta celestial y eterna esfera;
Burlaréis los antojos
De aquesta lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¡Así suspiraba el arpa doliente y enamorada del tierno Fr. Luis de Leon, contemplando al través de la *noche serena* material el día clarísimo de la eternidad dichosa, cuya nostalgia hacia languidecer su ardiente corazon! ¡Así debiera gemir el nuestro cada vez que en la solemnidad dulcísima que en el dia de hoy celebramos nos hace levantar nuestra Madre inmortal la vista al cielo para que contemplemos la gloria de *Todos los Santos*. Noche es, ciertamente, la vida que acá vivimos, que otro nombre no merece por la oscuridad é incertidumbre de sus caminos y por el riesgo de las asechanzas que en medio de ella nos amenazan; noche es, ¡pero mirad! es noche estrellada; es noche coronada de radiantes luceros que sobre nuestras cabezas centellean, y nos muestran allá arriba en lontananza anticipados fulgores del que ha de ser en breve para nosotros dia lleno, término de la actual inseguridad y zozobra. Caminemos, pues, clavados en ese cielo estrellado los ojos, único verdadero secreto para que no tropiecen en los precipicios del camino los piés cansados y doloridos de la fatigosa jornada.

¡Santos del cielo! ¡Hermanos nuestros, amigos nuestros, astros que resplandeceis sin eclipses ni menguantes ante el trono de Dios, con el cual gozais dicha sin fin, gloria á la vez de la Iglesia militante, de la cual sois el más preciado ornamento! ¡Como nosotros pisásteis un día ese erial de abrojos, y ahora, vencedores al fin, no sois sin embargo indiferentes á nuestros combates! Rogad por los que acá gemimos, mientras anhelantes aguardamos el dia de brillar con vosotros por perpetuas eternidades.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

LASTIMERO clamor de campanas rasga los aires y obliga á que palpiten con igual sentimiento todos los corazones. El altar se cubre de negros paños, como una viuda de su ropaje de luto; lúgubres flameros alumbran la pavorosa oscuridad del santuario; pueblo silencioso y recogido llena las naves de él, pintada en los rostros profunda conmocion y tristeza. No son, no, cánticos de alegre fiesta los que resuenan hoy bajo las místicas arcadas de la casa del Señor: el severo *Requiem*, el tremendo *Dies iræ*, el *De profundis* austero como voz salida de las tumbas, el *Requiescant in pace*, tierna y llorosa despedida de la Religion á los que se van para no volver, héos ahí los himnos con que se da expansion al alma en esta misteriosa festividad.

Que es la festividad de los muertos, y no cumple de otra manera celebrarla que con duelo en el alma, llanto en los ojos, y en los labios fervorosa y humilde oracion.

Su propio lugar es el *Cementerio*, palabra griega que significa dormitorio ó sitio de los que duermen, porque la fe cristiana manda creer, y lo cree todo verdadero fiel, que del sueño de la muerte un dia se ha de despertar. Cementerio que se llama tambien campo santo, porque aquella tierra suya la ha consagrado la Iglesia con su bendicion á fin de que fuese digno lugar de reposo para los restos de sus hijos tambien bendecidos. Que no habia de permitir nuestra Madre que los mortales despojos de los que un dia santificó con su Bautismo, fortaleció con su Confirmacion é hizo sagrarios vivos y vivas custodias del Cuerpo de Cristo por medio de la santa Comunion, fuesen depositados en profano é inmundo sitio, como cadáveres de perros que se arrojan á pudrir en el muladar.

La Revolucion, que quiere los Cementerios sin cruz y sin bendicion, es muy dueña de pedir eso para los suyos, que si como perros viven y como perros quieren morir, justo es que como perros sean destinados á vil é infame sepultura. Nosotros los hijos de la fe, que por Cristo hemos sido regenerados, y segun Cristo deseamos vivir, y en el ósculo de Cristo queremos lanzar el postrer suspiro, nosotros en Cristo y segun Cristo y al abrigo amoroso de la cruz de Cristo queremos ser sepultados. ¿No es verdad, noble y religioso y siempre católico pueblo español?

El Cementerio es, como el templo, lugar de oracion, y anejo al templo lo considera la ley eclesiástica, aunque accidentalmente se halle distante de él. Es recinto sagrado, y es sacrílega profanacion cuanto en él se haga opuesto á este su elevado carácter. No deben llevarte, pues, al recinto de los muertos otras ideas que la de reflexionar lo que muy en breve serás, y la de rogar para los que como tú han sido y no han hecho más que precederte algunos pasos. ¡Infatuado mortal! Hé aquí el término de tus locuras y vanidades. Pero el término no: he dicho mal, el término no se halla aquí; no se termina aquí tu existencia definitiva: el desenlace definitivo de ella se encuentra en la eternidad, en la eternidad ¡oh miserable! en la eternidad que no terminará jamás. Por tu dicha, si en gracia mueres; por tu desdicha, si mueres en pecado mortal.

Por los que en gracia murieron, pero con deudas que satisfacer aún al divino Juez, se te pide un sufragio. Sufragios son la oracion, la Misa bien oida, los santos Sacramentos, la limosna dada al pobre por amor de Dios, la mortificacion practicada, la tribulacion resignadamente sufrida, el buen ejemplo, etc. Mucho bien se les puede hacer á las almas del purgatorio con sólo obrar y aplicarles toda clase de bien.

Con estos fines debes ir al Cementerio, con otros no. ¡Feliz quien dócil escuche y con fidelidad practique las elocuentes lecciones que allí se dan!

Para esto tiene nuestro buen pueblo la costumbre de visitar todos los años, el dia de Difuntos, el lugar destinado por la Iglesia para descanso de los restos de sus hijos. El solitario *Campo santo* deja de ser en tal dia lugar de silencio y de soledad; la poblacion de los vivos trasládase en masa á aquella poblacion de los muertos, y por algunas horas el bullicio, la animacion y la concurrencia reinan en aquel silencioso recinto.

Visitemos tambien nosotros como todo el mundo el Cementerio. ¡Al Cementerio! ¡Al Cementerio! En efecto; allá vamos todos. A pié ó en coche, devorando libros ó rompiendo terrones, con hábitos de paz ó con uniforme de guerra, contentos ó mal humorados, es forzoso viajar, y acá abajo no hay otro término de viaje que ese. ¡Al Cementerio!

Entremos. ¿Quién por despreocupado que sea no experimenta en su alma una impresion profundísima al pisar el umbral del fúnebre cercado? He observado que en el citado dia una parte del pueblo ha hecho desgraciadamente objeto de diversion y jolgorio la piadosa visita á los muertos; durante el camino que allá conduce he visto grupos de muchachas retozonas y de jóvenes del trueno dirigirse en son de broma al Campo santo, precisamente como entre bromas y juegos pasan ¡ay! muchísimos el camino de la vida á la eternidad: sin embargo, al poner el pié en la tierra bendita, al salvar la barrera que señala el lugar de la muerte, he visto pararse de súbito las carcajadas, enmudecer los dichos alegres y pintarse en todos los semblantes la huella de los más serios pensamientos. ¡Ah! Es que es muy imponente el pensamiento de la muerte para corazones cristianos, y todavía lo son, á pesar suyo, en tales momentos los hombres más libertinos.

Para corazones cristianos he dicho; porque la muerte pierde toda su majestad y grandeza cuando se la mira simplemente con los ojos de la carne, prescindiendo de las enseñanzas sublimes de la Religion. La muerte para el incrédulo no es más que el fin de la vida, y esto no tiene gran cosa de aterrador atendido lo poco que la vida suele hacernos felices. Pero la muerte para el creyente es el principio de la eternidad, lo cual es indudablemente más serio y de más trascendentales consecuencias.

Así, segun se considera la muerte, suele dar pié á reflexiones muy opuestas. Horacio en varias de sus odas canta la proximidad de la muerte que pisa del mismo modo el alto alcázar de los reyes y la humilde cabaña del mendigo, habla con honda melancolía del dia cercano en que será forzoso dejar la dulce mujer y los amados hijos y la casa heredada, y se lamenta sentidamente de que tan fugaces se deslicen unos tras otros los años de la vida sin que baste á detenerlos la mano del mortal en su desatentada carrera. Y la consecuencia que saca el poeta gentil de estos precedentes es exhortar á sus amigos y exhortarse á sí propio á no desperdiciar los momentos de una vida tan breve, á anegarlos en repetidas copas de Falerno y á adormecerlos en los goces estúpidos de la más refinada voluptuosidad. Está muy lógico el poeta. No mirando en la muerte más que el término de la vida, lo regular es decidirse á sacar de ésta el mejor partido posible para gozar de sus frutos.

Ya algunos siglos antes nuestros Libros sagrados en una página bellísima nos habian pintado á los disipados del mundo alentándose á la satisfaccion de todas sus pasiones con estas palabras: «Corto y lleno de tedio es el tiempo de nuestra vida... hemos nacido de la nada, y pasado lo presente serémos como si nunca hubiésemos sido... caerá en el olvido con el tiempo nuestro nombre... porque el tiempo es una sombra que pasa; ni hay retorno despues de la muerte, porque queda puesto el sello en su puerta, y nadie vuelve atrás. Venid, pues, y gocemos de los bienes presentes: apresurémonos á disfrutar de las criaturas, mientras somos jóvenes. Llenémonos de vinos exquisitos y de olorosos perfumes, y no dejemos pasar la flor de la edad. Coronémonos de rosas antes que se marchiten; no haya prado en que no dejemos huellas de nuestra intemperancia.» Y en otra parte: «Comamos y bebamos.» ¿Y no sabeis por qué? «Porque mañana morirémos.»

Hé aquí lo que es el pensamiento de la muerte sin las enseñanzas de la fe: un incentivo más para las pasiones, un aguijon que nos incita al goce con la misma idea de su brevedad. En una palabra: el pensamiento de la muerte es de este modo un pensamiento en alto grado desmoralizador.

Cuán distinto sea el pensamiento de la muerte considerada, no ya como fin de la vida presente, sino como principio de la eternidad futura, no hemos de entretenernos en ponderarlo. El cráneo del anacoreta es el más sublime tema de meditacion para la reforma de la vida. Los desiertos y los claustros están llenos de los frutos de tales consideraciones, y el fundamento de toda perfeccion cristiana, el que presta heroismo á los mártires, abnegacion á los misioneros, rigores de austeridad á los penitentes, freno á los extravíos de la mocedad más disoluta, es la máxima cristiana: *Memento morí*, acuérdate de la muerte: *Semel mori, et post hoc judicium*, morir una sola vez, y despues ser juzgado.

El Cementerio cristiano expresa admirablemente todas estas ideas. Porque no es precisamente el lugar de la muerte, sino el lugar de la muerte segun la Religion. Las losas que cubren el pavimento, los nichos, cenotafios y mausoleos que pueblan en largas calles aquella soledad recuerdan al hombre lo deleznable de su sér, lo ridículo de sus vanidades, lo fugaz de su existencia. Pero en medio de todo, la santa cruz, aquella cruz severa y majestuosa en su misma sencillez; aquella cruz que elevándose sobre el nivel de los monumentos fúnebres, los domina, los cobija, los cubre con sus santos brazos; aquella cruz en cuyos tres vértices pudieran escribirse estas tres palabras que parecen salir de ella: *cree, ora, espera;* aquella cruz frecuentemente olvidada y quizás ultrajada en vida, y que allí como madre amorosa extiende su sombra sobre los hijos suyos como implorando para ellos perdon y misericordia; aquella cruz es la que da á la muerte su verdadero carácter de sublimidad y grandeza, es el pensamiento de la eternidad cerniéndose sobre las ruinas del tiempo; es una como protesta del alma inmortal contra la doctrina impia que lo da todo por terminado y resuelto en la inmundicia del sepulcro. De éste parece salir un grito doloroso que dice: «Todo acaba aquí.» De aquella parece brotar como consoladora respuesta: «No; sino que aquí es donde todo empieza.» La tumba parece querer arrogarse presuntuosamente el derecho de representar todo el destino del hombre segun aquello del desventurado Espronceda:

Es la historia del hombre y su locura
Una estrecha y hedionda sepultura.

La cruz, al contrario, sale á la defensa de la verdadera dignidad humana, señalando el cielo y mostrándole allí el trono de sus inmortales esperanzas.

La cruz lo es todo en el Cementerio. ¡Malhaya la mano sacrílega que se atreva á arrancarla de la tumba de nuestros padres, que ha de ser un dia la nuestra!

¡Cementerio sin cruz, no fuera *Cementerio,* que esta palabra cristiana significa lugar de sueño dulce, del cual se espera despertar! Cementerio sin cruz, seria simplemente un *pudridero* de cadáveres, puesto por la policía urbana lo más lejos posible de las poblaciones, á fin de que las miasmas de los muertos no envenenasen la respiracion de los vivos. Cementerio sin cruz, no mereceria el respetuoso homenaje con que le honran todos los años los pueblos católicos cuando van allá en devota procesion, ni fuera digno de los cánticos de la Iglesia, ni de las preces del cristiano.

Visitad el Cementerio, pero sea bajo la impresion de estos sublimes pensamientos. La simple curiosidad es allí en cierto modo una profanacion. Pisad la tierra que guarda los restos de los que fueron, pero mirad al mismo tiempo al cielo y á la cruz para recordar que no todo en nosotros es barro, no todo es miserable envoltura, no todo cabe en la estrechez del sepulcro. Nuestra alma inmortal es más grande que todo eso. Y la Religion divina que profesamos, única verdadera, nos enseña que esta alma inmortal, juzgada segun sus méritos y segun la infinita misericordia de Dios, expia tal vez con sufrimientos los extravíos é imperfeccion de su vida pecadora. Y Dios ha dispuesto que el lazo fraternal de caridad que unos á otros nos une en esta vida no se rompiese, ni áun con la muerte. Nuestra oracion en bien de nuestros hermanos es eficaz y poderosa áun más allá de esa barrera terrible detrás de la cual la incredulidad no sabe ver más que la nada.

Y cuando postrados al pié del altar ó delante la tosca cruz de madera del Campo santo, derrameis allí vuestro corazon en presencia de Dios ofreciéndole en sufragio de las almas de los difuntos vuestro ruego, vuestra mortificacion, vuestra limosna, el perdon de una injuria, la paciencia en una enfermedad, la participacion de los santos Sacramentos, entonces sentiréis cuán dulce es y consoladora la doctrina que sobre la muerte nos da el Catolicismo, cuán eficaz y terrible para la enmienda del vicio y para su castigo, cuán elevada y cuán ennoblecedora de nuestra dignidad. Y compadeceréis al desgraciado que, cerrando sus oidos á la voz de la fe, limita sus miradas y sus esperanzas al limitado círculo de lo terreno y material que le rodea, y asfixia sus aspiraciones en la baja atmósfera de lo que se ve y se toca, como el gusano vil que nace en el barro y vive en el barro, y en el barro muere y se consume.

Hé aquí lo que debe ser la visita anual al Cementerio cristiano; hé aquí lo que quiere de nosotros la Iglesia al conducirnos allá en el dia de Difuntos.

¡Rogad por ellos! En el campo de la paz bajo los brazos de la santa cruz que en medio de él se levanta silenciosa, duermen sus cuerpos el sueño reposado de la muerte. Pero sus almas inmortales viven y están unidas con vosotros con el lazo dulcísimo de la oracion que les enviais, y por el no menos dulce del agradecimiento que ellas á su vez os envian!

¡Rogad por ellos! El Catolicismo, que es la Religion del corazon en su más perfecto sentido, os invita á confundir hoy en una sola plegaria el recuerdo de tantos hermanos nuestros que pisaron un dia ese suelo que vosotros pisais, que miraron un dia ese sol que aún hoy os alumbra, que como vosotros vivieron, amaron, sufrieron, lucharon y sucumbieron.

¡Rogad por ellos! Ayer se festejó á *todos* los Santos: no le bastaba á la Iglesia dedicar cada uno de los dias del año á algunos héroes de la fe y de la virtud cristiana. Millares y millares de hijos suyos, cuyos nombres sólo Dios conoce, no habian de pasar desapercibidos para la Religion así como pasaron desapercibidos para el mundo. Para todos ellos fué la fiesta de ayer el homenaje debido á sus merecimientos. Ni uno solo, por desconocido ó por olvidado, quiere la Iglesia que quede sin alabanza pública, así como ni uno solo por desconocido ó por olvidado queda delante de Dios sin recompensa y sin corona. Por esto se llamó la fiesta de ayer la de *Todos los Santos.*

Pues bien. Por la misma razon es hoy el dia de *todos* los difuntos. Cada dia se ruega por el amigo, por la madre ó por los hermanos; cada dia se alza ante el trono de Dios por seres queridos la Hostia inmaculada, precio y satisfaccion de su vida pecadora. La ley de la caridad exige, empero, que sea hoy un dia de oracion por todos, así como ayer fué un dia de alabanza por todos.

Ayer para los que en el seno de Dios reinan. Hoy para los que en poder de su justicia expian.

¡Cuán cariñosa madre es mi madre la Iglesia católica! Madre es de todos, y por esto nos convida hoy á que oremos por todos como hermanos.

¡Rogad por ellos! ¡Rogad por todos! No le fijeis límite al alcance poderoso de vuestra oracion. ¡Rogad por todos, que ese es el dia de todos! Por los que yacen sin epitafio en la profundidad de los mares, por los que cayeron sin nombre en el horror de los campos de batalla, por el salvaje infeliz cuyo cadáver insepulto devoraron las fieras del desierto, por las mil y mil victimas oscuras que arrebata cada dia el brazo airado de la muerte sin que les cierre los ojos una mano amiga, ni rece á sus piés una voz llorosa.

¡Nadie se acuerda de ellos! habeis exclamado tal vez en un momento de irreflexiva compasion. Y felizmente os equivocábais, porque de ellos se acuerda la Iglesia. Y se acuerda, y nos los recuerda.

¡Qué hermoso es el dia de hoy en medio de su lúgubre aspecto! ¡Qué grandiosa es hoy nuestra augusta Religion! Henchidos los templos y postrada en sus enlutadas naves muchedumbre inmensa; un pueblo entero, poseido de una sola idea, movido por una sola inspiracion, la de la fe en la otra vida, la de la esperanza en la divina misericordia, la de la caridad por sus pasados. Las campanas rasgando los aires con el incesante clamoreo, que ora parece remedar el quejumbroso grito de auxilio de los que sufren en la otra vida, ora el fervoroso himno de súplica que por ellos elevamos al cielo los que vivimos en la presente. El ministro de Dios multiplicando al pié del ara santa sus ofrendas y sacrificios, y el murmurio suave del rezo popular no cesando un momento de acompañar en torno de él la oblacion incruenta del Cuerpo y Sangre preciosísimos. ¡Con qué fe reza en este dia el pueblo español! El susurro de la colmena no es tan agradable al labrador, como debe de serlo al Padre celestial el susurro incesante del *Padre nuestro* y el *Ave María* con que se mueven durante el Sacrificio todos los labios!

¡Todavía rezas, pueblo mio querido, pueblo español, todavía rezas! ¡Confia! no eres tú un pueblo desahuciado; tu fe te salvará!

Dos tipos disuenan y forman exótico contraste en este cuadro de fe, tan católico como español. Dos tipos anticatólicos y por fortuna tambien antiespañoles, porque ambos son importacion extranjera.

El primero es el protestante. Raro es todavía, pero existe ya entre nosotros, gracias á nuestros adelantos. El pobre protestante, que niega el dogma consolador de las oraciones por los difuntos, porque niega el otro dogma misericordiosísimo de un lugar de purificacion para sus faltas. El pobre protestante, que dice: «No hay purgatorio,» es decir, no hay misericordia de Dios para el alma que salió de este mundo impura, por más que no la afeen graves iniquidades. El pobre protestante, que sólo admite premios *eternos* y castigos *eternos,* sin reparar ¡infeliz! que la expiacion temporal que enseña el Catolicismo es la única consoladora esperanza para los que, sin ser grandes criminales, no reconocemos, sin embargo, en nuestra vida la integridad y la pureza intachable de los Angeles ó la austeridad y rigores de los grandes penitentes! El pobre protestante, que, á juzgar por su sistema, sólo debiera admitir entre las penas humanas la pena capital, aplicándola con toda severidad hasta al ratero infeliz que robó un pañuelo! ¡Qué horror!

¡Ah! ¡Huid, huid del feroz protestantismo, que helaria vuestro corazon y extenderia sobre vuestros ojos un cielo de bronce sin luz, sin consuelos, sin esperanzas! ¡Huid, huid del protestantismo, que no tiene oraciones para la tumba, ni dia de Difuntos en su calendario!

El otro tipo anticatólico y antiespañol es el del incrédulo. Tambien la incredulidad es mercancía extraña que sólo ha podido entrársenos aquí como de contrabando. Por esto la incredulidad en el dia de Difuntos y en España es, más que lastimosa, ridícula y *cursi.* La incredulidad no sabe orar por los hermanos, en cambio... sabe comprar una corona y unos palmos de cinta en una quincallería de la ciudad, y correr presuroso á profanar el severo lugar de la muerte con sus fúnebres obsequios de aparador!!!

¡Cuán expresiva es, no obstante, en esto la incredulidad! Aquellas secas hojas de siemprevivas son la imágen más fiel de la sequedad de su corazon; el frio recuerdo que con ella se tributa á las personas amadas es tan vano y tan fugaz como aquella guirnalda que ocho dias despues pára asquerosa y negruzca en el carro de la limpieza arrastrada por la escoba del barrendero.

Depositad al pié de las tumbas la oracion católica, flor inmortal que ningun viento marchita; dirigid á Dios desde el solitario Campo santo el *Requiem æternam* de la Iglesia que nuestros hermanos apenados reciben como lenitivo de sus dolores.

Este es el único homenaje digno de Dios, de nuestros hermanos y de nuestras costumbres católicas. Las flores y los cintajos son tan sólo el tributo de la vanidad, de la moda, ó cuando menos de un frívolo y novelesco sentimentalismo.

Bendita seas, ¡oh Cruz! que en medio del Campo santo te levantas humilde y silenciosa, mudo centinela de la ciudad de los que fueron.

Con mucha mayor elocuencia hablas tú que esos cien y cien letreros que en sencillas tumbas ó en lujososos mausoleos vienen tal vez á halagar el orgullo del hombre áun en el sitio que debiera ser de su mayor humillacion y vergüenza.

Todo esto es mentira, ¡oh Cruz! todo esto es mentira. Mienten las alabanzas áun despues de la tumba, miente el oro, miente el mármol, miente el cincel del escultor, miente la profana corona de flores, frívolo obsequio, más que del afecto, de la vanidad.

Tú sola ¡oh Cruz! no mientes ni adulas. Tú sola dices la verdad.

Quiero sentarme junto á tu rústico pedestal que entrecubre la yerba y tapiza el musgo; quiero á tu sombra recoger las elocuentes lecciones que severa y majestuosa, pero á la vez dulce y consoladora, comunicas á todo el que te quiere oir.

Tu tronco firme y enhiesto le veo clavado en tierra, y le rodea la podredumbre y horror de este osario, pero tus brazos se extienden en direccion á todo el mundo, y tu frente mira serena al cielo que extiende sobre tí su inmenso pabellon.

¡Oh Cruz! Eres el emblema de todo el hombre, eres el jeroglífico inmortal que aclara y explica todo el misterio de mi sér. Mi pasado, mi presente, mi porvenir están descifrados en tí.

Estás clavada ¡oh Cruz! en el lodo de la tierra, y te rodean malezas, gusanos y corrupcion. Así me ha criado á mí la providencia de mi Dios. En la tierra vil ha colocado mis piés, y me ha rodeado mientras vivo en ella de espinas y dolores, de miseria y de debilidad. Soy, por lo que mira á mi parte inferior, barro que vive en el barro; pero conozco que soy algo más, porque el barro que piso... este barro... no me acaba de contentar. Dios no me ha criado para cosa que tan poco vale. Este mundo, que es mi suelo, sólo lo ha criado Dios para que durante unos breves momentos lo huellen mis piés. Me insulta quien me diga que no soy sino un gusano más perfecto destinado á revolcarme y ensuciarme en más ancho lodazal. Por vasto que sea el mundo, ¿qué es al fin sino un gran charco de lodo para quien ciego no acierte á divisar algo más allá?

¡Tú me lo dices tambien ¡oh Cruz! con esa tu frente erguida, que mira constantemente al cielo! ¡Tú me lo señalas dia y noche, y me muestras mi verdadero destino final! En vano te azotan lluvias y te sacuden vientos y te envuelven nieblas y rugen en torno de tí deshechas tempestades. Impávida y sin vacilar sigues mirando á lo alto, y no se dobla tu gloriosa frente, ni cambia tu direccion. Así soy yo, pobre y deleznable mortal, pero con un alma hija del cielo, y que mi fe y mis obras, por la divina gracia, han de conducir allá. Clavados mis piés en tierra busco anhelante el cielo, siento hambre y sed de lo infinito, tengo ambicion inmortal, juzgo indigno de mí todo lo que no es Dios, porque me reconozco de la estirpe de Dios. ¡Animo, corazon mio, que pronto ha de llegar tu suspirado ideal! Muéstramelo siempre, ¡oh Cruz bendita! señálame siempre como faro luminoso estos rumbos, dirígeme siempre á ellos como certero timon.

Me aterra la enormidad de mis culpas, y temo hallar cerrado con cerrojos de bronce el cielo á causa de la muchedumbre de mis iniquidades. Imágen de Dios soy, que nací para el cielo; pero pecador me he hecho, y como tal me hice reo de condenacion. Contemplo empero tus brazos de par en par abiertos, y ellos me hablan tambien, ¡oh Cruz! palabras de aliento y de amor. Imágen son de los de mi divino Redentor, que en tí extendió los suyos para abrazar á todos los arrepentidos. Así tu tronco me advierte mi vileza, tu frente me recuerda mi dignidad, tus extendidos brazos me resuelven el enigma de estos dos extremos con esta sublime palabra: perdon. Gusano soy de lodo, pero la misericordia de Dios me devolverá limpias mis alas para hacerme ángel del paraíso. Por tí, ¡oh Cruz! y en tus brazos me logró Cristo la redencion. Por tí y apoyado en ellos subirá mi alma del fondo de su actual miseria á la cumbre de su eterna felicidad.

Eso me dices, ¡oh Cruz! y eso me estás á todas horas predicando, y eso sólo es la verdad. Y miente el mundo y miente el oro y miente el placer y miente el humano orgullo.

¡Sólo no mientes tú!

¡Cuántos hermanos mios descansan aquí!

¡Como nosotros vivieron ellos, y gozaron y sufrieron unos breves momentos en este lugar de tránsito y peregrinacion! ¡Como á ellos nos arrebatará á nosotros la mano inexorable de la muerte, para sumirnos dentro poco ¡dentro muy poco! en los oscuros abismos de la eternidad!

Nada aquí de vana teoría ó de hueca declamacion. Si algo hay seguro y cierto y fuera de toda duda es esto: murieron los que conmigo vivian ayer; moriré mañana yo que me siento hoy dia lleno de vida y de esperanzas y de juventud. ¡Hemos de morir, amigo lector, hemos de morir!

Como se suceden y se renuevan en el campo las cosechas, y caida una bajo la hoz del segador, nace y crece otra á la cual aguarda inmediatamente el mismo destino, así ¡repáralo, amigo mio! así se cambian y se renuevan en tu pueblo ó ciudad las humanas generaciones, bajo la afilada guadaña de la muerte. Otros recorrieron tiempo atrás estas plazas y calles, otros habitaron estas casas, otros llenaron estos templos, otros ejercieron estas artes y oficios, otros cometieron tus mismos pecados. ¿Dónde están? Con sus buenas ó malas obras, con sus vicios ó virtudes, recibieron señal de partir, y desaparecieron de la escena del mundo como si bajo sus piés se hubiese abierto la tierra. Ocupamos hoy nosotros su lugar, vivimos como ellos vivieron, hacemos lo que ellos hicieron, como ellos ¡locos! ¡necios! nos juzgamos tal vez dueños de la salud, de la vida, del porvenir; como ellos quizá tenemos olvidado á Dios, y somos quizá bastante ridículos para desafiar su justicia.

¡Y qué! Mañana se dirá de nosotros lo que decimos de ellos hoy: ¡Murieron! Y de nuestro fausto, de nuestra vanidad, de tu hermosura ¡ oh mujer mundana! de tus millones ¡oh rico sin Dios! de tu ostentoso renombre ¡ oh sabio sin fe! de tus envidias y rencores ¡oh pobre sin resignacion! no quedarán otro rastro ni huella que los que deja en el aire el ave fugaz que cruza por él un momento y desaparece para siempre á nuestros ojos!

Pero eso que morirá y se pudrirá y desaparecerá de la comedia del mundo es tu cuerpo ¡ impío infeliz! es tu cuerpo no más, la vil corteza que te cubre, no tu alma, no tu espíritu inmortal, que ese para siempre ha de vivir! ¡ para siempre feliz si mueres en gracia de Dios! ¡para siempre y horriblemente desventurado si mueres en pecado mortal!

Eso quisieras tú, incrédulo sin juicio, eso quisieras tú: morir del todo un dia, para poder hoy embrutecerte del todo sin temor al Juez que te ha de condenar, sin la negra pesadilla del remordimiento que amarga tu vida escandalosa ó descuidada. Eso quisieras tú, poder morir como mueren el perro y el caballo, para escapar así de las manos del Dios vengador á quien blasfemas y maldices... de puro miedo que le tienes! Eso quisieras tú, pero no lo lograrás. Pésete ó no te pese, eres inmortal, te aguarda la eternidad, y... ya lo sabes... no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.

El fúnebre clamor de las campanas te recuerda hoy estas tremendas verdades. Y te pide para los que murieron un piadoso recuerdo, una devota plegaria; para tí, que como ellos vas caminando á morir, enmienda formal de vida, reconciliacion con Dios. Reza por ellos, oye la Misa, frecuenta la santa Comunion, ofrece al pobre una limosna. Pero no olvides ¡infeliz! tu alma propia, y haz desde hoy por ella lo que mañana tal vez vas á necesitar. Haz paces con tu Dios, amigo mio, haz paces con tu Dios. Te convida su voz por medio de eso mismo que lees quizá indiferente; es su mano bondadosa la que está ahora mismo dando aldabadas á tu corazon; te aguardan sus brazos llenos de misericordia.

¡Al templo! ¡al altar! ¡á los piés del sacerdote! ¡á nueva vida! ¡á nunca más dejar á Dios!

Es esta la ocasion de hablar del Purgatorio.

Nada tan personal para cada uno de nosotros como la cuestion del Purgatorio. ¿Quién es el que puede lisonjearse con la esperanza de no tener que pasar por él?

Son leña del Purgatorio, no sólo el reato temporal de nuestras culpas graves, sino muy principalmente nuestras muy frecuentes y diarias y casi continuas culpas veniales. Es, pues, inmenso el combustible que hacinamos cada dia para el lugar terrible de la expiacion.

¡Y es dogma de fe el Purgatorio, tanto como el infierno, tanto como la gloria del cielo!

¡Y es hecho de experiencia constante é incontestable el número sin número de culpas é infidelidades que nos toca expiar en él!

Severa es la justicia de Dios, y no se pasa por aquella su aduana de la eternidad sin que se le hayan satisfecho sus derechos hasta el último céntimo, *usque ad novissimum quadrantem*. Palabras, pensamientos, afectos, miradas, pasos, distracciones, negligencias, el mal cometido, el bien no practicado, ó practicado con voluntarios defectos, el excesivo regalo del cuerpo, la desordenada ansia por adquirir ó retener, el amor propio tan sutil que por todas las rendijas se cuela, la impaciencia tan comun que casi nadie se escapa de tropezar ahí; todo ese cúmulo de veleidades y frivolidades y miserias, que como menudos polvo y paja ensucian y afean hasta las vidas al parecer más perfectas y ajustadas, ¿dónde han de expiarse y consumirse sino en los fuegos del Purgatorio?

Severa es la justicia de Dios y muy afinado su microscopio para examinar conciencias. ¡Así las examinásemos ahora nosotros, para prevenir aquel riguroso escrutinio de este Juez!

Mas consolémonos y respiremos. Si es severa la justicia de Dios, es ingeniosísima su misericordia. Con una mano nos aplica, como Juez, el castigo; con otra nos alarga, como Padre, recursos y expedientes para librarnos de él.

El dogma de las penas del Purgatorio tiene su compensacion en el otro dogma correlativo á él, cual es el de la eficacia de los sufragios.

Grande es nuestra fragilidad para que no nos falten defectos mil que purgar allí; mas es grande tambien nuestro poder para lograr parcial ó total indulto.

Podemos hacer obras buenas con asombrosa fecundidad, y una obra buena acá es siempre un documento de giro cuyo importe se nos puede descontar de nuestras deudas allá en la otra parte.

Con todo podemos hacernos leña para el Purgatorio; mas con todo podemos tambien proporcionarnos agua para apagar sus llamas.

Se tiene por muchos idea poco exacta de los sufragios. No es solamente sufragio la santa Misa; no lo es solamente la sagrada Comunion; no lo son únicamente los rezos y oraciones; no lo son tan sólo las indulgencias. Lo puede ser toda obra buena á Dios ofrecida con esta intencion; toda obra buena chica ó grande: de pensamiento, de palabra ó de obra, ó áun á veces de simple deseo; toda mortificacion cristianamente sufrida, la enfermedad, el achaque, el genio duro, la injusta contradiccion, las inclemencias del tiempo, el calor que acongoja, el frio que aturde, el mosquito que molesta, el insomnio que desvela, el trabajo que fatiga, el desconsuelo interior que turba, la ausencia ó muerte que aflige. ¡Qué mina de tesoros espirituales es la vida de cualquier buen cristiano que quiera medianamente beneficiarla! Y por lo mismo ¡qué mina de sufragios para nosotros y para nuestros hermanos es la que se descubre aquí!

Para nosotros, digo: porque tambien es este un punto en que no nos solemos fijar. El maravilloso poder que tenemos para aliviar en sus penas á nuestros hermanos difuntos, tenémoslo no menos para prevenirnos alivio á nosotros mismos. Por donde es ciertísimo que, áun mucho antes de entrar nosotros en el Purgatorio, podemos ya ayudarnos á salir de allá.

Las indulgencias, sobre todo, ¡qué caudal tan aprovechable en manos del cristiano previsor!

Dijo no sé quién, y es gran verdad, que no se condena sino el que muy de veras quiere á sí propio condenarse. ¿Seria atrevido decir que, sean cuales fueren nuestras fragilidades, no arderá en el Purgatorio sino el que por su gusto se haya empeñado en querer abrasarse en él?

Suelen algunas personas piadosas dedicar especialmente al sufragio por los fieles difuntos, no el solo dia 2 de Noviembre, ó el solo novenario que en él se acostumbra practicar, sino el mes entero, como se dedica Marzo á san José, Mayo á María santísima, y Junio al sagrado Corazon de Jesús.

Hay manualitos expresamente compuestos para emplearse en tan santo y saludable ejercicio, *sancta et salubris cogitatio,* como le llama la Escritura. Pero nosotros, sin negar que tales libros son para el comun de los fieles de mucha utilidad, preferiríamos que en esto como en todo cada cual procurase sacar algo de su propio fondo, sin pedirlo prestado á otro más que en caso de absoluta necesidad.

Así este ejercicio del mes de las ánimas puédelo cualquiera practicar con sólo avivar eficazmente la intencion de que todo cuanto haga en esas semanas sea con esta intencion ofrecido, y procurando con igual intencion aumentar en cualidad, cantidad y fervor las obras buenas ordinarias del resto del año. Vamos á especificar estas obras.

En primer lugar el santo sacrificio de la Misa, que es el sufragio por excelencia, óigase cada dia durante este mes, ú óigase dos veces cada dia, y ofrézcase con particular devocion por las benditas almas, añadiendo á él rezos adecuados, como el santo Rosario, Salmos penitenciales, Oficio de difuntos, etc.

Los santos sacramentos de la Confesion y Comunion son moneda de oro para el rescate de los cautivos del purgatorio, y duele ciertamente que, teniéndola todos tan á la mano, no la enviemos allá con más prodigalidad. Pídase permiso, pues, para mayor número de Comuniones cada semana, ó para practicarla cada dia, ó súplase lo que buenamente no se pueda con el provechosísimo acto de la Comunion espiritual, que se puede repetir sin escrúpulo cuantas veces se quiera.

La limosna al pobre, al enfermo, al afligido, es un sufragio tan valioso como desdichadamente olvidado de los cristianos de hoy. *Redimir con limosnas los pecados* es frase muy gráfica de los Libros santos, que no sé cómo no traemos continuamente á la memoria. Meter, pues, más á menudo la mano en el bolsillo para alargarla al necesitado, subir alguna vez más la buhardilla ó cuartucho de la familia desvalida, prodigarse un poco más á los tristes y cuitados, hé aqui un sufragio del que sacan provecho tres, el que lo practica, aquel con quien se practica y el alma por la que se practica.

¿Y qué dirémos de los actos de mortificacion propia? Son tambien excelentes sufragios, y con gran aumento de nuestra propia santificacion los podemos utilizar. Los achaques del cuerpo, las inquietudes del alma, las rarezas de nuestros hermanos, las persecuciones de la envidia, las infidelidades de los amigos, todas espinas grandes ó chicas, de las que hemos de traer todos nuestra respectiva corona mientras acá vivimos, todas esas, digo, se pueden ofrecer en alivio de nuestros hermanos difuntos y serles de gran descargo ante la justicia de Dios.

Nada decimos de los rezos, meditacion, visitas al Santísimo Sacramento, etc., porque esto ya es lo usual entre buenos cristianos que se acuerdan del Purgatorio. Sólo quisiéramos llamar la atencion sobre el Rosario en familia, que tan en desuso va cayendo en algunas partes, y que es la fórmula más hermosa de rezo doméstico y al que tantas gracias ha concedido la Iglesia. Y tambien recomendar la visita al Santísimo Sacramento, donde entre otros puntos que pueden íntimamente tratarse con el dulcísimo Esposo de las almas allí escondido, es sin duda uno de los más tiernos y devotos el de la intercesion por las benditas almas.

¿Y qué dirémos de las indulgencias así plenarias como parciales, moneda acuñada, ó mejor, letras ó vales que Dios nos permite *girar* en favor de nuestros hermanos del Purgatorio, con sólo que de ellos hagamos la debida aplicacion? ¿Cuántas de esas indulgencias no puede ganar y girar allá un cristiano medianamente diligente y cuidadoso de aprovecharlas?

Y todo esto ó se puede ofrecer en conjunto al principio del mes en aquel dia tan solemne de *Todos los Santos* por la tarde, dia tan saturado del recuerdo piadoso de los difuntos; ó renovar la intencion cada mañana de Noviembre por medio de un breve ofrecimiento al sagrado Corazon, ó repetirlo (y seria lo mejor) á cada una de las obras si hay fervor para tanto, siendo éste indudablemente el medio mejor y más seguro para darles alma y vida á estos nuestros actos; alma y vida que con sola la intencion habitual ya tienen, pero más lánguida y como adormecida. ¡Dichoso quien pudiera hacer todas sus buenas obras con plena atencion é intencion *actual!* Poco tendria éste que envidiar á los Angeles del cielo.

Hagamos, pues, algo, algo más durante este mes por las benditas almas. Ellas mismas nos lo devolverán.

LA PRESENTACION DE NUESTRA SEÑORA.

De tierna edad, á la de tres años (como enseña una piadosa tradicion), fué presentada María al templo de Jerusalen por sus ancianos padres Joaquin y Ana, para que se educase allí á la sombra del santuario, bajo la direccion del sumo sacerdote, y consagrase sus servicios al culto del Tabernáculo. Gran sacrificio debió de ser para aquellos amantes padres desprenderse del fruto de su ancianidad, tanto más querido, cuanto más á deshora alcanzado, mas por lo mismo debió ser de mayor agrado al Padre celestial este homenaje, de suyo preciosísimo ya por el inestimable valor de aquella delicada ofrenda.

María fué en esta ocasion tipo y ejemplar de la mujer consagrada á Dios en el retiro del claustro, como lo fué más tarde de la mujer dedicada á la familia en el doméstico hogar. Convenia que en María estuviesen como personificados todos los estados sociales, y en esta temprana época de su vida hasta su casto enlace con José, personifica la celestial Señora muy exactamente la vida religiosa. La vida religiosa de la mujer en el Cristianismo se dedica, en efecto, á tres objetos algunas veces separados, otras mezclados en diferentes proporciones. A la pura contemplacion y vida interior; á las obras de beneficencia corporal y espiritual, y á la educacion de la niñez. En esos tres trabajos hemos de suponer ocupada á la Niña María desde su ingreso en el Templo hasta su salida de él, desde los tres hasta los quince años, segun la opinion más recibida entre los autores eclesiásticos. Vida interior, esto es, trato continuo con Dios por medio de la oracion; ejercicio de las divinas alabanzas; lectura y meditacion de las santas Escrituras; plegaria continua por la redencion de Israel y demás necesidades de este pueblo; mortificacion de su cuerpo *in jejunio, in cinere et cilicio* á imitacion de las antiguas matronas del pueblo escogido. Consuelo, además, á los afligidos; asistencia á las doncellas y viudas que vivian como Ella junto al Tabernáculo del Señor; educacion de las menores de edad; edificacion de todos por el aroma del buen ejemplo; solicitud y anhelo por el decoro de la casa de Dios y esplendor de su culto. Hé aquí como se pasó oscura y solitaria y recogida la niñez y adolescencia de la Vírgen santísima, modelo angelical de lo que debian ser en pos de Ella tantos millares y millares de doncellas cristianas que, á la sombra del santuario y ligadas con votos á Cristo, consagran su juventud y su vida entera á la práctica de los mismos espirituales deberes, y á las obras de caridad en servicio de sus hermanos.

Por ser éste, digámoslo así, el período de la educacion de María, la han escogido en este misterio como especial Patrona suya las niñas educandas en nuestros colegios, ya que colegio fué en cierto modo para la Niña María el Templo donde vivió aquellos doce años recogida.

LOS DESPOSORIOS DE MARÍA CON SAN JOSÉ.

TRAS los sublimes ejemplos de la vida religiosa, los más humildes, pero no menos importantes de la vida conyugal. Al llegar á los quince años, segun creencia muy autorizada, trataron los sacerdotes, de acuerdo con sus padres, que recibiese esposo la Niña María, como era costumbre en su pueblo al llegar á esta edad. El celibato era poco menos que desconocido en aquel pueblo de dura cerviz y de condicion grosera; además el Eterno, que queria vírgen á la Madre futura de su unigénito Jesús, queria juntamente que estuviese como escondida su virginidad bajo los velos del santo matrimonio. Queria además honrar y santificar de esta manera el estado conyugal, que muchos herejes despues habian de pervertir y hasta querer destruir con abominables doctrinas, y que muchos malos cristianos habian de deshonrar con infames costumbres. Queria dar á la familia cristiana y al hogar segun Dios, el alto ejemplo de las virtudes domésticas y caseras, en la persona de tres seres privilegiados que representasen allí los deberes del padre, del esposo y del hijo, en el más sublime ideal de perfeccion que pudiese jamás ofrecerse á todos los futuros hijos, esposos y padres. Por todas estas razones fué congruente que se desposase María, y el elegido por Dios para la dignidad de esposo suyo, fué un varon justo de su propia tribu y raza de

David, llamado José. El cual, aunque de sangre ilustre, vivia en humilde condicion y ejercia en Nazaret el oficio de carpintero para ganar su cotidiano sustento.

Del templo salió, pues, la modestísima Niña, y trocó el silencio y misteriosa penumbra de él, por la vida del taller de un artesano. Sin mengua de su virginidad, de comun acuerdo y por inspiracion divina ofrecida á Dios, vivian aquellos santos Esposos la vida del honrado menestral, que despues de ellos han ennoblecido tantos y tantos héroes del Cristianismo. Allí, al pié de aquella humilde tienda de carpintero se efectuó el más grande misterio que vieron y no comprendieron los siglos, la Encarnacion del Hijo de Dios; allí se pronunció aquel segundo *fiat*, á cuyo acento se inauguró la creacion sobrenatural cristiana, como aquel otro primero pronunciado por Dios habia dado orígen á la creacion material: allí, durante poco menos de treinta años, creció y vivió el Hijo del Padre, sujeto á María y José, comiendo primeramente de los sudores de ellos, y trabajando despues como ellos para ayudarles á ganar con el suyo el negro pan del humilde trabajador: allí oyeron mil veces los castos Esposos y el agraciado Niño rugir contra ellos el huracan de la feroz persecucion, ó el aire sutil de la maledicencia y de la envidia, y allí, alzando al cielo manos, ojos y corazon, rindieron gracias al Eterno, y mútuamente se alentaron al sosiego y á la paciencia: allí las manos callosas de José labraban con las herramientas del oficio la tosca madera, mientras las suaves y delicadas de María atendian á los domésticos quehaceres, y ayudaba el dulce Niño ya al uno ya al otro de los virginales Esposos en lo que le permitian su fuerza y edad. ¡Oh bienaventurada casita de Nazaret, ignorado teatro de tales maravillas! ¡Oh humildísimo taller, más augusto que los estrados de los reyes! ¡Oh sacra vivienda conyugal, verdadera antesala del paraíso!

No podia el cielo consentir fuese profanada, casa donde se obraron tan grandes misterios, y así dispuso que de Palestina fuese trasladada á la Marca de Ancona, en el campo Lauretano, venerándose hoy dicha casa en el famoso santuario llamado de Loreto, lugar insigne en toda la cristiandad.

EL SANTO ADVIENTO.

Viene á ser una como suavísima y reposada cuaresma de preparacion para las alegres fiestas del Nacimiento de Nuestro Señor; templada su austeridad por el poético ambiente de Navidad que en estas semanas empieza ya á respirarse; dulce y consolador período de expectacion en vísperas de los más íntimos y profundos regocijos que proporciona al corazon humano el Catolicismo.

No es aún Navidad, pero es ya su hermosa antesala; no se ven aún los resplandores del dichoso Portal, pero se columbra ya como de lejos y entre nieblas la claridad del misterio que en él va á contemplarse.

«Mirando de lejos veo la majestad y poder de Dios que viene, en medio de una niebla que cubre toda la tierra. Salidle al encuentro y preguntadle: Dínos si eres Tú el que ha de reinar sobre el pueblo de Israel.»

Este es el primer responsorio con que saluda la Iglesia en su Oficio el santo tiempo en que vamos á entrar. Breve pincelada, pero de efecto sin igual, y que equivale ella sola á todo un cuadro.

Colócase la Iglesia en la situacion en que se hallaba el mundo todo al sonar la hora anunciada y suspirada del advenimiento del Hijo de Dios. Densa niebla cubria toda la tierra. No cabe expresar mejor aquel estado de universal confusion, de ignorancia religiosa, de degradacion social, de noche oscurísima á que habia permitido Dios llegase por su culpa el hombre para que mejor conociese la necesidad del divino Restaurador. Niebla, y niebla cubriéndolo todo; en medio de ella, como sangrientos y aterradores fantasmas, divísanse las inmensas tiranías del hombre sobre el hombre, y óyense los gemidos de millones de víctimas en la culta Grecia, en la potente Roma, en el viejo y sabio Egipto, en todos los confines del globo que se llamaba á sí propio civilizado. El dominio del género humano pertenecia verdaderamente á Satanás, y éste como feroz y brutal dominador gozábase en el embrutecimiento de la Imágen divina, que habia logrado trocar en horrenda caricatura.

En medio de esta niebla empieza como á divisar la Iglesia la pequeña ciudad de Belen, á semejanza del punto por donde empieza á romper el dia en medio de prolongada oscuridad de cerca cuarenta siglos.

Belen, con su cueva de animales que aguarda al futuro Libertador; con sus pastores en su campiña que sólo esperan la voz del Angel para ir á formarle amoroso cortejo; con su ruin pesebre dispuesto para cuna real del Niño que va á nacer.

Y no lejos, Nazaret, la humilde Nazaret, escondida como nido de tórtolas entre los naranjos y palmeras de la Palestina; Nazaret, en una de cuyas ignoradas calles se ve una tienda humilde de laborioso menestral, y en ella una Doncellita bellísima, desposada pocos meses há con José el carpintero. En sus entrañas guárdase el Fruto glorioso que impaciente anhela el plazo señalado para darse á luz sin menoscabo del virginal capullo de rosa que durante nueve meses lo encerró.

Y entre tanto que esto aguarda la Iglesia, cual si de nuevo volviese á repetirse como grata realidad lo que es tan sólo un recuerdo que va á solemnizarse, plácele hacer oir en medio de este silencio de expectacion el arpa del más iluminado de los Profetas, Isaías, del cual se ha dicho que podia muy bien llamarse, por la precisa minuciosidad de sus vaticinios, el quinto Evangelista.

¿Por qué no ha de tener más lectores entre los seglares instruidos el Breviario eclesiástico, donde tantas bellezas se contienen? Allí como en su más genuina fuente debiera acudir á beber la piedad; allí corre cristalino el raudal de las más puras aguas cristianas; allí se percibe de primera mano el místico perfume de los más grandes misterios de la fe.

Las almas que á tanto no lleguen deben encerrarse estos dias en la pobre casita de Nazaret, y con José y María entregarse á la contemplacion del augusto misterio del Verbo humanado en la estrecha prision de amor á que le plugo reducirse por nosotros en el seno de María Virgen. Ante aquel animado Sagrario es dulce el trato familiar con Dios por medio de la oracion silenciosa.

No celebrará como debe el gran dia de Navidad quien no se haya dispuesto á él por medio de un recogido Adviento.

A casi todas las más grandes festividades cristianas ha puesto la Iglesia un dia siquiera de espiritual preparacion, que en algunas lleva hasta obligacion de ayuno. Razon era, pues, que la gran Pascua del Nacimiento de Nuestro Señor anduviese precedida por esta preparacion del santo Adviento, que todo él no viene á ser más que una gran víspera de una gran festividad.

Ved lo que en vuestras casas sucede, ricas ó pobres, cabañas ó palacios, en cuanto se acerca uno de esos dias dedicados á especial regocijo. No os contentais con la ordinaria limpieza y aseo de ellas, que limpias y aseadas ya siempre las procurais tener. Algo más haceis en razon de la fiesta que se viene encima. Sacais de los armarios y cofres nuevos adornos, poneis colgaduras, exhibís alhajas, sacudís el polvo á los muebles y paredes, en todo haceis resplandecer como un reflejo de la alegría de la próxima *diada*, hasta en vuestra mesa, hasta en vuestra persona. Nadie, por pobre que sea, gusta vestir y comer y tener su casa el dia de una gran fiesta como suele en los demás comunes del año. Hasta familias sin Religion se aliñan y componen en tales dias, cual si de veras sintiesen ellas mismas la necesidad de solemnizar, áun no creyéndolo, aquello que celebran todas las demás.

¡Ay! ¡cómo habria de confundirnos esta sola reflexion si atentamente la considerásemos y la aplicásemos á nuestras almas! Las fiestas de la Religion son ante todo dias grandes del alma cristiana, y por el alma y dentro del alma es como deben ser con mejor disposicion celebradas. ¿Qué se ha de hacer, pues, amigos mios, en vísperas de grandes festividades y muy especialmente de la dulcísima que vamos á celebrar? Sencillamente lo que de fuera hacemos. Limpiar nuestros corazones como limpiamos nuestras viviendas, adornarlos y alhajarlos con más esplendidez como hacemos con éstas; poner, en una palabra, el alma en traje de fiesta, si nos es lícita esta vulgar expresion.

Más claro y sin alegorías. Limpia de pecado el alma cierto que siempre la debemos tener, pero más ó menos ricamente adornada de tal ó cual clase de buenas obras puede muy bien estarlo ó no estarlo segun las circunstancias. Los dias, pues, especialmente ricos de buenas obras deben ser estos dias grandes de la Religion. Menos ruido, menos disipacion, más recogimiento interior para disponernos á ellos; más limosna á los pobres, más rato en la iglesia, más frecuencia de los Sacramentos, más devota meditacion y lectura para celebrarlos. Estas son las galas del alma, estas sus joyas y arreos de fiesta, este su espiritual festin. Este fin tuvo la Iglesia al instituir sus hermosas solemnidades, nó que nos sirviesen de pretexto para solamente comer ó vestir á más y mejor, convirtiéndolas en ocasion de vanidad y glotonería. Bien está que en tales dias reine abundancia en la mesa y luzca un poco la gentileza de la persona. Mas no hagamos de eso el todo, ni siquiera lo principal. O son fiestas del alma las fiestas cristianas, ó nada son, volvemos á insistir: y por lo mismo por el alma y en el alma se las debe principalmente celebrar.

Ahí tenemos en puerta las de Navidad con sus inefables alegrías, con el poético atractivo que les ha dado la fe y la tradicion. Seamos en ellas, por decirlo así, algo más cristianos de lo que habitualmente somos: sacudamos para celebrarlas algunas de nuestras miserias y defectos, como se le sacude el polvo á un vestido. ¡Cuán otro sabor les encontrarémos á sus cristianos regocijos! ¡cuán otro hechizo á sus encantadoras alegrías! Como el sol y la luna reflejan más brillantes sus rayos en una superficie tersa y bruñida, así Dios y la Iglesia reflejan con mayor brillo su luz y su amor en los corazones purificados! ¡Bienaventurados los limpios, porque ellos son los que ven á Dios! Y ellos por lo mismo son los que le gozan. Por eso lo gozan tanto los niños, limpios espejos que el aire infecto del mundo no ha empañado aún. ¡Oh! ¡quién pudiera volver á ser niño ocho dias al año siquiera, siquiera los ocho dias de Pascua de Navidad! Mas ya que eso no podemos, seamos á lo menos buenos; si no podemos ser puros, hagámonos purificados. Es el modo de realizar en cuanto cabe aquel *nisi efficiamini sicut parvuli* que nos recomendó el Salvador.

Hé aquí lo que quisiéramos considerasen muy mucho nuestros lectores todos estos dias de Adviento hasta llegar al gran dia de Navidad.

¿Qué se diria de quien, para agasajar á un huésped ilustre al cual ha de aposentar, cuidase tan sólo de encalar ó pintar la fachada de su casa ó de barrer el atrio de ella, dejando ó sucias ó polvorientas ó simplemente sin ornato alguno las habitaciones interiores, particularmente aquella en que va á ser instalado el forastero?

Pues hé aquí lo que podrá decirse del cristiano que para recibir al Niño Jesús, que este es el Huésped divino que estamos espiritualmente aguardando para las próximas fiestas, para recibirle, digo, ande solicito únicamente de sus trajes, ó de su comer y beber, ó simplemente del asco y ornato material del templo, y del brillo exterior del culto y del altar, sin tener en cuenta para nada el interior ornato del corazon, que es precisamente la pieza donde el Huésped del cielo debe ser alojado. De este tal podrá asegurarse, con burla y escarnio, que no hizo más que blanquear su fachada.

¿Y cuántos hay, bendito sea Dios, que en teniendo la fachada limpia ya creen buenamente haber hecho cuanto tienen obligacion? ¡Cuántos cristianos de mera perspectiva, válganos el cielo! ¡Y cuántos que se satisfacen con esa bella apariencia, por más que sepan que nada hay detrás de ella en realidad! ¡Y sabiendo por más señas que con eso no se le puede engañar al Dios vivo y verdadero, que como vivo y verdadero quiere ser adorado y servido en espíritu y en verdad!

Alhajad, pues, y tened corrientes las piezas interiores de vuestra casa, antes de pensar en lo que toca solamente al exterior. Bueno es esto, pero sin aquello no pasa de hermosísima hipocresía, si hay hipocresía que pueda jamás ser ó parecer hermosa.

¡Ea! ¡ea! Vecino está el gran dia, y la voz de la Iglesia lo anuncia ya en su rezo oficial con exclamaciones de júbilo que revelan al corazon su inmediata proximidad. Oidla:

Cerca está ya el Señor; venid, adorémosle. Alegraos, hermanos, en el Señor; alegraos, repito; sea de buen ejemplo para todos vuestra modestia, pues anda cerca el Señor.

El que ha de venir, vendrá y no tardará, y quitará de nuestros confines todo temor. Cerca está el tiempo de su llegada, y su dia no se diferirá ya más.

¡Vén, Señor, y no tardes...! Muestra tu poder y vén á salvar á tu pueblo.

Alégrate, Jerusalen, y regocíjate profundamente; un Salvador te va á venir. Se humillarán para abrirle paso los montes y collados; lo torcido se hará derecho; lo escabroso se tornará llano. ¡Vén ya, ¡oh Señor! vén y no quieras ya más tardar!

¡Derramad, oh cielos, vuestro rocío, y llovednos al Justo! ¡Abrete, oh tierra, y brota de tus entrañas al Salvador. Anunciad á los pueblos, levantad la voz, decid á las islas más lejanas: ¡Hé aquí que viene ya nuestro Salvador!

¡Esto es elocuencia del corazon, esto es poesía del alma, este es el grito del amor y de la fe!

Pero cuando se llega el dia octavo antes de Navidad, empieza la Iglesia súplicas especiales que son otros tantos deliquios de amorosa impaciencia, ó sean, aquellas antífonas llamadas de la O, por principiar todas con esta interjeccion.

Y tres dias despues, cuando ya faltan sólo cinco, precisa más el anuncio y dice: *No temais, dentro cinco dias habrá venido ya el Salvador*. Y al llegar á la gran víspera exclama, como quien sale por fin de angustiosa ansiedad: *Llegado es ya el cumplimiento de todas las cosas que de María anunció el Angel*. Y en todo el rezo de tan feliz vigilia no se ocupa ya más que de aquel grandioso ***mañana*** que por fin, despues de tan suspirado, se ha llegado ya.

¡Hoy sabréis por fin que viene el Señor, y mañana al amanecer veréis su gloria!

Santificaos hoy y estad preparados: mañana veréis entre vosotros la majestad de Dios.

¡Judea y Jerusalen, confiad; mañana Dios estará en medio de vosotros!

El Señor va á venir, salidle al encuentro; saludadle como gran Principio de todas las cosas y cuyo reinado no tendrá fin: Dios, Fuerte, Dominador y Príncipe de paz.

Y por fin aquella última palabra, que es la que cierra, por decirlo así, todo el período de expectacion y de ansia: *Cuando mañana se levante el sol en vuestro horizonte, veréis ya el Rey de reyes, bajado del seno del Padre.*

¡Ah! Empapaos, amigos mios, en este espíritu de pura fe, de ferviente amor, de anhelante esperanza. Así hallaréis ser verdad tambien aquel otro grito de todas las profecías cumplidas y de todos los anhelos satisfechos, con que principia alborozada la Iglesia el Oficio de la noche de Navidad:

¡Cristo ha nacido para nosotros: venid, adorémosle!

Sea asi, que para nosotros nazca, y para ninguno de nosotros deje de ser su santo natalicio prenda de eterna ventura. Amen, amigos mios, amen.

LA INMACULADA CONCEPCION.

CUANDO allá en las deliciosas regiones del Eden cedieron en mal hora nuestros primeros padres á las insinuaciones de Satanás por boca de la serpiente, oyeron de los labios del Criador, al mismo tiempo que la sentencia irrevocable que les condenaba á morir llevando antes sobre el mundo una existencia de penalidades y sufrimientos, la promesa consoladora de que una Mujer aplastaria un dia la cabeza de aquella serpiente, causa primera de sus desgracias; figurando en estas palabras, no sólo las victorias de Cristo, Hijo de la Mujer, sobre Satanás, sí que tambien el altísimo privilegio que debia ser concedido á dicha mujer su Madre, librándola del pecado original, por el cual nacemos todos esclavos del infernal enemigo.

Pasan entre tanto los siglos, y esparramados los hijos de Noé por toda la faz de la tierra, danse al olvido las primitivas tradiciones religiosas, ó aparecen confundidas con los delirios de la más grosera idolatría. Los hombres sustituyen al conocimiento y culto del verdadero Dios, y á la sencilla historia de la creacion y de los primeros padres, embrolladas cosmogonías, ridículas generaciones de dioses y de héroes á quienes se honra con un culto las más veces obsceno y homicida, y de los cuales se tejen absurdas historias capaces de avergonzar á sus mismos impúdicos adoradores.

Empero en esta ruina universal de las creencias, en este naufragio de todas las tradiciones, sobrenadan misteriosamente las relativas á las promesas del Libertador y de la Mujer vencedora de la serpiente. Las eruditas investigaciones de muchos sabios modernos han descubierto en las más confusas mitologías de los egipcios y de los indios la idea constante de una lucha entre la mujer y la serpiente, genio del mal que queda siempre vencido y aplastado por aquella. Sólo en el pueblo de Dios, depositario de los divinos oráculos, se conservaba íntegra la promesa del futuro Libertador ó Mesías; este era como el hermoso ensueño que halagaba en su última hora á los antiguos Patriarcas; esto cantaban en sus raptos de inspiracion los Profetas, y esta era la esperanza y el sosten de aquel pueblo en medio de sus mayores desgracias.

Llegó por fin el suspirado instante. La criatura feliz, objeto de las esperanzas de tantos siglos, es concebida en el seno de Ana, esposa de Joaquin, y prevenida en el primer momento de su Concepcion por la gracia divina; es librada, por los futuros merecimientos de Aquel que habia de hacerse hombre en sus entrañas, del contagio que inficiona en su orígen toda la especie humana. Esta Mujer, exenta de toda mancha, va á ser la nueva Eva en esa reconstruccion del humano linaje que ha de verificarse; ella será la purísima levadura para la nueva generacion espiritual de los hijos de Dios, que tendrá su principio en Cristo y su continuacion en tantos y tantos que participarán de la gracia de su redencion.

España, por una tradicion que data de los primeros siglos del Cristianismo, ha honrado con culto muy especial á María en el misterio de su Concepcion sin mancilla. En siglos más recientes los soberanos de la casa de Austria y de Borbon se han esmerado á porfía en avivar en sus vasallos la creencia en esta verdad, mucho antes que la Iglesia lo propusiese como dogma incuestionable de la fe cristiana. Testimonio de la acendrada religiosidad de nuestros monarcas es el haberla elegido como especial Patrona de sus Estados, por lo cual la saludan tres veces al dia en el de hoy los cañones de nuestras fortalezas; acto de fe de la nacion entera que proclama á María por su Patrona á la faz de todas las naciones. Nunca ha sonado para nosotros más halagüeño el cañon español que al amanecer de este hermoso dia; nunca ha parecido mejor nuestra gloriosa bandera que en el de hoy, cuando izada en lo más alto de nuestros baluartes atestigua que aún queda en nuestra patria algo de aquel españolismo de los antiguos tiempos que nos hizo grandes y poderosos en todo el mundo.

Bellísima Doncella, coronada de luceros la frente, radiante el rostro de luz, aplastando con su débil pié de niña la garganta de horrible monstruo que bajo de él se retuerce impotente en medio de sus furores: ¿es realidad ó símbolo este grupo encantador? ¿es verdadera historia ó simplemente figura? ¿es persona ó personificacion?

Todo esto es, y pertenece de lleno al inefable misterio que celebra hoy la Iglesia, y por el que con tan justos motivos se regocija y alboroza en este dia el pueblo fiel.

Es realidad. Es María, hija de Eva y por consiguiente hermana nuestra, elegida por Dios Padre para servir de Madre á su Unigénito encarnado, y por razon de este destino preservada de la infeccion del pecado comun á toda su raza. De esta suerte principia en María la victoria de Cristo sobre el infernal enemigo, ya porque el privilegio de limpieza original concedido á la Madre lo es en virtud de los previstos merecimientos del Hijo, ya porque la existencia humanal de este Hijo tiene su principio en la carne y en la inmaculada sangre de la Madre de quien las va Él á recibir. Así tienen aplicacion exactísima las proféticas palabras del Paraíso terrenal dirigidas allí por Dios Padre á la serpiente tentadora: *Ipsa conteret caput tuum*, ya se entiendan de la mujer, ya se entiendan de su descendencia. Vence María por los previstos merecimientos de Cristo, por la gracia anticipada de Cristo, con relacion á su futura dignidad de Madre de Cristo.

Vence en Ella Cristo descendencia suya, porque su carne y sangre son de María, porque es mérito suyo la prerogativa otorgada á María, y porque es lauro suyo el que sobre su capital enemigo recoge María.

En este concepto es realísima realidad la Mujer á quien dedicamos hoy nuestros entusiastas loores. Mas, sin dejar de serlo, es bajo otro punto de vista símbolo todavía más consolador que aquella misma realidad.

Descendencia de esta Mujer preservada somos nosotros cuando por medio del Bautismo entroncamos sobrenaturalmente con su Hijo, añadiendo por este entronque á nuestro carácter natural de hijos degenerados de Eva el muy más sublime y no menos real y positivo de hijos regenerados por Cristo Dios. La universal familia de los que creen, esperan y obran en Cristo y segun Cristo, es, en el sentido que estamos ahora explanando, la descendencia propia de la Mujer, y de esta su descendencia viene á ser símbolo ó personificacion la Mujer misma. Somos nosotros, pues, los que por la gracia de Cristo Dios luchamos y vencemos en Ella; por Ella nuestro pié, débil y aniñado como es siempre el pié de barro de la flaca humanidad, es el que definitamente ha de sentarse pujante y glorioso un dia sobre la cerviz del dragon embravecido, por mucha que sea su infernal fiereza. Así la raza de Eva, en hora aciaga vencida por Lucifer, desde que por Cristo pasa á ser raza de María está destinada á ser como Ella perpetuamente vencedora. Pero ¿de quién vencedora? De la serpiente del paraíso terrenal, no solamente personificada, sino realmente viviente y encarnada, por decirlo así, en todos los que reune desde entonces en un solo haz de fuerzas el odio á Dios y á su Cristo, y que á semejanza de lo que hemos llamado descendencia de la Mujer, constituyen tambien odiosa descendencia del demonio para sostener el infernal combate. Combate á muerte, es verdad, segun sus rencorosos propósitos; pero en realidad segura derrota, segun ya desde la primera página del mundo está decretado por la sabiduría de Dios, y ordenado por su infinita providencia y afianzado por su incontrastable poder.

Ahora bien. La sociedad de los regenerados en Cristo y por Cristo es la Iglesia santa. El haz de fuerzas que en todos los siglos ha congregado el infierno contra ella se llama hoy, con nombre harto expresivo que á sí propio se ha dado, Revolucion. Claros aparecen, pues, los términos del problema de hoy, que no es más que el problema del paraíso terrenal y el de todos los siglos hasta la consumacion y cierre de ellos en el universal juicio, que será su solucion definitiva. María, y la descendencia suya, á un lado con la bandera de toda verdad y de todo bien. Luzbel, con los que se han querido hacer raza y ejército suyo, al otro lado con la bandera de todo error y de todo mal. La tierra estremeciéndose sesenta siglos há al choque de estos opuestos ejércitos, que en vano ¡infelices! ¡infelices! hay quienes sueñan aún hoy dia poder reconciliar y fundir en una comun fórmula. El cielo, contemplando el combate colosal, sosteniendo con toda clase de superiores auxilios á los defensores de la causa de Dios, á la vez que aguardando con la tranquilidad de la eternidad *(patiens quia æternus)* la hora suprema de hundir para siempre en el abismo á los rebeldes y de distribuir á los leales las palmas y coronas de un ya imperecedero triunfo.

¿No se comprende así perfectamente por qué el pueblo cristiano de hoy le muestra al augusto misterio de la Inmaculada Concepcion no sabemos qué suerte de instintivo cariño? Es que, sin necesidad de darse cuenta de esas razones y teologías, ve instintivamente en él un retrato de su lucha de hoy y de siempre, al mismo tiempo que una prenda y seguridad de su indefectible victoria. Hasta nos parece vislumbrar en eso la razon histórica de por qué ha sido siempre España la nacion más agarrada (pásesenos la expresion) á la creencia de esta verdad y al culto de este glorioso Misterio. ¿No ha sido ella la nacion de las más crudas batallas y de las más gloriosas victorias? Nuestra historia es toda ella una como permanente y nunca interrumpida cruzada. No fuimos con las de la Edad media á Jerusalen, porque siempre la tuvimos en casa. Apenas nacidos á la fe, nos las hubimos aquí con idólatras y arrianos; inmediatamente despues con sarracenos; á continuacion con protestantes; en la Edad moderna, en nuestro mismo siglo, ¿con quién se ha estado batiendo sin tregua ni reposo este pueblo de Dios y de María, sino contra los que al rededor de la bandera del infierno vinieron á ocupar en nuestro daño y para poner á prueba el temple de nuestra fe el lugar de aquellos nuestros antiguos enemigos? A estos ¡confúndalos Dios! vencerá nuestra inquebrantable fe, como á aquellos venció la de nuestros antepasados. Luchar siempre con enemigos de Cristo y siempre vencerlos, esta parece ser nuestra ley histórica diez y nueve siglos há: no desconfiemos jamás de esta nuestra mision, que la tenemos bien acreditada.

Celebremos, pues, la fiesta de hoy como la genuina fiesta nacional de España. ¡Vedla á la Inmaculada Señora! Es la Madre de Dios, preservada, por los méritos de Cristo, del original pecado. Es además la imágen de la Iglesia santa en sus luchas y en sus victorias de todos los siglos. Es la imágen tambien de nuestra patria amadísima, contra la cual no ha prevalecido ni prevalecerá jamás el error en ninguna de sus variadas manifestaciones. ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Nuestro pié le ha aplastado siempre, como el de María aplasta á la serpiente; nuestro pié le aplastará tambien otra vez y cien veces y mil!

¡Reina de España! ¡Inmaculada en tu Concepcion! ¡Madre de Dios y de nuestras almas! ¡Pueblo tuyo somos y ciertos andamos de que, venga lo que viniere, no hemos de sucumbir!

La devocion á María Inmaculada ha seguido en los tiempos modernos un órden inverso al que naturalmente debia presumirse, atendida la corriente de las ideas. Cuando toda creencia y todo culto parecen haber decaido y reducídose á un número escaso de corazones fieles que conservan intacto el sagrado depósito, la creencia en los dogmas relativos á la Madre de Dios y su culto se han avivado, de suerte que no sin razon exclama asombrado un escritor contemporáneo, que nunca se vió tan honrada y tan amada María santísima, como en este siglo de poca fe. Diríase que el Eterno, al librar con la antigua serpiente del paraíso la tremenda batalla á la cual hoy-dia asistimos acongojados, ha hecho salir contra ella como Capitana á su primera Vencedora. El hecho es sorprendente, y se presta á profundas meditaciones.

La Revolucion satánica avanzando en las sociedades modernas, y el culto de María avanzando tambien y cobrando cada dia mayor importancia en los pueblos católicos. Este es el hecho incontestable. ¿Cuál es su explicacion? Permítaseme, con el respeto debido á tan graves cuestiones, indicar alguna que nos aclare algun tanto la parte misteriosa del fenómeno histórico que acabo de consignar. La historia no tiene sólo su filosofía, tiene tambien su teología, y profundísima.

Todo el dogma revolucionario se reduce hoy á tres negaciones fundamentales:

Negacion del pecado original.

Negacion de la divinidad de Cristo.

Negacion de la autoridad de la Iglesia.

No es esta la ocasion más oportuna para hacer ver el enlace lógico, ó sea el riguroso encadenamiento de estas tres negaciones, de las cuales resultan todos los errores que así en el órden religioso, como en el político, como en el social, se alzan hoy en colosal batalla contra el Catolicismo. De ellas resulta la divinizacion de la razon humana, y su independencia y su pretendida soberanía. Pues bien: á ellas responde de lleno el dogma católico de la Inmaculada Concepcion de la Madre de Dios.

En efecto. El privilegio confirma la ley. De consiguiente, el confesar preservada á María del pecado original por singular privilegio de Dios, equivale á reconocer el pecado original en cada uno de los demás descendientes del primer hombre. El misterio de la Concepcion de María es, pues, un mentís á la primera negacion revolucionaria.

Además, María obtiene este privilegio por los futuros merecimientos del Dios Redentor y con el fin de ser digna Madre suya. La divinidad del Hijo exigia esta integridad de la Madre, y no se la hubiera distinguido con tal privilegio si no hubiese debido serlo de tal Hijo. El dogma de la Inmaculada Concepcion equivale, pues, á confesar plenamente la Encarnacion del Verbo divino, ó sea la divinidad de Jesucristo, y es de consiguiente un mentís á la segunda negacion revolucionaria.

Finalmente, de la divinidad de Cristo nace la divinidad de su obra, la Iglesia; y de la divinidad de ella la autoridad de su Jefe visible; autoridad que ha ejercido plenamente en los tiempos modernos, definiendo como dogma de fe el de la Inmaculada Concepcion. Confesar, pues, la Inmaculada Concepcion de María, es confesar la autoridad de la Iglesia, que nos manda confesarlo. Este dogma es, pues, un mentís á la tercera negacion revolucionaria.

Hé aquí tres puntos de vista luminosísimos, bajo los cuales la doctrina católica de la Inmaculada Concepcion de María se ve exactamente como la más adecuada refutacion de la doctrina revolucionaria. El monstruo infernal se encuentra otra vez detenido en su fiera embestida por el pié de esa Niña celestial, en la cual ha querido Dios viésemos los católicos de hoy nuestra bandera y nuestra victoria.

Los destinos del mundo están hoy pendientes de este duelo terrible entre la doctrina personificada en la Revolucion, y la doctrina personificada y como compendiada en el dogma de la Inmaculada Concepcion de María. Asistimos á una de las fases más espantosas de la grandiosa lucha entablada desde el principio del mundo entre el error y la verdad, entre el mal y el bien, entre el infierno y Dios. En esta batalla, tal vez la postrera que presencien los siglos antes de que resplandezca de lleno sobre ellos la plenitud del reinado de Jesucristo, el infierno ha escrito en su estandarte la palabra REVOLUCION: el dedo de Dios ha escrito en el nuestro la palabra MARÍA INMACULADA. Uno y otro mote son á la vez grito de guerra y símbolo de opuestas doctrinas.

¡Adelante los hijos de la Inmaculada! No en vano la Providencia divina ha hecho resplandecer este dogma con más vivos fulgores en este siglo de vacilaciones y de tan general descreimiento! ¡No en vano se llama ya nuestro siglo el siglo de la Inmaculada Concepcion! A la sombra de este lema glorioso ha querido Dios que combatiésemos los hijos de este siglo. ¡Combatamos con fe, y sobre todo con esperanza!

España, la pobre España, la nacion que más cruda guerra ha hecho y está haciendo á la blasfemia revolucionaria; España, la primera en reconocer la unidad católica y la que nunca ha de renegar de ella, por más que en sus leyes se haya consignado la apostasía nacional, no la acogerá, no, en el corazon de sus hijos, en donde siglos há tiene erigido su altar la Vírgen Inmaculada! No; ¡nunca serémos apóstatas!

Dios, que en sus altísimos designios consiente que pasen así los individuos como los pueblos por durísimas pruebas, no las permite sin enderezarlas para mayor brillo de su gloria y mayor perfeccion de los mismos que las padecen. Cuando la irrupcion sarracena cubrió como nube de langosta el suelo de la patria, nadie creia que aquella sangrienta destruccion debiese parar á vuelta de algunos siglos en verdadero rejuvenecimiento. Y era verdad. Aquellos grandiosos infortunios dieron temple á nuestro carácter nacional, y obraron los prodigios de nuestra preponderancia religiosa en el siglo XVI en Europa y en América. Algo decaidos andábamos ya en estos últimos tiempos. ¿A qué disimularlo? Nos habia entibiado una larga paz; el egoismo, la relajacion, la apatía, se nos habian introducido más de lo que correspondia á nuestro glorioso dictado de nacion eminentemente católica. El látigo revolucionario nos ha dispertado, como dispertó á nuestros abuelos de la monarquía visigoda el látigo sarraceno. Lo cierto es que muchos corazones se han fortalecido, que no pocas frentes se han levantado, que el dinero católico corre mucho más que antes en auxilio del Papa y del culto y de la caridad. Lo cierto es, como dijo un dia Pio IX, que se ora más y se ora mejor, que la lucha se generaliza, que las plumas y las prensas no descansan, que nuevas instituciones surgen entre las ruinas de las que cayeron. Lo cierto es que se agita entre nosotros y al rededor de los Prelados una juventud ardiente y batalladora dispuesta á todo, y á no cejar por nadie ni por nada, juventud que no conocieron nuestros abuelos. Lo cierto es que por todas partes rebosa la vida católica, poderosa, lozana, exhuberante, rica en hermosos recuerdos, pero más rica aún en hermosísimas esperanzas. ¿Es ó no es verdad?

Pues bien; la Revolucion ha dispertado todo eso al pretender en su locura aniquilarlo todo. La Revolucion lo ha dispertado, y María Inmaculada es quien lo capitanea.

¡Adelante, pueblo español, bajo esta gloriosa enseña, que si lo es de lucha, lo es tambien de victoria! El misterio de este dia se nos representa, como sabes, con una muy expresiva figura. Una serpiente parece estrujar con sus anillos el mundo, y reinar por completo en él. Pero una Niña aplasta con su débil pié aquella serpiente, y reina sobre el mundo. Esta es la fiesta de hoy, esta nuestra fe, esta nuestra esperanza.

Lo que en los tiempos modernos se conoce con el nombre de *revolucion europea,* no es sino una fase, un episodio, de la gran lucha que desde la cuna del mundo sostienen el mal contra el bien, la mentira contra la verdad, el infierno contra Dios. Lucha que empezó en los cielos con la rebelion de Lucifer y de sus Angeles, continuó en el paraiso terrestre con la seduccion lastimosa del primer hombre, y acabará al fin de los siglos con la aparicion del Anticristo. Cada época la ha presenciado con distinto nombre. Antes del Mesías fué la monstruosa idolatría corrompiendo la nocion primitiva de un solo Dios. Despues de fundada la Iglesia, fué la herejía orgullosa alzándose contra la autoridad de los dogmas revelados. Hoy es la revolucion pretendiendo acabar con toda idea de órden sobrenatural ó eliminar al menos su influencia de las modernas sociedades.

Dios, empero, dispuso vencer al infierno, é inauguró su victoria al decretar la Encarnacion de su Hijo divino para redimir al mundo. Mas como en esta victoria ha querido que tambien nosotros tuviésemos nuestra parte y nuestro mérito, por esto el enemigo, vencido por Cristo, no quedó sin embargo inutilizado para el mal. Dejóle Dios que se revolviese y se retorciese y continuase aún enroscada por el mundo, facilitándonos en cambio á nosotros la defensa y asegurándonos la victoria, en términos de que no pueda ser subyugado por el infierno sino quien voluntariamente se le entregare. El triunfo será definitivo en el dia del juicio universal. Entonces resplandecerán en toda su plenitud la gloria de Dios y su justicia, y cesarán eternamente los combates.

El misterio augusto de la Inmaculada Concepcion de María es como un compendio de todo esto. Al principio de la funesta rebelion, cuando un hondo ¡ay! lanzado por toda la naturaleza, en frase de un gran poeta, anunció la dolorosa caida del género humano, como en compensacion de aquel inmenso agravio que recibia la honra de Dios fué ya profetizada la victoria de Cristo. Y como arras de ella, como fianza que daba el Criador de que no faltaria su palabra, anunciábase tambien el advenimiento de una Mujer privilegiada que, con ser hija de aquel mismo miserable Adan, carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre, seria la primera y más esplendente muestra del poder de Dios sobre su enemigo, ya que éste no podria hincar en Ella su venenoso diente como en las demás criaturas, antes por su débil pié de mujer seria aplastada su monstruosa cabeza.

Esta Mujer es María, Inmaculada en el primer instante de su Concepcion. Realidad magnífica que celebramos los católicos el dia 8 de Diciembre, pero además símbolo magnífico que debemos á todas horas recordar.

Dios ha querido presentarnos á su Madre, vencedora la primera de nuestro comun enemigo, para movernos y alentarnos á las mismas victorias. ¡Confiemos! ¿Confiemos he dicho? Poco he dicho, pues hasta en lo dudoso se puede tener confianza. Y no se trata aquí de promesas dudosas, sino de promesas divinas y como tales infalibles. Seguridad hemos de tener, más bien que confianza. Creamos, sí, que pues la lucha colosal que sostiene el infierno contra nosotros no es propiamente contra nosotros, sino contra Dios, queda de cuenta de Dios vencer por nosotros, ó que venzamos nosotros con la ayuda de su brazo. Quien así no lo crea no es católico. Quien en el misterio de la inmaculada Concepcion de María no vea un misterio de consuelo, de esperanza y de infalible seguridad no tiene fe, si ya no le excusa una profunda ignorancia.

No empequeñezcamos con ojeadas mezquinas el grandioso cuadro que de las luchas de la verdad en el mundo nos ofrecen de consuno la Religion y la misma historia profana. Elevémonos á la altura de la verdadera filosofía y de la teología de la historia, que como otra vez hemos hecho observar, tambien tiene la historia su profunda teología. Los enemigos del Catolicismo se reducen á uno solo: el infierno. Los enemigos del infierno se reducen á uno solo: Dios. Una sola es, pues, la lucha en todos los siglos y en todos los países, y dos solos los combatientes. Llámese socialismo aquí ó cesarismo en otra parte, ó liberalismo como en todas, de un solo punto sale el ataque y á un solo punto va dirigido. Pueden variar los pretextos, puede variar la táctica, pueden variar las armas. Diez y nueve siglos atrás luchaba el infierno en nombre de los dioses, y las armas eran edictos de proscripcion, azotes, garfios, leones. Luego ya no fueron los falsos dioses el grito de guerra, sino falsos dogmas opuestos á los verdaderos, el arrianismo, el pelagianismo, etc.; las armas fueron entonces el sofisma pseudo-teológico y la supersticion. Más tarde se luchó contra Dios en nombre del poder de los reyes y de sus pretendidos derechos sobre la Iglesia: testigos los emperadores de Alemania y la santa firmeza de Gregorio VII. Al apuntar la aurora, no sé si feliz ó infausta, de los siglos modernos, debióse buscar nuevo grito de guerra, y entonces fueron el libre exámen, los derechos de la razon, la soberanía del pensamiento, la filosofía, la ciencia, lo que sirvió de *casus belli* á las huestes del infierno. Las armas fueron el libro, el periódico, la tribuna. Hoy además de estos pretextos son razones políticas las que se alegan para perseguir á la verdad; á veces la idea de alcanzar para la nacion una *unidad* quimérica, como en Italia; otras el capricho de deshacer la unidad histórica, como en España. Aquí por los derechos del pueblo contra los poderes establecidos, allí por los derechos del poder sobre los pueblos. Ora invocando la legalidad, pero *ex-professo* confeccionada de antemano para vejar á la verdad, ora desentendiéndose de la legalidad y obrando revolucionariamente para conseguir el mismo objeto. En menos palabras. El procedimiento vario hasta el infinito; pero al través de tantas diferencias, unidad admirable de principio y de fin. Quien no lo vea es ciego, completamente ciego.

—Pero bien: ¿qué sacais de ahí?

—Muy sencillo: saco para los católicos, á quienes me dirijo, la necesidad inevitable de la lucha y la seguridad infalible de la victoria. La causa es de Dios; y á Dios puede combatírsele, pero no se le vence. Ni más ni menos.

—Pero, el poder infinito de Dios ¿no podria acaso anonadar en un momento á su adversario?...

—En un instante, es verdad; pero Dios, que ha criado al hombre libre, respeta su albedrío hasta el punto de tolerar que á sus barbas guerree el miserable contra su Autor, seguro como está de que tras esta guerra necia é insensata el audaz guerreador ha de caer finalmente en manos de su justicia. Dios es paciente porque es eterno. Esto en órden á los malos. En cuanto á los buenos, los ha criado libres tambien y capaces de mérito, y este mérito se aquilata con *la prueba,* sin la cual la fidelidad y el valor supondrian muy poca cosa. No fuera corona la que alcanzarémos en el cielo, si no fuese recompensa de una victoria; y no hubiera victoria, si acá abajo no hubiese mediado batalla. Puede herírsenos ínterin, es indudable; un pueblo entero puede ser arrancado del campo de la verdad. ¡Friolera! es un soldado que cae y deja por breves instantes un hueco en la fila; es un peloton, una compañía que son barridos por la metralla. Al fin, ya sabemos que no hay combate sin pérdidas dolorosas. Pero estas pérdidas no menoscaban el triunfo, antes acreditan lo recio de la pelea y hacen más gloriosa la victoria.

¡María! ¡Madre! ¡Madre Purísima! ¡Madre Inmaculada! ¡Reina y Patrona de esta nacion generosa que sufre más que otra alguna los horrores del ataque infernal, al mismo tiempo que recoge más que otra alguna los laureles de una defensa la más heróica! ¡María, Patrona de España á quien tantas veces habeis sacado vencedora contra la idolatría primero, contra el arrianismo despues, contra la media luna más tarde, contra el protestantismo tres siglos atrás, contra las huestes jacobinas á principios del presente, sí, tambien esta vez, Madre Inmaculada, tambien esta vez daréis á vuestros hijos la victoria! ¡Tambien esta vez enjugaréis nuestras lágrimas, y trocaréis nuestros ayes de afliccion en vítores de triunfo! ¡Tambien esta vez volverá á resplandecer sobre nuestro hoy sombrío horizonte el sol brillante del Catolicismo, como en mejores dias resplandeció para luz del mundo y terror del infierno, como resplandeció ¡oh Madre sin mancilla! en las memorables jornadas de Covadonga, de las Navas y de Lepanto! ¡Apresurad la paz, Madre poderosa; apresurad la humillacion de nuestros enemigos y vuestros! Y mientras dura la furiosa borrasca, dad serenidad á los desalentados, refugio á los perseguidos, fortaleza á los que combaten, consuelo á los que tiempo há gemimos, arrostrando el más doloroso de los martirios, el martirio del corazon!

¡Consoladora de los afligidos, Auxilio de los cristianos, Reina concebida sin pecado original, por el Papa, por nuestra católica España, por vuestros hijos atribulados, rogad á Dios!

Somos el pueblo de María. No la presuncion ni el orgullo han puesto en la noble frente del pueblo español este glorioso lema. La verdad es que nacion más entusiasta que la nuestra por la gloria de la Madre de Dios no se ha descubierto todavia bajo del sol.

Cuando uno de nuestros monarcas pidió y obtuvo para esta tierra la declaracion de que se tuviese por especial Patrona suya la Virgen Inmaculada, no hizo más que ratificar oficialmente lo que era ya un hecho popular antiquisimo desde los más remotos principios de nuestra nacionalidad. No saludaban aún á la Purísima Concepcion el dia 8 de Diciembre los cañones de nuestras fortalezas y de nuestra armada, cuando para el pueblo español era ya cosa rancia y por nadie controvertida la creencia en el misterio de la Virgen sin mancilla, y el fervoroso culto á esta que vino á ser una como personificacion de la misma nacion española. En efecto. En la imágen de Maria sustentada sobre el disco de la luna veia nuestro pueblo, más que una aplicacion del texto sagrado *et luna sub pedibus ejus,* un emblema harto misterioso de nuestra patria triunfante tras ocho siglos de luchas de la secta del Coran, cuyo odioso signo miraba á los piés de María.

Dice la historia que subiendo el recien convertido capitan vizcaino, Ignacio de Loyola, la áspera cuesta de Montserrat en compañía de un cierto morisco, hubo éste de soltar en mal hora su lengua blasfemando de la pureza sin tacha de Nuestra Señora. Hirvióle en las venas al santo Penitente de Manresa la antigua sangre de caballero y de militar, y dice el historiador que estuvo á pique de emprender contra el deslenguado á estocadas con aquella misma espada que iba á colgar en el muro del insigne Santuario. No habia entonces en España caballero bien nacido, por mucho que hubiese templado con la austeridad los brios naturales, que no hubiese sentido igual tentacion, y no todos hubieran podido fácilmente sobreponerse á tales impulsos.

La expresion más ardiente y más ideal del dogma teológico de la Concepcion Inmaculada hallóla el arte en España con el genio de Murillo. Identificado con el espíritu nacional el esclarecido maestro de la escuela sevillana, dió al mundo el colosal y admirable lienzo que nos envidia Europa y cuya posesion material nos arrebató el enemigo, ya que no pudo quitarnos la gloria de haberlo producido.

En las escuelas no se oia sobre este punto discordancia de pareceres: libre era en rigor la discusion teológica de él, pero la consideraban vedada la piedad y el respeto, y lo sancionaban así solemnísimos juramentos. Es que bajo las en apariencia frias togas y borlas académicas latia el mismo corazon español que bajo el arnés de los paladines y el justillo de las damas y la púrpura de los reyes.

El vulgo de las calles y plazas no sabia, cierto, de disertaciones ni de silogismos; pero en coplas y villancicos, de que andan llenos aún nuestros magníficos cancioneros, expresaba sobre este misterio su profunda teología, para gloria suya y vergüenza nuestra, más profunda en su católica sencillez que muchos y muchos libracos modernos que hoy admiramos por muy sólidos y muy sabiondos.

De aquella rica herencia de fe y de amor á María Inmaculada nos quedan aún, en medio de las presentes borrascas y de los presentes naufragios, restos tan preciosos, que con ellos tuviéranse todavía por opulentas y afortunadas cien otras naciones.

En la casa del ciudadano español, por una tradicion cuyo orígen de puro inmemorial es desconocido, se entra con el saludo *Ave María purísima,* al cual se contesta *Sin pecado concebida.* Y si algunos grandes centros de poblacion dejan perder, en odio á todo lo antiguo, esta nobilísima costumbre, es todavía bastante general en el resto del país, para que se la tenga aún por universalmente practicada. Y no contentas con eso, conservan muchas familias esta salutacion esculpida en grandes caracteres en la piedra del dintel de sus respectivas casas.

No se canta la hora por la noche en muchas poblaciones de nuestra patria, sin que el vigilante nocturno salude cada vez antes de ella, con la misma fórmula popular, á la purísima Concepcion de María.

Al entrar en nuestras iglesias, desde la más ostentosa catedral hasta la más arrinconada parroquia, lo primero que llama la atencion es por lo regular la imágen de María santísima de la Concepcion, bien sea en altar expresamente á Ella dedicado, bien en el segundo alto del retablo mayor, como es costumbre en muchas iglesias de Cataluña.

Enumerar las asociaciones de clases mil, las calles, los buques, las casas de educacion, los asilos de beneficencia, que se honran con tener por titular á María en este misterio, fuera cuento de nunca acabar y cansaría la paciencia de nuestros lectores.

Citar las coplas y villancicos, los romances y ovillejos, las letrillas y sonetos que han dedicado á este misterio las musas españolas, así las clásicas y académicas, como las populares y de encrucijada, sería cuestion de componer un libro más bien que un reducido capítulo.

Y hay que hacer sobre esto una observacion. España, que con tanta razon ha sido llamada *la nacion teológica,* lo es principalmente en lo relativo á este misterio, que por lo mismo que no fué definido como dogma de fe hasta nuestros dias, y podia ser en cierto modo objeto de libre controversia, fué con más viveza defendido por nuestro piadoso pueblo, eco fiel en sus cantares de taller y de plazuela de lo mismo que con sendos silogismos sostenian nuestros doctores en las escuelas. Así el célebre argumento de Escoto en favor de la Concepcion Inmaculada, *potuit, decuit, ergo fecit,* lo tiene de muy antiguo admirablemente resumido nuestro pueblo con no menor concision y energía en aquella desenfadada copla que vale toda una disertacion:

¿Quiso y no pudo? No es Dios.
¿Pudo y no quiso? No es Hijo.
Digan, pues, que pudo y quiso.

Pero ¿qué dirémos de los admirables *Gozos* que andan siglo há en boca hasta de nuestros labriegos y artesanos, Gozos que son un tratado completo del misterio de este dia, verdadera teología escolástica en verso, que se canta aún en nuestras casas, campos é iglesias, por más que el estilo conceptuoso, que era el primor de la época en que se hizo la composicion, haga difícil para el profano la inteligencia de algunas estrofas; Gozos á cuya explicacion teológica hemos visto dedicado un libro entero, y que á pesar de su sublimidad hemos oido íntegros en nuestras Romerías de labios de personas que ni siquiera tal vez sabian leer? ¿Quién ignora aquel tan español

Para dar luz inmortal
Siendo Vos alba del dia,
Sois concebida, María,
Sin pecado original?

con las demás estancias que siguen, cada una de las cuales encierra uno de los argumentos con que demostraba la escuela Franciscana los fundamentos de esta creencia? De mí sé decir que despues de haber aprendido en mi niñez de los labios de mi madre aquellos versos, quedéme pasmado cuando más tarde me los escuché convertidos en silogismos en las aulas de teología.—Tan cierto es que acá en nuestro país ha sido siempre tan popular el culto de María Inmaculada, y que al tratar de él hállanse como por encanto teólogos hasta los legos menos instruidos.

Por donde muy atinadamente hizo observar á nuestro gran Pio IX el ilustre jefe de la expedicion barcelonesa en la primera memorabilísima peregrinacion, que en España, tocante al misterio de la Inmaculada Concepcion, como tambien el de la infalibilidad pontificia, el pueblo fiel se habia como anticipado al juicio definitivo de la Santa Sede, inspirándose en el más recto sentir de la Iglesia y de sus Doctores aún antes de que se le obligase á creer como de fe lo que su profundo instinto católico le decia ya ser lo más seguro. Y en tanto es esto verdad, que muchas buenas gentes no sabian darse razon de la definicion dogmática del año 54, haciéndoseles extraño el que se promulgase como nueva la obligacion de creer lo que ellos siglos há venian considerando poco menos que como verdad ya de siempre obligatoria.

Y fuerza es confesar que en nuestros dias no se rompe, no, ni se adelgaza siquiera, esta hermosa tradicion española. ¡Gran dia es aún el dia de hoy en todas partes, y ¡María Inmaculada! sigue siendo el grito santo de este pueblo en medio de sus desdichas y azares! No sabemos lo que serémos mañana en lo demás, ni qué destinos puede todavía reservar el cielo á esa nacion sin ventura; pero de fijo que no dejarémos de ser el pueblo de la Inmaculada Concepcion! No nos abandonará nuestra Madre que está en los cielos y á cuya glorificacion ha contribuido con tanta firmeza la nacion española!

La cuna del Catolicismo en nuestra patria fué, digámoslo asi, mecida con cantares á la Inmaculada Concepcion. La tradicion española señala como primer templo católico erigido en España el del Pilar de Zaragoza, y este templo no sólo fué erigido por san Jaime bajo la advocacion de María, si que lo fué bajo la advocacion de María en el misterio de su Concepcion Inmaculada. De tan antiguo se cree así en aquella santa Iglesia, que ya antes del siglo VII se cantaba en ella un himno á la dedicacion de la misma, compuesto por Marco Máximo, obispo de aquella Sede, citado y elogiado por san Isidoro y por san Ildefonso en sus tratados *De Viris illustribus*, del cual son las dos estrofas siguientes, rudas y toscas como de aquellos tiempos:

Ostendit illi se hilarem
Suoque natalitio
Conceptionis aureæ
Templo manent encomia.
Hinc mos habet principium
Hunc celebrandi jugiter
Populis Iberiis diem
Qui durat usque hodie.

¿Y por ventura no lo afirma textualmente un texto del *Cronicon* de Flavio Dexter, publicado en 390 y dedicado por este autor al gran Padre de la Iglesia san Jerónimo, en el cual se hallan estas terminantes palabras: *A Jacobi prædicatione celebratur in Hispania festum illibatæ et Immaculatæ Conceptionis Dei Genitricis Mariæ?* ¿Y no declara lo mismo la antiquísima fórmula de juramento que prestan los canónigos de la Basílica del Pilar al tomar posesion de sus prebendas, en la cual se menciona la obligacion de defender *Purissimam et Immaculatam Virginis Conceptionem quam protomartyr apostolorum Jacobus... per totum tempus suæ vitæ propagare fuit conatus?* ¿Y qué mucho si el gran poeta español Prudencio tiene ya en su *Cathemerinon* los siguientes versos, en los que, segun dice el erudito escritor de quien tomamos estas noticias, no se hubiera expresado mejor el cantor cristiano del siglo IV, si doce ó catorce siglos despues hubiese tenido á la vista los admirables lienzos de Murillo y de Juan de Juanes? Oigámosle como glosa en verso el *Ipsa conteret caput tuum*, que fué la primera profecía de este misterio:

Hoc odium vetus illud erat,
Hoc erat aspidis atque hominis
Digladiabile dissidium,
Quod modo cernua fœmineis
Vipera proteritur pedibus.
Edere namque Deum merita
Omnia Virgo venena domat;
Tractibus anguis inexplicitis
Virus inerme removit
Gramine concolor in viridi.

La Iglesia de Avila tiene una fórmula de juramento análoga á la del Cabildo del Pilar, y en ella expresa haber recibido la creencia en la Inmaculada Concepcion de san Segundo su fundador, discípulo de los Apóstoles. *Gloriosissimam Virginem Mariam,* dice, *sine originalis peccati labe conceptam esse, Patres nostri annuntiaverunt nobis, nimirum, sanctissimus Secundus Apostolorum discipulus.* El Oficio gótico dice que tal festividad la introdujo en Guádix san Torcuato, otro de los siete discipulos de Santiago, y téngase en cuenta que el Oficio fué ya revisado y sancionado en el siglo VII por san Isidoro, hermano de san Leandro, ambos arzobispos de Sevilla. Por san Leandro fué compuesto en el siglo VI el Breviario llamado despues Mozárabe, y en él se señala ya para el 8 de Diciembre la fiesta de la Inmaculada Concepcion. De san Ildefonso, arzobispo de Toledo en 653, no hay que hablar, pues sabidas son aquellas palabras suyas en el libro *De perpetua virginitate sanctæ Mariæ,* que escribió contra el hereje Joviniano: *Nullis quando nata est subjacuit María delictis, nec contraxit in utero sanctificata originale peccatum.*

Wamba por su celo en extender la fiesta de la Inmaculada Concepcion de María mereció ser llamado por los Padres del Concilio Toledano XI: *Defensor de la Purísima Concepcion de María.*

Ervigio, en una ley en que señala las principales fiestas que deben celebrarse en España, pone entre ellas *la de la Inmaculada Concepcion.*

Y desde entonces en cada página de nuestra historia, en cada libro de sus doctores, en cada código de sus diferentes reinos, en cada canto de sus poetas, suena y se repite y se ensalza el misterio de la Inmaculada Concepcion. El hilo de esta tradicion gloriosísima no se rompe ni un momento en nuestra historia. Sobre todo, los monumentos de la fe popular acerca este dogma son infinitos y brillantísimos. Véase cómo la cantaba nuestro pueblo catalan en el siglo XII, segun curioso documento hallado en uno de nuestros archivos:

Verge es Purissima
La vostra Concepció
Ja antes que fosteis engendrada
Per Joachim é donada...
Per gracia especial
Del Senyor Déu eternal
Del pecat original
Agué preservació;
E de puritat dotada
E sanctament amada
Fóu per Déu é preservada
De tota corrupció.

¿Y cuánto no enaltece á nuestra insigne Catedral barcelonesa la siguiente estrofa de un himno de aquella misma época, en que se habla de la fiesta de la Inmaculada concepcion, mencionando la devota procesion con que todavía se celebra hoy dia?

Quolibet anno
Cum chordis et organo
In Sede Barchinonæ
Ubi cum processione
De Puritate Virginis
Festivitas fit solemnis.

¿Y cómo no citar entre mil una muestra siquiera del estilo con que la ensalzaba la poesía castellana algunos siglos despues, acorde siempre con el sentimiento unánime del pueblo español sobre este misterio, que más que otro alguno puede España con toda razon llamar suyo? Sirva de ejemplo la linda *canzoneta* del sevillano Miguel Cid, que al azar tomamos de nuestro riquísimo *Cancionero*. Véase con qué delicadeza junta las alabanzas de los dos misterios más queridos de nuestro pueblo: el del santísimo Sacramento y el de la Concepcion sin macilla:

Dios para darse en comida
En este Pan celestial,
Tomó la carne escogida
De María, concebida
Sin pecado original.
En esta mesa tan bella
Puso la carne María,
Porque Dios no la tenia
Si no la tomara della:
Cristo á los hombres convida
Y da su cuerpo real
En la carne recibida
De María, concebida
Sin pecado original.
Si para contra el pecado
Hizo Dios este manjar,
¿Cómo habia de tomar
Carne donde hubiera entrado?
Es el maná de la vida
En quien Dios puso el caudal,
Y es la sangre esclarecida
Que le dió la concebida
Sin pecado original.

Así sentia todo nuestro pueblo, así discurria él, así cantaba, esta era su teología popular. ¡Gran pueblo á quien, como el de Israel, señaló el Señor grandes destinos mientras no fué él ingrato con Su Divina Majestad!

Todavía es hora quizá, católica nacion, hija predilecta del Catolicismo y de María Inmaculada! ¡Todavía es hora quizá y todavía puedes resucitar y ser grande como en pasados tiempos! ¡Ah! Es verdad, demasiado es verdad, una á una han ido malbaratando tus dominadores tu rica herencia de diez y nueve siglos. Hoy infeliz mendiga y pordiosera de extranjeras doctrinas, ni sombra eres de lo que fuiste, y sólo destrozados girones puedes ostentar de tu antigua magnificencia. ¡Ah! si, es verdad, demasiado verdad; acaso de ninguna otra con más razon que de tí puede repetirse aquella dolorosísima exclamacion de un Profeta. *Filii Mempheos et Taphnes constupraverunt te usque ad verticem.* Pero alza los ojos, enjuga siquiera hoy tu eterno llanto, y confía. La antigua levadura no se ha perdido del todo: queda punto de partida para una restauracion gloriosa. Vives todavía en la fe y en el amor de Maria, y María te salvará. Puede la serpiente que se ha enroscado en tí tenerte más ó menos tiempo apretada en sus anillos entre congojas de muerte. Pero ¡no lo dudes! ¡hoy menos que nunca lo dudes! ¡Maria, nuestra Madre Inmaculada, la aplastará!

Ahora bien. En este dia feliz, dia grandioso, dia de júbilo y gala para esa hidalga tierra, ¿qué le vas á pedir tú, lector ó lectora que eso traes entre manos? ¿qué le vas á pedir tú á la Reina Inmaculada del pueblo español?

Mira que es aquel, en la Corte de esa Reina, dia de real y generosa audiencia, y sin duda aguarda allí con maternal impaciencia nuestra Soberana á que le presente España por manos de sus hijos leales su rendido memorial.

Oye, pues, lo que vas á suplicar á tu Madre, cuando al pié de su altar, apretando en el corazon el Cuerpo y Sangre preciosísimos de su divino Hijo que habrás recibido, depongas allí tus súplicas y gemidos, con la dulcísima seguridad de que tu Madre te está escuchando.

Oye, pues, y aprende y fija bien en tu memoria lo que le vas á pedir.

«Señora, ¡ved que esta nacion que siempre fué vuestra desde que os dignásteis fijar un dia en ella vuestro augusto pié, y que desea serlo hasta el dia del universal juicio, hay quien quiere arrancarla de Vos y darla en propiedad á Satanás, vuestro enemigo!

«¡Mirad, Señora, que desbordado torrente de impiedad devasta hoy nuestras ciudades y campiñas; mirad como prosigue tenaz, incansable y sin pudor la prensa malvada su infernal propaganda; oid como blasfeman mil y mil lenguas desenfrenadas el nombre de Dios; escuchad como, no ya á la sombra, sino en público se declara y se hace guerra feroz á la virtud, á la fe y á las honradas costumbres!

«Ved desde el cielo la desvergüenza de ciertos espectáculos, la cínica impudencia de los malos libros, la corrupcion paseándose altiva y orgullosa por calles y plazas, el escándalo y el impudor robándoos cada dia mil y mil almas que son vuestras, porque le cuestan á vuestro Hijo toda su sangre!

«Ved sufriendo cada dia más cruel embate el hogar de vuestros hijos, la escuela donde se nutre la inteligencia, el santuario donde orando se logra la paz del corazon!

«¡Mirad como lo cerca y lo invade todo el enemigo; mirad como redobla el infierno su bramido amenazador; mirad como la azotan por todos lados á vuestra Iglesia y á vuestra España!

«¡Mirad, Señora, como os insultan, y os blasfeman, y os escupen, y os desafian!

«¡Haced brillar sobre esos hijos ingratos vuestro poder de Reina y vuestra bondad de Madre! ¡Llenad de confusion sus rostros y de remordimiento sus almas, para que avergonzados se conviertan y vuelvan á vuestro Hijo y á Vos!

«¡Madre! ¡Madre! ¡Por esos vuestros hijos extraviados, por los que os son todavía fieles, por el Papa, por vuestra España, rogad á Dios!»

Hé aquí una breve plegaria que en tal dia puedes dirigir por las actuales necesidades de la Iglesia y de la patria á María en su Inmaculada Concepcion.

ORACION Á MARÍA INMACULADA.

¡Inmaculada María! ¡Reina poderosa, cuyo pié vencedor aplasta la cabeza del dragon infernal! Tambien nuestras almas sostienen fiero combate con este monstruo enemigo de Dios y de ellas. De una parte está el infierno con el ejército formidable de los suyos; de otra la Iglesia con el rebaño humilde de vuestros hijos. Al frente de ella sostiene la bandera de Dios nuestro invicto Pontífice, y vuestra España es uno de los puntos que sufren más recia la batalla. ¡Enseñad Vos á nuestras almas á luchar, Madre nuestra inmaculada, y ayudadlas Vos á vencer!

¡Maria, vencedora del infierno! ¡Por el Papa, por vuestra España, por vuestros hijos é hijas, rogad á Dios!

Dios Padre celestial, por los méritos de vuestra inmaculada Hija, tened compasion de nosotros.
Hijo de Dios Redentor, por los méritos de vuestra inmaculada Madre, tened...
Espíritu Santo Dios, por los méritos de vuestra inmaculada Esposa, tened...
Santa Trinidad un solo Dios verdadero, tened...
Santa María, rogad por nosotros.
Santa Madre de Dios,
Santa Vírgen de las vírgenes,
Madre Purisima,
Madre Inmaculada,
Reina concebida sin pecado original,
Vírgen, Patrona del Papa,
Virgen, Patrona de las Españas,
Por el triunfo de la Iglesia y conversion de sus enemigos,
Por la vida, bienestar y libertad de nuestro amadísimo Pontífice,
ROGAD Á DIOS.
Por la felicidad y libertad de nuestra Iglesia de España,
Por la santificacion y trabajos apostólicos de su clero,
Por el consuelo, tranquilidad y perfeccion de las religiosas,

Por el aumento de la propaganda de los impresos católicos,
Por el aumento y fruto de las sociedades católicas,
Por la santidad del matrimonio y de la familia cristiana,
Por la pureza católica de nuestra enseñanza,
Por la reforma católica de nuestra legislacion,
Por el esplendor de nuestro culto público y sosten de sus ministros,
Por la destruccion de las sociedades enemigas de Jesucristo,
Por el cristiano acierto de los gobernantes,
Por las infelices víctimas del masonismo, protestantismo y espiritismo,
Por las clases trabajadoras, tan expuestas á las seducciones de la impiedad,
Por los niños cristianos, esperanza del porvenir en nuestra pobre patria,
Por las escuelas nocturnas y dominicales,
Por las instituciones de beneficencia segun la ley de Dios,
Por la union de todos los corazones en el sagrado Corazon, y terminacion de las divisiones que nos afligen,
Por el aumento del culto del sagrado Corazon de Jesús,
Para que siga siendo perpetuamente nuestra España la nacion más devota de María y la más adicta al Pontificado,
Por todos los que oran, sufren y trabajan por nuestra santa fe,

ROGAD Á DIOS.

María concebida sin pecado original, rogad á Dios nos libre de todo mal.

María concebida sin pecado original, rogad á Dios nos libre de todo mal.

María concebida sin pecado original, rogad á Dios nos libre de todo mal.

ORACION.

¡Oh Dios poderoso, que nos habeis dado por Madre nuestra á vuestra dulcísima Madre, y que muy en particular la habeis hecho Patrona de España y del Papa en el misterio de su Concepcion Inmaculada! con el más profundo gemido de nuestro corazon os suplicamos mireis bondadosamente, por sus méritos, á nuestra desventurada patria, conservando perpetuamente en ella el tesoro de la fe y de la moral de Jesucristo, y la adhesion sin límites á la santa Iglesia católica, apostólica, romana. Amen.

LA EXPECTACION DEL PARTO DE LA VÍRGEN

Ó NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA.

OCHO dias antes de Navidad ha colocado la Iglesia una fiesta especial de deseo, de impaciencia, de amoroso anhelo. Es la de la Expectacion del parto de María santísima, llamada vulgarmente Nuestra Señora de la Esperanza, ó tambien de la O, por una serie de antífonas que en tal dia empieza á cantar la Iglesia en su Oficio, y que principian todas por esta exclamacion. Vienen á ser estos ocho dias una como octava anterior á la gran fiesta que se aguarda, al estilo de las ordinarias octavas que suelen seguir á las fiestas más principales. Es antiquísima ésta de la Expectacion de Nuestra Señora, pues en los más antiguos monumentos de la Iglesia de España, consta que ya en tiempos de san Ildefonso se celebraba, pues en el rezo matutino de esta solemnidad fué cuando este esclarecido Arzobispo de Toledo recibió aquel tan señalado favor, de que la Reina de los cielos le regalase por sus propias manos una casulla en recompensa de los trabajos con que habia vindicado su virginidad contra los herejes de su siglo.

No es difícil figurarse cuáles serian los ardientes deseos y vivísima expectacion de María santísima al acercarse dia tras dia, hora tras hora, el instante feliz de su glorioso alumbramiento. Conocia toda la grandeza del misterio que se habia obrado en sus entrañas, y amaba al Niño que iba á estrechar en sus brazos, con todo el ardor sobrenatural de Madre de un tal Hijo. Considerábase á sí propia hecha templo, sagrario, cielo de la segunda Persona de la santísima Trinidad que corporalmente participaba de su propia vida y de su propia sangre, y á la que iba á poder llamar en breve con el dulce nombre de ¡Hijo! y á ser llamada por Él con el no menos amoroso de ¡Madre! Crecian, pues, sus ansias, conforme crecia la proximidad del suspirado momento, y crecian á medida de ellas el amor y el continuo arrobamiento.

Por estos dias debe fijarse la salida del Edicto imperial de Augusto César que mandaba á todos sus súbditos empadronarse en el lugar de donde eran oriundos. Obedeciendo á tal mandato, María y José tuvieron que trasladarse á Belen, de donde procedia su familia, para inscribir sus nombres en el registro público. Las consolaciones interiores que gozaba María en su retiro de Nazaret, esperando el nacimiento de Jesús, viéronse, pues, interrumpidas por la fatigosa marcha á Belen, por los azares del camino, ruido de las gentes, incertidumbres del hospedaje, que dieron por resultado tener que recogerse la tarde del 24 de Diciembre la desvalida pareja en un derruido portal. En lo cual vemos admirablemente significado, que ni áun de las mismas espirituales dulzuras quiere Dios tengamos en este mundo tranquila siempre y sosegada posesion, pues Su Divina Majestad quiere ser servido mejor mil veces con ásperos trabajos y dura contradiccion de nosotros mismos que con regalos y consuelos. A María no le valió su carácter excepcional de Madre de Dios, sino para ofrecer más relevante ejemplo de esa sublime abnegacion, que sabe renunciar por Dios hasta los mismos goces purísimos que del mismo Dios proceden. ¡Cuánto más habrá obligacion de sacrificar á veces en aras de su voluntad santísima los goces todos, áun los más legítimos, que provienen de las criaturas!

LA VÍSPERA DE NAVIDAD.

DESDE los primitivos tiempos celebró la Iglesia con cierta solemnidad el dia, ó mejor, la noche que precede á determinadas fiestas, queriendo que hubiese como una preparacion de los corazones para entrar con fruto en ellas. Así la palabra *vigilia*, que significa velada, no denota más que el modo principal de disponerse para tales fiestas, que era pasar en vela, orando y cantando alabanzas á Dios, la noche anterior á ellas.

Por la mañana de esta vigilia en todas las iglesias donde hay Horas y Misa conventual se canta lo que se llama *La Calenda de Navidad*. Llámase asi la leccion del Martirologio romano correspondiente á la víspera de Navidad. El Martirologio viene á ser como el calendario oficial y universal de la Iglesia católica. Léese siempre con un dia de anticipacion, es decir, la víspera para el dia siguiente, por cuya razon se canta el dia 24 la leccion correspondiente á la gran festividad del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, que por inmemorial tradicion se celebra el 25 de Diciembre. Pero por ser esta fiesta solemnísima y su fecha la principal que recuerdan los anales cristianos, la Iglesia la anuncia con mucha mayor solemnidad, no contentándose con la simple indicacion de ella como en las demás, sino usando para eso rito especial y un lenguaje que claramente denota la grandeza del misterio que se conmemora. El sacerdote encargado de este canto se reviste de capa pluvial morada, y le asisten durante él dos acólitos con velas encendidas, como durante el Evangelio. Los asistentes están todos de pié hasta pronunciarse las palabras *In Bethlehem Judæ,* en que se postran de rodillas. El texto de este magnífico pregon, con que anuncia cada año al mundo la Iglesia la celebracion de la Natividad del Hijo de Dios, dice así:

Octavo Kalendas Januarii (que corresponde en nuestro idioma al 25 de Diciembre) *Luna...* (aquí la indicacion del dia segun el cómputo lunar).

Anno à Creatione mundi, quando in principio creavit Deus cœlum et terram, quinquies millesimo centesimo nonagesimo nono: A Diluvio vero anno bis millesimo nongentesimo quinquagesimo septimo: A Nativitate Abrahæ anno bis millesimo quinto decimo: A Moyse et egresu populi Israel de Ægipto anno millesimo quingentesimo decimo: Ab unctione David in Regem anno millesimo trigesimo secundo: Hebdomada sexagesima quinta juxta Danielis prophetiam: Olympiade centesima nonagesima quarta: Ab urbe Roma condita anno septingentesimo quinquagesimo secundo. Anno Imperii Octaviani Augusti quadragesimo secundo, toto orbe in pace composito, sexta mundi ætate, Jesus Christus, *æternus Deus, æternique Patris Filius, mundum volens adventu suo piisimo consecrare, de Spiritu Sancto conceptus, novemque post conceptionem decursis mensibus in Bethlehem Judæ nascitur ex* Maria *virgine factus Homo.*

(Y aquí esfuerza la voz el lector, y canta en tono de Pasion):

Nativitas Domini nostri Jesu Christi *secundum carnem.*

Que traducido al vulgar significa:

«De la creacion del mundo, cuando en el principio crió Dios el cielo y la tierra, el 5199: del diluvio el 2957: del nacimiento de Abrahan el 2015: de Moisés y de la salida del pueblo de Israel de Egipto el 1510: de que fué ungido David por rey el 1032: en la semana 65 en conformidad con la profecía de Daniel: en la olimpíada 194: de la fundacion de Roma el año 752; en el 42 del imperio de Octaviano Augusto, estando todo el orbe en paz, en la sexta edad del mundo, JESUCRISTO eterno Dios é Hijo del eterno Padre, queriendo consagrar al mundo con su piadosísimo advenimiento, concebido por virtud del Espíritu Santo y transcurridos nueve meses desde su concepcion, nace de MARÍA Vírgen en Belen de Judá hecho Hombre.

«La Natividad de NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO segun la carne.»

Y á continuacion se canta en tono menos solemne la indicacion de los demás Santos que la Iglesia conmemora en el mismo dia.

Indecible es el efecto de esta solemnísima leccion cuando se la escucha con los debidos sentimientos de fe en el augustísimo y trascendental misterio que con ella se anuncia. El recuerdo sucesivo de las más grandes fechas antiguas del género humano en relacion con la del Nacimiento del Salvador prometido, eje de toda la historia, clave primordial de todos los sucesos de ella, expectacion de más de cuarenta siglos y fin supremo de todos ellos, y en órden al cual fueron todos previstos y ordenados desde la eternidad, es de imponente grandeza y de un carácter oratorio que raya en lo sublime. La humanidad toda se ve desfilar majestuosamente como abriéndole paso ó sirviéndole de espléndido cortejo al Unigénito de Dios Padre, por Él constituido heredero de todas las cosas, verdad de todos los símbolos, realizacion de todas las figuras, cumplimiento de todas las profecías. De desear fuera que no les pasasen desapercibidas á los fieles bellezas tan admirables de nuestra santa liturgia. La Iglesia, la gran artista del corazon, las ha dispuesto para con ellas conmovernos y subyugarnos, y para disponernos así más dulcemente á la adoracion y culto de los santos misterios que recuerda, y á las siempre vivas esperanzas del cielo en que han de tener ellos para nosotros su última y definitiva consumacion.

La *Calenda* en muchas casas religiosas no obligadas al coro se canta en el refectorio antes de la colacion frugal de Noche-buena, y despues de ella se dan y se reciben las primeras felicitaciones de Pascuas.

Todo el rezo de esta gran víspera es entrañabilísimo, y diríase que en él no conoce límites la impaciencia de la Iglesia. «Hoy sabréis, nos dice en el Invitatorio, que vendrá el Señor, y mañana veréis su gloria.» Y como si fuese esta la única idea que preocupa su entendimiento, la repite en todas partes y de mil modos distintos. «Santificaos hoy, y estad preparados, porque mañana veréis entre vosotros la majestad de Dios. Mañana quedará borrada la iniquidad de la tierra, y reinará sobre vosotros el Salvador. Judea y Jerusalen, no temais; mañana el Señor estará con vosotros. El Señor viene, salidle al encuentro. Mañana será vuestra salvacion.» No parece sino que este «mañana» feliz tiene de tal modo embargada la atencion de nuestra Madre, que no la consiente fijarla en otro pensamiento alguno. Y en esto anduvo profundamente filosófico el que dictó el rezo eclesiástico. ¿No es esto lo que pasa al ver llegar por fin la realizacion de una promesa largo tiempo anhelada? Esta impaciencia, este frenesí amoroso ¿no es el carácter propio y especial de todo ardiente deseo? Estas repeticiones ¿no expresan, más que otro lenguaje alguno, la idea de una felicidad de cuya próxima posesion no acaba aún de convencerse el mismo que va á obtenerla?

Las campanas llaman al anochecer á los fieles al Oficio matutinal y á la Misa de media noche. Aquel es digno del asunto que lo inspira. Tachados seríamos de minuciosos si quisiésemos enumerar y ponderar cada una de sus bellezas. El corazon creyente encuentra allí objeto para las más dulces meditaciones, el poeta rasgos hermosísimos á cada paso. Algunos responsorios son verdaderos idilios. «¿Qué habeis visto, pastores? Decid, anunciadnos ¿quién ha aparecido sobre la tierra?» «Hemos visto al recien Nacido, y á los coros de los Angeles que alababan al Señor.»

Isaías nos pinta en el primer Nocturno el regocijo de toda la tierra por la aparicion de su Salvador. «El pueblo, dice, que estaba sentado en tinieblas, vió una gran claridad; una luz amaneció á los que habitaban en la region de la sombras de la muerte. Alegráronse, Señor, delante de Tí, como se alegran en sus mieses los labradores, como se regocija el vencedor en su botin, cuando reparte los despojos... Porque un Parvulillo nos ha nacido y un Hijo nos ha sido dado, y será llamado su nombre, Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de paz... Consolaos, consolaos, pueblo mio, dice el Señor; levántate y revístete de fortaleza; álzate del polvo, y desata las ataduras de tu cuello, cautiva hija de Sion... Pues sin precio habeis sido vendidos, sin precio de plata seréis rescatados.»

San Leon Papa nos habla en el segundo Nocturno. Su voz no es ya la del poeta, es sí la del orador cristiano con toda la pompa y magnificencia de los mejores modelos de la elocuencia latina: «Nuestro Salvador, amados mios, acaba de nacer; alegrémonos. Porque no es lícito entristecerse cuando se celebra el nacimiento de Aquel que es verdadera vida, y que nos disipa los temores de la muerte haciéndonos partícipes de las alegrías de la inmortalidad. Nadie está exceptuado de estos regocijos... Alégrese el santo, porque se acerca á la victoria; gócese el pecador, porque es convidado al perdon; anímese el gentil, porque es llamado á la luz.»

Los tres Evangelios que se han de leer en las tres Misas del próximo dia dan tema á otros tres santos Padres para las lecciones del tercer Nocturno. San Gregorio Magno expone místicamente la circunstancia de haber nacido el Salvador en Belen; san Ambrosio la vigilancia de los pastores y su prontitud en acudir á dicha ciudad al llamamiento del Angel; san Agustin, por fin, demuestra con las palabras de san Juan la divinidad del Verbo y su eternidad, contra los arrianos. Los Maitines acaban, como es regla general, con el canto del *Te Deum*, que nunca resuena tan grato bajo las bóvedas sagradas como en la presente festividad; y á sus majestuosos acentos únense otra vez con regocijada armonía las campanas, fieles intérpretes del alborozo y festivo entusiasmo que anima á la sazon todos los corazones creyentes.

Cosa rara con las fiestas de Navidad sucede cada año. Ofrecen entre todas las del calendario cristiano una particularidad en que tal vez nunca se han fijado mis buenos lectores, pero que reconocerán de un modo evidente así que se la señale yo.

Son fiestas que, por decirlo así, se sienten venir.

—¡Pues vaya! me responden á una voz de mil lados diferentes; ¡si es lo que pasa cada año! ¡Si es lo que me sucede á mí! añade uno. ¡Y á mí! replica otro. ¡Y á mí! ¡Y á mí! ¡Y á mí! vociferan todos.—

Pues bien, replico yo: este es el fenómeno psicológico de estos dias, tal como declaran infinidad de testigos. Extendámonos ahora sobre él en algunas filosofías, sin salirnos ¡por supuesto! de nuestra usual esfera campechana y popular.

¿No les parece á Vds. que el nacimiento de un muchachuelo infeliz que tuvo lugar hace diez y nueve siglos allá en un soportal ó covacha de las cercanías de Belen, no habia de traer en pos de sí tan larga cola, si ese muchachuelo al fin no fué sino un nene como los demás? Pues qué, ¿tanta novedad ha de ser para el género humano nacerle á una mujer casi mendiga un chico, para que se perpetúe despues durante más de mil ochocientos años la manía de acordarse de él? ¿Y cómo le ocurrió al género humano empezar á dar importancia alguna á tal nacimiento? ¿Y cómo siguió dándosela algunos años ó siglos despues? ¿Y cómo sigue el muy terco en la necedad de continuar creyendo que la tiene aún hoy? ¿Qué ha visto el mundo de particular en este chicuelo desharrapado, para fijarse en él más que en otros mil que al parecer debieran más que él atraerse sus miradas? ¿Qué punto luminoso han llegado á columbrar los hombres todos en el fondo de esa oscura cueva y de esa oscura noche, para que á tal noche y á tal cueva desde aquel momento no las hayan ya perdido de vista jamás?

¡Ah! Mucho brillan las luces del siglo actual, mucho brillan, y mucho y hasta demasiado deslumbran. Y á pesar de todo no logran ofuscar el resplandor de esa lucecita inmortal que á la distancia de mil ochocientos años... aún se admira. El espléndido gas eclipsó hace poco á los antiguos reverberos de aceite, dejándolos en la categoría de mortecinas candilejas. La fulgurosa electricidad eclipsa hoy al gas, que al lado de ella resulta pálido como velon de cocina. Mañana tal vez un nuevo invento dejará eclipsada y semi-fosfórica la misma electricidad. Y ¡cosa extraña! á esa lucecita que vemos brillar diez y nueve siglos há en el fondo de un establo (¡de un establo!) de un ruin villorrio (¡de un ruin villorrio!) á esa lucecita, nada ni nadie la logra eclipsar!

¡Ah! Por eso al aproximarse cada año tal fecha, siéntese venir ella, ó mejor la sienten venir todos lo corazones, y la saluda con anticipado estremecimiento de júbilo y amor el mundo entero. Vieja es, pero tiene cada doce meses el encanto de las cosas más nuevas. ¿Qué novedad hay que conmueva en tanto grado las entrañas del género humano como esa viejísima antigualla? Religiosa es, pero se sienten subyugados por su ascendiente hasta los más decreidos; el pobre incrédulo ha de violentar cien veces más que nunca su razon y su conciencia para seguir siéndolo el dia de Navidad! Pueril es, que se trata al fin del nacimiento de un niño; y no obstante humillan los hombres más graves su frente en el polvo y pajas de esta cuna... de esta cuna que no es más que un vil pesebre ó comedero de bestias!

¿Qué más? Pasan instituciones que parecian firmes como rocas; y esa institucion basada en el heno de un establo no pasa. Se ofuscan los recuerdos más brillantes de victorias y de imperios; y ese recuerdo con ser tan humilde no se ofusca. Truécase en todo el hombre, animal de veleidad y capricho, que se hastía hoy de lo mismo que le entusiasmó ayer; y en eso no se trueca. El tal muchacho lo domina todo, se ha impuesto á todos, reconócenle todos; unos por lo finamente que le aman, otros por lo cordialmente que le aborrecen. Rey de los siglos se le llamó en profecía, y lo ha llegado á ser.

¿Cómo se llama eso, incrédulo de mi vida? ¿Cómo se llama eso? ¿Se llama casualidad humana ó milagro divino? Si lo primero, explícala. Si lo segundo, reconócelo. ¡Y si aquello no aciertas y á lo segundo no te decides, cállate al menos y rinde vasallaje con tu confusion y silencio al muchacho del establo, que en verdadero lenguaje cristiano no se llama sino EL NIÑO DIOS!

. . . .

¡Amigos mios, los que teneis la dicha de no necesitar se os echen en cara tales argumentos, dad salida á esa dulcísima expansion de vuestros corazones, regocijaos y otra vez saludad con transportes de júbilo tan hermoso aniversario!

¡Ya viene! *Ecce advenit!* Cuatro semanas de *Adviento* ha puesto la Iglesia como recuerdo de los cuatro mil años que suspiró la humanidad por tan fausto suceso. Estas místicas semanas concluyen ya. ¡Cese el ansia del deseo, y principie el gozo de la posesion!

¡Venid, Señor, venid y reinad! No ya en pobrecito establo, sino en fervorosos corazones; no en pañales de niño, sino en majestuoso atavío de rey; no á iniciar vuestra humana visita al mundo como en Belen, sino á felizmente consumarla en nuestras almas. ¡Navidad inefable, cuyos cánticos de gloria á Dios y paz á los hombres se repitan una vez más acá en la tierra, para perpetuarse sin fin en la dichosa eternidad!

NAVIDAD.

JAMÁS, jamás, en el decurso de seis mil años que cuenta el mundo de existencia, palabra alguna ha sonado más grata á los oidos humanos que esta palabra; jamás otra alguna ha ejercido sobre todos los entendimientos y sobre todos los corazones tan poderoso ascendiente!

La voz que hace diez y ocho siglos resonó en las montañas de Judea anunciando á los atónitos pastores el cumplimiento de las profecías, déjase oir todos los años entre nosotros derramando por do quier raudales de purísima alegría, cual si de ayer fuese el suceso faustísimo que nos trae á la memoria. ¡Sublime poderío de la Religion! Cada año en la estacion de las nieves y de los hielos, cuando la naturaleza aparece más decaida y el corazon del hombre menos dispuesto á la expansion y al regocijo, óyese de repente la voz de la Religion; agítase el mundo todo como movido por misterioso resorte; crecen en todas partes la animacion y el entusiasmo; el anciano siente palpitarle el corazon con igual fuerza y calor que en sus mejores años; y en las ciudades y en las aldeas, en los palacios y en las cabañas, en el templo y en el hogar hierven el bullicio y el alborozo. Así lo publican por todas partes el repique de las campanas, el sonido de los instrumentos músicos y los cánticos de gloria que se levantan al recien nacido Jesús. La Iglesia depone en la celebracion de sus divinos misterios parte de su imponente severidad; los altares se presentan adornados de flores, en medio de las cuales sonrie dulcemente el divino Infante; el órgano se complace en llenar las bóvedas sagradas con los cantares que nos trasladan á los tranquilos dias de nuestra niñez, y en remedar las sencillas tonadas de la zampoña pastoril, delicada manera de festejar á un Dios Niño nacido entre pastores; respírase, digámoslo así, un ambiente de inefable encanto y poesía, y de todos los puntos del globo álzase al Altísimo un himno de gratitud y de alabanza, bien como eco mil veces repetido de aquellas palabras que en tal noche cantaron los coros celestiales sobre el humilde portal: *¡Gloria á Dios en los cielos, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad!*

Cierto que son notables bajo este aspecto del culto exterior todas las solemnidades católicas, mas ninguna en tanto grado como la que en este momento nos ocupa. Bella es sin duda aquella austeridad y tristeza de que se reviste la Iglesia al recordar los padecimientos y muerte afrentosa del Hijo de Dios; muy vivamente le hablan al corazon creyente aquellas sus campanas mudas, aquellas sus imágenes tristemente veladas, aquellos ayes y gemidos con que llora la Viuda inconsolable la muerte del Esposo de su amor. Las naves oscuras y silenciosas resuenan con los quejidos y lamentaciones con que lloró un Profeta la desolacion y quebranto de la hija de Sion; el arpa del Rey penitente presta á los hijos de la Ley de gracia sus tonos más doloridos, digno intérprete del profundo pesar que embarga todos los corazones.

¿Dónde está, empero, la animacion que hace á la presente festividad única en su género, popular por excelencia, risueña y bulliciosa sin dejar de ser sublime? ¿Dónde se ve como en ella acariciada la infancia por imágenes más agradables, y la ancianidad por recuerdos más simpáticos? ¿Cuál sino ella ha inspirado al arte música y literatura exclusivamente propias, que no son ni pueden ser más que música y literatura de Navidad?

El pueblo ha llamado á esta noche *Noche buena*, y la ha idealizado y engalanado con todos los atavíos de su imaginacion. En ella, segun añejas leyendas, hasta la naturaleza inanimada da claras muestras de su regocijo; sonrien las estrellas y trinan las avecillas como en las hermosas alboradas del mes de Abril; el aire se llena de blandos y misteriosos rumores; los niños y las madres se ven favorecidos con halagüeñas apariciones, y al perderse en el espacio las doce campanadas de la media noche, hasta el ganado siente estremecimientos de júbilo en su corral. «Cuando se acerca la hora del nacimiento del Señor, dice un personaje de una tragedia de Shakespeare, el gallo canta toda la noche, ningun espíritu malo se atreve á salir de sus moradas, ningun planeta influye siniestramente, ningun maleficio produce efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos.» Así el pueblo hace intervenir en el regocijo universal á todos los seres de la naturaleza, y nos da á su modo como un comentario de aquella magnífica estrofa que en tal dia canta la Iglesia:

Hunc astra, tellus, æquora,
Hunc omne quod cælo subest
Salutis Auctorem novæ
Novo salutat cantico.

«Las estrellas, la tierra, los mares y todo lo que hay debajo del cielo saludan con un nuevo cántico á este Niño como autor de nuestra regeneracion.»

Por esto las alegrías de Navidad aguárdanse con impaciencia, disfrútanse con afan, y se ven alejarse despues no sin cierto linaje de tristeza, templada únicamente por la esperanza de celebrarlas otra vez el próximo año.

Más de mil ochocientas veces las ha celebrado el pueblo católico, y hasta el dia de hoy no se ha roto en la gran familia cristiana la hermosa tradicion de ellas. Muy á menudo grandes amarguras parecieron conjurarse para borrar del todo la alegría de estos recuerdos, mas en vano. Por algunos dias el corazon ha dado treguas á sus padecimientos, los ojos han cesado de llorar, y las fiestas de Navidad no han dejado de ser fiestas de regocijo.

Mil veces, en estos miserables tiempos de persecucion en que nos encontramos, he procurado consolarme imaginando cómo celebrarian estas fiestas allá en la soledad de sus escondidas catacumbas los cristianos de los primeros siglos. Sigilosamente reunidos en aquellos asilos de la muerte, oyendo el torrente de la furia popular pagana que pasaba rugiendo sobre sus cabezas, amenazados de ver suspendidos sus cantos y ceremonias por los emisarios del tirano, inciertos de la suerte que cabria algunas horas despues á la mayor parte de los concurrentes, ó mejor, seguros de que su sangre correria dentro de poco en el circo ó en el cadalso; aquellos ancianos, aquellas madres, aquellas doncellas, aquellos jóvenes, se alegraban, no obstante, en el Señor recordando su Nacimiento, y pasaban en fervorosa y regocijada vela aquella santa noche, y con festivos cantos traian á la memoria las dulces escenas del portal, de los pastores, de los Ángeles y de los Magos. Tanto es así, que de ellos hemos recibido nosotros algunos de los hermosos himnos con que damos desahogo al corazon en estos solemnes dias.

¡Gran Dios! ¿Y dejarémos de regocijarnos los perseguidos de hoy aunque nos sobren motivos para andar mohinos y desconsolados? ¡Corazones de poca fe! Oid el cántico angelical que no ha cesado de resonar todavía sobre nuestras cabezas desde que por vez primera en la noche de Navidad fué anunciado al mundo: «¡Gloria á Dios, y paz á los hombres de buena voluntad!» Que ruja, pues, desencadenado el infierno, que silbe sobre nuestras espaldas el látigo de nuestros verdugos, que caigan á pedazos nuestros templos y altares, que corra nuestra sangre, que aparente triunfar y consolidar su triunfo el imperio de la blasfemia; el cántico hermosísimo de la noche de Navidad seguirá siendo una verdad como ayer, hoy, mañana y siempre, y la gloria de Dios resplandecerá inmarcesible en los cielos, y la paz de Dios quedará sólidamente asegurada en todos los corazones de buena voluntad. El Catolicismo, mensajero eterno de aquella gloria y de esta paz, proseguirá sin detenerse su marcha inmortal al través de todos los ataques y de todos los obstáculos, y de aquí á mil años ó diez mil, si Dios concede al mundo tan larga vida, será todavía *noche buena* la del 25 de Diciembre, como desde mil ochocientos años atrás viene siéndolo para todo el pueblo cristiano. Sí; los resplandores de esta noche celestial alumbrarán perpetuamente al mundo, hasta confundirse con los resplandores de aquel dia sin noche y sin fin en que la Iglesia de Dios dejará de ser militante para convertirse en pacífica y triunfadora por toda la eternidad.

Dos festividades tienen en el Calendario cristiano el privilegio de imponerse, por decirlo así, no sólo á la porcion fiel y creyente de la moderna sociedad, que es todavía numerosísima, gracias á Dios; sino áun á aquella otra ó decididamente incrédula ó lamentablemente descuidada y olvidadiza. Son la del Nacimiento de Cristo Nuestro Señor y la de su Pasion y Muerte: Natividad y Viernes Santo.

Reparadlo. En ambos dias pasa un fenómeno singular. Encuéntranse en ellos con gran sorpresa suya cristianos, y hasta quizá si es no es piadosos, muchísimos hombres que durante el resto del año dan apenas señales de bautismo, y blasonan áun de impíos y despreocupados. Así que el mismo aspecto exterior de nuestras grandes poblaciones truécase como por encanto en tales dias; diríase que algo insólito trae conmovidos á todos los corazones, y que un pensamiento solo parece dominarlos y los obliga á abstraerse de cuanto con él no tenga relacion. La fisonomía social expresa vivísimo regocijo en el primero de dichos dias, como muestra en el segundo profunda impresion de duelo: siéntese en ellos cierta como invencible necesidad de alzar los ojos al cielo, y de orar, y de ocuparse en algo que no sea negocio político ó diversiones; veréis que buscan solícitos la puerta del templo hasta muchos que otros dias se dignaban fijar apenas desdeñosa mirada en él; algo les debe de hablar al alma que otros dias no les hablaba; algo recuerdan entonces de las santas oraciones aprendidas en la niñez; algo entreven y presienten, en medio de su helada indiferencia, de los consuelos concedidos á la fervorosa piedad. ¡Ah! En España sobre todo, ¿quién no creyera que somos todavía una nacion unánimemente y firmemente católica si sólo nos estudiase, así en el hogar como en el templo y en la plaza, la víspera y mañana del Viernes Santo y el dia de Navidad?

El fenómeno social de que tratamos tiene, á nuestro pobre modo de ver, alguna explicacion; mas hay que buscarla arriba, nada menos que en el órden secretísimo de los designios más altos de Dios. Parécenos que, sin pecar de temerarios, podemos aventurarla. Es tal vez la siguiente.

Dios Padre prometió á su Hijo encarnado darle en juro de heredad todas las naciones: *Daréte todas las gentes en herencia, y te entregaré como posesion tuya todos los confines de la tierra.* Y sin embargo, los hombres, en uso de su libre albedrío, hácense rebeldes al yugo de este suavísimo Dominador, y parecen desmentir de continuo con sus alardes de independencia la promesa del oráculo sagrado. Ahora bien. Dios, seguro de su eternidad para juzgar y castigar al hombre, respeta no obstante durante esta vida aquel su libre albedrío, hasta el punto de tolerar (como en otro lugar indicámos), que el tal gusano guerree insolentemente contra Él. Quiere, sin embargo, resplandezca la realeza y soberana jurisdiccion de su Hijo divino sobre toda criatura, y no quiere aguardar para eso el dia del universal juicio, en que de lleno tendrán su aplicacion las palabras referidas, cuando en su nombre juzgará el Verbo humanado á todas las gentes, *y con vara de hierro las regirá, y las quebrantará como vaso de alfarero.* Quiere que ya en este mundo haya dias en que con toda su gloria brille el señorío de Cristo sobre la humanidad. ¿Y qué dias más oportunos para eso que los señaladisimos que recuerdan el comienzo y el fin de su vida mortal, aquel en que fué adorado Niño en el pesebre y aquel en que fué levantado Víctima en la cruz?

Se nos figura que obra en esto la Providencia como los grandes señores de la tierra, dueños de inmensas posesiones que apenas conocen ni recorrerán jamás por sus propios piés. Los cuales en señal de dominio sobre haciendas que han cedido á colonos y administradores, exigen tan sólo de ellos la entrega anual de una parte mínima de los frutos, más como protestacion de vasallaje que como rédito ó interés de arrendamiento. Así Cristo, Rey de todos los siglos y de todos los pueblos, permite (reservándose castigarlo) que se sustraigan muchos de ellos á su amoroso señorío; no renuncia empero á toda muestra de subordinacion y reconocimiento. Dos veces al año obliga al mundo á prosternarse á sus piés: una vez ante su cuna y otra vez ante su cruz.

Y reparad más todavía. Para que con mayor gloria brille el nombre de este divino Dominador, el mundo, no sólo le presta este vasallaje, sino que se lo presta á la vez forzado y espontáneo. Forzado, porque á pesar de sus preocupaciones y rencores se siente como obligado por irresistible movimiento interior á prestarlo. Espontáneo, porque se lo presta con tanta suavidad, y tan á gusto suyo, y con tanto placer, que mucho más costoso fuérale en tales dias dejárselo de prestar. Pero hay todavía más. El mundo presta completo este homenaje de reconocimiento y sumision, y lo presta con condiciones para él las más humillantes, como para Dios las más gloriosas. En efecto. Lo presta á Dios niño y á Dios Reo. ¿Qué abatimiento mayor que el de un Niño que nace en un establo entre dos bestias, y qué vergüenza mayor que la de un reo vil que muere en un palo entre dos ladrones? Y sin embargo, Dios, para exigirle testimonio de reconocimiento y vasallaje al mundo, no se le muestra en tales dias de otro modo. Y el mundo sabio, culto, ilustrado, orgulloso, pagado de sí y de sus adelantos y poder, se ve obligado á doblar cada año su rodilla ante los pañales del Niño y ante el cadalso del Malhechor. Decid, decid si aparte del triunfo que le reserva Dios Padre á su Unigénito en el dia postrero, podia darse otro más grande, más levantado, más fuera de todo órden natural.

Sí, porque hasta en eso hay una razon de mayor glorificacion para nuestro divino Rey. El mundo es enemigo suyo, anda con Él en tenaz y continua lucha, sin cesar le blasfema, sin descanso le persigue con sus errores, con sus costumbres, con sus inicuas leyes, con su corrupcion. Y sin embargo, quiera ó no quiera, ha de sufrir sobre sí la marca de cristiano que le ha puesto Dios, y no sólo esto, sino que la ha de ostentar, sino que ha de gozarse con ella. Vuelve ¡es verdad! veinte y cuatro horas despues á su acostumbrada rebeldía. Pero ¡qué! Con público y solemne vasallaje ha reconocido dos veces cada año á su Señor. Lo ha reconocido por Señor suyo al nacer y al morir. Y con esto ha acabado de hacerse inexcusable para el dia de la final sentencia, dejando absolutamente justificado el fallo definitivo que le ha de condenar.

Tal nos figuramos á los infernales espíritus, que durante la predicacion del Salvador salian por mandato suyo de los cuerpos obsesos y veíanse forzados á clamar: *¡Sí, Tú eres Cristo Hijo de Dios!* El mundo, á pesar de su maldad, dice tambien en este dia que Cristo es Hijo de Dios, y que en consecuencia la Iglesia de Cristo es la única religion verdadera. Lo dice cuando suspende sus negocios, cuando hace enmudecer sus Parlamentos, cuando cierra sus oficinas y escuelas, cuando en masa se precipita á nuestros templos, cuando, en una palabra, da al dia grande de Navidad el aspecto y fisonomía que debieran tener en buena ley todas las fiestas cristianas del año. Lo dice, sí, pero lo dice como á pesar suyo, lo dice como no creyéndolo, lo dice como obligado por fuerza mayor, lo dice para desmentirlo en todas sus máximas y todas sus obras el dia despues. No así nosotros, amigos mios; no así nosotros, no así. No así el homenaje de los amigos y leales, muy distinto del de los forzados y esclavos. No á medias ha de ser nuestro tributo, no de solo un dia, sino completo, perseverante, con toda la abnegacion del verdadero amor, con todos sus primores y delicadezas. ¿Qué tenemos de comun los verdaderos creyentes y los verdaderos amantes con esotra grey tumultuosa de cristianos de un dia, que sólo se sienten tales bajo la impresion avasalladora de esta grandiosa solemnidad? Amemos, y amemos de veras, y procuremos acreditarlo una vez más al rededor de esta amorosísima cuna de pajas en que espera nuestras adoraciones el divino Rey.

En efecto. Se está bien estos dias en torno del humilde pesebre en donde solloza el Niño Dios. No nos movamos, pues, de Belen. Satisfecho el tributo de alegrías al faustísimo acontecimiento que venimos conmemorando, no nos olvidemos de sacar de él las importantes enseñanzas á que convida. Bien se está aquí entre los cánticos de la tierra y los cánticos del cielo, pero no descuidemos lo principal: observemos y aprendamos.

Cristo al nacer se encuentra rodeado del amor de unos, del odio de otros, de la indiferencia de los más. Esta es la verdad, por muy dolorosa que sea. No todos corrieron con presentes al humilde portal, no todas las frentes se inclinaron con reverencia ante aquella cuna de pajas, no para todos fué motivo de júbilo la aparicion del deseado Mesías. Mientras se estaba realizando en mitad de aquella oscura noche de Diciembre el acontecimiento tan anhelado, dormian profundamente su sueño de error y de ceguedad mil y mil naciones ocupadas en lo que ocupa aún hoy á la mayor parte de los mortales; en sus guerras, en su comercio, en sus placeres, en sus iniquidades. Aun los mismos vecinos de Belen, ciudad claramente nombrada en las profecías, habian dado con sus puertas en rostro á la Madre del recien Nacido, y le habian negado en sus muros un albergue miserable. Gran parte del mundo hallábase, pues, *indiferente* para con su recien nacido Redentor.

¡Mas si hubiesen aquí parado las cosas! Cristo al nacer debia hallar a su alrededor, no sólo la indiferencia, sino la *persecucion*. La política de Satanás que debia clavarle en cruz y ser despues la peor enemiga de su Iglesia, la política de Satanás hallábase entonces personificada en Herodes, como despues ha venido á personificarse en otros impíos gobernantes. Esta falsa política ¡misterio profundo! fué la primera en hostilizar al recien nacido Hijo de Dios, así como parece será la última que se canse de hostilizar su glorioso reinado. Herodes, rey, es verdad, pero rey revolucionario, que debia á la usurpacion el trono de Judá, vió un peligro para su corona en la existencia de aquel Niño, y para quitar á sus planes de dominacion este estorbo no se detuvo ante el asesinato. Conocida es de todo el mundo la sangrienta matanza de los niños Inocentes llevada á cabo por órden de aquel rey.

Hoy la Iglesia católica es Cristo. Lo es porque guarda como depositaria eterna su autoridad, su doctrina, sus Sacramentos y su Cuerpo y Sangre preciosísimos. La Iglesia católica es

Cristo viviente en medio de nosotros, como vivió un dia en Belen y vive hoy glorioso en el cielo. Y esta Iglesia, que es Cristo, vive como Cristo rodeada del amor de unos, del odio de otros, de la indiferencia de muchos.

Ahora, pues, como entonces, hay en torno de Jesús el grupo del odio, el grupo de la indiferencia y el grupo del amor. Estudiémoslos.

¿Conoceis el grupo del odio? Sí que le conoceis, aunque tal vez se os presente algo disfrazado. A él pertenecen los enemigos del Papa que usurpan sus tierras y saquean sus casas religiosas, y le tejen corona de calumnias, y le escarnecen con mentirosas garantías. A él pertenecen los que se mofan de la víctima y aplauden al verdugo, los que en el periódico ó en la tribuna se hacen cortesanos de la usurpacion triunfante. A él pertenecen los que de un modo ó de otro están aheridos á esa liga infernal y subterránea llamada masonismo. Del grupo del odio son los que *arreglan* la Iglesia de Dios despojándola de lo suyo con un decreto, como el bandolero deja arreglado al caminante despojándole de lo suyo con el puñal. Del grupo del odio son los incautadores que han cambiado su antigua significacion al séptimo Mandamiento; los casamenteros por lo civil, que pretenden transformar en cosa lícita lo que en el sexto viene prohibido. Del grupo del odio son los que no despojan á la Iglesia, pero se enriquecen con sus despojos, pues hay poquísima diferencia entre el que roba y el que se aprovecha del robo y engorda con lo robado. Todos esos y muchos más forman en el grupo del odio. Vienen á ser el palacio de Herodes frente á frente del portalejo humilde de Jesús. ¿Los conoceis?

¿Conoceis el grupo de la indiferencia? ¿Quién no lo conoce? Pertenecen á este grupo, además de los que nada saben ni quieren saber de Religion, los que *se resignan* fácilmente á todos los martirios que pasan por ella, con tal que no se toque un céntimo de sus intereses, que á eso no se resignan tan fácilmente. Los que no hallan á faltar el templo, con tal que permanezca abierto el teatro; los que ven sin pena que mengüe el culto, con tal de que no se paralice el comercio. Oid á esa buena gente: «La Religion sufre, la corrupcion crece, las creencias son atacadas. ¡Qué le hemos de hacer! muy sensible es, pero hasta ahora no bajan los fondos públicos, está asegurado el próximo cupon. Al Papa y á los curas no hay que hacerles gran caso... Tienen contraido ya el hábito de quejarse siempre como los viejos. Es necesario conformarse con las circunstancias y no comprometer uno su posicion con imprudentes exageraciones.» ¡Prudencia del infierno! ¡No eres sino la máscara de la indiferencia!

Es el más reducido el grupo del amor. ¡No os asombreis, lectores mios; tambien lo fué en el portal de Belen, y lo ha sido en todos los siglos, y lo será hasta la fin de ellos! A propósito. No querais ser de los más, sed siempre de los menos. El tribunal de Dios no juzgará segun el voto de la mayoría, sino segun el de la minoría; la mayoría saldrá condenada en aquel tremendo juicio, la minoría será la salvada.

¡Grupo del amor! ¡Os veo, os veo, amigos fieles de Cristo, os veo mezclando en estos solemnes dias el llanto de dolor por las amarguras de la Iglesia, con los hermosos cánticos con que solemniza ella el augusto Nacimiento! ¡Os veo poniendo palabras de júbilo en los labios, pero escondiendo el luto en el corazon! ¡Os veo rodeando la persona querida del Papa en su cautividad, alargándole bañada en lágrimas la moneda con que remediais su pobreza, como los pastores de Belen socorrieron con sus presentes al primer pontífice pobre y perseguido, Jesús! ¡Os veo en el templo al pié del ara santa, mezclando aquel nombre bendito en las oraciones que dirigís á Dios, reunidos allí bajo la bóveda santa, mientras ruge allá fuera la impiedad haciendo escarnio de nuestra fe y de nuestra devocion inquebrantables! ¡Os veo á cada uno en el fondo de vuestro humilde hogar; á tí, piadosa madre de familias que educas para Dios y para la Iglesia una generacion fiel; á tí, honrado menestral, que permaneces firme como una roca en tus viejas creencias; á tí, gallardo mancebo, que sientes hervir tu sangre moza al ver tanta iniquidad; á tí, recogida doncella, lirio de pureza y de virtud en medio de las inmundicias de este siglo corrompido! ¡Os veo, amigos mios, católicos fieles, generosos amigos del Papa, corazones intactos, de los que por la misericordia de Dios y para vergüenza de la Revolucion hay todavía tantos y tantos en nuestra desventurada España!

Escucha, lector amigo, y si por casualidad pertenecieres al grupo del odio ó al de la indiferencia, escucha más aún. Los del grupo del amor en el portal de Belen fueron los menos; no obstante, vencieron á los más. Fueron los pobrecillos y despreciados; no obstante, triunfaron de los poderosos. Aquel Niño rodeado de pastores irradia aún sobre nosotros, desde diez y nueve siglos atrás, celestiales resplandores que ni el tiempo ni la distancia han podido oscurecer. Oyelo, pues, lector, bien seas amigo, bien enemigo. Hoy, como entonces, vencerá el Niño del portal, y con Él venceremos nosotros, los pobres, los humillados, los despreciados.

¡Dios Niño! Dios Niño!

¿Quién, si la fe no se la hubiese enseñado, imaginara ser posible la union de estas dos palabras, que tan dulcemente suenan siempre á nuestros oidos, y que áun hoy con sólo su recuerdo traen alegre y regocijada á toda la sociedad cristiana? ¿Cómo, en efecto, pareciera posible fundir en uno los dos tan apartados conceptos de la más alta gloria y de la más ínfima humillacion, de la más tremenda majestad y de la más amable terneza, del poder altísimo que lanza el rayo y habla en el trueno, y de la débil organizacion infantil que tiembla de frio y llora y gime entre las estrecheces de un miserable portal?

Y sin embargo, todo eso es verdad. Sin confusion de naturalezas, porque en la Encarnacion permanecen distintas; pero con la mayor y más íntima union de ellas, porque subsisten ambas en la unidad de una sola é indivisible Persona, Jesucristo, Hijo eterno de Dios vivo por su divinidad, á la par que por su humanidad Hijo temporal de María Virgen, ofrece en sí, para ejemplo y enseñanza y amor nuestro, esa admirable é inefabilísima armonía de contrastes que á un Dios, sin dejar de ser Dios, permiten al humano idioma llamarle Niño; y á un Niño, sin dejar de ser niño, permiten llamarle y adorarle Dios. Y la fe ha familiarizado de tal suerte nuestros entendimientos y corazones con esta idea, que indudablemente el concepto de Dios Niño y de Niño Dios ha sido siempre, y es hoy y será hasta la consumacion de los tiempos, el más fecundo para la alta investigacion teológica, así como el más tierno y simpático para la piadosa contemplacion.

Dios Niño significa, en efecto, el mayor y más raro ejemplo de humildad, opuesto para ejemplo y enseñanza del hombre á sus constantes pujos de desapoderada ambicion y soberbia. Porque la niñez es entre todos los estados del hombre el más humillante y servil, el que más le acerca á la condicion de los seres irracionales y áun de los inanimados. A haberse hecho Dios hombre perfecto desde el primer momento de su Encarnacion, como lo fué Adan desde el de su creacion, hubiérase presentado ya extraordinariamente abatido á los ojos de su criatura por el mero caso de hacerse semejante á ella. No satisfizo, empero, al amor infinito la humillacion de un Dios humanado; menos que eso quísose hacer; quísose hacer Dios *aniñado,* epíteto que si en nuestros diccionarios suena á voz como de despreciable puerilidad, en el sentido que le puede dar el lenguaje cristiano aplicado al caso presente, expresa maravillosamente el último extremo, la quinta esencia del anonadamiento voluntario y de la humillacion personal. Y ¿cómo no si de los labios de este Dios, que baja al mundo para ser no sólo maestro sino modelo, han de salir en breve aquellas severas palabras, condenacion terrible del orgullo humano en todos sus grados y bajo todos sus disfraces: *En verdad os digo, que si no os volveis y haceis semejantes á los niños no entraréis en el reino de los cielos?*

Y quizá — y sin quizá — atendió el Hijo de Dios tambien en esto á ofrecer nuevos estímulos á nuestro corazon, para que fuese de éste más fácilmente amado, presentándosele bajo esta forma atractiva y simpática, que más le pudiera enternecer y cautivar. *Quanto pro me vilior, tanto mihi carior!* exclamaba á este propósito el gran Bernardo, sintiendo ablandársele y hacérsele de miel aquella su alma recia y vigorosa con que predicaba la Cruzada y arengaba en estilo cristiano-militar á los caballeros del Temple. ¡Ah! sí; que no es aquí el austero preceptor ni el airado juez el que solicita ser obedecido y escuchado, sino el débil recien nacido, el pobrecito mendigo, el sonrosado infante, que se deja besar y abrazar por pastores y zagalejas en brazos de una mujer.

El cual, como tan suavemente cantó nuestro Lope de Vega en aquel su precioso villancico,

> Ya es cordero y no es leon,
> Y como dejó la ira,
> Con unos ojuelos mira
> Que penetra el corazon.
> Antiguamente miraba
> En nube, en monte y en fuego,
> Y en ofendiéndole, luego
> Al ofensor castigaba...
> No se dejaba mirar
> Envuelto en nubes y velos;
> Ahora en pajas y hielos
> Se deja ver y tocar.
> Y como ve á los que son
> La causa por que suspira,
> Con unos ojuelos mira
> Que penetra el corazon.

Basta ya. «¡Si álguien no ama á Nuestro Señor Jesucristo, sea anatema!» grita indignado en un transporte de amor el Apóstol de las gentes. ¡Amemos, pues, á Jesús! Rodeemos, rodeemos con devoto júbilo en estos dias su trono de pajas, aunque en éste veamos ya sólo un recuerdo, porque su verdadero trono es hoy el de gloria que en los cielos ocupa. Pero si no nace ya corporalmente entre nosotros, entre nosotros vive al menos; con vida oculta, pero real, en el Sagrario; con autoridad divina é infalible en su Iglesia. En el dulce trato y amorosa comunicacion de este Niño, en tal dia por nosotros nacido y aún hoy dia con nosotros viviente, vivamos hoy y muramos despues y reinemos todos.

¡Grandes alegrías son las alegrías de Navidad!

Más íntimas que éstas, y á la vez más universales, no las conoce el pueblo cristiano, ni pueblo alguno las conoció jamás. Mentira parece (y fuera imposible hacérnoslo creer, si cada año con dulcísima experiencia no lo probasen nuestros corazones) hasta qué punto la voz de la Religion y el recuerdo de un acontecimiento que lleva ya cerca de mil novecientos años de fecha, logran convertir en hermosa primavera de las almas la más cruda estacion del año, la más aterida, la menos dispuesta al parecer á reflejar los bellos hechizos de la poesía.

Y, sin embargo, el hecho á la vista está, y cada uno de nosotros puede todavía ser dichosamente testigo de él.

El hogar doméstico y el templo cristiano son los dos focos más intensos de esta luz que desde Belen irradia diez y nueve siglos há sobre todo el universo creyente. El hogar doméstico, que es tambien á su modo un reducido templo; el templo cristiano, que no es en cierta manera otra cosa que un más vasto hogar espiritual; en ambos, por poco que arda pura la llama de la fe, en ambos es dado apreciar con la mayor viveza este fenómeno moral que estamos examinando.

¡El hogar! ¡Triste quien no lo tiene el dia de Navidad! Hasta los que no lo aprecian en lo restante del año, vemos que andan como buscándolo solícitos en tales dias. No les satisface el ruido de sus casinos, ni la brillantez de sus restaurants; sienten frio en el corazon, y han de acudir á buscar calor para él en la hermosa rueda de alguna familia que los considere como individuos suyos durante algunas horas y les permita hacerse la ilusion de que ellos tienen tambien un hogar. ¡Ay! ¡Qué lástima nos dan en tal dia los navegantes, los soldados, los que alejó del suelo natal el rencor de las pasiones políticas, en una palabra, los *nómadas* todos de la civilizacion que tantos por desgracia tiene en nuestros tiempos!

Pero más compasion inspiran todavía los desdichados á quienes falta ese otro hogar de las almas que se llama el templo cristiano. ¡Cómo puede un hombre de corazon dejar pasar el gran dia del Nacimiento del Señor sin poner los piés en la iglesia! Un incrédulo es siempre bien digno de lástima, pero lo es muy singularmente en esos dias en que la fe parece imponerse al género humano como una misteriosa é invencible necesidad. ¿Qué le dicen esas regocijadas campanas? ¿Qué le hablan esos festivos cantares? ¿Qué interés despiertan en su alma helada esos recuerdos? ¿Cómo se ha de sentir con valor para ser enemigo de ese Niño á cuyos piés se postra en humilde vasallaje todo el universo? Porque, si no cree en Él y no le ama y no le rinde el debido obsequio como á su Dios y Criador y Rey, ¿qué otra cosa puede llamarse más que declarado enemigo suyo!

¡Ay, amigos mios! Los que tenemos hogar para nuestros cuerpos y hogar para nuestras almas, por muy felices nos hemos de reputar. Pero más aún por lo segundo que por lo primero. Dia perpetuamente nublado y sin un rayo de sol que dore sus tristes horizontes es la vida del desdichado que no cree, ni ama, ni espera. ¡Oh! Líbrenos Dios de tal desventura, más aún que de la pérdida de los seres que en el mundo amamos, más aún que de la ruina de nuestros materiales intereses, más aún que de la enfermedad y de la muerte. ¡Todo menos la ceguedad y la orfandad del alma! ¡Todo es preferible, todo es levísimo mal ante la horrenda desgracia de perder á Dios!

¡Que en vuestro hogar doméstico, como en vuestro hogar espiritual, brillen estos dias con nuevos y más espléndidos fulgores los rayos del Sol divino que por nosotros tuvo su oriente en Belen! ¡Que, pues sois de buena voluntad, tengais llenas y henchidas la casa y el alma de esa paz dulcísima que nadie sino el buen cristiano conoce, paz que á todos los buenos cantaron los Angeles en tal noche, como albricias al mundo por la venida de su Salvador! ¡Que si dolores hay, como debe haberlos (que al fin no es ésta aún la patria, sino el camino escabroso para llegar á ella), los endulce y haga menos punzantes la resignacion, y la seguridad sobre todo de que no han de ser perpetuos ni han de ser infructuosos! ¡Que, en una palabra, Cristo Dios y su Iglesia y su ley y su amor de tal suerte reinen en vosotros, que sea vuestra pasajera existencia en la tierra una ya como anticipacion de las inefables alegrías que han de hacer colmada y eternamente feliz nuestra Pascua del cielo!

Allí se trocarán en sosiego é inacabable é inalterable bienestar los presentes combates. Entre tanto, y á pesar de ellos, gocemos de esas alegrías que en medio de la lucha nos concede el Niño Dios. ¡Ah! sí. Por dolorosa que sea la situacion de la Iglesia y del mundo, no es lícito estar triste el dia de Navidad. En las mismas catacumbas (ya os lo he dicho), bajo el hierro del perseguidor alegróse la santa Iglesia de Cristo en tales solemnidades. Y allí, junto á los restos destrozados de sus mártires y en la ansiedad de cuál de sus hijos daria mañana el cuerpo al potro y la cabeza al tajo; allí, digo, á la luz de las antorchas sepulcrales que durante tres siglos fueron casi la única luz de sus fiestas, ensayó nuestra Madre sus primeros cantares de Noche-buena. Y allí seguiria cantándolos, si por divino é inescrutable designio se les permitiese á los no menos rencorosos perseguidores de hoy hundirla otra vez allá. Y el pavor de la muerte y el bramido iracundo de la persecucion no la impedirian vestirse de gala como se vistió siempre en tal noche, ni helaria la sonrisa en sus labios al aplicarlos ebria de amor á la cuna del Infante Jesús.

¡Ah! Sí, alegrémonos, pues, y regocijémonos, sean cuales fueren y por muy justificadas que sean nuestras cotidianas pesadumbres. ¡Treguas, sí, treguas á la congoja! ¡Paso á las inefables y cristianas alegrías de Navidad!

¿Buscais al Niño Jesús? ¿os dan envidia aquellos dichosos pastores y pastoras que llamó el cielo al pié de su pobre cuna? Pues bien. Vamos á Jesús. Lleguémonos tambien nosotros á Belen. Cerquito está: ni ha de arredrarnos la oscuridad de la noche, ni helar nuestros miembros el frio del invierno, ni atemorizarnos la soledad del sitio, ni mortificarnos la larga distancia. Cerca está, muy cerca de nosotros nuestro buen Dios; cerca, muy cerca tenemos el hermoso Niño del portal. ¿Dónde? Oigámoslo de sus mismos labios.

Hé aquí que Yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos. ¿Oísteis, cristianos? Es su voz, son sus palabras: escritas nos las dejó para nuestro consuelo y enseñanza en su santo Evangelio. De sus divinos labios salieron al despedirse Él de los suyos antes de subir á los cielos, y aún resuenan hoy en nuestro corazon desde el fondo misterioso del Sagrario. ¡El Sagrario! ¡Ah! sí, allí está nuestro Belen; ¡allí está! vivo, amoroso, no en figura sino en realidad el Niño del portal. Allí está guardando para nuestros dolores eficaces consuelos, para nuestras tristezas suave sonrisa, para nuestros olvidos tierna reconvencion y amorosísima queja. Allí está esperándonos dia y noche, solo casi siempre, humilde y pobre muchas veces, ofendido y ultrajado con sobrada frecuencia. Alúmbrale solitaria y melancólica la lámpara del templo, como alumbraba la luna la soledad de su derruido portalejo á la hora de su nacimiento. Allí está sin cesar á nuestra disposicion: desde allí nos llama con el son de sus campanas, con la voz de sus ministros, con el secreto encanto de sus inspiraciones. Allí nos está convidando con tesoros de paz, de dulzura y de consuelo, que proporciona á los que por Él desprecian los mentirosos halagos del mundo y sus ruidosas pompas y sus necias vanidades. ¡Cuántos y cuántas han encontrado en su corazon la paz, el sosiego, la serenidad que en vano habian pedido á los honores, al fausto, á las delicias del mundo seductor! ¡Cuántos le son deudores de la tranquilidad de la vida y de la felicidad despues de la muerte! Amemos, pues, á Jesús sacramentado, adoremos allí al Niño de Belen; una visita á su escondido albergue una vez cada dia, una fervorosa Comunion cada semana ó por lo menos cada mes, nos harán amigos suyos y nos darán derecho á su conversacion é intimidad. ¿Quién osaria negarle este sencillo obsequio?

Quien á vosotros oye, á Mí me oye; quien á vosotros desprecia, á Mí me desprecia. ¿Lo oyes, protestante infeliz? ¿Lo oyes, pobre incrédulo? ¿Lo oyes, desgraciado mofador de las cosas santas? Cuando aborreces al Papa, á los obispos y sacerdotes; cuando te complaces en el escarnio de lo que más debieras respetar, tus burlas no hieren al hombre, no, sino que van derechas al corazon del Niño dulcísimo de Belen. Y al revés, vosotros, fieles católicos, corazones leales, al Niño honrais cuando honrais al Papa, al obispo ó al párroco. Al Niño obedeceis cuando acatais sus órdenes; al Niño seguis cuando os sujetais dóciles á su direccion. No cabe ser amigo de Jesús más que de este modo: siéndolo de su Iglesia. A quien no haya sido fiel á la Iglesia, lo juzgará Dios como gentil y publicano, ó peor que á éstos; porque éstos al menos no despreciaron la fe, puesto que no la conocieron. ¡Inteligencias rebeldes! Temblad ante este Niño que un dia herirá vuestra frente proterva con el rayo de la final sentencia. ¡Corazones sumisos á la verdad! ¡Alentaos y consolaos! Por suyos os reconocerá el recien Nacido de Belen.

Tiene tambien el Niño de Belen entre nosotros otra representacion, si más sencilla, no menos augusta, ésta son los pobres. Palabras suyas son tambien en su Evangelio: *Lo que hicisteis con alguno de esos pobrecitos hermanos mios, conmigo lo hicisteis.* ¡Gran dignidad ha dado Jesucristo á los pobres, á los despreciados, á los infelices de este mundo! Segun eso, y es verdad, porque no miente la palabra de Dios; segun eso, el mendigo que me extiende la mano temblorosa de hambre ó de frio al pasar por la calle; el huérfano y la viuda que solicitan mi proteccion y un abrigo para su miseria; el enfermo á quien puedo consolar con una visita y aliviar con una limosna; el desgraciado de cualquier clase que sea que necesita de mi caridad, no son solamente hermanos mios y de Cristo, que eso fuera ya mucho; son Cristo que se me presenta bajo aquel exterior miserable, Cristo que ha tomado aquella forma, á semejanza de lo que hizo un dia tomando la de Niño, para que tuviese yo la honra altísima de poder socorrerle, vestirle, alimentarle, como le socorrieron en su pobre establo los pastores de Belen. A Cristo alargo mi moneda cuando se la doy á aquel pobre que me la recibe en su nombre; á Cristo visito cuando subo á la boardilla de aquel infeliz á quien libro de los horrores de la desesperacion; á Cristo consuelo cuando enjugo las lágrimas de aquel huérfano desvalido que solicita mi amparo. ¡Católicos! ¡Honrad á la pobreza! ¡Amad á los pobres! Esta es vuestra mision especial, oh ricos, á quienes Dios os ha favorecido con mayores dones para que reconociéseis la obligacion de mirar como hijos vuestros á los pobrecitos! Amad á los pobres que serán vuestros abogados en el terrible tribunal, cuando un dia se os pida cuenta de vuestras riquezas, que se os pedirá y rigurosísima. ¡Amad á los pobres! Es Cristo que os pide pan, es Cristo que os lo agradece, es Cristo que os lo ha de recompensar.

En la Eucaristía, en la autoridad de la Iglesia, en la persona del pobre, hé aquí, almas fieles, donde encontraréis á Cristo Jesús; hé aquí donde os aguarda el dulce Niño del portal. Sean testimonio del afecto que le profesais y de la adoracion que le rendís en estos dias de Navidad estos tres propósitos:

Mayor frecuencia en los santos Sacramentos.
Mayor adhesion á las enseñanzas de la Iglesia católica.
Mayor caridad para con los pobres y desvalidos.

OCTAVARIO AL NIÑO JESÚS.

Por la señal, etc.

ORACION PREPARATORIA.

Os adoro, dulcísimo Jesús de mi vida, en este tabernáculo donde estais vivo y palpitante de amor por mí, como estuvisteis un dia en el portal de Belen; viendo mi corazon como visteis el de aquellos pobres pastores que os adoraron; rodeado de espíritus celestiales que os cantan y glorifican como os cantaron y glorificaban en aquella felicísima noche. Os amo entrañablemente, os pido perdon de todas mis culpas, licencia para acercarme un rato á vuestro pesebre, y gracia para hacer provechosamente en vuestra presencia esta meditacion.

Aquí se leerán pausadamente los dos puntos de meditacion señalados para cada dia, y despues de ellos la siguiente

CONCLUSION.

Gracias os doy, divino Infante Jesús, por haberme sufrido en vuestra presencia durante este breve rato. Nunca olvidaré las tiernas lecciones que me habeis dado, y los buenos propósitos que os he ofrecido. Concededme en cambio los favores que aquí al pié de vuestra humilde cuna os pido para mí, para la santa Iglesia y para mis hermanos. Proteged á nuestro excelso Pontífice N. N. Defended á vuestro clero; dad vuestras luces á los gobernantes; paz, religiosidad y sanas costumbres á las naciones católicas; moralidad y arraigadas creencias á las familias, consuelo y resignacion á los pobres, caridad y entrañas de misericordia á los ricos, y á todos vuestra fe, vuestra gracia, y despues de esta vida vuestra gloria, con Vos, con María y con José, por toda la eternidad. Amen.

Aquí se rezarán ó cantarán seis Padre nuestros, Ave Marías *y* Gloria Patri *en obsequio al Niño Jesús en el santísimo Sacramento del altar. Y despues de ellos el siguiente*

ACTO DE CONSAGRACION DE NUESTROS CORAZONES AL NIÑO JESÚS.

Dulcísimo Niño Jesús, esposo de nuestras almas, que por redimirlas y salvarlas á todas habeis querido bajar en carne mortal á este humilde pesebre; dulcísimo Niño Jesús, que aceptásteis en Belen las sencillas adoraciones de los pastores, y recibisteis con agrado y buena voluntad sus pobres obsequios; hoy en este dia de vuestro octavario venimos á Vos para aseguraros más y más nuestro constante amor y el fino recuerdo que guardarémos de vuestras dulces enseñanzas. Aquí os presentamos por humilde ofrenda nuestro corazon; aquí lo depositamos al lado del vuestro en estas frias pajas. A Vos lo encomendamos para que lo transformeis, lo encendais, lo purifiqueis y lo hagais dócil, blando, amoroso y en todo rendido á vuestras santas inspiraciones. Aquí os prometemos de veras no entregarlo ya más al mundo y á sus vanos afectos, que tantas veces le hicieron culpable y desgraciado. Aquí os lo dejamos, en una palabra, como prenda que ya no es nuestra, sino de Vos, y de tan solemne entrega serán perpetuamente testigos esta hermosa Doncella que es Madre vuestra y tambien Madre nuestra, y el venerable patriarca san José, á quien profesarémos siempre particular devocion. Amen.

Se añadirá el último dia á esta conclusion lo que sigue:

Y en presencia de ellos y de todos los Angeles del cielo, los aquí reunidos os ofrecemos, divino Jesús, los siguientes propósitos (1):

---

(1) Atiéndase que ninguno de ellos tiene el carácter de voto formal, á no ser esta la voluntad expresa del que los ofrece.

1.° Visitaros en el santísimo Sacramento todos los dias al anochecer, ó desde nuestra propia casa si de otro modo no es posible, ó acudiendo á la iglesia más cercana, que es lo mejor.

2.° Recibiros muy á menudo, á lo menos cada semana ó cada mes, en la santa Eucaristía.

3.° Profesar especial estimacion á nuestro afligidísimo padre el Romano Pontífice, rezar cada dia por sus necesidades un *Padre nuestro* y *Ave María,* ofreciendo por las mismas cada semana la santa Misa ó la sagrada Comunion.

Al besar por última vez en esta santa octava vuestra dulce Imágen, divino Jesús, pongo á vuestros piés estos mis propósitos juntamente con el último beso de mis labios. Haced que al volver otra vez á vuestro pesebre á adoraros con igual consuelo tengamos la alegría de recordar que no hemos faltado á nuestra palabra. Y que si la muerte nos separa de este mundo antes de terminar el año que hemos empezado hoy, tengamos la dicha de adoraros y celebrar vuestra Natividad y la nuestra en el cielo con mayor alegría. Amen.

DIA PRIMERO.

Amor de Jesús.

I.

Voz de Jesús. Aquí me tienes, alma cristiana, amiga mia, esposa mia; aquí me tienes en frio y desabrigado pesebre. Por ti bajé del cielo á la tierra; de mi trono de gloria á un establo de viles animales; del seno de mi Padre celestial al pobre regazo de una doncella. Todo es obra del amor. Hízome niño el amor; hízome pobre, y púsome, como ves, en tan humilde cuna y bajo un tan ruinoso portal. Todo es obra del amor. Y este amor es amor que te tuve á tí, á tí, alma mia, para ganarte con él el corazon, para con él salvarte, obligándote en cierta manera á que fueses mia, únicamente mia y de ninguno más. Ama, ama, oh alma cristiana, á este Niño pequeñuelo que es tu Dios y que un dia ha de ser tu Juez. Ni deseo tus riquezas, ni quiero tu casa, ni te pido tu familia; anhelo solamente tu amor. Vén á mí, alma infeliz, vén á mí, á juntar al mio tu corazon en el divino Sacramento de la Eucaristía. Vén á mi, que soy Yo quien únicamente puede hacerte dichoso en esta y en la otra vida. ¿Y por quién me abandonarias, alma infiel y olvidadiza? ¿Acaso por ese mundo vil que es enemigo tuyo y mio? ¿Por ese mundo que me persigue y me blasfema? ¿Abandonarías por él á tu esposo Jesús, que con tan dulces acentos te llama? ¿Fueras, oh alma, tan ingrata y desconocida? ¿Fuístelo alguna vez? ¿Lo eres aún quizá? Piénsalo bien.

Medítese unos minutos.

II.

Voz del alma. No, Jesús mio; no, divino Esposo; no os dejaré yo, por más que os vea en tanto abatimiento y pobreza. Antes este estado en que os miro me enamora más de Vos y me obliga más y más á ser vuestra, pues miro á qué precio tan subido quereis comprar mi amor. ¿Qué piensas, corazon mio? ¿Dónde buscas el consuelo y la felicidad? ¿Qué te dará el mundo que no sea tristeza y desengaño? ¡Vuestra soy, amigo mio, esposo mio, mi amor y todo mi bien! Decid, decidme en estos ocho dias el modo de seros agradable y de cumplir en todo vuestra santa voluntad. ¿Qué quereis de mí, Niño preciosísimo? ¿Qué le quereis á esa pobrecita alma que vino con esos pastores á adoraros? Señor, ¿qué quereis que haga? Estos ocho dias serán para mí ocho lecciones que Vos me daréis desde este pesebre que es vuestro trono. Yo seré vuestra discípula, y Vos mi estimado maestro.

Hablad, hablad á mi corazon, divino Niño, que mi corazon os escucha.

Despues de haber meditado un rato se dirá cada dia la conclusion, pág. 628.

DIA SEGUNDO.

Pobreza de Jesús.

I.

Voz de Jesús. Lo primero que deseo observes en Mí, oh alma cristiana, es mi extremada pobreza. Mírame bien y mira los objetos que me rodean. Mi buena Madre me cubrió con pobrecitos pañales; su esposo san José no encontró para alojarnos otra habitacion que esta infeliz covacha. Mírala abierta á todo viento, al hielo del invierno, al rayo melancólico de la luna, á todos los peligros y tristezas de la noche y de la soledad. Dos animales me hacen compañía, el heno en que yacen es mi lecho, y en él tiemblo y lloro de frio en el rigor de la más cruda estacion. Y soy Dios, alma mia; soy Dios de cielos y tierra; y todo lo he criado con mi querer; y á todos he dado con amorosa providencia casa, luz, vestido y alimentos; y todo lo he cubierto para el hombre de magnificencia y de comodidades. Todo para el hombre, y nada para Mí. ¿Para qué todo eso? Para enseñarte, esposa mia, esta virtud tan despreciada y aborrecida, la pobreza de espíritu. Ea, pues: si eres rica, no entregues á las riquezas tu corazon; si pobre, no te quejes por tu pobreza. Tu Dios ha querido ser, no rico, sino pobre, para honrar esta virtud y hacerla simpática á tus ojos. Esta aborrecida pobreza salvaria quizá tu alma; la riqueza tan estimada ó tan deseada la perderia quizá eternamente. ¿Piensas así, alma cristiana? ¿No te confunde y llena de vergüenza ver á Dios pobre, á su Madre pobre, su casa pobre, su compañía pobre? Reflexiónalo bien.

II.

Voz del alma. Ya lo veo, mi hermosísimo Jesús, y tal espectáculo me llena de vergüenza y confusion. No conocia yo el precio de esta gran virtud, hasta que Vos prácticamente me la enseñásteis. Sólo veia yo el ejemplo del mundo, enemigo vuestro y de vuestra doctrina. ¡Cuánto distan de los suyos vuestros consejos! Pudisteis escoger ricos palacios, y escogisteis humilde casucha de animales; podiais haber hecho Reina poderosa á vuestra Madre, y sólo la habeis querido pobrecita Forastera; podiais tener en torno de vuestra cuna principes y emperadores, y os veo acompañado de pobres pastorcillos. Os habeis querido rodear completamente del sublime espectáculo de la pobreza, y viviréis en pobreza, y pobre moriréis, y desnudo y miserable en una cruz. ¡Y ambiciono yo los vanos esplendores del mundo, y por la riqueza olvido tal vez á mi prójimo, olvido á mi alma, olvido á mi Dios! Volvedme, divino Jesús, indiferente para con los viles intereses de la tierra: hacedme fiel y constante amiga de esta hermosa virtud que habeis traido Vos del cielo á la tierra para que la conociese el mundo, que antes no la conocia. Propóngome seguir vuestros pasos. Aunque me hayais dado bienes temporales, vivirá mi espíritu desasido de ellos, considerándolos como obstáculo para mi salvacion si no hago de ellos el uso que vuestra ley me ordena. ¿Qué dices á eso, alma cristiana? ¿Qué le respondes al buen Jesús? Escúchale bien.

DIA TERCERO.

Paciencia de Jesús.

I.

Voz de Jesús. No solamente me ves pobre, oh alma cristiana, sino que me ves resignado en mi pobreza, enseñándote con eso otra virtud no menos importante, y es la de la paciencia. Pocos dias cuento de vida, y todos me han sido de sufrimiento. He sufrido de parte de los hombres desprecio, olvido y persecucion; de parte de los elementos frio, aires, humedad, desnudez, miseria, incomodidades. He sufrido por Mí y por mi Madre, por sus fatigas y dolores, y sufro ya por todos los que le aguardan en el decurso de mi vida. Y á todo eso me resigno y á mucho más, hasta á la muerte vil que sufriré en una cruz. Y todo, oh alma, para darte ejemplo de esta virtud que tú tan frecuentemente olvidas: la paciencia. Oye, pues, con atencion lo que te digo hoy desde este pesebre de penas. Si quieres ser mi discípula tendrás como Yo desprecio, olvido, persecucion y tribulaciones. ¡No te acobardes, alma cristiana! Sufre sin desmayar esta corona de espinas que un dia será tu corona de rosas. Clávate á tí misma en esta cruz, que será un dia tu trono de gloria. Nunca de mis labios salió una queja. No te quejes, pues, ni de tu Dios, ni de tu prójimo, si no quieres perder todo el mérito de tus sufrimientos. ¡Valor, alma atribulada, valor! La vida es breve, la eternidad sin fin. La pena se acaba en un punto, la gloria no ha de acabarse jamás. Esto te dice hoy tu Esposo desde su pesebre. ¿Obrarás segun tales instrucciones? Pídeselo con fervor.

II.

Voz del alma. ¡Divino Jesús, esposo mio, nacido apenas y ya atribulado, y no obstante siempre paciente! ¿Tendria yo valor para quejarme de mis penas viendo en este pesebre las vuestras? ¿Podria yo rebelarme contra la cruz, mirándoos á Vos ya desde tan tierna edad cargado con ella? ¡Bien mio! ¡Amor de mi vida! ¡Quiero que desde hoy partais conmigo vuestros sufrimientos; compañeros serémos en la tribulacion, para serlo despues en la dicha. Niño coronado de espinas, dadme valor y perseverancia para andar sin desaliento esta triste jornada de la vida que Vos tambien anduvisteis. Con el escudo de la paciencia y resignacion ya nada me arredra. Si me desprecian los hombres, recordaré que tambien Vos fuisteis despreciado: si me persiguen los malvados, pensaré que tambien Vos fuisteis perseguido. En la pobreza, en la enfermedad, en los disgustos domésticos, en las aflicciones interiores, tendré presente que sois Vos quien lo permitis para vuestros fines siempre amorosos, y que esta copa de amargura Vos primero que yo la saboreásteis. Nunca más quejas, nunca más rebeldías. Diré, al contrario, como aquella Santa vuestra devota: «O sufrir, ó morir:» ó como aquella otra todavía más decidida: «No morir, sino sufrir.» ¡Dios mio! ¡Esposo mio! Esta alma pecadora desea tan sólo conformarse á vuestra santa voluntad. Haced de mí lo que querais, crucificad con Vos mi corazon; aquí en este pesebre lo dejo á discrecion vuestra.

DIA CUARTO.

Humildad de Jesús.

I.

Voz de Jesús. La humildad, oh alma cristiana, es hermana de la paciencia. Es muchas veces el orgullo quien no nos deja soportar las penalidades de la presente vida y quien nos induce á rebelarnos contra las disposiciones de Dios. Mira mi humildad en este pesebre, y quedará confundida tu soberbia y vanidad. Soy Dios, y era ya mucho humillarme hasta hacerme hombre; pero es todavía más hacerme niño, y niño pobre, y niño casi desechado de todos y obligado á refugiarse en un establo de bestias. Humildes son mis vestidos, humilde mi compañía, todo en este lugar respira humildad y desprecio de Mí mismo. La gloria que cantan los Angeles es más bien para mi Padre que para Mí. ¡Gloria, dicen, á Dios en los cielos! Abatimiento, desprecios y humillacion para su Hijo en la tierra, podrian añadir. Esta es la realidad. Y tú, alma cristiana, esposa mia, no cabes en tí propia de orgullo y de vanidad; orgullo en tus pensamientos, orgullo en tus palabras, orgullo en tus vestidos, orgullo hasta en las obras que dices hacer únicamente por Mí. Tienes á menos no poder ser en todo la primera, cuando Yo por tí quise ser el postrero de todos. Quieres brillar, ser aplaudida, que se hable de tí y de tus cosas, que te alaben y ponderen tus perfecciones. Y esta gloria que buscas para tí, no reparas que la robas á tu Dios, para quien debe ser toda gloria. Despreciado tu Dios, ¿y tú aplaudida? Humillado tu Dios, ¿y tú ensalzada? El postrero tu Dios, ¿y tú la primera? Avergüénzate, oh alma cristiana, y aprende aquí la humildad que te falta. Mírame bien y sigue mis pasos.

II.

Voz del alma. ¡Cuán preciosas lecciones me dais Vos, divino Niño, para confundir mi orgullo y loca arrogancia! ¡Cuán diferente es lo que Vos me decis de lo que me anda diciendo á todas horas el mundo vuestro enemigo! Pintábame él la humildad como bajeza, y la soberbia como dignidad. Decíame él que nunca cediese de mi parecer, que jamás callase por otra persona, que no disimulase injuria alguna, que á nadie quisiese en modo alguno parecer inferior, y yo, miserable, creia estas palabras engañadoras sólo porque halagaban mi altivez natural, y horrorizábame cualquier acto que trajese consigo humillacion ó menosprecio. ¡Ay mi Dios humillado! ¡Cuánto y cuánto de Vos me apartaba! Vos en desprecio, ¿y yo en gloria? Vos en abatimiento, ¿y yo en elevacion? ¡Ah! no, no; quiero seguir la huella de vuestros piés, y participar de vuestras ignominias. No buscaré ya más alabanzas que os ofenden, ni desearé ya más aplausos que os contristan. Para Vos solo será la gloria de todas mis acciones, pues sólo Vos mereceis ser honrado y glorificado. Glorificadme en los cielos, y de esto solo me doy por contenta. Y para alcanzar esto humilladme en la tierra como querais, sujetadme á todos en esta vida, con tal que en la otra me tengais eternamente á vuestro lado.

DIA QUINTO.

Obediencia de Jesús.

I.

Voz de Jesús. ¿Sabes, oh alma cristiana, esposa mia, sabes quién me ha puesto en la situacion en que me contemplas? Una sola virtud: la obediencia. Por obedecer á mi Padre celestial me encarné en las entrañas virginales de María; por obedecer á un emperador gentil abandoné mi casa de Nazaret y me vine en sus entrañas á Belen. Y colocado ahora en el mundo, desde mi primer sollozo hasta mi último suspiro toda mi vida será vida de obediencia. Obedeceré á María, obedeceré á José, obedeceré á mis jueces, obedeceré á mis verdugos, y hasta por obediencia me tenderé en una cruz. Para enseñarte que la vida cristiana es vida de obediencia. ¡Dichosos, oh alma cristiana, esposa mia, los obedientes! Tendrán seguridad en la vida, tranquilidad en la muerte, sentencia favorable en el tremendo juicio. ¿Obedeces siempre, oh alma cristiana? ¿O resistes tal vez muy á menudo á la voluntad de Dios, que es la de tu superior? ¡Ay de tí! Mejor es la obediencia que los sacrificios, y la obra buena hecha por obediencia gana cien mil veces en valor. ¿Tienes padres? ¿Tienes superiores? ¿Tienes director? Su palabra sea para tí la de tu Dios. Séasles en todo sumisa y obediente; escucha sus preceptos con alegría, y cúmplelos con prontitud. ¿No es verdad que has hecho quizá todo lo contrario? Examínalo bien.

II.

Voz del alma. Jesús mio, modelo de sumision y de obediencia, ¡cuán diferente soy de Vos en lo que pertenece á esta virtud! Mi voluntad me domina completamente, y es ella la única regla de mis acciones. ¡Infeliz de mí! ¿Cómo me atrevo á llamarme esposa vuestra? Mi rebeldía no reconoce jefes ni superiores; si la necesidad me obliga á obedecerles, mi rostro manifiesta el disgusto y la repugnancia de mi voluntad. Dadme fuerzas, divino Niño, para que me sujete dócilmente á aquellos que Vos habeis puesto para dirigirme. Como un pobre ciego se deja conducir por la mano de un chiquillo, así me dejaré yo conducir por la de vuestros ministros, sin vacilacion, sin desconfianza. En mis amos y superiores veré vuestra imágen; en su voz, vuestra voz; en sus disposiciones, las miras secretas de vuestra providencia. Nunca más voluntad propia; hágase siempre vuestra santa voluntad. Os lo prometo, dulcísimo Niño; dadme Vos aliento para cumpliros esta mi promesa.

DIA SEXTO.

Retiro de Jesús.

I.

Voz de Jesús. Otra virtud quiero que contemples en mí, oh alma cristiana, virtud sin la cual las demás se disipan y desvanecen en un momento. Es la del retiro. Para nacer escogí, no el recinto populoso de las grandes ciudades, sino la quietud de una cueva extramuros de Belen; no las Cortes de los reyes de la tierra, sino esta solitaria manida de animales. He huido del mundo y he buscado la soledad, porque la soledad es lo que principalmente ama mi corazon. Y toda mi vida será retirada y solitaria: sólo los tres años postreros de ella saldré al público para predicar mi divina ley. Todo lo restante de mi vida será oscuro, recogido y solitario. ¡Qué lecciones para tí, alma cristiana! Vive tambien recogida y solitaria, y aunque por tu condicion ó estado mores en medio del mundo, pon entre él y tus sentidos el muro de la santa modestia. Constrúyete en el fondo del corazon un retiro donde hablar puedas sosegadamente con tu Esposo que ama la soledad. Allí oirás mi voz y disfrutarás de mi trato y conversacion sin distraccion ni estorbo. ¿Amas el bullicio? ¿Buscas las diversiones? ¿Te agrada perder el tiempo en conversaciones vanas y ociosas? Mira que con esto apartas de tu corazon á tu buen Esposo, que es únicamente amigo de las almas recogidas. Apréndelo de Mí, oh alma devota, y reflexiónalo maduramente.

II.

Voz del alma. ¡Ah! sí, Esposo mio, Jesús mio y Redentor mio! No os encontraba yo muchas veces, porque no os buscaba donde estábais, porque no os buscaba en la soledad. Seducíame el mundo con el ruido de sus placeres, y yo, olvidándome de Vos, mil veces os dejé solo en este Sagrario, donde me aguardábais sacramentado. ¡Qué ingratitud la mia, divino Niño! ¡No, no más disipacion, no más culpables desahogos! Como Vos seré amante del recogimiento y de las dulzuras del retiro. A menudo vendré á visitaros en alguna de aquellas horas silenciosas en que permaneceis como abandonado en la soledad de nuestros templos. Y cuando eso no pueda, en mi corazon tendréis un sagrario para todos cerrado y sólo para Vos abierto, donde Vos podais hablarme y pueda yo daros á la vez agradable conversacion. ¡Locuras del mundo, de vosotras me despido ya para siempre! ¡Compañías peligrosas, para siempre os abandono! Mis sentidos quiero cerrar á toda vanidad; únicamente por Vos, Dios mio, mirarán mis ojos; por Vos hablará mi lengua; á Vos sólo prestaré atento oido. Esta cueva solitaria de Belen con que Vos me convidais, quiero sea mi delicioso retiro toda la vida; dejadme, Niño hermoso, un rinconcito de ella; quede yo con Vos, y renuncio gustosamente á toda otra compañía.

DIA SÉPTIMO.

Vida de oracion de Jesús.

I.

Voz de Jesús. ¿Qué hago yo, alma cristiana, esposa mia, en esta soledad de Belen? Hago yá lo que he de hacer toda la vida y lo que haré despues en el cielo: orar. Oraba ya en las entrañas virginales de mi Madre; oro en este pesebre; oraré en el templo; oraré en el desierto; oraré en Getsemaní; oraré clavado en la cruz. Mi vida es, y será toda, vida de oracion. Oraré por los pecadores, por los justos, por los judíos, por los gentiles, por la gloria de mi Padre, por tu salvacion. Ahora mismo, en este instante, estoy pensando en tí y orando por tí. Quiero por lo mismo que tus oraciones se junten á mis oraciones. ¡Mira en el mundo cuántas necesidades! ¡Cuántos infelices sin fe ni temor de Dios! ¡Cuántos corazones sin gracia! ¡Cuántas almas atribuladas sin consuelo! Pues bien. La oracion puede alcanzarles todos estos beneficios; porque yo gusto de otorgarlos, pero quiero me sean pedidos. Ora, pues, constantemente, esposa mia, y aplica tus oraciones á la llaga de mi Corazon amantísimo, para que adquieran así más subido valor, y obtengan más favorable despacho. ¿No es verdad que olvidas alguna vez esta obligacion? Ponla, pues, en práctica desde hoy, y comienza á rogar fervorosamente.

II.

Voz del alma. ¡Ah! sí, divino Jesús mio! No correspondo yo como debiera á esta obligacion de orar que Vos me habeis encomendado. Veo en el mundo un sinnúmero de necesidades espantosas, y ni mi corazon ni mis labios se mueven á orar por ellas. ¡Olvidada de mí! ¿Acaso no me habeis exhortado Vos á pedir, y á pedir confiadamente? ¡Tal vez para salvar ó para consolar á una alma aguardábais Vos á que yo os lo pidiese, y yo por mi descuido é indiferencia no he hecho brotar de vuestras manos el raudal de misericordias que deseábais derramar sobre mis hermanos! Sí, Jesús mio; como Vos oraré siempre y en todo lugar, por la Iglesia santa, por el Papa, por los fieles, por los infieles, por las almas que esperan en Vos y por las que os aborrecen. Sé, que en mi poder tengo la llave de vuestros más ricos tesoros, de ella me valdré para abrirlos á todo el mundo. Esta es la santa oracion. Admitidla, Dios mio; juntadla con las oraciones de vuestro Corazon dulcísimo, ya que las mias por sí solas no merecerian subir hasta vuestra presencia. Acompañadlas Vos, divino Niño, y no serán desechadas. Presentadlas Vos como cosa propia, y serán bien recibidas. ¿No es verdad que sí, amorosísimo Niño? Tal es mi confianza.

DIA OCTAVO.

Espíritu de sacrificio de Jesús.

I.

Voz de Jesús. Todavía más que vida de oracion, debe ser la vida del cristiano vida de sacrificio. Víctima soy, oh alma cristiana, y desde el primer punto de mi animacion no ceso de inmolarme á mi eterno Padre en honor suyo y por la salud de los mortales. Para eso tomé cuerpo humano capaz de angustia y padecimiento, y este pesebre es como el altar en que se comienza el doloroso sacrificio de mi cuerpo que no ha de terminar sino en la cruz, y que aún en la cruz no terminará más que en su forma dolorosa, pues en su aplicacion gloriosa perseverará durante toda la eternidad. Esto significa la sangre derramada en mi Circuncision, esto significa el nombre de Jesús que como sello de mi mision he recibido en ella. ¡Oh alma mia! ¡Cuán agradable es á Dios una vida consagrada toda entera al sacrificio! ¡Cuán precioso es el mérito del que viendo á todas horas ultrajada la Majestad divina se esfuerza en ofrecerle como expiacion y desagravio sus privaciones y sufrimientos! ¡Cuán oloroso es el perfume de este incienso que se quema y derrite en la presencia del Señor en las brasas del celo por su divina honra! ¡Ah! ¡si amases, alma mia! Corta te pareceria esta vida, vil este cuerpo, nada tu salud y tus fuerzas, tu nombre y tu gloria, para ofrecérmelo todo en holocausto por mi amor. Esta, esta es la aspiracion de las almas perfectas, el dón de sí mismas, la inmolacion propia, la destruccion hasta de su sér, si necesaria fuese, para acreditar su amor. Como el cirio que en mi presencia arde, y ardiendo se consume, así has de desear que se gaste toda en la gloria de Dios y en el provecho de tus hermanos esta vida que te he dado, ofreciéndomela toda cada dia, gastándola toda, consumiéndola toda en mi servicio con la más ardiente abnegacion. Mi cuerpo, mi alma, mis sentidos y potencias, mis afectos y mi voluntad, los tuve empleados desde mi primer instante en glorificar á mi Padre y en salvarte á tí. Decíale á todas horas: Señor, no os agradaron las víctimas y holocaustos antiguos; ahí me teneis á mí, dispuesto á hacer vuestra santa voluntad. Aquí tienes, alma mia, la fórmula de tu sacrificio, aquí tu modelo verdadero. Empiece desde hoy, desde este mismo instante, tu perfecta inmolacion.

II.

Voz del alma. ¡Oh divino Jesús, víctima inocente, por la honra de Dios y por mi amor sacrificada! Sobre este pesebre os contemplo como sobre el altar en que por ambos empezais á ser inmolado. Apenas naceis corre ya vuestra sangre en una ceremonia dolorosa, y á par de ella corren ya lágrimas por vuestras mejillas en expiacion de mis iniquidades. ¡Yo hice el agravio, y Vos pagais por mí tan costosa reparacion! ¡Yo fuí la pecadora, y Vos os haceis el fiador de mis deudas! ¡Yo merecí ese cuchillo cruel, y vuestra carne es la que lo recibe! ¡A tanto os llevó, divino Niño, el deseo de satisfacer por mí y desagraviar á vuestro Padre por mí ofendido! ¡Oh bondad sin igual! ¡Oh misericordia sin límites! — Ahora bien, ya que me convidais á la alta honra de que pueda compartir con Vos el mérito de vuestro sacrificio asociándome á él con mis escasos merecimientos, sí, víctima quiero ser tambien, víctima voluntaria que cada dia me ofrezca á Vos con todo lo que soy, y con todo lo que tengo, con todo lo que valgo, en desagravio de vuestro amor y satisfaccion por los pecados del mundo. Riquezas, honra, estimacion propia, consuelos interiores, todo, todo lo arrojo en esa hoguera de vuestro sacrificio, para que en él se consuma todo en obsequio vuestro. Quédeme yo solamente con el cuchillo del sacrificio clavado en el corazon, muerta, inmolada, desasida de todo lo que no sois Vos, aunque esta inmolacion y desasimiento me sea un prolongado martirio. ¡Cuán dulce ha de ser en la última hora haber padecido con Vos, oh mi divino Jesús, las amarguras de este sacrificio! ¡Cuán consolador haber atesorado de esta suerte méritos que sirvan como de compensacion á tantas faltas! ¡Cuán glorioso poder presentarse el alma á vuestro tribunal crucificada como Vos, asociada á los dolores y á la obra de vuestra redencion! Vos lo habeis dicho, y no volverá atrás vuestra palabra: «Si conmigo padeciéreis, conmigo seréis glorificados.» Dadme, pues, Jesús mio, verdadero espíritu de mortificacion y sacrificio; llore con Vos, con Vos padezca, para que con Vos reine y os alabe por todos los siglos. Amen.

FIN DE AÑO.

CON los regocijos de Navidad se mezclan las impresiones del fin de año, que á todo corazon reflexivo no pueden dejar de serle sérias y hasta tal vez abrumadoras.

Tenemos un año más, lo cual, en rigor de verdad y en buenas y exactas matemáticas, no significa sino que tenemos un año menos.

Nos lo dió como todos el Criador para que con él le sirviésemos y con él nos agenciásemos méritos para la otra vida. Oigamos, pues, en estos dias la voz severa de ese Amo que nos llama á balance y nos pregunta, porque lo puede preguntar: «Hombre ó mujer, quien quiera que seas, á quien hice entrega de este año que va á concluir y que no volverá ya más á tus manos, ¿qué has hecho de él? ¿qué réditos me trae tu actividad de ese capital que debiste negociar en mi servicio? ¿qué cosecha de este campo que te entregué para cultivar?

Acongojados nos encontraríamos, y como se dice, entre espada y pared, si debiésemos darle á un juez de la tierra respuesta á tan grave interrogatorio, sobre todo si supiésemos cierto que de salir mal librados de él quedamos sentenciados á confiscacion de bienes y áun tal vez á pena capital.

Y es cierto, no obstante, ciertísimo todo esto, y no se tardarán muchos años, tal vez no muchos meses ó semanas, que no lo sepamos por tremenda experiencia.

El tiempo es nuestro principal capital.

¿Quién nos lo dió?

El Señor.

¿Para qué nos lo dió?

Para con él servirle y ganarnos el cielo.

¿Bajo qué condiciones?

Bajo las muy rigorosas de que lo empleásemos todo en el cumplimiento de su ley.

¿Con qué amenazas?

Con las del infierno sin fin, si nos encuentra desprevenidos á la hora en que nos llame á general balance.

¿Y qué hora será esa?

La ignoramos; sábese sólo que ha de ser la que menos pensemos, y que más allá de algunos pocos años no puede tardar, aunque dentro muy pocos dias ó minutos bien pudiera sobrevenir.

Dígasenos por caridad, ¿hay verdades más ciertas que esas? ¿las hay de carácter más práctico y positivo y á la vez más trascendental? ¿las hay que más de cerca interesen al bienestar y suerte definitiva de cada uno?

Se puede ser indiferente á las ciencias, á la política, á los negocios, á la misma salud propia y á la misma existencia temporal; pero ¿se puede ser indiferente á lo que para mi felicidad eterna es cuestion de vida ó muerte, de ser ó no ser? Diríamos que no, si una ojeada á nuestro rededor no nos convenciese de que desdichadamente para nada del mundo hay indiferencia, y sólo en la mayor parte de los hombres para eso la hay.

Guardémonos de tan funesta obcecacion, que es verdadera locura. Cuenta darémos del año que va á espirar, como de los que puede aún misericordiosamente concedernos la Providencia. A los piés del Niño divino reconozcamos el tiempo desaprovechado; prometamos el que en adelante se nos dé, emplearlo mejor.

De un pobre criado, á quien damos por la mañana unas pesetas para la compra, queremos saber á la noche en qué gastó aquella cantidad. Y si parte de ella hubiese arrojado á la calle, ó la hubiese invertido en cosa que no debió, acusaríamosle severamente de defraudacion y hurto.

¡Ay, cuántos que se tienen acá por muy íntegros y honrados se encontrarán delante de Dios, en lo que toca al manejo de este caudal del tiempo, reos de tan feos delitos!

Si es triste y melancólico siempre el caer del dia, ¿cuánto más debe serlo para todo espíritu medianamente reflexivo el ocaso de este período de trescientos sesenta y cinco dias, que otra vez dentro poco vamos á presenciar?

Algunas contamos ya de esas fechas que una tras otra van sucediéndose y renovándose, y nos hemos acostumbrado á mirarlas

Una tras otra rápidas pasar,

como dice el poeta, sin considerar que cada una se lleva consigo como si dijéramos un fragmento de nuestra existencia. Que así va extinguiéndose ella, y así nos la va robando, sin sentirlo nosotros, la mano inexorable del tiempo, que nos empuja continuamente hácia la eternidad.

¿Y habrá quien se extrañe luego si le decimos que no somos al fin los vivientes más que una especie de difuntos á medio enterrar? Pues que, ¿la mitad por lo menos de nuestra vida no la tenemos ya casi todos hundida en la sepultura?

—¿Cuántos años tiene V.? preguntamos á veces á nuestros prójimos, aunque tal pregunta dicen que es descortesía. Y fuera más propio preguntar: ¿Cuántos son los años que V. dejó de tener? Porque, claro está que los años que diga tener ahora, no los tiene ya, que muy ligeros se le han ido ellos escurriendo de entre las manos.

Más razonable fuera aún (y sobre todo más cristiano) preguntarse cada cual á sí propio: ¿A cuántos años ó dias debo de estar yo de la eternidad? como pregunta el viajero cuántas leguas ú horas le faltan para llegar al punto donde va á hacer su definitiva parada. Y la respuesta que á esta pregunta nos diera la conciencia, bien pudiera servirnos para un ratito de meditacion el dia último del año, y áun todos los dias de él, pues que cada uno de ellos, aunque no sea el último del año, puede muy bien ser el último de nuestra vida presente y el primero de nuestra felicidad ó desgracia futura.

¡Ea, pues! A ver como todos nuestros lectores dedican media hora del dia de san Silvestre á ese breve punto de meditacion.

Más arriba hemos hecho observar á nuestros lectores, que al hacer el cuento de los años que vamos viviendo pueden considerarse los que hemos vivido, y pueden considerarse los que nos faltan vivir. Pasar de un año á otro, por lo que mira á lo pasado es sumar años; pero es restarlos por lo que mira á lo porvenir. El asunto tiene, pues, un doble aspecto, y cada año que pasa puede ser considerado como un año más y como un año menos en nuestra existencia.

Ahora bien. Cristianamente hablando, ¿qué significa un año más?

Un año más suele significar:
Más beneficios recibidos de Dios.
Más obligaciones contraidas con Él.
Más pecados cometidos.
Más deudas en descubierto.
Más gracias desaprovechadas.
Más corta la vida.
Más próxima la muerte.
Más larga la cuenta.
Más inminente la eternidad.

Y del mismo modo, y tambien cristianamente hablando, ¿qué significa un año menos?

Un año menos puede significar:
Menos plazo para saldar cuentas con Dios.
Menos oportunidad de buenas obras.
Menos excusa si voy aplazando la conversion.

Menos capital con que pagar mis deudas antiguas.

Y examinando esta especie de balance, resulta de él que va disminuyendo siempre mi *activo*, y acrecentándose mi *pasivo* con espantosa rapidez.

Hay una coplita antigua, profunda y filosófica como todas las antiguas españolas, que dice así:

> ¿Qué tengo, pobre de mí,
> Hoy de haber vivido ayer?
> Sólo tengo el no tener
> Las horas que ayer viví.

Lo cual es severa reprension para los que gastan y malbaratan los dias sin sacar de ellos provecho alguno para la eternidad. ¿Con cuánta mayor razon se podrá decir de los que así dejan pasar, no ya los dias, sino los años?

¡El año se va!

Si no estuviésemos acostumbrados á mirar con indiferencia las cosas más importantes, no habria quien no se estremeciese de piés á cabeza al pronunciar ó simplemente oir estas palabras.

Cada año es en efecto una como oleada de tiempo que, queramos ó no queramos, nos va aproximando á las playas desconocidas de la eternidad. Morir es ser arrojado para siempre por una de tales olas á esa playa incierta y jamás por ninguno de nosotros hollada, en la que acaba todo lo mudable y veleidoso, y empieza todo lo verdaderamente definitivo.

¿Qué es, en efecto, el mar? Es elemento movible é inconstante, apto á lo más para ser velozmente surcado en frágil esquife ó en nave de alto bordo, pero impropio á todas luces para que fije nadie en él su residencia normal. Se vive de paso en él, nunca de asiento. Transportes de mayor ó menor cabida se establecen sobre las aguas, no pueblos ni ciudades, no granjas ni palacios. Es elemento de mera transicion. *Non habemus hic manentem civitatem.*

¿Y qué es la playa? Es el lugar á que se salta siempre con júbilo despues de larga navegacion: el sitio á que se aportan las mercancías; en que se negocia y se goza con ellas; en que se duerme seguro de vientos y mareas; en que se encuentra despues de sustos mil el tranquilo y amoroso hogar de la familia entre besos y abrazos de deudos y conocidos.

Volvamos á nuestra primera reflexion. Es mar agitado esta vida terrenal que vivimos; es sólo playa segura la indefectible eternidad á que caminamos. De lo cual claramente se deduce que es nuestra existencia presente ni más ni menos que una navegacion, y que la muerte no merece otro nombre que el de un desembarco más ó menos arriesgado.

Amigo que me lees; dígolo por tí que sueles raras veces ocupar en tales materias tu distraido pensamiento. Mientras duermes, comes, trabajas, oras ó pecas, navega sin cesar tu barca, y ni un segundo deja de bogar y aproximarse á tu último fin. ¡Cuenta con no despertar á la hora menos pensada entre los horrores y desesperacion del más espantoso naufragio! Timon tienes con que dirigirla; faro con que alumbrarte; brújula con que andar orientado; práctico con que sortear los pasos dificultosos. Si descuidas el timon, si cierras los ojos porque te incomoda el faro, si echas al mar la brújula so pretexto de que no quieres esclavizarte con ella, si desdeñas por orgullo el práctico que se brinda á tu inexperiencia, dime, insensato, ¿quién te compadecerá cuando te hagas pedazos entre las rocas ó quedes embarrancado en el arenal?

Y pues eres listo y presumes de ilustrado, date por entendido con esta formal advertencia que como en testamento te lega el año que va á espirar. Es como la voz de un moribundo que pasa y que ya nunca más volverá. ¿Estás seguro de que no halla en tí á otro moribundo, al cual el año próximo se encargará de enterrar?

Piénsalo bien, amigo mio, cualquiera que seas; piénsalo bien, y de fijo en adelante vivirás mejor, es decir, como más fiel cristiano.

Hemos leido, no sabemos dónde, ser costumbre en ciertos pueblos aguardar entre las emociones de un baile ó de un banquete las doce de la noche del último dia de Diciembre y la subsiguiente entrada del primero de Año nuevo. Comprendemos perfectamente la idea. Se reduce á ahogar en placeres y devaneos el severo recuerdo del año que espira y el del otro que va á empezar; es sencillamente levantar un poco de ruido en el corazon, aturdirse algun tanto para sentir menos esa aldabada convulsiva que nos da el año saliente al pasar rápido delante de nosotros para dar lugar al año entrante, como para advertirnos que no somos más duraderos que él y que no menos que á él va á tragarnos en breve la eternidad. Es puramente cuestion de miedo. El mundano se atolondra con sus locuras para distraerlo, del mismo modo que el niño cobarde canta y grita en la oscuridad para disimular su pavura.

El cristiano fiel ve muy de otra manera morir y renacer los años. Agradece á Dios los transcurridos, y espera de su bondad los que todavía le quiera conceder. Da una ojeada sobre los primeros para corregir los tropiezos de su vida si los hubo, y otra sobre los segundos para afirmarse en el bien y asegurarlo con nuevas resoluciones. Contempla sobre todo los beneficios sin número que le ha prodigado Dios, y los agradece sumiso, y pide su continuacion confiado.

Con tales consideraciones procuran muchas almas cristianas despedir al año que se va, y dar la bienvenida al año que se viene. Para eso pasan muchos en meditacion la hora última del dia 31 de Diciembre. Y en varias casas religiosas, y en alguna parroquia, se expone el santísimo Sacramento al anochecer de este dia y se le dedican las últimas horas de él.

De un modo ó de otro de estos quisiéramos santificasen tal dia nuestros buenos lectores. Consideren los amigos y conocidos que de su lado ha arrebatado la muerte en los últimos doce meses; reflexionen lo que para ellos mismos se ha acortado el plazo que les separaba de la eternidad; vean qué dones han recibido del cielo y cuántos han aprovechado y cuántos malbaratado; examínense á sí propios, cómo viven, cómo moririan si hubiesen de morir hoy, y qué sentencia fuera la suya si hoy debiesen ser juzgados. Y si algo creen en Dios y en la otra vida, si algo aman su propia alma, apresúrense á vivir ese poco que todavía les resta vivir, Así son, pues, los años; moneda y nada más. Nada, si se considera sólo su material valor; todo, si se atiende á que con ellos se puede y se debe comprar la vida eterna.

Como la moneda, pues, son todos los años, segun el buen ó mal empleo que se les da. Con ellos mal empleados se puede ser á la hora de la muerte un verdadero pobre de solemnidad. Con ellos rectamente aprovechados se puede adquirir nada menos que la herencia de un cielo eterno.

El tiempo es oro, dice un refran inglés, positivista y mercantil como todos los ingleses.

El tiempo es cielo, ha dicho parodiándole un gran autor cristiano.

Seguid á ese último, lectores mios, que ese es el que al fin y al cabo os ha de aprovechar.

Y pues vais á sumar un año más, haced que con él sumeis en vuestro espiritual erario algunas obras buenas más, algunas limosnas más, algunas mortificaciones más, es decir, algunas monedas más para el gran negocio del paraíso.

¿Qué nos queda del año que pasó? Nada y mucho, segun lo que acabamos de decir. Cada cual lo puede mirar al hacer hoy su inventario en este último dia de él. De lo vano y necio é insustancial de las cosas mundanas, nada. De lo verdaderamente sólido y positivo para el hombre, si por ventura lo hemos sabido adquirir, mucho. De la edad, alguna cana más en nuestra cabeza, y alguna arruga más en nuestra frente. Del trato social, algunos desengaños; de la ambicion, algunas ilusiones marchitas; del dinero, tal cual petardo que este inconstante amigo nos pegó. De los amigos y deudos, algunos cadáveres yertos que allá atrás nos dejamos en sus respectivas sepulturas.

Polvo, ceniza, nada.

O como dijo el Sabio:

Vanidad de vanidades y todo vanidad.

Verdaderamente es este un balance desconsolador.

Empero mucho nos queda si por nuestra ventura hubiéremos servido á Dios con fidelidad, ó siquiera nos hubiéremos debidamente arrepentido de no haberle servido.

«Un vaso de agua fresca dado en mi nombre, dice el Señor, no quedará sin recompensa.» Tanto estima el supremo

Juez el mérito de una sola obra buena, áun tan floja al parecer y tan baladí, como darle á un paladar sediento un jarro de agua fria. ¡Cuánto más no quedará sin premio haber fielmente servido á Dios en la defensa de su fe y de su Iglesia! ¡haberle ayudado en la mayor santificacion de los justos y en la conversion de los pecadores! ¡haberle sido auxiliar en la conquista de las almas que el diablo quiere robarle para el infierno! ¡haber sido soldado de su ley, hoy tan rudamente combatida! ¡haber tomado una parte cualquiera, por poca que sea, en el espantosísimo duelo de la verdad católica contra el error!

¡Ah! gran cosa, gran cosa, gran cosa es la Propaganda católica.

¡Dejemos aquel *nada* del mundo, que nos huye veloz arrebatado por la rueda del tiempo! ¡Usufructuemos y negociemos ese *mucho,* que es el gran negocio de la eternidad!

A. M. D. G.

ERRATA.—En la página 564, línea 2.ª, dice: *ejercia en Nazaret el oficio,* y debe decir: *ejercia en Nazaret, segun opinion comun, el oficio.*